

Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México

Linda Manzanilla
editora

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Antropológicas

Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México

Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México

Linda Manzanilla
editora



Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Antropológicas

Primera edición: 2005

*Fotografía de portada: Rafael Reyes
Diseño de portada: Ada Ligia Torres*

© INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS, UNAM
Circuito Exterior s/n, Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

ISBN 970-32-2475-X

*D.R. Derechos reservados conforme a la ley
Impreso y hecho en México
Printed in Mexico*

PRESENTACIÓN	
Linda Manzanilla	9
IMÁGENES NORTEÑAS DE LOS GUERREROS TOLTECA-CHICHIMECAS	11
<i>Marie-Areti Hers</i>	
LOS CHICHIMECAS A LA CAÍDA DE TEOTIHUACAN Y DURANTE LA CONFORMACIÓN DE LA TULA DE HIDALGO	45
<i>Beatriz Braniff</i>	
LLEGARON, SE PELEARON Y SE FUERON: LOS MODELOS, ABUSOS Y ALTERNATIVAS DE LA MIGRACIÓN EN LA ARQUEOLOGÍA DEL NORTE DE MESOAMÉRICA	57
<i>Peter Jiménez Betts</i>	
POSIBLES PASAJES MIGRATORIOS EN EL NORTE DE MÉXICO Y EL SUROESTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DURANTE EL EPICLÁSICO Y EL POSCLÁSICO	75
<i>Ben A. Nelson y Destiny Crider</i>	
REACOMODOS DEMOGRÁFICOS DEL CLÁSICO AL POSCLÁSICO EN MICHOACÁN: EL RETORNO DE LOS QUE SE FUERON	103
<i>Patricia Carot</i>	
TRANSFORMACIONES DEMOGRÁFICAS Y CULTURALES EN EL CENTRO-NORTE DE MÉXICO EN VÍSPERAS DEL POSCLÁSICO: LOS SITIOS DEL CERRO BARAJAS (SUROESTE DE GUANAJUATO)	123
<i>Grégory Pereira, Gérald Migeon y Dominique Michelet</i>	
LA LLEGADA DE LOS UACÚSECHAS A LA REGIÓN DE ZACAPU, MICHOACÁN: DATOS ARQUEOLÓGICOS Y DISCUSIÓN	137
<i>Dominique Michelet, Grégory Pereira y Gérald Migeon</i>	

DESPLAZAMIENTOS DE POBLACIONES Y CREACIÓN DE TERRITORIOS EN EL BAJÍO	155
<i>Rosa Brambila Paz y Ana María Crespo</i>	
REACOMODO DEMOGRÁFICO Y CONFORMACIÓN MULTIÉTNICA EN EL VALLE DE TOLUCA DURANTE EL POSCLÁSICO: UNA PROPUESTA DESDE LA ARQUEOLOGÍA	175
<i>Yoko Sugiura Y.</i>	
ANÁLISIS DE FLUJOS MIGRATORIOS Y COMPOSICIÓN MULTIÉTNICA DE LA POBLACIÓN DE TULA, HGO.	203
<i>Blanca Paredes Gudiño</i>	
CULTURA Y CONTEXTO: EL COMPORTAMIENTO DE UN SITIO DEL EPICLÁSICO EN LA REGIÓN DE TULA	227
<i>Alicia Bonfil Olivera</i>	
MIGRANTES EPICLÁSICOS EN TEOTIHUACAN. PROPUESTA METODOLÓGICA PARA EL ANÁLISIS DE MIGRACIONES DEL CLÁSICO AL POSCLÁSICO	261
<i>Linda Manzanilla</i>	
LA CERÁMICA DE TRADICIÓN NORTEÑA EN EL VALLE DE TEOTIHUACAN DURANTE EL EPICLÁSICO Y EL POSCLÁSICO TEMPRANO	275
<i>Claudia M. López P. y Claudia Nicolás Careta</i>	
EL EPICLÁSICO EN EL VALLE PUEBLA-TLAXCALA Y LOS SITIOS DE CACAXTLA-XOCHITÉCATL-NATIVITAS	287
<i>Mari Carmen Serra Puche y Jesús Carlos Lazcano Arce</i>	
LA TRANSICIÓN DEL CLÁSICO AL POSCLÁSICO: REFLEXIONES SOBRE EL VALLE DE PUEBLA-TLAXCALA	303
<i>Gabriela Uruñuela Ladrón de Guevara y Patricia Plunket Nagoda</i>	

PRESENTACIÓN

Linda Manzanilla*

Este libro surge de un simposio que, con el mismo título, se presentó en la xxvi Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología que tuvo lugar en la ciudad de Zacatecas, en agosto del 2001.

El Epiclásico es un periodo de cambios demográficos, de transformaciones en los estilos de vida, en las estrategias de aprovechamiento de recursos, en el patrón de asentamiento, en la conformación de esferas socio-políticas con el surgimiento de nuevos centros multiétnicos de poder, de movimientos poblacionales, de inestabilidad social, de reestructuración de las redes de intercambio. Según algunos autores, es un periodo de fragmentación y de inestabilidad; según otros, es uno de los horizontes de mayor interacción interregional.

El libro presenta los indicadores arqueológicos de transformaciones culturales y demográficas del Clásico al Posclásico en las regiones de Zacatecas, Michoacán, el Bajío, el valle de Toluca, el valle de Tula, la cuenca de México y el valle de Puebla-Tlaxcala. Se trata de contribuciones complementarias entre sí, y que en cierto modo proponen una muy antigua dinámica de flujos y reflujos entre ellas.

Existen ya modernas técnicas de análisis osteológico que permiten individuar migrantes, tanto por ADN fósil como por isótopos de estroncio. Así se comienza a delinear un panorama complejo de interacciones desde fines del Clásico, en donde predomina el interés en el intercambio a larga distancia de bienes suntuarios, y probablemente la atracción que centros urbanos multiétnicos como Teotihuacan tenían para artesanos especializados y mercenarios. En Tula y Teotihuacan no tenemos indicios de migraciones a gran escala, pero sí de la llegada de unidades familiares pequeñas. Sin embargo, en la orilla norte del Río Lerma, en Guanajuato, hay evidencia de una colonización masiva por poblaciones alóctonas hacia 750 dC.

Más allá de la frontera oriental y meridional de la cuenca de México, se diluye considerablemente la interacción con el Bajío, el occidente y el centro-norte de México, estableciéndose quizás otra macroesfera cultural dominada por los olmeca-xicalanca, por un lado, y por Xochicalco, por el otro.

Esperamos que este libro despeje algunas incógnitas y ofrezca al lector información novedosa sobre la compleja interacción del Epiclásico.

* Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM

IMÁGENES NORTEÑAS DE LOS GUERREROS TOLTECA-CHICHIMECAS

Marie-Areti Hers*

INTRODUCCIÓN

El punto de partida del presente ensayo sobre la cultura chalchihuiteña se basa en trabajos realizados en el alto Chapalagana en el seno del proyecto Sierra del Nayar de la Misión Arqueológica Belga¹ y en el proyecto en curso, Hervideros, de la Universidad Nacional Autónoma de México.² En el primer caso, se trata de una región representativa de la población aldeana mayoritaria en el territorio chalchihuiteño. Ésta tenía una ubicación geográfica que le permitía establecer relación con las comunidades indígenas de la sierra. El segundo caso es un estudio a escala regional en un área anteriormente poco conocida y considerada como propia de una cultura Loma San Gabriel supuestamente subalterna.

La perspectiva que dan estas experiencias lleva a considerar a la cultura chalchihuiteña como la gran unidad que había sido reconocida desde los inicios de los trabajos en estos confines mesoamericanos³ y a contracorriente de una tendencia actual que la subdivide en entidades poco definidas. También, confirma lo que reiteradamente subrayaron las fuentes históricas indígenas: la importancia de las migraciones en la historia del septentrión mesoamericano.

En efecto, de manera similar a lo ocurrido durante la época colonial, las vastas extensiones del territorio chalchihuiteño fueron el escenario de importantes migraciones a lo largo de los siglos de presencia mesoamericana. Estas empresas colonizadoras, intrusivas entre pueblos con modos de vida profundamente distintos al mesoamericano, imprimieron un sello muy peculiar a la cultura fronteriza. La figura del guerrero predominó en los más diversos aspectos de la vida cotidiana y de su

* Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM

¹ Deltour *et al.* 1993; Hers 1989a, 1992 y 1998.

² Proyectos CONACYT 04516H9108 y 3286-H9308 y UNAM-DGAPA IN402494: Barbot, en preparación; Barbot y Punzo 1997; Berrojalbiz Cenigaonaindia, en prensa a y b, en preparación; Forcano 2000 y en preparación; Hers 1989b, en prensa, a, b y d, 2001b y en Braniff *et al.* 2001; Hers y Soto 1995; Hers, Soto y Polaco 1998; Punzo 1999 y en prensa; Tsukada, en prensa y en preparación.

³ Para una discusión historiográfica sobre la extensión del territorio chalchihuiteño, véase Hers 1989a, cap. I, 2001a y en Braniff *et al.* 2001.

cosmovisión. También la del peregrino, del viajero que desafía el horizonte y teje redes de intercambio sobre distancias inmensas hasta crear un sólido puente entre la Mesoamérica nuclear y el llamado suroeste de los Estados Unidos, entre el río Lerma-Santiago y el río Colorado. Finalmente, hemos de señalar que estos chalchihuiteños, para suerte nuestra, fueron profusos creadores de imágenes en las cuales podemos ver el reflejo de sus hazañas y de sus creencias.

Cuatro migraciones marcaron cada una de las etapas decisivas de los confines chalchihuiteños (figuras 1 y 2): la colonización de la fase Canutillo alrededor del primer siglo de nuestra era, la expansión en Durango y la formación del puente con el suroeste hacia 600 de la era, el regreso alrededor del siglo noveno hacia las tierras de origen de parte de estos tolteca chichimecas y de los uacúsechas, colonizadores del norte y, finalmente, la migración de un pueblo profundamente distinto de los mesoamericanos y originario del norte: los tepehuanes.

Por razones de espacio, solamente abordaremos, someramente, las tres primeras de estas migraciones, y nos detendremos en algunas de las imágenes que estos colonizadores mesoamericanos nos dejaron de su propia historia. Anotaremos solamente que la migración tepehuana procedente de tierras sonorenses ocurrió en el siglo décimo tercero. Resultó en la ocupación de los valles orientales de Durango, abandonados en este entonces por los chalchihuiteños. Con esta migración, se acabó de cerrar el camino de tierra adentro que durante más de medio milenio había puesto en contacto el suroeste con Mesoamérica (Berrojalbiz Cenigaonaindia, en prensa a y en preparación; Barbot, en preparación). Mientras, sierra adentro y en las quebradas occidentales, la presencia mesoamericana siguió su desarrollo con los acaxees y los xiximes que encontraron los españoles (Punzo 1999).

LA COLONIZACIÓN CANUTILLO

Se ha propuesto reconocer ese primer periodo chalchihuiteño como el producto de una *soft diffusion*, de la penetración a este territorio de grupos aislados de campesinos en búsqueda de tierras nuevas (Kelley 1974). De cultura “simple”, “formativa”, estos recién llegados se habrían mezclado con poblaciones locales aún más “simples”, y se habrían quedado en este estado primitivo hasta la llegada en el siglo VI de grupos civilizadores, la *hard diffusion*. Sin embargo, esa primera apreciación formulada por J. Charles Kelley desde el inicio de sus trabajos en tierras zacatecanas, parece más bien corresponder a imágenes preconcebidas inspiradas en un esquema evolucionista tradicional, particularmente inadecuado para estas tierras fronterizas. En efecto, no se han encontrado hasta ahora evidencias de una vida sedentaria agrícola previa a la presencia Canutillo.⁴ A decir verdad, aún no se cuenta con el acopio

⁴ Algunos han propuesto reconocer en la llamada cultura Loma San Gabriel un sustrato local. Más adelante retomaremos el tema de dicha cultura. Por ahora, adelantaré solamente que los indicios cronológicos que poseemos para los sitios específicos atribuidos a esta cultura son posteriores al siglo sexto (Hers, en prensa c) y por lo tanto no pueden ser representativos de un origen local.

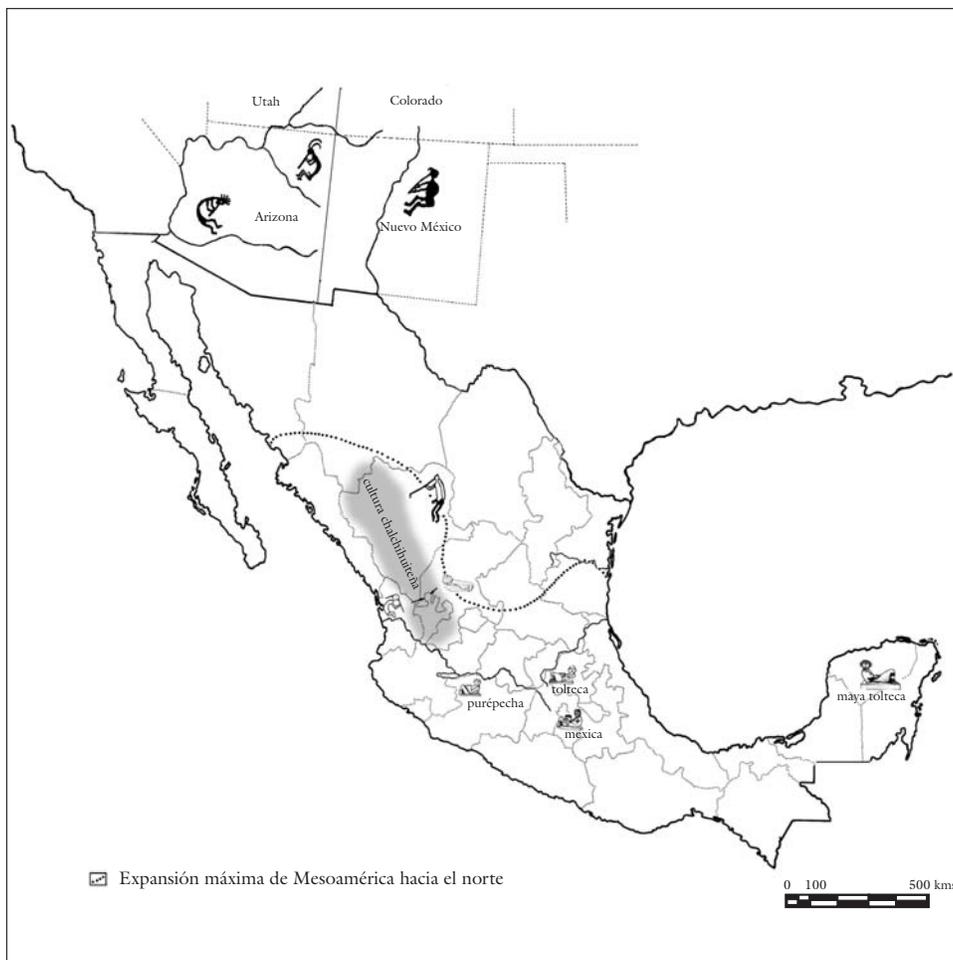


Figura 1. Por la presencia de elementos como el flautista y el *chac mool*, la historia chalchihuiteña se inscribe en un amplio universo (ilustración de Hers).

mínimo de datos necesario concretos para intentar definir las poblaciones que los colonizadores mesoamericanos han de haber encontrado en estas latitudes.

Por otra parte, el calificativo de “formativo” distorsiona lo poco que se conoce de los primeros habitantes chalchihuiteños, lo cual podríamos sintetizar de la siguiente manera:

Desde estos inicios quedó marcado el carácter eminentemente defensivo del patrón de asentamiento que sacaba provecho de las conformaciones naturales para proporcionar refugio y control visual adecuado. Murallas y bastiones suelen reforzar aún más la protección. Estas tierras norteñas difícilmente podían ser atractivas para poblaciones agrícolas que disponían al sur de tierras mucho más pródigas y lluviosas para el sagrado maíz; para instalarse en ellas el milpero tuvo que enfrentar una resistencia muy severa y se hizo al mismo tiempo guerrero consumado.

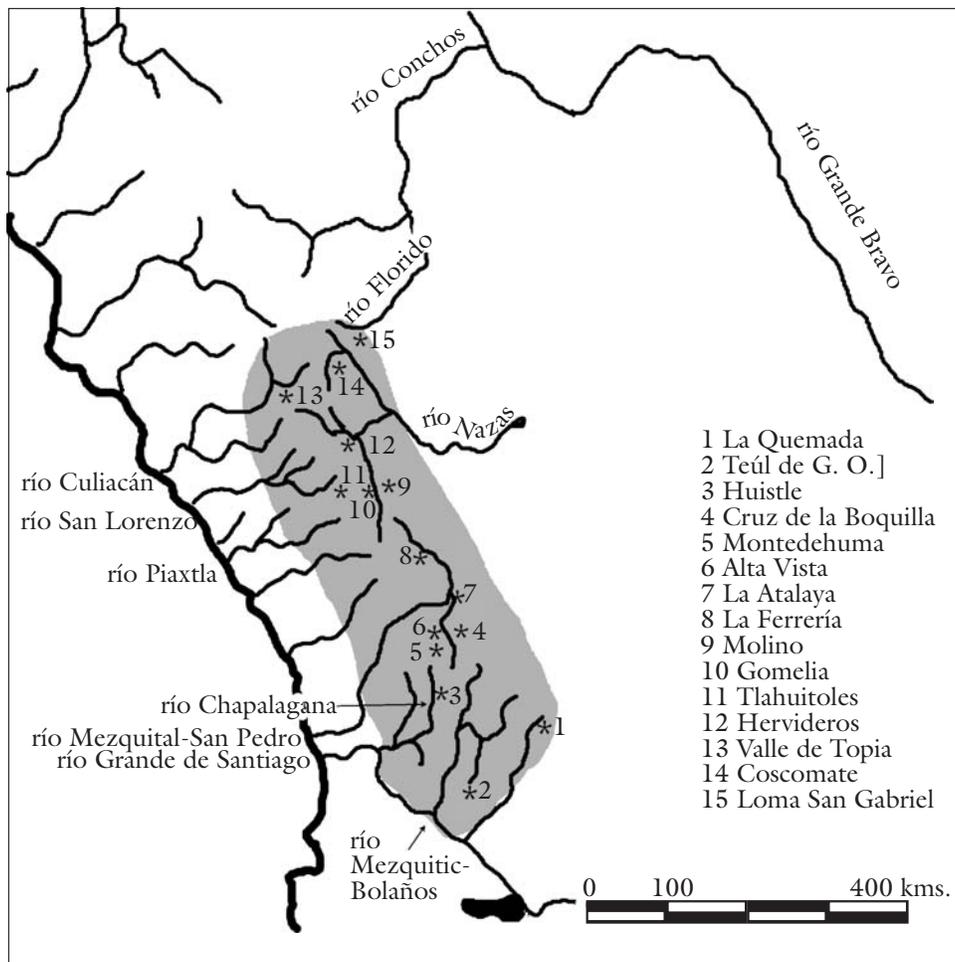


Figura 2. Territorio de la cultura chalchihuiteña con algunos de los sitios conocidos (ilustración de Hers).

Si la fase Canutillo correspondiera al desarrollo de una población local en evolución hacia la vida sedentaria y agrícola, es muy probable que para enfrentar situaciones bélicas, hubieran confiado en una de las tácticas de guerra más exitosas de sus antepasados, a saber: la movilidad del nómada, y no se hubieran aferrado a su terreno, empeñándose, como lo hicieron los de la fase Canutillo. Por otra parte, si esta población hubiera sido agrícola y sedentaria desde tiempo atrás, habría dejado huellas más fáciles de detectar, por lo que podemos concluir que la fase Canutillo marca una ruptura, una intrusión plenamente mesoamericana, en un mundo profundamente distinto.

Las principales características de su cultura material, sus formas arquitectónicas como el patio circundado de banquetas con el altar central y la cancha del juego

de pelota reducida a dos simples pequeñas plataformas alargadas, estrechas y bajas quedaron establecidas desde las primeras generaciones (Abbott 1976).

El ajuar cerámico ya tiene las dos principales técnicas decorativas que predominaron en toda la historia chalchihuiteña: la incisión con el relleno rojo (a veces también blanco y verde), y la pintura roja sobre crema; las formas que a través de un milenio o más conservaron el modelo antiguo, denotan un origen más sureño durante el Preclásico superior y entre ellas predominan la vasija trípode de silueta compuesta y el plato abierto, además de las múltiples ollas (figura 3). Los alfareros dominaron la técnica al negativo y artesanos muy sofisticados aplicaron en diversos tipos de soportes la técnica del *seudocloisné* (Hers 1983).

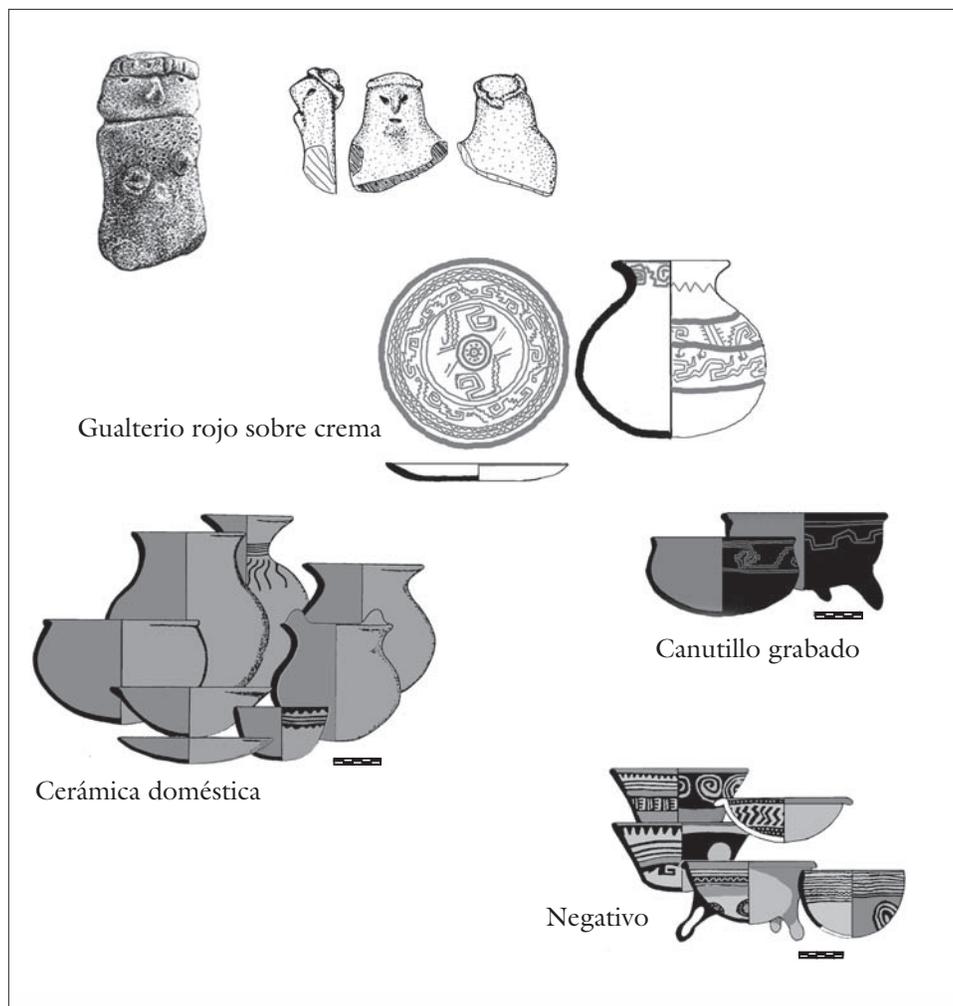


Figura 3. Algunos elementos cerámicos de la fase Canutillo en el Alto Chapalagana (ilustración de Hers).

Los difuntos enterrados en decúbito dorsal en el relleno de las plataformas que sostienen los edificios atestiguan la práctica, tan común en Mesoamérica, de la deformación tabular erecta aplicada a los recién nacidos.⁵

Finalmente, como todos los mesoamericanos con el comercio bien anclado en su manera de ser, estos pueblos no vivieron aislados y en poco tiempo establecieron intensos intercambios, en particular con sus vecinos del occidente. Entre 100 y 250/300, estas relaciones con las tierras del poniente, donde florecía el llamado estilo Chinesco o Lagunillas, alcanzaron un clímax.⁶ Hombres, mujeres y niños se adornaban profusamente de conchas marinas (Olguín 1994) que probablemente les llegaban junto con la preciada sal y con las vistosas vasijas pintadas de negro sobre crema y las inconfundibles figurillas Chinesco. En uno de los ajuares funerarios, junto con un bello plato Chinesco, se reconoce en una figurilla semihueca, de aparente fabricación local, una clara semejanza con las piezas del llamado estilo San Sebastián de Jalisco. También en esta etapa inicial Canutillo, pero con menos intensidad, se nota la presencia del policromo de la fase Chametla Antiguo definido por Isabel Kelly o Gavilán de Amapa para la costa sur de Sinaloa y norte de Nayarit.

Así, nada en la vida material de las poblaciones Canutillo atestigua un hipotético desarrollo local sino que al contrario todo parece indicar la llegada de comunidades con una larga trayectoria y desarrollo en otras latitudes. Además, desde estos orígenes, se pronuncia una de las mayores paradojas que caracterizaron la cultura chalchihuiteña a lo largo de su historia milenaria: la aparente contradicción entre un patrón de asentamiento dominado por una dispersión en pequeñas aldeas y una inesperada unidad a través de un territorio que se extiende del sureste al noroeste sobre cientos de kilómetros.⁷

El Cerro del Huistle tiene apenas una extensión de dos hectáreas y es uno de los sitios mayores de su región. Sin embargo, a pesar de esta situación, es notable la autonomía de estas pequeñas aldeas del alto Chapalagana, tanto en lo comercial, como en lo administrativo y en lo militar (Hers 1998). Los sitios de 30 hectáreas

⁵ En la segunda parte de la fase Canutillo o fase II del Huistle, hacia los siglos cuarto y quinto, la postura de los difuntos cambió. Los cuerpos se empezaron a enterrar con el tronco recto y las piernas dobladas.

⁶ En la fase II de la secuencia del Huistle hay una drástica disminución en la cantidad y variedad de ornamentos de concha.

⁷ He expresado reiteradamente mis objeciones a que se subdivida arbitrariamente la unidad de lo que se ha reconocido desde tiempo atrás como "cultura Chalchihuites" en una serie de "culturas". Éstas, a falta de argumentación documentada y definición precisa que permitan distinguir una "cultura" de la otra, corresponden a las áreas de trabajo de cada uno de los pocos arqueólogos que han trabajado el área. Tales divisiones arbitrarias opacan la poca información disponible y crean confusiones difíciles de superar. Citemos, por ejemplo, el caso de la "cultura de la Ferrería" propuesta recientemente por Arturo Guevara (2001: 55) o el mapa en el cual lo que aparentemente unificaría culturalmente amplias partes de Zacatecas y Durango sería la muy problemática "cultura Loma San Gabriel" a pesar de que en el mismo artículo se documenta tal unidad a partir de material chalchihuiteño (Jiménez Betts 2000: fig. 10-1). En tal lógica, pero sin provecho alguno, podríamos hablar de "cultura del Huistle" o, retomando los nombres de grandes asentamientos, de Hervideros, de Montedehuma, de Cruz de la Boquilla, de Molino, etcétera.

o más, ubicados en las zonas más favorecidas, no pierden en general su aspecto de conglomerados de aldeas reunidas esencialmente para efecto de seguridad. Están constituidos por numerosos patios cerrados sobre sí mismos, que sugieren una fuerte autonomía de los segmentos probablemente parentales de los pobladores (Hers 1995 y en prensa-c). En las zonas de las cuales tenemos algunos datos concernientes a la fase inicial Canutillo, como son el alto Chapalagana (Cerro del Huistle), La Quemada, el alto Súchil (Cruz de la Boquilla, Cerro Montedehuma, Alta Vista)⁸ o el valle Nombre de Dios (La Atalaya, con colecciones exhibidas en el museo comunitario de Villa Unión), la unidad chalchihuiteña se expresa en un mismo patrón de asentamiento dominado por las necesidades de defensa; una misma tradición alfarera;⁹ una industria lítica similar; las formas arquitectónicas mencionadas, etcétera. Más adelante retomaremos algunas ideas acerca de los factores de cohesión regional chalchihuiteña. Por ahora concluimos que por este conjunto de rasgos podemos reconocer en la presencia chalchihuiteña de esta fase inicial Canutillo, el fruto de una verdadera migración, no azarosa sino suficientemente organizada como para conservar una marcada unidad a pesar de lo extenso del territorio.

Esta colonización inicial evoca la migración mesoamericana pluriétnica y muy diversificada del siglo XVI, que hizo posible el septentrión de la Nueva España. Al respecto, me parece prudente dejar abiertas tres preguntas esenciales: el origen geográfico de estos pobladores, las razones que llevaron a estos mesoamericanos a descubrir nuevas tierras y/o a abandonar sus tierras de origen, y finalmente la naturaleza de la curiosa nueva frontera que se estableció durante siglos a la altura del valle Nombre de Dios en el extremo sur de Durango, donde convergen los afluentes sureños y norteños del río Mezquital-San Pedro. Más allá de este límite, al parecer más cultural que geográfico, no se ha reportado material Canutillo, ni aún en el cercano y abierto valle de Guadiana tan sistemáticamente saqueado (sitios de la Sierra de Registro, de San Francisco Bayécora o de Navojoa, por ejemplo) y estudiado en los años cincuenta por J. Charles Kelley y por Arturo Guevara en los años noventa (en particular el sitio La Ferrería).¹⁰

Por su cerámica y sus figurillas, se ha propuesto que los pobladores de la fase Canutillo tienen orígenes diversos en el centro-norte (en particular, por afinidades con la fase Morales en Guanajuato o Los Altos de Jalisco), pero también en los valles centrales de México. Es prematuro querer resolver este asunto; sin embargo, podemos apuntar desde ahora una posibilidad que cobrará sentido más tarde al hablar de la cohesión chalchihuiteña. Recordemos que en los inicios de nuestra era, un gran santuario marcaba el horizonte de una multitud de pueblos mesoamericanos, un

⁸ La sala de las columnas de Alta Vista, en su primera fase constructiva, se asocia con material cerámico Canutillo: Kelley 1976.

⁹ Entre las variaciones que se pueden esperar sobre tan amplio territorio, notemos por ejemplo que el plato inciso Canutillo ha sido reportado solamente para el alto Súchil mientras que ahí no se menciona el negativo temprano del alto Chapalagana y de la región de La Quemada, cercano al de los Altos de Jalisco.

¹⁰ También llamado Schroeder por J. Charles Kelley en referencia a un afamado coleccionista.

afamado centro de peregrinaciones cuya historia había quedado de cierta manera indisolublemente asociada a las catástrofes volcánicas del Xitle y del Popocatepetl y, consecuentemente, a un considerable reacomodo de poblaciones: Teotihuacan y sus dos grandes pirámides, un punto de referencia ineludible que se ha propuesto reconocer como el paradigma mismo de Chicomóztoc (Heyden 1976, 1998).

Esta entrada en la Sierra Madre Occidental y a lo largo de su pie de monte oriental no fue la única colonización mesoamericana que se dio al principio de nuestra era. Desde estas fechas tempranas quedan marcadas las diferencias culturales entre los colonizadores chalchihuiteños y las poblaciones de tradición Teuchitlán que se establecieron a lo largo del río Mezquitic-Bolaños, en una estrecha y profunda cuña que se adentró en el territorio chalchihuiteño. El contraste se hace palpable entre la zona de Huejuquilla el Alto (Cerro del Huistle) y la de Valparaíso (La Florida), las cuales reflejan profundas diferencias en el ámbito político y religioso. A pesar de la cercanía de estas dos cuencas contiguas y paralelas y el hecho de compartir rutas comerciales hacia las tierras nayaritas¹¹ (ornamentos de conchas, vasijas y figurillas del estilo Chinesco), estas poblaciones serranas pertenecieron a mundos que giraban alrededor de centros muy distintos: el santuario panregional de La Quemada en el primer caso, y los grandes asentamientos de la región lacustre del volcán de Tequila, en el otro, con su inconfundible arquitectura ceremonial circular y la singular arquitectura funeraria de las tumbas de tiro (Cabrera 1999).¹² En la cuenca del Mezquitic-Bolaños tampoco se han podido documentar las ocupaciones previas a la colonización mesoamericana.¹³

LA MIGRACIÓN EN TIERRAS DURANGUEÑAS Y LA RUTA DE KOKOPELLI

Durante el siglo sexto los chalchihuiteños participaron de una gran revolución en el mundo de las ideas. Época de profundas transformaciones como las que dieron fin a la gran metrópoli teotihuacana; en el universo Canutillo, tres fenómenos estrechamente entrelazados marcaron el siglo: una apertura a una profusa creatividad

¹¹ Hasta ahora no se cuenta con trabajos arqueológicos formales sierra adentro, en las actuales tierras huicholas y coras de los ríos Chapalagana y Jesús María, por lo que los límites occidentales de la cultura chalchihuiteña en esta porción sureña de la cordillera están aún por definir.

¹² Un sitio que parece particularmente prometedor para estudiar las interrelaciones entre las dos expansiones mesoamericanas a lo largo de la sierra es el gran asentamiento estratégicamente ubicado del Teúl de González Ortega en donde se han reportado tumbas de tiro de la tradición Teuchitlán, pero con una arquitectura ceremonial cercana a la chalchihuiteña.

¹³ Esta carencia de datos no significa que la cordillera estuviera deshabitada antes de estas dos penetraciones mesoamericanas, pero se requiere de trabajos más intensivos y refinados para rastrear la presencia de poblaciones cuyos modos de vida son menos propicios para los arqueólogos que el mesoamericano, tan profuso en vestigios de todos tipos. Curiosamente en ambas zonas, del Mezquitic-Bolaños y del Chapalagana, la situación se repite para el periodo comprendido entre los siglos noveno y dieciséis, es decir, entre el abandono de los asentamientos mesoamericanos y los primeros testimonios de los conquistadores sobre los zacatecos, huicholes y tepecanos que encontraron ahí.

figurativa, la presencia de un grupo identificable como los antiguos purépechas o uacúsechas y, finalmente, poco después, una reactivación de la marcha al lejano norte.

Después de siglos de una severa iconografía restringida a motivos geométricos entre los cuales predominaban las múltiples modalidades de la greca escalonada, aparece en la cerámica un nuevo repertorio figurativo en el cual cada pieza es una creación y, a pesar de ello, se sigue reconociendo una fuerte unidad a través del territorio chalchihuiteño. El mismo *corpus* se encuentra indiferentemente en los diversos tipos cerámicos que marcan una evolución paulatina tanto de los tipos grabados (Michilía y Vesuvio) como de los pintados (Suchil, Mercado, etcétera). Veamos algunos ejemplos huistleños¹⁴ que muestran que no se trata de una misma tradición alfarera sino de un universo coherente de imágenes e ideas, aunque estemos todavía muy lejos de poder insertarlas en el imaginario, la historia y la mitología chalchihuiteños.

El cánido es uno de los temas más recurrentes. En la región del Huistle, por ejemplo, lo hemos encontrado en soportes muy diversos (figura 4) como las vasijas trípodes grabadas, de silueta compuesta (tipos Michilía: figura 4a y Vesuvio, figuras 4b, e, g), los dobles apéndices aplicados al borde de vasijas de estos tipos (figura 4e), en la cerámica decorada al seudocloisonné (figura 4f) y en un pendiente grabado en una roca arcillosa blanca (figura 4c), además de algunas figurillas (figura 4d) ¿Perro, coyote o lobo? es difícil de precisar. Las orejas son paradas y puntiagudas y el ángulo entre la nuca y los hombros está muy marcado. En tres de los casos mencionados ostenta un collar que relaciona directamente al animal con el mundo de los humanos y el ejemplo de la vasija Michilía nos advierte de la complejidad discursiva que conlleva la imagen. La observaremos con algún detenimiento (figura 4a).

Cuatro veces se repite un par de animales y el friso se presenta como una oda a la dualidad. Por una parte, un animal que expresa con fuerza el movimiento: se le ve de perfil, es bicéfalo y corre en ambas direcciones. La figura ha sido reservada en la superficie negra bruñida y está rodeada de la superficie grabada en una cuadrícula destinada a permitir la adhesión de la capa mate de pigmento rojo (hematita) que se aplicó después de la cocción. Por otra parte, se reconoce el mismo cánido pero expresando la quietud: no es bicéfalo, se le ve desde arriba, en reposo, enroscado sobre sí mismo. Aparece en rojo, en la superficie grabada en cuadrículado. Hasta la separación entre cada animal subraya la dualidad. Se trata de dos simples líneas verticales, motivo mucho más simple que los utilizados comúnmente en estos frisos por los alfareros chalchihuiteños. Se utilizaron pues todos los recursos expresivos: el motivo separador, la perspectiva del observador, la postura del animal, su color y textura. Todo se conjuga para reforzar esta dualidad alrededor de un mismo ser mítico ¡Qué no daríamos por conocer este mito!

¹⁴ Llamamos huistleños a los antiguos habitantes chalchihuiteños de la región del alto Chapalagana por ignorar de qué grupo o grupos se trataba. El nombre viene del Cerro del Huistle donde el proyecto belga mencionado realizó seis temporadas de excavaciones (Fauconnier 1992).

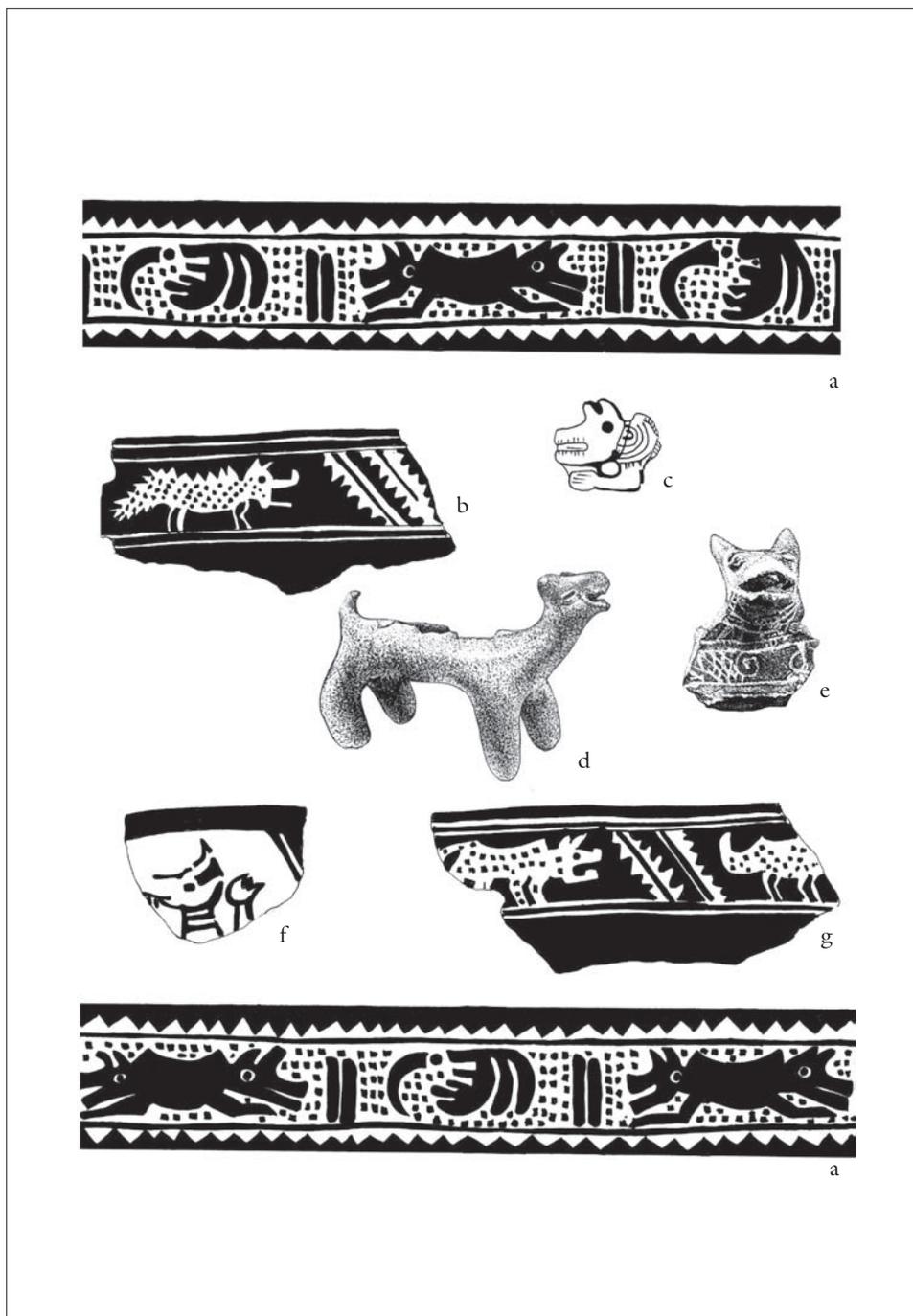


Figura 4. El tema del cánido en los tipos Michilía (a), Vesuvio (b, e, g), en un pendiente de roca arcillosa blanca (c), en una figurilla (d), en un apéndice aplicado (e) en una vasija del tipo Vesuvio, en la cerámica pintada al *seudocloisonné* (f) (dibujos c, d y e de Verónica Hernández).

En un pequeño tepalcate del tipo Vesuvio, con la típica “orejera” perforada que suele ser aplicada al borde,¹⁵ parece haber esbozado un paisaje (figura 5a). El sol domina lo que semeja un valle o barranca en el cual los cerros y el fondo están marcados por distintos achurados. En el espacio así delimitado figura un par de cinco trazos verticales subiendo desde una horizontal, como si se tratara de garras o de la huella de una pata ancha, que identificaremos hipotéticamente como de oso y como el apelativo de alguna comunidad particular, unida por su parentesco, su territorio o su función religiosa y/o militar. Intentando interpretar la narración sintetizada en estos tres motivos, podríamos ver en este pequeño fragmento una alusión a “la tierra de los de la sociedad (o comunidad, pueblo, etcétera) del oso” o “la tierra de la sociedad del oso, hijos del Sol”. No sabemos si el Sol indica un espacio geográfico preciso o si se refiere a la relación de dicha comunidad o clan del oso con el astro o subraya el predominio de una divinidad solar.

En dos pequeños fragmentos de una vasija del tipo Vesuvio grabado (figura 5b), se alternan tres motivos, cada uno con una fuerte carga simbólica y forman un conjunto que parece referirse a algún relato mítico: una banda de tres líneas onduladas ejecuta una de las numerosas variantes de la greca escalonada tan común en la iconografía chalchihuiteña y evoca la espiral del origen (Faba 2001). Entre sus meandros el águila despliega sus alas y alterna con un personaje visto de perfil y encorvado.¹⁶ Estos motivos están presentes también en el arte rupestre chalchihuiteño en el cual el amplio espacio de los paneles rocosos propició composiciones más amplias y ciertamente mejor conservadas.

Aguas abajo del cerro del Huistle, la tierra se abre en un profundo cañón de paredes rojas. En él, las aguas del río desaparecen del lecho para resurgir más abajo en poderosos manantiales de agua caliente que se precipitan en una serie de amplias piletas rocosas. La fuerza de las entrañas de la tierra se hace presente y la cercanía de dos grandes santuarios de arte rupestre, Atotonilco y Las Adjuntas, atestiguan el carácter eminentemente sagrado que tenía el lugar para los huistleños.

La atribución de ambos conjuntos a los huistleños se basa en la presencia de una serie de motivos similares a los de la cerámica (Orloff 1982), a la cercanía de asentamientos chalchihuiteños y a la existencia de un antiguo camino que escalaba las vertiginosas paredes del cañón y unía el agua caliente con el Cerro del Huistle. En cada estrecho descanso, donde se oye el correr del río sin alcanzar a divisarlo, los cimientos de algunas pequeñas casas atestiguan el antiguo peregrinar hasta estos lugares sagrados, donde los hombres desplegaron sobre la superficie lisa y plana de las paredes rocosas su historia mezclada con la de sus dioses. Refuerza esta atribución la similitud con

¹⁵ Como lo anota J. Charles Kelley, el par de “orejeras” perforadas sugiere que la vasija, además de sus soportes, estaba provista de un asta de algún material perecedero, la cual en los tipos similares pintados, mayoritarios en Durango, se reprodujo en barro con la característica “asa de canasta”.

¹⁶ Desgraciadamente, el estado fragmentario de la pieza impide conocer la figura en su totalidad. Comparándolo con motivos del arte rupestre chalchihuiteño, su postura encorvada y la posición del brazo evocan al flautista mientras que su tocado de tres plumas (?) dobladas parece ser el mismo, visto de perfil, que el número de personajes de los petrograbados.

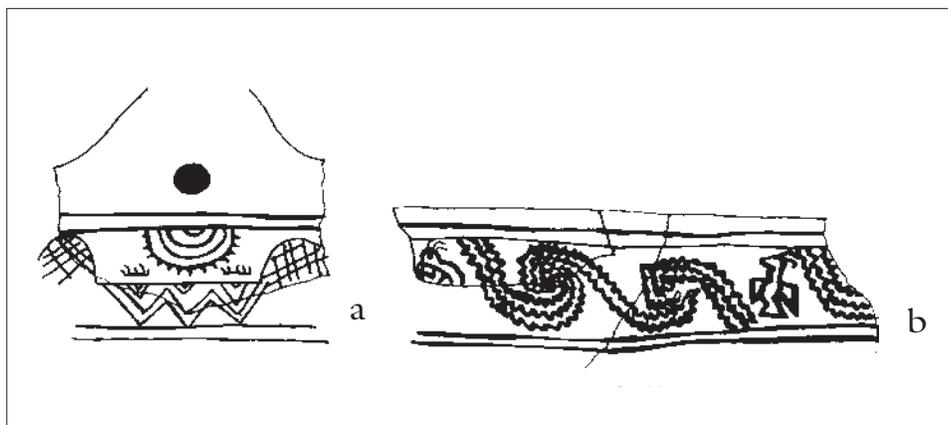


Figura 5. Cerámica del tipo Vesuvio, Cerro del Huistle, 550-850 dC (ilustración de Hers).

los numerosos conjuntos rupestres que acompañan la presencia chalchihuiteña en el noroeste duranguense (Lazalde 1987; Forcano en preparación; Hers en prensa b y c).

Nos falta espacio para adentrarnos en la lectura de tan elocuentes testimonios (véase Orloff 1982; Fauconnier, en prensa). Solamente echaremos algún vistazo sobre tres aspectos relacionados con nuestra presente exposición: el reflejo de una peculiar organización socio-religiosa; el acento dado por sus creadores a una importante migración y las evidencias de una estrecha cercanía con el arte rupestre Anasazi del suroeste de los Estados Unidos.

Veamos, por ejemplo, uno de los paneles de Atotonilco (figura 6).¹⁷ En este lugar como en Las Adjuntas, un binomio domina en lo alto: la mujer y el vuelo de las águilas. Aquí lo femenino está presente bajo la forma de un personaje frontal con una vestimenta diferente de la de los personajes masculinos y con el motivo del triángulo vulvar que precisa su género. Su brazo izquierdo se alza hasta casi tocar la figura del águila vista en vuelo y de espalda, enmarcada a su vez en el esbozo de otra águila mayor (de la cual se trazó solamente el ala derecha) y acompañada de otra, a la izquierda, apenas evocada por un par de alas.

Abajo de esta dualidad y sin detenernos en la riqueza de motivos y narraciones reunidos en este conjunto, podemos sintetizar dos de los temas principales en los cuales se ven involucradas las figuras humanas: la unión y la diversidad. La unión de la comunidad que acudía al santuario se expresa reiteradamente por las imágenes que se refieren a eventos y personajes presentes en sus mitos de origen: el binomio de la mujer o diosa (:?), el vuelo de las águilas, y abajo, los personajes asociados con

¹⁷ Hemos de recordar que el registro de los grabados es una tarea azarosa en la medida en que depende del juego de luz y sombra siempre cambiante de los rayos solares sobre una superficie rocosa en continua transformación bajo los agentes de la erosión. Difícilmente puede asegurarse que se llegó a una etapa definitiva. Así, al comparar la figura que presentamos aquí con dos registros anteriores (Orloff 1982 y Hers 2001) el lector podrá apreciar que éste puede enriquecerse en cada examen.

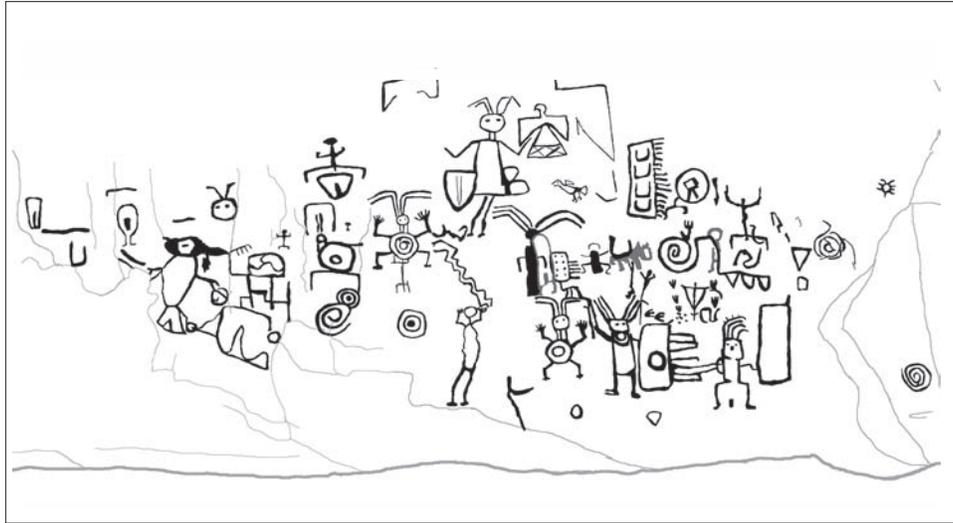


Figura 6. Atotonilco, panel II (ilustración de Hers).

círculos concéntricos y espirales. Son seres muy similares entre sí, con un tocado de dos pares de apéndices (¿plumas?) doblados hacia el exterior.

La diversidad entre los miembros de esta comunidad está evocada y precisada por los indicadores sociales: los grandes escudos, todos marcadamente diferentes entre sí, que cargan algunos personajes. Como si se tratara de subrayar los dos polos de una misma realidad sociorreligiosa: una gran unidad basada en lazos de parentesco real o mítico y, al mismo tiempo, una compleja segmentación que entrecruza esta unidad y le da otra dimensión. La insistencia en la pertenencia a segmentos bien diferenciados se reconoce también en la organización del espacio arquitectónico atomizado en los patios (Hers 1995), y recuerda la organización de los indios Pueblo del suroeste, que si bien son también esencialmente aldeanos con una marcada igualdad socioeconómica, han desarrollado un entrelace sociorreligioso muy complejo por medio de sus sociedades o fraternidades religiosas y militares propias del culto de las Katchinas.

Esta comparación no es gratuita. Las semejanzas entre los grupos indígenas que pueden ser considerados en cierta medida como los descendientes de estas antiguas culturas (huicholes, coras y mexicaneros por una parte; hopis, zuñis y otros grupos Pueblo por la otra) ya han sido notadas desde tiempo atrás. También lo han sido las similitudes entre la iconografía Anasazi y Hohokam, y la chalchihuiteña que ejemplificaremos más adelante. Finalmente, es significativa la presencia entre estos mesoamericanos de la Sierra Madre Occidental, de una serie de motivos que caracterizan al llamado estilo Jornada de Nuevo México en el cual se reconocen antiguas manifestaciones del culto aún vigente de las Katchinas. Existe una relación directa entre el culto de las Katchinas y la importancia de las migraciones en la historia antigua de las comunidades Pueblo. Éstas se han considerado como una respuesta religiosa a las necesidades de supervivencia y de preservación de la identidad y unidad para los pueblos implicados en la

gran diáspora Anasazi del periodo Pueblo IV. Entre los motivos del estilo Jornada que se han reconocido como precursores del culto de las Katchinas (Adams 2000: 44-46; Schaafsma 2000: 63-80), varios están presentes entre los chalchihuiteños varios siglos antes: la serpiente con cuernos, las cabezas aisladas, los rasgos faciales detallados, las cabezas de perfil, la planta del maíz.

Estudios en curso de este arte rupestre huistleño (Fauconnier 2001) y de conjuntos duranguenses permitirán ahondar en el tema de los lazos con las manifestaciones rupestres del suroeste (Fauconnier en preparación; Forcano en preparación; Hers en prensa b y c). Para retomar solamente el caso del panel mencionado en Atotonilco, la conjunción de signos como la espiral, la banda de triángulos, las huellas de guajolote (de tres dedos) y el conjunto de puntitos siguen la misma lógica sintáctica aplicada, por ejemplo, en los sitios del río Grande, los cuales han sido interpretados a la luz de mitos aún vigentes (Patterson-Rudolph 1993). Pero la evidencia más contundente de la cercanía con el arte rupestre del Suroeste es a todas luces la presencia del flautista. El personaje encorvado y de perfil del tepalcate descrito anteriormente no dejaba de recordar el famoso personaje tan multifacético del suroeste, pero lo reducido de las partes conservadas obligaba a prudentes reservas. En el sitio Las Adjuntas lo reconocemos dos o quizá tres veces, en cada caso asociado con referencias a hechos guerreros y de sacrificio (Fauconnier 2001). El panel que ilustramos aquí es de una claridad ejemplar. Algo aislado y más alto que los otros, se compone de cuatro elementos (figura 7).

A la izquierda, un gran rectángulo vertical retoma el motivo tan común del escudo, pero no viene acompañado de ningún elemento interno que lo califique. Bien sea que originalmente esa parte hubiese sido pintada o que solamente se quiso hacer referencia al género mismo de este tipo de indicador social que, como vimos, parece ser una referencia a cierto tipo de organización en sociedades o fraternidades militares y/o religiosas.

A la derecha, adentro de las ondas en arco de círculo que animan la roca, se desarrollan tres acciones. Reconocemos dos representaciones de amplio arraigo en la gestual mesoamericana y un personaje del suroeste. El sentido de la lectura parece ser de abajo para arriba. Primero, dos personajes que desfilan vistos de perfil, caminando hacia el norte, nos recuerdan las tradicionales peregrinaciones o migraciones tan comunes en los relatos históricos transcritos en los códices. Más arriba, un personaje dominante con su tocado de asta de venado, empuña su dardo y agarra por la cabeza a su adversario que está a punto de perder el equilibrio. La migración y la conquista se ven coronadas por un personaje ubicado en otro plano resaltado de la superficie rocosa. Es el afamado flautista, popularmente denominado actualmente como Kokopelli.¹⁸

¹⁸ Esta identificación de un motivo antiguo con la realidad etnográfica de grupos hopis actuales no deja de pecar de cierta confusión porque la Katchina hopi de Kōkōpelli está esencialmente relacionada con la fertilidad y está disociada de un ser-insecto que toca la flauta mientras que en las imágenes antiguas el personaje multifacético suele conjugar el fuerte acento sexual con la acción de tocar la flauta: Slifer y Duffield 1993; Malotki 2000.



Figura 7. Las Adjuntas, panel VII (ilustración de Hers).

A todas luces el panel hace referencia a migraciones y hechos bélicos que dieron lugar a la presencia de Kokopelli. Al aislar este panel del gran biombo desplegado al lado, y al organizar su composición con suma simplicidad y claridad a partir de cuatro elementos narrativos, sus creadores subrayaron la singularidad de su temática: una reflexión sobre la historia de su comunidad por medio de tan expresiva síntesis y con un evidente énfasis en la migración como motor de su destino.

Abordamos así la segunda migración que marcó en efecto la historia chalchihuitéña: el segundo gran movimiento hacia el norte que rebasó la antigua frontera ya mencionada a la altura de Nombre de Dios y dio lugar a la presencia mesoamericana en todo el occidente de Durango, tanto en los llamados valles orientales como en las tierras frías de la Sierra Madre Occidental y en las profundas quebradas del flanco occidental.

Una vez más, no podemos dejar de evocar las grandes migraciones de la época colonial, y en particular la que dio lugar a la Nueva Vizcaya desde la Nueva Galicia, con la participación de grupos muy diversos de habla náhuatl, pero también purépecha, además de muy diversos grupos procedentes de la región costeña. En el gran movimiento que tuvo lugar hacia 600 de la era, reconocemos también una participación purépecha o, más precisamente dicho, uacúsecha,¹⁹ revelada por los trabajos de Patricia Carot con base en la expansión de la iconografía de Loma Alta. Ésta corresponde a la fase inicial de la larga secuencia purépecha y su impronta se reconoce tanto

¹⁹ Para retomar el apelativo que daban los historiadores purépechas a los que regresaron del norte y se impusieron a las poblaciones locales con las cuales compartían el mismo idioma.

en objetos chalchihuiteños como en el universo Hohokam de Arizona (Carot 1994, 2000 y 2001). Así, en el tipo muy singular y particularmente refinado de negativo dado a conocer por los trabajos recientes en La Quemada (por ejemplo, en la presente obra, la participación de Ben Nelson) vemos conjugadas las imágenes mencionadas del cánido y del águila con motivos inconfundibles del arte de Loma Alta. Más adelante volveremos a ver entrelazados los destinos chalchihuiteños y uacúsechas.

En este movimiento al norte hemos de diferenciar dos fenómenos complementarios, pero aparentemente bastante distintos. Uno de colonización formal y expansión chalchihuiteña en tierras duranguenas, y el otro de contactos sostenidos y recíprocos sobre larguísimas distancias hasta el suroeste, pero aparentemente sin un desplazamiento de un gran número de personas. En el primer caso, a partir de 600 de la era, los medios geográficos más diversos que crea la Sierra Madre Occidental se pueblan de grupos que cargan consigo la cultura chalchihuiteña, sin antecedentes locales.²⁰ En el segundo, los lazos parecen haberse dado, esencialmente a nivel del intercambio de bienes, ideas y creencias, lo que significa una ruptura decisiva en las evoluciones locales del suroeste. Los trabajos en curso del proyecto Hervideros de la Universidad Nacional Autónoma de México han ampliado considerablemente las evidencias de los estrechos lazos que tejieron los pueblos chalchihuiteños y los del suroeste, particularmente entre los siglos séptimo y décimo (Barbot y Punzo 1997; Hers en prensa b y c 2001).

En Durango el proyecto Hervideros se propuso reactivar la arqueología y retomar la vía marcada por los trabajos de Alden Mason y Donald Brand en los años treinta y del equipo de J. Charles Kelley en los años cincuenta (Hers y Soto 1995; Hers, Soto y Polaco 1998). Pero también hemos tenido que ir a contracorriente de una situación que duró décadas durante las cuales el estudio del pasado prehispánico quedó confinado al coleccionismo, fruto último de un saqueo desenfrenado. Como era de esperarse en esas circunstancias, la serie de publicaciones y conjuntos museográficos que se dieron en este periodo, más que un avance en el conocimiento, vino a consolidar mitos y confusiones de los cuales retomaremos, para la claridad de nuestra exposición, solamente dos aspectos: el cuadro cronológico y la cultura Loma San Gabriel.²¹

²⁰ Barbot en preparación; Barbot y Punzo 1997; Berrojalbiz Cenigaonaindia en preparación y en prensa; Punzo 1999 y en prensa; Tsukada en prensa.

²¹ Como era de esperarse ante tal escasez de trabajo y la estrechez de la comunidad académica dedicada a este campo, se han dado polémicas particularmente estériles y actitudes descalificadoras. Citemos, por ejemplo, una reciente síntesis de la arqueología de Durango por Michael Foster que se basa en los trabajos de campo, inevitablemente exploratorios y preliminares, llevados a cabo hace medio siglo, en un rescate puntual por parte del INAH y en las colecciones reunidas a partir del saqueo del gran sitio de Molino. A pesar de esta obvia insuficiencia de trabajos de campo, pretende descalificar diez años de trabajo regional e interdisciplinario de la UNAM citando un artículo previo al proyecto: Foster 2000: 214. Tal situación no deja de recordar las desavenencias personales entre los dos grandes pioneros de la arqueología chalchihuiteña, Pedro Armillas y J. Charles Kelley, que originó la separación artificial de La Quemada de su contexto regional.

Nuestros trabajos han permitido confirmar, en términos generales, la primera de las secuencias propuestas por J. Charles Kelley (1985) para Durango, con base en sus excavaciones en La Ferrería en los años cincuenta, en la cual la presencia mesoamericana corre desde aproximadamente 600 hasta 1250 de nuestra era. También confirmamos que se trata de una expansión colonizadora a partir de la parte sureña (en Zacatecas y Jalisco) del territorio chalchihuiteño. Hemos podido precisar, sin embargo, que dicha colonización no ocurrió al final de la secuencia chalchihuiteña del sur, o fase Alta Vista-Vesuvio (es decir en el siglo noveno), sino al inicio de esta fase, en el siglo séptimo, poco después de la serie de cambios ya señalados como el surgimiento del arte figurativo y la presencia uacúsecha en La Quemada.

La idea de una migración chalchihuiteña a Durango desde el sur, propuesta originalmente por J. Charles Kelley, ha sido generalmente aceptada y se documenta en hechos similares a los inicios de la cultura chalchihuiteña en la parte sureña de su territorio, casi medio milenio antes, éstos son: la ausencia de una evolución local; la complejidad de la cultura material desde los inicios y sus innegables similitudes en todos los ámbitos con la de origen al sur (arquitectura, cerámica, lítica, arte rupestre). El carácter colonizador, de toma de posesión de nuevas tierras y la consecuente defensa de estos nuevos territorios, de nueva frontera, se refleja claramente en el patrón de asentamiento similar al que prevalecía en las tierras de origen al sur: predominio de los sistemas defensivos, como son la ubicación en sitios elevados, control visual, murallas, complementariedad entre asentamientos abiertos y refugios.

Las divergencias de opinión afectan la relevancia que se le reconoce a esta migración desde el sur. Para unos, se trataría solamente de un grupo reducido que conformó una elite dominante sobre una población local poco desarrollada, la llamada cultura Loma San Gabriel. Sin embargo, la validez de esta hipótesis ha sido cuestionada principalmente por la gran debilidad de los datos reunidos sobre este supuesto sustrato original (Brooks 1971 y 1978; Foster 1978 y 1985; Hers 1989a: nota 16, p. 138, 1989b, en prensa c).

Uno de los propósitos del proyecto Hervideros ha sido precisamente el de documentar esta cultura y entender mejor una aparente contradicción en la arqueología del alto Chapalagana: en superficie, lo modesto de los sitios y de su arquitectura, así como la escasez de cerámica decorada, daban una engañosa imagen "primitiva", similar a lo que se había definido como cultura Loma San Gabriel (Foster 1978: 185). Pero al excavar uno de estos sitios, el Cerro del Huistle, el material evidenció la plena pertenencia a la cultura chalchihuiteña prevaleciente en sitios mucho mayores de regiones colindantes como la del alto Suchil (Alta Vista, Montedehuma, y el mayor de todos, Cerro Cruz de la Boquilla), sin que por eso se pudiera considerar a los aldeanos del alto Chapalagana como sometidos al dominio de algún centro rector (Hers 1998).

En Durango, escogimos trabajar en una escala regional muy amplia y tomar como centro al sitio Hervideros, precisamente por encerrar todas estas contradicciones: su ubicación en pleno territorio supuestamente Loma San Gabriel y la amplitud del asentamiento reconocida desde los años treinta. Después de casi diez

años de trabajos de superficie y de excavaciones en medios contrastados como son los valles orientales, la sierra alta y las Quebradas, y en sitios de tamaño tan contrastado como Hervideros y Molino, que rebasan ampliamente las treinta hectáreas o pequeños ranchos de un solo patio, consideramos que no se puede sostener la idea de una cultura Loma San Gabriel ni como previa a la chalchihuiteña ni como contemporánea y subalterna bajo la influencia de una elite chalchihuiteña. Constatamos, al contrario, a partir del examen directo de los sitios específicamente atribuidos a dicha cultura, que se trata de asentamientos pertenecientes plenamente a la cultura chalchihuiteña.²² Las diferencias que logramos bosquejar en el tiempo y en el espacio adentro de tan amplia y variada área de Durango no nos llevan a considerarlas como distintas “culturas” sino como inevitables variaciones nacidas de los más variables factores naturales y sociales.

Desechando pues, por inconsistentes, las hipótesis concernientes a la cultura Loma San Gabriel, concluimos que la presencia mesoamericana fue el fruto de un amplio movimiento migratorio que marcó un hito en la historia de la región, tan radical como lo fue la colonización de la Nueva Vizcaya. Esta migración alcanzó dimensiones considerables tanto en lo que concierne a la cantidad de pobladores implicados, como en lo referente a la vastedad y variedad del territorio colonizado.²³

La arqueología confirma lo que expresaron los huistleños en el panel referido de Las Adjuntas: la importancia de la migración, su carácter guerrero y abrupto, y el consecuente puente que permitió crear con los lejanos pueblos del suroeste de los Estados Unidos.

Sobra decir que la información disponible sigue raquítica frente a un fenómeno histórico tan complejo. En particular, se nos escapa un aspecto central para entender la historia chalchihuiteña: ¿cuál era la utopía o los intereses que llevaron a esas comunidades esencialmente aldeanas a abrir nuevos horizontes, a volver a emprender la marcha al norte?

Se ha propuesto reconocer un factor eminentemente económico, un flujo comercial: la llamada ruta de la turquesa, que se asocia generalmente con la considerable actividad minera del alto Suchil (Weigand 2001), y también con las necesidades de alguna(s) important(es) entidad(es) políticas del sur, en particular Teotihuacan. La propuesta es seductora, pero los datos concretos, reacios, exigen algunas precisiones.

En primer lugar, es prudente reconocer que las minas presentan, por ahora, más enigmas que certezas. No está clara la relación entre el considerable trabajo invertido y los minerales extraídos. Por una parte, se menciona la hematita cuyo uso está

²² Véase por ejemplo, lo relativo a los sitios de Loma San Gabriel, Chancaca, Crestón de los Indios o Coscomate (llamado Mesa de las Borregas en los trabajos de Brooks) en Hers, en prensa c y d. En estos sitios hemos levantado planos precisos que vinieron a completar los croquis muy aproximados con los cuales se contaba e iniciamos el estudio de un profuso arte rupestre asociado con estos asentamientos. Como era de esperarse, al ampliar notablemente la base documental cambió considerablemente la imagen que se puede hacer de estos sitios ubicados en los extremos norte y noreste de estos confines mesoamericanos.

²³ Para mayor información, ver referencias incluidas en la nota 2.

bien documentado entre los chalchihuiteños, pero que se puede conseguir en la naturaleza sin recurrir a una minería tan desarrollada. Por otra parte, se reporta la posible extracción de la malaquita, pero su uso regional como piedra de adorno y como pigmento es muy problemático. Phil Weigand (1982: 97) precisa que es escasa en sitios asociados con minas como Alta Vista, y en la región relativamente cercana del Huistle donde se usó abundantemente la piedra verde, no figura la malaquita ni como piedra semipreciosa para adornos ni como pigmento. En la pintura al *cloisonné* del Huistle, se ha documentado el uso de un pigmento verde, pero se trata de un material local disponible en la superficie del cercano cerro del Mezcal, la celadonita (información del ingeniero Ricardo Sánchez, del laboratorio de Geología del Instituto Nacional de Antropología e Historia). Finalmente, hay que aclarar cierta confusión que se ha generalizado alrededor de estas minas porque están citadas en los mismos escritos que tratan de la ruta de la turquesa. Estas minas no son de turquesa y tampoco podrían haber sido la fuente para lugares como Teotihuacan, puesto que ahí no se usó este mineral.

Por otra parte, la procedencia de los dos tipos de piedra verde que los chalchihuiteños utilizaron; la turquesa y la amazonita, que no figuran entre los minerales disponibles en las minas mencionadas, no favorece la idea de que la expansión a tierras duranguéñas fuera causa o efecto de la hipotética ruta de la turquesa. En efecto, ni en los sitios sistemáticamente saqueados como Molino,²⁴ se ha reportado la presencia de turquesa, sin embargo, abunda al sur, no solamente en asentamientos relativamente mayores como Alta Vista, sino en pequeñas aldeas de menos de dos hectáreas como el Huistle.²⁵

En contraste con esta aparente ausencia o extrema escasez de turquesa en Durango, los trabajos del proyecto Hervideros tanto en los valles como en la sierra alta han reportado la presencia de amazonita en contextos chalchihuiteños, sobre todo de la fase inicial Ayala-Las Joyas (600-900/1000). Es probable que esta bella piedra verde, tan comúnmente confundida con la turquesa en la literatura arqueológica, proceda del yacimiento a flor de tierra de Peñoles, en la cuenca del río Florido, en el sur de Chihuahua, pero dicha hipótesis habrá de ser comprobada por los trabajos en curso de Ricardo Sánchez. De esta manera, en cierta medida, la amazonita sí puede estar asociada con la expansión a tierras duranguéñas, si no como causa, sí como efecto.

Para comprobar la existencia de la ruta de la turquesa, es decir del origen en el suroeste de los Estados Unidos de la turquesa utilizada por los chalchihuiteños durante la segunda parte del primer milenio, se necesita encontrar una explicación a esta aparente ausencia en las tierras duranguéñas, las cuales representan una

²⁴ Además de lo publicado sobre Molino a partir de colecciones rescatadas del saqueo y expuestas en los museos de la ciudad de Durango, contamos con nuestros propios trabajos en el lugar donde levantamos el plano y se hicieron excavaciones (Tsukada, en prensa).

²⁵ Tal ausencia obviamente ha de tomarse con prudencia sobre todo en vista de que los trabajos arqueológicos en Durango siguen siendo escasos frente a la inmensidad de este territorio. Así, en una colección privada de piezas reunidas en Hervideros, hemos detectado tres pequeñas teselas de turquesa (identificadas por el ingeniero Ricardo Sánchez).

porción considerable de las rutas naturales hacia el suroeste. También se requiere de mayores estudios petrográficos para poder descartar eventuales fuentes más cercanas a los sitios chalchihuiteños sureños donde sí hubo amplio uso de la turquesa. Finalmente, si la región chalchihuiteña sur en Zacatecas y Jalisco, se considera otra vía posible para acceder a la turquesa del suroeste de los Estados Unidos, es decir la ruta costeña, hay que tomar en cuenta que los límites del mundo mesoamericano aparentemente no rebasaban la parte sur de Sinaloa (río Piaxtla) antes de la expansión al norte asociada con el Complejo Aztatlán del Posclásico temprano.

Sin descartar la importancia, ya indiscutible, de las relaciones entre los chalchihuiteños y las poblaciones de cultura Hohokam y Anasazi del lejano suroeste, ni rechazar categóricamente, por falta de elementos, la posibilidad de una ruta de la turquesa, propongo, sin embargo, explorar otras vías para acercarnos a las migraciones chalchihuiteñas. Aunque no tenemos por ahora los elementos para descifrar las causas de estas dos expansiones hacia el norte, primero al inicio de la era y luego en el siglo séptimo, sí tenemos elementos para reconocer entre los diversos pueblos que hicieron florecer dicha cultura y consolidaron complejos entrelaces con el lejano suroeste de los Estados Unidos, aspectos de su organización sociorreligiosa y guerrera que les permitieron enfrentar con éxito los peligros que conllevan las migraciones y colonizaciones de amplios territorios: la dispersión con la consecuente pérdida de identidad y de cohesión, y la amenaza de autodestrucción por las tensiones en el interior de sociedades eminentemente guerreras.

Como señalamos, proponemos reconocer en uno de los temas centrales del arte rupestre chalchihuiteño (del alto Chapalagana, pero también del valle de Guadiana, de la laguna de Santiaguillo y del alto Nazas cientos de kilómetros más al norte) la expresión gráfica de una organización sociorreligiosa particularmente bien adaptada a las necesidades de comunidades aldeanas dispersas en grandes distancias e involucradas en importantes migraciones: podría tratarse de un complejo culto basado en sociedades que propician lazos de hermandad religiosa y/o militar más allá del ámbito parental. Sería el lejano origen del culto de las Katchinas de los indios Pueblo del suroeste.

Otro aspecto de la vida ritual que habría sido propicio para legitimar la posesión de nuevos territorios abiertos por los movimientos colonizadores serían precisamente los grandes santuarios de arte rupestre. En estos lugares se reunían amplias alianzas que refrendaban sus lazos territoriales y daban un sentido cosmogónico a los paisajes conquistados. Tal es el caso, por ejemplo, de los santuarios huistleños mencionados donde no solamente se evocan complejas narraciones míticas y relevantes hechos históricos, sino que se ponen ambos santuarios bajo la tutela de la diosa asociada con el vuelo de las águilas.

En Durango, a equidistancia entre los sitios mayores de Hervideros y del Cerro de los Indios de Santa Catarina Tepehuanes, una mesa está coronada por un pequeño santuario y rodeada de numerosos conjuntos rupestres (Barbot, en preparación; Forcano, en preparación). Los escudos abundan, algunos con un personaje que se asoma atrás y varios entrelazados y superpuestos como para atestiguar alianzas y uniones.

El conjunto mayor está dominado por una larga narración expresada a partir de una sucesión de motivos dispuestos verticalmente sobre una “candela”, una gran roca columnar que se desprende de la pared donde se extiende un profuso conjunto de escudos (figura 8). En la parte alta, un personaje parece encabezar una marcha, enarbolando un estandarte, bajo la tutela de un gran oso grizzly acéfalo.

Más al norte aún, casi en las puertas septentrionales del territorio chalchihuiteño, en los alrededores de Coscomate, más de media docena de conjuntos rupestres marcan el paisaje y la profusión de escudos se entrelaza con migraciones evocadas por rebaños de venados a la usanza del arte rupestre Anasazi y con escenas donde actúa el flautista (figura 9). Las vulvas omnipresentes parecen multiplicar la imagen de los orígenes y unir el mundo de los hombres, con la cosmogonía (Hers 2001c).

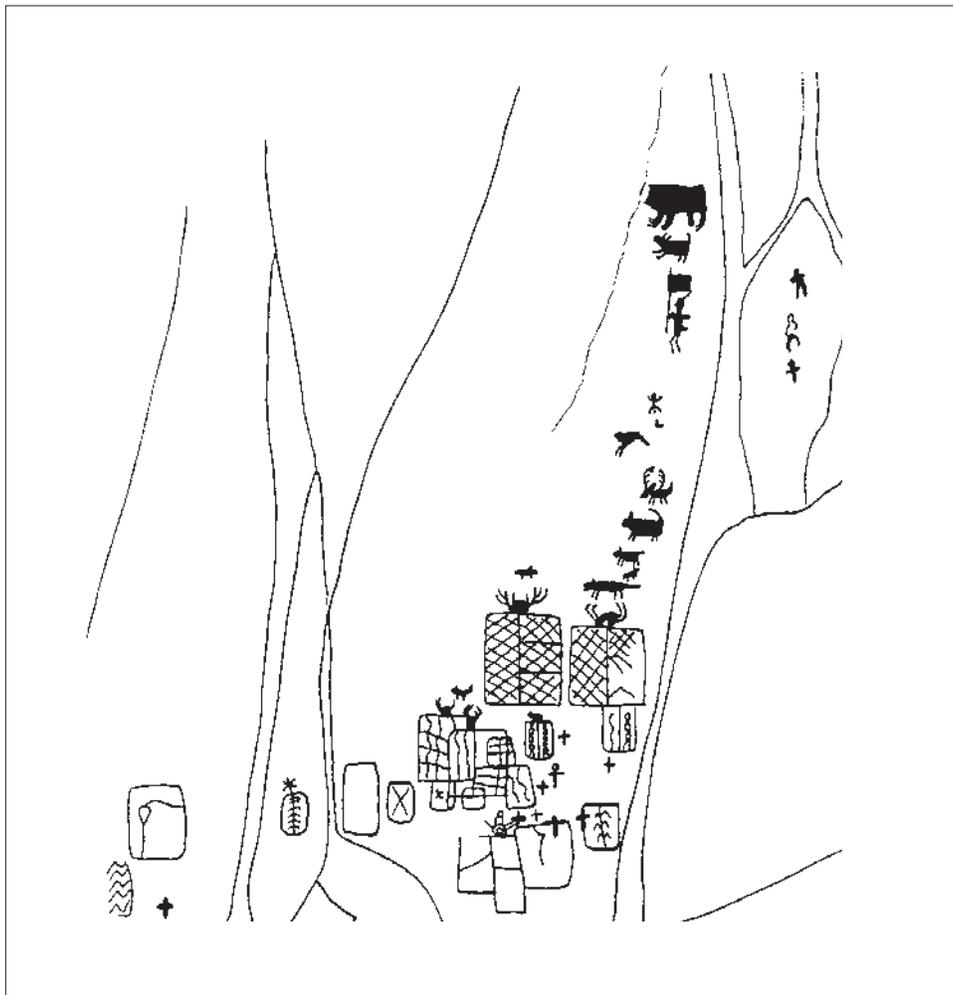


Figura 8. La Candela, paneles IX y X (dibujo de Marta Forcano).

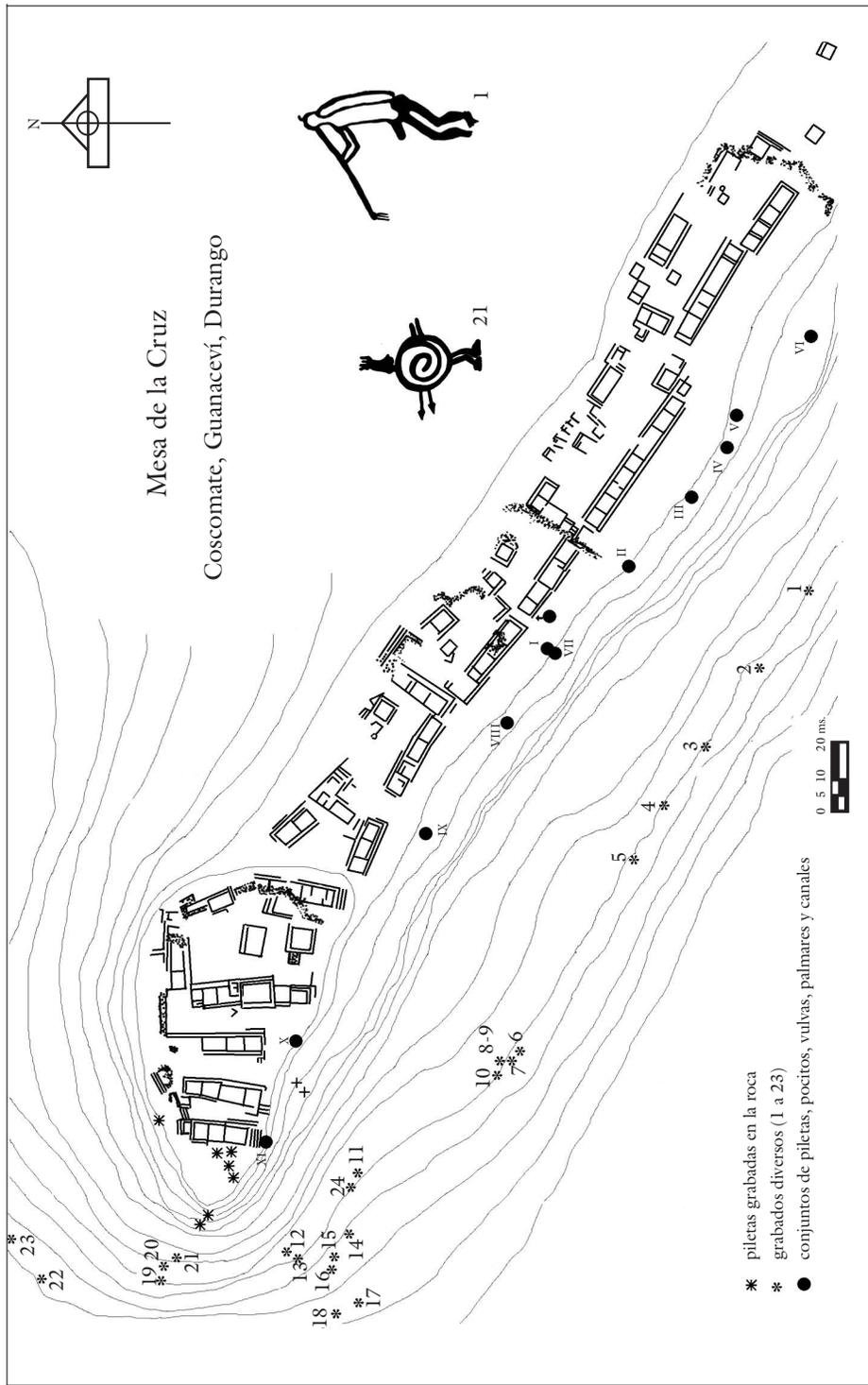


Figura 9. Mesa de la Cruz, Coscomate, Durango (ilustración de Hers).

Los oráculos que se consultaban para asuntos de toda índole, personales, de la vida agrícola o de la guerra, por ejemplo, también pueden haber tenido un papel importante para mantener la vital unidad sobre tan amplio territorio. Centros de peregrinación, los oráculos son indisociables de los consecuentes lazos comerciales, militares y de alianzas. En el Cerro del Huistle, las dos esculturas esquemáticas que flanqueaban la escalinata de un humilde templo pueden ser vistas como una imagen primitiva del *chac mool*, este singular y ambivalente personaje que recibe las ofrendas al mismo tiempo que transmite por su boca las palabras de la divinidad (figura 10). Existe de esta manera la posibilidad de que la vida religiosa y sociopolítica de los chalchihuiteños haya sido enriquecida por lugares sagrados donde se iba a auscultar la voluntad divina (Hers 1989, cap. III). Esta tradición habría perdurado hasta la época colonial durante la cual fue famoso el oráculo de la Mesa del Nayar, al cual confluían fieles de las diferentes naciones que poblaban la sierra y también la costa. También fue relevante el oráculo huichol de la sierra de Tenzompa, del cual encontramos los cimientos de las construcciones (Hers 1982).

Finalmente, junto con estos eventuales oráculos, los chalchihuiteños parecen haber tenido grandes centros de peregrinación pan-regionales donde se desarrollaban ceremonias espectaculares. Ésta podría haber sido una de las funciones de las singulares redes de calzadas de La Quemada y, a menor escala, de Cerro de la Cruz de la Boquilla. Al circular sobre estas calzadas según un solemne ritual, los peregrinos podrían haber equiparado sus movimientos con los de los cuerpos celestes en dramatizaciones memorables de su cosmogonía.²⁶

Llegamos así a un punto importante para la historia chalchihuiteña: el papel de La Quemada. Hasta principios de los años setenta y desde los tempranos inicios de la arqueología zacatecana, este sitio había sido considerado como el centro por excelencia de un amplio territorio zacatecano y duranguense al cual se le dio el nombre de cultura Chalchihuites o chalchihuiteña.

Esta unidad que siempre había encontrado consenso entre los investigadores, de pronto, a principios de los años setenta, apareció dividida en las publicaciones de J. Charles Kelley y su equipo, sin que se hayan precisado los argumentos para dejar de lado las innegables similitudes en tantos aspectos, como son: la iconografía, la cerámica, la lítica, la arquitectura y el patrón de asentamiento. Entonces empezó a generalizarse la tendencia a atomizar esta marcada unidad cultural. En el caso de La Quemada, la situación llegó a tal grado de confusión, que durante largo tiempo se le consideró no solamente de otra cultura sino también, y contra todas las evidencias, de otra temporalidad al ubicar el sitio en el Posclásico temprano. Con los nuevos trabajos, su cronología ha sido corregida y su contemporaneidad con Alta Vista, reconocida.

²⁶ Para la integración de ciertos edificios de La Quemada al orden cosmogónico, véase Lelgemann (1996).

La eventual función militar de la amplia red de calzadas de La Quemada no sería necesariamente excluyente de esta hipotética función ritual. Ver el importante estudio de Charles Trombold sobre la materia (1991). Para el sitio de Cruz de la Boquilla (cercano a la ciudad de Sombrerete), a pesar de su evidente papel central en la historia chalchihuiteña, solamente se cuenta con el plano levantado a principio del siglo XIX por Carl Berghes (edición de 1996).

Sin embargo, para interpretar la monumentalidad de sus edificios, se coloca ahora el sitio en un ámbito muy restringido: el espacio delimitado por sus calzadas consideradas como límites políticos. Así, en un interesante y documentado estudio sobre la relación entre el trabajo invertido en las construcciones y la escasa población que ocupaba el espacio relativamente reducido y ciertamente poco hospitalario delimitado por las calzadas, Ben Nelson concluye que el régimen político que privaba en La Quemada era eminentemente represivo (*coercitive chieftdom*), y entre los medios para imponerse por la fuerza figuraba el sacrificio humano (Nelson 1995; Nelson, Darling y Kice 1992). Se retoma así una interpretación similar, ya propuesta para los *tzompantli* de Alta Vista como arma de represión interna de un grupo dominante, interesado en ejercer coerción para obligar a trabajar en las minas (Abbott 1978; Nelson, Darling y Kice 1992; Weigand 1978: 220). Sin embargo, tal hipótesis no toma en consideración la ubicación: si se trataba de dominar y explotar a una población local, ¿por qué esta hipotética elite opresiva no escogió un medio más propicio que este valle periférico y de acentuada aridez, como por ejemplo, el cercano valle de Jerez? La otra debilidad de esta hipótesis es que simplifica al extremo la función político-social del sacrificio humano en el mundo mesoamericano.

La monumentalidad de La Quemada puede interpretarse desde otra perspectiva y distinguir su ámbito de poder según su función. La función local de fortaleza correspondería efectivamente al espacio que se puede proteger desde La Quemada, es decir, al área recorrida por las calzadas. La población local aldeana podía encontrar refugio en un espacio claramente delimitado en el sitio: la loma amurallada del noreste.

La función residencial se restringe al sitio mismo y al cercano asentamiento de Pilarillos. Éstos serían ocupados por una elite cuya naturaleza depende del predominio que se les atribuye a las otras funciones del lugar: militar, comercial o religiosa. Es notable que en una de las terrazas excavadas, interpretada como la parte residencial de la elite, figuraba entre el “mobiliario” la exposición de trofeos humanos (Nelson, Darling y Kice 1992), lo que, a mi parecer, daría a ésta el carácter de guardián de lugares sagrados.

Es a nivel panregional que la monumentalidad de La Quemada cobra todo su sentido, bien sea que se considere como un centro particularmente relevante de intercambio (Trombold 1985: 258-259), bien sea, como lo propongo, que se le reconozca como el santuario principal de una amplia región, un lugar donde se redimían las guerras y se aseguraban las alianzas, donde las más diversas comunidades chalchihuiteñas acudían para construir los espacios sagrados comunes que se distribuían en la parte baja y abierta del sitio, y los propios de cada comunidad que se escalonan en el cerro terracedo. Ambas opciones, la de santuario panregional y la de gran centro de intercambios, son complementarias y no excluyentes. El análisis de su arquitectura nos permite, en esta perspectiva, distinguir dos tipos de ceremonias: grandes festividades de toda la comarca chalchihuiteña en la parte baja de fácil acceso; rituales semiprivados propios de cada comunidad de peregrinos en las partes altas. Las formas arquitectónicas nos reflejan también aspectos fundamentales de la vida religiosa: la preponderancia en la vida ritual de las grandes asambleas guerreras que

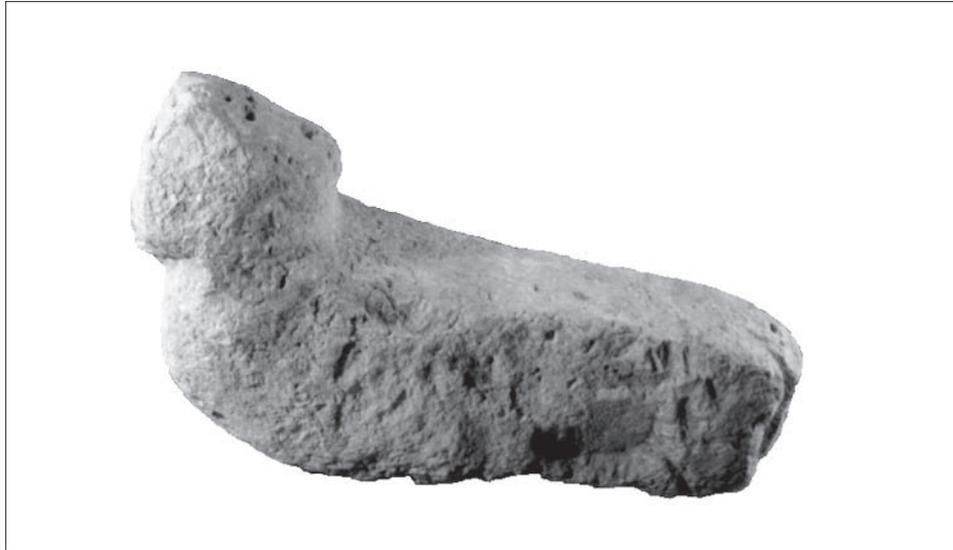


Figura 10. *Chac mool* del Cerro del Huistle, 550-850 dC (ilustración de Hers).

dio lugar a la singular forma arquitectónica de la sala-claustro y de la sala aporricada con la parte central a cielo abierto (Hers 1989, 1995).

En la realidad etnográfica actual, entre los hipotéticos herederos de esa antigua presencia mesoamericana, los coras conservaron, a lo largo de los siglos, la dignidad de sus guerreros y la atracción de sus santuarios como el de la Mesa del Nayar. La amplia y fluctuante geografía sagrada de los peregrinos huicholes rebasa con creces los estrechos límites de sus rancherías aisladas. La actividad bélica, tan determinante en tiempos pasados, cesó en el siglo veinte, pero estas poblaciones dispersas en humildes rancherías y aldeas mantienen viva una tradición religiosa y ritual de gran riqueza que, a través de la profundas similitudes con la de los grupos Pueblo del suroeste, guarda evidencias de los antiguos lazos que se tejieron en el primer milenio. Desde entonces, los ecos de la guerra se han extinguido.

Otrora, como ya señalamos, el patrón de asentamiento se había adaptado a una situación de peligro latente, de acciones bélicas que hacían peligrar a la población y que dieron al guerrero predominancia en todos los aspectos de la vida sociopolítica y religiosa, tanto en los sitios mayores como en las más humildes aldeas. En una peligrosa espiral, estas comunidades tuvieron que enfrentar otro peligro. No solamente defender de ataques externos las tierras que colonizaron, sino que debieron crear mecanismos para canalizar la fuerza ambivalente de sus guerreros: protección, pero también grave amenaza contra la armonía interna. La guerra se hizo sagrada, se hizo “florida”. Por medio de los *tzompantli*, la comunidad refrendaba con los dioses su participación en el orden cósmico. La aldea del Huistle, con sus dos hectáreas y sus media docena de *tzompantli* encontrados en las partes excavadas, atestigua que el sacrificio humano no era asunto de una elite oprimiendo a

una población sumisa, sino la vía de la religión para adaptarse a su condición de fronterizos, de colonizadores, de guerreros (Hers 1989a, cap. IV).²⁷

LA TERCERA MIGRACIÓN: ...Y SALIERON DE CHICOMÓZTOC...

En el siglo noveno se desencadenó una serie de eventos aún por esclarecer,²⁸ que dieron fin a la cultura chalchihuiteña en la porción sur de su territorio y las poblaciones duranguueñas quedaron cortadas al sur del mundo mesoamericano.²⁹ Ocurrió una importante diáspora entre las poblaciones chalchihuiteñas. Algunas probablemente se retiraron sierra adentro.³⁰ Otros se retiraron al sur, hacia las tierras de origen de sus lejanos antepasados. Así llegaron los tolteca chichimeca a Tula, y los uacúsechas a la región lacustre michoacana. Sobre esta migración, disponemos de dos tipos complementarios de información: arqueológica e histórica.

En trabajos anteriores (Hers 1989a) he presentado lo que podríamos llamar la “ecuación tolteca chichimeca”: los elementos que los chalchihuiteños desarrollaron durante el primer milenio en sus tierras norteñas y que aparecieron en el sur, cuando precisamente, según las fuentes históricas indígenas, llegaron “chichimecas” a imponer su dominio. Esta ecuación se traduce, en el material arqueológico, en un conjunto de elementos directamente relacionados con el poder militar y religioso: el *chac mool* con toda la vida ritual asociada a esa figura de hombre-dios, las salas de las columnas o claustros *per se* adecuadas para grandes asambleas de guerreros, la guerra florida traducida en los *tzompantli*. Estos elementos fueron introducidos paralelamente por los tolteca chichimeca en Tula y por los uacúsechas en tierras purépechas, como lo documentan los trabajos del CEMCA en Michoacán (Faugère Kalfon 1996; Carot, en el presente libro) y en Guanajuato (Pereira, Migeon y Michelet, en el presente libro).

Ya habíamos señalado que siglos atrás, el destino de los tolteca chichimeca chalchihuiteños y el de los uacúsechas-Loma Alta se habían entrelazado en la gran aventura hacia el norte y en la creación de los estrechos lazos con el suroeste. Falta aún mucho para entender cómo convivieron en el norte. Pero resalta el hecho que las fuentes al hablar de este reflujo de los norteños, también reconocen la hermandad en el destino de ambos grupos en su regreso al sur.

²⁷ El caso de la guerra ritualizada entre los chalchihuiteños ilustra con creces las ideas desarrolladas por René Girard sobre el papel fundamental de la religión en el control de la violencia humana.

²⁸ Como causa de este colapso se han propuesto cambios ecológicos en un mundo siempre amenazado por las sequías, o cruentos conflictos internos. Aún es muy grande la carencia de datos precisos al respecto.

²⁹ Poco después, los chalchihuiteños duranguueños renovaron sus lazos con el mundo mesoamericano por medio de la nueva vía que se creó a lo largo de la costa sinaloense con la expansión mesoamericana hacia el norte durante el llamado Complejo Aztatlán del Posclásico temprano (Hers 2001a).

³⁰ Por falta de trabajos, ignoramos lo que pasó en la porción sur de la Sierra Madre (Sierra del Nayar). Los trabajos del proyecto Hervideros permitieron precisar que siglos después, cuando los chalchihuiteños duranguueños se retiraron de los valles orientales, hacia 1250, en la sierra alta y en las quebradas, la presencia mesoamericana siguió su curso evolutivo sin quiebre drástico (Punzo 1999; Barbot, en preparación).

A modo de conclusiones y retomando brevemente lo expuesto en otras partes (Braniff y Hers 1998; Hers 1988, 1989a), recordemos las dos grandes migraciones que consignaron los historiadores indígenas que colaboraron con Sahagún. En el libro décimo (capítulo XXIX), en lugar de reunir datos generales y “etnográficos” sobre los mexicanos, vertieron una profunda reflexión histórica que abarca una larguísima duración y una compleja historia de entrelaces de pueblos alrededor de la gran epopeya mesoamericana de la conquista y pérdida del norte. Al elaborar su relato, se fueron a contracorriente de una versión popular de los hechos, en gran parte aún vigente, que confundía bajo una misma rúbrica de “chichimecas” a todo tipo de pueblos y que negaba la profundidad del tiempo al considerar a Chicomóztoc como tiempo y lugar de origen.

En su relato, a veces entrecortado por la inserción de otras narraciones, se reconocen dos de las grandes etapas y migraciones que la arqueología poco a poco va despejando del olvido: la fase Canutillo al principio de la era y la del reflujó al sur en el siglo noveno. La migración que aquí reportamos bajo la rúbrica del camino de Kokopelli, no se toma en cuenta, bien sea porque no se conservaban recuerdos de ella en la tradición oral y escrita del centro del país, bien sea porque no interesaba destacarla por tratarse de tierras demasiado remotas. Escuchemos a estos antiguos sabios, preocupados por conservar la memoria de la gesta norteña.

Después de referirse vagamente a un periodo muy remoto que acaba con una ruptura (la salida de todos los sabios, menos cuatro), nos hablan de una edad de oro (Tamoanchan) durante la cual algunos pueblos unieron sus esfuerzos para levantar las dos grandes pirámides de Teotihuacan. El fin dramático de Tamoanchan da origen a la decisión de varios pueblos de migrar al norte. Al inicio de cada una de las migraciones se cumple con un ritual en Teotihuacan para legitimar a sus dirigentes. Esa conjunción sugiere una relación entre las catastróficas erupciones volcánicas del principio de la era que cegaron la vida de una serie de prósperas poblaciones, y la importancia político-religiosa del gran santuario-oráculo de Teotihuacan y su cueva sagrada, como el paradigma de Chicomóztoc, conjunción que habría desembocado en esta expansión hacia el norte de la frontera mesoamericana, alrededor del primer siglo de la era.

Luego, el relato separa el destino de los otomíes, los que se separaron primero, de los que se fueron aún más lejos al norte, los tolteca-chichimeca. Precisa que éstos se quedaron tanto tiempo en el norte que perdieron la cuenta de los años (unos ocho siglos diría la arqueología chalchihuiteña).

En el norte, florece un gran santuario al cual acudían muchos pueblos para conocer la voz de sus dioses: Chicomóztoc. En este punto, los historiadores indígenas enfatizan su rechazo a la imagen popular de Chicomóztoc como lugar de origen y de punto de partida de la historia. Aquí hemos propuesto reconocer a La Quemada como el santuario o uno de los santuarios, levantados en el septentrión mesoamericano del periodo Clásico, a imagen y semejanza del Chicomóztoc original.

La narración prosigue con un nuevo quiebre en la historia: los dioses ordenan el regreso. Para la arqueología, la complejidad del fenómeno del derrumbe de la

frontera norte de Mesoamérica está aún muy lejos de ser dilucidada. Para los historiadores indígenas, tan dramáticos eventos hermanaron a muchos pueblos mesoamericanos en la pérdida del septentrión, y este adverso destino fue decisión divina, punto de vista que facilita asumir tal estrepitosa derrota. Del mismo modo, la imagen tan concurrida de Chicomóztoc como matriz de pueblos norteros permitió a los descendientes de estos chichimecas transformar positivamente la historia adversa de sus antepasados en un glorioso nacimiento.

El texto precisa que los tolteca chichimeca encabezaron el regreso, y entre los que les siguieron en el retiro al sur figuraban los michoacanos; los últimos en regresar y llegar al centro, fueron los mexicas.

El relato concluye explicando por qué ciertos pueblos se ufanan de ser chichimecas: son los que fueron al norte, crearon ese nuevo mundo y luego, por mandato divino, regresaron. Arqueológicamente, podríamos llamarlos los mesoamericanos septentrionales. De esa manera, advierte finalmente el relato, su historia no puede confundirse con la de los chichimecas nómadas que actualmente (en el siglo xvi) pueblan el norte. Aquí nos hemos propuesto ver cómo un grupo de estos chichimecas mesoamericanos, los chalchihuiteños, se adaptaron a su condición de migrantes, de colonizadores de nuevos horizontes, y cómo su organización socio-religiosa fue tan exitosa que al perder los territorios norteros, transformaron esta derrota en un renacimiento, al imponer su dominio político, militar y religioso en las tierras sureñas de sus lejanos antepasados y participar plenamente en el nuevo mundo así creado que hoy llamamos Posclásico.

Esta reflexión histórica recogida por Sahagún no era gratuita. Se formuló cuando de nuevo comunidades mesoamericanas se fueron al norte, ampliando considerablemente el territorio de la Nueva España, como si la historia se fuera a repetir.

BIBLIOGRAFÍA

ABBOTT KELLEY, ELLEN

- 1976 Gualterio de Abajo: Early Mesoamerican Settlement on the Northwestern Frontier, en *Las fronteras de Mesoamérica, XIV Mesa Redonda* (Tegucigalpa 1975) Sociedad Mexicana de Antropología, México: 41-50.
- 1978 The Temple of the Skulls at Alta Vista, Chalchihuites, C. Riley y B. Hedrick (eds.) *Across the Chichimec Sea: Papers in Honor of J. Charles Kelley*. Southern Illinois University Press, Carbondale: 102-126.

ADAMS, E. CHARLES

- 2000 The Katchina Cult: a Western Pueblo Perspective, P. Schaafsma (ed.) *Katchinas in the Pueblo World*. The University of Utah Press, Salt Lake City: 35-46.

BARBOT, CHRISTOPHE

- en preparación Habitat et populations agricoles préhispaniques dans le bassin du río Tepehuanes, Durango, Mexique. Tesis doctoral en arqueología, Université de Paris-1, París.

BARBOT, CHRISTOPHE Y JOSÉ LUIS PUNZO

- 1997 Antiguos caminos en el noroeste duranguense: supervivencia de una tradición prehispánica, *Trace* 31. CEMCA, México: 22-34.

BERGHES, CARL DE

- 1996 *Descripción de las ruinas de asentamientos aztecas durante su migración al valle de México, a través del actual Estado Libre de Zacatecas* (1855), traducción, estudio introductorio y notas de Achim Lelgemann, Zacatecas, Joyas Bibliográficas Zacatecanas, II. Gobierno del Estado de Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas y Centro Bancario del Estado de Zacatecas A.C., Zacatecas.

BERROJALBIZ C., FERNANDO

en prensa a Desentrañando un norte diferente: los tepehuanes prehispánicos del alto río Nazas, C. Cramausel (ed.) *Asentamientos y movimientos de población en la sierra tepehuana desde la prehistoria hasta nuestros días*. Simposio Internacional, Santa María Ocotán, abril del 2000, El Colegio de Michoacán, Zamora.

en prensa b Avances en la cronología del Noroeste de México desde el proyecto Hervideros, Dgo., A. Daneels (coord.) *V Coloquio Pedro Bosch Gimpera*. Junio del 2001, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

en preparación El río Ramos, un camino y una frontera. Tesis doctoral en antropología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

BRANIFF, BEATRIZ, LINDA CORDELL, MARÍA DE LA LUZ GUTIÉRREZ, MARIE-ARETI HERS Y ELISA VILLALPANDO

- 2001 *La gran Chichimeca*. CONACULTA y Jaca Books, Milán.

BRANIFF, BEATRIZ Y MARIE-ARETI HERS

- 1998 Herencias chichimecas, *Arqueología*. Segunda serie, 19, INAH: 55-80.

BROOKS, RICHARD

- 1971 Lithic Traditions in Northwestern Mexico, Paleo-Indians to Chalchihuites. Tesis doctoral en antropología, Department of Anthropology, University of Colorado, Boulder.

- 1978 Loma San Gabriel /Chalchihuites Cultural Manifestation in the Río Ramos Region, Durango, Mexico, C. L. Riley y B. C. Hedrick (eds.) *Across the Chichimec Sea. Papers in honor of J. Charles Kelley*. Southern Illinois University Press, Carbondale: 83-95.

CABRERO, MA. TERESA

- 1999 La cultura Bolaños y su tradición funeraria, *Ancient Mesoamerica*, 10: 105-113.

CAROT, PATRICIA

- 1994 Loma Alta: antigua isla funeraria en la ciénega de Zacapu, Michoacán, E. Williams y R. Novella (coords.) *Arqueología del occidente de México*. El Colegio de Michoacán, Zamora: 93-122.

- 2000 Las rutas al desierto: de Michoacán a Arizona, M. A. Hers, J. L. Mirafuentes, M. D. Soto y M. Vallebuena (eds.) *Nómadas y sedentarios en el norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*. Institutos de Investigaciones Antropológicas, Estéticas e Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 91-112.
- 2001 *Le site de Loma Alta, lac de Zacapu, Michoacan, Mexique*. BAR International Series 920, Oxford (Paris Monographs in American Archaeology, 9).
- DELTOUR-LEVIE, CLAUDINE (ED.)
- 1993 *L'architecture des villages préhispaniques dans la Sierra del Nayar; prospections de la Mission Archéologique Belge au Mexique-Projet Sierra del Nayar*. Publications d'histoire de l'art et d'archéologie de l'Université Catholique de Louvain, LX, Louvain-La-Neuve.
- FABA ZULETA, PAULINA
- 2001 El simbolismo de algunos petrograbados de Nayarit y Jalisco a la luz de la mitología huichola. Tesis de licenciatura en antropología social, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- FAUCONNIER, FRANÇOISE
- 1992 Projet Sierra del Nayar; résultats des travaux menés par la Mission Archéologique Belge au Mexique, *Mexicon*, XIV(2), Berlín: 24-30.
- 2001 Découvertes de sites rupestres dans la Sierra del Nayar. Mision Archéologique Belge au Mexique, ponencia presentada en el XIV Congreso de la Unión Internacional de Ciencias de la Prehistoria y de la Protohistoria, (Lieja, septiembre del 2001).
- FAUGÈRE-KALFON, BRIGITTE
- 1996 *Entre Zacapu y río Lerma; culturas en una zona fronteriza*. Cuadernos de Estudios Michoacanos 7, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México.
- FORCANO APARICIO, MARTA
- 2000 Las pinturas rupestres de Potrero de Chaidez, Dgo., M. A. Hers, J. L. Mirafuentes, M. D. Soto y M. Vallebuena (eds.) *Nómadas y sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*. Institutos de Investigaciones Antropológicas, Estéticas e Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 489-510.
- en preparación El arte rupestre del alto Nazas. Tesis doctoral en historia del arte, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- FOSTER, MICHAEL STEWART
- 1978 Loma San Gabriel: a Prehistoric Culture of Northwest Mexico. Tesis doctoral en antropología, Department of Anthropology, University of Colorado, Boulder.
- 1985 The Loma San Gabriel Occupation of Zacatecas and Durango, Mexico, M. Foster y P. C. Weigand (eds.) *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*. Westview Press, Boulder y Londres: 327-351.
- 1995 The Weicker Site: a Loma San Gabriel Hamlet in Durango, Mexico, *Journal of Field Archaeology*, 13 (1): 7-20.
- 2000 The Archaeology of Durango, M. Foster y S. Gorenstein (eds.) *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest México*. The Utah University Press, Salt Lake City: 197-220.

GUEVARA, ARTURO

- 2001 La Ferrería, Durango, *Arqueología Mexicana*, IX (51), Raíces e Instituto Nacional de Antropología e Historia, México: 54-57.

HERS, MARIE-ARETI

- 1982 Los santuarios huicholes en la Sierra de Tenzompa (Jalisco), *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 50 (1): 35-41.
- 1983 La pintura pseudocloisonné, una manifestación temprana en la cultura Chalchihuites, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 53: 25-39.
- 1988 Chicomóztoc y la Mesoamérica Marginal, *XI Coloquio Internacional de Historia del Arte: Historia, leyendas y mitos de México; su expresión en el arte*. Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 7-19.
- 1989a *Los toltecas en tierras chichimecas*. Cuadernos de Historia del Arte 35, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- 1989b ¿Existió la cultura Loma San Gabriel? El caso de Cerro Hervideros, Durango, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 60: 33-57.
- 1992 Colonización mesoamericana y patrón de asentamiento en la Sierra Madre Occidental, B. Boehm de Lameiras y P. C. Weigand (coords.) *Origen y desarrollo en el occidente de México*. El Colegio de Michoacán, Zamora: 103-136.
- 1998 La Sierra del Nayar en el contexto del Septentrión Mesoamericano, M. Fernández y L. Noëlle (eds.) *Estudios sobre arte. Sesenta años del Instituto de Investigaciones Estéticas* Universidad Nacional Autónoma de México, México: 45-55.
- 2001a La zona noroccidental en el Clásico y Posclásico, L. Manzanilla y L. López Luján (coords.) *Historia antigua de México II*, INAH, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, México: 265-300.
- 2001b Durango en el Clásico, *Arqueología Mexicana* IX (49), serie Tiempo Mesoamericano, VII, mayo: 62-67.
- 2001c La música amorosa de Kokopelli y el erotismo sagrado en los confines mesoamericanos, A. Herrera (ed.) *Amor y desamor en las artes* XXIII Coloquio Internacional de Historia del Arte del Instituto de Investigaciones Estéticas (Jalapa, septiembre de 1999), Universidad Nacional Autónoma de México, México: 293-336.
- en prensa a Durango y Sinaloa: estado actual de la cronología de la ocupación mesoamericana, B. Braniff (coord.) *Cronología historiográfica del occidente*. Centro de Estudios Antropológicos del Occidente Noguera, Universidad de Colima y Centro INAH, Colima.
- en prensa b La cultura chalchihuiteña: un antiguo camino de Tierra Adentro, en S. Álvarez, C. Cramausel y J. O. Moncada Maya (coords.) *Caminos y puentes en la Nueva España*. Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio de Michoacán.
- en prensa c La sierra tepehuana: imágenes y discordancias sobre su pasado prehispánico, C. Cramausel (coord.) *Asentamientos y movimientos de población en la sierra tepehuana desde la prehistoria hasta nuestros días*, El Colegio de Michoacán, Zamora.

HERS, MARIE-ARETI Y DOLORES SOTO

- 1995 Arqueología de la Sierra Madre duranguense: antecedentes del Proyecto Hervideros, *IV Congreso Internacional de Historia Regional Comparada*. (Ciudad Juárez, octubre de 1993), Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, I: 69-89.

HERS, MARIE-ARETI, MA. DE LOS DOLORES SOTO Y ÓSCAR J. POLACO

- 1998 ***Reactivar la arqueología duranguense: Hervideros, un proyecto en curso. Transición.*** Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Juárez del Estado de Durango.

HEYDEN, DORIS

- 1976 Caves, Gods and Myths: World View and Planning in Teotihuacan, E. Benton (comp.) ***Mesoamerican Sites and Worldviews. A Conference at Dumbarton Oaks.*** Washington DC: 1-35.
- 1998 Las cuevas de Teotihuacan, ***Arqueología Mexicana***, VI (34), INAH y Editorial Raíces, México.

JIMÉNEZ BETTS, PETER Y J. ANDREW DARLING

- 2000 Archaeology of Southern Zacatecas: the Malpaso, Juchipila and Valparaíso-Bolaños Valleys, M. Foster y Shirley Gorenstein (eds.) ***Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest México.*** The Utah University Press, Salt Lake City: 155-180.

LAZALDE, JESÚS F.

- 1987 ***Durango indígena. Panorama cultural de un pueblo prehispánico en el noroeste de México.*** Impresiones Gráficas México, S.A., Gómez Palacio.

KELLEY, J. CHARLES

- 1974 Speculations on the Culture History of Northwestern Mesoamerica, B. Bell (ed.) ***The Archaeology of West Mexico.*** Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, Ajijic: 19-34.
- 1976 Alta Vista: Outpost of Mesoamerican Empire on the Tropic of Cancer, ***Las fronteras de Mesoamérica, XIV Mesa Redonda.*** (Tegucigalpa 1975), Sociedad Mexicana de Antropología, México.
- 1985 The Chronology of the Chalchihuites Culture, M. S. Foster y P. C. Weigand (eds.) ***The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica.*** Westview Press, Boulder: 269-288.

LELGEMANN, ACHIM

- 1996 Orientaciones astronómicas y el sistema de medidas en La Quemada, Zacatecas, México, ***Indiana***, 14, Berlín: 99-125.

MALOTKI, EKKEHART

- 2000 ***Kokopelli. The Making of an Icon.*** The University of Nebraska Press, Lincoln.

NELSON, BEN A.

- 1995 Complexity, Hierarchy, and Scale: a Controlled Comparison Between Chaco Canyon, New México, and La Quemada, Zacatecas, ***American Antiquity***, 60 (4): 597-618.

NELSON, BEN A., J. ANDREW DARLING Y DAVID A. KICE

- 1992 Mortuary Practices and the Social Order at La Quemada, Zacatecas, México, ***Latin American Antiquity***, 3 (4): 298-315.

OLGUÍN M., ENRIQUETA

- 1994 Ornamento de concha: indicadores de relevancia social en un área del occidente de México, E. Williams y R. Novella (eds.) *Arqueología del occidente de México: nuevas aportaciones*. El Colegio de Michoacán, Zamora: 183-216.

ORLOFF, NADINE

- 1982 Découverte d'un site à gravures rupestres dans la Sierra del Nayar (Mexique), *Journal de la Société des Américanistes*. LXVIII: 7-26.

PATTERSON-RUDOLPH, CAROL

- 1993 *Petroglyphs and Pueblo Myths of the Rio Grande*. 2da. edición, Avanyu Publishing Inc., Albuquerque.

PUNZO DÍAZ, JOSÉ LUIS

- 1999 La Mesa de Tlahuitoles en lo Alto de la Sierra Madre Occidental de Durango: apuntes para la historia antigua xixime. Tesis de licenciatura en arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- en prensa Una larga secuencia de ocupación mesoamericana en la sierra xixime, C. Cramaussel (ed.) *Asentamientos y movimientos de población en la sierra tepehuana desde la prehistoria hasta nuestros días*. Simposio internacional, Santa María Ocotán, abril del 2000, El Colegio de Michoacán, Zamora.

RENFREW, COLIN

- 2001 Production and Consumption in a Sacred Economy: The Material Correlates of High Devotional Expression at Chaco Canyon, *American Antiquity*, 66 (1): 14-25.

SCHAAFSMA, POLLY

- 2000 The Prehistoric Katchina Cult and Its Origins as Suggested by Southwestern Rock Art, P. Schaafsma (ed.) *Katchinas in the Pueblo World*. The University of Utah Press, Salt Lake: 47-63.

SLIFER, DENNIS Y JAMES DUFFIELD

- 1993 *Kokopelli; Flute Player Images in Rock Art*. Ancient City Press, Santa Fe.

TORREBLANCA PADILLA, CARLOS

- 2000 *Manifestaciones rupestres en La Quemada: los petrograbados*. Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, Zacatecas.

TROMBOLD, CHARLES D.

- 1984 Summary of the archaeology in the La Quemada region, M. S. Foster y P. C. Weigand (eds.) *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*. Westview Press, Boulder: 237-268.
- 1991 Causeways in the context of strategic planning in the La Quemada region, Zacatecas, Mexico, C. D. Trombold (ed.) *Ancient Road Networks and Settlement Hierarchies in the New World*. Cambridge University Press, New York.

TSUKADA, YOSHIYUKI

- en prensa Estudio comparativo de dos grandes asentamientos chalchihuiteños en Durango: Molino y Hervideros, C. Cramaussel (ed.) ***Asentamientos y movimientos de población en la sierra tepehuana desde la prehistoria hasta nuestros días***. (Simposio internacional, Santa María Ocotán, abril del 2000), El Colegio de Michoacán, Zamora.
- en preparación Arqueología del Cañón de Molino, México. Tesis de licenciatura en arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

WEIGAND, PHIL C.

- 1978 La prehistoria del estado de Zacatecas; una interpretación, ***Anuario de Historia*** 1 Departamento de Investigaciones Históricas, Universidad Autónoma de Zacatecas, Zacatecas: 203-248.
- 1982 Mining and Mineral Trade in Prehispanic Zacatecas, ***Mining and Mining Techniques in Ancient Mesoamerica, Anthropology***. Special Issue, VI (1-2), Department of Anthropology, State University of New York at Stony Brook, New York: 84-134.
- 2001 El Norte mesoamericano, ***Arqueología Mexicana***, IX (50), Editorial Raíces e INAH.

LOS CHICHIMECAS A LA CAÍDA DE TEOTIHUACAN Y DURANTE LA CONFORMACIÓN DE LA TULA DE HIDALGO

Beatriz Braniff *

Para mi querido e inolvidable Pai.

La Gran Chichimeca o *Chichimecatlalli* es una región poblada por indígenas y españoles. Este concepto es mucho más adecuado que aquellos términos regionales ambiguos, subjetivos o inaceptables como son el “norte de México”, el “suroeste”, el “gran suroeste” y “árido y oasis América”.

De acuerdo con la información histórica y arqueológica podemos definir a una Chichimecatlalli que se extendía desde la frontera de Mesoamérica del siglo XVI hasta el paralelo 38° N (figura 1). Los mexica veían esta región norteña como un *oikoumene* o mundo conocido, pero peligroso y amenazante. Así decían que “es un lugar de rocas secas, de fracaso, de lamentación, es un lugar de muerte de sed, un lugar de inanición [...] Es un lugar de mucha hambre, de mucha muerte” (Sahagún 1963: 256). Los españoles se enfrentaron a ese inhóspito y casi desconocido territorio y a gente salvaje que había que dominar a “sangre y fuego” (Powell 1977). Tardarían unos 300 años en completar su colonización.

Si bien esa diferente y especial región chichimeca fue reconocida en tiempos de la Colonia hasta por lo menos el siglo XVIII (Herrera 1726); con bastante seguridad podemos llevar dicho concepto hasta los tiempos prehispánicos, como lo sugiere la información histórica (véase adelante) y el hecho de que los grupos mesoamericanos no hubieran podido traspasar aquella frontera del siglo XVI durante la mayor parte del Formativo y del Posclásico, lo que sugiere que también entonces la región era de difícil acceso. Las actuales referencias a la vegetación y a la lluvia permiten verificar cómo la Mesoamérica de Kirchhoff (1943) se ubica en zonas donde era posible el cultivo de temporal. La Gran Chichimeca, por otra parte, se localiza en regiones áridas donde dicho cultivo se vuelve riesgoso o imposible (Braniff 1989).

La Gran Chichimeca no puede considerarse como un “área cultural” si aplicamos los parámetros establecidos por Kirchhoff (1954) puesto que los grupos que allí habitaron no tenían el mismo origen ni el mismo modo de subsistencia. En

* Instituto Nacional de Antropología e Historia-Universidad de Colima

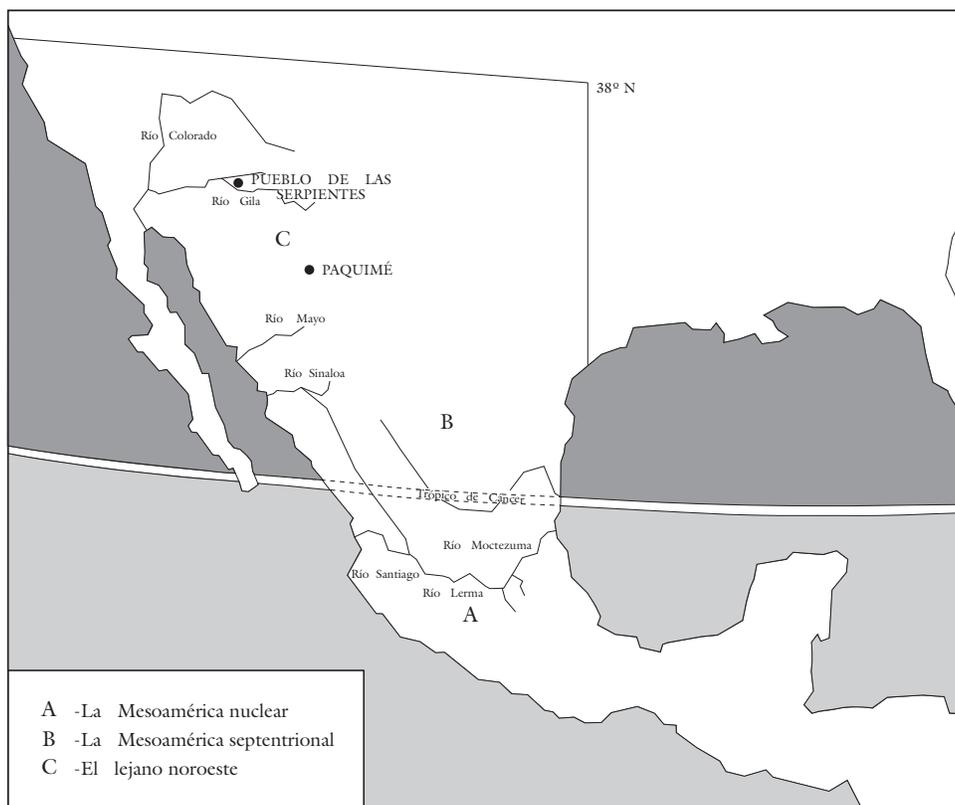


Figura 1.

tiempos prehispánicos había recolectores-cazadores como los de La Candelaria, Coahuila y los teochichimecos que en el siglo XVI eran vecinos de los mexica; los había agricultores como los zuni (Cíbola, Nuevo México), hohokam (Arizona), anasazi (Nuevo México), y en lo que hoy es México, la famosa Casas Grandes o Paquimé (Chihuahua). También fueron agricultores aquellos colonizadores mesoamericanos que en cierto tiempo ocuparon parte de ese territorio chichimeca, a los que me referiré específicamente en adelante. En tiempos históricos, estos diferentes grupos interactuaron mediante el intercambio, el comercio, la guerra y la unión ante un enemigo común. Tales relaciones debieron existir en tiempos prehispánicos, pero tenemos poca información sobre el particular.

Los etnólogos, por su parte (Odena 1990: 451-556; Reyes y Odena 2001: 237-276), insisten en que la palabra “chichimeca” simplemente significa “norteño” o de aquel origen, y no se refiere a un estatus o nivel cultural de “salvaje” o “silvestre”, nómada sin agricultura, como desafortunadamente nos hace creer el recuerdo de lo que sucedía en el siglo XVI allende la frontera del imperio mexica.

Así, y a diferencia de aquella concepción del chichimeca como un salvaje que en el siglo xvi merodeaba en los confines del estado mexicana (los otonchichimecas, zacatecas, etcétera) descrito por los informantes de Sahagún (1955, vol. II: 233-288), en el ambiguo y lejano recuerdo que esos mismos informantes tenían de ciertos hechos que databan de por lo menos unos quinientos años atrás, subsistía la narración de aquellos “toltecas que todos se llamaban chichimeca” y que fueron “los primeros que a esta tierra han venido a poblar, y que en romance se pueden llamar oficiales pulidos y curiosos como los de Flandes” (Sahagún 1955, vol. II: 275-276). Curiosamente y a pesar del reconocimiento de estos toltecas como “gente pulida y curiosa” –es decir civilizada–, en los códices aparecen generalmente vestidos con pieles y con su arco y flecha, atuendos típicos de los “verdaderos” y salvajes teochichimecas del siglo xvi.

La investigación de Carlos Martínez Marín (1974), verifica que los mexicana en su origen, es decir antes de que iniciaran su peregrinación desde el norte, eran mesoamericanos –obviamente civilizados– aun cuando ellos mismos se llamaran “culhua chichimecos”.

Este término de la Gran Chichimeca o *Chichimecatlalli*, además de ser objetivo e históricamente legítimo, es un instrumento útil porque nos facilita incorporar las diversas investigaciones que apenas iniciamos en nuestro territorio norteño. Además nos permite romper la frontera mesoamericana –como lo imploraba el propio Kirshhoff en sus clases (1971)– y así reconocer todo tipo de interrelaciones con otras culturas norteñas.

Después de esta corta introducción vayamos ahora al tema que nos ocupa.

En tiempos prehispánicos y en esa región chichimeca, hemos reconocido entre otros eventos, una colonización de gente mesoamericana a partir de los últimos tiempos del Formativo. En esta región que he llamado la Mesoamérica Septentrional, o mejor todavía la Mesoamérica Chichimeca (figura 2), puedo distinguir dos regiones: una ubicada hacia el noreste cuyo origen podemos identificar en las culturas del Golfo de México, y otra que es la que nos interesa, en el norcentro y noroccidente, cuyo origen podemos identificar en el occidente de México (Braniff 1998a), y específicamente en la cultura de Chupícuaro.

En adelante sólo me referiré a esta última región, y en ella a Guanajuato y a los valles sureños de Querétaro, pero debemos aceptar que la información arqueológica sobre el particular adolece de varios defectos, como son: la falta de cronologías precisas y de estudios estratigráficos, la falta de ilustraciones comprensivas de la cerámica –no sólo dibujos parciales de tepalcates– la falta de información sobre material doméstico, de figurillas, de lítica, etcétera. Estos datos deben existir en informes no publicados a los que desafortunadamente no he tenido acceso.

Chupícuaro (Guanajuato), originalmente sólo reconocido por su magnífica cerámica asociada a entierros, es hoy considerado como una muy importante “unidad político-territorial” asociada con construcciones monumentales, que intruye en el sur de Guanajuato y de Querétaro (Crespo 1992). Así, la cultura de Chupícuaro es la primera en cruzar aquella frontera del siglo xvi, situación que plantea



Figura 2.

varias interrogantes que por lo pronto no tienen una clara contestación. ¿Es que en ese tiempo el medio ambiente era más benigno y ya no constituía una amenaza como lo era en el siglo XVI? ¿Coincide esta ampliación de fronteras con aquel tiempo protourbano cuando ya los diferentes Estados tienen la fuerza y la necesidad de obtener territorios y materiales? ¿Por qué es Chupícuaro y no otros poderes como el de Teotihuacan el que hace este novedoso asalto en tierras chichimecas? Desafortunadamente las fechas que se proponen para Chupícuaro son contradictorias: 650 aC a 150 aC de acuerdo con Florance (2000, figura 2.9); entre 650 aC y 100 dC (Gorenstein *et al.* en Braniff 1998b fig. 45); entre 400 aC y 1 dC (McBride 1974 en Braniff *op. cit.*). Otros las llevan hasta 350 dC (Castañeda *et al.* 1988).

La primera fase (Morales) que excavé en el sitio de ese mismo nombre en Guanajuato, es un poco posterior a Chupícuaro (400 aC a 100 aC) y muestra muchos elementos compartidos con las fases Ticomán III a Patlachique de la secuencia de Sanders *et al.* 1979 (en Braniff 1998, figura 45), y si bien contiene muchos elementos similares a Chupícuaro –como son las formas– incluye otros que lo diferencian, como son: la utilización de diseños zoomorfos y del blanco como elemento lineal, platos de color gris bruñido con esgrafiado interno, así

como una serie de vasijas domésticas que no se registran para Chupícuaro (Braniff 1998b). Parte de ese complejo Morales se ha hallado en otros sitios al norte y noroeste de Guanajuato. Algunos de esos elementos, especialmente los diseños zoomorfos, aparecen posteriormente en Loma Alta (Michoacán) y en Cerro Encantado (Jalisco) (*op. cit.*), y otros diseños esgrafiados internamente en cerámicas grises son similares a los del tipo Canutillo de Altavista (Zacatecas) (Kelley y Kelley 1972: lámina 4). Nuevas investigaciones en Zacatecas debieran corroborar o no tales similitudes.

Para tiempos del Clásico, la información arqueológica, que en adelante describo, nos permite tanto a Marie-Areti Hers como a mí, identificar como “tolteca-chichimecas” a la gente y material que produce entonces en esta región norcentral y noroccidental (Braniff 1999; Hers 1989). Son chichimecas porque son nortños, son toltecas de acuerdo con la identificación histórica arriba señalada y de acuerdo con la información arqueológica que reconoce varios elementos nortños que posteriormente aparecerán en la región de Tula y en la Tula misma, a partir del Epiclásico (Braniff y Hers 1998).

Para este caso me basaré en la comparación de la cerámica compartida entre Guanajuato, Querétaro y Tula. Pero, como lo menciona Evelyn Ratray (2000) en relación con los diferentes “coyotlatelcos” del centro de México, es necesario hacer un estudio detallado de los diseños, formas y pastas para estar seguro de que la relación es correcta.

Hace muchos años J. Charles Kelley sugirió que el origen de la cerámica con disposición bisimétrica que se encuentra en Zacatecas, entre los hohokam (Arizona) y entre los mogollón (Nuevo México) estaba en Chupícuaro (Kelley en Braniff 1999, figura 23). He retomado esa idea y encuentro no sólo la disposición bisimétrica, sino una serie de objetos procedentes de Snaketown (Arizona), en tiempos equivalentes al Epiclásico y Posclásico temprano cuyo origen (de algunos) puedo seguir hasta Colima (Capacha), Michoacán (El Opeño), y el famoso “*tertium quid*” del occidente hallado en Tlatilco (Estado de México). Muchos de esos elementos sobrevivirán en Chupícuaro (Guanajuato), otros en Morales (Guanajuato), y finalmente en Zacatecas (Braniff 1998a).

Siguiendo la misma idea de Kelley, pero enfocada a la región de Guanajuato y Querétaro, pude seguir el desarrollo de ciertas vajillas decoradas internamente, cuyos elementos distintivos se iniciaron en Chupícuaro y Morales (Guanajuato), se transformaron durante el Clásico en diseños lineales rojo sobre bayo y que aparecen luego en Tula (el Coyotlatelco) y finalmente en el Azteca I (Braniff 1972; 1999, figura 24).

La siguiente exposición se basa en los trabajos de Nalda (1991) y en los míos en Morales, Guanajuato.

De acuerdo con la estratigrafía de Morales, el material que considero del Clásico constituye la fase que he llamado San Miguel, que se inicia inmediatamente después de que finaliza la Fase Morales (Braniff 1999, figuras 67-72 y especialmente la 68), de lo que infero que debe iniciarse hacia 100 aC. En las figuras que siguen marqué con negritas los tipos compartidos entre Tula, Guanajuato y Querétaro.

En las capas inferiores de la fase San Miguel (figura 3 abajo) existe un tipo preponderante al que he llamado San Miguel blanco levantado, que incluye ollas, algunas con diseños lineales en negro; escudillas trípodes, algunas con asa de canasta y pegotes (Braniff *op. cit.*: 23-32). Otro tipo muy popular es el San Miguel rojo/bayo que incluye escudillas con base anular y diseños lineales, en bandas, a veces con decoración de ganchos; y platos con diseños lineales y de gancho (*op. cit.*: 32-50), algunos de los cuales son similares al Coyotlatelco de las fases Prado a la Corral (comparar mis ilustraciones con Cobean 1990, láminas 63 y 75). Tal similitud ha sido aceptada en términos generales por Cobean (1990: 179-180) y Mastache *et al.* (1990: 21-22). Este tipo prosigue sin cambio hasta las capas superiores de esta fase. En una propuesta fase Tierra Blanca, a la que me referiré después, hay un tipo de plato rojo/bayo que evidentemente se desarrolló a partir del San Miguel R/B (Braniff 1999, figura 56) y que también muestra similitudes con el Coyotlatelco.

En estas mismas capas inferiores existe un tipo de escudillas esgrafiadas exteriormente, de color gris bruñido, a veces con secciones en rojo (*op. cit.*: 50-58), que muestra similitudes con los tipos Clara Luz negro esgrafiado y Guadalupe rojo sobre café esgrafiado de la fase Prado, pero esto requiere de mayor estudio.

Es muy importante incluir aquí el tipo llamado rojo sobre bayo el Mogote de la región de San Juan del Río (Querétaro) descrito por Enrique Nalda (1991), que muestra todavía más similitudes con el Coyotlatelco de los valles centrales. Su fecha es de 600 a 800 dC. Lo interesante es que aquí no está asociado con el blanco levantado y, como lo hacen ver Mastache *et al.* (1990: 22), el Coyotlatelco debió provenir de una zona norteña donde no existía el blanco levantado, ya que este último sólo aparece en Tula en tiempos posteriores (fase Corral terminal 900-950 dC y sobre todo en la Tollan).

En las capas superiores de la fase San Miguel y en la unidad Mo4 se presentan ahora algunas novedades especialmente interesantes. Dentro del blanco levantado ya aparece la olla de borde acampanado decorada con una especie de trencilla externa (Braniff 1999, figura 53). Este es el tipo que se encuentra en Tula en la fase Corral terminal (900-950 dC) y sobre todo en la Tollan (950-1150/1200 dC) (Cobean 1990, lámina 206).

Si bien en Morales sólo hallé dos tiestos del Negro/Naranja –que es un tipo generalizado en Guanajuato (Castañeda *et al.* 1988) y que aparece en la fase Tollan– las fechas son confusas: mientras estos últimos le dan una cronología entre 900 y 1350 dC, Cárdenas (1999) le asigna una entre 300 y 600 dC.

Interesante en estos estratos superiores es la presencia tanto del comal sin reborde basal –que en Tula corresponde a la fase Corral– como de las pipas que generalmente se han asignado a la fase Tollan (Cobean no las describe). Braniff sitúa las pipas procedentes tanto de Río Verde como de Villa de Reyes (San Luis Potosí), en el periodo Clásico (Braniff 1992).

Revisemos ahora el material de una propuesta fase Tierra Blanca que ubico provisionalmente a fines del Clásico, tanto porque presenta cierto desarrollo a partir de

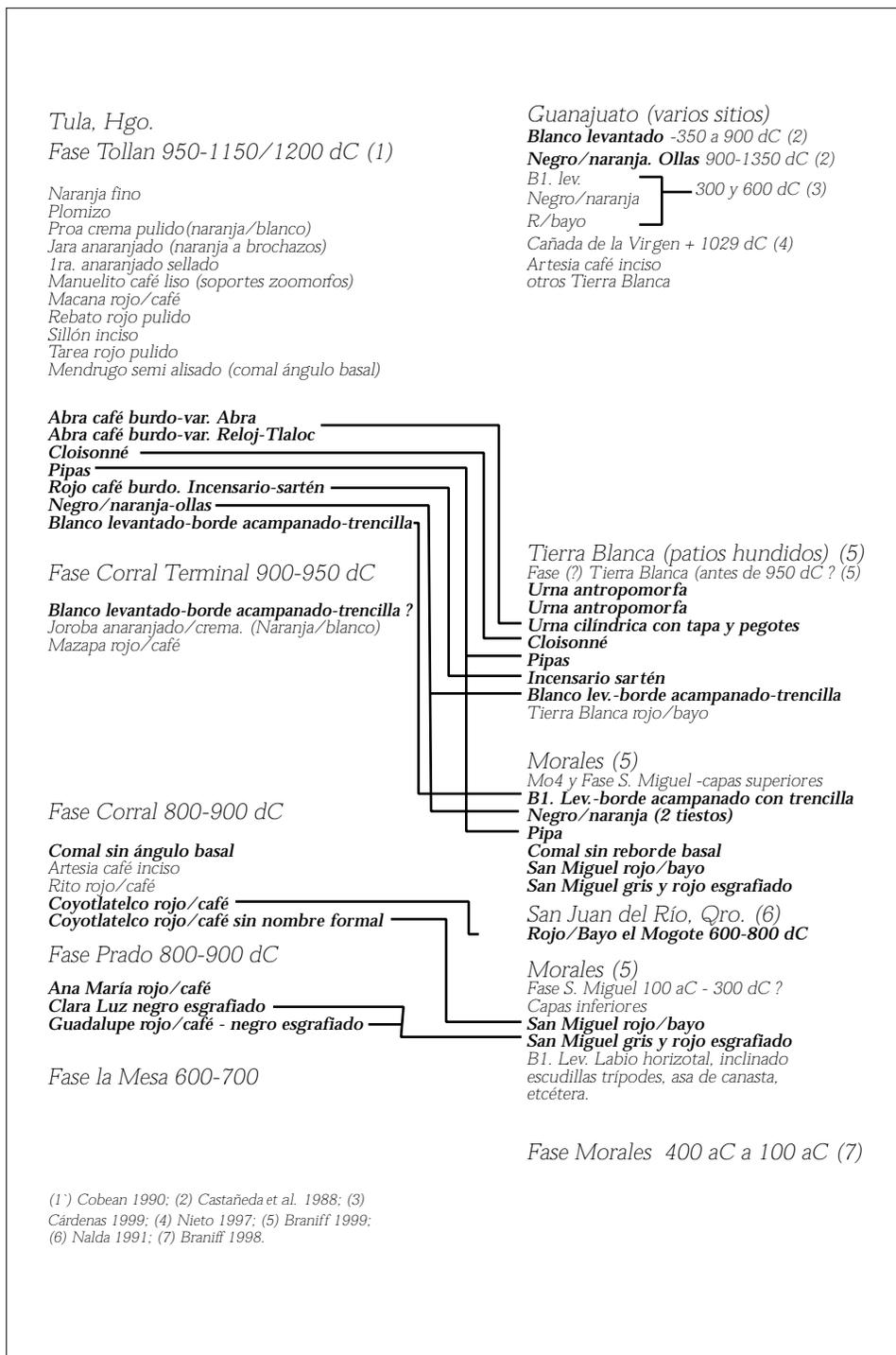


Figura 3.

la fase San Miguel, como porque no contiene ninguno de los elementos típicos de Tollan, como el Plomizo, etcétera. Desafortunadamente esta gran colección proviene de saqueos de sitios monumentales que contienen plataformas, pirámides y “patios cerrados” de la región de San Miguel de Allende, por lo que no sé si en verdad constituye un solo complejo.

Podemos comparar la lista de la variada cerámica de Tierra Blanca con otra similar de la fase Tollan:

Las urnas antropomorfas de Tierra Blanca (Braniff 1999: figuras 59-62), si bien no son idénticas a las de Tollan (tipo Abra café burdo –lámina 196D en Cobean 1990), ambas participan de la forma de urna convertida en un personaje importante. Las de Tierra Blanca llevan una banda negra horizontal sobre los ojos, que recuerda la de Tezcatlipoca. La curiosa urna antropomorfa con una tapa en forma de perro, toda ella decorada con pegotes (*op. cit.* figura 63), así como la urna cilíndrica con tapa, también decorada con pegotes (*op. cit.* figura 64), nos recuerda no solamente las urnas cilíndricas con pegotes de Tollan (Abra café burdo, lámina 193D en Cobean 1990), sino esa costumbre de decorar los objetos con pegotes en las diferentes variedades del tipo Abra (véase, por ejemplo, Cobean 1990, láminas 192, 194, 195, 198 y figura 198D).

En esa misma colección saqueada se encuentran preciosas vasijas decoradas al *cloisonné* (Braniff 1999, figura 65 y 66), las pipas de barro (*op. cit.*, lámina 11), los incensarios con mango (*op. cit.* lámina 10), tipos todos éstos que aparecen en Tula en el Posclásico temprano.

Para finalizar, en algunos sitios de Querétaro (El Cerrito o Pueblito), Guanajuato (Carabino) y San Luis Potosí (Villa de Reyes) hemos reconocido un “regreso” de los toltecas de la Tula de Hidalgo en tiempos del Posclásico temprano, representado por la cerámica típica de ese tiempo, como son el Plomizo, el Mazapa, la figurilla Mazapa, y otra vez, el blanco levantado (figura 4) (Braniff 2000).

La reciente fecha que Luis Felipe Nieto (1998) ha obtenido para el estupendo sitio de Cañada de la Virgen en Guanajuato –al suroeste de San Miguel de Allende– sugiere una supervivencia en el Posclásico temprano de aquella cultura tolteca-chichimeca. Desafortunadamente no se ha descrito en detalle la cerámica asociada.

Los etnólogos creen que los dioses Tonacatecuhtli y Tonacacíhuatl; sus hijos Tlatlahuqui Tezcatlipoca, Mixcóatl y Camaxtli; los ritos de espetado de cabezas, el flechamiento en un bastidor de madera; el *tzompantli*; el sacrificio de ayuno; la perforación del séptum y el águila como animal sagrado son elementos de origen norteamericano (Odena 1990: 454-456), que de una forma u otra encontramos en la tradición tolteca del Posclásico.

De acuerdo con la información anterior, y a pesar de los problemas cronológicos, me parece evidente que durante el Clásico existe una región dentro de la Gran Chichimeca que podemos identificar como tolteca-chichimeca, en donde se originó parte de la cerámica que fue a dar a Tula. Las similitudes más claras se dan entre las vasijas de San Juan del Río (Querétaro) (rojo/bayo El Mogote), que tienen una fecha 600-800 dC y el Coyotlatelco de la fase Corral (800-900 dC). De Guanajuato

		S I T I O S						
		1	2	3	4	5	6	7
		El Cerrito, Qro.	La Griega, Qro.	Carabinito, Gto.	Villa de Reyes, S. L. P. Fasc. Reyes	Coporo, Gto. Capa I	Cañada de la Virgen, Gto.	San Juan del Río, Qro. Varios
Tipos cerámicos de Tula, Hgo.	FASE	1150/1200 dC						
TOLLAN	Naranja fino				X			X
	Figurilla "Mazapa"		X	X	X			X
	Pipas		X	X	X			X
	Plumbate	X	X	X	X	X		X
	Negro/naranja			X	X			
	R/C incensario sartén	X	?	X	X			?
	Blanco levantado	X		X	X	X		X
	Tarea R. pulido				X			
	Abra C. burdo-brasero	X	X	X				
	Mendrugos semi alisados comales			X				
	Proa c. pulido	X		X	X			
	Ira A. sellado				X			
	Jara A. sellado			X				
	Manuelito C. liso	X		X	X			
	Cloisonné							
	Macana R/C	X		X				
	Rebato R. pulido	X						
Sillón inc.	X							
		950 dC						

Figura 4. Sitios toltecas en la provincia noroccidental.

–por lo menos de la región de San Miguel de Allende– procede el blanco levantado con borde acampanado y trencilla que aparece en Tula en la fase Corral terminal 900-950 dC y sobre todo en Tollan (post 950 dC). Muchos otros elementos de carácter suntuario e ideológico así como la información de los etnohistoriadores relacionan la supuesta fase Tierra Blanca con Tollan (post 950 dC).

Estas últimas fechas parecen coincidir con las leyendas de aquellos tolteca-chichimeca que eran “pulidos y curiosos como los de Flandes” y que “fueron los primeros en llegar a estas tierras”, que los investigadores ubican en general hacia 900 dC, pero es igualmente posible que aquellas leyendas se refirieran a los tiempos posteotihuacanos del Epiclásico.

BIBLIOGRAFÍA

BRANIFF CORNEJO, BEATRIZ

- 1972 Secuencias en Guanajuato y la cuenca de México: intento de correlación, *Teotihuacan: XI Mesa Redonda*. Sociedad Mexicana de Antropología, México: 273-323.
- 1989 Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo, *Arqueología* 1. Segunda época: 99-114.
- 1998a Mesoamérica, el Southwest y la Gran Chichimeca, *Boundaries and Territories*. Sixth Biennial Southwest Symposium, Universidad de Colorado.
- 1998b *Morales, Guanajuato y la tradición Chupícuaro*. Colección Científica 375, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- 1998c *Excavaciones en el Tunal Grande*, Simposio Arqueología de San Luis Potosí, Sociedad Mexicana de Antropología, México.
- 1999 *Morales, Guanajuato y la tradición tolteca*. Colección Científica 395, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- 2000 El imperio tolteca y su provincia noroccidental, R. H. Cobean y A. G. Mastache (coords.) *El Mundo Tolteca. The Toltec World*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

BRANIFF C., BEATRIZ Y MARIE ARETI HERS

- 1998 Herencias Chichimecas, *Arqueología* 19: 55-80.

CÁRDENAS GARCÍA, EFRAÍN

- 1999 *El Bajío en el Clásico*. El Colegio de Michoacán A.C., México.

CASTAÑEDA, CARLOS, ANA MARÍA CRESPO, JOSÉ ANTONIO CONTRERAS, JUAN CARLOS SAINT CHARLES, TRINIDAD DURÁN Y LUZ MARÍA FLORES

- 1988 Interpretación de la historia del asentamiento en Guanajuato, *Cuaderno de Trabajo* 1. Centro Regional de Querétaro, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México: 321-357.

COBEAN, ROBERT H.

- 1990 *La cerámica de Tula*. Colección Científica 215, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

- CRESPO OVIEDO, ANA MARÍA
 1992 Unidades político territoriales, B. Boehm de Lameiras y P. Weigand (coords.) *Origen y desarrollo en el Occidente de México*. El Colegio de Michoacán, México: 157-176.
- DI PESO, CHARLES C.
 1974 *Casas Grandes, a fallen trading center of the Gran Chichimeca*. Vol. 1, The Amerind Foundation Inc., Northland Press, Flagstaff.
- FLORANCE, CHARLES A.
 2000 The late and terminal Preclassic in southeastern Guanajuato, M. S. Foster y S. Gorenstein (eds.) *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest Mexico*. The University of Utah Press, Salt Lake City: 21-33.
- HERRERA Y TORDECILLAS, ANTONIO
 1726 *The General History of the vast continent and islands of America*. Translated by Captain John Stevens, vols. 5-6, J. Batley, London.
- HERS, MARIE ARETI
 1989 *Los toltecas en tierras chichimecas*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- KELLEY, J. CHARLES Y ELLEN ABBOTT KELLEY
 1971 An introduction to the ceramics of the Chalchihuites Culture of Zacatecas and Durango, Mexico, part I, *Mesoamerican Studies*. Number 5, University Museum, Southern Illinois University, Carbondale.
- KIRCHHOFF, PAUL
 1943 Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales, *Acta Americana*. Vol. 1, núm. 1: 92-107.
 1954 Gatherers and farmers of the Greater Southwest. A problem in cultural classification, *American Anthropologist*. Vol. 56, núm. 4, part I.
- MARTÍNEZ MARÍN, CARLOS
 1974 La peregrinación de los mexica, Miguel León Portilla (coord.) *Historia de México III*. Salvat Editores, México: 153-168.
- MASTACHE, ALBA GUADALUPE, ROBERT H. COBEAN, CHARLES REES Y DONALD JACKSON
 1990 *Las industrias líticas coyotlatelco en el área de Tula*. Colección Científica 221, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México
- NALDA H., ENRIQUE
 1991 Secuencia cerámica del sur de Querétaro, A. M. Crespo y R. Brambila (coords.) *Querétaro prehispánico*. Colección Científica 238, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México: 31-56.
- NIETO GAMIÑO, LUIS FELIPE
 1997 Centro Ceremonial Cañada de la Virgen: arquitectura de la cultura híbrida tolteca-chichimeca, *Arqueología* 17. Segunda época: 99-110.

ODENA, LINA

- 1990 Composición étnica en el Posclásico y la cuestión chichimeca, *Mesoamérica y el Norte de México. Siglos XI-XII*. Museo Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México: 451-458.

POWELL, PHILIP W.

- 1977 *La guerra chichimeca. 1550-1600*. Lecturas Mexicanas 52, Fondo de Cultura Económica, México.

RATTRAY, EVELYN C.

- 1996 A regional perspective on the Epiclassic period in Central Mexico, A. G. Mastache, J. R. Parsons, R. S. Santley y M. C. Serra Puche (coords) *Arqueología Mesoamericana I. Homenaje a Willian T. Sanders*. Instituto Nacional de Antropología e Historia-Arqueología Mexicana, México: 213-231.

REYES GARCÍA, LUIS Y LINA ODENA GÜEMES

- 2001 La zona del altiplano central en el Posclásico: la etapa chichimeca, L. Manzanilla y L. López Luján (coords.) *Historia Antigua de México* vol. III, El Horizonte Posclásico. Instituto Nacional de Antropología e Historia-Universidad Nacional Autónoma de México-Miguel Ángel Porrúa, México: 237-276.

SAHAGÚN, FRAY BERNARDINO DE

- 1955 *Historia General de las cosas de la Nueva España*, 3 vols. Noticia preliminar, bibliografía, notas, revisión y guía para estudiar a Sahagún por Miguel Acosta Saignes, Editorial Alfa S.A., México.
- 1963 *Florentine Codex: General History of the Things of New Spain*. Book XI, Earthly things, C. E. Dibble and A. J. O. Anderson (translators), University of Utah Press, Salt Lake City.

LLEGARON, SE PELEARON Y SE FUERON:
LOS MODELOS, ABUSOS Y ALTERNATIVAS DE LA MIGRACIÓN
EN LA ARQUEOLOGÍA DEL NORTE DE MESOAMÉRICA

Peter Jiménez Betts*

EL ESPEJISMO SEPTENTRIONAL Y EL NORTE EMPÍRICO

Debemos la primera parte del título de este trabajo a un estudiante de posgrado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia quien, en un seminario sobre la arqueología del norte, sintetizaba la perspectiva adquirida tiempo atrás en las clases de una maestra, sobre la trayectoria histórica de los “sedentarios norteños” del periodo Clásico. Algo asombrado, el joven confesó que desconocía todo referente a la minería de la cultura Chalchihuites, tanto como la presencia de turquesa procedente del llamado “suroeste americano” en contextos de las regiones de Chalchihuites y La Quemada. Al preguntarle por qué no le había interesado seguir estudiando el norte, confesó que le hubiera dado flojera investigar una región “habitada por chichimecas enfurecidos”. Desafortunadamente, el joven había sido cegado por la miopía de lo que podemos llamar el espejismo septentrional.

Resulta curioso que la perspectiva de la arqueología del “clásico norteño” se pueda determinar a partir de una simple pregunta: “dime cómo percibes La Quemada, y te diré cómo percibes el norte en general”. Es pertinente señalar que para 1960, tanto J. Charles Kelley como Pedro Armillas veían La Quemada como una fortaleza-bastión del Posclásico temprano, edificada para detener las intrusiones chichimecas al territorio tarasco que estaba al sur (Kelley, Taylor y Armillas 1961). Los trabajos posteriores de Kelley en Chalchihuites abrieron un amplio parámetro temporal desconocido hasta entonces, al detectar, para sorpresa de todos, una extensa ocupación del periodo Clásico (Kelley y Abbott Kelley 1966). Durante los siguientes treinta años, la mayor parte de los trabajos de Kelley se enfocaron sobre la dinámica cultural del “clásico norteño”, partiendo del análisis detallado de un universo empírico real, y desde mediados de los años cincuenta, de una perspectiva de una frontera permeable hasta el llamado “suroeste americano”.

* Centro INAH-Zacatecas

Desafortunadamente, Pedro Armillas no pudo profundizar sus trabajos en La Quemada y por lo tanto, no pudo comprobar si se trataba de un sitio defensivo del Posclásico temprano (Armillas 1964, 1969). El espejismo septentrional tiene su origen precisamente en este lapso conjetural inicial (1960 a 1965) como producto del vacío empírico entre la región de La Quemada y el Bajío, resultando en la percepción de una “Mesoamérica marginal” (Braniff 1972, 1975). Lamentablemente, lejos de cuestionar, ni probar, la validez de estas nociones de marginalidad (o las connotaciones que conlleva), se les perpetuó hasta los años ochenta (cf. Centro Regional Querétaro 1988) tomando como datos firmes lo que en su momento no fueron más que meras corazonadas:

... tampoco las áreas marginales participaron de la cultura mesoamericana en sus aspectos civilizados [...] no parece existir una estratificación social muy marcada, ni tampoco una gran importancia de la religión, ni la jerarquía sacerdotal [...] Podemos agregar que el carácter de los centro norteños, de los cuales La Quemada, Zac. es el más importante, no parece ser muy religioso (Braniff op. cit.: 297).

El precio de “marginar” el norte del resto de Mesoamérica fue alto. En primer término se borraría casi todo indicio y lazo cultural (*i.e.* ideológico, económico y complejidad social), incluyendo elementos tan básicos como las pirámides y los juegos de pelota, con el fin de convertirlo en una región separada, atrasada y permanentemente en estado de sitio por parte de los vecinos chichimecas (véase en detalle Braniff 1975; Hers 1989). Por otro lado, no es casual la escasa referencia a los datos empíricos concretos en los trabajos emanados del espejismo septentrional desde los años sesenta a la fecha. Al conjeturar sin el apoyo del registro arqueológico, surgió la necesidad de recurrir a generalizaciones difusionistas (*i.e.* llegaron y se fueron) y edictos, como fue el borrar del mapa del norte de Mesoamérica a los grupos semisedentarios, los que Jiménez Moreno solía distinguir en la frontera septentrional como “Mesomecs”, análogos a los grupos descritos como la cultura Loma San Gabriel (Kelley 1971), con el fin de construir una Guerra Chichimeca prehispánica de 900 años de duración. En la construcción del espejismo septentrional de la frontera dura, no sólo se separó el “norte clásico” del resto de Mesoamérica, sino también se cortó todo vínculo del “norte” con el llamado “suroeste americano”, desde una lógica simplista: ¿Cómo podría haber vínculos entre el “norte” y el “suroeste americano” con más de 1500 km de chichimecas furibundos que los separaban? Obviamente, tal construcción no podría sostenerse sin contradicciones obvias, Kokopele sólo es la más reciente.

La escasez de datos empíricos en la construcción de interpretaciones “aislacionistas” resulta aún más sorprendente si consideramos la enorme cantidad de información arqueológica generada y publicada en la región en cuestión desde hace más de cuarenta años, la cual curiosamente se dejó de lado en las generalizaciones mencionadas. Esforzar una interpretación aislacionista en los años ochenta requirió omitir la mayor parte de los datos arqueológicos producidos en la segunda mitad del siglo xx

en el norte de Mesoamérica. Esto pone de manifiesto una metodología generacional: si antes, en los años sesenta, se formularon interpretaciones a partir de corazonadas, para los años ochenta se volvió hábito callar o ignorar el dato empírico para poder especular y hacer cuadrar el “norte” como una frontera bélica. Lo que otrora se postulaba como la Mesoamérica marginal por mera inferencia y sin medir las consecuencias, hoy se reitera como la quimera de la Gran Chichimeca, sin criterio alguno. De allí el asombro de los estudiantes de la ENAH al acercarse a las bocaminas de unas 850 minas en la región de Chalchihuites, y al ponderar las pirámides y juegos de pelota en La Quemada, junto con los artefactos de turquesa procedentes del llamado “suroeste americano”. Como en todo espejismo, a la hora de aproximarse la imagen se disipa, quedando atrás como simple ilusión.

La propuesta de migración más connotada para el norte de Mesoamérica es sin duda la que Wigberto Jiménez Moreno (1941, 1959) y posteriormente Kelley (1961) adscribieron a los toltecas-chichimecas. En su trabajo pionero, Jiménez Moreno llegó a esta propuesta basándose en las fuentes históricas, mientras que Kelley (1956) notaba la estrecha similitud entre la cerámica rojo sobre café (Suchil) de Chalchihuites con la de Coyotlatelco para su correlación cronológica de la secuencia de Chalchihuites. En su ponencia para la Mesa Redonda de la SMA en Chihuahua en 1961 (hace ya 40 años), Kelley (1961) señaló que las evidencias de un salón de columnas, *coatepantli*, castas guerreras y cerámica rojo sobre café en Alta Vista apoyaba la hipótesis de que esa región fuera el lugar de origen de este pequeño grupo mencionado en las fuentes, que hacia finales del Clásico pudo haber emigrado al sur participando en la cofundación de Tula. Jiménez Moreno recalcó esta interpretación etnohistórica desde los años sesenta en sus clases en la ENAH. Kelley no volvió a tocar el tema hasta 1979, en el Congreso Internacional de Americanistas en Vancouver, en su participación dentro del simposio organizado por Nigel Davis sobre los toltecas. Kelley (1979) ya contaba con datos nuevos de varias temporadas de excavación en Alta Vista, Chalchihuites, añadiendo a su lista de elementos que pudieron ser considerados toltecas-chichimecas, el culto de Tezcatlipoca y el *tzompantli* (Abbott Kelley 1978). En el ínterin, el trabajo de Beatriz Braniff (1972) en el Bajío reiteró esta hipótesis, aportando datos generales sobre la cerámica blanco levantado y la rojo sobre bayo.

Las implicaciones de esta propuesta migración son importantes hoy día dentro de la discusión de la revisión cronológica y problemática de la fase Coyotlatelco, tanto en el valle de México, como en el valle de Tula (Parsons *et al.* 1996; Rattray 2001, entre otros). Pero vale la pena recordar que el norte de Mesoamérica constituyó mucho más que una posible región incubadora de los toltecas-chichimecas del Clásico tardío. Para comenzar un esbozo sobre las migraciones propuestas, creo pertinente revisar el otro extremo cronológico del sedentarismo norteño, su arribo inicial, además de abordar algunos aspectos de los siete siglos de “permanencia voluntaria” en aquella región. Para esto, en primer término, tendremos que hacer caso a datos empíricos de varias regiones y revisar su relación con modelos de migración más complejos.

LLEGARON Y SE QUEDARON UN RATO: ALGUNAS DINÁMICAS DEL CLÁSICO NORTEÑO

En términos generales, empleando evidencia derivada principalmente del análisis de complejos cerámicos, esta colonización hacia el norte por parte de agricultores mesoamericanos puede caracterizarse de la siguiente manera: de una serie de comunidades compartiendo una cultura mesoamericana básica, pero mostrando diferencias locales, dispersos a lo largo de una frontera irregular, pequeños grupos de agricultores colonizaron tierras adyacentes al norte y al poniente, probablemente mediante un proceso de segmentación (*budding off*) de grupos de linaje. Cada grupo llevó consigo una parte, pero no todo el bagaje cultural mesoamericano de su comunidad. En estas nuevas comunidades se desarrollaron nuevas mezclas culturales y algunos cambios ocurrieron, de tal manera que la siguiente oleada de colonización llevaba con ella nuevas variaciones del patrón mesoamericano básico, frecuentemente con una reducción de la herencia cultural básica, más adiciones de las culturas chichimecas incorporadas. Procesualmente, estaríamos tratando con un fenómeno de segregación-reducción, recombinación, variación y esencialmente arrastre cultural (Kelley 1974: 20).

La evolución interpretativa de Kelley permite observar cómo empleaba este investigador el análisis de los datos empíricos de cada temporada de campo para generar definiciones, hipótesis e interpretaciones más precisas. Uno de los ejemplos más reconocidos fue la elaboración del modelo de la “difusión gradual” para explicar la expansión mesoamericana de la frontera septentrional (Kelley 1974). Este modelo surgió a partir de la definición de la fase aldeana mesoamericana, la fase Canutillo (ca. 200-600 dC) en la región de Chalchihuites, con los resultados de los trabajos de campo en los valles de los ríos Colorado y San Antonio hacia mediados de los años sesenta (Kelley y Abbott Kelley 1966). Todos los arqueólogos que hemos trabajado en el “norte clásico” tomamos como un hecho la idea de que esta región fue ocupada por una colonización de sedentarios mesoamericanos que migraron desde el occidente a principios de nuestra era. El modelo de Kelley es a la fecha la única propuesta que intenta bosquejar el proceso de la expansión sedentaria desde el Bajío, tierra adentro, hasta el llamado “suroeste americano” (Kelley 1966). Debido a la escasez de trabajos sistemáticos en el Bajío durante los últimos treinta años, no se ha podido examinar este proceso más allá de los trabajos iniciales de Braniff (1972), con la importantísima definición del complejo Morales y su correlación con la cerámica negro incisa-esgrafiada tipo Canutillo de Chalchihuites.

Trabajos recientes en el cañón de Juchipila, al sur de La Quemada (valle de Malpaso), han aportado datos pertinentes que permiten aproximarse con mayor detalle a esta expansión. Desde hace tiempo, Otto Schöndube (1980: 173) notó que las dos grandes tradiciones del Formativo tardío en el Occidente, la tradición de las tumbas de tiro (TTT) y la tradición Chupícuaro, solían excluirse, salvo en la región de los Altos de Jalisco y el cañón de Juchipila. Esta confluencia se observó en el contexto del Cerro Encantado, en los Altos, donde Betty Bell (1974) definió en excavación elementos de la tradición de las tumbas de tiro, figurillas huecas de tipo Cornudos

y conchas-trompetas, asociados con varias vasijas decoradas al negativo análogas a las definidas por Braniff (1972) del Complejo Morales, un derivado regional de Chupícuaro del noroeste de Guanajuato. Contextos del cañón de Juchipila, del aluvión de Apozol, incluyen fugurillas de tipo Cornudo y vasijas de tipo Morales (Braniff 2000; Jiménez 1988, 1989, 1995; Jiménez y Darling 2000). En el trabajo de Javier Galván (1991:48-50), se identificaron tipos cerámicos característicos del grupo Colorines del Complejo Tabachines del valle de Atemajac, una variante regional de la tradición de las tumbas de tiro, presentes en el cañón de Juchipila (Apozol). Esta confluencia de Colorines-Tabachines/Morales ha sido detectada y descrita para los Altos de Jalisco (Ramos *et al.* 1994) como la fase I (*ca.* 200 aC - 300 dC) e indica que el cañón de Juchipila y los Altos se integraron regionalmente desde el Formativo tardío.

Más recientemente, los trabajos de María Teresa Cabrero en el Bolaños medio han detectado una serie de tumbas de tiro selladas y fechadas con radiocarbono entre el segundo y cuarto siglo de nuestra era (Cabrero y López 1998). Diagnósticas de estas tumbas son las vasijas trípodes al negativo con soportes en forma de bulbo y garra (*op. cit.*: fig. 19, 105, 108). Varias de estas vasijas han sido detectadas en el cañón de Juchipila, mismas que Kelley describió previamente (1971). Este elemento diagnóstico de la cultura Bolaños indica la confluencia en Juchipila de tres estilos regionales mayores del Occidente (Morales-Tabachines-Bolaños) entre 100 y 300 dC (Jiménez y Darling 2000). Si se toma en cuenta la cronología del horizonte Canutillo-Malpaso (aldeano mesoamericano temprano) para las regiones de Chalchihuites y el Valle de Malpaso (*ca.* 200/300-600 dC), caracterizado por la cerámica negra-incisa esgrafiada (Kelley y Kelley 1971; Jiménez 1989; Jiménez y Darling 2000), y el corredor geográfico que constituye el cañón de Juchipila al valle de Malpaso, podemos proponer la hipótesis de que esta confluencia tuviera algo que ver con el desencadenamiento del proceso de expansión del sedentarismo en un primer “oleaje” de “difusión gradual” al valle de Malpaso, una expansión inicial de unos 80 km, para luego extenderse unos 150 km al noroeste hasta el valle del Río Suchil en la región de Chalchihuites. En el futuro, datos cronológicos del Bajío sobre el patrón arquitectónico de aldea de plaza cerrada, como también sobre el abatimiento de la tradición de Chupícuaro serán clave, entre otros, para comprender este proceso en mayor detalle.

El Clásico medio

Después de haber propuesto el modelo de la “difusión gradual” para explicar el arribo del sedentarismo mesoamericano inicial, Kelley (1974) planteó una segunda hipótesis para explicar una intensa presencia mesoamericana en la región para el Clásico medio, conocido como el modelo de la “difusión directa”. Para aquellas fechas, la evidencia arqueológica ubicaba la fecha de la fase Alta Vista en Chalchihuites entre *ca.* 350-500 dC (Kelley y Abbott Kelley 1966; Kelley 1971). Esta fase marca el apogeo del desarrollo regional de la rama Suchil de Chalchihuites, con el centro de Alta Vista identificado como el centro ceremonial más importante de esta cultura.

Los datos que impulsaron este modelo fueron los primeros fechamientos de radiocarbono para las extensas actividades mineras en la región (Kelley y Abbott Kelley 1966; Kelley 1971; Weigand 1968), la presencia de petrograbados de círculos-cruces, análogos a los hallados en y alrededor de Teotihuacan (Aveni, Hartung y Kelley 1982), la iconografía cerámica y la técnica *champlevé* en los tipos cerámicos Michilia y *Pseudo-cloisonné* (Kelley y Kelley 1971; Holien 1977), y el elaborado conjunto arquitectónico de plazas cerradas y altares centrales en el sitio de Alta Vista (Kelley 1983). Para Kelley, estos elementos fueron indicios de alguna forma de contacto directo con Teotihuacan, por lo que este modelo invocaría la presencia de grupos de elite (sacerdotes-trocadores) de aquella urbe cuyo interés en Chalchihuites se relacionaba con la producción de pigmentos minerales y la localización del Trópico de Cáncer (Aveni *et al.* 1981; Weigand 1968, 1982).

Posteriormente, las excavaciones de Kelley en Alta Vista, a mediados de los años setenta, produjeron fechamientos de radiocarbono que indicaron que el apogeo del sitio y la región (fase Alta Vista) fue más tarde de lo correlacionado en los años sesenta. Esto resultó en la revisión cronológica de la región (Kelley 1985). Los estudios de Weigand (1968, 1982) y Schiavitti (1995) sobre las minas de Chalchihuites mostraron que las actividades mineras duraron desde *ca.* 400 hasta 1000 dC. Esta precisión cronológica para la fase Alta Vista (*ca.* 600 - 850 dC) llevó a Kelley a proponer que los elementos teotihuacanos intrusivos, arriba mencionados (contando además con datos nuevos de excavación como almenas escalonadas y algunas técnicas constructivas), pudieron haber sido introducidos hacia *ca.* 600 dC por el arribo de un pequeño grupo de elite refugiado de Teotihuacan (Kelley 1979). En este trabajo Kelley presentó un detallado modelo de la diáspora teotihuacana para hacer hincapié en los efectos que dicha elite pudo haber tenido en los lugares de reasentamiento. Hasta entonces, este proceso había sido invocado en pocas instancias como por Jiménez Moreno (1959) en relación con la migración pipil. Al considerar la transición entre el Clásico medio y el Epiclásico, el modelo de la diáspora teotihuacana constituye una hipótesis de migración que requiere de un mayor escrutinio a nivel panmesoamericano, sobre todo por el impacto que pudiera haber ejercido en las regiones semiperiféricas y periféricas a Teotihuacan. A la fecha, en lo que se refiere a la arqueología del Occidente, este proceso ha sido propuesto por Pollard (1996, 2000) referente a algunos contextos michoacanos. Cualquier indicio o propuesta de diáspora conlleva una interrogante sobre los lazos previamente establecidos entre los teotihuacanos y las regiones “foráneas” en cuestión. Para esto, sería conveniente bosquejar las evidencias de interacción entre la cuenca y el occidente de México en el Clásico medio.

En un trabajo previo se esbozó el modelo de una red de interacción para el Clásico medio, empleando los datos empíricos existentes hasta aquel momento (Jiménez 1992), como alternativa al de la “difusión directa” de Kelley, para explicar una correlación entre la intensa actividad minera de Chalchihuites y algunos elementos teotihuacanoides en Alta Vista. Desde entonces, nuevos trabajos arqueológicos en la región del Bajío, como en el norte, permiten una revisión de este mo-

delo. Anteriormente (Jiménez *op. cit.*), se determinó una franja de traslape entre dos esferas: la teotihuacana y la del Bajío, como una zona de engranaje de redes de intercambio basada en contextos en La Negreta, Santa María del Refugio, la cuenca del Cuitzeo y Loma Santa María, proponiendo cuatro posibles procesos o modos de articulación reflejados dentro de esta franja (*op. cit.*: 191).

En una revisión y análisis de contextos de La Negreta (Querétaro), Saint-Charles (1996: 150) señala contextos de enterramiento conteniendo vasijas de cerámica local y de tipos teotihuacanos de la fase Xolalpan, la presencia de anaranjado delgado y cerámica “estucada” de tipo Queréndaro. Cabe señalar que este último tipo ha sido descrito en detalle por Holien (1978) como Cherán, un tipo marcador de la región de la cuenca de Cuitzeo. Del rescate de Santa María del Refugio (Guanajuato), Saint-Charles (*op. cit.*: 148) describe las ofrendas que contienen tipos de cerámica local y algún material teotihuacano intrusivo que data desde la fase Tlamimilolpa hasta la fase Xolalpan. De éstos, llama la atención la cerámica al fresco y la anaranjado delgado. Concluyendo sobre el material teotihuacano en la región, reitera: “En todos los casos mencionados se asocian a cerámicas consideradas como locales o regionales (*op. cit.*: 151)”. En la discusión final del trabajo, este investigador especifica que hasta entonces, entre los investigadores del Bajío, prevalecía la hipótesis de que dichos contextos representaban evidencias de rutas teotihuacanas para llegar al Occidente, pero a partir de su revisión de contextos Saint-Charles señala que:

*Es más significativo el hecho de que cuando se han recuperado piezas completas de la tradición teotihuacana, éstas han estado asociadas a entierros, inclusive se han hallado en montículos, como en Santa María del Refugio (Castañeda et al. 1982) y Tres Cerritos (Macías 1991). Esto nos hace pensar que hay en la región un tipo de influencia teotihuacana que supera a la que pudiera darse vía comercio, pues parece alcanzar niveles ideológicos con fuerte impacto político, que sólo podría darse mediante la presencia de elites [...] Podemos aventurarnos a decir que se trata de migraciones relativamente tempranas de grupos de elite, que no son consecuencia de la “caída de Teotihuacan” ni serían la causa de la misma. Ocurren en los momentos en que la metrópoli está alcanzando su mayor auge, por lo que estos migrantes pudieron estar cumpliendo funciones específicas en favor de la metrópoli. Tendría entonces fines políticos que no descartan una conquista de carácter ideológico con intereses económicos, en los que un factor importante puede ser la explotación de ciertos recursos de los que está careciendo la metrópoli o de los que tiene una imperiosa necesidad [...] También tenemos que considerar la posibilidad de que se esté participando en el proceso de expansión de la frontera norte de Mesoamérica, estableciendo rutas hacia el norte y occidente, por donde a la vez transitarían materias primas y productos elaborados o semielaborados de estas regiones hacia la Cuenca de México (*op. cit.*: 156).*

De la revisión de contextos de Guanajuato y Querétaro, Saint Charles (1996) concluyó una combinación de los cuatro procesos propuestos anteriormente para la interacción entre el Bajío y Teotihuacan (Jiménez 1992), además de ponderar el proceso de “difusión directa” de Kelley (1974).

Sobre la cuenca de Cuitzeo, destacan los trabajos recientes de Angelina Macías (1990, 1993) y las excavaciones de rescate de Sergio Gómez en Teotihuacan (1998). Macías ha logrado poner de manifiesto la complejidad de la sociedad regional de Cuitzeo durante el Clásico temprano y medio, donde halló artefactos intrusivos teotihuacanos asociados con tipos cerámicos locales; entre estos últimos llaman la atención varios tipos, imitaciones o variantes regionales de vasijas teotihuacanas, sobre todo, aquellos relacionados (vasijas efigie) con la cerámica anaranjado delgado. Las figurillas tipo “Queréndaro” (Noguera 1944) y la cerámica *pseudo-cloisonné*, tipo Cherán, marcadores por excelencia de Cuitzeo en este periodo, fueron detectados por Sergio Gómez en un contexto de enterramiento en tumba en las inmediaciones del llamado “barrio oaxaqueño” en Teotihuacan, mismo que por correlación cerámica con materiales alóctonos, fecha la fase Tlamimilolpa. Visto en conjunto, estos datos indican una estrecha e importante relación entre Cuitzeo y Teotihuacan. Por lo pronto, y por cuestiones de espacio, podemos formular dos observaciones (no excluyentes) para aproximarnos a esta relación: 1) Cuitzeo como región-fuente de obsidiana, y/o 2) Cuitzeo como una zona de traslape y articulación entre dos esferas interregionales de una red de intercambio. En un primer término, en su modelo de economía político-dentrítica para Teotihuacan, Santley reitera:

I assert that domination of access to raw material from alternative obsidian flows was also an integral component of the economy of ancient Teotihuacan. This is for two reasons. First, centers controlling alternative obsidian flows represented potential competitors. Thus, establishing commercial ties with certain foreign powers insured that their exchange spheres maintained a healthy economic distance from the one overseen at Teotihuacan. Second, and perhaps more importantly, moving goods from foreign producer to foreign consumer added immeasurably to Teotihuacan's ability to acquire capital energy (Santley 1989a: 328).

Extendiéndonos en esta lógica coherente de Santley, la presencia teotihuacana, además de “frenar” la entrada de obsidiana local dentro de sus redes, le permitió estar en contacto con la red regional de Cuitzeo-Bajío (esfera del Bajío), para el intercambio de recursos de esta zona, enganchándose, a la vez, a redes interregionales desde Cuitzeo hacia el noroeste (Jiménez 1992). Esto tendría cierta analogía con las llamadas diásporas de intercambio (*trade diasporas*) que define Curtin (1986).

Santley (1989b) ha propuesto una estrategia, que llamaríamos geo-económica para Teotihuacan, la cual resulta pertinente:

In sum, there is considerable evidence indicating that Teotihuacan maintained close ties with centers located in many of the most densely populated regions of

Mesoamerica. I believe that commercial factors were the major reasons why linkages were established and that long-distance movement of exotic goods was controlled by a cartel of major power centers under the politico-economic aegis or influence of Teotihuacan. This regional network apparently required the presence of resident foreigners at key nodes in the system to oversee Teotihuacan and cartel interests. Such presences consisted of small enclaves of Teotihuacanos established at centers that controlled access to special resource zones and were in a position to dominate the long-movements of goods (Santley 1989b: 134).

De dicha propuesta, Santley presenta tres categorías descriptivas para sitios donde se manifiestan vínculos con Teotihuacan: enclaves, puntos nodales de interacción y nodales receptores. Extrapolando su modelo a los mencionados contextos del Occidente, hasta ahora Tres Cerritos parecería aproximarse a un punto nodal de interacción. La problemática del enclave requiere de otra observación. Este investigador ha propuesto cinco sitios-enclave donde teotihuacanos residentes parecen haber desempeñado un papel importante en el sistema de intercambio dominado por Teotihuacan: Kaminaljuyú, Tikal, Maticapan (el foco de sus propias investigaciones), Tinganio y Ahualulco (Jalisco) (*op. cit.*: 134). Las características principales de un enclave son las evidencias de residentes teotihuacanos, en lo que Santley percibe como pequeños barrios. A la fecha, Ahualulco (Jalisco), aunque vinculado con las fuentes de obsidiana de la cuenca de Magdalena, carece de un sitio, o bien, contextos indicativos de Teotihuacan. De hecho, las evidencias hasta ahora producidas por los trabajos en la región en Teuchitlán se singularizan precisamente por la ausencia de algo teotihuacano. Santley denota que: “Teotihuacan enclaves are always located near crucial resource areas on or near the boundary separating major trading spheres (1989a: 322)”. Dada la presencia de arquitectura de talud-tablero y una escalinata con alfarda, junto con varios tipos cerámicos y de figurillas intrusivos de Teotihuacan, el sitio de Loma Santa María (Michoacán) podría aproximarse a los criterios de un pequeño enclave. Si comparamos a Tres Cerritos con el sitio de Loma Santa María (Michoacán) (Manzanilla López 1988; Cárdenas García 1999) se percibe una diferencia en cuanto a la naturaleza, presencia de material y elementos teotihuacanos en este último. Desde la localización de Loma Santa María, Cárdenas precisa:

Este lugar forma parte de la cuenca de Cuitzeo, aunque también podría considerarse como uno de los extremos de la planicie aluvial identificado como el valle de Guayangareo. Esta posición geográfica de enlace entre las cuencas de Pátzcuaro y Cuitzeo, en cierto modo confirma el carácter del sitio inferido a partir del dato arqueológico, es decir, se trataba de un punto de paso obligado dentro de un gran corredor con amplios y variados nexos comerciales y culturales. Los preciados recursos naturales y minerales existentes en la Cuenca de Cuitzeo, así como las materias primas de la tierra caliente de Michoacán, seguramente circularon por este espacio (*op. cit.*: 215).

Los datos publicados hasta ahora de Loma Santa María correspondientes a la ocupación de *ca.* 300-600 dC indican que se trata de un asentamiento importante, formado por un conjunto de patios cerrados. Prevalen por lo menos 10 tipos cerámicos locales, cuatro tipos intrusivos de Teotihuacan, figurillas teotihuacanas de molde de la fase Xolalpan y de tipo Queréndaro. Otros rasgos intrusivos diagnósticos presentados por Cárdenas corresponden al complejo Loma Alta de la Cuenca de Zacapu (Arnauld *et al.* 1993). El conjunto de datos de Loma Santa María se relaciona estrechamente con la cuenca de Cuitzeo, como también con la de Zacapu al oeste. El hallazgo reciente de una vasija policroma de “estilo teotihuacano” en el sitio de Loma Alta, Zacapu (Carot 2001), sugeriría que varios tipos cerámicos muy elaborados, junto con el anaranjado delgado y las llamadas “máscaras teotihuacanas”, circularon por una red interregional de intercambio de bienes de prestigio entre elites, y se concentraron en lo que anteriormente denominamos como “la esfera del Bajío” (hasta el extremo noroeste de Guanajuato), abarcando en su parte meridional varias de las cuencas mayores de Michoacán (Jiménez 1992).

Las evidencias de la extensión geográfica de esta red interregional en el llamado “noroeste” de Mesoamérica son hasta ahora pocas, debido en primer lugar a la escasez de trabajos arqueológicos allende el Río Santiago relacionados con este horizonte cronológico. Las excavaciones recientes de Achim Lelgemann (2001) en el Cerro del Tepisuazco, Zacatecas, 85 km al sur de La Quemada, confirmaron la presencia de un *guachimontón* en el sitio. Asociado con esta estructura se halló el enterramiento de un individuo con 20 orejeras de cerámica de molde diagnósticas de las fases Xolalpan y Metepec; cuatro figurillas de tipo “títere” de la fase Xolalpan y dos grandes concentraciones de pigmentos. Cabe señalar que en otra sección del sitio, se halló un fragmento de cerámica *pseudo-cloisonné* de tipo Cherán. Al oeste del cañón de Juchipila, donde se localiza Tepisuazco, en la cañada del río Bolaños, Teresa Cabrero y Carlos López hallaron una orejera de molde con una representación de Tláloc (fase Xolalpan), en el sitio del Piñón (Cabrero y López 2002).

El contexto del Cerro del Tepisuazco, por su cercanía con el sitio Alta Vista, Chalchihuites, nos obliga a reconsiderar una hipótesis de Kelley sobre la problemática presencia teotihuacana en esa región. El último trabajo que Kelley escribió antes de fallecer fue sobre los petrograbados de círculos-cruces del Cerro del Chapín (Kelley 2000); ahí propone no sólo el uso de éstos como calendarios solares, sino además vuelve a hacer hincapié en la importancia de la orientación astronómica para la ubicación del sitio ceremonial de Alta Vista (Aveni, Hartung y Kelley 1981). El trabajo reciente de Sprajc (2001) señala el patrón mesoamericano que utiliza los rasgos prominentes del horizonte como marcadores de los calendarios de horizonte, confirmando la importancia del observatorio de Alta Vista dentro de este patrón. Si bien la arqueoastronomía desempeñó un papel fundamental dentro del ámbito ideológico mesoamericano, tenemos que repetir lo que Kelley planteaba en no pocas ocasiones. ¿Cómo explicar la fundación, ubicación y orientación del sitio ceremonial hacia *ca.* 450/500 dC sobre el Trópico de Cáncer dentro del horizonte aldeano de la fase Canutillo de Chalchihuites? Si tomamos en cuenta la presencia de los petro-

grabados mencionados (Aveni *et al.* 1981), elementos arquitectónicos como las almenas escalonadas, la unidad de medición análoga a la de Teotihuacan (Lelgemann 1997) y el uso del horizonte local para calendario solar, la propuesta llegada de sacerdotes-astrónomos procedentes de Teotihuacan adquiere mayor peso (Kelley y Abbott 2000). También podemos esbozar un modelo alternativo para esta correlación.

Actualmente se está llevando a cabo un trabajo sobre los sistemas mundiales mesoamericanos (Jiménez, en proceso). Parte del problema en la utilización del marco teórico de los sistemas mundiales ha sido su adecuación para poder aplicarlo a sociedades precapitalistas. De hecho, un problema inherente en su aplicación directa radicaría en el sobre-énfasis de la economía como marco analítico, algo que se percibe en el trabajo de Santley (1989a). El trabajo de Chase-Dunn y Hall (1997) presenta una serie de modificaciones y ajustes de esta teoría de suma utilidad. Dentro de los parámetros espaciales de análisis, proponen cuatro tipos de intercambios o interacciones como criterios de delimitación (*i.e. boundness*) de redes: 1) red de bienes de bulto (*bulk goods*), 2) red de bienes de prestigio, 3) red político-militar y 4) red de información. Dichos investigadores proponen:

Hence all regularized material and social exchanges should be included as criteria for bounding world-systems. This information makes it necessary to consider how relatively localized networks of bulk-goods exchange, intermarriage, and political interaction are imbedded within larger networks of prestige-goods exchange in many systems. We must also consider the relationship of the information network to the other networks. The use of multiple bounding criteria often will result in nested levels of system boundedness. Generally, bulk goods will compose the smallest regional interaction net. Political/military interaction will compose a larger net that may include more than one bulk-goods net, and prestige-good exchanges will link even larger regions that may contain one or more political/military nets. We expect the information net to be of the same order of size as the prestige goods net: sometimes larger, sometimes smaller (Chase-Dunn y Hall 1979: 52-3).

De las cuatro redes propuestas, la red de intercambio de información incluye ideología, religión, información técnica y cultural (*op. cit.*: 273). En síntesis y para nuestra área de interés, podemos proponer que para *ca.* 350/400 dC el sistema mundial mesoamericano del Clásico medio con centro en Teotihuacan, estaba dejando sentir sus “pulsaciones” en la medida que incorporaba a regiones cada vez más alejadas de su centro. En la parte anterior de esta sección bosquejamos lo que creemos fue una red de bienes de prestigio que definimos desde Michoacán hasta el sur de Zacatecas. Unos 200 kilómetros al norte, hacia 450/500 dC, los habitantes del sitio Alta Vista tuvieron contacto con una extensa red de información, integrando una parte fundamental de la ideología mesoamericana del momento dentro de su sistema regional aldeano, el cual no sólo estimularía un cambio interno acentuado con el desarrollo interno de una elite local y un centro ceremonial, sino su incorporación dentro de un sistema mundial que llegaba a sus límites de extensión.

EL EPICLÁSICO NORTEÑO Y SUS ESFERAS

En contraste con la percepción de un Epiclásico balcánico y fragmentado, los datos arqueológicos muestran uno de los horizontes de mayor interacción interregional hasta entonces alcanzado en Mesoamérica (Jiménez y Darling 2000:178). El Epiclásico representa el horizonte mejor conocido del norte empírico. Esto se debe en gran medida a que fue en este tiempo cuando tanto la cultura Chalchihuites (Kelley 1985, 2000), como el valle de Malpaso con centro en La Quemada (Jiménez 1989, 1997, 1998; Jiménez and Darling 2000; Nelson 1997), alcanzaron su mayor nivel de complejidad social. Con base en la distribución de material del contexto arqueológico de varias regiones contiguas de este periodo, hemos definido lo que denominamos “la esfera septentrional” de interacción (figura 1). Hacia la parte sur de dicha esfera hemos definido una zona de traslape y articulación con otra esfera de interacción (Ramírez Urrea 1997) que se extiende desde la parte central de Jalisco hasta la costa de Colima, denominada “la esfera JaliscoColima”. Hacia la parte sureste de la esfera septentrional hemos definido una “subesfera de los Altos-Juchipila”, caracterizada por un elaborado y diagnóstico tipo cerámico de cuencos con base anular al negativo. Esta subesfera llega hasta la regiones de Pénjamo y León (Guanajuato), donde se traslapa con la esfera Garita/Cantinas que se extiende por el Bajío hasta la región del Río San Juan (Querétaro). Al norte de la esfera Garita/Cantinas se define una importante subesfera conocida como “la valle de San Luis policroma”. Esta sub-esfera se extiende desde el sitio El Cerrito, Querétaro hasta la región del Cerrito-La Montesa, Zacatecas. Este tipo cerámico ha sido detectado como intrusivo en La Quemada en la fase del mismo nombre (*ca.* 600-850 dC; Jiménez y Darling 2000). Los estudios de la obsidiana en La Quemada (Darling 1998) indican la presencia de artefactos procedentes de las fuentes de Varal-Zináparo (Michoacán) y el Cerro de las Navajas (Hidalgo), durante el Epiclásico. En el caso particular de la navaja prismática de la conocida fuente en Hidalgo, tanto el contexto como la pieza han sido fechados en *ca.* 700/750 dC.

Partiendo de esta síntesis propondríamos que el periodo de *ca.* 600-800 dC se caracterizó por una red interregional de interacción entre el Bajío, el occidente y el norte de Mesoamérica. Si tomamos en cuenta la esfera Coyotlatelco, tanto en su extensión norte, como al sur, podríamos estar ante un sistema mundial mesoamericano del Epiclásico que comparte características con el que Abu-Lughod (1989) describe para Afroeurasia en el siglo xiv: una extensa serie de esferas regionales integradas, sin centro hegemónico. Desde la perspectiva de la interacción, quizá sea pertinente preguntarnos si los cambios culturales que se registran en el valle de México hacia *ca.* 600/650 dC serían producto de un aumento en la intensidad de interacción con el Bajío y con el norte o más bien del arribo de grupos de migrantes.

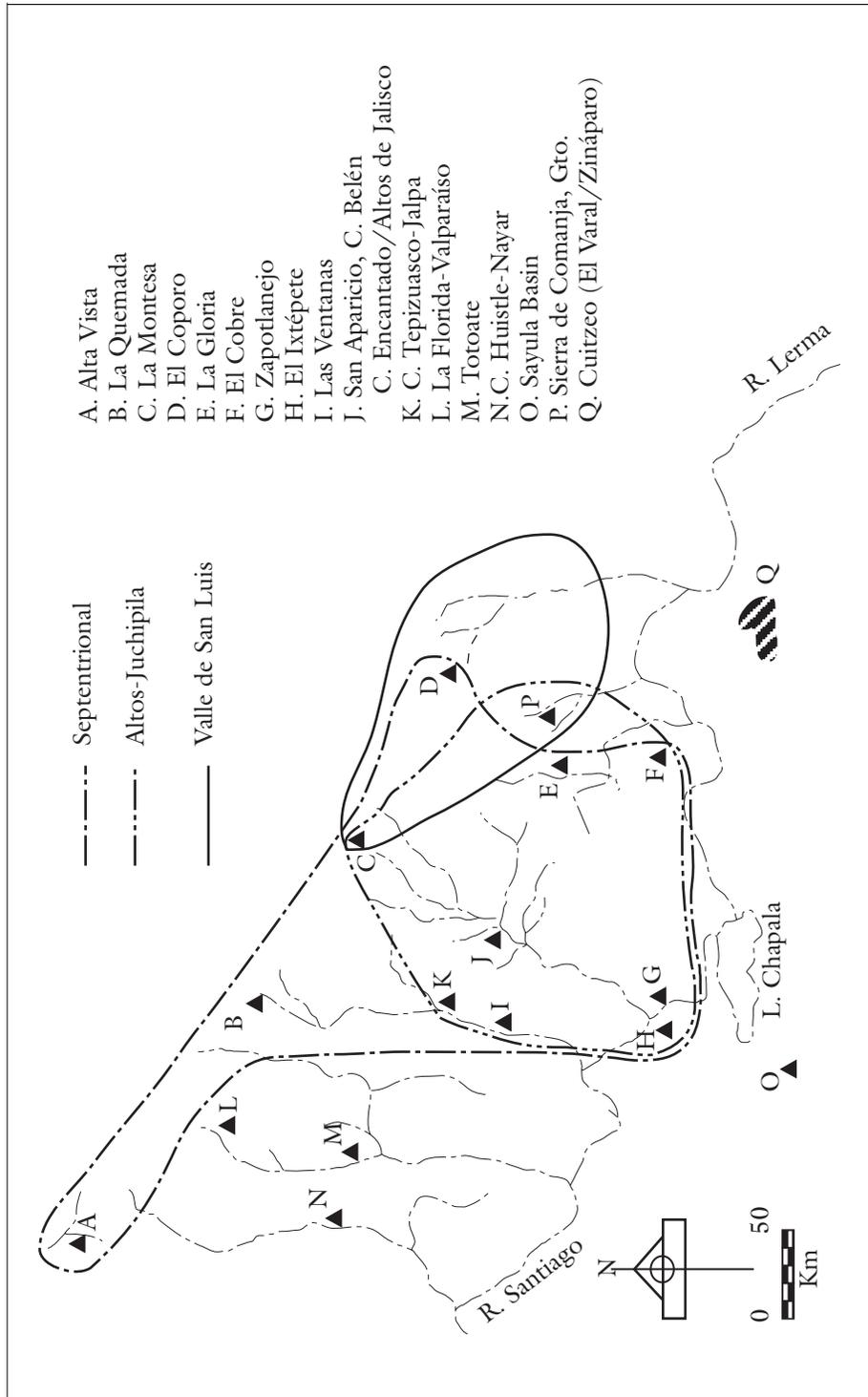


Figura 1. Esferas epiclásticas del noroccidente y norcentro de Mesoamérica.

BIBLIOGRAFÍA

ABBOTT KELLEY, ELLEN

- 1978 The Temple of the Skulls at Alta Vista, Chalchihuites, C. L. Riley y B. C. Hedrick (eds.) *Across the Chichimec Sea: Papers in Honor of J. Charles Kelley*. Southern Illinois University Press, Carbondale: 102-126.

ABU-LUGHOD, JANET

- 1989 *Before European Hegemony*. Oxford University Press, Oxford.

ARMILLAS, PEDRO

- 1964 Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de México, *Homenaje a Fernando Márquez-Miranda*. Universidades de Madrid y Sevilla: 62-82.
- 1969 The Arid Frontier of Mexican Civilization, *Transactions of the New York Academy of Sciences* Ser. 2, 31(6): 694-704.

ARNAULD, M. C., P. CAROT, Y M. F. FAUVET BERTHELOT

- 1993 *Arqueología de las lomas en la cuenca lacustre de Zacapu, Michoacán, México*. Cuadernos de Estudios Michoacanos 5, CEMCA, México.

AVENI, A. F., H. HARTUNG Y J. CHARLES KELLEY

- 1982 Alta Vista (Chalchihuites): Astronomical Implications of a Mesoamerican Ceremonial Outpost at the Tropic of Cancer, *American Antiquity* 47: 316-335.

BELL, B. B.

- 1974 Excavations at El Cerro Encantado, Jalisco, México, B. Bell (ed.) *The Archaeology of West México*. Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente, Ajijic: 147-167.

BRANIFF C., B.

- 1972 Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la cuenca de México: intento de correlación, *Teotihuacan. XI Mesa Redonda*. Sociedad Mexicana de Antropología, México: 273-323.
- 1975 El norte de México, *México: Panorama histórico y cultural VII. Los pueblos y señoríos teocráticos*. Primera parte, SEP-INAH, México: 217-272.
- 2000 A Summary of the Archaeology of North-Central Mesoamerica: Guanajuato, Querétaro, and San Luis Potosí. M. Foster y S. Gorenstein (eds.) *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest Mexico*. The University of Utah Press, Salt Lake City: 35-42.

CABRERO, M. T. Y C. LÓPEZ

- 1998 Las tumbas de tiro de El Piñón, el Cañón de Bolaños, *Latin American Antiquity* 9: 328-341.
- 2002 *Civilización en el norte de México*. Vol. II, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

- CÁRDENAS G., E.
 1999 Santa María, Morelia: un desarrollo cultural local con notables influencias externas, E. Williams y P. Weigand (eds.) *Arqueología y etnohistoria. La región del Lerma*. El Colegio de Michoacán, Zamora: 213-243.
- CAROT, P.
 2001 Una vasija estilo Teotihuacán del sitio de Loma Alta, Michoacán. Ponencia presentada en el Taller de Arqueología: dinámicas culturales entre el Occidente, el centro-norte y la cuenca de México, del Preclásico al Epiclásico: trabajos recientes. CEMCA- INAH-UNAM-Universidad de Guadalajara.
- CENTRO REGIONAL DE QUERÉTARO
 1988 *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro-occidente de México*. Memoria. Cuaderno de Trabajo 1, INAH, México.
- CHASE-DUNN, C. Y T. D. HALL
 1997 *Rise and Demise. Comparing World Systems*, Westview Press.
- CURTIN, P. D.
 1986 *Cross-Cultural Trade in World History*. Cambridge University Press, Cambridge.
- DARLING, J. A.
 1998 Obsidian Distribution and Exchange in the North Central Frontier of Mesoamerica. Unpublished Ph.D. dissertation, Department of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.
- GALVÁN, J.
 1991 *Las tumbas de tiro del valle de Atemajac, Jalisco*. Colección Científica 239, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- GÓMEZ C, S.
 1998 Nuevos datos sobre la relación entre Teotihuacán y el occidente de México, *Antropología e historia del occidente de México*. XXIV Mesa Redonda, Sociedad Mexicana de Antropología-Universidad Nacional Autónoma de México, México: 1461-1493.
- HERS, M. A.
 1989 *Los toltecas en tierras chichimecas*. Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- HOLIEN, T.
 1977 Mesoamerican Pseudo-Cloisonné and Other Decorative Investments. Unpublished Ph.D. dissertation, Department of Anthropology, Southern Illinois University, Carbondale.
- JIMÉNEZ B., P.
 1988 Ciertas inferencias de la arqueología del sur de Zacatecas, *Primera reunión de sociedades prehispánicas en el centro occidente de México, Memoria*. Centro Regional de Querétaro, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México: 39-50.
 1989 Perspectivas sobre la arqueología de Zacatecas, *Arqueología* 5:33-50.

- 1992 Una red de interacción del noroeste de Mesoamérica: una interpretación, B. B. de Lameiras y P. Weigand (eds.) *Origen y desarrollo de la civilización en el occidente de México: homenaje a Pedro Armillas y Angel Palerm*. El Colegio de Michoacán, Zamora: 177-204.
- 1995 Algunas observaciones sobre la dinámica cultural de arqueología de Zacatecas, B. Dahlgren y M. S. de Arechavaleta (eds.) *Arqueología del norte y occidente de México: homenaje al doctor J. Charles Kelley*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 35-66.
- en proceso Northwest Mesoamerica: A World Systems Perspective. Ph.D. dissertation in process, Faculty of Archaeology, University of Leiden, Holanda.

JIMÉNEZ B., P. Y J. A. DARLING

- 2000 Archaeology of Southern Zacatecas: the Malpaso, Juchipila, and Valparaíso-Bolaños Valleys, M. Foster and S. Gorenstein (eds.) *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest Mexico*. The University of Utah Press, Salt Lake City: 155-180.

JIMÉNEZ MORENO, W.

- 1941 Tula y los toltecas según las fuentes históricas, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. Sociedad Mexicana de Antropología, México: 79-84.
- 1959 Síntesis de la historia pretolteca en Mesoamérica, R. Noriega, C. Cook y J. Rodolfo Moctezuma (comps.) *Esplendor del México antiguo*. CIAM, México: 1019-1108.

KELLEY, J. C.

- 1956 Settlement Patterns in North Central Mexico, G. Willey (ed.) *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*. Viking Fund Publications in Anthropology 23, New York: 128-139.
- 1961 Mesoamerican Colonization of Zacatecas-Durango: The Loma San Gabriel and Chalchihuites Cultures. Ponencia, Mesa Redonda SMA, Chihuahua, Chihuahua.
- 1966 Mesoamerica and the Southwestern United States, G. Ekholm y G. R. Willey (eds.) *Archaeological Frontiers and External Connections*. HBMI vol. 4, University of Texas Press, Austin: 95-110.
- 1971 Archaeology of the Northern Frontier: Zacatecas and Durango, G. Ekholm y I. Bernal (eds.) *Archaeology of Northern Mesoamerica*. Part 2, HBMI, vol.11, University of Texas Press, Austin: 768-801.
- 1974 Speculations on the Culture History of Northwestern Mexico, B. Bell (ed.) *The Archaeology of West México*. Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente, Ajijic: 19-39.
- 1979 An Archaeological Reappraisal of the Tula-Toltec Concept as Viewed from Northwestern Mesoamerica. Ponencia para el XLIII Congreso Internacional de Americanistas, Vancouver, Canada.
- 1983 *El centro ceremonial en la cultura de Chalchihuites*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- 1985 The Chronology of the Chalchihuites Culture, M. S. Foster y P. C. Weigand (eds.) *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*. Westview Press, Boulder: 269-287.

KELLEY, J. C. Y E. ABBOTT KELLEY

- 1966 The Cultural Sequence on the North Central Frontier of Mesoamerica, *Actas y Memorias del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas I*: 325-344.
- 1971 *An Introduction to the Ceramics of the Chalchihuites Culture of Zacatecas and Durango, Mexico, part I: The Decorated Wares*. Mesoamerican Studies, no. 5, Research Records of the University Museum, Southern Illinois University, Carbondale.

- 2000 The Archaeoastronomical System in the Río Colorado Chalchihuites Polity, Zacatecas: An Interpretation of the Chapín I Pecked Cross-Circle, M. S. Foster y S. Gorenstein (eds.) *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest Mexico*. The University of Utah Press, Salt Lake City: 181-196.
- KELLEY, J. C., W. W. TAYLOR Y P. ARMILLAS
 1961 Archaeological and Ecological Investigation of the North Central Frontier of Mesoamerica and the Relationships of the Cultures of Central Mesoamerica, the Gran Chichimeca, and the American Southwest. Research proposal submitted to the National Science Foundation, Southern Illinois University, Carbondale.
- LELGEMANN, A.
 1997 Orientaciones astronómicas y el sistema de medida en La Quemada, Zacatecas, México, *Indiana* 14: 99-125.
 2001 El cañón de Juchipila como corredor de comunicaciones entre el occidente y el norte de México: nuevas evidencias de Tepizhuasco, Zacatecas. Ponencia presentada en Román Piña Chan *In Memoriam*: nuevos aportes arqueológicos en el norte y occidente de México. 1 al 5 de octubre, Museo Nacional de Antropología, México.
- MACÍAS, A.
 1990 *Huandacareo: lugar de juicios, tribunal*. Colección Científica 222, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
 1993 La arqueología del la cuenca de Cuiztzo. Ponencia presentada en el Seminario de Arqueología: perspectivas sobre la arqueología de la periferia septentrional de Mesoamérica, Centro INAH- Zacatecas.
- MANZANILLA L., R.
 1988 Salvamento arqueológico en Loma de Santa María, Morelia, Michoacán, *Primera Reunión sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México*. Memoria, Centro Regional de Querétaro, INAH, México: 151-159.
- NELSON, B.
 1997 Chronology and Stratigraphy at La Quemada, Zacatecas, Mexico, *Journal of Field Archaeology* 24: 85-109.
- NOGUERA, E.
 1944 Exploraciones en Jiquilpan, *Anales del Museo Michoacano* 3: 37-52.
- PARSONS, J., E. BRUMFIEL, M. PARSONS Y D. WILSON
 1996 Developmental Implications of Earlier Dates for Early Aztec in the Basin of Mexico, *Ancient Mesoamerica* 7: 217-230.
- POLLARD, H.
 1996 La transformación de élites regionales en Michoacán central, E. Williams y P. Weigand (eds.) *Las cuencas del occidente de México: época prehispánica*. ORSTOM, El Colegio de México, CEMCA, México: 131-156.
 2000 Tarascans and Their Ancestors: Prehistory of Michoacan, M. S. Foster y S. Gorenstein (eds.) *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest Mexico*. The University of Utah Press, Salt Lake City: 71-80.

- RAMÍREZ U., S.
 1997 El papel interregional de la cuenca de Sayula, Jalisco, en el Epiclásico y Postclásico temprano: observaciones preliminares. Ponencia presentada en el IV Coloquio Bosch-Gimpera, UNAM, México (en prensa).
- RAMOS, J., L. LÓPEZ M. Y C. SANTOS
 1994 Sitios y materiales: avances del Proyecto Aqueológico Altos de Jalisco, E. Williams (ed.) *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del Occidente de México*. El Colegio de Michoacán, Zamora: 279-296.
- RATTRAY, E.
 2001 *Teotihuacan. Ceramics, chronology and cultural trends* INAH-University of Pittsburgh.
- SAINT-CHARLES, J.
 1996 El reflejo del poder teotihuacano en el sur de Guanajuato y Querétaro, A. Crespo y C. Viramontes (coords.) *Tiempo y territorio en arqueología. El centro-norte de México*. Colección Científica 323, INAH, México: 143-160.
- SANTLEY, R.
 1989a Economic Imperialism, Obsidian Exchange, and Teotihuacan Influence in Mesoamerica. M. Gaxiola y J. Clark (eds.) *La obsidiana en Mesoamérica*. Colección Científica 176, INAH, México: 321-329.
 1989b Obsidian Working, Long Distance Exchange, and the Teotihuacan Presence in the South Gulf Coast, R. Diehl y J. Berlo (eds.) *Mesoamerica after the fall of Teotihuacan*. Dumbarton Oaks, Washington D.C.: 131-151.
- SCHIAVITTI, V.
 1995 Organization of the Prehispanic Suchil Mining District of Chalchihuites, México, A.D. 400-950. Unpublished Ph.D. dissertation, Department of Anthropology, State University of New York at Buffalo.
- SCHÖNDUBE, O.
 1980 Época prehispánica, J. Muriá (ed.) *Historia de Jalisco*. Gobierno del Estado de Jalisco: 113-157.
- SPRAJC, I.
 2001 *Orientaciones astronómicas en la arquitectura prehispánica del centro de México*. Colección Científica 427, INAH, México.
- WEIGAND, P.
 1968 The Mines and Mining Techniques of the Chalchihuites Culture, *American Antiquity* 33: 45-61.
 1982 Mining and Mineral Trade in Prehistoric Zacatecas. P. Weigand y G. Gwynne (eds.) *Mining and Mining Techniques in Ancient Mesoamerica*. Anthropology 6, State University of New York at Stony Brook: 87-134.

POSIBLES PASAJES MIGRATORIOS EN EL NORTE DE MÉXICO Y EL SUROESTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DURANTE EL EPICLÁSICO Y EL POSCLÁSICO

Ben A. Nelson*
Destiny Crider*

INTRODUCCIÓN

Los arqueólogos han sugerido varios patrones migratorios que se supone relacionan la cuenca de México con la frontera septentrional, o por lo menos con áreas vagamente indicadas como al noroeste de esa cuenca central (figura 1). Desde el punto de vista de la cuenca de México, dichos movimientos constituyen tanto emigración como inmigración. Desde una perspectiva nortea, éstos forman parte del cuestionamiento de la frontera septentrional y de sus fluctuaciones, como lo han señalado Armillas (1964), Brambila (1996), Braniff (1974, 1989), Cabrero (1989, 1991), Crespo (1998), Kelley (1956, 1971), Viramontes (1996) y Weigand (1968). Sin embargo, la tarea empírica de identificar las posibles migraciones apenas ha empezado. Algunos especialistas plantean que grupos de migrantes salieron del altiplano central para colonizar el noroeste (Armillas 1964; Braniff y Hers 1998; Hers 1989; Kelley 1956, 1971; Weigand 1978a, b). Haury (1976) considera un movimiento poblacional al principio de la secuencia Hohokam, planteando la llegada al desierto de Arizona de inmigrantes antes radicados en áreas no específicas de México. Por otra parte, Sahagún (traducido por López Austin, 1985: 314-315) alude a ciertos acontecimientos que pueden haber sido movimientos de poblaciones con líderes. Según la interpretación de dicho trozo ofrecida por Jiménez Moreno (1959: Mapa 4) y ampliada por Hers (1989), Jiménez Betts (1995: 60) y Braniff y Hers (1998:58, 61-63, 67), Sahagún se refiere a que tanto la inmigración como la emigración de grupos que salieron de Teotihuacan en el momento de su colapso y después regresaron para fundar Tula, ocurrieron a través de varios siglos.

Si fuera posible aceptar todas las interpretaciones mencionadas, podríamos imaginar la existencia de un gran pasaje migratorio entre la cuenca de México, el noroeste de México y el suroeste norteamericano. No tenemos todos los datos necesarios para poner dicho escenario a prueba; se requiere de muchas clases de

* Universidad Estatal de Arizona

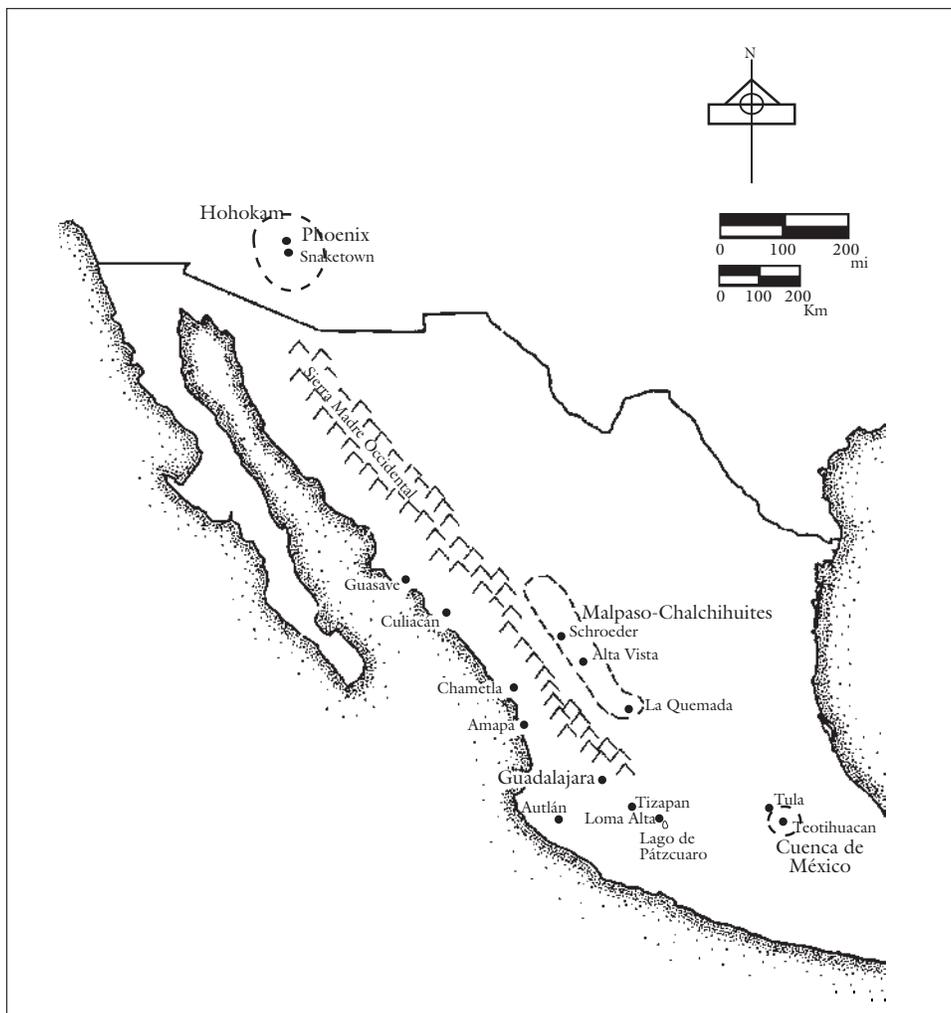


Figura 1. Mapa de México y el suroeste de los Estados Unidos.

información, pero podemos empezar a investigarlo sobre la base de los patrones cerámicos. Que nosotros sepamos, ningún investigador ha intentado examinar los cambios estilísticos y tecnológicos conjuntamente. Nos damos cuenta de que hallar patrones cerámicos no es igual que verificar la migración, en tanto que la migración no es la única explicación posible para esos patrones.

Vista desde esta perspectiva, la cerámica rojo sobre bayo es un posible indicador de reacomodos demográficos. Comparamos los atributos estilísticos y tecnológicos del rojo sobre bayo y otras lozas asociadas a través de una variedad de regiones. Dicho examen no pudo ser exhaustivo, dada la extensión del área y la falta de información en varias áreas; en realidad, tenemos solamente cuatro puntos principales de com-

paración: Teotihuacan, Loma Alta en Michoacán, la región Malpaso-Chalchihuites, y el área Hohokam. Utilizamos algunos de los mismos datos que Braniff (1972; 1995) y Carot (2001) hábilmente han analizado, pero desde una perspectiva diferente. Con esto no intentamos demostrar una migración, sino cuestionar las rutas lógicas dentro los modelos migratorios. Los nuevos hallazgos cronológicos, tanto en el noroeste de México como en el suroeste de los Estados Unidos, nos permiten llevar a cabo evaluaciones más refinadas de estos asuntos que las que fueron posibles incluso hace pocos años.

Nuestro examen procede de la siguiente manera. Primero, describimos brevemente la historia y la teoría de las migraciones en términos generales, mencionando varios ejemplos de migración en la historia mundial. Segundo, consideramos los relatos de los documentos históricos y las postulaciones arqueológicas acerca de los periodos Epiclásico-Posclásico temprano en Mesoamérica. Tercero, planteamos cuál parece ser la forma más probable de migración en esos periodos y cómo debería ser detectado tal tipo de migración en la cerámica. Posteriormente, revisamos los atributos de los estilos y las tecnologías cerámicas de las áreas relevantes y sacamos conclusiones acerca de cuáles fueron los modelos migratorios respaldados, o mejor dicho, que no son contradictorios con los datos cerámicos.

Queremos enfatizar que no consideramos la frontera como una línea en el mapa, sino como una zona en la que se actualizan las relaciones sociales (Brambila 1996); asimismo, no esperamos que la migración vaya a tener forma simple como la de una sola ruta. También suponemos que las relaciones entre sociedades pudieron haber cambiado a través del tiempo, de modo que en alguna época existía una estrecha relación entre las elites, y en otros momentos esas relaciones estuvieron más abiertas a la participación de la población en general.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA TEORÍA ARQUEOLÓGICA ACERCA DE LA MIGRACIÓN

Para evaluar la migración a partir de la evidencia cerámica es esencial tener una formación teórica independiente que nos proporcione una base para predecir las formas que la movilización hubiera tomado. Entendemos la diferencia entre historia y teoría como la distinción entre las secuencias de eventos que toman la forma de un proceso de cambio y los principios que predicen o explican tales eventos; además, la teoría nos permite predecir, independientemente de nuestro caso de investigación, el cómo dichos eventos pudieran haberse registrado arqueológicamente. A continuación planteamos brevemente unos patrones de migración reconocidos en la historia global; posteriormente mencionamos varios acercamientos arqueológicos al problema de la migración, y finalmente, hacemos algunas predicciones acerca de los tipos de migración que consideramos más probables en nuestra problemática y sus consecuencias arqueológicas.

Los historiadores han generalizado que durante el curso de la historia humana, las poblaciones se han esparcido, radiado, colonizado y movilizadas de otras maneras apreciables. Sin embargo, los casos más conocidos de migración quizás se encuen-

tren entre los más raros. Por ejemplo, las dispersiones muy visibles como el denominado “descubrimiento” y la “conquista” de América, o la diáspora africana, son ejemplos de procesos documentados en otros cuantos contextos. Probablemente son más comunes las colonizaciones que entremezclan segmentos de las poblaciones recién llegadas con gente ya establecida en su lugar, como ocurrió en el caso de las invasiones de los visigodos en Europa (Ripolli 1999: 405).

Los ejemplos de migración, de cuyo impacto arqueológico se tiene información particularmente en la cerámica, son pocos pero manifiestan una variedad significativa. Por ejemplo, los colonizadores españoles que fundaron la ciudad de San Agustín, en La Florida, Estados Unidos, introdujeron nuevas técnicas cerámicas, como por ejemplo la Mayólica; sin embargo, su cerámica doméstica era de arcilla local, con formas tanto hispanas como indígenas (Deagan 1995). En La Isabela Española, su primera colonia, el conjunto cerámico inicial consistió en formas medievales-islámicas hechas con barro local, pero poco tiempo después adoptaron las formas locales, presumiblemente como parte de la aceptación de la dieta local (Deagan 1996:142-144). Posteriormente, cuando la depredación de los españoles extinguió a la población indígena, las formas cerámicas asimilaron formas africanas, lo que refleja la utilización de esclavas de ese continente como cocineras en los contextos domésticos (Deagan 1996: 147). Otro caso de posible colonización (aunque es controversial el origen de los supuestos extranjeros) es el de los Suahili en la costa oriental de África, quienes mantuvieron una cultura material distinta durante varios siglos. Su cerámica incluyó vasijas importadas de alto estatus que las mujeres guardaban en las salas más privadas de sus casas, evitando así despliegues de riqueza (Donley-Reid 1990: 121-122).

Otro caso quizá más relevante, porque involucra sociedades indígenas con menos choque cultural, es el de los Gisiga y Lamé entre los Fulani de África; los primeros continuaron fabricando su cerámica en sus estilos tradicionales después de haberse asentado en el interior del primer grupo étnico (David y Hennig 1972:27). Cabe mencionar que la migración es común entre las sociedades de esa región; muchos de los jóvenes terminan residiendo en aldeas en las que no nacieron (David y Hennig 1972: 3). Los movimientos referentes a las alfarerías estudiadas involucran distancias de aproximadamente 100 km (David y Hennig 1972: 3-4). Los migrantes son de primera generación; la sobrevivencia de sus estilos implica que a lo largo del tiempo, sus motivos decorativos lleguen a afectar las tradiciones locales, resultando en cambios visibles en el registro arqueológico.

Dichos ejemplos históricos no solamente ilustran la variabilidad en las formas de migración, sino que proporciona cierto optimismo pensar que las migraciones pueden ser detectadas arqueológicamente, y a la vez, demuestran que no es irracional sugerir la existencia de migraciones en la antigüedad. Nos imaginamos que también son comunes los ejemplos como el de los Tewa del pueblo de Hano (Dozier 1966) quienes emigraron del Río Grande, en Nuevo México, para asentarse entre los Hopi. Con el tiempo, las diferencias materiales entre inmigrantes y locales desaparecieron. Con base en estos ejemplos es concebible suponer que la variación cerámica sea indica-

tiva del origen de los inmigrantes y de los procesos por los cuales éstos fueron integrados a los grupos que habitaban sus áreas de destino.

Los arqueólogos nos preocupamos mayormente por las migraciones que tuvieron lugar sin documentación escrita. Algunas de las migraciones postuladas involucran cambios fundamentales de cultura, provocando modificaciones en las formas de las unidades domésticas, en los patrones de asentamiento, en las técnicas de manufactura de objetos líticos, y en las materias primas.¹ Sin embargo, el caso del intervalo Epiclásico-Posclásico al que dirigimos nuestra atención es diferente, ya que está atestiguado por documentos históricos e involucra la absorción de poblaciones ya sedentarias y en buena medida mesoamericanizadas (Lelgemann 2000; Medina 2000) al núcleo de civilización. Por tal motivo, los ejemplos arriba mencionados son los más semejantes que hemos podido encontrar en cuanto a las condiciones de desarrollo político y tecnológico, a la naturaleza de su interacción y a su escala espacial.

EXPECTATIVAS

La historias indígenas de Mesoamérica y el suroeste de los Estados Unidos permiten imaginar las rutas de migración prehispánica que se pueden sujetar a pruebas científicas. Por ejemplo, es factible interpretar cierto apartado de Sahagún (identificado por López Austin 1985: 287 como el capítulo XXIX del Libro Décimo) como una relación de la emigración de los mexica hacia los desiertos o llanuras del norte, y su retorno subsecuente en el Posclásico bajo la identidad de “chichimecas” que se asentaron en el valle de México. Aunque López Austin (1985: 330-333) duda de la veracidad histórica de este relato y prefiere entenderlo como una justificación y mistificación del poder político mexica, ciertos arqueólogos se han percatado de que hay una concordancia entre el apartado y la evidencia arqueológica (Braniff y Aretihers 1998; Jiménez Moreno 1959: 1052, 1066, Mapa 4). López Austin y Manrique (1977) insisten en que la cuestión de los desplazamientos quede abierta y se sujete a más análisis arqueológico y textual.

Las historias de los pueblos indios del suroeste norteamericano sugieren cambios repetitivos de ubicación a través de generaciones (Naranjo 1995), como si esta gente estuviera sujeta a las mismas fuerzas que resultaron en los movimientos frecuentes y complicados del norte y centro de México en la época azteca. Recientemente los arqueólogos de la región favorecen la posibilidad de los reacomodos demográficos (aunque algunos aceptaron la posibilidad desde hace décadas), después de descubrir evidencias de poblaciones intrusivas en la cerámica, sobre todo

¹ De hecho, algunos mesoamericanistas han planteado un proceso muy similar para la frontera septentrional en la época clásica temprana, alrededor de 200 dC, es decir, la expansión de las culturas hacia el norte y el estilo de vida de los agricultores de esta zona, incorporando poblaciones que antes vivían de una manera no sedentaria (tal como lo sugieren Braniff y Hers 1998; Hers 1989; Kelley 1956, 1974). Dicho proceso, aunque es de sumo interés, no es relevante para los cambios Epiclásico-Postclásico que estamos tratando aquí, los cuales ocurrieron más tarde al retroceder dicha frontera.

en la época posterior a 1150 dC (Di Peso *et al.* 1974; Rouse 1958; Woodson 1999; Zedeño 1994). Basándose en estos hallazgos, uno puede visualizar la llegada de los chichimecas como parte de una serie compleja de reacomodos que afectaron el mosaico cultural de todos los grupos que habitaban el norte de México.

La nueva definición de la sociedad como un conglomerado de actores en lugar del concepto de sociedad como un sistema unificado (Ortner 1984) tiene muchas implicaciones. Se puede plantear la posibilidad de migración que no involucre a toda la sociedad, ya que no es apropiado presumir acciones sociales como absolutas en el sentido de que no todos los miembros actúen de manera similar. Se puede visualizar a su vez las condiciones, conexiones, decisiones y acciones que rodean los episodios de migración como producto de la negociación social a nivel individual, familiar o de linaje, la gente actuando independientemente de sus líderes y hasta de su comunidad. Vistas así, las migraciones parecen probables, pero lentas consecuencias de las dificultades locales, de oportunidades lejanas, ocurriendo a través de rutas gradualmente establecidas por la negociación social. Asimismo, se puede considerar que los actos migratorios no fueron irreversibles –los migrantes pueden haber regresado como lo hacen comúnmente hoy en día; sin embargo, a lo largo de los años, resultarían intercambios desiguales de la población, creando reacomodos demográficos.

Tomando en cuenta lo que sabemos de la atmósfera cultural del Epiclásico y Posclásico temprano, las consideraciones arriba mencionadas nos dan la posibilidad de predecir las características de las migraciones sospechadas, es decir, de poder especificar las condiciones bajo las cuales ocurrieron y las formas que tomaron. Algunos especialistas consideran al Epiclásico como un periodo de desestabilización política, con un grado alto de militarismo y la conformación de un nuevo orden “mundial” en Mesoamérica (Gaxiola 1999; Hirth 1995). Suponemos que, pese a la inestabilidad, pocas veces las comunidades se hubieran trasladado en un instante como lo representan los relatos históricos, sino que más frecuentemente se hubieran desalojado parte de las comunidades, o grupos pequeños hubieran cambiado de ubicación según las ventajas que ellos percibieron en el medio ambiente social regional y según sus conexiones personales. Si bien se experimentaron problemas en el medio ambiente físico en la frontera septentrional, como lo sugirió Armillas (1964), o entre grupos bélicos, como lo insinúan Hers (1989) y Nelson (2000), en esos casos, algunos de los miembros de las sociedades afectadas habrían acudido a regiones donde tuvieran conocidos o parientes. Consideramos poco probable que se hubieran marchado ciegamente hacia alguna dirección arbitraria. Por lo tanto, suponemos que el destino más probable de los grupos de migrantes fueran regiones adyacentes a las de origen y que compartían con ellos puntos de vista ideológicos.

Los eventos migratorios habrían tenido consecuencias arqueológicas diferentes dependiendo de cómo se integraron los inmigrantes a sus nuevas comunidades. Son posibles tres resultados generales que corresponden a los ejemplos históricos arriba mencionados: el desplazamiento, la acomodación mutua y la absorción. El primer caso resultaría en una serie temporal de cambios materiales; el segundo, en

la coexistencia de la tradición material de ambas poblaciones; y la tercera, en varios grados de cambio dependiendo de cuál tradición resultara ser dominante. El problema es que el último patrón puede ser independiente de la migración; por lo tanto, hay que tener razones independientes para pensar que una migración está involucrada en el cambio observado. En nuestro caso, los relatos en documentos históricos sustentan dicha condición. Los cambios estilísticos y tecnológicos son, por lo menos, indicadores plausibles de las migraciones.

La cerámica es un indicador útil, no tanto de la migración en sí, sino de las vías que los migrantes hubieran podido seleccionar. Del supuesto de que la gente no migra hacia lo desconocido, se puede deducir que los migrantes se mueven hacia comunidades con las que comparten ideología y tecnología como consecuencia de las conexiones sociales. La tecnología y el estilo cerámico son ejemplos de los comportamientos complejos y aprendidos que pueden marcar tales conexiones. Por lo tanto, esperamos ver ligas estilísticas y tecnológicas en las áreas conectadas por rutas migratorias, presumiendo que los ceramistas pudieran haberse llevado consigo sus técnicas y no fueran inhibidos por presiones ideológicas en expresar símbolos de su patrimonio. El grado de semejanza entre áreas es quizás una medida del potencial de intercambio demográfico.

Esferas de semejanza en la cerámica

Hasta este punto hemos hablado esencialmente de dos patrones de cambio cerámico concebibles teóricamente: 1) los cambios simultáneos de estilo y tecnología, que deberían de tener lugar si existieran desplazamientos demográficos notables; y 2) los cambios cerámicos más lentos que involucrarían conexiones a menor escala entre poblaciones y que por lo tanto, implicarían conexiones más vagas entre los cambios estilísticos y tecnológicos. Consideramos que la segunda clase es la más probable si es que las migraciones ocurrieran en las formas señaladas. En otra dimensión, hemos indicado que las rutas probables de migración estarían marcadas en el espacio cultural por semejanzas interregionales. Los datos presentados a continuación nos dan la oportunidad de ensayar estas expectativas.

Comparemos la cerámica de los periodos Epiclásico y Posclásico temprano, aproximadamente de los años 650-1050 dC, de la cuenca de México con la del noroeste de México; luego la del noroeste de México con la del área Hohokam. Estamos hablando principalmente de la cerámica Coyotlatelco de Teotihuacan comparada con la cerámica Romos, Soyate, Suchil, y Michilía de Malpaso-Chalchihuites, y después los mismos tipos Malpaso-Chalchihuites con la cerámica Gila Butte, Santa Cruz, Rillito y Sacatón del Hohokam. Todos los tipos ya mencionados son de rojo sobre bayo; además, tomamos en consideración ciertos tipos blanco sobre rojo, inciso-esgrafiados, y otras variantes que consideramos relevantes por razones que a continuación explicamos. Además de las comparaciones entre los tres puntos principales, incluimos ejemplos de diferentes áreas como son Autlán, Chapala, Chametla, el Bajío y Michoacán, áreas que aunque conocemos menos, son de igual importancia.

Nuestro estudio es cualitativo, pero no iconográfico; es una investigación sobre las conexiones sociales evidenciadas en las semejanzas cerámicas, sin mencionar su contenido simbólico. El estudio de la iconografía en el norte es un campo rico, como lo demuestra Braniff en sus ensayos (1972, 1995) enfocados en la greca escalonada, entre otros motivos. Sus hallazgos revelan claramente el potencial para entender elementos complejos específicos y sus transformaciones en diferentes contextos. Nosotros nos centramos en otros atributos de menor complejidad.

Este trabajo se restringe al estudio de la cerámica rojo sobre bayo, aunque reconocemos que ésta no se originó en ninguna de las áreas a las que hemos dirigido nuestra atención sino en Chupícuaro, como Braniff (1972) y Haury (1976) han señalado. Sin embargo, dicho periodo, 600 aC-400 dC, según Sánchez y Marmolejo (1990:268), queda fuera del que investigamos, ya que es anterior a la época en la que la cerámica rojo sobre bayo se extendió geográficamente. Del mismo modo, el material de Loma Alta, Michoacán (Carot 2001), que es de suma importancia desde el punto de vista de la evolución estilística de la cerámica rojo sobre bayo y sus parientes, queda fuera del periodo que analizamos; sin embargo, consideramos sus comparaciones en el último apartado.

Uno de nuestros hallazgos es que varios siglos después de ese inicio temprano y geográficamente restringido, la cerámica rojo sobre bayo aparece simultáneamente en muchas de las regiones que estamos examinando hacia 500 dC. Sin embargo, en sus manifestaciones tempranas, las semejanzas entre áreas son bastante generales; aparte de tener diseños rojos sobre un cuerpo bayo o café, la loza de diferentes regiones comparte poco en tecnología. La del norte tiende a estar pintada en líneas anchas y burdas, a veces con el campo de diseño partido en cuatro. En todas partes (¿menos en Chupícuaro?) los diseños son geométricos. Las formas de las vasijas, los colores de las pastas y los atributos del acabado son bastante variables. En algunas de dichas áreas, las semejanzas vagas continuaron por varios siglos sin llegar a formar patrones; en otras áreas, la cerámica rojo sobre bayo evolucionó a otros tipos y las conexiones terminaron. Sin embargo, en ciertas regiones se empezaron a manifestar semejanzas significativas; es a ellas que dirigimos nuestra atención.

LA CUENCA DE MÉXICO VERSUS LA FRONTERA SEPTENTRIONAL

Para llegar a las observaciones que siguen, consultamos las descripciones de la cerámica rojo sobre bayo en el noroeste, el Bajío (área que no controlamos bien por falta de bibliografía) y la cuenca de México. A continuación presentamos dibujos de los elementos seleccionados de algunas de las obras consultadas. Los estudios que contienen información acerca de la tecnología o de ejemplos importantes de los elementos estilísticos incluyen los trabajos de Cobean (1990), García (1991), Haury (1976), Kelley y Kelley (1971), Kelly (1938), Kelly (1945), Meighan y Foote (1968), Pollard (2001), Rattray (1966), Sanders (1986), Saint-Charles (1990); Séjourné (1966) y Tozzer (1921). Además, utilizamos nuestros propios estudios del material de La Quemada (Schiaivitti *et al.* 1999) y Teotihuacan (Crider 2001).

Primero hacemos la comparación entre la cuenca de México y el noroeste, es decir, entre la cerámica Coyotlatelco teotihuacana y los tipos rojo sobre bayo de la región Malpaso-Chalchihuites (cuadro 1). Tecnológicamente, estos tipos son comparables; de hecho, son más semejantes tecnológica que estilísticamente. Al hablar de la tecnología, nos referimos al formado, al acabado y a la cocción de las vasijas. A continuación describimos sus atributos en ese orden.

Una diferencia importante entre dichas regiones es que en el caso de la cerámica Coyotlatelco en la cuenca de México, el rojo sobre bayo constituye la mayoría de la cerámica decorada, acompañada por muy bajos porcentajes de cerámica incisa, sellada en relieve y al negativo; mientras que en la región de Malpaso-Chalchihuites, el rojo sobre bayo es una entre varias cerámicas decoradas que ocurren en proporciones mayores: por ejemplo, la cerámica incisa-esgrafiada, la policroma negativa y la *pseudocloisonné*.² Esta diferencia nos impone la necesidad de examinar otras lozas que comparten estilos con la cerámica rojo sobre bayo.

En cuanto a las formas, ambos grupos de ceramistas decoraron sus cuencos, pero cada quien aplicaba la decoración de una forma distinta: las cazuelas en el caso de la cuenca de México, y las ollas en la región Malpaso-Chalchihuites. Los ceramistas teotihuacanos agregaron soportes a sus vasijas, los de Malpaso-Chalchihuites no lo hicieron, sino hasta un punto tardío en la secuencia, después de 900 dC, aunque conocían la técnica y la usaron antes de esas fechas en sus vasijas incisas-esgrafiadas. Los ceramistas en ambas regiones crearon acabados rojo sobre bayo y sobre crema, y en ambas dieron un acabado a los cuerpos bayos con la técnica del auto-engobado (*self-slipped*), es decir bruñéndolos antes de la aplicación

Cuadro 1. Comparación de la tecnología y el diseño en la cuenca de México *versus* el valle del Malpaso y el área Hohokam

	Coyotlatelco	Malpaso-Chalchihuites	Hohokam
1. Lozas	Varias	Varias	Solo R/B
2. Formas	Cuencos/cajetes	Cuencos/ollas/platos	Cuencos/ollas/platos
3. Patas/soportes	Sí	Raros	No
4. Acabado	Engobado/ auto-engobado	Engobado/ auto-engobado	Auto-engobado
5. Borde rojo	Sí	Sí	Sí
6. Bandas	Sí	Sí	Sí
7. Paneles	No	Sí	Raros
8. Vasija entera	No	No	Sí
9. Diseños	Geométricos	Geométricos/zoomorfos	Geométricos/zoomorfos

² Hacia el fin del Clásico existen en el centro de México las cerámicas rojo sobre bayo, inciso y al negativo (Díaz Oyarzábal 1980; García Chávez 1991; Rattray 2001), pero en frecuencias bajísimas. Consideramos que estas cerámicas son importantes para comprender la transición del Clásico al Epiclásico, pero no es nuestra intención explorarlas aquí.

de la pintura. El acabado rojo sobre crema, en cambio, se logró aplicando un engobe de color crema sobre todo el cuerpo, para después aplicar la pintura y finalmente, en ambas regiones, bruñeron la vasija después de poner la pintura, dando como resultado que en muchos casos la pintura quedara untada.

Para comparar los diseños, nos referimos a su ubicación en las vasijas, los tipos de motivos, y el uso de motivos específicos. Los ceramistas de ambas regiones pintaron una zona de rojo a lo largo del borde y emplearon bandas para arreglar y enmarcar sus motivos. Para ese propósito, los ceramistas Coyotlatelco enmarcaron sus bandas con líneas sencillas, en tanto que los de Malpaso-Chalchihuites usaron tanto las líneas sencillas como las dobles. Los Coyotlatelco no usaron líneas verticales para separar los paneles de la decoración, en tanto que los de Malpaso-Chalchihuites sí las usaron.

Ambas cerámicas tienen motivos geométricos, pero las de Malpaso-Chalchihuites tienen además formas antropomorfas y zoomorfas. El motivo que más compartieron es el *xonecuilli* (figura 2); éste aparece también en otras partes del noroeste. Otro motivo que parece correlacionarse con el *xonecuilli* es la pirámide (figura 3).

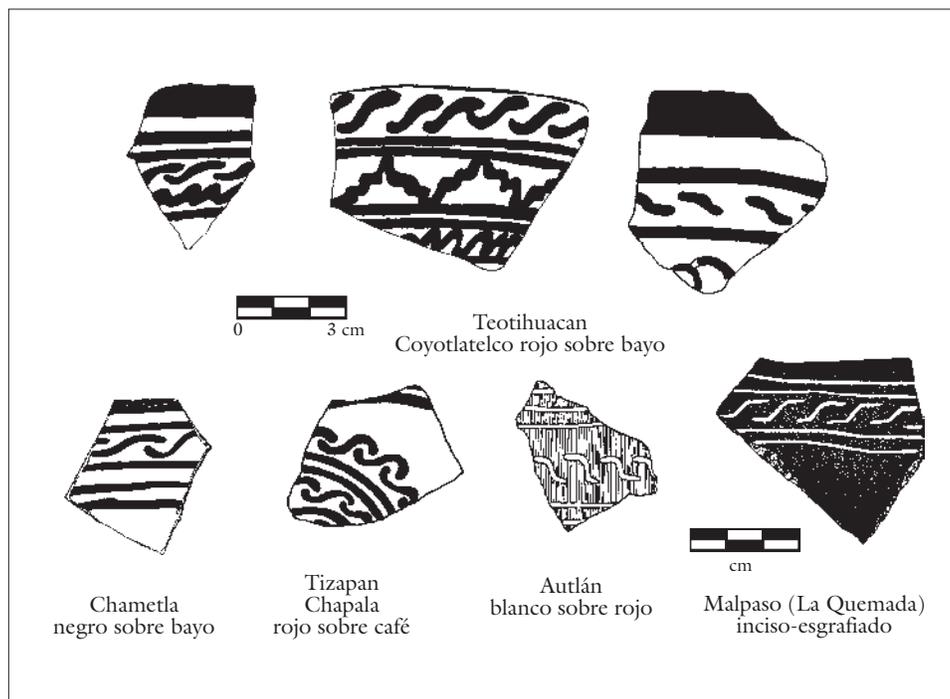


Figura 2. Motivo *xonecuilli*: Teotihuacan (Crider); Chametla (Kelly 1938:79, g); Tizapan (Meighan y Foote 1968: 91,f); Malpaso (Schiavitti 1999); Autlán (Kelly 1945: 42).

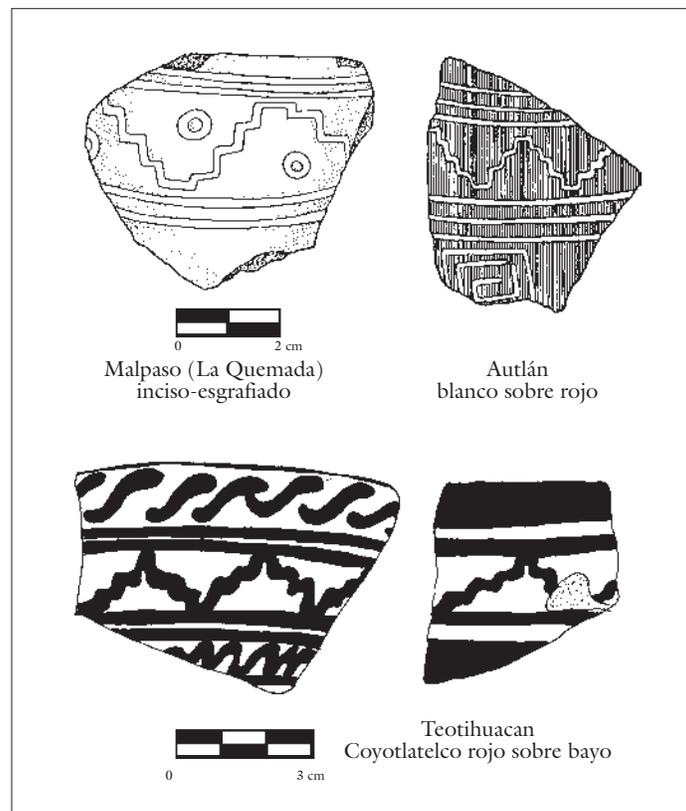


Figura 3. Motivo pirámide: Malpaso (Nelson); Autlán (Kelly 1945: 5e); Teotihuacan (Crider).

FRONTERA SEPTENTRIONAL VERSUS EL SUROESTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

Pasamos ahora a la comparación entre la región de Malpaso-Chalchihuites y el área Hohokam. La cerámica rojo sobre bayo de estas dos regiones manifiesta semejanzas fuertes, pero diferentes de las que ligan al noroeste con la cuenca de México. Dicho dato constituye otro hallazgo significativo acerca de la variación en términos generales, pues las propiedades de las materias primas, las formas, los acabados y la cocción varían dentro de las regiones. No queremos perder de vista este importante patrón, pero a la vez, examinando estos dos casos, separados por aproximadamente 1 000 kilómetros, se ve que ciertos motivos decorativos son impresionantemente semejantes.

Consideremos primero la tecnología. Los ceramistas de Malpaso-Chalchihuites, como ya se mencionó, tuvieron tres lozas decoradas, aparte del rojo sobre bayo; por otro lado, el rojo sobre bayo fue la única loza decorada de los Hohokam, igual que en el caso del Coyotlatelco. Las vasijas tuvieron un rango similar de formas generales; ambos decoraron cuencos, ollas y platos, pero difirieron sustancialmente

en detalles de forma. Por ejemplo, en Malpaso-Chalchihuites no hay cuencos con bordes evertidos ni las ollas con la famosa “espalda gila” que comúnmente se utilizaba en el área Hohokam; igualmente, en esta última área no se encuentra la forma canasta ni los cuencos con inflexión en el cuerpo. Los ceramistas de Chalchihuites pusieron soportes en sus vasijas rojo sobre bayo en las últimas fases, después de 900 dC, pero esta práctica nunca llegó a la región Hohokam, pese a las fuertes conexiones que existieron entre las dos regiones en esa época en otros sentidos. Los artistas de Malpaso y Chalchihuites crearon vasijas rojo sobre bayo y rojo sobre crema, en tanto que los del área Hohokam no aplicaron ningún engobe, produciendo solamente el rojo sobre bayo. Tampoco bruñeron sus vasijas después de pintarlas, así que el untado típico de Malpaso-Chalchihuites no se encontró entre los Hohokam.

En cuanto a los diseños de las dos regiones, difieren en ciertos aspectos, pero estas divergencias son quizá menos notables que las similitudes. Los bordes en la región de Malpaso-Chalchihuites fueron decorados consistentemente con rojo; los de Hohokam no. Los artesanos de ambas regiones emplearon bandas para organizar los diseños; en Malpaso-Chalchihuites las enmarcaron con líneas sencillas o dobles; en cambio los Hohokam utilizaron líneas cortas diagonales hachuradas.

Las semejanzas más marcadas se encuentran en los tipos de motivos iconográficos empleados, en la selección de algunos motivos particulares y en la manera de representarlos. Ambos grupos de especialistas usaron formas geométricas y zoomorfas (figura 4), y las desplegaron de una manera repetitiva, cualidad que hace que una loza sea recuerdo de la otra, aun cuando no fueran escogidos los mismos motivos. Los motivos geométricos no son extremadamente semejantes; especialmente notable en su similitud son las aves y las formas híbridas entre mamíferos y reptiles compuestos que pueden ser caninos, felinos, caimanes o formas no reconocibles. Uno de los motivos específicos que se encuentran compartidos entre regiones es un ave que puede ser una especie de garza o grulla; la vemos desplegada de una forma dramática en un plato entero Hohokam de la fase Santa Cruz (figura 5). Sobre este mismo tema se encuentran otros ejemplos entre el área Hohokam y Malpaso-Chalchihuites (figura 6).

LA VARIACIÓN CERÁMICA COMO CONTEXTO DE CAMBIOS DEMOGRÁFICOS

Como hemos demostrado hay dos zonas con semejanzas en el rojo sobre bayo y sus lozas asociadas. Dichas zonas son complicadas por el hecho de que el rojo sobre bayo es la loza decorada primordial en el extremo norte de la macrorregión, en tanto que en la zona intermedia y en el sur, los motivos de interés se encuentran también en las vasijas pintadas al negativo y en las incisas-esgrafiadas. Además, en la zona sureña o de *xonecuilli*-pirámide (figura 7), las semejanzas entre regiones son primordialmente de orden tecnológico, aunque existen ligas decorativas, en tanto que en zona norteña o zoomorfa, las semejanzas son primordialmente estilísticas; allí las ligas débiles se encuentran en la tecnología. Estas dos zonas se tras-

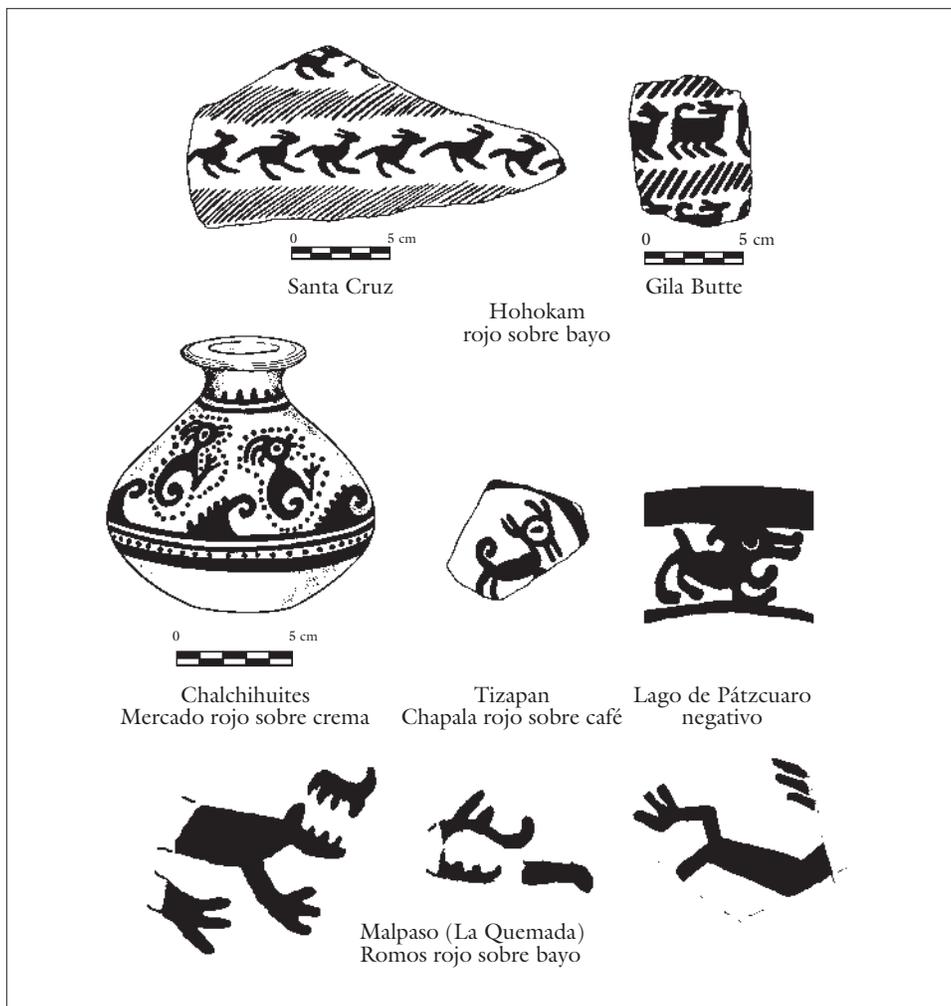


Figura 4. Motivos zoomorfos: Hohokam (Haury 1976: Figura 12.83); Chapala (Meighan & Foote 1968: 92); Chalchihuites (Kelley & Kelley 1971: 85); Lago de Pátzcuaro (Pollard 2001); Malpaso (Crider).

lapan en la zona de Malpaso-Chalchihuites, donde los motivos que examinamos forman una parte indispensable, pero no el total, de la tradición decorativa.

¿Qué podemos inferir acerca de la relación entre estos patrones cerámicos y el tema de reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico? Ya hicimos notar que no hay un patrón obvio norte-sur en el desarrollo del rojo sobre bayo, sino al contrario, los elementos de tecnología y decoración se mueven de manera un tanto independiente, lo cual dificulta algún argumento de movimiento sencillo por ese rumbo de “gente rojo sobre bayo”. Sin embargo, los patrones espacio-temporales en la cerámica proveen un contexto importante para entender cambios. Se puede contemplar una migración al ver un aumento de población en un área y un decremento

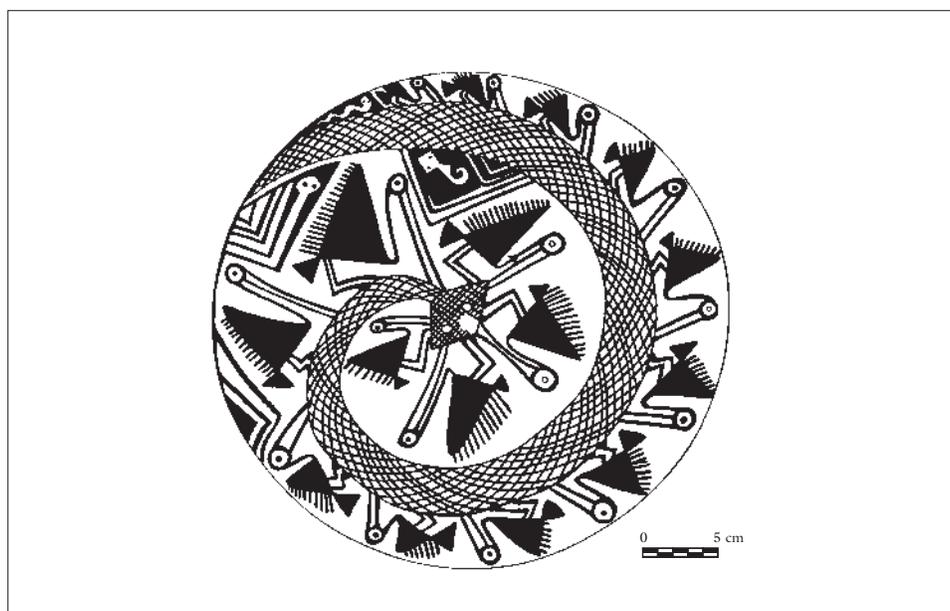


Figura 5. Motivo ave: Hohokam Santa Cruz rojo sobre bayo (Haury 1976: fig. 12.74).

en otra, y una relación tecnológica o estilística entre las dos. Requerimos de estudios más rigurosos de la demografía y la cerámica para un entendimiento más completo; aquí simplemente podemos esbozar uno o dos aspectos de los procesos de cambio.

Los patrones cerámicos parecen indicar el establecimiento y la subsecuente ruptura de conexiones interregionales durante los reacomodos mayores de población. Los reacomodos a los que nos referimos se pueden apreciar desde la perspectiva de lo que eran dos núcleos importantes: La Quemada que encabezaba el área Malpaso y Alta Vista, el sitio más grande la rama sureña de Chalchihuites (el Suchil).

Después de mantenerse integradas por buena parte del Epiclásico, entre 900-1000 dC las grandes esferas de las que hemos hablado se dividieron en dos cuando se despoblaron estos dos centros ceremoniales (figura 8). Suponemos que la mayoría de los habitantes de los pueblos y aldeas aledaños emigraron al mismo tiempo. Kelley (1985) sugiere que los habitantes de Alta Vista se trasladaron hacia el norte. De hecho, las semejanzas entre la rama norteña de Chalchihuites (la Guadiana) y el área Hohokam persistieron a lo largo del abandono de Alta Vista y se intensificaron después, manteniéndose intactas hasta el Posclásico medio.

Como parte de la misma disgregación, parece ser que algunos de los habitantes del área de Malpaso (La Quemada) se trasladaron hacia el sur para unirse con la población que llegó a ser conocida etnohistóricamente como los caxcanes (Jiménez Betts 1995; Weigand y Weigand 1995).³ Así, la época de máxima similitud entre

³ Weigand y Weigand colocan este movimiento en el Posclásico tardío, más tarde de lo que nosotros creemos que los datos lo permiten, pero estamos de acuerdo con ellos en el sentido geográfico.



Figura 6. Motivo ave: Hohokam Santa Cruz (Haury 1976: figs. 12.69, 12.70); Hohokam Sacaton y Gila Butte (Haury 1976: Figura 12.70); Chalchihuites Suchil (Kelley y Kelley 1971:Pl. 18); Chalchihuites Amaro (Kelley y Kelley 1971: Pl. 32); Coyotlatelco (Rattray 1966); Malpaso-La Quemada (Nelson).

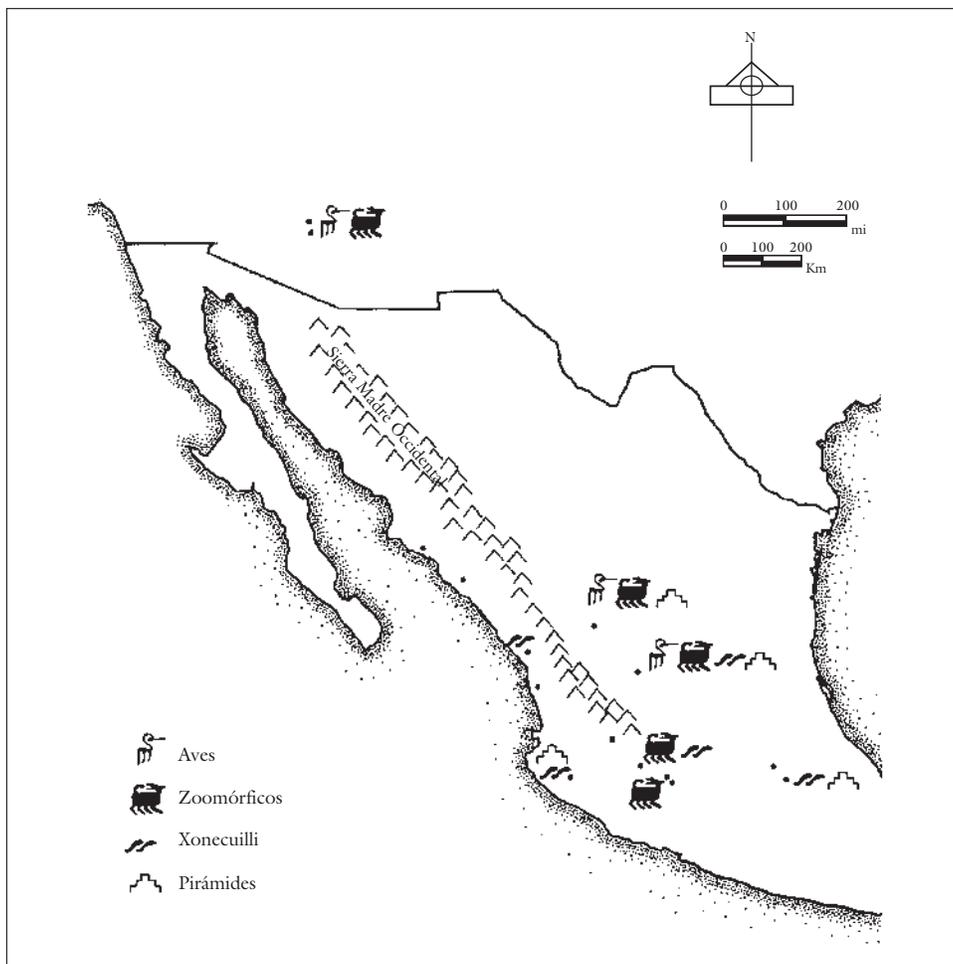


Figura 7. Distribución de motivos.

el área Malpaso-Chalchihuites y la cuenca de México cae entre 600-900 dC, periodo que precede un flujo de la población hacia el sur y que trae gente nueva, o por lo menos nuevas tradiciones, a la desintegrada ciudad de Teotihuacan.

Estos cambios de población regionales y sub-regionales son solamente partes de un mosaico mucho más grande y complicado, escenario que en grandes términos, constituye la retracción de la frontera septentrional (Armillas 1964; Braniff 1972; Kelley 1956; Viramontes 1996). Si tuviéramos mejor resolución espacio-temporal, probablemente podríamos ver que dicha retracción consistió en muchos movimientos locales. Por el momento, suponemos que los patrones cerámicos constituyen evidencias de la red de conexiones sociales que hizo posibles tales movimientos.

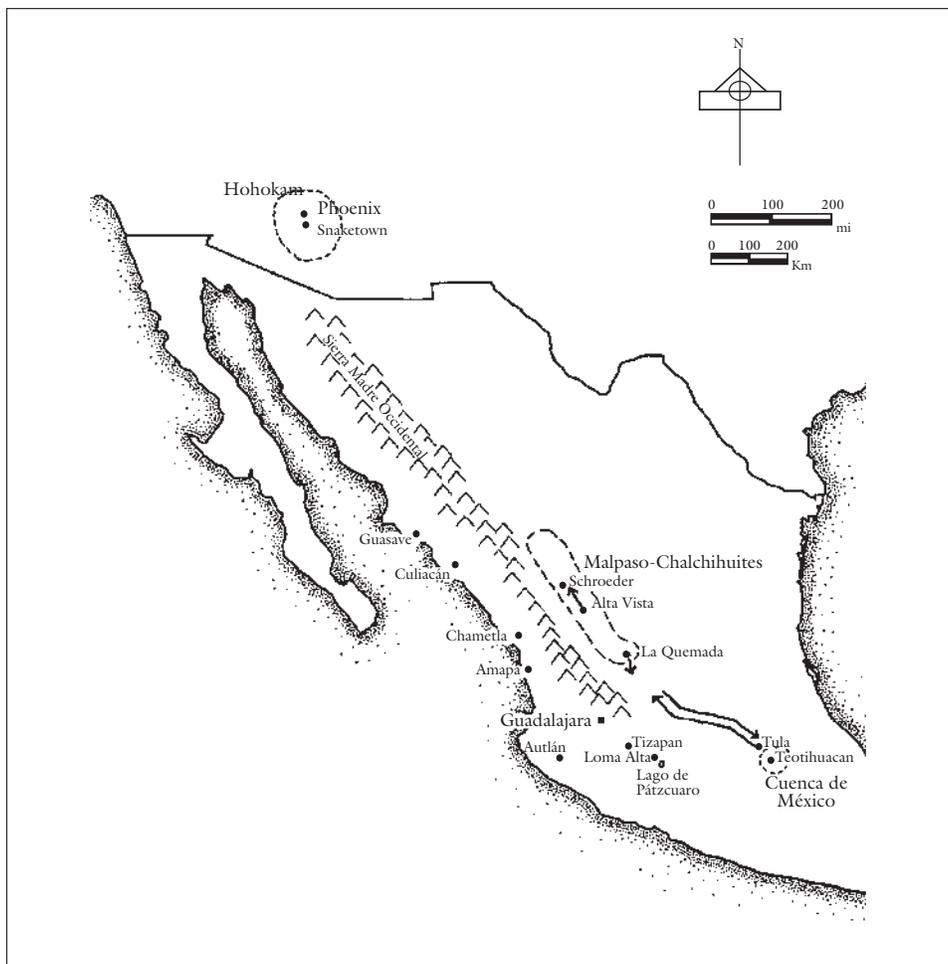


Figura 8. Pasajes concebibles de movimiento durante el Epiclásico y Posclásico.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIÓN

Hemos considerado algunos patrones de continuidad y cambio cerámicos, los cuales podrían haber sido producidos por la migración. Queremos enfatizar que la emulación u otras formas de interacción también pueden explicar dichos patrones. Además, necesitamos reconocer que las cronologías regionales no están suficientemente refinadas para apoyar inferencias definitivas. Sin embargo, existen razones independientes, aparte de los patrones cerámicos, para considerar la posibilidad de las migraciones.

Es imperativo tratar el asunto de la migración debido a la existencia de datos históricos; no nos atreveríamos a abordarlo impulsados únicamente por la arqueología. Sin embargo, es claro que partes de la frontera septentrional se abandonaron durante

la época que nos concierne; es posible que los cambios cerámicos que se dieron del Epiclásico al Posclásico aludan a las direcciones en las que se movieron las poblaciones. Este estudio es un intento por comprender un fenómeno complejo a escala multirregional; tratamos de agregar ciertas perspectivas teóricas, tecnológicas y cronológicas a los hallazgos de otros colegas.

La teoría de la migración y la evidencia cerámica nos permiten sugerir que la forma más probable de movimiento poblacional no fue la migración a gran escala sino los intercambios parciales a nivel poblacional. Los movimientos probablemente ocurrieron a través de las conexiones sociales preestablecidas, conformadas a escala familiar. Éstos, en su momento, pudieron haber conformado conexiones establecidas con anterioridad a nivel de élites. A través del tiempo, los intercambios graduales de población pudieron haber resultado en desbalances de población entre ciertas áreas con respecto a otras; la acumulación de tales desbalances es lo que identificamos como la migración.

Las conexiones estilísticas y tecnológicas observables en la cerámica rojo sobre bayo y las cerámicas relacionadas, pueden ser importantes marcadores de la migración. Si se las considera, hay que tomar en cuenta los estudios de Carot (2001), y Braniff y Hers (Braniff 1995; Braniff y Hers 1998), que examinan comparativamente los motivos de Loma Alta, Michoacán, y aquellos que tratan de una variedad de motivos y cerámicas en el norte.⁴ Nuestro estudio enfoca el periodo Epiclásico-Posclásico, 600-900 dC, en tanto que el material de Carot de Loma Alta abarca los periodos anteriores y posteriores, mayormente fuera del rango del presente trabajo. Sin embargo, dicho estudio es importante porque, como revela Carot, muchos de los motivos que perseguimos en el Epiclásico-Posclásico toman una forma clara en Loma Alta, sobreviven hasta el periodo que analizamos y continúan en cierto sentido hasta el presente. El material de Michoacán es por lo tanto importantísimo para comprender la evolución estilística a largo plazo, pero el de la fase Loma Alta es demasiado temprano para tener implicaciones directas para cualquier migración en el Epiclásico-Posclásico temprano.

Carot pone en claro la duración y el alcance geográfico de ciertos motivos, demostrando que constituyen evidencia de la continuidad cultural. De hecho es impresionante que los motivos usados tempranamente en la ocupación de Loma Alta se encuentren en el área Hohokam mil años después (*i.e.* Carot 2001: figuras. 80 y 90), y que los mismos pueden ser convincentemente interpretados utilizando los mitos huicholes que fueron registrados casi otros mil años más tarde (Carot 2001: 130). La continuidad por la que Carot aboga es indiscutible.

A pesar de dicha continuidad cultural, al considerar la distribución de los motivos y las técnicas en el espacio y el tiempo, observamos una marcada discon-

⁴ El estudio de Braniff (1995) contiene un gran número de interpretaciones acerca de una variedad de motivos, en especial el *xicalcolihqui* o greca escalonada. No consideramos este motivo en el presente estudio porque, aunque Braniff lo identifica claramente como un símbolo de conceptos religiosos centrales; éste tiene una distribución tan amplia que no parece ser útil para nuestros propósitos.

tinuidad espacio-temporal. Los motivos y la tecnología parecen moverse; por ejemplo, los motivos usados en la rama Suchil de la región Chalchihuites desde 750-950 dC, desaparecen cuando se abandona esa región, pero persisten en la rama Guadiana desde 900-1150 dC (Kelley y Kelley 1971; Kelley 1985). Extendiendo nuestra comparación hasta el Formativo tardío para incluir la evidencia de Loma Alta, observamos que dicho patrón destaca aún más. Los motivos figurativos que ligan Loma Alta con La Quemada, por ejemplo, desaparecen de la cerámica pintada de Loma Alta mientras que empieza la ocupación de La Quemada, 500-900 dC. No es muy claro lo que pasa durante la fase Lupe, la cual es contemporánea con La Quemada, pero para la fase anterior, la Etapa III de Carot, la decoración pintada aparentemente es reemplazada por los monocromos incisos o sin decoración. Los motivos figurativos de Loma Alta que sobreviven al cambio de diseños pintados a incisos, y el uso disminuido de los mismos, se reproducen en La Quemada y en Alta Vista. Posteriormente, durante el Posclásico en la Etapa V de Carot en Loma Alta (900-1450 dC), algunos de estos motivos aparecen de nuevo en lo que Carot (2001: 130) etiqueta como un “rescate del pasado.”

Dicho movimiento aparente de motivos es posiblemente, aunque no necesariamente, evidencia del movimiento de la población. Para Carot (2001: 129-130), estos atributos indican la unidad fundamental entre las culturas nortenas y, además, una estabilidad en sus mitos. Carot brinda la interpretación, relacionada con las de Niederberger (1987) y Braniff (1989), de que dichos motivos constituyeron algo así como un sistema de escritura que se refirió a la mitología, sugerencia que verifica con un ejemplo convincente. Braniff (1995: 189) plantea que en los lugares de desarrollo iconográfico fuerte, varios motivos se sintetizan y sincretizan, de manera que por ejemplo se ve la serpiente emplumada y otras figuras con características de criaturas múltiples. Para Braniff, la complejidad del diseño parece implicar una complejidad correspondiente al poder social, de tal manera que los líderes políticos fundieron distintos temas para crear un mecanismo totalitario de control.

Al expandir los argumentos sociopolíticos de Carot (2001) y Braniff (1995), podemos considerar una interpretación alternativa para explicar la aparente unidad iconográfica. Es concebible pensar que esta unidad represente secuencias de desarrollo económico-político de estos sitios donde los líderes tuvieron la capacidad de retener a especialistas para reproducir los símbolos importantes antiguos en medios durables como la cerámica. Durante dichos periodos de exuberancia cerámica, los especialistas quizás retomaron las antiguas asociaciones de colores, motivos, formas, etcétera, para expresar un *corpus* simbólico que en otros tiempos y lugares se conservaron en medios como las pinturas, los textiles y el trabajo de cestería.

Si la explicación de esta unidad de símbolos se debe a procesos de desarrollo independientes en vez de a procesos de migración, las instancias que se asemejan deberían seguir una lógica espacio-temporal relacionada con el reemplazo de unos poderes regionales por otros. No esperaríamos observar una unidad tecnológica correspondiente, ni el traslape temporal, ni la contigüidad espacial entre los estilos y las tecnologías, porque los ceramistas no hubieran estado en contacto, a menos que

se tratase del reemplazo de un centro por otro estrechamente relacionado. En cambio, la migración implicaría una direccionalidad en los cambios estilísticos y tecnológicos entre regiones, consistente con los reacomodos demográficos inferibles de las otras clases de evidencia.

Las semejanzas cerámicas descritas manifiestan los dos patrones esperados en diferentes partes del norte.⁵ Entre la zona Malpaso-Chalchihuites, la región Hohokam y el centro de México durante el periodo Coyotlatelco, se ve evidencia de secuencias de desarrollo, unidas estilísticamente, en áreas separadas hasta por 1 000 km. Nos referimos en primer lugar al reemplazo de los centros de la rama Suchil de Chalchihuites con los de la rama Guadiana (Kelley 1985), y segundo, a la coexistencia de este par de florecimientos con la serie de los Hohokam de las fases Snake-town hasta Sacaton, durante los cuales los ceramistas crearon réplicas fieles de los motivos usados por culturas muy al sur, pero en una tecnología netamente local. Este último ejemplo no parece ser caso de migración, puesto que las semejanzas estilísticas van acompañadas de semejanzas tecnológicas, aunque es en esta gran región donde se encuentra lo que podríamos llamar el “mundo figurativo,” con sus pájaros de pico largo, caimanes, serpientes y criaturas sintetizadas.

Si comparamos la cerámica de Zacatecas con la del centro de México, e incorporamos lo que reporta Carot (2001) acerca de un reflorecimiento Posclásico en Michoacán, se observa una serie de semejanzas en el tiempo y el espacio, lo que hace pensar en una serie de migraciones adaptativas a menor escala. Como muestra nuestro análisis, las semejanzas en la cerámica rojo sobre bayo no son solamente estilísticas sino también tecnológicas, y en el periodo Coyotlatelco se extienden hasta la cuenca de México.⁶ Las semejanzas estilísticas señalan una zona de alta interacción a la que llamamos “mundo *xonecuilli*-pirámide”; sin embargo las semejanzas no son radicales, como se esperaría en el caso de que se hubieran dado desplazamientos de población. Braniff y Hers (1998) señalan que las culturas de esta región comparten muchos rasgos, no solamente cerámicos, que tienden a trasladarse al sur cuando la frontera de Mesoamérica está retrocediendo. En términos cerámicos hay mucho que explorar entre los negativos y los incisos-esgrafiados (López y Nicolás, este volumen). De hecho, hay que tomar en cuenta la apariencia anterior de los símbolos, técnicas y prácticas significativos, así como de los salones de columnas en la zona de Malpaso-Chalchihuites y subsecuentemente en el valle de México (Holien y Pickering 1978); incluyendo también el *tzompantli*, el muro *coatepantli*, posiblemente el *chac mool* (Hers 1989), y hasta el arco y la flecha (Braniff y Hers 1998:72). La cadena de áreas donde se encuentran las semejanzas cerámicas se extiende hasta Teotihuacan, donde vemos unos pocos tiestos

⁵ Dejemos a un lado las interacciones entre señoríos vecinos cuyas elites utilizaban el “entrenamiento simbólico” para reforzar su poder (Renfrew 1986); Jiménez y Darling (2001) han esclarecido la importancia de dicho fenómeno.

⁶ No estamos seguros de la aplicabilidad de esta generalización en relación con el Lago de Zaccapu (Carot 2001), pues no hemos logrado aislar la cerámica que pertenece al periodo Posclásico.

que a la vista parecen fabricados en el norte. Tales transmisiones no necesariamente implican la migración, pero su presencia merece una atención analítica.

La explicación más probable es que hubo numerosos movimientos de gente a lo largo del tiempo, los cuales involucraron intercambios parciales y desiguales de población y crearon ciertos pasajes o corredores en el camino a los lugares donde tendía a trasladarse la gente. Esto no quiere decir que hubiera colonización ni movimiento a través de distancias largas. Jiménez Moreno (1959), Hers (1989) y Nelson (2000) han considerado el escenario en el que los grupos que emigraron al colapsarse Teotihuacan pudieron haber creado presiones significativas a nivel macrorregional, lo que resultó quizás en hostilidades y la pérdida de territorio de otros grupos indígenas, o provocó formaciones sociales nuevas (Nalda 1976). Pero nos parece que el concepto de un grupo tolteca que migró al norte, “se quedó tanto tiempo que perdió la cuenta de los años”, y luego regresó al centro de México es más bien metafórico (Braniff y Hers 1998: 62). Es probable, como lo sugiere López Austin (1985), que los mexica simplificaran y torcieran la historia para servir a su propia glorificación, al describir la conformación de los toltecas en relación con ellos mismos. Sin embargo, dichos relatos históricos pueden contener aspectos de la verdad. El fenómeno que conocemos como la retracción de la frontera debió haber estado compuesto de movimientos poblacionales a baja escala que emigraron a lugares vecinos.

La inferencia de la migración a partir de la base de semejanzas cerámicas queda incompleta sin una explicación de la persistencia de los motivos, ¿por qué continuar el simbolismo de la tierra natal después de trasladarse a otro lugar? Sugerimos que la respuesta a esta pregunta se encontrará en la veneración de los antepasados característica de los huicholes y otros pueblos de la región (Coyle 2001; García de Weigand y Weigand 1988; Grimes y Hinton 1969; Lumholtz 1902; Meyer 1988). En otro artículo, Nelson (2001) propone un proceso de “mantenimiento ritual”, en el que los centros ceremoniales abandonados son mantenidos como monumentos a los antepasados por las poblaciones descendientes como una manera de marcar los antiguos territorios y los orígenes de la gente que tuvo que dispersarse al final de los ciclos de poder. La utilización de los motivos antiguos de manera semejante hace recordar las conexiones con la tierra natal y con los que la habitaron. La asociación de los motivos decorativos con los antepasados está confirmada pues se encontraron en su máxima expresión en un contexto mortuario en Loma Alta.

Un asunto que valdría la pena examinar es si las semejanzas de las que hablamos fueron o no ocasionadas por interacción a nivel de la elite (Jiménez Betts y Darling 2000). Las semejanzas que hemos notado no sólo ocurren en las figurillas, o en las lozas con asociaciones rituales como el *pseudo cloisonné* sino en lozas comunes; por lo tanto, creemos que pertenecen a poblaciones enteras. A pesar de que la loza rojo sobre bayo fue muy común, el uso de las piezas finas de esta cerámica que tienen una iconografía con un significado especial se restringió a ciertos segmentos sociales. Esta proposición puede contrastarse con material excavado.

Como lo señala Braniff (1995), algunos de los motivos rojo sobre bayo están cargados de importante contenido ideológico. Ella hace una conexión entre la natu-

raleza compuesta de varios diseños y la capacidad de sintetizar y manipular las fuerzas sobrenaturales como una base de poder político. Nosotros agregaríamos que el motivo del ave de piernas y pico largos, uno de los más ampliamente compartidos, tiene asociaciones obvias con el agua. Su simbolismo involucra al inframundo, las ciénegas y los lugares de origen.

En conclusión, el título de nuestro simposio parece haber estado bien escogido; la migración puede ser una palabra demasiado fuerte para nombrar el proceso mediante el cual se movió la mayoría de la población. La idea de reacomodo demográfico captura muy bien el patrón probable, aunque no entendemos perfectamente si éste fue estimulado por el clima, la guerra, o por la atracción de los centros urbanos. De cualquier modo, los reacomodos se dieron organizadamente, tomando su lugar dentro de espacios sociales que a través del tiempo formaron pasajes, algunos de los cuales esperamos haber aclarado de una manera parcial.

Agradecimientos

Agradecemos a Linda Manzanilla la invitación a participar en el simposio que originó este libro y al comité organizador de la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, encabezado por Paul Schmidt, el foro para presentar la ponencia. Los doctores Manzanilla y Cowgill proporcionaron comentarios críticos importantes, aunque sólo los autores somos responsables por el uso de ellos. El trabajo de campo en La Quemada fue realizado con el permiso del Instituto Nacional de Antropología e Historia, por lo que agradecemos a los miembros del Consejo de Arqueología, especialmente a Joaquín García-Bárcena, Alejandro Martínez y Lorena Mirambell. Los arqueólogos zacatecanos Peter Jiménez y Baudelina García han sido generosos con su tiempo y comentarios en el curso del Proyecto Valle del Malpaso-La Quemada, igual que lo han sido Charles y Ellen Kelley, René Millon y George Cowgill al permitirnos el acceso a las colecciones Coyotlatecas de Teotihuacan en su laboratorio. Jean Baker elaboró los dibujos. Agradecemos mucho a Pablo Sereno y a Oralia Cabrera sus esfuerzos por rescatar este documento de nuestro pobre español y a Julien Riel-Salvatore por su ayuda con la lectura del francés. El trabajo reportado no hubiera sido posible sin el apoyo financiero de la Fundación Nacional de Ciencias de los E.U., la National Endowment for the Humanities, la Wenner Gren Foundation for Anthropological Research, la Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies y un patrocinador anónimo.

BIBLIOGRAFÍA

ARMILLAS, PEDRO

- 1964 Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica, *Homenaje a Fernando Márquez-Miranda*. Madrid: 62-82.

BRAMBILA PAZ, ROSA

- 1996 La delimitación del territorio en México prehispánico y el concepto de frontera, A. Crespo y C. Viramontes (eds.) *Tiempo y territorio en arqueología: el centro-norte de México*. Colección Científica, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México: 15-21.

BRANIFF, BEATRIZ

- 1972 Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la cuenca de México: intento de correlación, *Memorias de la Sociedad Mexicana de Antropología, XI Mesa Redonda*. Secretaría de Educación Pública, México: 273-323.
- 1974 Oscilación de la frontera septentrional de Mesoamérica, B. Bell (ed.) *The Archaeology of West Mexico*. West Mexican Society for Advanced Study, Ajijic: 40-50.
- 1989 Oscilación de la frontera norte Mesoamericana: un nuevo ensayo, *Arqueología* 1: 99-114.

BRANIFF, BEATRIZ C.

- 1995 Diseños tradicionales mesoamericanos y norteños: ensayo de interpretación, B. Dahlgren y M. D. Soto (eds.) *Arqueología del norte y del occidente de México: homenaje al Doctor J. Charles Kelley*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 181-209.

BRANIFF, BEATRIZ Y MARIE ARETI-HERS

- 1998 Herencias chichimecas, *Arqueología* 19: 55-80.

CABRERO GARCÍA, MA. TERESA

- 1989 *Civilización en el norte de México*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- 1991 Cultura arqueológica de Bolaños (Zacatecas y Jalisco): una frontera cultural, *Ancient Mesoamerica* 2: 193-204.

CAROT, PATRICIA

- 2001 *Le site de Loma Alta, Lac de Zacapu, Michoacan, Mexique*. Monographs in American Archaeology 9, BAR International Series 920, Archaeopress, Oxford.

COBEAN, ROBERT H.

- 1990 *La cerámica de Tula, Hidalgo*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

COYLE, PHILIP E.

- 2001 *Nayari History, Politics, and Violence: From Flowers to Ash*. University of Arizona Press, Tucson.

CRESPO, ANA MARÍA

- 1998 El centro norte de México y sus vínculos con el occidente, R. Brambila Paz y J. L. Orozco Ampudia (eds.) *Antropología e historia del occidente de México, XXIV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*. Sociedad Mexicana de Antropología y la Universidad Nacional Autónoma de México, México: 539-608.

CRIDER, DESTINY

- 2001 Technological and Stylistic Considerations of Epiclassic Red-on-buff Pottery. Ponencia presentada en la 66ª Reunión Anual de la Society for American Archaeology, New Orleans.

DAVID, NICHOLAS Y HILKE HENNIG

- 1972 The Ethnography of Pottery: A Fulani Case Seen in Archaeological Perspective, *McCaleb Module in Anthropology* 21: 1-29.

DEAGAN, KATHLEEN

- 1995 Spanish-Indian Interaction in Sixteenth-Century Florida and the Caribbean, W. Fitzhugh (ed.) *Cultures in Contact: The Impact of European Contacts on Native American Cultural Institutions*. Anthropological Society of Washington y la Smithsonian Institution Press, Washington D.C.: 281-318.
- 1996 Colonial Transformian: Euro-American Cultural Genesis in the Early Spanish-American Colonies, *Journal of Anthropological Research* 52 (2):135-160.

DÍAZ OYARZÁBAL, CLARA LUZ

- 1980 *Chingú: un sitio clásico del área de Tula, Hgo.* Colección Científica Arqueología, Departamento de Monumentos Prehispánicos, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

DI PESO, CHARLES C., JOHN B. RINALDO Y GLORIA J. FENNER

- 1974 *Casas Grandes: A Fallen Trading Center of the Gran Chichimeca* 4. The American Foundation, Dragoon.

DONLEY-REID, LINDA W.

- 1990 A Structuring Structure: The Swahili House, S. Kent (ed.) *Domestic Architecture and the Use of Space: An Interdisciplinary Cross-Cultural Study*. Cambridge University Press, Cambridge: 114-126.

DOZIER, EDWARD P.

- 1966 *Hano: A Tewa Indian Community in Arizona*. Holt, Reinhart y Winston, New York.

GARCÍA CHÁVEZ, RAÚL E.

- 1991 Desarrollo cultural en Azcapotzalco y el área suroccidental de la cuenca de México, desde el Preclásico medio hasta el Epiclásico. Tesis de licenciatura, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

GARCÍA DE WEIGAND, CELIA Y PHIL C. WEIGAND

- 1988 Death and Grieving Among the Huichol Indians of Western Mexico. Ponencia presentada en el simposio Death and the Grieving Process: Cross Cultural Perspectives, University of Waterloo, Ontario.

GAXIOLA GONZÁLEZ, MARGARITA

- 1999 Huapalcalco y las tradiciones alfareras del Epiclásico, *Arqueología* 21: 45-72.

- GRIMES, JOSEPH E. Y THOMAS HINTON
 1969 The Huichol and Cora, R. Wauchope (ed.) *Handbook of Middle American Indians*. Vol. 8, University of Texas Press, Austin: 792-813.
- HAURY, EMIL W.
 1976 *The Hohokam: Desert Farmers of the American Southwest*. University of Arizona Press, Tucson.
- HERS, MARIE-ARETI
 1989 *Los toltecas en tierras chichimecas*. Cuadernos de Investigaciones Estéticas no. 35. Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, Mexico.
- HIRTH, KENNETH G.
 1995 Urbanism, Militarism, and Architectural Design: An Analysis of Epiclassic Sociopolitical Structure at Xochicalco, *Ancient Mesoamerica* 6 (2): 237-250.
- HOLIEN, THOMAS Y ROBERT PICKERING
 1978 Analogues in a Chalchihuites Culture Sacrificial Burial to Late Mesoamerican Ceremonialism, E. Pasztory (ed.) *Middle Classic Mesoamerica: A. D. 400-700*. Columbia University Press, New York: 145-157.
- JIMÉNEZ BETTS, PETER
 1995 Algunas observaciones sobre la dinámica cultural de la arqueología de Zacatecas, B. Dahlgren y M. D. Soto de Arechavaleta (eds.) *Arqueología del norte y del occidente de México*. Universidad Nacional Autónoma de México, México: 35-66.
- JIMÉNEZ BETTS, PETER F. Y J. ANDREW DARLING
 2000 Archaeology of Southern Zacatecas: The Malpaso, Juchipila, and Valparaiso-Bolaños Valleys, M. S. Foster y S. Gorenstein (eds.) *Greater Mesoamerica: The Archaeology of West and Northwest Mexico*. University of Utah Press, Salt Lake City: 155-180.
- JIMÉNEZ MORENO, WIGBERTO
 1959 Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica, *El esplendor del México antiguo*. Vol. 2, Centro de Investigaciones Antropológicas, México: 1109-1196.
- KELLEY, J. CHARLES
 1956 Settlement Patterns in North-Central Mexico, G. R. Willey (ed.) *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*. Viking Fund Publications in Anthropology, vol. 23, Wenner-Gren Foundation, New York.
 1971 Archaeology of the Northern Frontier: Zacatecas and Durango, G.F. Ekholm e I. Bernal (eds.) *Archaeology of Northern Mesoamerica. Part Two. Handbook of Middle American Indians*. Vol. 11, part 2, University of Texas Press, Austin: 768-801.
 1974 Speculations on the Culture History of Northwestern Mesoamerica, B. Bell (ed.) *The Archaeology of West Mexico*. Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, Ajijic: 19-39.

- 1985 The Chronology of the Chalchihuites Culture, M. S. Foster y P. C. Weigand (eds.) *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*. Westview Press, Boulder: 269-288.
- KELLEY, J. CHARLES Y ELLEN ABBOTT KELLEY
 1971 *An Introduction to the Ceramics of the Chalchihuites Culture of Zacatecas and Durango, Mexico*. Research Records, Series 69 M 5A, University Museum, Southern Illinois University, Carbondale.
- KELLY, ISABEL
 1938 *Excavations at Chametla, Sinaloa*. Iberoamericana 14, University of California Press, Berkeley.
 1945 *Excavations at Culiacán, Sinaloa*. Iberoamericana 25, University of California Press, Berkeley.
- LELGEMANN, ACHIM
 2000 Proyecto Ciudadela de La Quemada, Zacatecas. Informe final al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- LÓPEZ AUSTIN, ALFREDO
 1985 El texto sahumantino sobre los mexicas, *Anales de Antropología* XXII: 287-336.
- LUMHOLTZ, CARL
 1902 *Unknown Mexico: A Record of Five Years' Exploration Among the Tribes of the Western Sierra Madre, in the Tierra Caliente of Tepic and Jalisco, and Among the Tarascos of Michoacan*, Macmillan y Co., Londres.
- MANRIQUE CASTAÑEDA, LEONARDO
 1977 Breve historia de los mexicanos: análisis y explicación de la historia que nos ha transmitido Sahagún, *Revista de Estudios Antropológicos* 23(2): 271-315.
- MEDINA GONZÁLEZ, JOSÉ HUMBERTO
 2000 El paisaje ritual del Valle de Malpaso. Tesis de licenciatura en arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- MEIGHAN, CLEMENT W. Y LEONARD J. FOOTE
 1968 *Excavations at Tizapan el Alto, Jalisco*. Latin American Studies, University of California, Los Angeles.
- MEYER, JEAN
 1988 *Nayarit: magia en la sierra, riqueza en los valles*. Secretaría de Educación Pública, México.
- NARANJO, TESSIE
 1995 Thoughts on Migration by Santa Clara Pueblo, *Journal of Anthropological Archaeology* 14 (2): 247-250.

NELSON, BEN A.

- 2000 Aggregation, Warfare, and the Spread of the Mesoamerican Tradition, M. Hegmon (ed.) *The Archaeology of Regional Interaction: Religion, Warfare, and Exchange Across the American Southwest and Beyond*. University of Utah Press, Salt Lake City: 317-337.
- 2001 A Place of Continued Importance: The Abandonment of Epiclassic La Quemada, T. Inomata (ed.) *The Archaeology of Site Abandonment in Middle America*. Westview Press, Boulder.

NIEDERBERGER BETTON, CHRISTINE

- 1987 *Paléopaysages et archéologie pré-urbaine du Bassin de Mexico*. Etudes Mesoaméricaines 1-11, Centre d'Etudes Mexicaines et Centre-Américaines, México.

ORTNER, SHERRY B.

- 1984 Theory in Anthropology Since the Sixties, *Comparative studies in Society and History* 26: 126-166.

POLLARD, HELEN P.

- 2001 Informe final, tomo 3: La cerámica. Proyecto Desarrollo del Estado Tarasco: Los Señoríos Urichu, Xarácuaru y Pareo. Cuenca de Pátzcuaro, Michoacán 1990-1998. Department of Anthropology, Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

RATTRAY, EVELYN CHILDS

- 1966 An Archaeological and Stylistic Study of Coyotlatelco Pottery, *Mesoamerican Notes*. Vol. 7-8, Department of Anthropology, University of the Americas: 87-193.
- 2001 *Teotihuacan: Cerámica, cronología, y tendencias culturales*. Serie Arqueología de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Universidad de Pittsburgh, México.

RENFREW, COLIN

- 1986 Introduction: Peer Polity Interaction and Socio-political Change, C. Renfrew y J. Cherry (eds.) *Peer Polity Interaction and Socio-political Change*. Cambridge University Press, Cambridge: 1-18.

RIPOLLI LÓPEZ, G.

- 1999 Symbolic Life and Signs of Identity in Visigothic Times, P. Heather (ed.) *The Visigoths from the Migration Period to the Seventh Century: an Ethnographic Approach*. Boydell, Woodbridge: 403-446.

ROUSE, IRVING

- 1958 The Inference of Migrations from Anthropological Evidence, R. H. Thompson (ed.) *Migrations in New World Culture History*. Vol. 27, University of Arizona, Tucson: 63-68.

SAINT-CHARLES ZETINA, JUAN CARLOS

- 1990 Cerámicas arqueológicas del Bajío: un estudio metodológico. Tesis de licenciatura, Universidad Veracruzana, Xalapa.

- SÁNCHEZ CORREA, SERGIO A. Y EMMA G. MARMOLEJO MORALES
 1990 Algunas apreciaciones sobre el Clásico en el Bajío central, Guanajuato, A. Cardós de Méndez (ed.) *La época Clásica: nuevos hallazgos, nuevas ideas* Instituto Nacional de Antropología e Historia, Museo Nacional de Antropología, México: 267-278.
- SANDERS, WILLIAM T.
 1986 *The Teotihuacan Valley Project Final Report 4*. Occasional Papers in Anthropology 13, Pennsylvania State University, University Park.
- SCHIAVITTI, VINCENT W., NICOLA M. STRAZICICH Y BEN A. NELSON
 1999 Decorated Ceramics of La Quemada-Malpaso Valley Project. Manuscrito no publicado, Department of Anthropology, Arizona State University.
- SÉJOURNÉ, LAURETTE
 1966 *La arqueología de Teotihuacan: la cerámica*. Fondo de Cultura Económica, México.
- TOZZER, ALFRED M.
 1921 *Excavation of a Site at Santiago Ahuizotla, D. F., Mexico*. Bulletin 74. Bureau of American Ethnology, Washington D.C.
- VIRAMONTES ANZURES, CARLOS
 1996 La conformación de la frontera chichimeca en la marca del río San Juan, A. M. y C. V. Crespo (ed.) *Tiempo y territorio en arqueología: el centro-norte de México*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México: 23-35.
- WEIGAND, PHIL C.
 1968 The Mines and Mining Techniques of the Chalchihuites Culture, *American Antiquity* 33: 45-61.
 1978a The Prehistory of the State of Zacatecas: An Interpretation, Part I, *Anthropology* 2 (1): 67-87.
 1978b The Prehistory of the State of Zacatecas: An Interpretation, Part II, *Anthropology* 2 (2):103-117.
- WEIGAND, PHIL C. Y ACELIA GARCÍA DE WEIGAND
 1995 *Los orígenes de los caxcanes*. Ensayos Jaliscienses, Colegio de Jalisco, Zapopan, Jalisco.
- WOODSON, M. KYLE
 1999 Migrations in Late Anasazi Prehistory: The Evidence from the Goat Hill Site, *Kiva* 65 (1): 63-84.
- ZEDENO, MARÍA NIEVES
 1994 *Sourcing Prehistoric Ceramics at Chodistaas Pueblo, Arizona: The Circulation of People and Pots in the Grasshopper Region*. Anthropological Papers of the University of Arizona 28, University of Arizona Press, Tucson.

REACOMODOS DEMOGRÁFICOS DEL CLÁSICO AL POSCLÁSICO EN MICHOACÁN: EL RETORNO DE LOS QUE SE FUERON

Patricia Carot*

Los datos adquiridos a lo largo de dos décadas de estudios en la parte norcentral del estado de Michoacán, y principalmente en el sitio de Loma Alta –antigua isla funeraria y centro ceremonial de la exciénega de Zacapu–, permiten proponer una nueva versión de la historia purhépecha, con un modelo de desarrollo local de muy larga duración.¹ En efecto, existen las pruebas arqueológicas y etnohistóricas de que la región estuvo constantemente ocupada desde tiempos remotos por grupos de la misma tradición cultural que mantuvieron relaciones no solamente con la Mesoamérica nuclear y septentrional, sino también con regiones tan alejadas como el suroeste de los Estados Unidos (Carot 2000, 2001) (Figura 1).

El punto de partida de estos nuevos planteamientos en cuanto a un origen local y antiguo de la cultura purhépecha (tarasca) y de su interacción en la historia norteña han sido: 1) la larga secuencia general regional que se evidenció y que transcurre, con claras señas de continuidad cultural, a todo lo largo de ella, desde el final del Preclásico-Protoclásico hasta el Posclásico tardío, o sea, la época tarasca (150 aC-1450 dC),² y 2) las dos rupturas que, a pesar de esta continuidad, puntúan esta secuencia: la primera en 550 dC, la segunda en 900 dC. Corresponden a dos eventos mayores ya que resumen en ellos el destino de los grupos mesoamericanos de las regiones centrales cuando tuvieron que migrar hacia el norte, durante los primeros siglos de nuestra era, para volver a regresar en el siglo X hacia su punto de salida original. En efecto, veremos aquí que estos eventos corresponden a los mismos momentos clave de la historia tolteca chichimeca, y demostraremos así que grupos purhépecha fueron también artífices, junto con los portadores tolteca chichimecas, de la cultura chalchihuites, de la misma epopéya norteña (1989; en este volumen) y

* Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.

¹ Estos estudios fueron realizados por el CEMCA en el marco de los proyectos *Michoacán I (1983-1987)*, *Zacapu-Michoacán III (1993-1996)* y *Arquitectura de Loma Alta (1996-2001)*.

² Esta secuencia regional fue establecida por D. Michelet con base en el análisis del material cerámico. Está dividida en cuatro fases y dos sub-fases: fase Loma Alta 1-3 (100 aC-550 dC), interfase Jarácuaro (550-600 dC), fase Lupe (600-850 dC), interfase La Joya (850-900 dC), fase Palacio (900-1200 dC), fase Milpillitas (1200-1450 dC); este autor recalcó la continuidad cultural por el traslape de ciertos tipos cerámicos de una fase a otra. Destaca en toda el área de estudio el sitio de Loma Alta por haber sido ocupado a todo lo largo de esta secuencia.

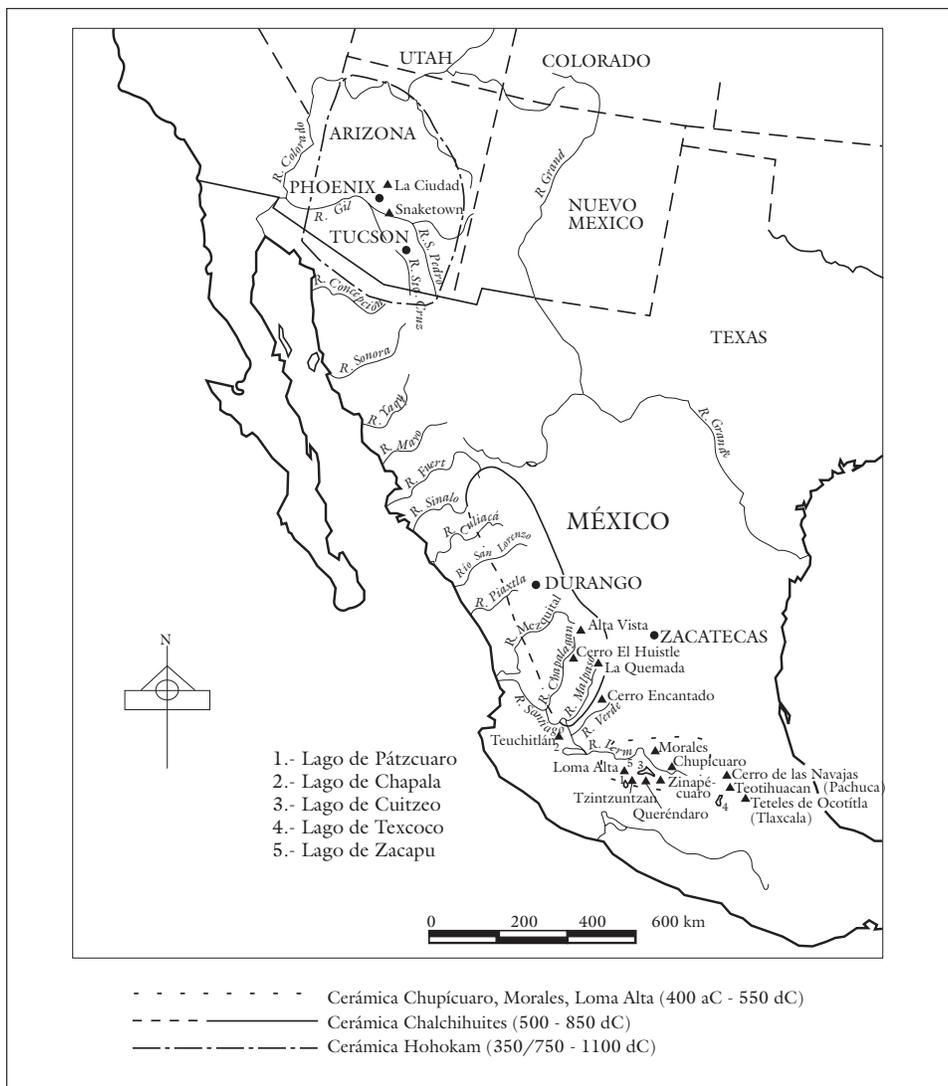


Figura 1. Regiones culturales del centro y noroeste en donde se desarrolló la misma tradición iconográfica pintada en la cerámica (redibujado por César Fernández).

conocieron un mismo destino final, a saber, el retorno a las tierras de donde habían salido sus antepasados, guiados por sus respectivos dioses.

La primera ruptura de 550 dC marca el final de la fase Loma Alta y de un periodo de apogeo que no había sido reconocido hasta nuestra intervención en la zona y que se refleja en distintos aspectos de la cultura material, como la cerámica, el arte escultórico y la arquitectura.

La cerámica revela, con la presencia de varias técnicas decorativas sofisticadas como la policromía, la compleja técnica al negativo, la incisión y otra técnica que

se parece al *seudocloisonné*, un gran desarrollo técnico y artístico que no será superado posteriormente. La cerámica policroma, de muy alta calidad, define la tradición Loma Alta: se caracteriza por su amplio registro iconográfico de más de 40 motivos (antropomorfos, zoomorfos y geométricos) pintados con gran maestría en positivo (rojo sobre fondo natural, rojo sobre crema, rojo y negro sobre crema, blanco sobre rojo, blanco y negro sobre rojo) o en negativo (negro negativo y rojo sobre crema o negro negativo con o sin blanco sobre rojo). Estos motivos, verdadero lenguaje pictográfico de símbolos y mensajes, pertenecen a una vasta tradición afín a la Mesoamérica central y septentrional y al suroeste de los Estados Unidos destacada por primera vez por Beatriz Braniff (1972, 1989, 1995). Los primeros motivos aparecen en Chupícuaro y Morales (Guanajuato) (300 aC-100 dC) (Braniff 1998), se desarrollan en Zinapécuaro (Moedano 1947), Queréndaro, Loma Santa María (Michoacán) (Manzanilla 1984), y alcanzan en Loma Alta una mayor diversidad y su más perfecta expresión (150 aC-350 dC) (Carot 1992, 2001). De manera significativa, al mismo tiempo que desaparecen en Michoacán para dar lugar a una nueva tradición cerámica monocroma con escasos motivos geométricos incisos (fase Lupe), elementos de la tradición pictográfica Loma Alta aparecen en la iconografía chalchihuiteña cuando ésta precisamente sufre una profunda transformación de lo geométrico a lo figurativo. Además, casi simultáneamente, en la cerámica hohokam del suroeste de los Estados Unidos (Haury 1976) se registran más de una veintena de los 40 motivos inventariados en Loma Alta (Carot 1990, 1994, 2000, 2001; Teague 1998). A raíz de la identidad de estos elementos gráficos se había propuesto (Carot 2000, 2001) para todas estas regiones cierta unidad y continuidad cultural, así como una ideología religiosa y mítica común a lo largo del primer milenio de nuestra era –siguiendo el modelo de Christine Niederberger (1987) quien demuestra la unidad de la Mesoamérica central a partir de 1200 aC a través del estilo olmeca.

Es a partir de la fase Loma Alta 2 (250 dC) que aparecen los primeros tipos incisos decorados con el motivo recurrente de la voluta u ola, presente también en la cerámica chalchihuites. Entre esta cerámica incisa de Loma Alta destacan unos ejemplos particulares similares totalmente a los tipos grabados de la cerámica chalchihuites, con el relleno de verde, rojo y/o blanco, reportados en otras partes de Michoacán (Queréndaro, Acámbaro), en las tumbas de tiro del valle de Mezquítico-Bolaños (Cabrero G. y López C. 1997), pero también en Teotihuacan, resultado de una importación directa del occidente (Gómez Chávez 2002), cuyo punto de origen queda todavía por ubicar con exactitud³ (figura 2).

Hay que señalar también otro tipo importante característico de esta parte central de Michoacán (Queréndaro, Cherán), Guanajuato (Acámbaro) y Querétaro, que ha sido confundido con la cerámica estucada de Teotihuacan, en donde los motivos (de estilo teotihuacano por lo general) no están pintados sobre estuco sino que están recortados por medio de finas incisiones a través distintas capas de tierras

³ Esta cerámica evidencia los primeros contactos Loma Alta-Chalchihuites antes de la ruptura de 550 dC.

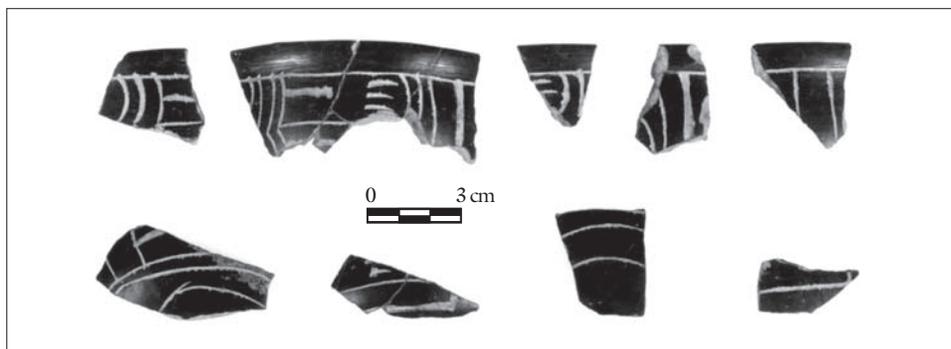


Figura 2. Cerámica negra pulida grabada con el relleno de verde (diámetro: 12 cm, alto: 5 cm). Loma Alta (Michoacán), fase Loma Alta 1-2 (0-350 dC).

arcillosas de diferentes colores (figura 3) (Molina Montes y Torres Montes 1974), según una técnica llamada por Holien (1977) *Cheran Style Stripped Investment*; según este autor, podría ser el antecedente de la famosa técnica del *seudocloisonné* tan desarrollada en la cerámica chalchihuites.

El índice más revelador de esta ruptura y del final del apogeo del arte cerámico hacia 550 dC en esta zona es el abandono completo de toda representación iconográfica y de todos los tipos pintados, justa y extrañamente cuando esta tradición pictográfica aparece en la cerámica chalchihuites, al final de la fase Canutillo, sea grabada, sea pintada –en rojo sobre crema o en negro negativo y rojo sobre crema⁴ (como lo atestiguan los magníficos ejemplares recientemente descubiertos en La Quemada (Jiménez y Darling 2000), en donde este tipo negativo, oriundo de la región de Queréndaro/Loma Alta a principios de nuestra era, alcanzará su máximo desarrollo y complejidad)–, y en la cerámica hohokam, únicamente en rojo sobre una superficie natural, idéntico al tipo pintado más antiguo de Loma Alta.

De este periodo de apogeo también un conjunto excepcional de unas 40 esculturas, las únicas y más antiguas jamás encontradas en Occidente en contexto arqueológico conocido y fechado. Se hallaron en Loma Alta⁵ en una fosa circular de 4 m de diámetro y de 1 m de profundidad, cavada en el centro de un pequeño altar semicircular ubicado en la parte suroeste del sitio en donde fueron depositadas –al-

⁴ Son justamente estos dos tipos pintados (con un repertorio iconográfico ya muy reducido) los últimos por desaparecer en Loma Alta, al final de la fase Loma Alta, o sea alrededor de 450-550 dC.

⁵ Recordamos aquí que, después de 13 años de estudio en el sitio sin haber logrado conocer su función exacta por yacer totalmente bajo tierra, se realizó, en 1995, una prospección geofísica (prospección magnética y eléctrica). Esta operación estuvo a cargo del doctor L. Barba (Laboratorio de Prospección Arqueológica del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM), de K. Link y A. Ortiz, con la participación del doctor A. Hesse (Centro Nacional de Investigaciones Geofísicas del Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia) para la prospección eléctrica (Hesse *et al.* 1997). Los resultados fueron espectaculares, descubriéndose un centro ceremonial monumental (200 m X 200 m) con todo un sistema arquitectónico de traza particularmente bien marcada y ordenada (Carot y Fauvet Berthelot 1996; Carot *et al.* 1998).

gunas de ellas previamente “matadas” o sea ritualmente quebradas–, en el marco de una ceremonia de clausura de gran magnitud, alrededor de 550 dC. Forman un conjunto excepcional, con una gran variedad iconográfica y diversidad técnica, en las que se distinguen dos grupos: un grupo de esculturas en alto-relieve, bien elaboradas, en donde se reconocen ciertas divinidades típicamente mesoamericanas, como la representación de un viejo dios del fuego, un antiguo *Curicaveri* (figura 4a), idéntico a las representaciones de *Huehuetéotl* en la cuenca central; *Curicaveri*, la divinidad más importante de la religión tarasca en el Posclásico, acompañó, como veremos, a lo largo de su peregrinación a los grupos que regresaban del norte; el dios de la lluvia,



Figura 3. Cerámica policroma pintada poscocción. Loma Alta (Michoacán), fase Loma Alta 3 (350-550 dC). Reconstitución parcial de un cántaro quebrado ritualmente que alcanzaba unos 50 cm de alto; parte de sus fragmentos fueron depositados junto a un importante lote de 40 esculturas (véase figura 4), en una fosa cavada en el centro de una pequeña estructura (E16) al suroeste del sitio de Loma Alta, en el marco de una ceremonia excepcional de clausura, alrededor de 550 dC, es decir, al final de la fase Loma Alta 3. Representa a un personaje del más puro estilo teotihuacano, pero ejecutado según una técnica característica de Occidente, con motivos incisos en capas de tierras arcillosas de distintos colores (en rojo, amarillo, blanco y verde) aplicadas a la superficie: está visto de perfil, profusamente ataviado con un imponente tocado de color blanco con verde, terminando en largas plumas verdes con las puntas amarillas, una orejera y un collar, de color verde; viste un faldellín de color amarillo, verde, blanco y rojo y lleva un disco dorsal rojo y verde; también muestra plumas como adorno en la parte posterior (Dibujo: Françoise Bagot, CEMCA).

Tláloc, con los ojos redondos y los dientes marcados por incisiones (figura 4b); la figura insólita de un mecapalero desnudo, cargando una olla (figura 4c), o una escultura fálica antropomorfizada (figura 4d); otro grupo más importante consiste en piedras o lajas especialmente seleccionadas por su forma original prefigurando formas naturales que fueron ligeramente retocadas, como aquellas en forma de peces o de serpientes, de coyote, perro y otros animales, acuáticos o terrestres, o aquella en forma de ala, de media-luna, de pierna humana, u otra escultura fálica tan común en la cultura chalchihuites. Obtuvimos así nuevas evidencias de la total pertenencia, desde tiempos antiguos, de esta región a la Mesoamérica tradicional.⁶

Finalmente, descubrimos también que la mayoría de las construcciones detectadas gracias a la prospección en Loma Alta –las primeras y más antiguas jamás reportadas en la región–, pertenecían a este mismo periodo de apogeo. Aparecieron patrones típicamente mesoamericanos, como el famoso complejo plataforma/patio hundido/altar central, que constituye en realidad la construcción central y más imponente del sitio (con una plataforma de 60 m X 40 m, un patio hundido de 24 m de lado y de más de 2.50 m de profundidad, y el altar central de 2 m de lado) y otros característicos del suroeste de los Estados-Unidos, como este recinto circular de unos 27 m de diámetro –totalmente insólito en medio de la traza ortogonal de las otras estructuras– que se asemeja a ciertas estructuras utilizadas en estas tierras lejanas como cancha de juego de pelota o como lugar de reunión para ciertas ceremonias,⁷ o aun esta pequeña estructura ligeramente hundida, cuadrada (de 5 m de lado), con fogón central, que se acerca extrañamente a los *pit houses* de esta región lejana. Gracias a este último hallazgo, se confirmó la existencia de un antiguo culto al fuego, el cual ya se había evidenciado gracias a la escultura, fragmentada, del Dios del Fuego, un *Curicáveri* tarasco mil años más antiguo de lo que se pensaba (figura 4a).

En este campo, la ruptura está marcada por el hecho de que todas las construcciones antiguas del sitio se rellenaron y sellaron deliberadamente; por lo tanto, el sitio mismo no fue abandonado sino que sufrió evidentes cambios. En efecto, hemos detectado que a este periodo corresponde un cambio climático marcado por la baja del nivel de la ciénega y la desecación de los pantanos internos; el espacio así ganado sobre estos terrenos recientemente emergidos se aprovechó, ya que en la fase Lupe, al final del Clásico, se multiplicaron los asentamientos en las Lomas y el mismo sitio de Loma Alta fue ampliado sobre el antiguo pantano, al este de la loma.⁸

⁶ Estas esculturas pertenecen en realidad a una muy vasta tradición lapidaria afin no solamente a Mesoamérica sino también a la América Central y al norte de América del Sur (Carot 1997).

⁷ Este recinto delimita exactamente la zona funeraria más importante del sitio, en donde se depositaron, durante varios siglos (150 aC-250 dC), urnas cinerarias según rituales totalmente insólitos para la región, pero reportados también en el suroeste de los Estados Unidos, como la cremación y la fragmentación ritual de ofrendas (Carot *et al.* 1989).

⁸ El mismo fenómeno de desecación ha sido recientemente evidenciado, para el mismo periodo, en la cuenca de Toluca por Yoko Sugiura (en prensa).

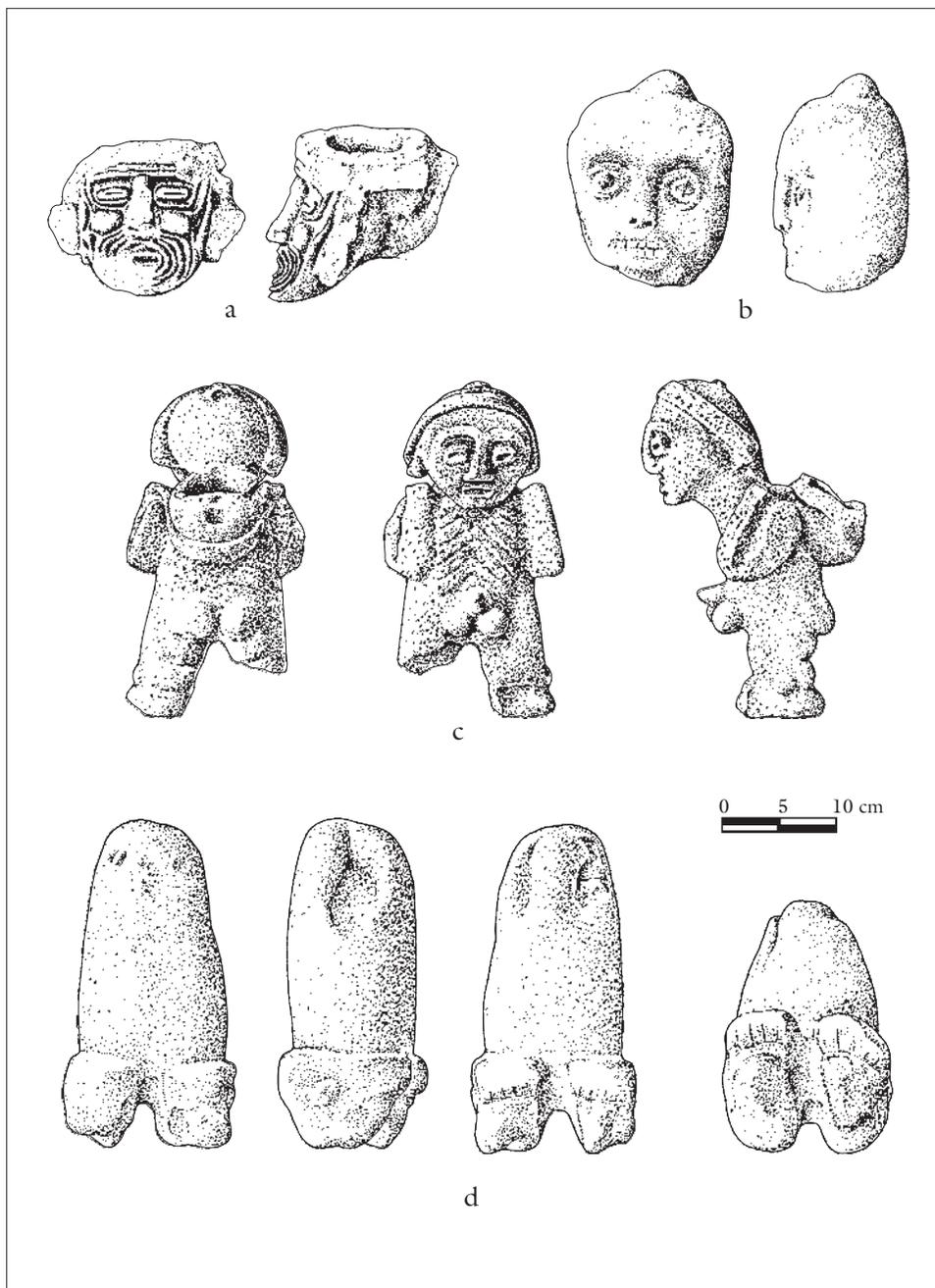


Figura 4. Esculturas procedentes de Loma Alta (Michoacán), fase Loma Alta (0-550 dC).

a. Cabeza de un viejo dios del fuego, un antiguo Curicáveri.

b. Cabeza con rasgos del dios de la lluvia, Tláloc.

c. Mecapalero cargando una olla.

d. Figura fálica antropomorfizada (dibujo de Françoise Bagot y César Fernández).

Todos estos acontecimientos son el testimonio de una etapa importante en la evolución cultural local; reflejan cambios drásticos en la orientación del culto, la organización social y espacial, y están ligados, como veremos, a la agitada historia nortea.

Queremos recalcar aquí otro rasgo muy importante evidenciado por G. Pereira (1996, 1999) que permite subrayar aún más los lazos entre Loma Alta y las culturas del norte. Este autor descubrió prácticas *post mortem* de descarnamiento y desarticulación sobre los huesos del tronco de un individuo depositado en una fosa, junto con una gran cantidad de tepalcates característicos de la fase Loma Alta 1 (100 aC-100 dC). Concluye: “Lo que falta es justamente lo que se suele exponer en los templos de la cultura Chalchihuites: los cráneos y los huesos largos de los miembros inferiores”. En efecto, en Alta Vista, La Quemada, Cerro del Huistle, “el sacrificio parece relacionado con el desmembramiento y la exposición de partes esqueléticas”. “Los huesos encontrados en las estructuras ceremoniales muestran huellas de descarnamiento y desarticulación”; se pregunta entonces si el caso de Loma Alta podría corresponder a este tipo de ritual. Al proseguir su análisis meticuloso de las huellas dejadas sobre estos huesos, se dio cuenta que este individuo había sido sacrificado también por extracción del corazón (o cardiectomía) (1999: 193), constituyendo el primer y más antiguo caso jamás reportado en Michoacán y el resto del Occidente. Para apoyar estas hipótesis, nos habíamos percatado, desde el inicio de nuestras investigaciones en el sitio, de un eventual culto de cabezas-trofeo, ya que constituyen un tema recurrente en la cerámica pintada (figuras 5a y 5b) y aparecen también como adorno en los collares de ciertas figurillas femeninas (figura 5d) (Carot 2001). Ilustra muy bien este culto una vasija procedente de Ario de Rosales (Michoacán) publicada por Corona Núñez (1957: 50) (Figura 5c).

Es a partir del inicio del siglo X que asistimos a la segunda ruptura de la secuencia marcada con nuevos cambios en la repartición de la población (Faugère Kalfon 1992, 1996), concentrada para aquel entonces hacia la vertiente del río Lerma en sitios más grandes y a veces protegidos; empiezan también a aparecer nuevas formas arquitectónicas de origen “extranjero” afines a la arquitectura nortea, como la presencia, en el sitio de San Antonio Carupo, hacia el oeste de Zacapu, de la famosa sala de columnas (Faugère Kalfon *op. cit.*: 49). Estos cambios alcanzaron su mayor magnitud durante la fase Milpillas (1200-1450 dC), cuando toda la población se concentró en la meseta tarasca, en el malpaís de Zacapu. En efecto, es justamente en este entorno adverso donde se detectaron los asentamientos más importantes del Posclásico (Michelet *et al.* 1989; Michelet 1992, 1998; Migeon 1998), los cuales constituyen verdaderas ciudades y corresponden a los primeros asentamientos de los grupos que llegaron durante el siglo XIII a la región, en donde permanecieron por un buen tiempo antes de alcanzar la cuenca de Pátzcuaro, tal como nos cuenta la *Relación de Michoacán*.⁹ Es necesario constatar que la edificación de

⁹ Estos dos momentos corresponden a dos etapas del regreso: en el Epiclásico-Posclásico temprano, el regreso alcanza el Lerma con estos grandes sitios y salas de las columnas (San Antonio Carupo, Los Nogales/Cerro Barajas (Migeon, Pereira, Michelet, en prensa). Luego, en el siglo XIII, más cerca de la laguna, en el malpaís, con estos sitios urbanos organizados en barrios, cada uno con su yácata y su “casa grande” (Michelet, Pereira, Migeon, en prensa).

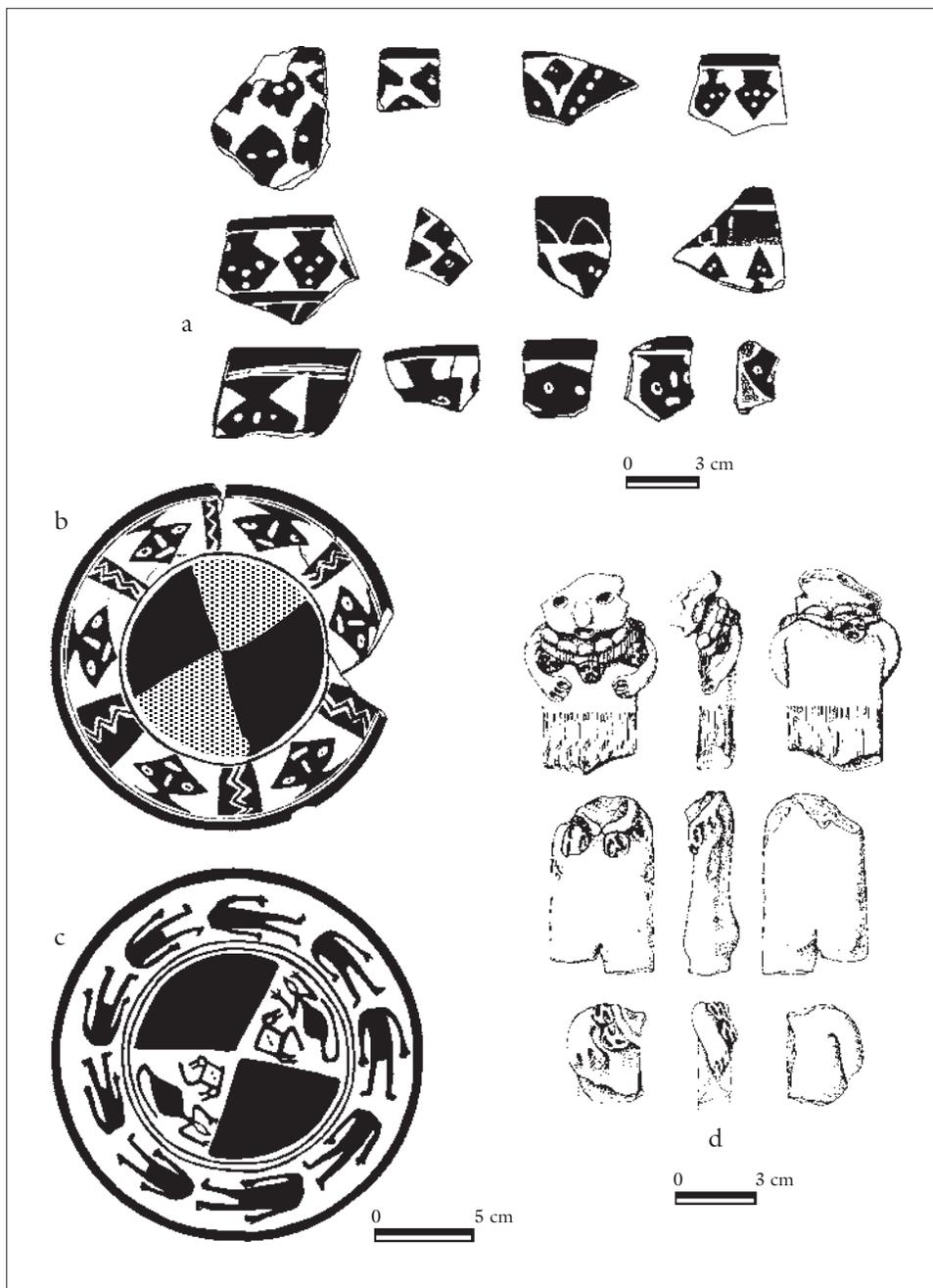


Figura 5. Cabezas-trofeo pintadas (a, b, c) o modeladas como adornos en los collares de figurillas femeninas (d).
 a, b, d: Loma Alta (Michoacán), fase Loma Alta 1-2 (0-250 dC);
 c: reproducción de un cajete procedente del Ario de Rosales, Michoacán, publicado por Corona Núñez (1957: 50) (Redibujado por César Fernández).

los grandes centros urbanos que allí se encontraron no podía ser el resultado de la llegada reciente de unos cuantos chichimecas, estos supuestos nómadas cazadores recolectores venidos del norte en la región: “De todos modos, a los habitantes de los sitios posclásicos del malpaís, obviamente sedentarios y organizados en sistemas sociales complejos, no se les puede calificar de simples cazadores procedentes del norte” (Michelet 1988: 20). A raíz de esta evidencia, ¿cómo interpretar los datos proporcionados por la *Relación de Michoacán* en cuanto la llegada de este grupo *uacúsecha* chichimeca que decide instalarse en Zacapu? La alternativa fue, como se dijo para las migraciones toltecas del centro de México, que se trataba de un relato mítico, negando a estos pueblos toda profundidad histórica: “La identidad de los ‘primeros’ tarascos, que aparecen en el ‘escenario’ de Zacapu, según la *RM*, como cazadores-recolectores nómadas, parece más un relato mítico de los orígenes que una realidad histórica” (Arnauld y Michelet 1991), o que se trataba de un pueblo de semiprimitivos (Kirchhoff 1956) o de seudonómadas (Michelet 1996). A partir de estas primicias, era más fácil eludir la verdadera realidad de los hechos. La alternativa mítica permitía pasar encima de muchos problemas por resolver y declarar acabada la investigación. Otra conclusión adoptada para rechazar la realidad de las migraciones norteñas mencionadas en la *Relación*, fue considerar que esta gente recién llegada al centro de la cuenca de Zacapu alrededor de 1250 dC no provenía de muy lejos, sino de las cercanías del río Lerma (Jiménez Moreno 1948; Michelet 1996), resultando de un fenómeno local, como lo proponen Arnauld y Faugère Kalfon (1998: 24):

...la dinámica demográfica regional que se inicia durante el Preclásico sería suficiente por sí sola para explicar las concentraciones tardías de población en el malpaís, así como en las laderas del sur y en la sierra del suroeste. La hipótesis no excluye una probable inmigración de pequeños grupos desde las afueras de la zona, pero estipula que éste es el proceso coadyuvante decisivo en la formación del Estado Tarasco.

En otro texto, Faugère Kalfon (1998: 97) enfatiza: “...Pero sabemos que esta reivindicación (de un origen septentrional) no corresponde propiamente a una realidad histórica, puesto que la entidad tarasca se formó principalmente a partir de la población local, establecida en el norte de Michoacán por lo menos desde el Preclásico”.

Es decir, por un lado se reconocía que estos asentamientos urbanos no podían resultar de manos chichimecas nómadas; por otro, se negaba la realidad de los hechos. Desde estos primeros planteamientos, y gracias a los nuevos datos acumulados en el sitio Loma Alta, tenemos ahora las pruebas de que los grupos que aparecen en el escenario en el Posclásico, encabezados por los *uacúsecha*, pertenecen en realidad al mismo grupo cultural que se había ido siglos antes y que regresó exactamente al punto de donde había salido, la región de Zacapu, siguiendo el mismo destino que los grupos tolteca chichimeca. Para apoyar este hecho, tenemos numerosas evidencias arqueológicas y etnohistóricas de los lazos que existen entre los antiguos moradores y los recién llegados, los supuestos nómadas chichimecas cazadores-recolectores, los cuales comprueban la continuidad cultural que se había

ya detectado en la secuencia cerámica. En efecto, esta fase Milpillás está marcada por la reanudación de la tradición de la cerámica pintada: ciertos tipos policromados característicos del Preclásico/Protoclásico, como el blanco sobre rojo y diferentes tipos negativos (como un negro negativo sobre rojo) (Figura 6), así como ciertos diseños y ciertas formas, reaparecen en el Posclásico. La clara analogía entre los tipos antiguos y recientes provocó confusiones en el establecimiento de las primeras clasificaciones cerámicas regionales; por eso a la cerámica de tradición Chupícuaro se le llamaba tarasca (Mena y Aguirre; 1927).

De la misma manera, el gran arqueólogo Alfonso Caso (1930) contribuyó a mantener esta confusión al clasificar como tarasca, o sea del Posclásico tardío, la cerámica que encontró en unos pozos que realizó en 1929 en el Potrero de la Aldea, antigua isla hoy recubierta por la ciudad de Zacapu, a unos 3 km al suroeste de Loma Alta. Estuvo tan sorprendido por la calidad de esta cerámica a la que había asignado arbitrariamente esta posición cronológica tardía: "...los tepalcates del Potrero de la Aldea corresponden sin duda a la cultura tarasca, quizá en el último de sus aspectos, pues algunas vasijas muestran facturas de extraordinaria elaboración". Gracias a los trabajos realizados en Loma Alta y a la nueva secuencia cerámica establecida para esta parte norcentral del estado de Michoacán, se demuestra que esta cerámica tan elaborada pertenece en realidad a la recién definida tradición Loma Alta de época Protoclásica-Clásica temprana (150 aC-350 dC), unos 1 000 años más antigua. Las confusiones se mantuvieron aun cuando Moedano (1946) excavó la zona de Zinapécuaro o, más recientemente, cuando A. Macías trabajó la cuenca de Cuitzeo, atrasando mucho el conocimiento del desarrollo cultural local.

Otro rasgo revelador que subraya esta continuidad cultural, lo expresa el deseo, de parte de los nuevos moradores, de reanudar con su pasado para legitimar su origen local antiguo o ciertos derechos territoriales. Asistimos pues a una evidente recuperación del pasado, como lo demuestra el hecho de reutilizar objetos antiguos (principalmente cerámica) en contexto tardío,¹⁰ o la reutilización de los mismos lugares sagrados antiguos, como la zona funeraria al noroeste de Loma Alta o el mismo sitio de Loma Alta, (como lo atestigua la presencia en la parte oriental del sitio de varias decenas de fragmentos de pipas –la mayor concentración de los ejemplares encontrados durante los trabajos en toda la zona del proyecto– y de gran parte también de la cerámica pintada representativa del Posclásico), o aun la persistencia de un extremo al otro de la secuencia de ciertas costumbres funerarias (prácticas de cremación, entierros primarios y secundarios, simples o múltiples, en urna o directamente en el piso o en fosas) y del culto a ciertas divinidades, en particular al viejo dios del fuego *Curicáveri*. Estas evidencias, junto con la copia de tipos cerámicos

¹⁰ En el sitio Las Milpillás, una de estas nuevas grandes ciudades del malpaís, unos 800 tepalcates de época Protoclásica del más puro estilo Loma Alta así como un centenar más perteneciente a tipos de época Clásica de fase Lupe fueron recuperados, junto con la tierra con la cual estaban mezclados al principio, en el relleno de una zona funeraria excavada al pie de una de las yácatas del sitio (Puaux 1989; Carot 2001). Otro caso de reutilización de cerámica antigua como ofrenda asociada a un entierro tardío ha sido reportado en Tzintzuntzan (Castro Leal 1986).

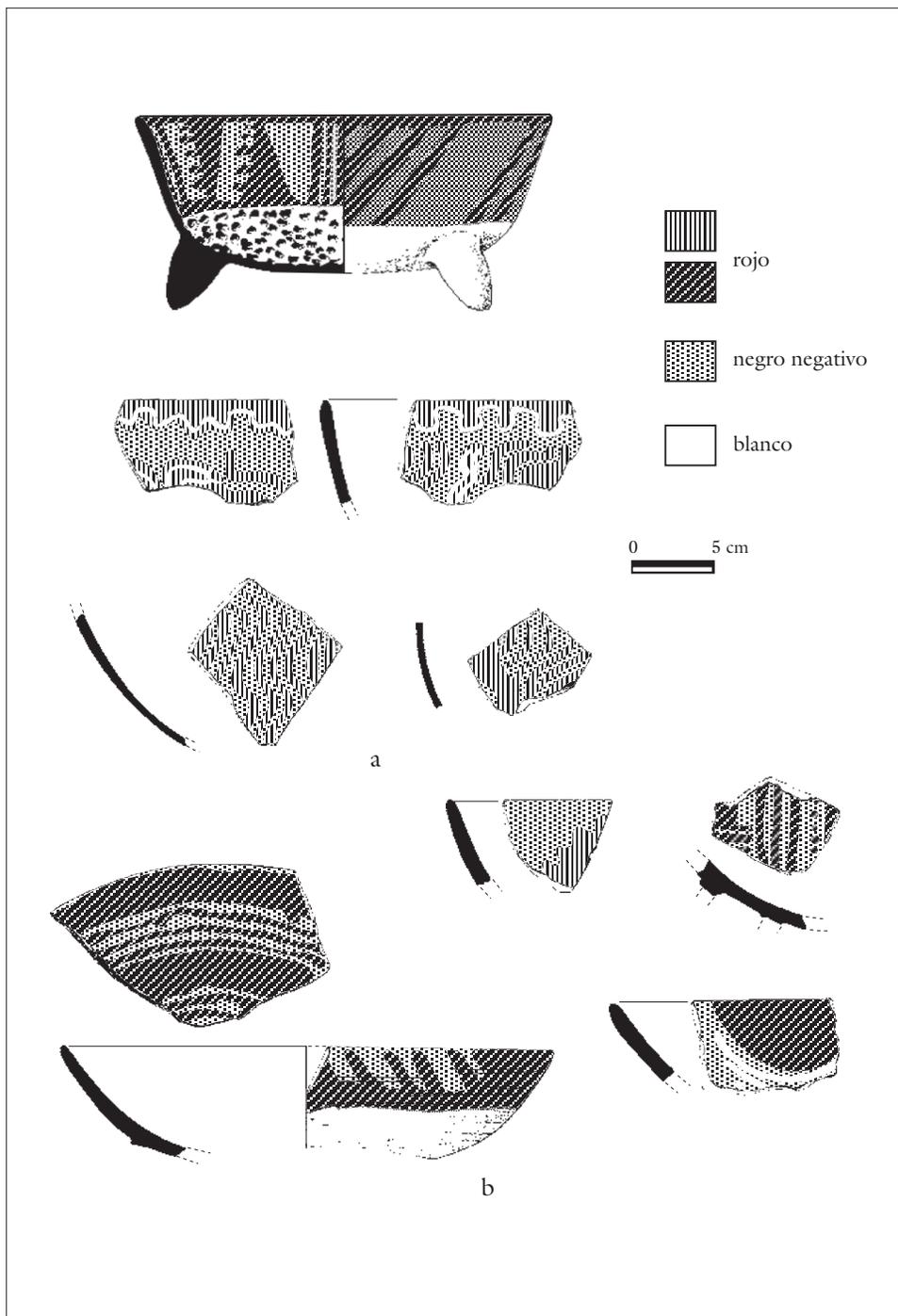


Figura 6. Cerámica policroma decorada en negativo (negro negativo y blanco sobre rojo) en el Protoclásico (a) y en el Posclásico (b). Loma Alta, Michoacán (redibujado por César Fernández).

antiguos, revelan cierto culto a los antepasados y recuerdan en muchos aspectos la recuperación del pasado de Teotihuacan por los mexica (López Luján 1989).

Finalmente, la expresión más obvia de esta continuidad cultural se da a través de la tradición oral purépecha transcrita en la *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán (1541)*, o *Relación de Michoacán* (1977) –documento de mayor importancia que cuenta la historia de este pueblo. En efecto, ahí se hace referencia en varias ocasiones al hecho de que los recién llegados “chichimecas” *uacúsecha* encabezados por *Hireti-Ticátame* que se instalan justamente en el malpaís de Zacapu, en el monte llamado *Virúguarapexo*, se encuentran con poblaciones que no solamente hablan el mismo idioma que ellos sino que veneran las mismas divinidades y que, finalmente, como lo dicen ellos mismos, son parientes. El primer reencuentro de estos conquistadores con los moradores locales, pescadores y agricultores, ocurre justamente en el antiguo pueblo de *Naranjan* (hoy Naranja), ubicado en la orilla sur de la ciénega de Zacapu, a sólo 7 kilómetros al sur de Loma Alta (figura 7). Para inmortalizar este momento, el señor de *Naranjan*, *Ziranzirancamaro*, entrega su hermana a *Hireti-Ticátame* –en realidad la entregaba para servir al dios *Curicaveri*–, signo de esta nueva alianza y de un asentamiento más definitivo, no exento de numerosos enfrentamientos. Ocurre lo mismo cuando más tarde llegan a la cuenca de Pátzcuaro y se comunican también sin problema con un pescador de la isla de Jarácuaro: “Questa gente de esta laguna era de su misma lengua, destos chichimecas” (*Relación...* 1977: 27); se dan cuenta aquí también de que son parientes y de que comparten las mismas divinidades, sobre todo el famoso dios *Curicaveri*, el dios del fuego y de la guerra, el que los acompañó a todo lo largo de su peregrinación de retorno: “...Estos fueron nuestros agüelos cuando venimos de camino; ya habemos hallado parientes. Pensábamos que no teníamos parientes, mas todos somos de una sangre y nascemos juntos...” (*ibid.*: 28). Aquí también, el pescador entrega a su hija a los nuevos inmigrantes. Parece extraño entonces que supuestos grupos nómadas norteños pudiesen hablar el mismo idioma que los grupos autóctonos, sedentarios, agricultores y pescadores asentados desde siempre en estas regiones centrales. De hecho, a lo que asistimos en este relato, es al reencuentro de grupos que se habían separado siglos antes, al retorno de los que habían salido rumbo al norte –en una región que, ya lo sabemos, corresponde actualmente a los estados de Zacatecas y Durango–, en donde participaron, junto con otros grupos, en el desarrollo de la cultura Chalchihuites (0-900 dC). Es ya muy sabido que alrededor de 900 dC ocurrieron movimientos de regreso en sentido contrario, desde el norte hacia el sur, a raíz de los cuales se formarían, en las regiones centrales, los imperios tolteca y mexica (Braniff 1989; Hers 1989; Braniff y Hers 1998) y, en Michoacán, el imperio tarasco.

Con estos datos podemos ahora proponer para esta entidad cultural un origen local, precisamente alrededor de las cuencas lacustres de Cuitzeo/Queréndaro, Zacapu y Pátzcuaro, casi 1500 años más antiguo que el normalmente aceptado, y descartar la versión mistificada y tradicionalmente aceptada de un origen nómada. En efecto, se pensaba que los tarascos eran descendientes de estos famosos grupos

chichimecas, temibles y aguerridos cazadores-recolectores recién llegados desde el lejano septentrión a estas regiones centrales mesoamericanas, y que habían logrado erigir milagrosamente, en sólo algunos años (unas cuantas generaciones), uno de los imperios más poderosos de Mesoamérica en el momento de la conquista, rival del imperio mexica. En realidad regresaron al lugar de donde habían salido, a Zacapu y su primer reencuentro se dio en Naranja, a unos kilómetros al sur de Loma Alta. La historia vuelve a empezar..., no sin violencia. Son guerreros antes que todo, conquistadores, como los tolteca; llevan consigo una nueva parafernalia, la que destaca el uso del arco y flechas, un nuevo culto, la figura del *chac mool* y el ritual del sacrificio que suele acompañarlo, rasgos que se confunden totalmente con la cultura tolteca. También trajeron con ellos los recuerdos de sus hazañas en el gran norte con los pueblos del suroeste de los Estados Unidos, como lo refleja la figura insólita, tan característica de estas lejanas culturas, de un *kokopelli*, tocador de flauta, ligeramente jorobado, grabado en una piedra procedente de Tzintzuntzan, reutilizada en el convento colonial (Hernández, en prensa).

Después de amplios trabajos en regiones tan apartadas entre sí como son la Sierra Madre Occidental y Michoacán, hemos llegado, junto con M. A. Hers, a conclusiones similares relativas al complejo entrelace de destinos de los tolteca chichimeca de cultura chalchihuiteña y de los purépecha uacúsecha. A saber, que fueron todos grupos originarios de la Mesoamérica nuclear los cuales, durante el primer milenio de nuestra era, se separaron de los suyos para migrar al norte, colonizaron e hicieron florecer el septentrión y hacia el siglo noveno abandonaron ese inmenso territorio, para regresar a las tierras de sus antepasados y encadenar ahí, junto con las poblaciones locales, los profundos cambios político-religiosos que caracterizaron el Posclásico. Confirmamos así por la vía de la arqueología lo que las fuentes históricas indígenas ya habían subrayado: a saber, la profunda hermandad del destino de los tolteca chichimeca y de los purhépecha uacúsecha, bajo el denominativo común de chicomoztoquenses.

BIBLIOGRAFÍA

- ARNAULD, CHARLOTTE, PATRICIA CAROT Y MARIE FRANCE FAUVET-BERTHELOT
 1993 *Arqueología de las Lomas en la cuenca lacustre de Zacapu, Michoacán*. Cuadernos de Estudios Michoacanos 5, CEMCA, México.
- ARNAULD, CHARLOTTE Y DOMINIQUE MICHELET
 1991 Les migrations postclassiques au Michoacan et au Guatemala: problèmes et perspectives, A. Breton, J. P. Berthe y S. Lecoin (coords.) *Vingt études sur le Mexique et le Guatemala réunies à la mémoire de Nicole Percheron*. PUM, Toulouse, Collection Hespérides: 67-92.
- ARNAULD, CHARLOTTE Y BRIGITTE FAUGÈRE KALFON
 1998 Evolución de la ocupación humana en el centro-norte de Michoacán y la emergencia del Estado tarasco, V. Darras (coord.) *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*. CEMCA, México: 13-34.

BRANIFF, BEATRIZ

- 1972 Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la cuenca de México, intento de correlación, *Teotihuacan, XI Mesa Redonda*. Sociedad Mexicana de Antropología, México: 273-323.
- 1989 Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo, *Arqueología* 1: 99-114.
- 1995 Diseños tradicionales mesoamericanos y nortños. Ensayo de interpretación, B. Dahlgren y M. D. Soto (eds.), *Arqueología del norte y del occidente de México; homenaje al Doctor J. Charles Kelley*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 181-210.
- 1998 *Morales, Guanajuato, y la tradición Chupícuaro*. Colección Científica, INAH, México.

BRANIFF, BEATRIZ Y MARIE ARETI HERS

- 1998 Herencias chichimecas, *Arqueología*, 19: 55-80.

CABRERO G., MARÍA TERESA Y CARLOS LÓPEZ C.

- 1997 *Catálogo de piezas de las tumbas de tiro del Cañón de Bolaños*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.

CAROT, PATRICIA

- 1990 La originalidad de Loma Alta, sitio protoclásico de la ciénega de Zacapu, A. Cardós de Méndez (coord.) *La época clásica: nuevos hallazgos, nuevas ideas*. Seminario de Arqueología, Museo Nacional de Antropología, INAH, México: 293-306.
- 1992 La cerámica protoclásica de Loma Alta, municipio de Zacapu, Michoacán: nuevos datos, B. Boehm de Lameiras y Ph. C. Weigand (coords.) *Origen y desarrollo de la civilización en el occidente de México*. El Colegio de Michoacán, Zamora: 69-101.
- 1994 Loma Alta, antigua isla funeraria en la ciénega de Zacapu, E. Williams y R. Novela (eds.) *Arqueología del occidente de México. Nuevas aportaciones*. El Colegio de Michoacán, Zamora: 93-121.
- 1997 A propos de la découverte d'un lot de sculptures sur le site de Loma Alta, Zacapu, Michoacan, *Trace* 31. Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México: 64-69.
- 1998 Cronología de la ocupación en Loma Alta, Zacapu, Michoacán, o los antecedentes de la cultura purhépecha, *Antropología e Interdisciplina, Homenaje a Pedro Carrasco, XXIII Mesa Redonda de la Sociedad de Antropología*. Tomo II, Sociedad Mexicana de Antropología, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México: 46-63.
- 2000 Las rutas al desierto: de Michoacán a Arizona, M. A. Hers, J. L. Mirafuentes, M. D. Soto y M. Vallebuena (eds.) *Nómadas y sedentarios en el norte de México; homenaje a la Dra. Beatriz Braniff*. Institutos de Investigaciones Antropológicas, Estéticas e Históricas, UNAM, México: 91-112.
- 2001 *Le site de Loma Alta, lac de Zacapu, Michoacan, Mexique*. BAR International Series 920, Oxford Paris Monographs in American Archaeology, 9, Oxford.

CAROT, PATRICIA Y ALBERTO SUSINI

- 1989 Una práctica funeraria insólita en Occidente: la cremación y pulverización de osamentas humanas, *Trace* 16. CEMCA, México: 112-115.

CAROT, PATRICIA, MARIE-FRANCE FAUVET-BERTHELOT, LUIS BARBA, KARL LINK, AGUSTÍN ORTIZ Y ALBERT HESSE

- 1998 La arquitectura de Loma Alta, Zacapu, Michoacán, *El occidente de México. Arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales*. Actas del IV Coloquio de Occidentalistas, Universidad de Guadalajara, ORSTOM, Guadalajara: 345-361.

CASO, ALFONSO

- 1930 Informe preliminar de las exploraciones realizadas en Michoacán, *Anales del Museo Nacional*. 4a época, 6 (2): 446-452.

CASTRO LEAL, MARCIA

- 1986 *Tzintzuntzan, capital de los tarascos*. Gobierno del Estado de Michoacán, Morelia.

CORONA NÚÑEZ, JOSÉ

- 1957 *Mitología tarasca*. Fondo de Cultura Económica, México.

FAUGÈRE-KALFON, BRIGITTE

- 1991 San Antonio Carupo (centro-norte de Michoacán, México): nuevas evidencias de ciertas transformaciones en el inicio del Posclásico, *Journal de la Société des Américanistes* LXXVII: 45-61.
- 1996 *Entre Zacapu y río Lerma: culturas en una frontera*. Cuadernos de Estudios Michoacanos 7, CEMCA, México.
- 1998 Venados y hogares sagrados en la *Relación de Michoacán*: reivindicación nórdica y construcción del Estado en los pueblos tarascos, V. Darras (coord.) *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*, CEMCA. México: 89-99.

GÓMEZ CHÁVEZ, SERGIO

- 2002 Presencia del occidente de México en Teotihuacan. Aproximaciones a la política exterior del Estado teotihuacano, M. E. Ruiz Gallut (ed.) *Ideología y política a través de materiales, imágenes y símbolos*. Memoria de la Primera Mesa Redonda de Teotihuacan, UNAM, CONACULTA-INAH, México: 563-625.

HAURY, EMYL

- 1976 *The Hohokam: Desert Farmers and Craftmen; Snaketown, 1964-1965*. The University of Arizona Press, Tucson.

HERNÁNDEZ, VERÓNICA

- en preparación Imágenes en piedra de Tzintzuntzan, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* UNAM, México.

HERS, MARIE-ARETI

- 1989 *Los toltecas en tierras chichimecas*. Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México. en prensa a Arqueología de Durango, destellos en el olvido, B. Braniff (coord.) *Papeles de Colima*. I. Introducción a la arqueología de Occidente. Universidad de Colima, Colima. en prensa b Imágenes norteñas de los guerreros tolteca-chichimecas, L. Manzanilla (ed.) *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.

- HESSE, ALBERT, LUIS BARBA, KARL LINK Y AGUSTÍN ORTIZ
 1997 A Magnetic and Electric Study of Archaeological Structures at Loma Alta, Michoacan, Mexico, *Archaeological Prospection* 4: 53-67.
- HOLIEN, THOMAS
 1977 Mesoamerica pseudo-cloisonné and other decorative investments. Tesis de doctorado, Southern Illinois University.
- JIMÉNEZ BETTS, PETER Y J. ANDREW DARLING
 2000 Archaeology of Southern Zacatecas: the Malpaso, Juchipila and Valparaiso-Bolaños valleys, M. Foster y S. Gorestein (eds.) *Greater Mesoamerica; the Archaeology of West and Northwest México*. The Utah University Press, Salt Lake City: 155-189.
- JIMÉNEZ MORENO, WIGBERTO
 1948 Historia antigua de la zona tarasca, *El occidente de México, IV Reunión de Mesa Redonda sobre problemas antropológicos de México y Centro América*. Sociedad Mexicana de Antropología, México: 146-157.
- KIRCHHOFF, PAUL
 1956 La Relación de Michoacán como fuente para la historia de la sociedad y cultura tarascas, Relación[...] de Michoacán. Reproducción facsimil del Ms. C IV 5 de El Escorial con transcripción, introducción y notas por José Tuleda, Aguilar, Madrid, XXIV-XXXII.
- LÓPEZ LUJÁN, LEONARDO
 1989 *La recuperación mexicana del pasado teotihuacano*. Colección Divulgación, INAH, Proyecto Templo Mayor, México.
- MANZANILLA L., RUBÉN.
 1984 Loma Santa María I, Morelia, Michoacán: un sitio del periodo Clásico mesoamericano. Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- MENA, RAMÓN Y PORFIRIO AGUIRRE
 1927 La nueva zona arqueológica, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* I (2): 5-64.
- MICHELET, DOMINIQUE
 1989 Histoire, mythe et apologue: notes de lecture sur la seconde partie de la *Relación de Michoacán*, D. Michelet (coord.) *Enquêtes sur l'Amérique Moyenne*. CEMCA, INAH, México: 105-113.
 1992 El centro-norte de Michoacán: características generales de su estudio arqueológico regional, D. Michelet (coord.) *El proyecto Michoacán 1983-1987. Medio ambiente e introducción a los trabajos arqueológicos*. Cuadernos de estudios michoacanos 4, CEMCA, México: 9-52.
 1996 El origen del reino tarasco protohistórico, *Arqueología mexicana* 19: 24-27.
 1998 Topografía y prospección sistemática de los grandes asentamientos del malpaís de Zacapu: claves para un acercamiento a la realidades sociopolíticas, V. Darras (coord.) *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*. CEMCA, México: 47-59.

- MICHELET, DOMINIQUE, CHARLOTTE ARNAULD Y MARIE-FRANCE FAUVET-BERTHELOT
 1989 El Proyecto del CEMCA en Michoacán. Etapa I: un balance, *Trace* 16: 70-87.
- MICHELET, DOMINIQUE, GRÉGORIO PEREIRA Y GÉRALD MIGEON
 en prensa La llegada de los *uacúsechasa* la región de Zacapu, Michoacán: datos arqueológicos y discusión, L. Manzanilla (coord.) *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.
- MIGEON, GÉRALD
 1998 El poblamiento del malpaís de Zacapu y sus alrededores, del Clásico al Posclásico, V. Darras (coord.) *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*. CEMCA, México: 35-45.
- MIGEON, GÉRALD, GRÉGORIO PEREIRA Y DOMINIQUE MICHELET
 en prensa Los sitios del Cerro Barajas (suroeste de Guanajuato) y las tradiciones culturales del Bajío, L. Manzanilla (coord.) *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.
- MOEDANO KOER, HUGO
 1946 La cerámica de Zinapécuaro, Michoacán, *Anales del Museo Michoacano*. 2ª época, 4: 39-49.
- MOLINA MONTES, AUGUSTO Y LUIS TORRES MONTES
 1974 La cerámica policroma de Queréndaro, *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*. 7ª época, t. IV, 1972-1973:31-36.
- NIEDERBERGER BETTON, CHRISTINE
 1987 *Paléopaysages et archéologie pré-urbaine du bassin de Mexico*. Collection Etudes Mésoaméricaines 1-11, CEMCA, México.
- PEREIRA, GRÉGORIO
 1996 Nuevos hallazgos funerarios en Loma Alta, Zacapu, Michoacán, E. Williams y Ph. Weigand (eds.) *Las cuencas del occidente de México: época prehispánica*, El Colegio de Michoacán, Zamora: 105-129.
 1999 *Potrero de Guadalupe. Anthropologie funéraire d'une communauté pré-tarasque du nord du Michoacan, Mexique*. BAR International Series 816, British Archaeological Reports, Oxford.
- PUAUX, OLIVIER
 1989 Les pratiques funéraires tarasques (approche archéologique et ethnohistorique). Thèse de doctorat, UFR d'art et d'archéologie, Universidad de París I, París.
 1956 *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán* (1541). Reproducción facsímil del Ms. C IV 5 de El Escorial. Transcripción de José Tuleda, Aguilar, Madrid (reedición, con estudio preliminar de José Corona Núñez, Balsal editores, Morelia, 1977. Moisés Franco Mendoza (coord.) El Colegio de Michoacán A.C., Gobierno del Estado de Michoacán, México, 2000).
- TEAGUE, LYNN S.
 1998 *Textiles in Southwestern Prehistory*. University of New Mexico Press, Albuquerque.

TRANSFORMACIONES DEMOGRÁFICAS Y CULTURALES EN EL CENTRO-NORTE DE MÉXICO EN VÍSPERAS DEL POSCLÁSICO: LOS SITIOS DEL CERRO BARAJAS (SUROESTE DE GUANAJUATO)

Grégory Pereira*
Gérald Migeon*
Dominique Michelet*

INTRODUCCIÓN

El sitio Los Nogales, ubicado en el límite suroeste del estado de Guanajuato, forma parte de un conjunto de asentamientos prehispánicos que se extiende en la falda norte de un macizo montañoso –el Cerro Barajas– situado en la ribera norte del río Lerma. Este sector queda al norte de la región estudiada por el CEMCA entre 1983 y 1996 en Michoacán. Al iniciar una nueva investigación sobre la transición Clásico-Posclásico en esta zona partíamos de una doble hipótesis basada en algunas similitudes morfológicas entre el sitio de Los Nogales y el de San Antonio Carupo (al norte de la región michoacana anteriormente trabajada). Se suponía, en primer lugar, que los dos asentamientos eran más o menos contemporáneos y que se remontaban al Epiclásico-inicios del Posclásico, siendo tal vez Los Nogales ligeramente más antiguo por ser más norteño. Se esperaba, por otra parte, que Los Nogales, con particularidades arquitectónicas que recuerdan sitios de la cultura Chalchihuites tal como Hers la define, podía informarnos acerca de las relaciones y de los movimientos de población norte-sur que, al parecer, se dieron en esta parte de la frontera norte de Mesoamérica.

Los resultados de las tres temporadas de campo hasta ahora efectuadas y de los primeros estudios del material, indican que el auge en la ocupación del Cerro Barajas se fecha entre 750 y 900/950 dC. A pesar de la existencia de huellas de ocupación a partir de 450/500 dC, la multiplicación de los sitios después de 750 evoca más una colonización que un crecimiento poblacional *in situ*. De igual manera, el abandono del macizo es un fenómeno brusco. Por otra parte, varias de las características de los sitios del Barajas se relacionan efectivamente con elementos presentes más al norte; pero también parecen anunciar otros que se volverán a encontrar en el norte de Michoacán durante el Posclásico.

* Centre National de la Recherche Scientifique, Francia y Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México

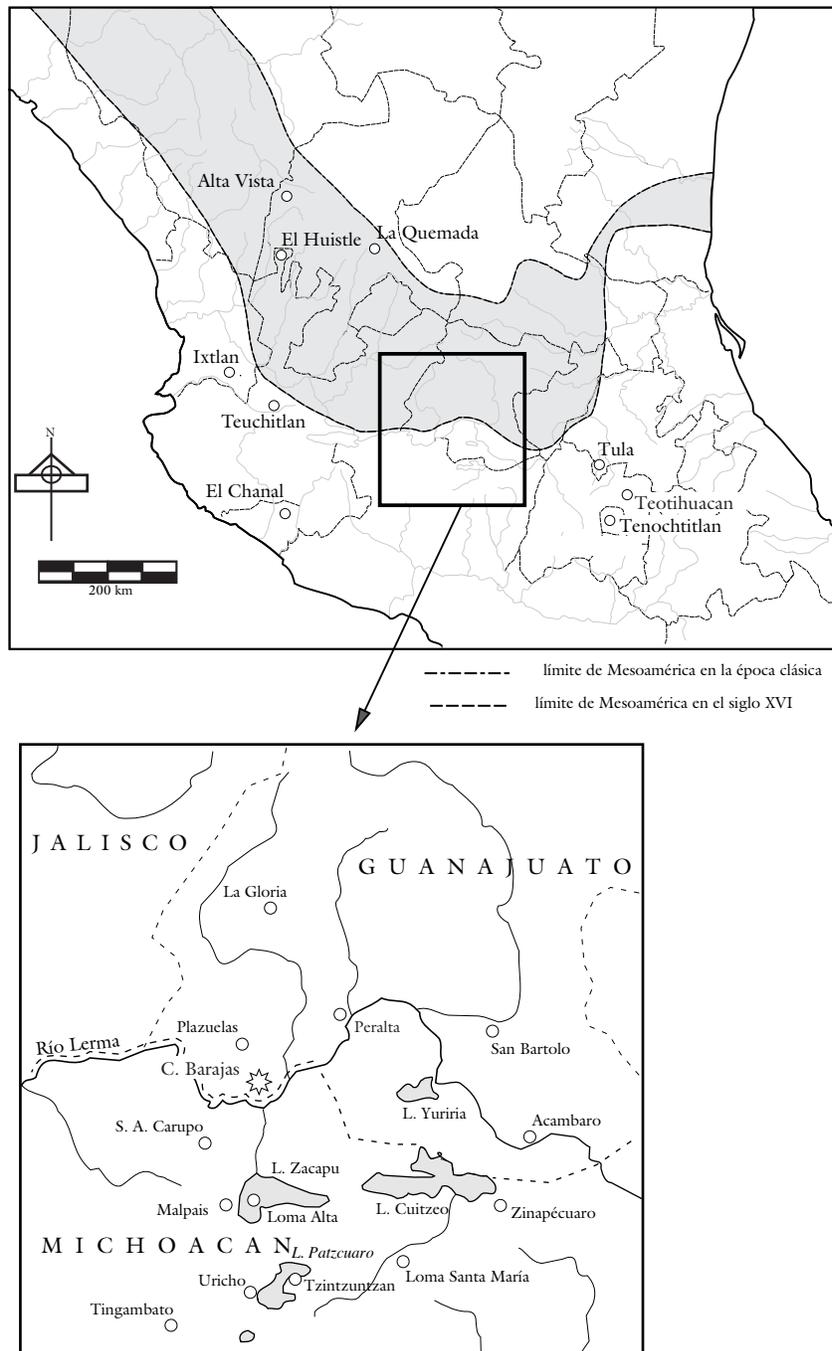


Figura 1. Ubicación del Cerro Barajas.

El Cerro Barajas se encuentra en la orilla norte del río Lerma, en el suroeste de Guanajuato (municipio de Pénjamo) (Figura 1). La ladera norte de dicho cerro conserva los vestigios de un importante conjunto de asentamientos prehispánicos (figura 2) que fue registrado por primera vez al inicio de los años 80 en el marco del proyecto de salvamento del Gasoducto Salamanca-Degollado. Gabriela Zepeda y Sergio Sánchez Correa (Zepeda 1988; Sánchez Correa 1993) publicaron entonces dos breves artículos donde señalan la existencia del sitio más importante de la zona, conocido como Los Nogales, el cual interpretan como una fortaleza fronteriza tarasca. Al iniciar nuevas investigaciones en estos sitios, partíamos de una hipótesis distinta. Efectivamente, basándonos en las semejanzas arquitectónicas que existían entre Los Nogales y el sitio michoacano de San Antonio Carupo (al norte de la zona anteriormente trabajada por el CEMCA; figura 1), suponíamos que ambos asentamientos eran más o menos contemporáneos y que correspondían al Epiclásico y/o a los inicios del Posclásico. De ser así, esperábamos que Los Nogales, con particularidades arquitectónicas que recuerdan sitios de la cultura Chalchihuites, podía aportar información nueva en particular acerca de los reacomodos de población que ocurrieron en esta porción de la frontera norte mesoamericana (Castañeda *et al.* 1988). En este trabajo presentaremos los resultados preliminares obtenidos hasta la fecha, insistiendo en las transformaciones importantes reveladas por los datos arqueológicos (véase también Pereira, Migeon y Michelet, en prensa).

Antes de empezar, es necesario recordar que las investigaciones en que se fundamenta este trabajo forman parte de un proyecto arqueológico auspiciado conjuntamente por el CEMCA y el CNRS. Al trabajar en el Cerro Barajas, nuestra intención era entender mejor la transición entre los periodos Clásico y Posclásico en esta área del valle medio del Lerma. Varias operaciones de campo que incluyeron recorridos de superficie, trabajos de topografía y excavaciones, se llevaron a cabo durante tres temporadas sucesivas (1998, 1999, 2000; véanse Migeon, Michelet y Pereira 1999; Courau *et al.* 2000; Michelet, Migeon y Pereira 2001). De esta forma, se esperaban lograr cuatro objetivos principales:

- Era necesario, en primer lugar, conseguir datos precisos sobre el patrón de asentamiento de la zona y sobre las características de cada sitio. Hasta la fecha se han registrado y descrito alrededor de 15 sitios y se han topografiado alrededor de 140 estructuras, 22 grupos en total, lo que nos proporciona una base valiosa sobre la arquitectura y la función de los asentamientos.

- La cuestión cronológica constituía igualmente una prioridad, ya que no se tenía ninguna información fiable acerca de la temporalidad de los sitios. El material empleado para construir la secuencia cronológica proviene de unos 20 sondeos y de seis excavaciones extensivas realizados en 13 grupos que se ubican en Nogales, así como en sitios vecinos como El Moro, Camposanto, Yácata El Ángel, Casas Tapadas, Los Toriles. El Grupo A de Los Nogales, donde encontramos la estratigrafía más compleja, constituye un elemento clave para definir la secuencia. Dicha secuencia, que pudimos amarrar con fechamientos de radiocarbono, empieza alrededor de 450 dC y se extiende hasta 1000-1100. Se divide en tres fases cronológicas principales: la fase

Nogales (450-750 dC), la fase Barajas (750-950 dC), y una fase todavía mal definida que corresponde al Posclásico temprano (posiblemente entre 950 y 1100 dC). Falta indicar que durante la última temporada de campo localizamos vestigios de una reocupación tardía en la plaza del Grupo B de Nogales: corresponde a un campamento de cazadores que ubicamos cronológicamente alrededor de los siglos xv-xvi.

- A través de la realización de excavaciones extensivas de varios sectores, tratamos de acercarnos a la función de algunas estructuras y espacios residenciales (Estructuras A1, A2 y A3 de Los Nogales; estructura C1 de Yácata El Ángel), ceremoniales (altar B4 del Grupo B de Los Nogales), o relacionados con el almacenamiento (Grupo D de El Moro y Grupo A de Casas Tapadas).

- Finalmente, el estudio de las costumbres funerarias y de las características biológicas de los pobladores del cerro constituye otro objetivo importante del proyecto. Los datos disponibles por ahora todavía son escasos puesto que se empezó a trabajar este tema durante la temporada de campo 2000. En esta ocasión se localizó un sector funerario en el Grupo G de Los Nogales que será objeto de una exploración exhaustiva en la próxima temporada.

A continuación enfocaremos los elementos que nos permiten entender la dinámica demográfica de la zona, e insistiremos en las características de la ocupación principal, la cual corresponde a la fase Barajas.

EVOLUCIÓN DEL POBLAMIENTO DE LA ZONA

Aunque pudimos evidenciar la existencia de una ocupación continua que abarca seis o siete siglos, queda ahora claro que la intensidad y la naturaleza de esta presencia humana fueron sumamente desiguales a lo largo del tiempo. En efecto, la gran mayoría de las excavaciones realizadas hasta la fecha revelaron ocupaciones que se limitan a la fase Barajas. Los indicios disponibles demuestran que las ocupaciones anteriores y posteriores a esta fase fueron muy limitadas en comparación con lo que sucedió entre 750 y 950. En cuanto a la fase Nogales (450-750), solamente pudimos encontrar huellas de una ocupación consecuente en el Grupo A de Nogales (figura 4) –ahí se descubrieron varios rellenos y estructuras debajo de los niveles Barajas (nótese en particular la estructura A2-sub, cuya secuencia constructiva permitió distinguir una estructura sub temprana de otra tardía)–, y en el Grupo D de El Moro –cuyas estructuras de almacenaje parecen haber estado en uso ya en aquella época. La ocupación posclásica temprana, se evidencia principalmente en el Grupo A de Nogales donde se manifiesta, las más de las veces, como materiales mezclados en las capas de abandono de los edificios Barajas. La única estructura que pudo ser claramente atribuida a esta época es una casa circular de 7 m de diámetro (A1).

En conclusión, la ocupación más importante del cerro se sitúa entre 750 y 950 dC, ya que casi todos los asentamientos estudiados corresponden a la fase Barajas. El aumento demográfico que se dio a partir de 750 fue en realidad repentino, y difícilmente se puede atribuir al crecimiento natural de los asentamientos

de la fase Nogales. Pensamos, más bien, que fue el resultado de una colonización masiva por parte de una población ajena al cerro. Después de 950, si bien hay evidencia de que algunas áreas del cerro siguieron ocupadas, todo parece indicar que el número de habitantes se redujo drásticamente y se dejaron de usar la gran mayoría de las estructuras Barajas. Esto no significa que al final de la fase Barajas se registrara un abandono rápido, que también implicaría un movimiento poblacional. En las líneas siguientes volveremos a hablar de las modalidades que marcaron tanto el inicio como el final de la ocupación Barajas, pero también detallaremos brevemente las realizaciones de este apogeo.

LOS INICIOS DE LA FASE BARAJAS: INDICIOS DE UNA RUPTURA

Como acabamos de ver, la fase Barajas es resultado de la ocupación de áreas ya habitadas anteriormente, pero sobre todo de la colonización de sectores que habían permanecido vírgenes hasta aquella fecha. Ahora bien, es legítimo cuestionarse sobre las modalidades de esta ocupación y ver, en particular, cuáles son los elementos que nos permiten hablar de una ruptura o de una continuidad con la fase Nogales. Dado el carácter reducido de la ocupación temprana, los elementos comparativos resultan ser limitados.

En cuanto a la cerámica, la fase Barajas muestra indicios de continuidad con la fase Nogales, pero presenta también varias diferencias significativas. Los tipos cerámicos de la fase Nogales pueden estar relacionados con dos esferas culturales: por un lado, la tradición del Bajío guanajuatense, con tipos que se asemejan al blanco levantado, al café fino y al rojo sobre bayo de esta zona (Castañeda *et al.* 1988; Braniff 1999); por otro lado, la tradición cerámica del norte de Michoacán con tipos que recuerdan la cerámica de los complejos Jarácuaro y Lupe de la región de Zacapu (las copas de pedestal y los cuencos de base anular con engobe rojo y negativo, algunos cafés finos incisos: Michelet 1993; Pereira 1999). Mientras que las influencias de la cerámica del norte de Michoacán parecen reforzarse con el tiempo, las del Bajío tienden a disminuir. Durante la fase Barajas, el blanco levantado desaparece, pero los componentes michoacanos persisten. Por otra parte, aparecen tipos totalmente nuevos (como las ollas anaranjadas con pintura negra y las ollas rojas esgrafiadas) o formas de decoración novedosas como en los recipientes rojo sobre bayo negativo con decoración zonal. Varios de estos elementos nuevos evidencian relaciones con áreas más septentrionales de Guanajuato (Sánchez Correa 1995) y con los Altos de Jalisco. Así, la cerámica sugiere tanto la persistencia de rasgos locales como el aporte de elementos norteros.

En lo relativo a la arquitectura, la falta de datos acerca de los edificios de la fase Nogales reduce las posibilidades de comparación. Al menos podemos notar un cambio en los materiales constructivos, aunque en ambas fases se usaron lajas de andesita, las cuales abundan en el cerro. Estas lajas se utilizaron sin trabajar en la fase Nogales mientras que en la fase siguiente se retocaron cuidadosamente en su cara externa. De forma general, cabe apuntar que los edificios de este periodo son de mejor calidad.

Vale la pena subrayar un último dato interesante en relación con la transición entre las dos fases. Según las excavaciones realizadas en el Grupo A de Los Nogales, el inicio de la fase Barajas fue precedido por la destrucción y nivelación completa de los edificios Nogales: más precisamente, estas estructuras fueron incendiadas justo antes de ser recubiertas de rellenos por los constructores de los edificios Barajas. Esta evidencia abre la posibilidad de que acontecimientos violentos hayan acompañado los inicios de la ocupación Barajas.

PATRÓN DE ASENTAMIENTO Y ARQUITECTURA DE LA FASE BARAJAS

Los sitios de la falda norte del Cerro Barajas forman entre todos un tejido de ocupación bastante continuo, aunque exista un espacio vacío hacia el oeste (figura 2). Los separan, sin embargo, en todos los casos, barrancas más o menos profundas; las zonas habitadas se ubican exclusivamente en las lomas de las diferentes cuchillas que bajan desde la cima del cerro. Cada sitio consta de diferentes grupos, separados entre

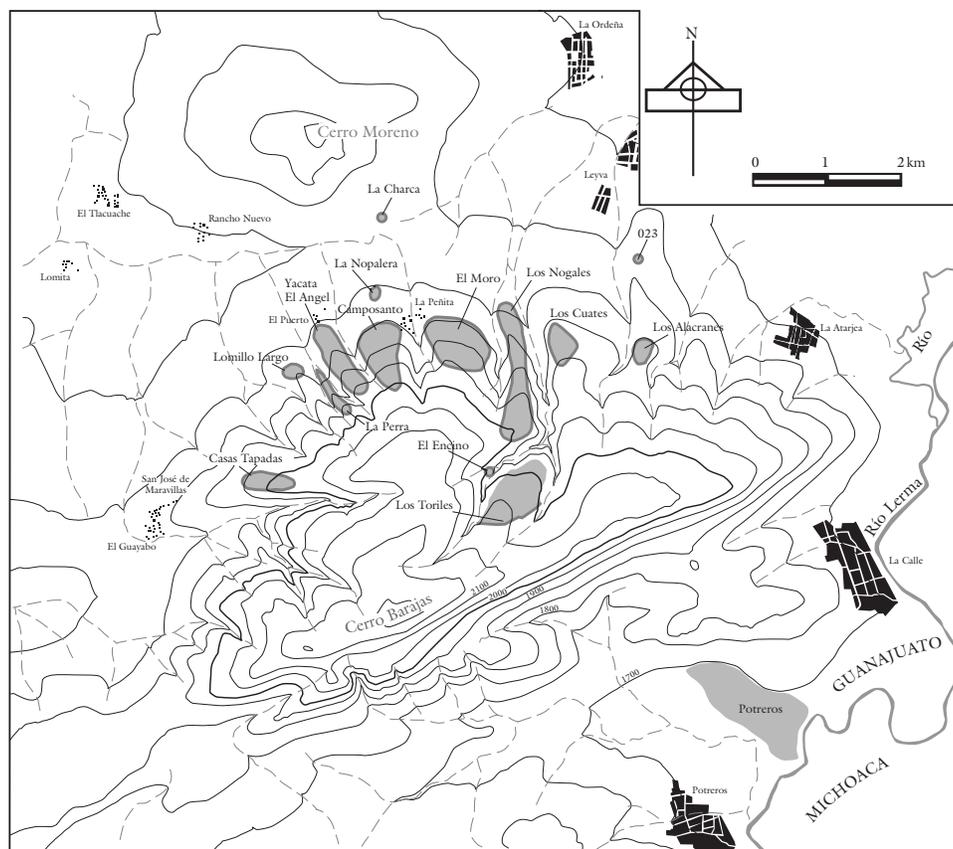


Figura 2. Mapa general del Cerro Barajas.

sí por distancias variables y escalonados en la pendiente (figura 3). En todos observamos una distribución relativamente constante: generalmente, las estructuras más importantes se sitúan en las partes altas y sobre terrazas naturales y/o artificiales que ofrecen una amplia vista hacia el valle; a medida que uno baja, las construcciones disminuyen tanto en tamaño como en complejidad; en las partes bajas, a menudo ya no existen más que terrazas pequeñas en las que debían de alzarse residencias comunes. Entre los diferentes asentamientos, Los Nogales no solamente es el que comprende los grupos de estructuras monumentales, sino que se distingue también por contar con pocas construcciones pequeñas. Con base en esta observación se puede proponer que este sitio fue probablemente el centro político y religioso de la zona durante la fase Barajas.

Ahora bien, es notable la existencia, en una mayoría de los sitios, de estructuras y de combinaciones de ellas morfológicamente parecidas, aun cuando sus dimensiones varían. Poco se conocen los edificios más sencillos: unos eran probablemente de materiales enteramente perecederos, de otros quedan cimientos de lajas rectan-

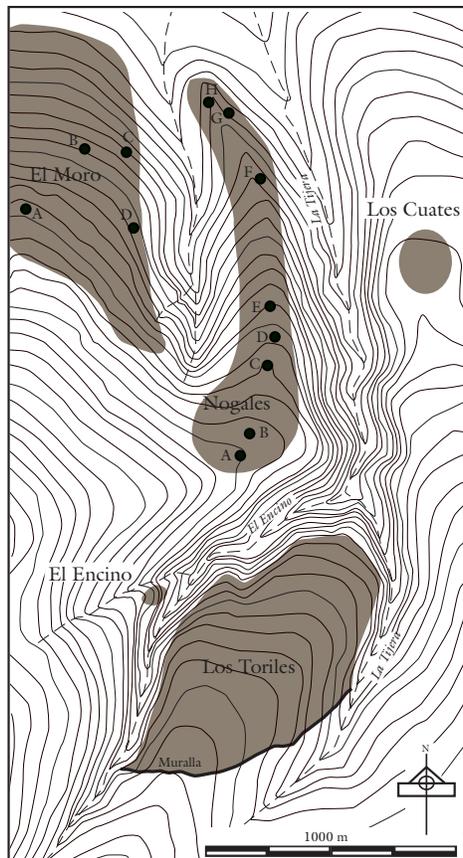


Figura 3. Los sitios de Los Nogales y Los Toriles.

gulares, de uno o dos cuartos; sus pisos de tierra (roca desagregada) se extienden muy a menudo por encima de un firme de pequeñas lajas. Las estructuras más complejas, por ser voluminosas y relativamente bien conservadas (a pesar de los saqueos), atraen más la atención. Son de diferentes clases, pero lo más llamativo es que aparecen en conjuntos que se repiten de un sitio al otro. Distinguimos de esta manera dos conjuntos básicos que designamos con las letras A y B.

En los conjuntos del tipo B, encontramos basamentos piramidales de altura variable, generalmente con los cimientos de una superestructura visibles por encima. Estos templos-pirámides aparecen solos, o en grupos de dos o tres (véase el grupo B de Nogales en la figura 4), siempre tienen al frente un espacio aplanado y terracado (una plaza) en medio del cual existe un altar; en ocasiones el borde de la plaza que domina la pendiente está cerrado por un muro. Esta clase de arreglo arquitectónico es en definitiva poco original en el ambiente mesoamericano. Sin embargo, destacan algunas particularidades que merecen ser citadas aquí. El acceso a la parte superior de los basamentos se hace por medio de escaleras, las cuales, en algunos casos, son netamente remetidas. Por otra parte, las superestructuras, cuando se ven, poseen un solo cuarto, en general de grandes dimensiones, que a veces está ampliado del lado de la fachada principal por un posible pórtico.

Los conjuntos del tipo A son mucho más originales. En su versión completa constan de tres elementos más o menos pegados el uno al otro (en la figura 5 se ilustra el grupo A de Camposanto, mientras que en la figura 4, el grupo A de Los Nogales sería otro caso del mismo tipo): un salón con atrio central circundado por pilares rectangulares o en L (en las esquinas), con acceso desde el exterior por una sola puerta (en el grupo A de Los Nogales, A3a constituiría el salón, los pilares pudieron haber sido de madera); una estructura de cuartos múltiples reagrupados o alineados según un mismo eje (no todos los cuartos tienen salida hacia el exterior, algunos parecen totalmente cerrados, y tanto éstos como otros podrían haber servido como almacén); finalmente, un gran patio al que dan los otros dos elementos y que queda encerrado por muros a veces imponentes. De este tipo de conjunto, integral o simplificado, localizamos seis ejemplares en la zona de trabajo, pero pudieron haber existido uno o dos más: tres figuran en Los Nogales (grupos A, C y H), dos en Yácata El Ángel (grupos C y H) y uno en Camposanto (grupo A). Representan una unidad arquitectónica hasta ahora no reportada en otras partes. Por supuesto, edificios con cuartos múltiples existen en muchos sitios, incluso en el Bajío (véase en particular el “palacio” de San Bartolo: Castañeda y Cano Romero 1993). El salón con atrio central es una forma conocida en sitios de la cultura Chalchihuites (La Quemada, Alta Vista, Cerro Moctezuma: véanse Hers 1995 y Kelley 1976, 1993). Pero la yuxtaposición de los tres elementos señalados no parece haber sido usada en otros lugares.

Una aclaración más se impone en relación con estos conjuntos, y tiene importancia en el momento de reflexionar sobre sus posibles funciones: los conjuntos de tipo A y de tipo B están, en todos los casos, asociados, es decir, cuando se encuentra un complejo A, existe en su proximidad al menos un basamento piramidal. Dado

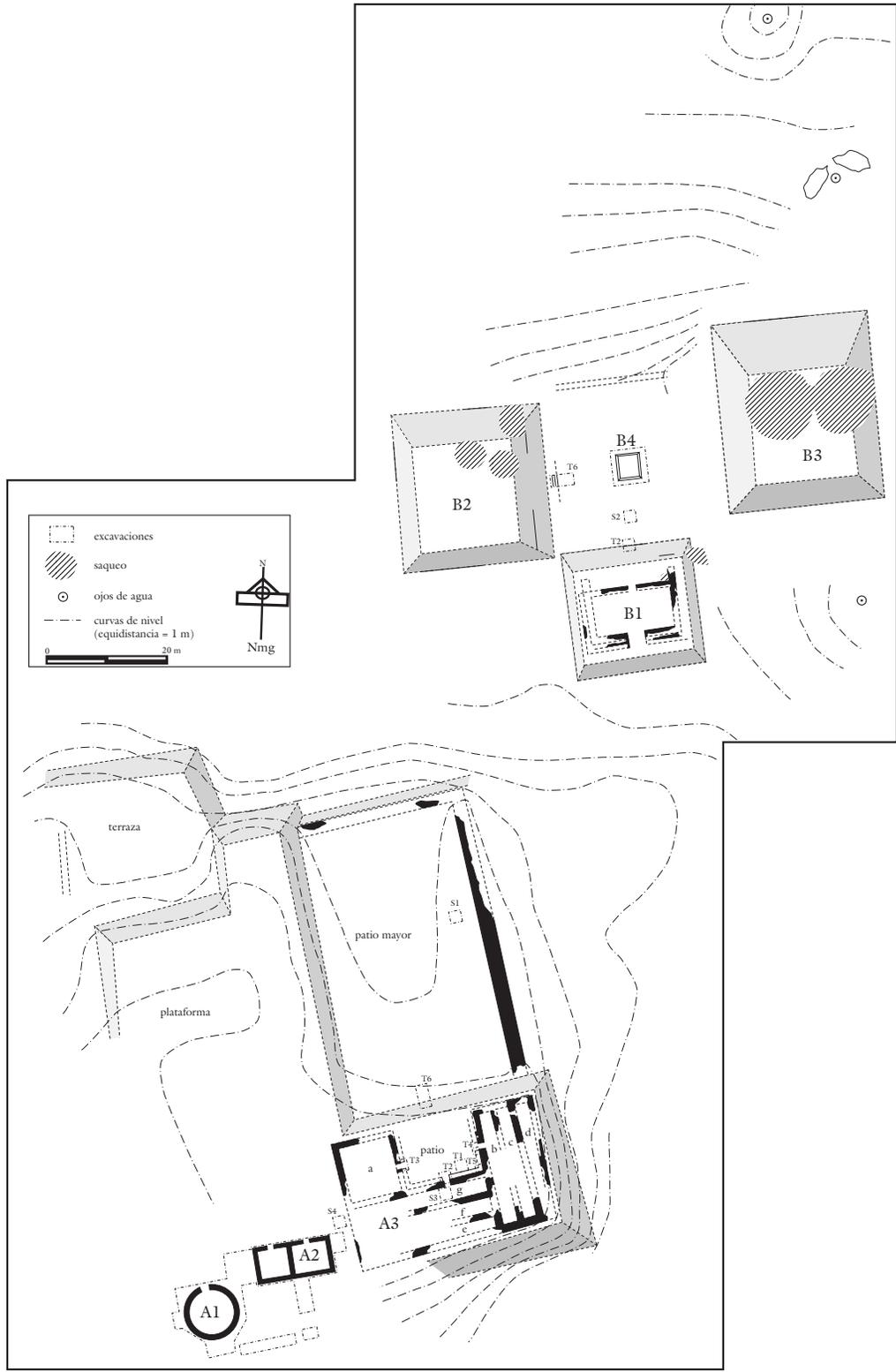


Figura 4. Los Nogales: plano general de los Grupos A y B con ubicación de las excavaciones.

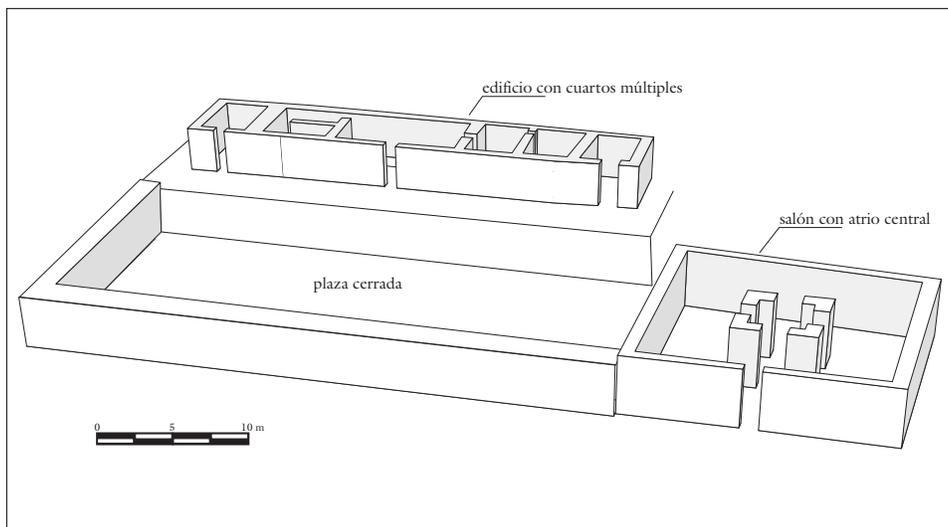


Figura 5. Reconstrucción hipotética basada en el plano del Grupo A de Camposanto.

que las plazas con pirámides deben haber tenido principalmente un papel religioso, es tentador pensar que la función de los conjuntos A habría sido más cívica, económica y/o política. Por el momento, y mientras no tengamos más evidencias, proponemos que se trataba por lo menos de lugares de reunión –tal vez con una connotación militar, si se extrapola la hipótesis de M. A. Hers acerca de los salones Chalchihuites (Hers 1995) de almacenamiento (de víveres en particular).

Las dos funciones que acabamos de mencionar están presentes en otras partes del Cerro Barajas y coincidían probablemente con necesidades básicas de la población. De hecho, existen estructuras de almacenamiento en distintos lugares a veces con forma de sótanos debajo de los cuartos de los edificios (*cf.* en Casas Tapadas el grupo A), o como estructuras independientes subterráneas que aparecen en concentraciones (véase el grupo D de El Moro). En cuanto a la preocupación defensiva, se aprecia en primer lugar en la localización misma de los sitios. Los muros que cierran tanto ciertas plazas ceremoniales como los patios que acompañan los salones con atrio serían, por otra parte, manifestaciones de lo mismo. Pero el caso más claro al respecto es, sin lugar a dudas, el sitio de Los Toriles, el cual casi se reduce a una muralla de más de 600 metros de largo, que alcanza en algunas partes 2.5 m de alto. Esta obra atraviesa de oeste a este el lomo de una cuchilla alta, la cual está protegida en sus demás lados por barrancos empinados (figura 3). Dentro del espacio no se encontró ningún sitio habitacional o ceremonial y de ello se deduce que la muralla fue edificada (quedando tal vez sin terminar) para acomodar una zona de refugio para los habitantes de los sitios que se encuentran más abajo.

En resumen, y a pesar de que falta todavía mucho para conocer a fondo estos sitios de la fase Barajas, son ya sustanciosos los elementos que hablan de la originalidad de estos asentamientos, una originalidad que necesita ser interpretada.

¿UN ABANDONO RÁPIDO Y ORGANIZADO?

El final de la ocupación Barajas parece haber tomado la forma de un abandono masivo del cerro. Como se mencionó más arriba, la ocupación que sigue a esta fase, en el Posclásico temprano, es sumamente reducida, y tal disminución no se puede explicar más que por un desplazamiento de buena parte de la población Barajas. Los datos relacionados con las modalidades del abandono son limitados, aunque algunos de ellos nos parecen significativos. Primero, a diferencia de lo que ocurrió en el final de la fase Nogales, no tenemos ahora evidencia alguna que permita pensar en un acontecimiento violento. Otros datos sugieren, por el contrario, que fue un acto concertado y bien organizado: de hecho, observamos que las puertas de varios edificios se tapiaron cuidadosamente de manera que éstos se volvieron inservibles (figura 6). En realidad este indicio hace pensar en un ritual de clausura anterior al abandono.

CONCLUSIÓN

Las investigaciones recientes realizadas en el Cerro Barajas aportan datos nuevos de gran interés acerca de los cambios que afectaron el suroeste de Guanajuato al final del



Figura 6. Nogales, Grupo E, Estructura E1: puerta de acceso antiguamente tapiada.

primer milenio. Estos cambios están claramente relacionados con procesos migratorios y con el desplome de la frontera septentrional de Mesoamérica. Recordemos que en el siglo XVI, los territorios localizados al norte del río Lerma formaban parte del dominio de los cazadores-recolectores nómadas guamares y guachichiles (figura 1). Los datos obtenidos muestran que estos cambios importantes que implicaron desplazamientos de población y reorganizaciones socio-políticas empezaron alrededor de 750 dC. El sitio de Nogales y los asentamientos con los cuales está asociado constituyen indudablemente una manifestación cultural original en el Bajío, donde prevalece en particular la tradición de los patios hundidos (para no ir muy lejos del Cerro Barajas véanse los sitios de Plazuelas: Juárez 1999; Castañeda 2000; y Peralta: Cárdenas 1999). Dicha manifestación en realidad integra a la vez elementos locales y rasgos que demuestran una clara filiación nortea. El caso de los salones con atrio es elocuente al respecto, y este tipo de construcción permite definitivamente vincular los sitios del Barajas con la cultura Chalchihuites. Por otro lado, es interesante notar que en diferentes aspectos, la arquitectura del Cerro Barajas parece prefigurar lo que existirá más hacia el sur en tiempos más o menos posteriores. Se piensa en particular en el sitio de San Antonio Carupo (en la vertiente sur del río Lerma): su ocupación principal corresponde a los inicios del Posclásico (fase Palacio); tiene arquitectura de lajas y comprende un salón-atrío con pilares rectangulares y pórtico externo (Faugère-Kalfon 1991; 1993). En una época más tardía aún, y a pesar de claras diferencias, no podemos dejar de recordar que en el malpaís de Zacapu (véase el trabajo dedicado a este tema en el mismo simposio), encontramos datos que sugieren cierta filiación: citemos el empeño en el uso de revestimientos de lajas en los basamentos piramidales, la existencia de templos con pórticos, la importancia de los edificios de reunión en los espacios cívico-ceremoniales (salones-atríos en Barajas, “casas grandes” en el malpaís), la localización de los sitios en zonas protegidas contra posibles ataques y la realización de verdaderas obras defensivas o el uso bien difundido de estructuras de almacenamiento a veces agrupadas en áreas especializadas. Sería raro que estos elementos compartidos constituyeran meras coincidencias. Sin embargo, las hipótesis más o menos implícitas que presentamos aquí necesitarán en el futuro ser puestas a prueba a través de nuevas investigaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- BRANIFF, B.
1999 *Morales, Guanajuato, y la tradición tolteca*. Colección científica 395, INAH, México.
- CÁRDENAS, E.
1999 *El Bajío en el Clásico*. El Colegio de Michoacán, Zamora.
- CASTAÑEDA, C.
2000 Las maquetas de Plazuelas, Guanajuato. *Arqueología mexicana* 46: 76-79.

- CASTAÑEDA, C. L. FLORES, C. CONTRERAS, A. M. CRESPO Y J. C. SAINT-CHARLES
 1988 Interpretación de la historia del asentamiento en Guanajuato, *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro-occidente de México, Cuaderno de Trabajo 1*. INAH, Querétaro: 321-355.
- CASTAÑEDA, C. Y Y. CANO ROMERO
 1993 La arquitectura monumental de San Bartolo Agua Caliente, *Cuadernos de arquitectura mesoamericana* 25: 65-72.
- COURAU, J. P., D. MICHELET, G. MIGEON Y G. PEREIRA
 2000 Informe de los trabajos de campo realizados en el Cerro Barajas, Guanajuato, junio de 1999, 27 de octubre-21 de noviembre de 1999. Centro francés de estudios mexicanos y centroamericanos/Unidad de investigación Archéologie des Amériques del CNRS, Archivo técnico del INAH.
- FAUGÈRE-KALFON, B.
 1991 San Antonio Carupo (centro-norte de Michoacán, México): nuevas evidencias de ciertas transformaciones en el inicio del Postclásico, *Journal de la Société des Américanistes* 77: 45-61.
 1996 *Entre Zacapu y Río Lerma: culturas en una zona fronteriza*. Cuaderno de Estudios Michoacanos 7, CEMCA, México.
- HERS, M. A.
 1995 Las salas de columnas en La Quemada, B. Dahlgren y D. Soto de Arechavaleta (eds.) *Arqueología del norte y occidente de México. Homenaje al Doctor J. Charles Kelley*. UNAM, México: 93-113.
- JUÁREZ COSSÍO, D.
 1999 Exploraciones en San Juan el Alto, Municipio de Pénjamo, Guanajuato, *Arqueología* 22: 41-68.
- KELLEY, J. C.
 1976 Alta Vista: outpost of Mesoamerican empire on the tropic of Cancer, *Las fronteras de Mesoamérica. xiv Mesa Redonda 1*. SMA, México: 21-40.
 1993 Archaeological excavations at Alta Vista, Chalchihuites, seasons of 1991-1993: a project of INAH and the State of Zacatecas. A preliminary report on the excavations with a provisional revision of the Chalchihuites sequence and taxonomy. Ponencia preparada para el seminario de arqueología "Perspectivas sobre la arqueología de la periferia septentrional de Mesoamérica", Zacatecas.
- MICHELET, D.
 1993 La cerámica de las Lomas en la secuencia cerámica regional, C. Arnauld, P. Carot y M. F. Fauvet-Berthelot, *Arqueología de las Lomas en la cuenca lacustre de Zacapu, Michoacán, México*. Cuaderno de Estudios Michoacanos 5, CEMCA, México: 149-155.

MICHELET, D., G. MIGEON Y G. PEREIRA

- 2001 Informe de los trabajos de campo realizados en el Cerro Barajas, Guanajuato, 23 de octubre-26 de noviembre de 2000. Centro francés de estudios mexicanos y centroamericanos/Unidad de investigación Archéologie des Amériques del CNRS, Archivo técnico del INAH.

MIGEON, G., D. MICHELET Y G. PEREIRA

- 1999 Informe de los trabajos de campo en el Cerro Barajas, Guanajuato, 28 de octubre-25 de noviembre de 1998. Centro francés de estudios mexicanos y centroamericanos/Unidad de investigación Archéologie des Amériques del CNRS, Archivo técnico del INAH.

PEREIRA, G.

- 1999 *Potrero de Guadalupe: anthropologie funéraire d'une communauté pré-tarasque du nord du Michoacan, Mexique*. BAR International Series 816, British Archaeological Reports, Oxford.

PEREIRA, G., G. MIGEON Y D. MICHELET

- en prensa Archéologie du massif du Barajas: premières données sur l'évolution des sociétés préhispaniques du sud-ouest du Guanajuato, *Journal de la Société des Américanistes* 87.

SÁNCHEZ CORREA, S.

- 1993 Comentarios sobre algunos sitios arqueológicos localizados en el suroeste de Guanajuato, *Cuadernos de arquitectura mesoamericana* 25: 51-57.
1995 La Gavia, Guanajuato: aproximación al desarrollo cultural de una porción del Bajío noroccidental. Tesis de licenciatura, ENAH, México.

ZEPEDA, G.

- 1988 Nogales: fortaleza tarasca en el estado de Guanajuato, *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro-occidente de México*. Cuaderno de Trabajo 1, INAH, Querétaro: 299-306.

LA LLEGADA DE LOS *UACÚSECHAS* A LA REGIÓN DE ZACAPU, MICHHOACÁN: DATOS ARQUEOLÓGICOS Y DISCUSIÓN

Dominique Michelet*
Grégory Pereira*
Gérald Migeon*

INTRODUCCIÓN

Según los datos proporcionados por la *Relación de Michoacán*, la llegada de un grupo chichimeca a la región de Zacapu durante el siglo XIII, marca el inicio de un proceso sociopolítico que culminó, dos siglos más tarde, con el auge del reino tarasco. Dichos chichimecas, quienes se auto-nombraban *uacúsecha* (es decir “águilas”), exaltaban su origen norteño y sus cualidades de cazadores y de guerreros. El trabajo desarrollado por el CEMCA entre 1983 y 1996 en el sector de Zacapu aportó mucha información acerca de la evolución en el poblamiento de la zona entre el Epiclásico y el Posclásico tardío, lo que permite matizar el relato etnohistórico.

En este trabajo se revisarán los cambios que ocurrieron ahí alrededor de 1250 dC y que se pueden relacionar con la llegada de los *uacúsechas*, evocando en particular los patrones de asentamiento, algún material mueble, así como los datos funerarios. El objetivo es apreciar y tratar de entender mejor qué pasó realmente en el centro-norte de Michoacán hacia aquellas fechas.

Son bien conocidas las primeras frases de la narración solemne que cada año, durante la fiesta de las flechas (*Equata cónsquaro*), el sacerdote mayor de los p'urhépecha (el *petámuti*) hacía de los orígenes del poder de su rey y de “cómo empezaron a poblar los antecesores del *çaçonçi*” para retomar el título del segundo capítulo de esta parte de la *Relación de Michoacán*:

[nuestro dios Tirépenie Curícaueri] *empenzó su señorío donde llegó al monte llamado Virúguarapexo, monte cerca del pueblo de Çacapo tacánendan. Pues pasándose algunos días, como “llegó” aquel monte, supieronlo los señores llamados Zizánvanachan. Éstos que aquí nombro eran señores en un pueblo llamado*

* Centre National de la Recherche Scientifique, Francia y Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México

Naranjan *cerca desta cibdad. [...] los antecesores del caçonçi “vinieron” a la postre a conquistar esta tierra y fueron señores della. Extendieron su señorío y conquistaron esta Provincia que estaba primero poblada de gente mexicana, naguatatos, y de su misma lengua* [a las comillas son nuestras].¹

En numerosos pasajes más adelante en el mismo relato, no faltan las moniciones, ni tampoco las anécdotas, que presentan a estos recién llegados como gente diferente, guerreros más o menos nómadas y cazadores, en marcado contraste con los pueblos agrícolas y pescadores que habitaban la región antes de su llegada (entre otros comportamientos al parecer inéditos, cortan incansablemente madera para proveer de leña los fogones rituales en homenaje a su dios tutelar y persiguen venados en los cerros para flecharlos y ofrendarlos a su divinidad). La palabra aparece en la **Relación**; estos *uacúsecha* (“águilas”) reivindicaban su calidad de “chichimecas”.

En varios trabajos anteriores (Arnauld y Michelet 1991; Michelet 1988, 1996, 1999) hemos confrontado esta historia de la puesta en marcha de una nueva organización sociopolítica en el Michoacán de los últimos tiempos antes de la Conquista tal como la perpetuó la máxima fuente etnohistórica autóctona, con los datos arqueológicos conservados en las inmediaciones de la ciudad de Zacapu (figura 1) y estudiados a través de dos proyectos sucesivos del CEMCA: Michoacán I (1983-1987) y Zacapu-Michoacán III (1993-1996). Si, por un lado, se observaron en esta zona cambios importantes fechados alrededor de 1250 dC que bien podrían explicarse por fenómenos migratorios, quedó también patente que las novedades detectadas, de ninguna manera pueden atribuirse a poblaciones de cazadores-recolectores nómadas inexpertos en los detalles de la vida sedentaria al estilo general mesoamericano. En las líneas siguientes quisiéramos repasar sintéticamente las evidencias disponibles que caracterizan la fase local, que nosotros llamamos “Milpillas” (1250-1450 dC), y que la diferencian de los periodos precedentes. Tal vez este nuevo examen nos permita matizar ciertas interpretaciones que hasta ahora propusimos acerca de las transformaciones que se dieron en los alrededores de Zacapu por aquellas fechas. En el estado actual de los conocimientos, dichas transformaciones conciernen a cuatro renglones distintos, pero complementarios, del registro

¹ Citamos aquí el texto de la **Relación** siguiendo la edición que publicaron en 2000 el Gobierno del Estado de Michoacán y el Colegio de Michoacán A. C., con paleografía de C. Martínez Ibáñez y C. Molina Ruiz (véase también la edición de 1956). El glosario de voces p'urhépecha que aparece en la misma edición y que fue establecido por P. Márquez Joaquín registra como significado de las palabras *Viríguarapexo* “a espaldas del cerro boludo o en forma de pelota” y *Çacapo tacánendan* “donde hay piedra que tiene heno”, según el **Diccionario grande**, o “donde está lleno de agua adentro”, según Seler. Para este último autor, estos nombres aludirían a lo que habría conferido especial fama al pueblo de Zacapu: el pequeño volcán con lago de cráter perfectamente circular hoy conocido con el nombre de La Alberca y que se ubica a 9 km al norte. Sea lo que sea, no se puede poner en tela de juicio que la **Relación** sitúa en las afueras de la ciudad de Zacapu este primer episodio de la historia de los que llegarán a dominar el pueblo p'urhépecha.



Figura 1. Ubicación del malpaís de Zacapu y de otros sitios importantes de la región.

arqueológico: la red de asentamientos, algunas particularidades de la arquitectura, los artefactos y el mundo funerario.

LA REORGANIZACIÓN DEL PATRÓN DE ASENTAMIENTO

Sin lugar a dudas es el elemento que más impacta cuando uno compara la fase Milpillas con las fases que la anteceden enfocándose en las cercanías de Zacapu y, más particularmente, en el conjunto de derrames de lava relativamente recientes, ubicados al oeste-noroeste de esta ciudad (este “malpaís de Zacapu” cubre una superficie de más o menos 50 km²) (Figura 2).

En realidad, entre los 18 sitios allí registrados, las huellas de ocupación anteriores a 1250 dC son muy modestas, y más aún después de las verificaciones que se efectuaron en el marco del proyecto Zacapu-Michoacán III (Michelet, Migeon y Pereira 1994, 1995). De hecho, el sitio Mich. 321 (Yácata La Ordeña) es el único de este sector con una ocupación exclusivamente del Epiclásico (remontaría a los años 800-900 dC), y es pequeño, a pesar de comprender un basamento piramidal

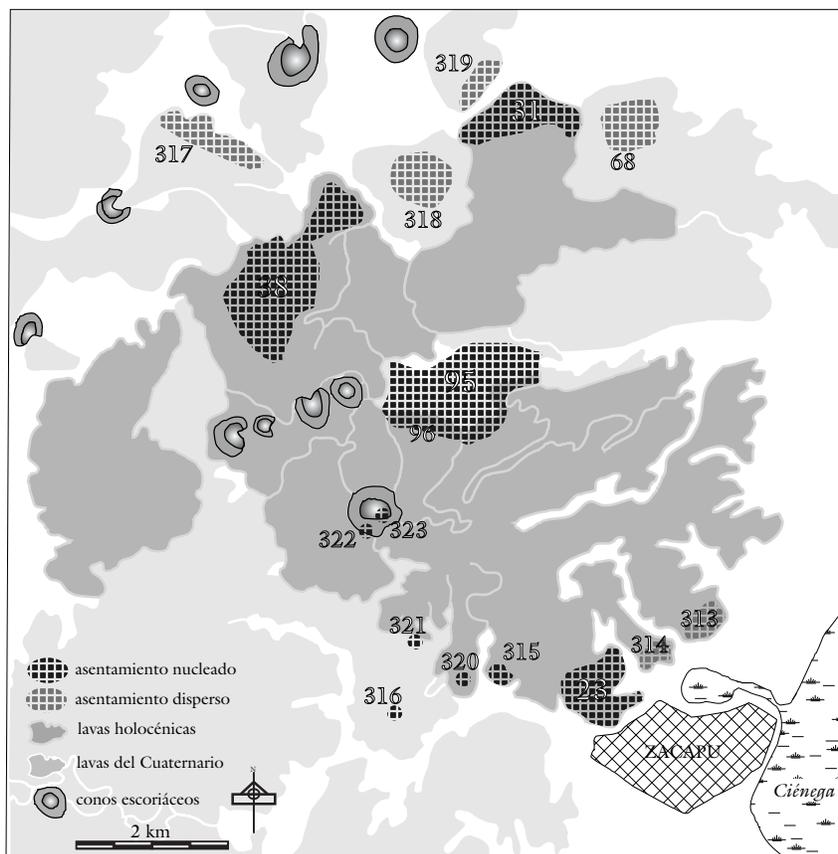


Figura 2. Distribución de asentamientos prehispánicos del malpaís de Zacapu.

de 17.5 x 16.25 m en su base, con una altura que varía de 6 a 7.5 m en relación con las plazas vecinas. Algunos tiosos fechados del Clásico también se recogieron en los sitios Mich. 322, 316, 162 y 317, pero no pueden indicar más que una leve presencia humana en estos lugares; sorprende, sin embargo, la cancha de juego de pelota localizada en Mich. 316 cuya construcción se fecharía hacia el final del Clásico: se trata de un monumento aparentemente aislado en aquella época, sin otras estructuras monumentales o zona habitacional en su proximidad.

Durante la fase Palacio, la cual corresponde al Posclásico temprano (entre 900 y 1250 dC), los indicios de ocupación son un poco más numerosos: en 5 sitios, de tamaño pequeño a mediano (Mich. 315, 314, 313, 318 y 320) se encontraron colecciones cerámicas de superficie que nos inducen a considerar que estuvieron habitados en aquel entonces; en el caso de los tres últimos no hallamos tiosos de otras épocas, lo que sugiere que su ocupación estuvo limitada a esta fase. Por otra parte, unos cuantos edificios de los grandes asentamientos que son Mich. 23 y Mich. 95 parecen haber sido construidos en la fase Palacio: tal sería el caso de las dos canchas

de juego de pelota de Mich. 23 (El Palacio-La Crucita) –pudimos comprobar esta hipótesis para la cancha sureste, la cual es del tipo cerrado, tiene una orientación oeste-este y posee un patio central de más o menos 43 m de largo por 6.5 m de ancho. Ahora bien, aunque el número de sitios con índices –a veces discretos– de ocupación creciera un poco durante la fase Palacio (7 contra 5), lo que pasa en la fase Milpillas es definitivamente de otro orden.

En esta época, ya no solamente son 11 los sitios ocupados (Mich. 322, 315, 23, 314, 96, 95, 68, 31, 317, 38 y 316); además el tipo de ocupación es, en el caso de 6 de ellos, de una magnitud nunca alcanzada en épocas más antiguas en toda la región, desde Zacapu hasta el río Lerma. Veamos: Mich. 31 (El malpaís Prieto), según la prospección integral de la que fue objeto, abarca unas 50 hectáreas y cuenta en esta superficie con casi 1 000 cimientos de casas y 14 templos-pirámides. Mich. 38 (El Infiernillo-El Copalillo) es más extenso aún (figura 3): cubre 140 hectáreas en las que se contabilizaron 1150 casas habitacionales y 22 templos-pirámides. Los sitios gemelos Mich. 95 y 96 (Milpillas y malpaís de Milpillas), localizados uno al

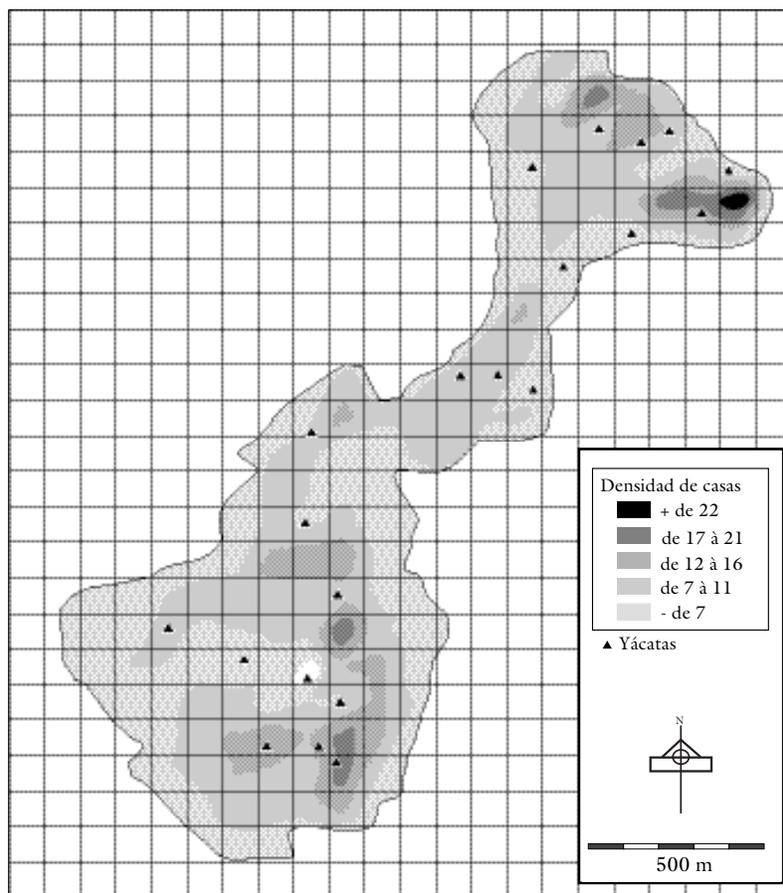


Figura 3. Distribución general de las estructuras en el sitio del Infiernillo (Mich. 38).

lado del otro, pero en dos coladas distintas y por lo tanto a alturas diferentes, se extienden en un área total un poco superior a 100 hectáreas; allí existen más de 800 edificios residenciales y 17 pirámides. En cuanto a Mich. 23, ha sufrido muchas destrucciones por estar situado en la orilla de la ciudad colonial y moderna de Zacapu, y por ende no se prospectó de manera intensiva; no obstante, pudimos comprobar que debe haber cubierto antaño un espacio aproximado de 50 hectáreas, superficie sobre la cual se aprecian todavía 6 basamentos piramidales (Michelet 1998).

La construcción de miles de edificios en el malpaís de Zacapu, poco después de 1250 dC, constituye entonces un proceso tanto repentino como novedoso en varios de sus aspectos: fue la primera –y última– vez que esta porción de territorio, en realidad poco acogedora, estuvo habitada, y la forma casi urbana de los más grandes asentamientos (Mich. 31, 38, 95-96 y 23) fue una innovación absoluta en la región. Dado que el desarrollo de estos sitios no pudo ser producto del crecimiento natural de los diminutos y escasos asentamientos cercanos fundados con anterioridad, forzosamente el poblamiento del malpaís de Zacapu fue un acto de colonización, el cual implicó el desplazamiento de poblaciones.² Cabe señalar de una vez que la ocupación de las aglomeraciones mayores del malpaís de Zacapu terminó igualmente de manera bastante brusca, y tomó, según parece, la forma de un abandono poblacional, con excepción de Palacio (Mich. 23). Efectivamente en estos sitios no se encontró cerámica representativa de la última fase prehispánica tarasca, la que H. Pollard denomina Tariácuri (Pollard 1993); esto coincidiría con el hecho de que el fechamiento mediante ¹⁴C más reciente que conseguimos en Mich. 95 no es posterior a 1446 dC una vez calibrado. Por otra parte, en muchos de los cimientos de casas que se excavaron, notablemente en el “barrio B” de Mich. 95, se observó un ritual de matanza de los fogones domésticos, generalmente la quiebra de las tres piedras cilíndricas del *tenamaztle-panaqua* destinadas a soportar los recipientes para cocer. Finalmente, en la visita de Caravajal de 1523, no hay mención de concentraciones importantes de población en el sector, salvo las 45 “casas” que este testigo reporta para una localidad que él llama Tescalco (“lugar de piedras”), es decir Zacapu (“piedra”), y que proponemos identificar con el sitio Mich. 23.

Acerca del primer fenómeno detectado (el desarrollo rápido de sitios importantes en el malpaís de Zacapu, y más generalmente en la parte sur de la región de trabajo), ya se comentó que las investigaciones encabezadas por B. Faugère (Faugère-Kalfon 1996) en la vertiente del Lerma, la cual se extiende justo al norte del área de Zacapu, permitieron evidenciar un cambio en la red de asentamientos de dicha zona casi perfectamente inverso de lo que pasó en el malpaís. Allí en efecto, el auge poblacional se dio durante la fase Palacio (44 lugares ocupados, descontando las cuevas), mientras que en la fase siguiente la cantidad de sitios se redujo drástica-

² Aun si nuestros comentarios enfocan aquí el malpaís de Zacapu, no se puede pasar por alto que, durante la fase Milpillal, toda la franja meridional de la región de los proyectos del CEMCA conoció un incremento de sitios y de población: eso es particularmente notable en la parte al sur y al sureste del ex-lago de Zacapu y, de manera un poco menos marcada, en la porción oeste de lo que designamos como la “zona sierra” (véanse Migeon 1998; Arnauld y Faugère-Kalfon 1998, figuras 7 y 8).

mente (16 y 6 cuevas); más allá de estas cifras un poco burdas se puede añadir que la ocupación Milpillitas de varios de los sitios de esta zona parece muy tenue.

El cotejo de las secuencias ocupacionales en ambas zonas nos llevó naturalmente a pensar que al menos una parte de la población nueva que vino a establecerse en el malpaís de Zacapu procedía tal vez de los sitios que por las mismas fechas quedaron desocupados en la zona vertiente del Lerma. Sin embargo, no hay que descartar la posibilidad de la llegada de otra gente de más al norte,³ sobre todo para dar cuenta de las innovaciones que aparecen tanto en la arquitectura como en los artefactos. En realidad, algunos elementos nuevos ya eran perceptibles en la zona vertiente del Lerma en la fase Palacio, pero eran limitados y no se pueden tomar como precursores de todo lo que se observa en los sitios del malpaís.

CAMBIOS Y CONTINUIDAD EN LA ARQUITECTURA Y LOS ARTEFACTOS

Si, como acabamos de ver, la red de asentamientos en la región de Zacapu se modifica sustancialmente en el siglo XIII, no faltan las evidencias de transformaciones en otras ramas. Aquí sólo insistiremos en algunos de estos rasgos aparentemente característicos de la fase Milpillitas. Empecemos por los sitios mismos, su organización, sus componentes y ciertas particularidades arquitectónicas (Migeon 1990; Michelet, Ichon y Migeon 1988):

– En los sitios anteriores al Posclásico medio, las estructuras, ya sea monumentales o más chicas (¿residenciales?), se organizan comúnmente alrededor de plazas o patios más o menos ortogonales. En cambio, si bien las partes público-ceremoniales de los asentamientos de época Milpillitas se centran en plazas, la distribución de los demás edificios parece a menudo más confusa y más individualista, por así decirlo, hablando en especial de las áreas habitacionales (figura 4).

– Los grandes asentamientos del malpaís de Zacapu están formados, según parece, por la reunión de varios “barrios”, los cuales no presentan, en la mayoría de los casos, límites claros, ni tampoco probablemente tamaños comparables, pero todos giran en torno a una unidad cívico-ceremonial estándar: este tipo de arreglo y esta yuxtaposición de barrios es, en el estado actual de la documentación, sin antecedente.

– Cada uno de los centros públicos de los sitios tardíos contiene en primer lugar un basamento piramidal, el cual da a una plaza bien definida. En ésta se encuentra uno o más altares, mientras que la bordea también una o varias “casas grandes” con función seguramente no-residencial. Si pirámides y altares son comunes en la región desde el Clásico, el último tipo de edificio (las “casas grandes”) no ha sido reportado en sitios pre-Milpillitas.

³ Por supuesto, en el Posclásico medio la zona de la vertiente no es la única en donde una mayoría de sitios con arquitectura quedaron vacíos. Este fenómeno de abandono afecta, como es bien sabido, también y probablemente de manera más temprana, a las zonas situadas al norte del río Lerma. Véase en particular el caso de los asentamientos del Cerro Barajas presentado en otro trabajo del mismo seminario.

A la inversa, en los sitios del Posclásico medio-tardío, aun en los más grandes, aparentemente nunca se construyó cancha de juego de pelota (Taladoire 1989). Las que se hallan en Mich. 23 y Mich. 95 se remontan, como ya se dijo, a épocas anteriores y solamente siguieron en uso, a veces con pequeñas modificaciones.

– Los basamentos piramidales a partir del Posclásico medio son de planta rectangular; en cambio los del Clásico-Epiclásico son cuadrados (figura 4). En consecuencia, los templos, cuyos cimientos se dejan apreciar son edificios estrechos y alargados, dotados, en ocasiones, de un posible pórtico del lado de su fachada principal.

– Los basamentos piramidales y los altares en estos sitios, frecuentemente poseen muros de paramento hechos de lajas chiquitas, y eso hasta en lugares donde este material no aflora naturalmente. Esta manera de realzar los edificios importantes parece ser una práctica constructiva con significado estético y/o simbólico.

– En varios asentamientos de la fase Milpillas, en particular en los más grandes, hay construcciones, enterradas o sobre el suelo, que parecen haber sido destinadas al almacenamiento. Esta categoría de estructura no se ha observado mucho en sitios más antiguos.

– Finalmente, los sitios tardíos manifiestan, tal vez más que en el pasado, una preocupación por protegerse de eventuales ataques de enemigos. En algunas partes una posición naturalmente defensiva ha sido simplemente reforzada por algunas obras (véanse las altas terrazas de Mich. 31 por ejemplo); pero en otros lugares se construyeron verdaderos sistemas *ad hoc*: en la sección más alta de Mich. 68, por ejemplo, existe un muro ancho que delimita un recinto en el interior del cual la población podía refugiarse en caso de necesidad.

Si pasamos ahora de estos datos relativos a los edificios, en lo que concierne a los artefactos encontramos también una serie de particularidades que vale la pena catalogar y comentar brevemente.

En trabajos anteriores (véase en particular Michelet, Arnauld y Fauvet-Berthelot 1989: 76-77), hicimos hincapié en la continuidad de los complejos cerámicos próximos en el tiempo: "... en ningún momento, tenemos la impresión de que una tradición hubiera sustituido bruscamente a otra". Tal es, de hecho, el caso de los complejos Palacio y Milpillas. Podemos apuntar a este respecto, por ejemplo, que la loza cerámica más burda (el *Zacapu burdo*) sigue siendo casi la misma de un periodo al otro, aunque algunas formas no existen más que a partir del Posclásico medio (en particular los recipientes cerrados con paredes caladas, probablemente sahumadores). También es notable la persistencia de la loza Hornos con muy pocas variantes. Del lado de los monocromos finos –mayoritariamente de color café–, la loza Milpillas reemplaza la loza Palacio, y eso corresponde efectivamente a un cambio neto: de mayor a menor espesor en las paredes y de formas de cajete variadas, aunque las más de las veces compuestas, a un perfil casi único: el de los cuencos en casquete esférico. Ahora bien, la novedad principal dentro del complejo Milpillas en relación con la cerámica Palacio, es la aparición de una loza decorada con pintura y bruñida, la cual, a pesar de ser poco abundante, se expresa en formas diversas e

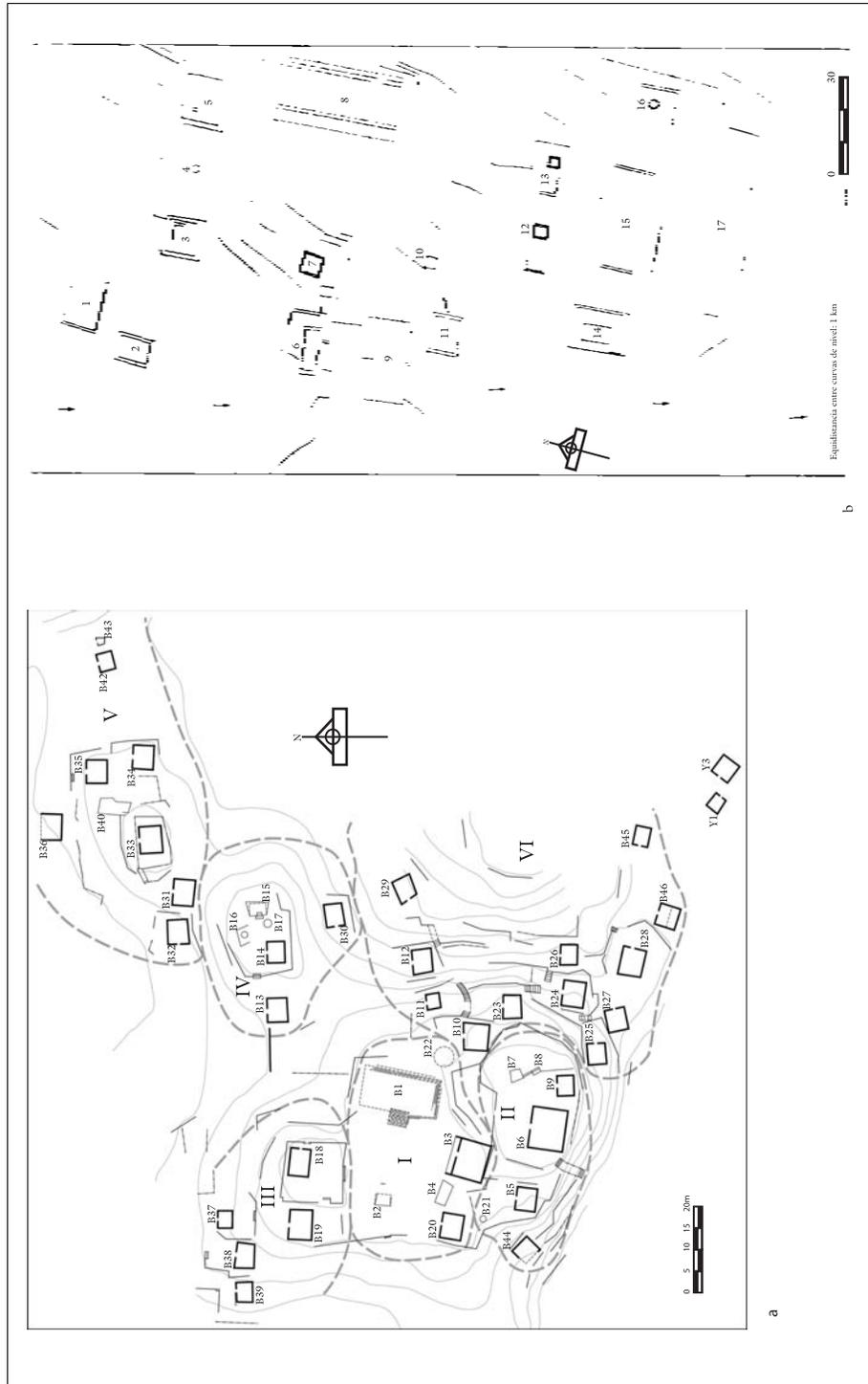


Figura 4. Comparación entre (a) el barrio B de Milpillás (Mich. 95) y (b) el sitio epiclásico de Yácata el Metate (Mich. 51, según Faugère-Kalfon 1996).

inéditas. Esta categoría que llamamos Malpaís y que comprende varios tipos, en realidad reanuda una tradición de decoración pintada, a veces tricroma, que existía en la fase Loma Alta, es decir, aproximadamente hacia el siglo v, y que se había perdido después.

Además de los recipientes, otra clase de artefacto cerámico distintivo de la fase Milpillas son las pipas. También son exclusivos de este periodo tardío los objetos de metal, ya que hasta ahora, ninguno se ha encontrado en contexto Palacio. Finalmente, del lado de la industria lítica, la fase Milpillas se evidencia en otra innovación importante (Darras 1998: 83): la aparición “masiva” de navajas prismáticas de obsidiana de fabricación local, es decir, detrás de ellas, la adquisición y el control de un sistema técnico nuevo para la región.

En resumidas cuentas las transformaciones que observamos en un primer momento en el patrón de asentamiento no son las únicas. Alrededor de 1250 dC varios aspectos más de la cultura material también se modifican. Existe indudablemente cierta continuidad, pero en definitiva los cambios prevalecen.

LO QUE NOS DICEN LOS MUERTOS

En los sistemas funerarios encontramos también diferencias marcadas entre el Posclásico medio/tardío y el Epiclásico-Posclásico temprano. Para la zona de Zacapu, los datos que tenemos al respecto proceden básicamente de dos sitios que se trabajaron de forma extensiva. Milpillas, donde se excavó el cementerio del grupo B (Piaux 1989), proporcionó información para el Posclásico medio/tardío. En el sitio de Guadalupe, en cambio, se estudiaron varios conjuntos funerarios que corresponden al Clásico medio, tardío y al inicio del Posclásico (Arnauld, Carot y Fauvet-Berthelot 1993; Pereira 1997, 1999). Los dos sistemas funerarios se distinguen tanto por su ubicación y la forma en que se enterraba a los muertos, como por la organización general de los cementerios (figura 5).

– Aunque en ambos periodos existen áreas funerarias especializadas, es interesante notar que durante el Posclásico medio, la ubicación de los cementerios al pie de la fachada de las yácatas (basamentos piramidales) se vuelve un patrón común. Ese dato está señalado en las fuentes etnohistóricas y fue comprobado por varios trabajos arqueológicos (Piaux 1989: 203).

– Las diferencias en cuanto al tratamiento de los muertos y a la organización de las áreas de entierro son más llamativas aún. En el Epiclásico, los muertos eran objeto de un ritual funerario particularmente complejo que combinaba depósitos primarios y secundarios. Se colocaban en estructuras más o menos elaboradas, pero que en todos los casos generaban un espacio vacío alrededor del difunto. Los individuos más destacados se enterraban en cámaras funerarias múltiples o en tumbas de caja. Los entierros más sencillos eran fosas tapadas con lajas, cuyo espacio interno permanecía vacío durante la descomposición del cadáver. Las áreas funerarias están muy bien organizadas: forman grupos de sepulturas acomodadas alrededor de una tumba central. Cada grupo fue utilizado por varias generaciones, pero a pesar de

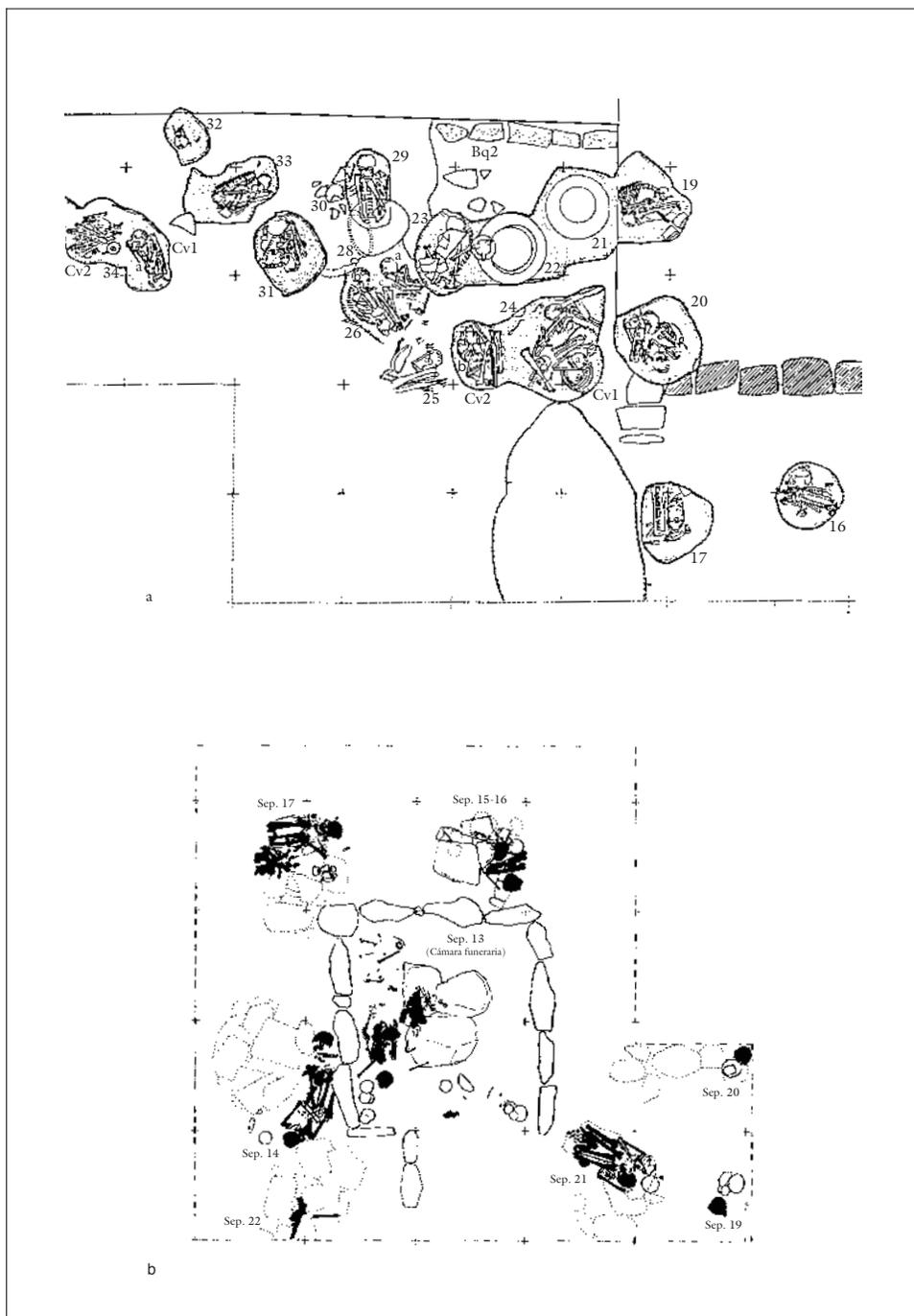


Figura 5. Comparación entre (a) una porción del cementerio del barrio B de Milpillas (Mich. 95, según Puaux 1989) y (b) un conjunto funerario epiclásico (Sector VIII) de Guadalupe (Mich. 215, según Pereira 1999).

esto, rara vez un entierro reciente perturba una sepultura anterior: esto sugiere la existencia de un sistema de señalamiento en la superficie. En el Posclásico medio/tardío, el sistema funerario fue totalmente distinto y se caracteriza por una mayor sencillez: los entierros se realizaban en pequeñas fosas circulares u ovaladas y, a diferencia del periodo anterior, no se usaba piedra para acomodar el espacio sepulcral. Los datos tafonómicos indican que estas fosas se rellenaban muy poco tiempo después de la inhumación, lo que permite decir que se trata de verdaderos entierros directos. Los únicos casos de entierros indirectos son las inhumaciones en grandes urnas que, aunque no tan comunes como los entierros sencillos en fosa, marcan otra característica de esta época. La incineración constituye también una novedad en relación con el Epiclásico y el Posclásico temprano; esta costumbre, que existía en el Preclásico tardío, se reanudó en el Posclásico tardío. No obstante, es importante apuntar que, en contraste con lo que se observa para la fase Loma Alta (Carot 2001), la incineración no fue una costumbre muy difundida; al igual que en otras culturas contemporáneas de Mesoamérica, parece haber sido más bien reservada para algunos individuos destacados de la sociedad. La *Relación de Michoacán* sólo menciona esta costumbre para los funerales del rey. Por su lado, la arqueología indica que la incineración era un tratamiento excepcional (Puaux 1989) ya que son bastante escasas las evidencias de ella (no se encontró en el cementerio de Milpillas, por ejemplo). Falta subrayar las diferencias en la organización espacial de los cementerios. Vimos arriba que los del Epiclásico eran muy estructurados. A la inversa, los del Posclásico parecen más desordenados. Esta impresión se debe seguramente al hecho de que los entierros no se señalaban precisamente en la superficie, lo que provocó continuas perturbaciones de los más recientes en los antiguos.

Ahora bien, las diferencias que marcan el Posclásico medio en el área de Zacapu no solamente se reflejan en el ámbito de las costumbres mortuorias. Conciernen igualmente a las modificaciones óseas intencionales, en particular la deformación craneal. Los datos conseguidos en el área de Zacapu evidencian una evolución cronológica de esta costumbre (figura 6). Durante el Clásico y el Epiclásico, la deformación fue una práctica sumamente difundida: más del 95% de la población excavada muestra señas de esta costumbre. Aunque coexistan varios tipos, notamos una tendencia evolutiva: en la fase Loma Alta predomina el tipo tabular oblicuo; en las fases Jarácuaro y Lupe este tipo desaparece, mientras que el tipo tabular fronto-obélico⁴ se vuelve dominante. Para el Posclásico temprano los datos funerarios son escasos pero los ejemplos que estudiamos indican que la deformación siguió siendo una costumbre común entre los pobladores de la cuenca de Zacapu. En cambio, el Posclásico medio/tardío se caracteriza por una disminución radical de esta costumbre: en el cemen-

⁴ Designamos con este término una variante de la deformación tabular erecta (Pereira 1999: 153-154) en la que el hueso frontal muestra un aplanamiento mientras que la compresión posterior se marca como una depresión ubicada a nivel de obelión. El occipital, que permanece muy convexo, en muchos casos se marca, como una depresión transversal visible en la parte inferior del occipital. Mientras que la compresión anterior parece deberse a la aplicación de una tabla, las modificaciones posteriores parecen provocadas por un sistema de cintas que dan al cráneo un aspecto bilobular.

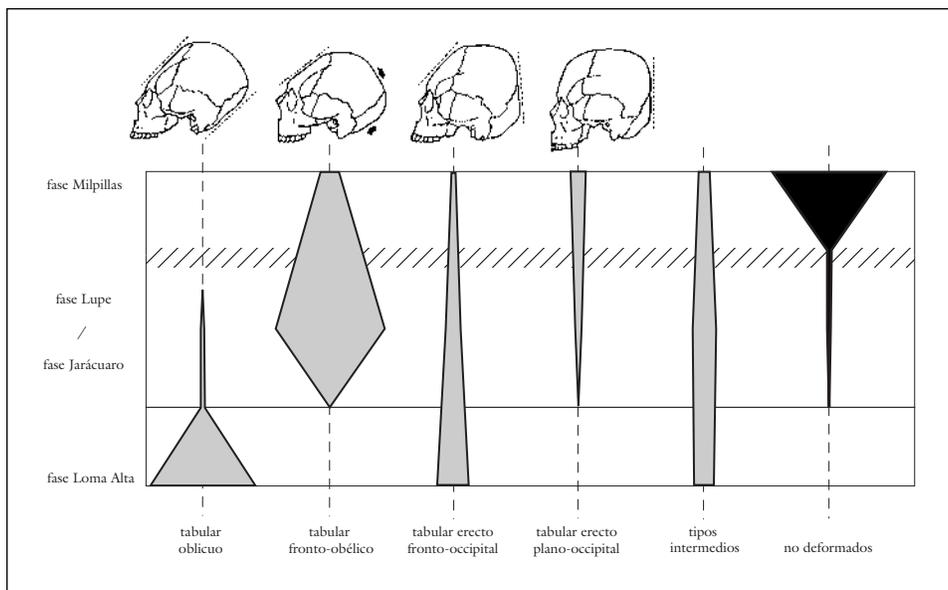


Figura 6. Evolución de la deformación cefálica en la cuenca de Zacapu (100 aC – 1450 dC).

terio de Milpillas (Puaux 1989; Gervais 1989) como en el que Lumholtz (1987: 427) excavó en Mich. 23 a finales del siglo XIX, los cráneos deformados no rebasan el 30% de la población (21% en Milpillas y 29% en Mich. 23),⁵ lo que revela una diferencia tajante con los periodos anteriores. La mayor parte de los individuos enterrados en estos dos cementerios no empleaba esta práctica. Otro dato interesante procede del análisis de los sujetos deformados: en el sitio de Milpillas son básicamente niños o adultos de sexo femenino (7 mujeres contra 1 hombre); en El Palacio aparece tanto en hombres como en mujeres, pero es preciso destacar que varios de los cráneos deformados encontrados en este lugar muestran el tipo tabular fronto-obélico, o sea, el tipo que predomina en el Epiclásico. En otro trabajo (Pereira 1999: 166-168) interpretamos estos cambios proponiendo que buena parte de la población que se asentó en el malpaís de Zacapu probablemente eran inmigrantes portadores de una tradición funeraria distinta a la de los pueblos autóctonos de la cuenca que no acostumbraban deformarse la cabeza. Si esta hipótesis es correcta, la presencia de sujetos deformados podría revelar la presencia en los cementerios del malpaís de representantes de los grupos autóctonos.

Por otro lado, el predominio de adultos femeninos entre los sujetos deformados en el cementerio de Milpillas podría explicarse por las alianzas matrimoniales que los inmigrantes habrían contraído, una vez instalados en la cuenca. Las interpretaciones que adelantamos aquí encuentran efectivamente un eco en la *Relación de*

⁵ Los datos relacionados con la deformación cefálica de los cráneos recolectados por Lumholtz son el resultado de un análisis de esta colección llevado a cabo por G. Pereira en 1998.

Michoacán, donde se sugiere que los grupos “chichimecas” recién llegados a la cuenca de Pátzcuaro no acostumbraban deformarse la cabeza a diferencia de los representantes de la aristocracia local (*Relación de Michoacán* 2000: 511; véase también discusión en Pereira 1999: 166). Por otra parte, esta misma fuente muestra claramente que las alianzas matrimoniales entre los inmigrantes y los pueblos autóctonos fueron frecuentes tanto durante la estancia de los **uacúsechas** en la cuenca de Zacapu como en la de Pátzcuaro. En varias ocasiones las fuentes dicen que los jefes **uacúsechas** tomaron como esposas a las hijas de los señores locales. De esta forma, los recién llegados lograban establecer vínculos con ellos. Las alianzas matrimoniales formaban entonces un vector de integración y de legitimación importante para los inmigrantes.

Obviamente, las hipótesis que acabamos de proponer tendrían que ser comprobadas por investigaciones complementarias. Éstas deberían incluir datos bio-arqueológicos procedentes de otras excavaciones, así como integrar análisis de isótopos y de paleogenética.

CONCLUSIÓN

Al cabo de este ejercicio de revisión y discusión de los datos arqueológicos recabados en la región de Zacapu y relativos a las transformaciones que ocurrieron en los inicios del Posclásico medio, podemos concluir presentando un balance matizado en relación con las interpretaciones que publicamos en años pasados.

Al hablar de una migración como el principio de unos cambios profundos en las sociedades de esta zona en el Posclásico, la *Relación de Michoacán* por supuesto adorna la realidad, pero a la vez indudablemente se apoya en hechos históricos (en cambio Kirshhoff –1956– toma la *Relación* al pie de la letra). Los recién llegados no son verdaderos “chichimeca” –en el sentido estricto de cazadores recolectores nómadas–, sino agricultores sedentarios procedentes de regiones ubicadas más al norte. La arqueología de la región de Zacapu nos muestra que la entrada de esta gente a la comarca se traduce en la aparición de tipos inéditos de asentamientos: más extensos que nunca; corresponden de cierta manera a una nucleación mayor de la población, sin que se observen grandes diferencias sociales; tampoco se nota la emergencia de un poder político muy jerarquizado y/o muy centralizado (al menos no hallamos señas claras de su existencia). Los que viven en estos sitios comparten una cultura que igualmente evidencia aspectos nuevos tanto en los artefactos como en el dominio funerario, aunque existan elementos de continuidad. En realidad, como vimos, uno tiene a veces la impresión de que las poblaciones del Posclásico medio revitalizaron prácticas abandonadas siete siglos antes (Carot 2001). Por otra parte, es más que probable que los pueblos de la época que nos ocupa reagruparon recién llegados y población autóctona, lo que también puede explicar la permanencia de ciertos elementos entre las fases Palacio y Milpillas. La *Relación de Michoacán* finalmente presenta a los inmigrantes como si hubieran constituido un grupo reducido, tal vez un linaje: los

uacúsecha. Pero la arqueología señala que fueron seguramente más numerosos de lo que dice el texto mítico-histórico. La arqueología de esta zona sugiere que parte de ellos podrían proceder del sector vecino en la vertiente sur del Lerma. Pero apuntamos que muchas novedades no tienen antecedentes claros allí; por lo tanto es de suponer que vinieron de más lejos. Ahora bien, la verificación de esta hipótesis implica investigaciones arqueológicas en otras regiones, y de eso precisamente tratan el trabajo de P. Carot y el otro dedicado al Cerro Barajas, Guanajuato, en este mismo libro.

BIBLIOGRAFÍA

- ARNAULD, C., P. CAROT Y M. F. FAUVET-BERTHELOT
1993 *Arqueología de las Lomas en la cuenca lacustre de Zacapu, Michoacán, México*. Cuadernos de estudios michoacanos 5, CEMCA, México.
- ARNAULD, M. C. Y D. MICHELET
1991 Les migrations postclassiques au Michoacan et au Guatemala: problèmes et perspectives, A. Breton, J. P. Berthe y S. Lecoin (coords.) *Vingt études sur le Mexique et le Guatemala réunies à la mémoire de Nicole Percheron*. PUM, Toulouse, Collection Hespérides: 67-92.
- ARNAULD, C. Y B. FAUGÈRE-KALFON
1998 Evolución de la ocupación humana en el centro-norte de Michoacán y la emergencia del Estado tarasco (Proyecto Michoacán, CEMCA), V. Darras (coord.) *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*. CEMCA, México: 13-34.
- CAROT, P.
2001 *Le site de Loma Alta, lac de Zacapu, Michoacán*. BAR International Series 920, British Archaeological Reports, Oxford.
- DARRAS, V.
1998 La obsidiana en la *Relación de Michoacán* y en la realidad arqueológica: del símbolo al uso o del uso de un símbolo, V. Darras (coord.) *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*. CEMCA, México: 61-88.
- FAUGÈRE-KALFON, B.
1996 *Entre Zacapu y Río Lerma. Culturas en una zona fronteriza*. Cuadernos de estudios michoacanos 7, CEMCA, México.
- GERVAIS, V.
1989 Déformations artificielles de crânes préhispaniques au Guatemala et au Mexique. Tesis de doctorado, Université de Caen.

KIRCHHOFF, P.

- 1956 La Relación de Michoacán como fuente para la historia de la sociedad y cultura tarascas, *Relación [...] de Michoacán*. Reproducción facsímil del Ms. C IV 5 de El Escorial con transcripción, introducción y notas por José Tudela, Aguilar, Madrid: XXIV-XXXII.

LUMHOLTZ, C. O.

- 1987 *Unknown Mexico. Explorations in the Sierra Madre and other regions 1890-1898*. Dover Publications Inc., New York, primera edición en 1902.

MICHELET, D.

- 1988 Apuntes para el análisis de las migraciones en el México prehispánico, T. Calvo y G. López (coord.) *Movimientos de población en el occidente de México*. CEMCA/El Colegio de Michoacán, México: 13-23.
- 1996 El origen del reino tarasco protohistórico, *Arqueología mexicana* 19: 24-27.
- 1998 Topografía y prospección sistemática de los grandes asentamientos del malpaís de Zacapu: claves para un acercamiento a las realidades sociopolíticas, V. Darras (coord.) *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*, CEMCA, México: 47-59.
- 1999 L'analyse des sites urbains du malpaís de Zacapu (Michoacan, Mexique): à la recherche des traces d'une organisation socio-politique à la veille de la constitution du royaume tarasque (du XIII^e au XV^e siècle), F. Braemer, S. Cleuziou y A. Coudard (dir.) *Habitat et société. XIX^e Rencontres internationales d'archéologie et d'histoire d'Antibes* Éditions APDCA, Antibes: 223-236.
- 2000 "Yácatas" y otras estructuras ceremoniales tarascas en el malpaís de Zacapu, Michoacán, J. Litvak y L. Mirambell (coord.) *Arqueología, historia y antropología*. In memoriam *José Luis Lorenzo Bautista*. Colección científica 415, INAH, México: 117-137.

MICHELET, D., M. C. ARNAULD Y M. F. FAUVET-BERTHELOT

- 1989 El proyecto del CEMCA en Michoacán. Etapa I: un balance, *Trace* 16: 70-87.

MICHELET, D., A. ICHON Y G. MIGEON

- 1988 Residencias, barrios y sitios postclásicos en el malpaís de Zacapu, *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro occidente de México, Memoria*. Cuaderno de trabajo 1, Centro Regional de Querétaro, INAH, México: 177-191.

MICHELET, D., G. MIGEON Y G. PEREIRA

- 1994 Informe de los trabajos de campo realizados en el malpaís de Zacapu, octubre-noviembre de 1994. Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Archivo técnico del INAH.
- 1995 Informe de los trabajos de campo realizados en el malpaís de Zacapu, octubre-noviembre de 1995. Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Archivo técnico del INAH.

MICHELET, D. Y P. CAROT

- 1998 Arqueología de la región de las cuencas lacustres de Michoacán (1946-1996), *xxiv Mesa Redonda. Antropología e Historia del Occidente de México*. Sociedad Mexicana de Antropología, México: 497-537.

MIGEON, G.

- 1990 Archéologie en pays tarasque. Structure de l'habitat et ethno-préhistoire des habitations tarasques de la région de Zacapu (Michoacan, Mexique) au Postclassique Récent. Tesis de doctorado, Université de Paris I, Paris.
- 1998 El poblamiento del malpaís de Zacapu y de sus alrededores, del Clásico al Posclásico, V. Darras (coord.) *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*. CEMCA, México: 35-45.

PEREIRA, G.

- 1997 Costumbres funerarias y sociedad en el Clásico tardío en la cuenca de Zacapu, Michoacán, *Arqueología* 18: 61-84.
- 1999 *Potrero de Guadalupe. Anthropologie funéraire d'une communauté pré-tarasque du nord du Michoacán, Mexique*. BAR International Series 816, British Archaeological Reports, Oxford.

POLLARD, H. P.

- 1993 *Tariácuri's Legacy. The Prehispanic Tarascan State*. University of Oklahoma Press, Norman.

RELACIÓN DE LAS CEREMONIAS Y RITOS Y POBLACIÓN Y GOBIERNO DE LOS INDIOS DE LA PROVINCIA DE MICHOACÁN

- 1956 Reproducción facsímil del ms. C iv 5 de El Escorial. Transcripción de José Tudela, Aguilar, Madrid. Reedición, con estudio preliminar de J. Corona Núñez, Balsal editores, Morelia, 1977, Moisés Franco Mendoza coordinador de edición y estudios, El Colegio de Michoacán A.C./Gobierno del Estado de Michoacán, México, 2000.

PUAUX, O.

- 1989 Les pratiques funéraires tarasques (approche archéologique et ethnohistorique). Tesis de doctorado, Université de Paris I, Paris.

TALADOIRE, E.

- 1989 Las canchas de juego de pelota de Michoacán. CEMCA, Proyecto Michoacán, *Trace* 16: 88-99.

DESPLAZAMIENTOS DE POBLACIONES Y CREACIÓN DE TERRITORIOS EN EL BAJÍO

Rosa Brambila Paz*
Ana María Crespo**

INTRODUCCIÓN

En la arqueología mesoamericanista se plantea con frecuencia que desplazamientos de linajes, de grupos de especialistas e, incluso, de poblaciones completas, fueron causa o efecto de algunos procesos de cambio; tácitamente se acepta que los movimientos de población son parte estructural de la dinámica mesoamericana. A pesar del registro de contactos entre pueblos, desde los inicios de la agricultura hasta el surgimiento del poderío mexica, poco se ha avanzado en la reflexión de ese tipo de fenómenos. Los etnohistoriadores hacen incursiones recurrentes en este terreno con base en documentos escritos que describen los dos o tres últimos siglos de la historia de Mesoamérica. Estos documentos concentran su temática en regiones como el centro de México, Oaxaca o la zona maya. Los arqueólogos, por su parte, reconocen las manifestaciones materiales de esos desplazamientos tardíos dejando de lado, salvo raras excepciones, los movimientos de grupos agrícolas de por los menos tres mil años de historia. Si bien es cierto que esta laguna es lamentable, también es necesario reconocer que los estudios arqueológicos de las migraciones han hecho aportaciones importantes, como es el incluir, en el panorama del México antiguo, regiones referidas en segundo plano por los testimonios escritos. El ejemplo más sobresaliente se encuentra en los estudios de la zona septentrional de Mesoamérica. En el norte hubo grupos con una gran complejidad social y sobre todo que desempeñaron un papel significativo en el proceso civilizatorio mesoamericano; Odena (1990) considera a este norte como “la cuna de parte de la teogonía y cosmovisión mesoamericana”. Parte de este norte es el Bajío.

* Dirección de Etnohistoria, INAH

** Centro Regional Querétaro, INAH

LAS INVESTIGACIONES DE MOVIMIENTOS DE POBLACIÓN DEL BAJÍO

Desde la arqueología se considera el Bajío como un territorio de convergencia y de atracción de grupos y pueblos a lo largo de su historia antigua. Al mismo tiempo es visto como una de las regiones de expulsión de población más ingentes del desarrollo mesoamericano, al grado de trazar nuevos rumbos en su historia. Esta doble función, de atracción y expulsión de población, está vinculada con su carácter de frontera. Jiménez Moreno (1933) fue el primero en tratar de integrar una historia del poblamiento del centro norte. En sus trabajos registra la presencia de diversos pueblos de raíz nortea, en enclaves regionales: nahuas, otomíes, pames y tarascos, entre otros; y señala la repercusión que conflictos y migraciones tuvieron en la vida prehispánica. Años más tarde, en los sesenta, se hacen incursiones para tratar de ubicar la posición de la región en relación con el centro de México (Braniff 1972). En esta época, los estudios visualizaron al norte como emisor de población y se enfocaron en determinar las causas de las migraciones. Ciertamente, a finales del periodo Clásico hubo un reacomodo de las fuerzas políticas en toda Mesoamérica que se resintió fuertemente en el norte. A partir de la mitad del primer milenio de la era y hasta 1350 dC se detecta un éxodo hacia el centro de México. Para explicar esos repliegues, durante muchos años fue popular la idea de que la entrada de grupos nómadas causó la destrucción de los centros agrícolas. Armillas (1964) expuso que la presencia de grupos nómadas fue más un resultado que una causa. El arqueólogo sugirió como detonador el deterioro de las condiciones ambientales, ya que en el norte el margen de seguridad productiva es limitado, tomando en cuenta el desarrollo de las fuerzas productivas mesoamericanas. Aquellos investigadores también dieron a conocer, en algunos casos, las rutas que siguieron, cómo se movieron y los lugares a los que llegaron, gracias a los documentos escritos.

A finales de los años ochenta, surgió un nuevo problema para estudiar. Los análisis se enfocaron al arribo de los grupos agrícolas a la región y no exclusivamente a su desplazamiento y a las rutas de evacuación. Como transición entre esos enfoques, se cuenta con una periodificación basada en las fluctuaciones de población agrícola registradas en las evidencias arqueológicas. Castañeda y asociados (1989) postulan tres etapas de poblamiento y tres etapas de despoblamiento. Estos antecedentes permiten distinguir en los movimientos de población del Bajío tres elementos básicos: a) el punto de origen, b) el trayecto y c) la región de recepción. A continuación nos vamos a referir a los datos arqueológicos que se han interpretado como la recepción, el arribo de poblaciones que integraron el Bajío dentro del proceso civilizatorio de Mesoamérica.

LAS SOCIEDADES COMPLEJAS EN EL BAJÍO

En el panorama del Bajío, los grupos que vivían dentro de sencillas economías de apropiación y producción, vieron la llegada de las sociedades vecinas, ya jerarquizadas, de Chupícuaro, Teotihuacan, Etzatlán y Tula. La relación de las sociedades

agrícolas con los nómadas permitió la integración de una peculiar expresión de la cultura. En efecto, al adoptar costumbres y expresiones provenientes del contacto entre ambas sociedades se creó una versión regional de la cultura agrícola del sur. Estas relaciones fueron configurando y haciendo de la región un interesante laboratorio de formas de poblamiento, con su propia dinámica de organización del espacio. A manera de metáfora se podría decir que si fuera una representación teatral, sería el desarrollo de un tema con unos personajes en donde aparecen nuevos caracteres, que si bien no cambian el tema, sí le dan otro sentido.

Ahora bien, al (re-)construir las diversas formas de organización del territorio y tomando como eje la política de expansión ejercida por las sociedades aledañas, se pueden distinguir dos elementos fundamentales. El primero se refiere al diseño regional cronológico, y el segundo corresponde a un modelo de desplazamiento en el territorio. Los periodos relevantes del arribo de sociedades agrícolas complejas inician con Chupícuaro y terminan con la expansión imperial de la Triple Alianza y de los tarascos. En este lapso podemos distinguir una fuerte presencia del occidente de México a través de Chupícuaro (500-150 aC) y durante la fase Mixtlán de esa cultura (150 aC-100 dC). También de esas fechas de transición hay presencia del centro de México, así como de las posteriores de Tlamimilolpa y Xolalpan de Teotihuacan (100-550 dC). Al final del periodo teotihuacano una nueva corriente del occidente se hace sentir; en este momento los grupos provienen tanto de Etzatlán (Fases Arenal, Ahualulco y Teuchitlán I, 200 aC-700 dC) como de La Quemada (450 aC-800 dC). Esta época se caracteriza por un reacomodo de población en la región. Con la recomposición del Estado tolteca, otra vez toca al sector central de Mesoamérica ser protagonista, pues se observa el impacto de la expansión del Estado emergente de Tula (fases Prado, Corral y Tollan, 700-1200 dC). El colapso de este centro de población es también marcador del final del poblamiento agrícola del centro norte. El llamado Posclásico tardío (1350-1520 dC) está señalado por la disputa de dos estados antagónicos, el de la Triple Alianza y el tarasco, correspondientes al centro y occidente de Mesoamérica, que iniciaban la recolonización de la región cuando llegaron los españoles.

Respecto a los desplazamientos en el territorio, nos detendremos un poco más. El tema de las migraciones es muy frecuente en la arqueología; recordemos los trabajos ya clásicos de Gordon Childe (1950) sobre migraciones en Europa, el de Graham Clark (1966) sobre la hipótesis “de invasiones” en Gran Bretaña, o bien el de Ammerman y Cavalli-Sforza (1973) sobre la importancia de los movimientos poblacionales en la difusión de la agricultura. No se pueden dejar de lado las críticas del grupo de Adams (1978) a los abusos, por parte de algunos investigadores, al utilizar las migraciones como explicación de todos los fenómenos sociales. En los estudios sobre Mesoamérica abundan las interpretaciones que, implícita o explícitamente, recurren al argumento de movimiento de poblaciones para explicar algunos descubrimientos. Con respecto a la franja norteña se han buscado las causas de los movimientos de los grupos, pero son muy pocas las investigaciones que han abordado las características de esas migraciones.

Desde la arqueología se observa que las formas de interacción se dibujan según la articulación entre los grupos sociales (figura 1); de ahí que se pueda afirmar que lo económico, lo político y la ubicación de los diferentes asentamientos, no es accidental. Esos contactos fueron algunos breves y otros prolongados, con desplazamientos en la misma región, con distancias cortas o bien involucraron movimientos extra regionales. La existencia de diferentes sistemas de economía productiva conduciría al aumento de población en extensas áreas que no serían iguales por su productivi-

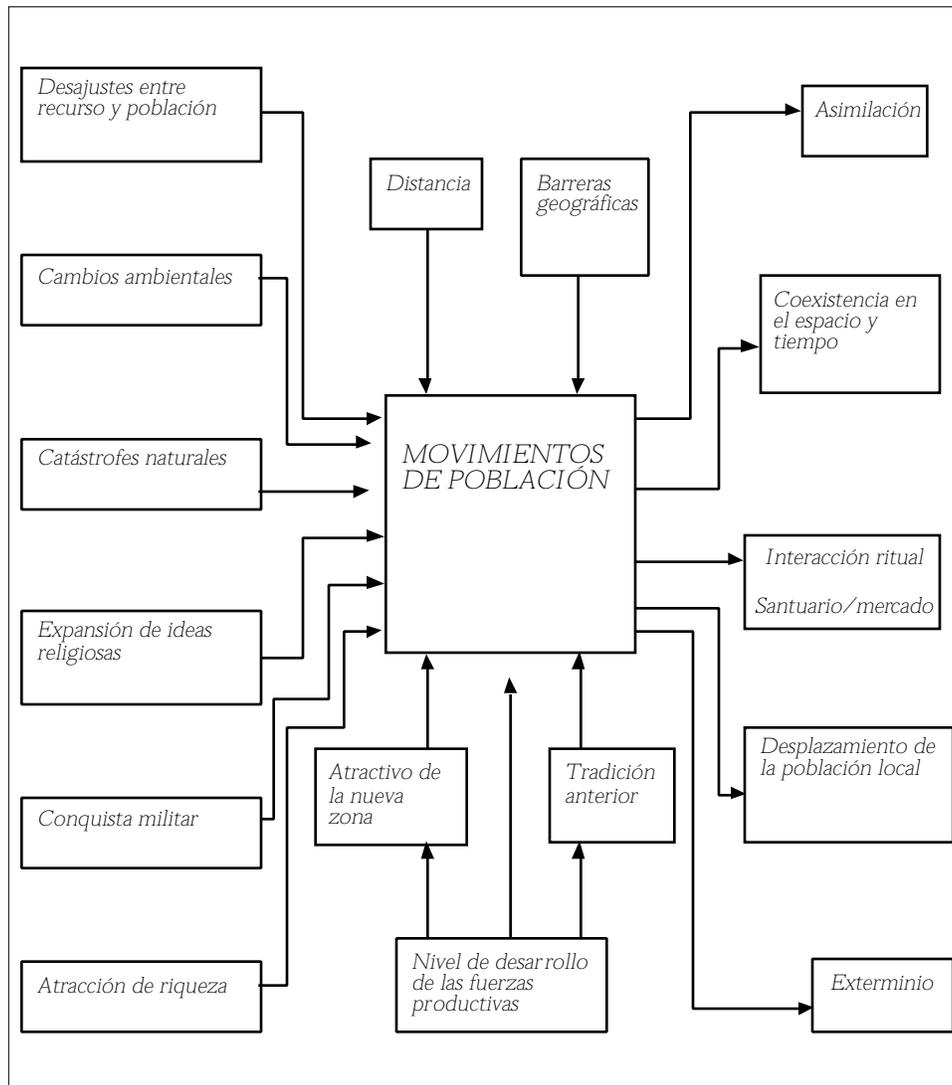


Figura 1. Esquema de movimientos en el Bajío apoyados en la propuesta de Merpet (1978) y de Ruiz Zapatero (1983).

dad y se daría origen, por tanto, a una diferenciación social y de bienes. Para estudiar los movimientos de población del Bajío nos conviene distinguir los tres elementos mencionados arriba: a) el punto de origen, b) el trayecto y c) la región de recepción.

LA CERÁMICA

Para conocer las características y el impacto de los movimientos de diferentes poblaciones con diversos niveles de desarrollo en el entorno socio-geográfico el Bajío, seleccionamos, como posible indicador, cerámica que tiene elementos diferenciados de la antigua trayectoria regional; estas nuevas vajillas son: la decorada con negativo, la blanco levantado y la café incisa pulida (figura 2).

Es bien sabido que la cerámica de Chupícuaro integra elementos provenientes tanto de vajillas del occidente como del centro de México, según lo señaló Porter (1965) en su tiempo; sin embargo, dadas las condiciones de excavación de las numerosas ofrendas rescatadas, el deslinde de fases correspondió a Snarskis (1974, 1985) y a Florance (1989) algunas décadas después. Fue Snarskis (1974, 1985) quien estableció la última fase de la secuencia de Chupícuaro, señalada como la fase Mixtlán (150 aC-100 dC) con las excavaciones de Cerro del Chivo, Acámbaro. Durante esta fase se aprecian cambios importantes en la trayectoria de la población regional, acordes con los cambios en el valle de México y que dieron lugar al poblamiento integral de la región centro norte.

En el periodo entre 100-550 dC se observa una fuerte regionalización en el centro norte, producto del impacto de Teotihuacan en el Bajío. El ordenamiento del espacio es uno de los elementos que interpretamos como la inserción del Bajío en el proceso civilizatorio mesoamericano. En el orden de la cerámica se observa en el Bajío la coexistencia de grupos de Teotihuacan con los de tradición local, a través de enclaves en donde hay elementos típicos –candeleros, floreros, navajas y otras herramientas de obsidiana verde, y a veces anaranjado delgado– que hacen pensar que ahí se desarrolló trabajo especializado. La coexistencia facilita la imitación de algunos objetos producidos en la metrópoli, por lo que no es raro encontrar objetos cerámicos al estilo teotihuacano (Brambila y Velasco 1988; Saint Charles 1996). En lo que se refiere a la tradición local, que tiene su raíz en Chupícuaro/Mixtlán, predominan las vasijas monocromas y toman forma las producciones locales de rojo sobre bayo; se distingue el rojo/bayo Cantinas en el Lerma (figura 3), el rojo/bayo San Bartolo del Bajío oriental, el rojo/bayo San Miguel del río Laja (figura 4), entre otras.

Hacia finales de la fase Xolalpan de Teotihuacan (450-550 dC), el Bajío enfrenta un nuevo proceso. En esas fechas se restringe la presencia de ese centro hegemónico y se advierte el desarrollo de las manifestaciones locales (Crespo 1998a). Innovaciones procedentes esta vez del occidente de México se integran a los acervos ya existentes, puesto que una buena parte de las vajillas del Bajío siguieron vigentes. Este proceso acumulativo y de transformación da lugar a la convivencia, durante la segunda mitad del milenio, de vajillas con diferente trayectoria dentro y fuera

Atributos de las vajillas	Vajilla con decoración al negativo	Vajilla blanco levantado	Vajilla café incisa pulida (Garrita Black Brown)	Vajilla rojo sobre bayo (Cantinas Red Orange)
Pasta: textura	<ul style="list-style-type: none"> • Fina de porosidad baja, con partículas blancas y rojas opacas, cristales 	<ul style="list-style-type: none"> • Mediana porosa y mediana compacta con partículas blancas, cafés y grises opacas y cristales 	<ul style="list-style-type: none"> • Fina compacta, con partículas blancas y cristales 	<ul style="list-style-type: none"> • Mediana y fina porosa con partículas blancas y rojizas opacas, cristales.
Pasta: color	<ul style="list-style-type: none"> • Cocción oxidante completa e incompleta • Café y naranja en casos (10YR 6/3) 	<ul style="list-style-type: none"> • Cocción oxidante completa • Anaranjado y rojizo (5YR 6/6, 2.5YR 6/8) 	<ul style="list-style-type: none"> • Cocción oxidante completa e incompleta • Café claro (10YR 6/3) 	<ul style="list-style-type: none"> • Cocción oxidante incompleta • Café claro (10YR 6/3, 7/3)
Superficie: <ul style="list-style-type: none"> • Interior 	<ul style="list-style-type: none"> • Pulida (cuencos) • Baño del color de la pasta, café (7.5YR 6/4 y 10YR 6/3) • Alisada (ollas) 	<ul style="list-style-type: none"> • Alisada, en algunos casos con ligero pulimento del cuello en el borde 	<ul style="list-style-type: none"> • Pulido (cuenco) • Baño de color de la pasta, pulido entre el cuello y el borde, café (7.5 YR 6/4) • Alisado (ollas) 	<ul style="list-style-type: none"> • Pulido (cuenco) • Baño de color de la pasta (olla y cuenco) • Alisado (ollas)
Superficie: <ul style="list-style-type: none"> • Exterior 	<ul style="list-style-type: none"> • Pulida • Baño del color de la pasta, en ocasiones baño rojo 	<ul style="list-style-type: none"> • Alisada, en casos con ligero pulimento • Color de la pasta 	<ul style="list-style-type: none"> • Pulimento de palillos • Baño del color de la pasta (olla y cuenco) 	<ul style="list-style-type: none"> • Pulida • Baño mismo color de la pasta (olla y cuenco)
Decoración: <ul style="list-style-type: none"> • Pintura 	<ul style="list-style-type: none"> • Bicromía, pintura roja sobre el baño del color de la pasta y el empleo del negativo: sobre la superficie de la vasija se aplica una capa de cera o pasta en el momento de la cocción, que al retirarse después crea diferencia de color entre la superficie expuesta y la bloqueada 	<ul style="list-style-type: none"> • Baño de pintura blanca (caolín) aplicado antes de la cocción • En la parte exterior de la olla y en casos en el interior del borde • Aplicado el baño blanco se retira parte de la capa con una especie de peine suave 	<ul style="list-style-type: none"> • Bicromía, rojo sobre el baño natural. La pintura es más delgada en las orillas, y más oscuro el centro • Decoración en el borde interior y la superficie exterior de la vasija 	<ul style="list-style-type: none"> • Bicromía, rojo sobre el baño natural. La pintura es más delgada en las orillas, y más oscuro el centro • Decoración en el borde interior y la superficie exterior de la vasija
Decoración: <ul style="list-style-type: none"> • Incisa y pastillaje 		<ul style="list-style-type: none"> • Ejemplares tempranos con pastillaje cónico en el cuerpo • Ejemplares tardíos muestran aplicación de tiras con incisiones en la base del cuello, imitando una sogá 	<ul style="list-style-type: none"> • Incisiones finas precocción en la superficie exterior, sobre el cuello y la parte superior del cuerpo y a media vasija 	<ul style="list-style-type: none"> • Casos con incisiones de líneas onduladas
Diseño decorativo	<ul style="list-style-type: none"> • Geométricos, líneas rectas paralelas, onduladas, espirales, diseños rectangulares y triángulos 	<ul style="list-style-type: none"> • Los diseños sobre el baño blanco son en líneas rectas paralelas horizontales, diagonales y verticales. Líneas onduladas, entrecruzadas. Semeja el tejido de una canasta • Algunas con líneas en negro 	<ul style="list-style-type: none"> • Segmentos geométricos y líneas continuas rectas, horizontales, verticales y diagonales paralelas, en zigzag, grecas, líneas curvas, en forma de peine 	<ul style="list-style-type: none"> • Geométricos, banda roja en el borde, espirales cuadrangulares, bandas alrededor de la vasija, triángulos con líneas diagonales dentro, líneas paralelas verticales, horizontales y diagonales; en Z alargadas
Forma: <ul style="list-style-type: none"> • Ollas 	<ul style="list-style-type: none"> • Cuerpo globular, boca circular, bordes redondeados. Cuello corto, divergente, fondo plano 	<ul style="list-style-type: none"> • Cuerpo globular a elipsoidal, boca circular, bordes redondeados. Cuellos curvo divergentes, altos y cortos, fondos cóncavo y plano 	<ul style="list-style-type: none"> • Cuerpo en forma de calabaza o guaje, boca circular, bordes redondeados, cuello curvo divergente abierto, fondo cóncavo y plano 	<ul style="list-style-type: none"> • Cuerpo de silueta compuesta, boca circular, bordes redondeados, cuello curvo divergente abierto, fondo cóncavo y plano

Atributos de las vajillas	Vajilla con decoración al negativo	Vajilla blanco levantado	Vajilla café incisa pulida (Garita Black Brown)	Vajilla rojo sobre bayo (Cantinas Red Orange)
<p>Forma:</p> <ul style="list-style-type: none"> Cuencos, platos, molcajetes 	<ul style="list-style-type: none"> Plato tripods, boca circular, borde redondeado, paredes curvo convergentes o silueta compuesta, fondo cóncavo y soportes cónicos sólidos pequeños. Fondo cóncavo. Molcajete, boca circular, borde redondeado, paredes curvo convergentes y recto divergentes, soportes cónicos, posible soporte pedestal o anular 		<ul style="list-style-type: none"> Cuenco boca circular, bordes redondeados y planos. Paredes curvo convergentes y rectas verticales y divergentes. Fondo cóncavo, convexo o plano, con o sin protuberancia al centro. Casos con soportes cónicos sólidos pequeños 	<ul style="list-style-type: none"> Cuencos y molcajetes. Boca circular borde redondeado, paredes curvo convergentes y recto divergentes. Fondo cóncavo o plano, soportes de forma de prisma cuadrangular, pedestal corto y en forma de asa
Fecha	100 aC-150 dC, 150-1200 dC (Florance 1989; Ramos y López 1999)	150/300-1200 dC (Bramiff 1972)	350-750 dC (Zubrow 1974; Durán 1982)	350-750 dC (Zubrow 1974; Durán 1982)
Fase	Mixtlán del Lerma Medio (Florance 1989)	San Miguel del río Laja (Bramiff 1972)	Lerma del Lerma Medio (Snarskis 1974)	Lerma del río Lerma (Snarskis 1974)
Distribución	Sector noroccidental del Bajío (Ramos y López 1999) Sector río Laja (Bramiff 1972) Sector Salamanca-León (Saint Charles, Flores, Crespo 2001)	Sector río Laja (Bramiff 1972) Valle de Querétaro (Crespo 1986; Herrera 1993) Sector Salamanca-Valle de Santiago (Durán 1982) Sector Salamanca-Pénjamo (Sánchez y Zepeda 1982)	Cerro del Chivo, Acámbaro (Snarskis 1974) Sector Lerma Medio (Nalda 1981) Sector Salamanca-Valle Stgo-Ciénega Prieta (Durán 1982)	Cerro del Chivo, Acámbaro (Snarskis 1974) Sector Lerma Medio (Nalda 1981) Sector Salamanca-Valle de Stgo. (Durán 1982) Sector Salamanca-Pénjamo (Sánchez y Zepeda 1982)

* Apoyado en Saint Charles 1990

Figura 2. Cuadro de atributos de las vajillas analizadas en este trabajo, contrastadas con el rojo sobre bayo de tradición local.



Figura 3. Vajilla con decoración rojo sobre bayo Cantinas.



Figura 4. Vajilla con decoración rojo sobre bayo San Miguel.

de la región, encontrándose así una gama cerámica de tecnologías, formas y decoraciones que hacen de esta etapa una de las más complejas del centro norte.

VAJILLA NEGATIVO TEMPRANO

En el Bajío la cerámica de la fase Mixtlán (150 aC-100 dC) se caracteriza por nuevos elementos que se incorporan a la técnica decorativa propia de la cerámica Chupícuaro de las fases iniciales, la cual reunía una cobertura cromática en bayo, negro, naranja y rojo. Estos elementos que enriquecieron la de por sí variada alfarería de Chupícuaro son: la técnica al negativo, el pigmento blanco en motivos decorativos y la técnica al fresco/seco (Florance 1989). Las vasijas tempranas con decoración al negativo (figura 5) son las que interesan a este trabajo; se trata de cuencos de silueta compuesta, soportes mamiformes, redondeados, huecos, con decoración exterior en forma de bandas onduladas o rectas y manchas circulares, o en el interior, abajo del borde. Las ollas son de forma semiesférica, con bordes divergentes y decoradas en triángulos rojos y fondo en negativo (figura 2). La cerámica con decoración al negativo no es exclusiva de la fase Mixtlán, ya que se aplica a vasijas de diferente tradición cerámica en la región, entre otras, a las decoradas con un baño rojo (figura 6) y en negro sobre naranja de época más tardía. La relevancia de esta técnica decorativa obliga a investigar con mayor profundidad tanto los contextos en que se encuentra como sus variedades tecnológicas y simbólicas, como ya señaló Forester (1955). A continuación hacemos algunas observaciones que pueden ayudar a futuras investigaciones.

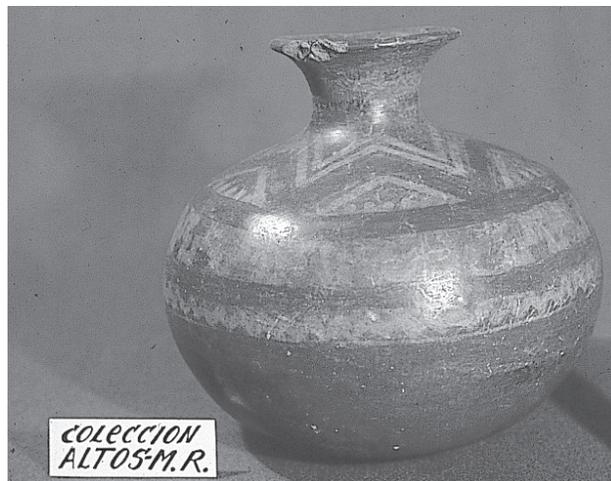


Figura 5. Vajilla con decoración al negativo, fase Mixtlán.

La distribución de la cerámica negativo temprano en el Bajío abarca la franja occidental (Saint Charles, Flores y Crespo 2001), siguiendo por la Sierra de Comanja (Ramos 1991) y los Altos de Jalisco (Bell 1974) (Figura 7). En el norte de Michoacán se desarrolló también, por la misma época, cerámica con modalidades de diseños al negativo; es el caso de Queréndaro (Moedano 1946) y de Zacapu, durante la fase Loma Alta (Arnauld *et al.* 1993). En la de Zacapu se aprecia como motivo decorativo peculiar: pequeños animales –aves, batracios– que llegan a tener semejanzas con los diseños en vasijas policromas de Morales, estudiadas por Braniff (1997) en la secuencia del río Laja y por Betty Bell (1974) en Cerro Encantado, Jalisco.

El negativo es una técnica que se logra colocando en la superficie de la vasija una capa de un material (sellos impregnados de cera o pastillas de arcilla o arena removibles), que durante la cocción desaparece y deja una sombra que forma los diseños; en una variante se aplica baño color rojo y se somete a una segunda cocción. Esta técnica se conoce desde por lo menos un milenio antes de Cristo; se encuentra



Figura 6. Vajilla con decoración al negativo, fase Lerma.

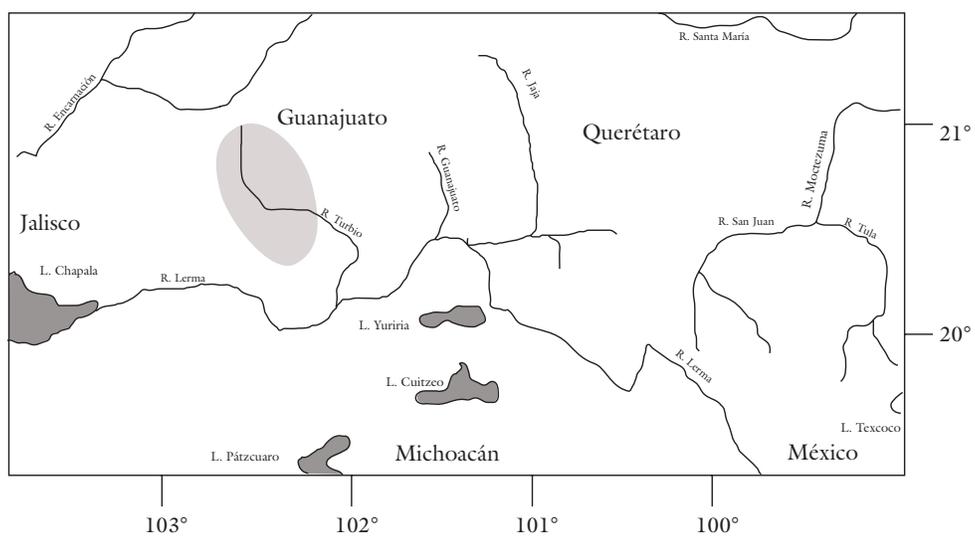


Figura 7. Vajilla con decoración al negativo temprano y su distribución (100 aC-150 dC).

en las tumbas de El Opeño (Oliveros 1974) y es común como ofrenda en las tumbas de tiro del occidente de México. Si bien en la cuenca de México el negativo se aprecia desde la fase Ayutla (1250 aC) y se remonta hasta la fase Ticomán de finales del Formativo (Niederberger 1987), la falta de estudios sobre este tema nos impide señalar la correspondencia de cerámica con esta técnica tanto con la del norte de Michoacán, como con la del Bajío.

Las vasijas con técnica al negativo se asocian desde su inicio con los rituales de la muerte (Oliveros 1974; Ramos 1992), lo que nos lleva a proponer que en la región se introdujeron para cumplir con este mismo propósito, ya sea como parte de nuevas prácticas funerarias o sólo con el fin de enriquecer los conceptos que acompañan este complejo sistema de representación. En el Bajío esta cerámica se asimiló a la tradición alfarera local y por su asociación con un ritual, consideramos que su introducción estuvo acompañada de la población que celebraba la ceremonia, y no sólo fue producto de la difusión de un rasgo cultural.

VAJILLA BLANCO LEVANTADO

La encontramos en el centro norte hacia los primeros siglos de la era cristiana (300-1200 dC) y formó parte, por cerca de un milenio, de las vajillas que distinguen la producción cerámica de los pueblos del Bajío (figura 8).

Material cerámico con esta decoración distintiva se encuentra a lo largo del sector occidental del Bajío y sobre las cuencas de los ríos Turbio, Guanajuato y Laja, en este último sector se localiza en el 90% de los sitios reconocidos (Martínez y Nieto 1987), y se extiende con igual representatividad hasta la porción norteña del valle de Querétaro. Hasta el momento el sector del río Laja se considera un importante productor de esta vajilla, debido a la presencia de bancos de caolín, materia prima empleada en la decoración de estas ollas. Si bien en el Lerma medio se encuentran ejemplares de esta vajilla, su presencia es menor comparada con la del sector arriba mencionado (figura 9). Al parecer, esta cerámica tiene su origen en la costa del Pacífico, como lo han señalado Kelly y Braniff (1965), quienes dan cuenta de una cerámica similar en el

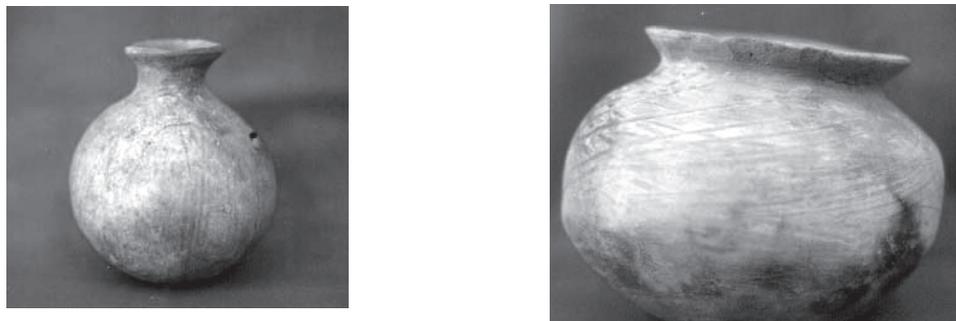


Figura 8. Vajilla con decoración blanco levantado, fase San Miguel.

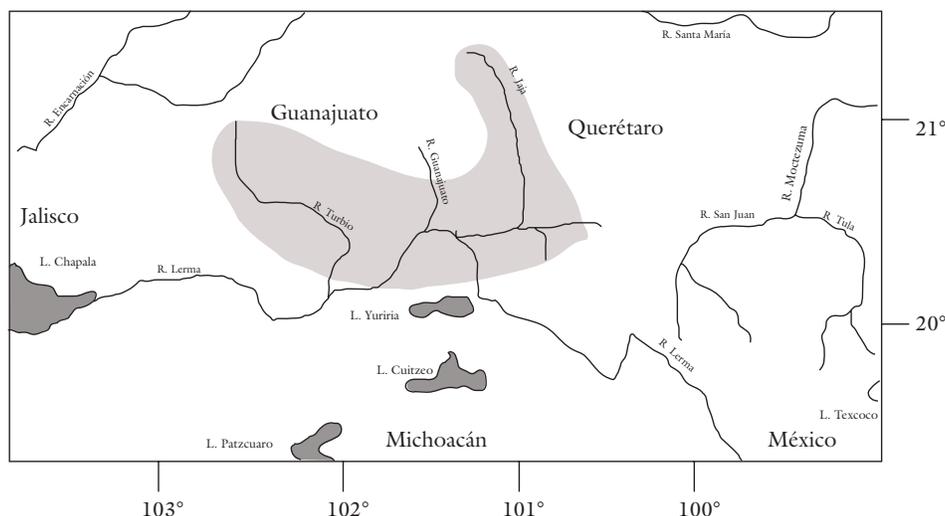


Figura 9. Distribución en el Bajío de la vajilla con decoración blanco levantado (300-750 dC).

Formativo de la costa de Colima, proveniente del sitio Morett. La larga trayectoria del blanco levantado culmina en Tula, donde se encuentra en forma representativa en las fases Corral y Tollan (Cobean 1978), dando cuenta de una práctica cultural que prevaleció a través de quienes la realizaban, hasta su implantación en esa urbe.

Las vasijas blanco levantado están representadas comúnmente por ollas, que se decoran con un baño blanco de caolín, el cual después de aplicado se retira parcialmente con un instrumento, a manera de peine que crea un juego de líneas paralelas, ya sea en dirección vertical, horizontal o diagonal, simples o entrecruzadas, que dan lugar a una amplia gama de diseños. La pasta es de color rosáceo muy particular, debido probablemente a que se somete a una doble cocción, antes y después de la aplicación del baño de caolín (Crespo 1996). Se trata de un proceso tecnológico especializado que da lugar a esta vajilla, la cual es fácilmente distinguible en los contextos arqueológicos de la región.

El blanco levantado se asocia con sitios que tienen prácticas agrícolas de secano, quizá con riego en pequeña escala, propio de los lomeríos del norte de Guanajuato. Se vincula con las estructuras arquitectónicas de patio cerrado (Martínez y Nieto 1987). Forma parte de las ofrendas depositadas en estos edificios, como se advierte en San Miguel Viejo, en la zona del río Laja y en algunos sitios del valle de Querétaro. Tal es el caso de la ofrenda rescatada en la plataforma oriental del Cuicillo del Potrero, Punta de Obrajuelo (Herrera 1993). También aparece como ofrenda en un altar de el Cerrito, Querétaro (Crespo 1991) y en Uruétaro, Guanajuato (Saint Charles 1990).

Esta cerámica, al parecer, tiene una valoración no sólo de rituales asociados con edificios religiosos, sino por sus implicaciones dentro del contexto funerario, como parte del culto a los antepasados (Crespo 1996). De ahí que haya sobrevivido

durante el primer milenio y sus productores hayan llevado hasta Tula las prácticas asociadas con este concepto de raigambre mesoamericana.

VAJILLA CAFÉ INCISA PULIDA

La vajilla café incisa pulido se dio a conocer originalmente como *Garita black brown* por Sanarskis (1974, 1985), dentro de la secuencia de Cerro del Chivo. También se distingue de la tradición cerámica local, por la calidad de la pasta, por la técnica decorativa y por sus formas (figura 10). Está presente como un elemento diagnóstico en el Bajío en los primeros siglos de la era cristiana, y se le encuentra asociada, en el sector Lerma, con el blanco levantado y el rojo sobre bayo Cantinas (Saint Charles 1990; Durán 1991). Se le encuentra asociado también con cerámicas del Epiclásico (Ramos 1992), como rojo Xajay y vajillas de las fases Prado y Corral de Tula, lo que da cuenta de su arraigo regional.

Es la vajilla distintiva en sitios de Ciénega Prieta, zona situada al occidente del lago de Yuriria, en especial Plan de Ojo de Agua y Cerro Colorado (Durán 1991). Se le encuentra distribuida en todo el Bajío, aunque su presencia disminuye notoriamente en la zona aledaña al mismo (figura 11).

La cerámica café incisa pulida tiene una pasta fina, homogénea, de color grisáceo a bayo, que conserva el mismo tono en la superficie. Las variadas formas de esta vajilla imitan bules y calabazas. La decoración es esgrafiada sobre la superficie exterior, a base de líneas paralelas rectas y onduladas, que llegan a formar triángulos. Si bien algunas cerámicas de larga trayectoria tanto en el occidente como en el centro de México comparten sus rasgos, la integración de pasta, forma y decoración la señala como una cerámica distintiva de esta zona.

La Ciénega Prieta puede considerarse como una zona marginal –muy húmeda– que se puede asociar con grupos que poseían una cultura que conocía el manejo



Figura 10. Vajilla café incisa pulida (*Garita black brown*).

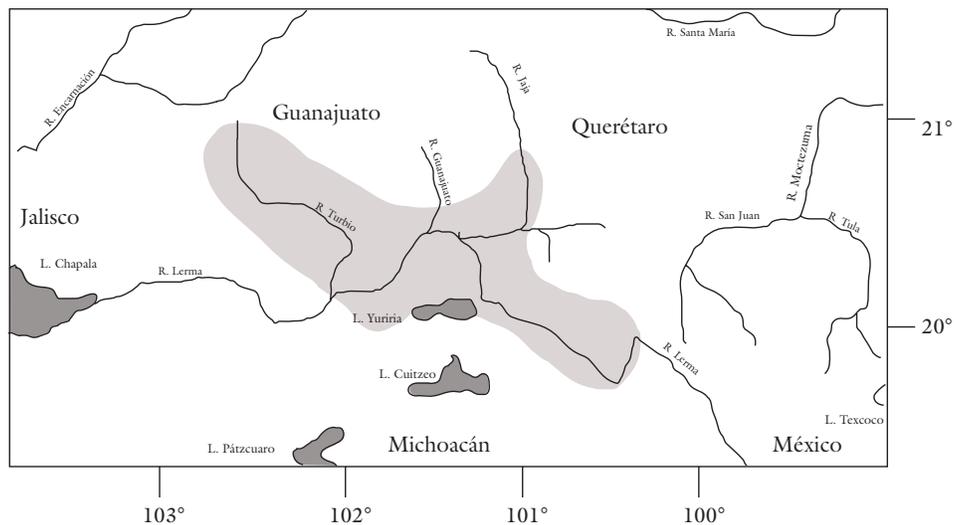


Figura 11. Distribución en el Bajío de la vajilla café incisa pulida (*Garita black brown*) (300-750 dC).

del agua y cuya particularidad estaría también en el dominio de la técnica que daba lugar a estas vasijas de fino acabado. Podríamos pensar que se trata de una nueva población en el Bajío, producto de un desplazamiento controlado que llevó a poblar la ciénega, y que fue admitida gracias a la producción de esta vajilla. No parece que cada centro de población elaborara versiones de la misma, pues la pasta y la forma son muy regulares, por lo que suponemos que el foco de producción haya sido la Ciénega Prieta, y desde este lugar fuera distribuida a otros centros del Bajío.

En general las vasijas completas no muestran huellas de uso, por lo que se puede considerar que al menos éstas tuvieron un destino funerario, pues formaban parte de ofrendas mortuorias, como es el caso de las procedentes de Uruétaro, en el Lerma medio (Saint Charles 1990).

Es posible aventurar que esta cerámica se haya producido al inicio del control teotihuacano del área, durante la fase Tlamimilolpa, lo que implicaría una política de traslado de población por parte de esta organización estatal con fines de especialización artesanal y control territorial.

Hasta aquí la descripción de estas tres vajillas que nutrieron el acervo del Bajío durante el primer milenio de la era. Así, se aprecia que en los fundamentos de la región, grupos agrícolas aledaños se integran y forman parte de los pueblos de tradición local. Se puede distinguir a estas nuevas poblaciones a través de la tecnología cerámica innovadora, que tiene, al parecer, connotaciones rituales. Su presencia en el Bajío y las implicaciones tecnológicas y conceptuales pueden ser vistas como elementos que integran a la región en el proceso civilizatorio mesoamericano. La integración de una nueva tecnología cerámica en el acervo de conocimientos de los pobladores de una región, como una aportación que conlleva la presencia física de quienes la dominan, tiene que ser también observada dentro del contexto de la

utilidad misma de estas vajillas. En este trabajo se señala que la manufactura y consumo de estas innovaciones tienen un referente ritual. Su presencia no hace más que añadir riqueza a los elementos del bagaje material con el que participan en el amplio espacio de los pueblos mesoamericanos.

La aceptación de estas vajillas especializadas y de los grupos humanos que las manufacturaban en el contexto de los pueblos del Bajío, involucra también prácticas culturales que trascienden los movimientos sociales y políticos del primer milenio de la era. Esta práctica de larga duración que implica la manufactura de las tres vajillas es un argumento más para considerar que estaban asociadas con prácticas cercanas a su ciclo de vida; tal es el caso del ritual funerario asociado con el culto a los antepasados y sus creencias. La propuesta de asociar la cerámica con ceremonias mortuorias, tan importantes en Mesoamérica, nos lleva a sugerir que éstas implican forzosamente desplazamientos de población y no sólo comercio esporádico, imitación o simple distribución de rasgos.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS, W. Y., D. P. VAN GERVEN Y R. S. LEVY
1978 The retreat from migrationism, *Annual Review of Anthropology*: 438-532.
- AMMERMAN, A. J. Y L. L. CAVALLI-SFORZA
1973 A population model for the diffusion of early farming in Europe, C. Renfrew (ed.) *The Explanation of Cultural Change. Models in Prehistory*, University of Pittsburgh Press: 343-359.
- ARMILLAS, PEDRO
1964 Condiciones ambientales y movimientos de los pueblos de la frontera septentrional de Mesoamérica, *Homenaje a F. Márquez Miranda*. Madrid: 62-82.
- ARNAULD, CHARLOTTE, PATRICIA CAROT Y MARIE-FRANCE FAUVET-BERTHELOT
1993 *Arqueología de Las Lomas en la cuenca lacustre de Zacapu, Michoacán, México*. Cuadernos de Estudios Michoacanos 5, CEMCA, México.
- BELL, BETTY
1974 Excavations at El Cerro Encantado, Jalisco, B. Bell (ed.) *The Archeology of West Mexico*. Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, Ajijic: 147-167.
- BRAMBILA, ROSA
1994 La zona septentrional en el Posclásico, L. Manzanilla y L. López Luján (coords.) *Historia antigua de México. Volumen II. El Horizonte Clásico*. INAH/UNAM/Miguel Ángel Porrúa, México: 307-327.
1996 La delimitación del territorio en el México Prehispánico y el concepto de frontera, A. M. Crespo y C. Viramontes (coords.) *Tiempo y territorio en Arqueología. El centro-norte de México*. INAH, México: 15-22.

- BRAMBILA, ROSA Y MARGARITA VELASCO
 1988 Materiales de La Negreta y la expansión de Teotihuacán al norte, *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro occidente de México, Memoria*. Cuadernos de Trabajo 1, Centro INAH Querétaro, México: 287-298.
- BRANIFF, BEATRIZ
 1972 Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la cuenca de México: intento de correlación, *Teotihuacan. XI Mesa Redonda*. Sociedad Mexicana de Antropología, México: 273-323.
 1974 Oscilación de la frontera septentrional mesoamericana, B. Bell (ed.) *The Archaeology of West Mexico*. Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, A.C., Ajijic: 40-50.
 1997 *Morales, Guanajuato y la tradición Chupícuaro*. INAH, México.
- CASTAÑEDA, CARLOS, B. CERVANTES, A. M. CRESPO Y L. M. FLORES
 1989 Poblamiento prehispánico en el centro norte de la frontera mesoamericana, *Antropología, Boletín oficial del INAH*. Nueva época, 29: 28-33.
- CASTAÑEDA, CARLOS, ANA MARÍA CRESPO Y LUZ MARÍA FLORES
 1996 Santa María del Refugio: una ocupación de fase Tlamimilolpa en el Bajío, A. M. Crespo y C. Viramontes (coords.) *Tiempo y territorio en arqueología. El centro-norte de México*. INAH, México: 161-178.
- CLARK, GRAHAM
 1966 The Invasion Hypothesis in British Arqueology, *Antiquity* 4: 172-181.
- COBEAN, ROBERT
 1990 *La cerámica de Tula, Hidalgo, México*. Colección científica 215, INAH, México.
- CRESPO, ANA MARÍA
 1991 El recinto ceremonial de El Cerrito, R. Brambila y A. M. Crespo (coords.) *Querétaro prehispánico*. INAH, México: 163-224.
 1995 La tradición cerámica del blanco levantado, A. M. Crespo y C. Viramontes (coords.) *Tiempo y territorio en arqueología, El centro-norte de México*. INAH, México: 77-92.
 1998a La expansión de la frontera norte (y la cronología oficial para Teotihuacán), R. Brambila y R. Cabrera (coords.) *Los ritmos de cambio en Teotihuacán: reflexiones y discusiones de su cronología*. INAH, México: 323-334.
 1998b El centro norte de México y sus vínculos con el occidente, *Antropología e historia del Occidente de México, XXIV Mesa Redonda*. Sociedad Mexicana de Antropología, México: 539-608.
- CHILDE, GORDON V.
 1950 *Prehistoric migrations in Europe*. Thames, Londres.
- DURÁN, TRINIDAD
 1991 El desarrollo de los grupos agrícolas en la región Salamanca-Yuriria de 500 aC a 900 dC. Tesis de licenciatura, ENAH, México.

- FLORANCE, CHARLES
 1989 A Surface Analysis of Late and Terminal Preclassic Settlement along the Lerma River in Southeastern Guanajuato, Mexico. Tesis de doctorado, Columbia University, Ann Arbor.
- FORESTER, JAMES
 1955 Arqueología de Tehuantepec, *Anales* 7. INAH, México.
- HERRERA, ALBERTO
 1993 Cuicillo del Conejo, Punta de Obrajuelo, Guanajuato, *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana* 25: 29-40.
- JIMÉNEZ BETTS, PETER
 1992 Una red de interacción del noroeste de Mesoamérica: una interpretación, B. Boehm de Lameiras y P. Weigand (eds.) *Origen y desarrollo en el occidente de México*. El Colegio de Michoacán, Zamora: 177-204.
 1998 Áreas de interacción del noroeste mesoamericano: consideraciones y tiestos, R. Ávila *et al.* (eds.) *El occidente de México: arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales*. Actas del IV Coloquio de occidentalistas, Universidad de Guadalajara/Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación, Guadalajara: 295-304.
- JIMÉNEZ MORENO, WIGBERTO
 1933 *Brevísimo resumen de la historia antigua de Guanajuato (o historia antigua de León)*. Imprenta Moderna, León.
 1972 La migración mexicana, *Actas del XL Congreso Internacional de Americanistas*. 167-172.
- KELLY, ISABEL Y BEATRIZ BRANIFF
 1965 Una relación cerámica entre Occidente y la mesa central, *Boletín del INAH* 12: 26-27.
- MARTÍNEZ, BALVINA Y LUIS FELIPE NIETO
 1987 Distribución de asentamientos prehispánicos en la porción central del río Laja. Tesis de licenciatura, ENAH, México.
- MERPET, N.
 1978 Las migraciones de la época neolítica y del eneolítico, *Sovetskaja Archeologija* 3: 9-28 (en ruso con resumen en francés).
- MOEDANO, HUGO
 1946 La cerámica de Zinapécuaro, Michoacán, *Anales del Museo Michoacano* 2ª Época, 4: 39-49.
- NALDA, ENRIQUE
 1981a Proyecto Lerma medio, ENAH, Sección Salvatierra-Acámbaro, Reporte no. 4. Mecanoscrito, Archivo Centro INAH-Guanajuato.

- 1981b Algunas consideraciones sobre las migraciones del Postclásico, *Boletín de Antropología Americana* 3, julio: 137-143.
- NIEDERBERGER, CHRISTINE
 1987 *Paleopaysages et Archeologie pre-urbaine du Bassin de Mexico*. 2 tomos, Collection Études Mésoaméricaines CEMCA, México: 1-11.
- ODENA GÜEMES, LINA
 1990 La composición étnica en el Postclásico y la cuestión chichimeca, *Mesoamérica y el norte de México. Siglos IX y XII*. Museo Nacional de Antropología, INAH, México: 451-458.
- OLIVEROS, ARTURO
 1974 Nuevas exploraciones en El Opeño, Michocán, B. Bell (ed.) *The Archeology of West Mexico*. Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, Ajijic: 182-201.
- PORTER, MURIEL
 1965 Excavations at Chupícuaro, Guanajuato, México, *Transactions of the American Philosophical Society*. New Series, 46 (5), Filadelfia.
- RAMOS DE LA VEGA, JORGE
 1991 Investigaciones arqueológicas en la Sierra de Comanja, Guanajuato. Tesis de licenciatura, ENAH, México.
 2001 Rescate arqueológico en la Peña de Bernal, Querétaro, Informe, Archivo Centro INAH, Querétaro.
- RAMOS DE LA VEGA, JORGE Y LORENZA LÓPEZ
 1996 Arqueología de la Sierra de Comanjá-Guanajuato, A. M. Crespo y C. Viramontes (eds.) *Tiempo y territorio en Arqueología. El centro-norte de México*. INAH, México.
- RUIZ ZAPATERO, GONZALO
 1983 Modelos teóricos de invasiones-migraciones en arqueología prehistórica. *Información Arqueológica* 41, Barcelona: 147-158.
- SAINT CHARLES, JUAN CARLOS
 1990 Cerámicas arqueológicas del Bajío: un estudio metodológico. Tesis de licenciatura, Universidad Veracruzana, Xalapa.
 1996 El reflejo del poder teotihuacano en el sur de Guanajuato y Querétaro, A. M. Crespo y C. Viramontes (coords.) *Tiempo y territorio en arqueología, El centro-norte de México*. INAH, México: 143-160.
- SAINT CHARLES, JUAN CARLOS, LUZ MARÍA FLORES Y ANA MARÍA CRESPO
 2001 Cerámicas de tradición Chupícuaro en el centro norte: sus características hacia el final del Formativo. Informe, Centro INAH Querétaro,
- SÁNCHEZ CORREA, SERGIO
 1997 La Gavia, Guanajuato: aproximación al desarrollo cultural de una porción del Bajío Noroccidental. Tesis de licenciatura, ENAH.

SÁNCHEZ, SERGIO Y GABRIELA ZEPEDA

- 1982 Informe cerámico Proyecto Gasoducto tramo Salamanca-Degollado. Informe mecanuscrito, Archivo Técnico de la Dirección de Arqueología, INAH, México.

SNARSKIS, MICHAEL

- 1974 Ceramic Analysis, S. Gorenstein *et al.*, Tarascan-Aztec Frontier: the Acambaro-Focus. Columbia University, Archivo Centro INAH-Guanajuato,
1985 Ceramic Analysis, S. Gorenstein, *Acambaro: Frontier Settlement on the Tarascan-Aztec Border*. Apéndice III, Vanderbilt University, Nashville: 207-303.

WEIGAND, PHIL

- 1993 *Evolución de una civilización prehispánica*. El Colegio de Michoacán, Zamora.

ZUBROW, EZRA

- 1974 The Archeology of Cañada de Alfaro: A Regional Description, E. Zubrow y A. Williard (eds.) *Models and Innovations: Archeological and Regional Approaches to Guanajuato, Mexico*. Department of Anthropology, Stanford University: 3-31.

REACOMODO DEMOGRÁFICO Y CONFORMACIÓN MULTIÉTNICA EN EL VALLE DE TOLUCA DURANTE EL POSCLÁSICO: UNA PROPUESTA DESDE LA ARQUEOLOGÍA

Yoko Sugiura Y.*

INTRODUCCIÓN

La historia del valle de Toluca se remonta hasta por lo menos el Preclásico temprano, tiempo en el cual la región ya estaba habitada por pequeñas comunidades aldeanas. De igual manera, aunque no se han localizado evidencias claras de asociaciones de restos de megafauna con la presencia humana, cabe también la posibilidad de que la colonización de dicha región pueda alcanzar una antigüedad mayor, quizás hasta la época de los cazadores nómadas del Pleistoceno tardío.

En todo caso, los primeros asentamientos sedentarios identificados en el valle de Toluca correspondían a grupos cuya base subsistencial ya estaba fincada en una economía productiva incipiente, pero complementada con actividades apropiatorias. Estos asentamientos estaban conformados por unas cuantas casas habitación, con patrón disperso, y albergaban la población que conocía, además de los artefactos líticos y los elaborados con materiales perecederos, los utensilios de barro.

A lo largo de los siguientes tres milenios, el valle de Toluca experimentó un proceso histórico ininterrumpido, salvo por un corto episodio de decremento poblacional y empobrecimiento cultural hacia el Preclásico tardío-terminal y el principio del Clásico, lapso que coincidió con el surgimiento del gran Teotihuacan en la vecina cuenca de México como la capital del macrosistema mesoamericano.

Desde el punto de vista cultural, las dos regiones circunvecinas cultivaron a lo largo de su historia una estrecha interacción, cuya manifestación queda plasmada en elementos de la cultura material, tales como la cerámica, la lítica y los elementos arquitectónicos, entre muchos otros indicadores. En cuanto a la cerámica, las evidencias arqueológicas señalan que desde el inicio, el valle de Toluca formó parte de la tradición alfarera de la cuenca de México. Prueba de ello es la presencia en el valle de Toluca, de elementos cerámicos del Formativo temprano y medio que sin duda pertenecen a la esfera de distribución de la tradición olmeca y olmecoide de la cuenca de México (González 1999; Sugiura 1998a).

* Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM

Naturalmente, a lo largo de la historia ha habido fluctuaciones en la intensidad con la que se desarrolla dicha interacción. El tiempo en el cual ésta se desvanece queda representado por dos momentos históricos: el primero se registra durante el Preclásico tardío-terminal y los principios del Clásico, tiempo de empobrecimiento cultural generalizado y de contracción del número de población de la región del Alto Lerma; el segundo se sitúa en el Posclásico temprano, cuando aparece un regionalismo cerámico propio de la región. En ambos momentos, la escasa presencia de rasgos culturales compartidos entre las dos regiones es un testimonio patente de la disminución de interacción cultural. No obstante, visto desde una perspectiva diacrónica, dicho fenómeno ocupa un tiempo relativamente corto, sólo unos cientos de años.

Después de la primera etapa de aparente debilitamiento, el vínculo cultural entre ambas regiones vecinas se restableció. Uno de los indicadores arqueológicos que lo atestigua es la amplia distribución de la cerámica con rasgos teotihuacanos cuya presencia se intensifica a partir de la fase Tilapa (*ca.* 200-400 dC) del Clásico, quizá debido a una mayor injerencia de la metrópoli hacia el valle de Toluca, aunque también es importante mencionar que, coincidiendo con la desintegración del macrosistema teotihuacano, aparecen algunos elementos que se identifican como propios del valle de Toluca, sobre todo en los motivos decorativos y las formas cerámicas. Durante el periodo subsiguiente, el Epiclásico, la cerámica del valle de Toluca sigue compartiendo rasgos distintivos con aquella de la cuenca de México, concretamente hablando con la del Coyotlatelco.

Después, en el Posclásico, se registra el segundo momento durante el cual se debilita el vínculo cultural entre las dos regiones, coincidiendo con una súbita aparición de un marcado regionalismo en el valle de Toluca. Dicho fenómeno se define por la conformación y distribución de los complejos cerámicos Matlatzinca, Mica, Ixtlahuaca-Temazcalcingo-Acambay y, finalmente, el complejo del valle de México, consistente en los tipos Azteca III y III-IV, así como el rojo monocromo, el negro sobre rojo y el policromo blanco y negro sobre rojo.

Este regionalismo aparece a la par de un proceso hacia la formación multiétnica en el valle de Toluca. Si bien es cierto que este valle es conocido como el de Matlatzinca desde el tiempo de los cronistas, este sobrenombre se atribuye precisamente al alcance de dominio político de los matlatzincas, pero ello no implica que la región estuviera habitada sólo por este grupo lingüístico-étnico, sino que en ella coexistían otros grupos, todos derivados de un tronco lingüístico común, el otomiano. Tal es el caso del otomí propiamente dicho y del mazahua, pero se tenía, además, el nahua, cuya fuerte presencia se interpreta como resultado de la conquista del rey azteca, Axayácatl en la segunda mitad del siglo xv.

TENDENCIA DEMOGRÁFICA EN EL VALLE DE TOLUCA DURANTE EL EPICLÁSICO

Antes de entrar en la discusión acerca de la nueva configuración espacial de los grupos humanos que tiene lugar durante el Posclásico en el valle de Toluca, es necesario analizar primero la tendencia demográfica desde, por lo menos, el Epiclásico, pues

como todo proceso histórico, el fenómeno posclásico no se esclarece cabalmente sin tomar en consideración los acontecimientos históricos que lo anteceden. En este caso, la primera etapa de gestación se debe buscar en el Epiclásico.

Desde el punto de vista demográfico, dicho periodo se caracteriza por un crecimiento conspicuo del número de sitios, nunca antes experimentado en el valle de Toluca. Naturalmente, esta tendencia inusitada debe explicarse en el contexto del ocaso de Teotihuacan, específicamente como el resultado concomitante de la desintegración del macrosistema mesoamericano (Sugiura 1996). Ésta provocó que la otrora capital de uno de los Estados más poderosos en tiempos prehispánicos se convirtiera, eventualmente, en una zona deprimida y expulsara una gran cantidad de habitantes no sólo metropolitanos, sino también de algunos centros que sufrieron directamente el embate de la desarticulación de dicho sistema, como fue el caso de la población de la región occidental de la cuenca de México.

Un sector importante de aquella población expulsada se desplazó hacia el valle de Toluca, mismo que puede haber formado parte de la región simbiótica, necesaria para la supervivencia del Estado primario de Teotihuacan a lo largo de siglos. Sin duda, el desplazamiento masivo de la población relacionada con la gran metrópoli afectaría radicalmente la historia demográfica del valle de Toluca.

En efecto, no sólo por la gran escala del sistema político-económico teotihuacano, sino también por la mencionada estrecha relación histórica entre las dos regiones contiguas, la cuenca de México se perfila como el único foco plausible del influjo poblacional que detona la etapa inicial de incremento súbito de sitios en el valle de Toluca durante el Epiclásico (Sugiura 1991, 1996, 1998b). Sin duda, el desplazamiento intenso y masivo suscitado hacia finales del Clásico está directamente relacionado con el proceso desintegratorio de Teotihuacan. Quizá se debe a lo dicho anteriormente el hecho de que este movimiento poblacional esté circunscrito a un lapso relativamente corto, inmediatamente antes y después de la caída de la gran urbe y al principio del Epiclásico, es decir, *ca.* 600 y 700 dC. A diferencia de dicho fenómeno demográfico, el incremento en el número de asentamientos registrado a partir de la fase Tilapa (200-400 dC) debe interpretarse como consecuencia concomitante de la política teotihuacana hacia otras regiones circunvecinas, como es el caso del valle de Toluca, con el propósito de ejercer su dominio político y económico. En otras palabras, ambas tendencias demográficas, aunque se traducen en el incremento del número de sitios en el valle de Toluca, deben entenderse dentro de dos contextos diametralmente opuestos (Sugiura, en prensa).

Naturalmente, a lo largo del Epiclásico, incluso probablemente en el siglo décimo, el valle de Toluca siguió recibiendo, en repetidas ocasiones, a los inmigrantes provenientes de la vecina región; pero en términos numéricos éstos debieron haber llegado en oleadas de menor escala.

El fenómeno demográfico del Epiclásico en el valle de Toluca, sin embargo, no puede explicarse sólo por causas exógenas como las que se han mencionado; el factor endógeno también debe desempeñar un papel fundamental para la comprensión de dicho contexto. En efecto, el fenómeno poblacional del Epiclásico del

valle de Toluca se puede definir como resultado de la conjunción de dos causas de origen disímil: primero, hubo una llegada masiva de inmigrantes provenientes de la vecina cuenca de México a partir del ocaso de Teotihuacan; en segundo término, y aunado a lo anterior, el crecimiento de población consecuente con la reproducción demográfica propiamente dicha.

En este escenario epiclásico vale la pena destacar algunos aspectos que repercuten en el desarrollo del curso histórico posterior del valle de Toluca. Quizá, el fenómeno más sobresaliente sea, como se ha mencionado anteriormente, el crecimiento poblacional, el cual se manifiesta en el hecho de que, por primera vez en su larga historia, los asentamientos cubren la región entera, incluyendo el noroeste que ostenta una menor calidad ambiental. Uno de los efectos inmediatos de dicho fenómeno es la conformación de seis unidades de sitios epiclásicos con cierto grado de nucleación. Cada una de éstas se mantiene, a su vez, separada por una zona fronteriza vacía o escasamente habitada.

Por su parte, el patrón de asentamiento epiclásico del valle de Toluca no presenta una clara discontinuidad con respecto al del periodo anterior, como lo observado en otras regiones del Altiplano Central, sino que mantiene básicamente la pauta vigente desde el Clásico. Prueba de ello es que la porción occidental del valle, comprendida por el flanco oriental del Nevado de Toluca con laderas suaves y suelo fértil, sigue funcionando como la zona focal de la región, la cual se albergaba la mayor densidad de asentamientos.

Otro efecto del crecimiento demográfico registrado durante el Epiclásico queda evidenciado por un proceso en el cual el espacio anteriormente desocupado se va llenando. La región del Alto Lerma, probablemente la zona focal, es decir el suroeste del valle, es la que primero manifiesta de manera conspicua esta tendencia demográfica, aunque también es posible conjeturar que existen paralelamente otros movimientos poblacionales hacia la región noroccidental, hasta entonces casi deshabitada, por encontrarse en las condiciones ambientales antes mencionadas.

De esta forma, los sitios epiclásicos abarcan toda la superficie del valle; no obstante, el manifiesto incremento del número de sitios no es una condición suficiente para desarrollar las relaciones asimétricas entre los grupos de sitios (Sugiura 1991, 1996, 1998a).

EL COMPLEJO COYOTLATELCO COMO INDICADOR DEL EPICLÁSICO

Existe el consenso general de que la cultura material constituye la parte medular en el quehacer arqueológico, sobre todo en los casos en que no hay registros escritos, como es el de Mesoamérica. Asimismo, dentro de la cultura material, la cerámica ocupa un lugar importante y, además, se distingue por ser uno de los indicadores culturales insustituibles que permiten acercarnos al campo del sistema identitario. En efecto, algunos estudios etnográficos señalan que en un objeto cerámico está plasmada una gran cantidad de información relevante sobre la identidad social (Sugiura y Serra 1990; Rice 1984).

En cuanto a la cerámica, el Epiclásico del valle de Toluca se define por una amplia y única distribución del complejo cerámico Coyotlatelco, el cual se caracteriza por una relativa homogeneidad tanto formal como de técnicas de acabado. Este fenómeno, como se explicará posteriormente, representa una radical diferencia con lo ocurrido durante el Posclásico. Ciertamente existen aún polémicas en torno a la manera de concebir y caracterizar los cambios ocurridos entre la tradición alfarera con manifiesto legado teotihuacano y el Coyotlatelco que viene a sustituirla. Dicha discusión se debe probablemente a que la dicotomía, la continuidad-discontinuidad, no es un término adecuado ni suficiente para caracterizar los rasgos cerámicos antes y después del ocaso de Teotihuacan, ni para esclarecer el intrincado proceso de aquel tiempo. La complejidad se manifiesta en que algunos elementos constitutivos de dicha cerámica epiclásica, como el pulimento de palillos, las formas como los cajetes curvo divergentes y los semiesféricos de base anular, los motivos decorativos como la flor de cuatro pétalos y el ojo de reptil, así como el predominio del color rojo en la decoración pintada, entre otros, parecen derivarse de la tradición teotihuacana.

Como se ha dicho anteriormente, la cerámica puede funcionar como uno de los símbolos que resaltan la pertenencia a un grupo determinado, entonces el fenómeno coyotlatelco que ostenta una homogeneidad patente puede indicar que los habitantes del valle de Toluca comparten todavía una tradición cerámica común. Esto, a su vez, parece insinuar que las condiciones políticas y sociales de entonces no requerían aún del uso de símbolos identificatorios. La homogeneidad que caracteriza al material cerámico hasta antes del Posclásico, así como el patrón de asentamiento con una clara tendencia a la continuidad desde el Clásico tardío-terminal hasta el Epiclásico, parecería apuntar a que la población del valle de Toluca pertenecía, en un sentido amplio, a un *substratum* común.

EL FACTOR DEMOGRÁFICO COMO UN INDICADOR DEL PROCESO DE CONFORMACIÓN MULTIÉTNICA Y EL TRASFONDO OTOMIANO EN LA HISTORIA DEL VALLE DE TOLUCA

Como se ha mencionado, el incremento poblacional del Epiclásico se resume básicamente en dos aspectos: uno, que el número de sitios alcanza más del doble que en el Clásico; el otro, que la rápida expansión de los asentamientos, cubre toda la superficie de la región bajo estudio.

En este contexto, vale la pena resaltar el panorama demográfico de la región suroccidental del valle. Desde Malthus hasta la fecha, muchos autores (Sanders y Price 1968; Zubrow 1976; Cowgill 1975; Spooner 1972; Boserup 1965, etcétera) han abordado el problema demográfico y su relación con los procesos de mayor complejidad social, destacando su valor heurístico que permite profundizar y abrir nuevas perspectivas interpretativas en torno a un tema tan trascendental como la evolución social. Quizá, el factor demográfico interviene en el curso histórico no sólo como uno de los detonadores de la evolución social, sino también como una de las variables que influyen directamente en otros procesos sociales, como la con-

formación de grupos étnicos. Desde esta perspectiva es posible señalar que para el Epiclásico, el suroeste del valle de Toluca, la región más fértil que ha albergado la mayor densidad de sitios, por lo menos desde el Clásico, ya comienza a manifestar su primer síntoma de saturación. En cierta forma, dicho proceso demográfico ha delineado el posterior curso histórico de la región, en el que cabe conjeturar lo siguiente: el grupo que habita la zona suroccidental sin duda pretende mantener y defender su territorio, así como su posición privilegiada dentro de la región. El paso del tiempo y el ritmo sostenido de crecimiento poblacional podrían haber acelerado dicha tendencia, que propiciaría, por un lado, el desequilibrio en las relaciones entre las unidades de asentamientos, y por el otro, el desarrollo de un sistema cohesivo que resaltara la identidad y la pertenencia con el fin de perpetuar la supervivencia como una unidad privilegiada. En otras palabras, es un proceso dual en donde el miembro de un grupo ostenta su identidad hacia el interior del grupo al que pertenece, al mismo tiempo que se defiende de las presiones que ejercen los grupos exteriores. La perpetuidad del grupo requería, mínimamente, del dominio y control de su territorio, en este caso, el medio más fértil del valle, mientras que su consolidación como grupo preeminente dependía, además, del dominio sobre otros grupos habitantes de dicha región.

Desde esta perspectiva no es difícil elucubrar que el grupo que controla la riqueza ambiental del suroeste del valle de Toluca, región que muestra ya el franco proceso de saturación poblacional, se ve obligado a resaltar el sentido de pertenencia compartida y, por ende, la cohesión en el interior del grupo. Todo ello es una condición necesaria para consolidar su posición de preeminencia dentro de la región. Asimismo, es presumible que conforme se fue agravando dicho proceso, los habitantes del suroeste fueron separándose paulatinamente de la base común cultural y social que compartían hasta entonces. En el caso concreto de la región bajo estudio, se plantea que ya durante el Epiclásico, este grupo fue adquiriendo una identidad propia que, posteriormente, sirvió de base para el proceso de conformación de un grupo como el matlatzinca. Paulatinamente, durante el Posclásico, éste se fue transformando en el grupo hegemónico que incorporó no sólo el valle de Toluca, sino también las regiones aledañas. Este mismo proceso favoreció, a su vez, que se acelerara la diferencia entre las unidades de asentamiento que, anteriormente, gozaban de relaciones intergrupales relativamente equilibradas. Naturalmente, la aparición de un grupo políticamente más fuerte y el desequilibrio concomitante en las relaciones entre los grupos, modificaron los mecanismos de interacción entre ellos.

En este escenario es necesario analizar el significado de la presencia del grupo otomiano, no sólo por ser uno de los grupos de pobladores más antiguos del Altiplano Central, sino también por el hecho de que otros grupos posclásicos, coexistentes en el valle de Toluca (con excepción del nahua), forman parte o derivan del mismo tronco lingüístico. En el caso de que existieran otros grupos étnico-lingüísticos en la región antes del Posclásico, es posible que éstos la hayan compartido con el grupo otomiano. Sin embargo, el panorama del Posclásico en el valle de Toluca no corresponde a dicha realidad, ya que, como se ha mencionado anterior-

mente, todos los habitantes autóctonos señalados en los documentos del siglo XVI pertenecen a una base común, la otomiana; a menos que, por alguna causa catastrófica desconocida, desaparecieran del valle el o los supuestos otros grupos no otomianos y que, en su lugar, llegaran a poblar de manera repentina el matlatzinca, el otomí y el mazahua, todos pertenecientes al tronco común otomiano. Naturalmente, lo dicho anteriormente no parece coincidir con lo sucedido en el Posclásico de la región del Alto Lerma.

COMPLEJOS CERÁMICOS DEL POSCLÁSICO EN EL VALLE DE TOLUCA, SU DISTRIBUCIÓN Y SU SIGNIFICADO EN TORNO A LOS GRUPOS ÉTNICOS-LINGÜÍSTICOS: EL MATLATZINCA, EL MICA, EL IXTLAHUACA-TEMAZCALCINGO-ACAMBAY Y EL COMPLEJO DEL VALLE DE MÉXICO (EL AZTECA III Y III-IV, EL ROJO, EL NEGRO SOBRE ROJO Y EL POLICROMO)

El mismo proceso que se ha descrito puede haber influido en la desaparición del complejo cerámico Coyotlatelco con rasgos diagnósticos homogéneos. El Coyotlatelco se sustituye, en forma ciertamente súbita, por la cerámica Matlatzinca rojo sobre bayo que presenta atributos bien definidos y que comparte el valle de Toluca con otros complejos cerámicos como el grupo Mica y el Ixtlahuaca-Temazcalcingo-Acambay. Si bien es cierto que en los sitios de mayor jerarquía como centros locales y regionales, la distribución espacial de estos tres complejos cerámicos y del Azteca III y III-IV difícilmente se puede discriminar, ya que algunos de éstos comparten el espacio, en los sitios de menor importancia, cada uno de estos grupos cerámicos parece ocupar una esfera de distribución no sólo definida, sino también circunscrita.

Antes de describir las características idiosincráticas de cada uno de los cuatro complejos, sería conveniente puntualizar la razón fundamental por la que la cerámica se considera como una variable importante del sistema identitario. Ciertamente no todos los elementos constitutivos de la cerámica reaccionan de la misma manera ni al mismo ritmo ante cualquier tipo de cambio político y social. Los estudios empíricos señalan que las variables relacionadas con el proceso técnico de producción y las formales muestran una susceptibilidad menor, mientras que la decoración es más sensible a dichos cambios. En cuanto a las formas y las técnicas de manufactura, los objetos cerámicos de uso cotidiano, ya sean relacionados con las prácticas culinarias (Reina y Hill 1978; Nicklin 1971; Rice 1984) e incluso, quizá, con el ritual cotidiano, pueden mostrar una mayor resistencia o conservadurismo ante los cambios por ser éstas las actividades básicas y arraigadas en el seno de la formación social. De ahí se infiere que estos elementos cerámicos desempeñan un papel central como símbolo de identidad, aunque a menudo ésta no actúa de manera aparente ni consciente.

Cada uno de dichos complejos se diferencia fácilmente por sus características. El Matlatzinca, por ejemplo, está hecho con una pasta relativamente arenosa y presenta un buen control del fuego. Las formas y los motivos de decoración evidencian ciertos cambios en el transcurso del Posclásico. Entre las más distintivas correspondientes a la etapa temprana o el periodo III, Viento de Teotenango (Vargas 1975), o los primeros periodos de Calixtlahuaca (García Payón 1979: 245-257),

destacan el molcajete trípode con fondo escasamente rayado y el cajete trípode con pared curvo-convergente, ambos pintados en rojo sobre el color natural del barro con motivos geométricos de líneas, secciones escalonadas, etcétera, y cántaros con o sin decoración pintada en rojo (figura 1; figura 2: a, b, c). Entre las diversas técnicas de acabado se encuentra el pulimento de palillo, que produce cierto grado de lustre en la superficie y que podría considerarse como legado de las tradiciones alfareras de tiempos anteriores.

A diferencia de la cerámica matlatzincina temprana que aún conserva ciertas reminiscencias de las formas, técnicas y motivos de decoración del Coyotlatelco, la cerámica del periodo sub-azteca de Calixtlahuaca (García Payón 1979: 257-261) o la correspondiente al Periodo IV, Fuego, de Teotenango (Tommasi de Magrelli 1978; Vargas 1975), muestra cambios marcados tanto en las formas como en las

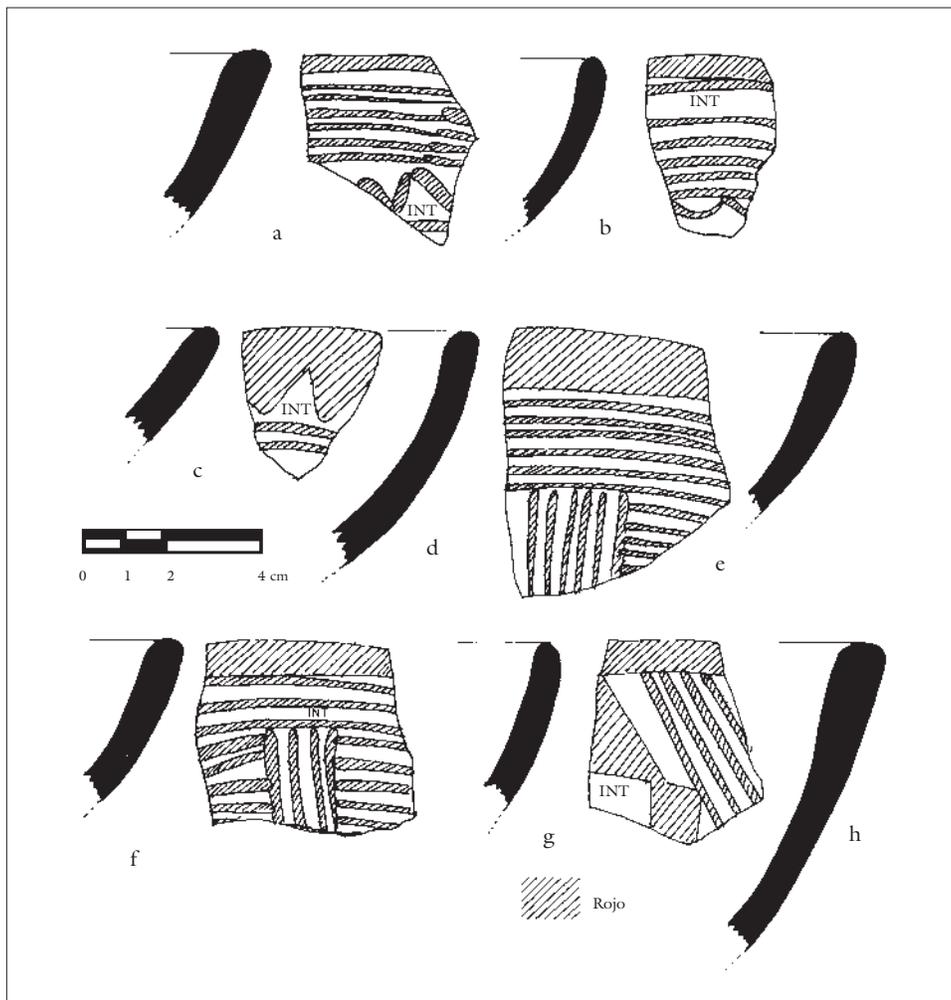


Figura 1. El complejo cerámico Matlatzincina: etapa temprana. Cajete curvo convergente rojo sobre bayo.

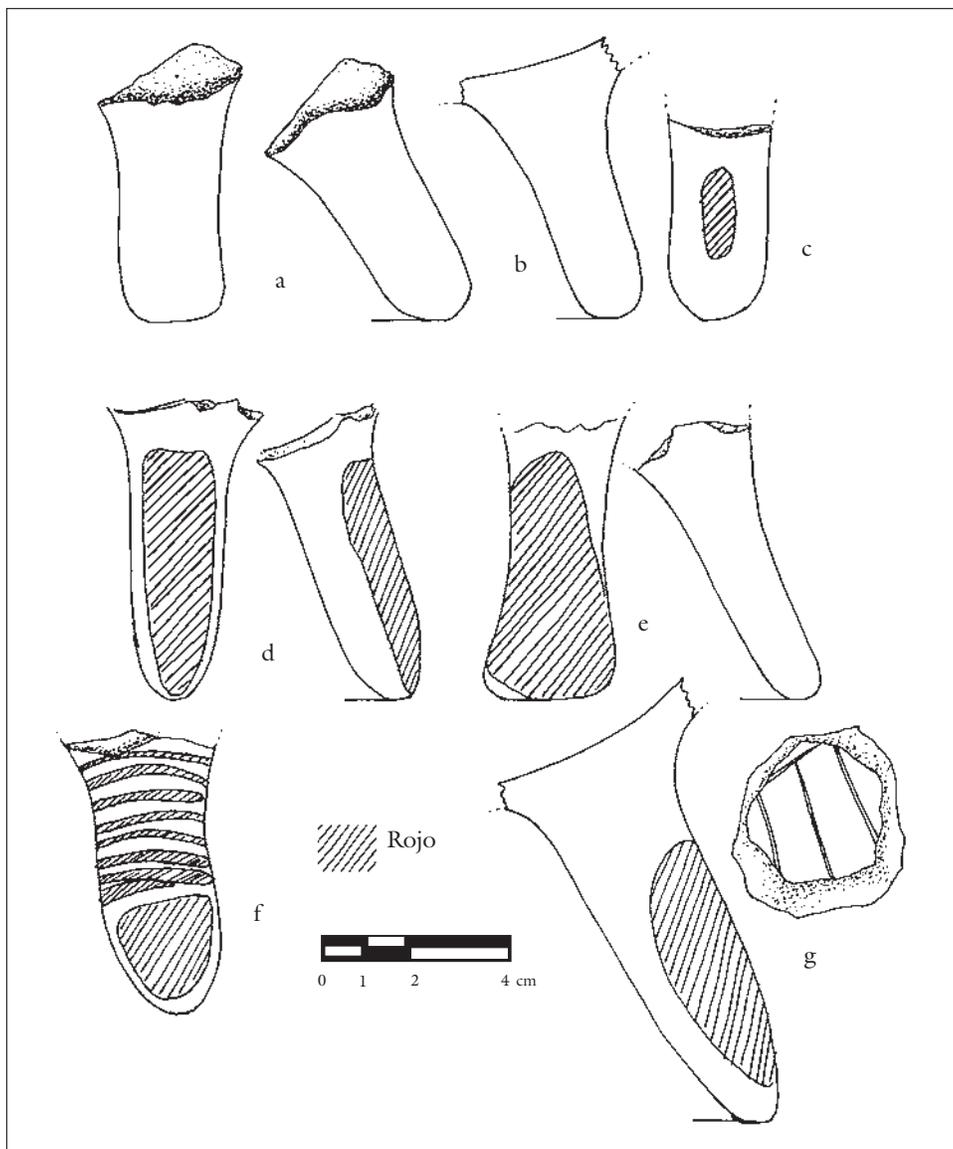


Figura 2. El complejo cerámico Matlatzinca: soportes (a, b y c, tempranos; d, e, f, y g, tardíos).

técnicas y los motivos de decoración. Para entonces, la presencia de los molcajetes disminuye notablemente. En su lugar, aparecen con mayor frecuencia los platos o cajetes someros y abiertos con soportes trípodes, cuyas formas difieren de aquellos de los periodos anteriores. Para esta etapa tardía, pero anterior a la conquista de la Triple Alianza, las formas de soporte más comunes son las cónicas y alargadas, frecuentemente pintadas en bicromía o policromía, así como la forma de espátulas. Entre los

platos o cajetes abiertos predomina la aplicación de un engobe rojo que cubre completamente el interior de los platos o forma una franja gruesa combinada con un fondo decorado con líneas distribuidas en cuatro sectores; esta última conserva, aún, cierta semejanza con la del periodo anterior. En cambio, el uso del engobe negro en forma de una serie de círculos y de una delgada banda sobre el borde, es la innovación propia de esta etapa más tardía (figura 3a). También existen cajetes abiertos trípodes, cuencos y ollas, decorados en policromía de blanco caedizo y café negruzco sobre rojo, formando motivos geométricos concéntricos y lineales. La aplicación de este tipo de decoración se encuentra en ambas superficies del cuerpo o sólo en el exterior (figura 3b). Cabe mencionar que estas vasijas policromas pueden haber tenido un uso multifuncional, es decir, no se restringen al nivel cotidiano, sino también se utilizan como objetos rituales y de intercambio con otras regiones, como lo reporta oportunamente Vaillant en la localidad de Gualupita III, Morelos (Vaillant y Vaillant 1934).

Después de la conquista de los aztecas, es decir, durante el periodo V, Muerte de Teotenango (Tommasi de Magrelli 1978; Vargas 1975) o el periodo Azteca-Matlatzinca de Calixtlahuaca (García Payón 1979: 261-262), el complejo cerámico, aunque conserva las formas básicas de los tiempos anteriores, muestra influencias, sobre todo en los colores y motivos decorativos, de la tradición cerámica de la vecina cuenca de México. Así, aparecen las ollas, jarras y cajetes sin o con soportes trípodes, los cuales se distinguen por la decoración pintada en policromía con engobe de color blanco diluido y negro sobre fondo rojo lustroso. Los motivos consisten básicamente en líneas combinadas con pequeños círculos (figura 3).

Si bien ha habido cambios o modificaciones a lo largo del desarrollo del complejo cerámico Matlatzinca, éstos se manifiestan básicamente en rasgos formales y decorativos específicos, sin perder las características que lo distinguen de otros complejos cerámicos. Salta así a la vista la ausencia del comal, forma tan preponderante en el inventario cerámico del Azteca III y III-IV. La figurilla de barro, cuya presencia es relativamente difundida dentro de la tradición alfarera azteca, no se ha identificado en la cerámica matlatzinca. En el caso de los molcajetes, si bien se conoce su uso, su presencia no es tan abundante ni tan amplia como lo demuestran los molcajetes aztecas. Además, a diferencia de los aztecas con fondo finamente rayado (figura 4: a-f), que en su mayoría presentan huellas de uso y desgaste en la parte central del fondo, los molcajetes matlatzincas (figura 4: g-j) se caracterizan por tener fondo con incisiones delgadas de unas cuantas líneas cruzadas o en zigzag que frecuentemente están combinadas con líneas rectas. En todos los casos, las líneas están trazadas paralelamente, dejando espacios abiertos (Tommasi de Magrelli 1978). Todo parece indicar que el fondo rayado no es adecuado para triturar el alimento y en efecto, rara vez, presenta huellas de uso. Cabe, además, mencionar que en el contexto arqueológico, este tipo de molcajetes se encuentra frecuentemente como ofrenda en los entierros. Con base en lo anterior, es posible inferir que la función primordial de los molcajetes matlatzincas no se encuentra en el ámbito de uso cotidiano, sino más bien de lo ritual e ideológico.

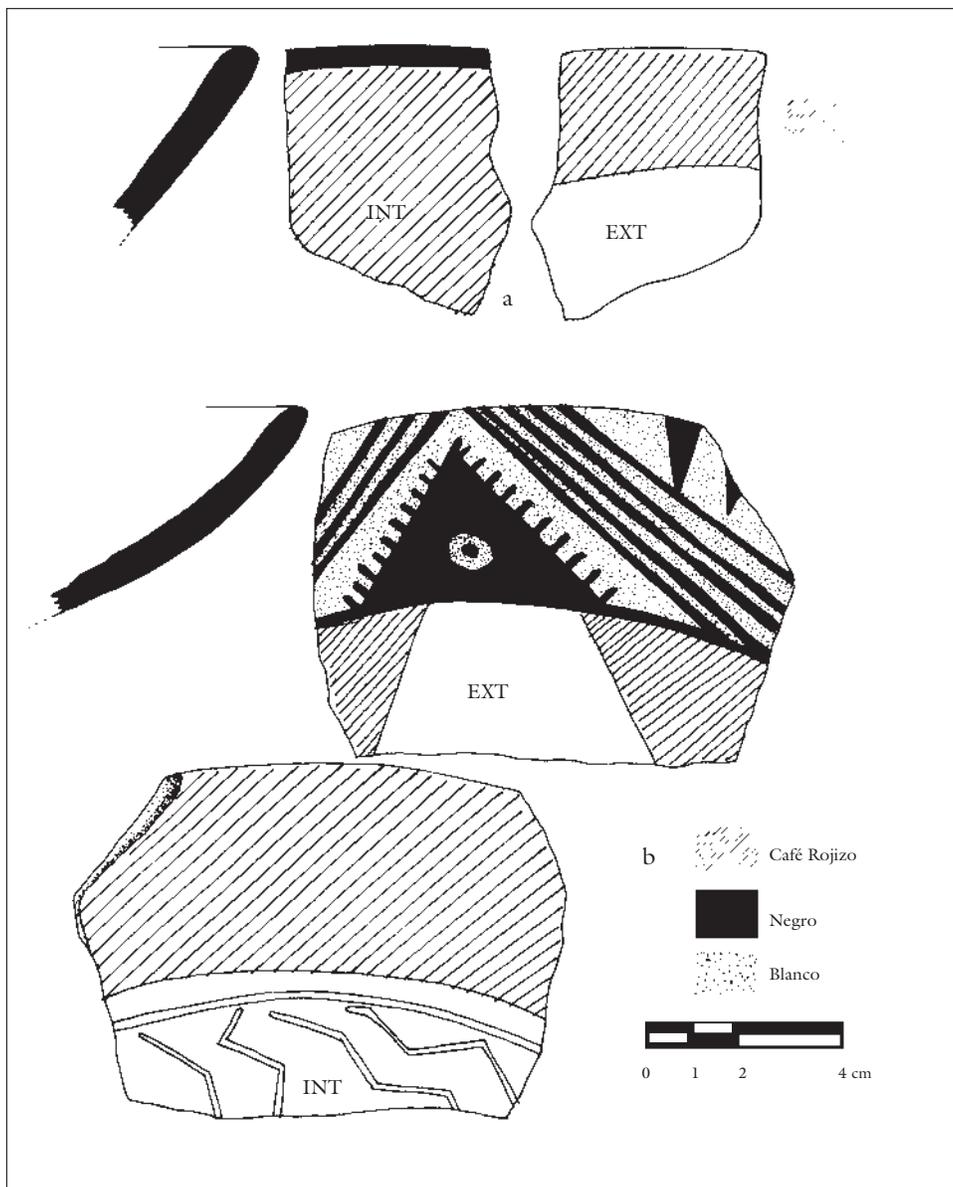


Figura 3. El complejo cerámico Matlatzinca tardío (a, bicromo; b, policromo).

Fue García Payón quien, con base en los datos procedentes de las excavaciones realizadas en Calixtlahuaca, denomina este grupo cerámico como Matlatzinca, aludiendo al grupo étnico que funda dicho centro (García Payón 1936, 1979). Ciertamente, el valle de Toluca es conocido también como el de Matlatzinca, nombre del grupo étnico-lingüístico cuya sede política se encuentra, precisamente, en la cuenca del Alto Lerma. En efecto, de acuerdo con los mapas de distribución de

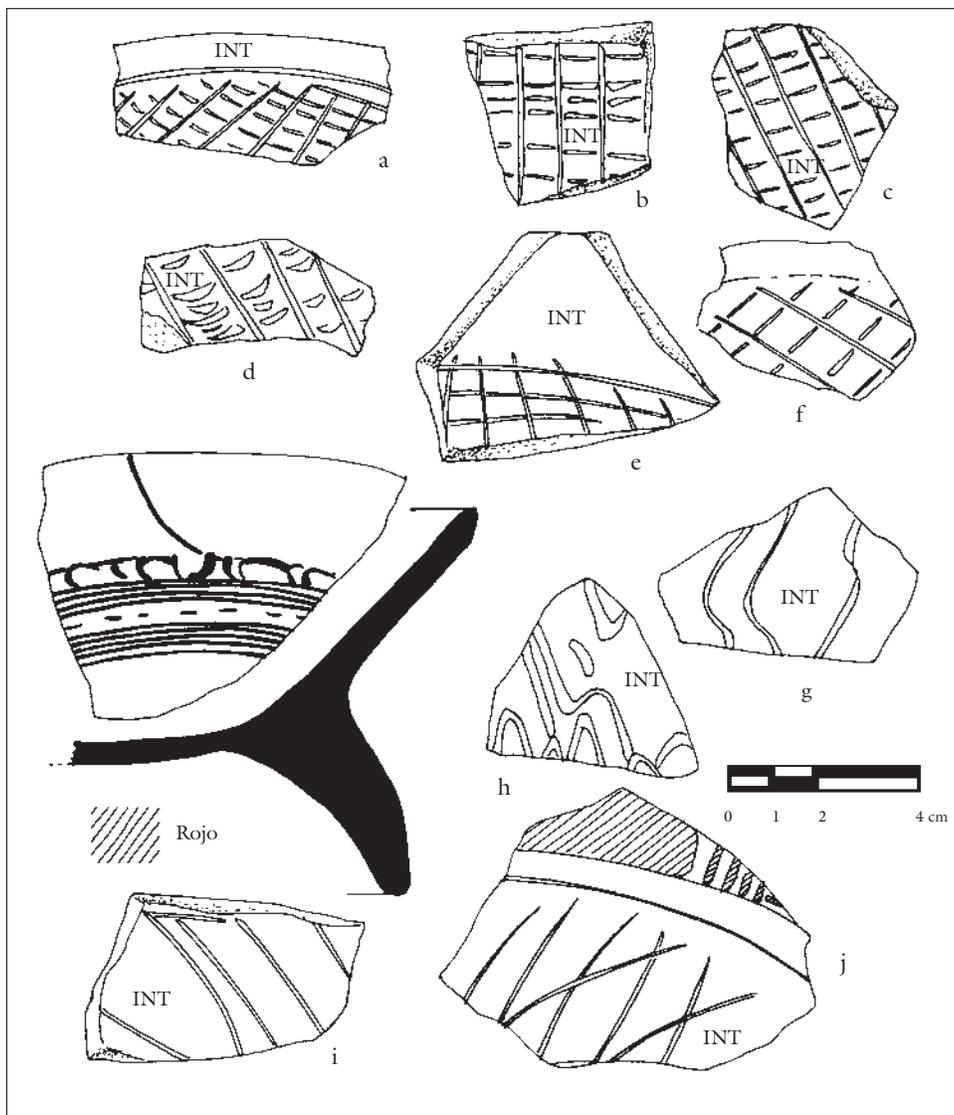


Figura 4. Fondos de molcajete (a-f: aztecas; h-j: matlatzincas).

los grupos étnico-lingüísticos de los siglos xv (García Payón 1934, inserto en la obra de 1936) y xvi (Quezada 1972), el valle de Toluca forma parte del territorio matlatzinca. De ser esto correcto, se puede presumir que el complejo cerámico denominado como Matlatzinca debe distribuirse, por lo menos, en toda la superficie del valle de Toluca. No obstante, los datos recabados por el reconocimiento de superficie (figura 5) no concuerdan con dicho supuesto, pues la distribución de esta cerámica, lejos de comprender la totalidad de dicha región, aparece confinada principalmente en el área ubicada entre la margen occidental del río Lerma al este y la ladera

oriental del Nevado de Toluca al oeste, así como entre el cerro del Perico al norte y Teotenango al sur. Salvo algunos sitios de mayor jerarquía, como Xalatlaco, ubicado en el límite sur oriental del valle y algunos otros –como el de Techuchulco– de la misma categoría, en donde la cerámica matlatzinca se encuentra asociada con los otros complejos cerámicos, su distribución se circunscribe básicamente a la margen oriental y el suroeste del valle de Toluca.

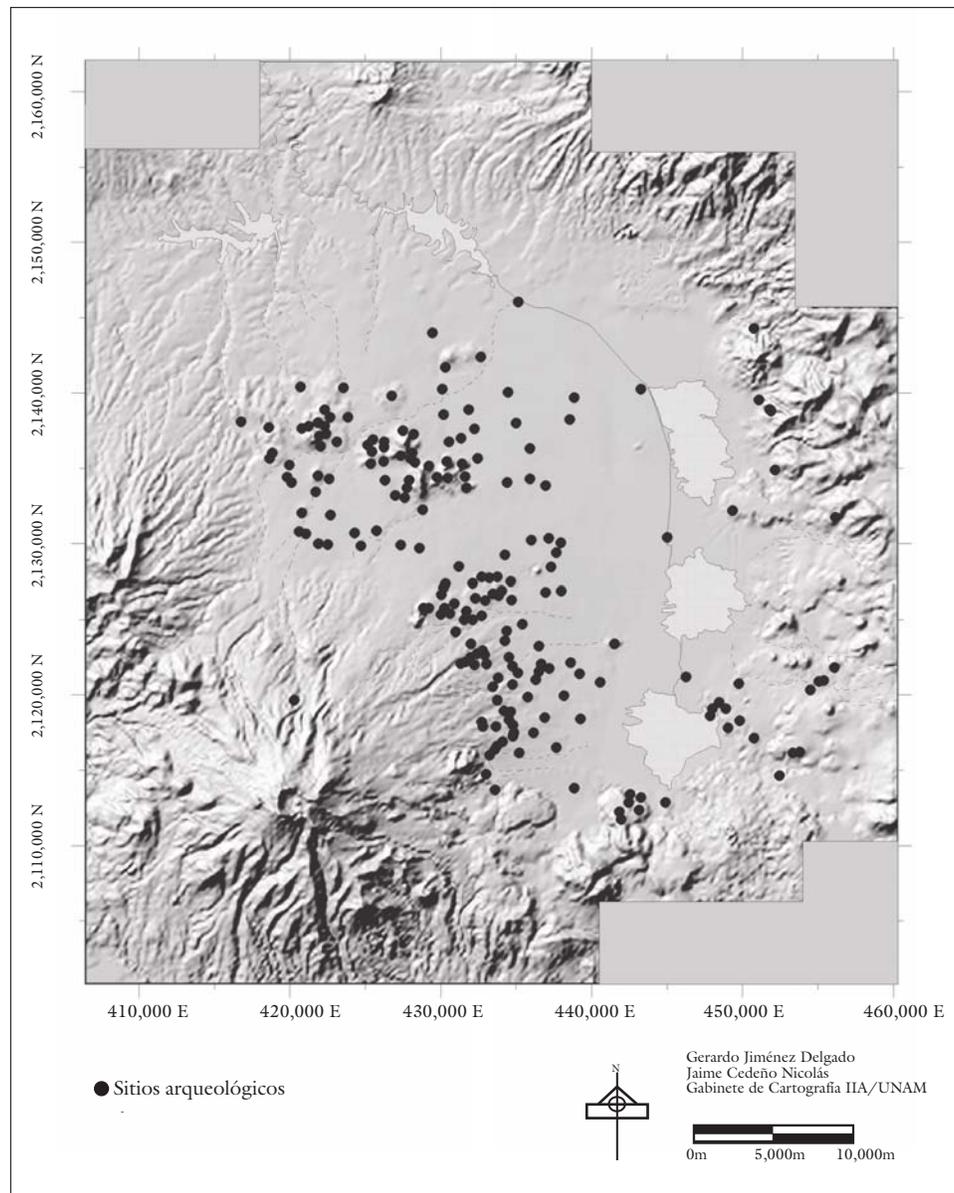


Figura 5. Distribución de sitios del Posclásico (complejo cerámico Matlatzinca).

Esta aparente discrepancia entre los datos arqueológicos y los históricos parece tener una explicación, si se considera que los datos arriba mencionados expresan dos realidades distintas: los mapas históricos a que se hace referencia, de los siglos xv y xvi, indican el territorio geopolítico del Matlatzinca, mientras que los datos arqueológicos que representan la esfera del complejo cerámico matlatzinca corresponden a aquellos asentamientos donde el núcleo de población está conformado por el grupo matlatzinca, étnicamente hablando. Desde este ángulo, se puede plantear la hipótesis de que la distribución de la población étnica matlatzinca estaba más bien cargada hacia la zona oeste y suroeste del valle.

Otro complejo cerámico que caracteriza el Posclásico del valle de Toluca es el Mica, que se distingue por una pasta burdamente amasada con huecos de aire irregulares y con inclusión de minerales de tamaño variable, en ocasiones hasta de 7 mm, en los cuales predominan partículas irregulares lechosas y ferromagnesianas, además de la mica que se encuentra acomodada en la superficie, así como por el uso amplio de un engobe rojo muy diluido. La aparente pobreza de este grupo cerámico no sólo se manifiesta en su técnica de manufactura, sino también en la escasa variabilidad en las formas cerámicas, básicamente cuatro: ollas, cuencos o cajetes curvo-convergentes, tecomates y comales. Además, todas se caracterizan por cierta apariencia tosca, y son probablemente multifuncionales y de uso cotidiano. El comal de este complejo cerámico se diferencia del comal azteca (figura 6: s-z) por el uso frecuente del engobe rojo en su interior (figura 6: a-r). Vale también la pena mencionar otros aspectos del comal, tales como el engrosamiento del labio y la base completamente plana, cuya superficie rugosa alcanza a cubrir hasta el labio exterior y la ausencia del reborde exterior. De la misma manera, resalta la ausencia de una franja que circunda el borde exterior con acabado de buena calidad, así como la ligera curvatura o levantamiento hacia el interior del borde que suele caracterizar al comal azteca.

La olla (figura 7) se distingue a simple vista de las correspondientes del Azteca y el Matlatzinca, pues a diferencia de éstas, las que pertenecen al grupo Mica no presentan un reborde angular o engrosamiento en el labio exterior, ni tampoco un ángulo a la altura de hombro. Por regla general, el cuello es recto, ligeramente divergente y el borde tiene un perfil curvo divergente. Salvo la aplicación de un engobe rojo muy diluido en el exterior, no se ha identificado decoración.

En cuanto a los cajetes (figura 8: d-h, k-o), cabe destacar la ausencia de vasijas con pared curvo divergente y de fondo plano o platos, con soportes trípodes, base anular o con cualquier otro tipo de soporte, así como las formas hemisféricas; la única forma registrada se refiere a los cajetes hondos de pared curvo convergente, boca ligeramente restringida y fondo redondeado. Por regla general, no tienen ningún tipo de decoración fuera de la aplicación de engobe rojo diluido que cubre la superficie. El acabado de superficie nunca llega a alcanzar el grado de pulimento; más bien presenta cierta apariencia de aspereza. La cuarta forma considerada como básica en el grupo Mica corresponde a los tecomates (figura 8: a-c, i, j, r-u), que presentan las mismas características mencionadas anteriormente, sólo que la boca con frecuencia está contraída y se agregan un par de protuberancias a la altura del

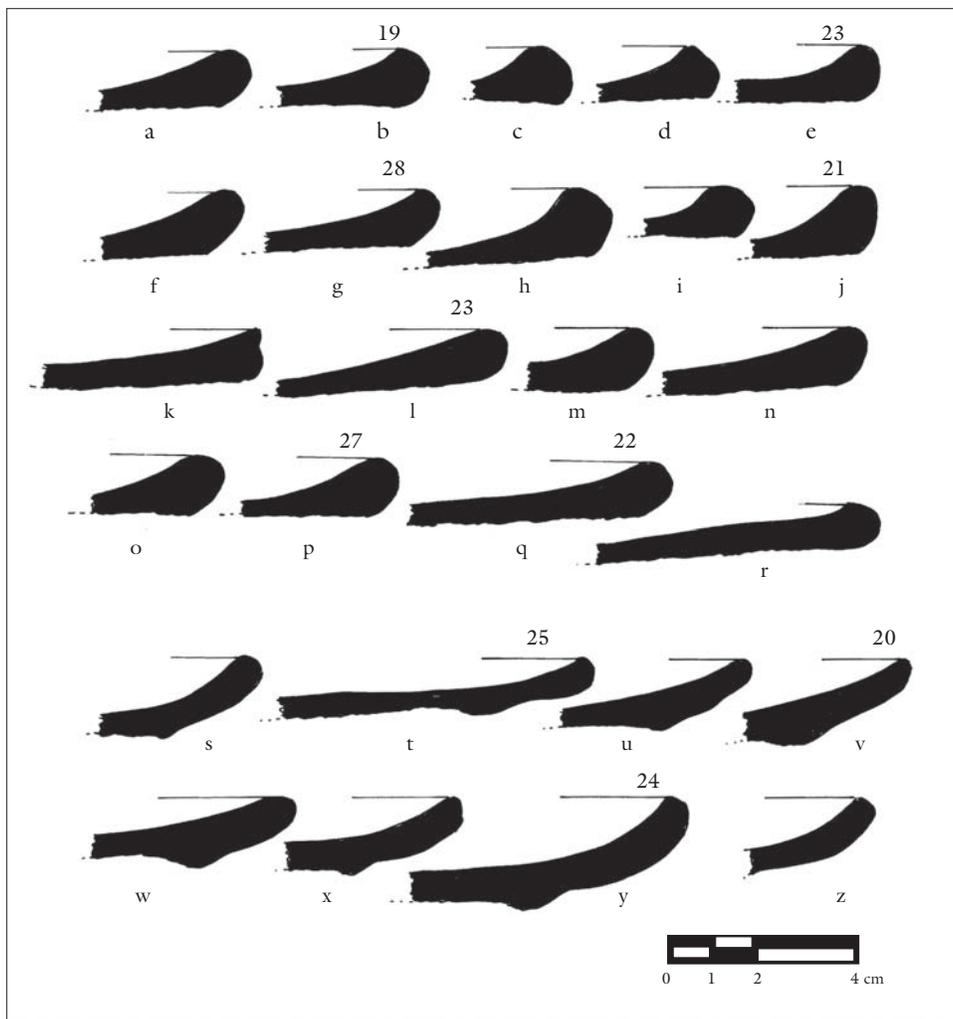


Figura 6. Comales (a-k: complejo cerámico Mica; s-z: azteca).

ángulo del borde exterior. Estos apéndices presentan una forma de aleta de pez, pero son muy pequeños para ser asas.

Estas dos últimas formas, pero sobre todo la reaparición del tecomate, considerado como elemento diagnóstico del Preclásico inferior, parecen insinuar lo elemental de la vida cotidiana de los usuarios. Acerca del significado del tecomate en la región del Golfo en el Preclásico inferior, Philip J. Arnold (1999: 159-170) propone que esta forma cerámica está directa o indirectamente relacionada con fines muy variados: desde una actividad cotidiana tan básica como hervir el maíz, hasta con actos rituales, es decir, satisface funciones múltiples. Además, su uso corresponde más a grupos humanos móviles que a sedentarios. Ciertamente, el caso de aquellos habitantes mayoritariamente distribuidos en la zona serrana de la mar-

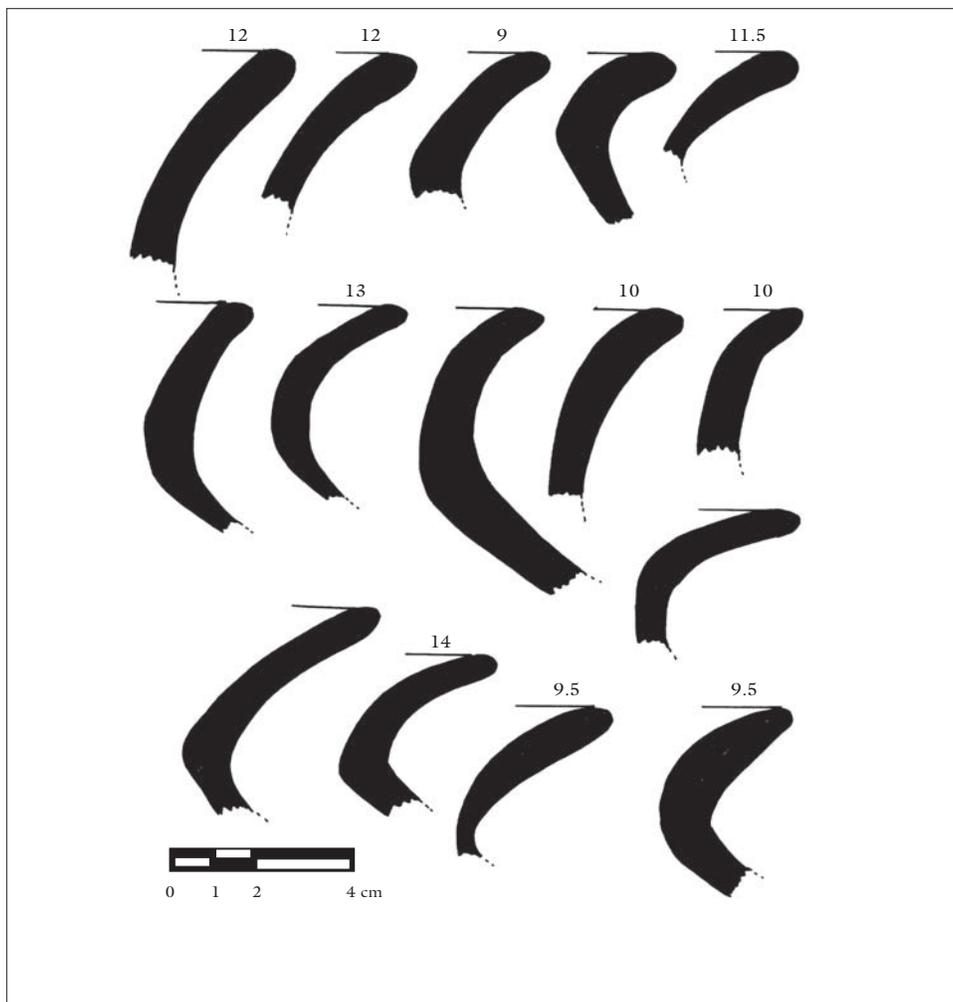


Figura 7. Ollas del complejo cerámico Mica.

gen oriental del valle de Toluca, que fueron quienes utilizaron la cerámica Mica, no coincide totalmente con lo propuesto por Arnold, ya que para el Posclásico, éstos conformaron asentamientos básicamente sedentarios, naturalmente con ciertas variaciones en su grado de sedentarismo. No obstante, vale la pena reiterar dos aspectos: uno está relacionado con las formas notoriamente poco variadas; el otro corresponde al hecho de que reaparece la forma de tecomate que constituye una de las más antiguas y elementales, diagnósticas del Preclásico inferior. En el caso del cuenco, éste se ha fabricado de manera más constante a lo largo de la historia prehispánica, y sigue ocupando parte importante en los artefactos básicos de la vida de estos habitantes. Ambos casos pueden estar relacionados con lo limitado y lo elemental de su modo de vida.

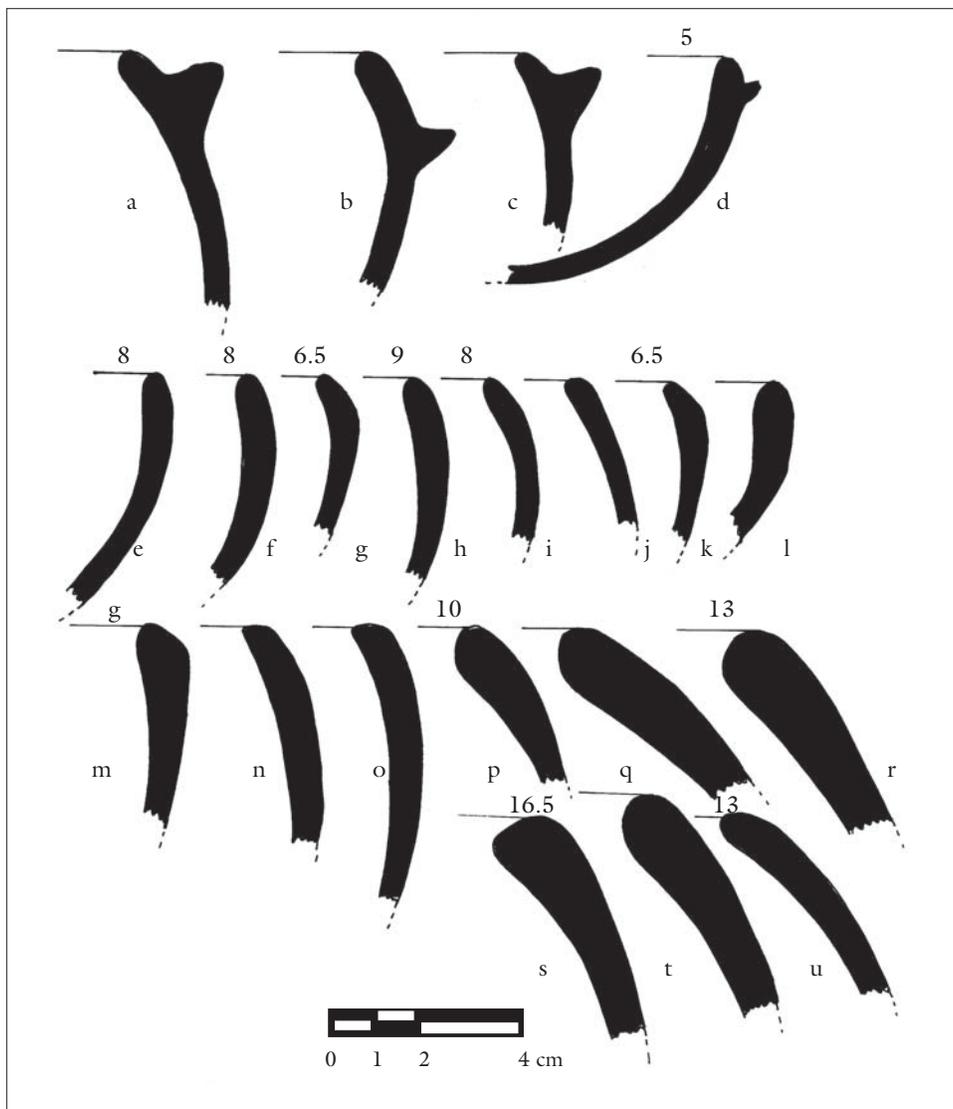


Figura 8. Complejo cerámico Mica (a-c, i, j, r-u: tecomate; d-u, k-o: cajetes).

Otro aspecto relevante es la escasa presencia de malacates entre los objetos de barro. A diferencia de la cerámica Matlatzinca, en el grupo Mica sí se ha reconocido el uso, aunque poco común, de la figurilla de barro con rasgos que parecen insinuar una imitación tosca de la azteca, pero con elementos iconográficos distintos.

La distribución de este grupo cerámico (figura 9) se encuentra principalmente confinada hacia la margen oriental del valle, principalmente a lo largo de la región montañosa de la serranía de Las Cruces y el Ajusco. Hacia el este llega a la zona de

Cuajimalpa, comprendiendo incluso la ladera oriental de dicha serranía y, muy probablemente, Azcapotzalco. El límite meridional se encuentra en la zona de malpaís que se extiende a la altura de San Lorenzo de las Guitarras y San Mateo Texcalyacac. Hacia el norte, la presencia de este complejo cerámico se advierte, por lo menos, en el sitio de Huamango, municipio de Acambay. El límite occidental

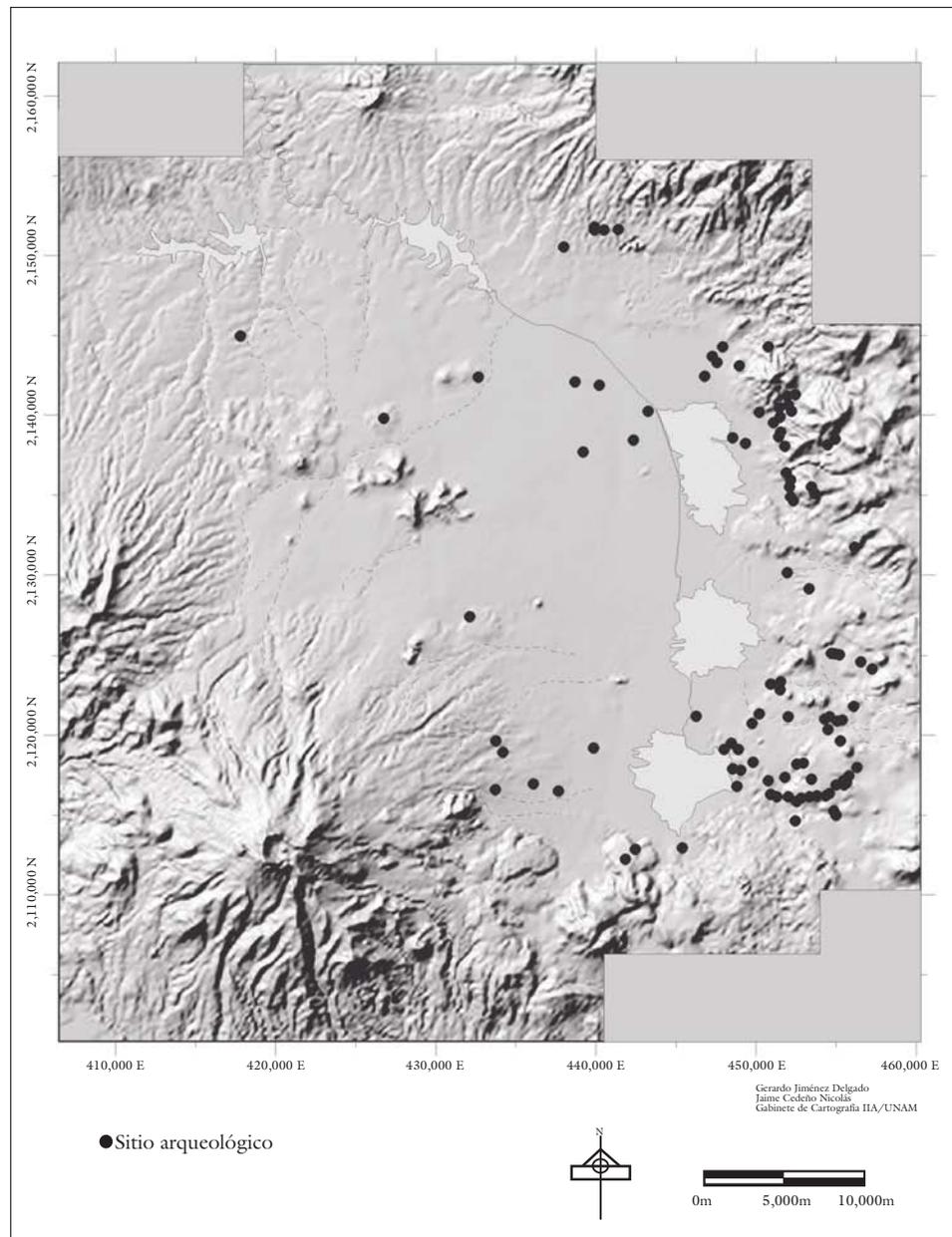


Figura 9. Distribución de sitios del Posclásico (complejo cerámico Mica).

alcanza la porción oriental de la cuenca del Alto Lerma. De esta manera, las evidencias arqueológicas parecen indicar que el grupo Mica se distribuye principalmente en la zona montañosa y de altura, donde predomina no sólo la topografía accidentada, sino también las condiciones ambientales menos promisorias, comparadas con el resto del valle.

Desde el punto de vista del patrón de asentamiento, este grupo se encuentra básicamente en sitios pequeños de menor jerarquía. Por regla general, corresponden a unas cuantas casas-habitación dispersamente distribuidas. Uno de los sitios más representativos se encuentra localizado en Magdalena de los Reyes, municipio de Santiago Tianguistenco, donde en la ladera suave y terrazada de la zona boscosa de la Serranía del Ajusco-Las Cruces, se distribuyen las casas en forma dispersa, mostrando el patrón que, hasta hace poco, caracterizaba a los asentamientos otomianos. Como si concordara con lo elemental del inventario cerámico, la vivienda se distingue también por su precariedad, aspecto que resalta por el angosto espacio interior, el muro de piedra acomodada y el piso de lodo apisonado, que cubre, a su vez, la cama o firme de piedra (Rogers, comunicación personal). Así, no sólo el patrón de asentamiento y las características básicas de su vivienda, sino también la cultura material, parecen sugerir que este grupo cerámico podría formar parte de un grupo de población bien definido. Sin embargo, cabe recordar que en centros de mayor jerarquía como Huamango, Xalatlaco y Teotenango, entre otros, alguna fracción de dicha población pudo coexistir con otros grupos humanos.

La distribución geográfica del grupo Mica, a su vez, parece coincidir con el territorio del Imperio Tepaneco, documentado en las fuentes históricas del siglo xvi. De acuerdo con Carrasco (1950), el centro del Imperio Tepaneco parece ubicarse en las regiones que incluyen “la margen occidental de la cuenca de México, el valle de Toluca, la Provincia de Xilotepec...” (Carrasco 1950: 269), y en las que el otomí es el principal grupo étnico. Si bien es importante tomar en consideración lo mencionado por Carrasco, también cabría la posibilidad de proponer, a manera de hipótesis, que la conformación del grupo otomí como un grupo étnico, separado de otros derivados de la base otomiana, podría remontarse a tiempos anteriores a los tepanecas. Quizá, dicho momento podría ubicarse en el Posclásico temprano, cuando surgió el matlatzinca como el grupo hegemónico de la región del Alto Lerma.

El tercer complejo cerámico, el Ixtlahuaca-Temazcalcingo-Acambay, es el otro que conforma el regionalismo cerámico, tan distintivo del Posclásico de la región bajo estudio. Entre los rasgos que caracterizan dicho complejo cerámico, resalta, primero, el color del engobe, aplicado como acabado de superficie y la decoración pintada en policromía, en la que predominan un tono de anaranjado salmonado, un blanco cremoso y un rojo claro. Frecuentemente, estos colores se aplican sobre una superficie bañada con un engobe cremoso o los colores naturales del barro. La decoración policroma se encuentra generalmente en una de las superficies de los cajetes curvo convergentes, ya sea en el interior o el exterior. También se utiliza la decoración bicroma en rojo sobre cremoso pálido, cuyos motivos tienen una vaga reminiscencia del Matlatzinca rojo sobre café o bayo, pero se distinguen de éstos por sus motivos geométricos

más angulares, trazados con poco cuidado y menor calidad. Otra técnica de decoración distintiva de este grupo, aparentemente utilizada en los braseros y ollas, es la aplicación de tiras delgadas sobre el exterior, las cuales están decoradas, a su vez, con la impresión de dedos, de carrizos delgados o de uñas, así como la aplicación de espículas o protuberancias.

En cuanto a las formas, predominan cajetes hondos curvo convergentes sin soportes, aunque también existen los cajetes trípodes con soportes cónicos predominantemente sólidos, los semiesféricos poco profundos o de pared divergente con soportes trípodes cónicos, las ollas y los cántaros con asas (figura 10). Otro elemento cerámico distintivo de este grupo es la presencia de las pipas, que en el resto del valle de Toluca no se ha reconocido plenamente, salvo en los sitios de primer orden, como el caso de Teotenango. Acerca del uso de figurillas, en los materiales de superficie no se ha identificado ninguna, salvo en Huamango, en donde sí se han reportado cuatro fragmentos de figurillas entre los materiales procedentes de las excavaciones, aunque cabe aclarar que de éstos, sólo uno se identifica como tal y que los restantes representan vagamente algunas partes del cuerpo de figurilla.

Geográficamente hablando, este grupo cerámico se distribuye principalmente en la región de Temazcalcingo, Acambay e Ixtlahuaca, pero alcanza a comprender la



Figura 10. Cerámica de la región Ixtlahuaca y Temazcalcingo.

porción septentrional y noroeste del valle de Toluca, región que se considera como el límite sur de su distribución, ya que más al sur, sólo se ha identificado su presencia dudosa (figura 11). Básicamente, este grupo cerámico mantiene una esfera de distribución propia, que no se sobrepone con la de otros complejos cerámicos contemporáneos como el Matlatzinca y el Mica. En efecto, parece mantener una demarcación restringida, coincidiendo básicamente con el área que alberga a los grupos mazahua y otomí (?) en el siglo XVI.

Naturalmente, a estos tres complejos cerámicos se debe agregar un cuarto, el conjunto de la cerámica originaria de la cuenca de México en el Posclásico tardío como el Azteca negro sobre naranja III y III-IV, el rojo sobre negro, el rojo Texcoco, y el policromo negro y blanco sobre rojo (figura 12), cuya presencia se atribuye fundamentalmente a la conquista del rey mexica Axayácatl en 1474. Efectivamente, la penetración y la difusión de dicha cerámica parece marcar un proceso violento que dejó huellas palpables en toda la extensión del valle, mientras que el Azteca I y II apenas se han identificado en la región. La abrumadora presencia de la cerámica del Posclásico tardío, sobre todo el Azteca III y III-IV, sin embargo, no debe explicarse sólo por un desplazamiento poblacional mexica o como el resultado de una fuerte inmigración del grupo nahua a dicha región, sino más bien como una consecuencia concomitante de la conquista misma y la política seguida por la Triple Alianza, que debe haber implantado las normas y pautas culturales en las regiones conquistadas.

En todo caso, en el panorama del Posclásico, la distribución del grupo Mica, así como de los otros grupos cerámicos contemporáneos mencionados, debería explicarse dentro del contexto particular de aquella época en el valle de Toluca, en la que ya se consolidaba el desenlace de un nuevo orden histórico y, por ende, una estructura espacial nueva.

IMPLICACIONES EN TORNO A LA CONFORMACIÓN MULTIÉTNICA, EL DESPLAZAMIENTO Y EL ACOMODO POBLACIONAL EN EL VALLE DE TOLUCA: UNA PROPUESTA DESDE LA ARQUEOLOGÍA

Si bien es cierto que la historia humana se resume en un constante desplazamiento poblacional, y que en unos millones de años se logró poblar el planeta Tierra, el abuso del término “migración” para explicar las incógnitas y dudas en el devenir histórico, le restó importancia y eficacia como herramienta teórico-metodológica para encontrar respuestas plausibles a estas difíciles cuestiones. La historia mesoamericana no fue la excepción, pues la migración se empleó como herramienta para dilucidar cambios bruscos o discontinuidad en diversos aspectos de la sociedad. Un ejemplo claro es el del Posclásico, pues la consolidación de este nuevo orden histórico, después de varios cientos de años de un periodo transicional, el Epiclásico, inició con grandes desplazamientos de grupos humanos que confluyeron en el Altiplano Central de México, migración que aparece en las fuentes escritas del siglo XVI. No obstante, el material arqueológico que se ha analizado parece indicar que la información escrita de la historia posclásica se debe tomar con cierta cautela.

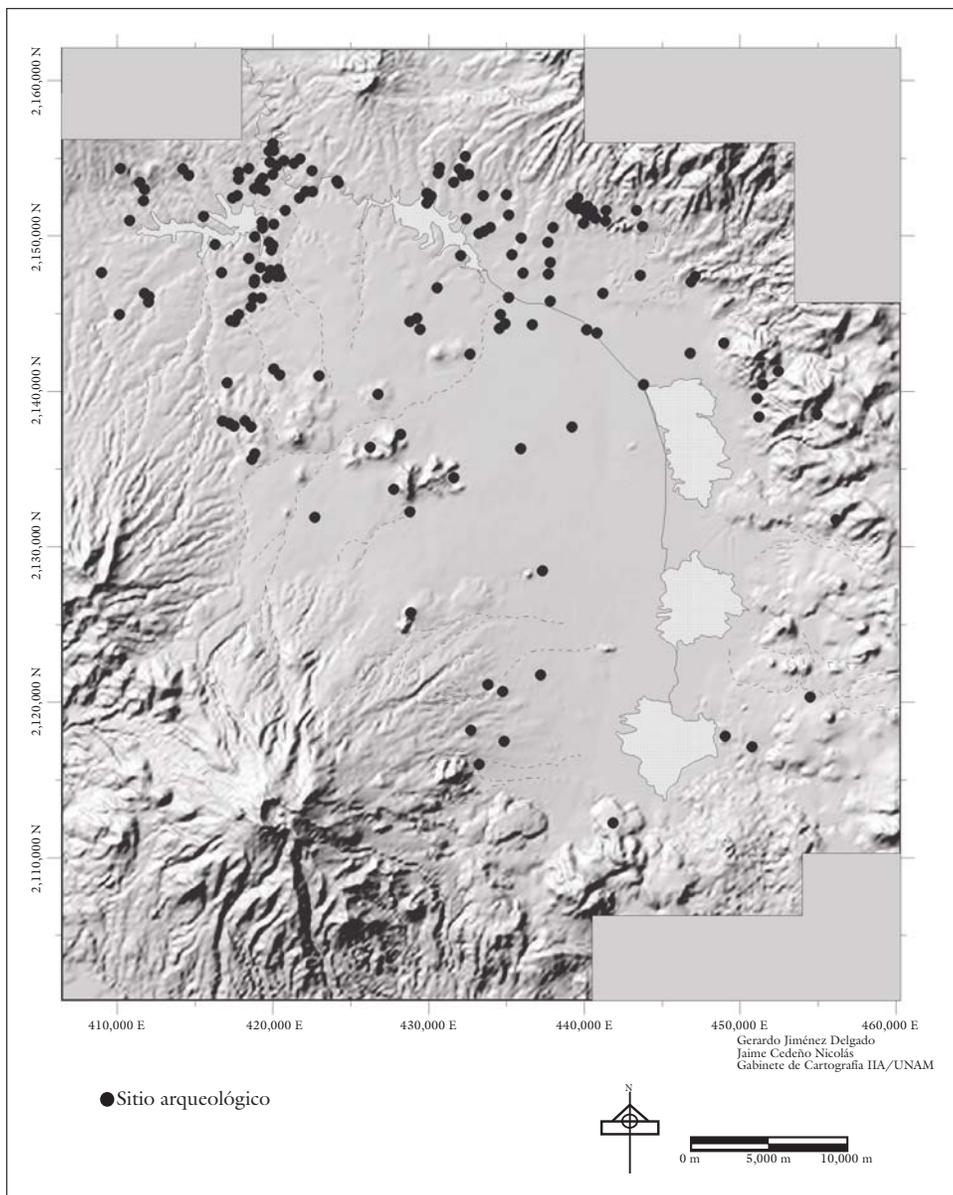


Figura 11. Distribución de sitios del Posclásico (complejo cerámico Ixtlahuaca-Temascalcingo-Acambay).

Ciertamente hubo un aporte de población inmigrante a la cuenca de México, el cual pudo, a su vez, haber contribuido con el proceso de conformación multiétnica; sin embargo, la migración sólo permite explicar parcialmente dicho proceso, ya que se requiere tomar en consideración otros factores no sólo exógenos sino también endógenos, por ser éste un proceso complejo y multifacético. Asimismo,

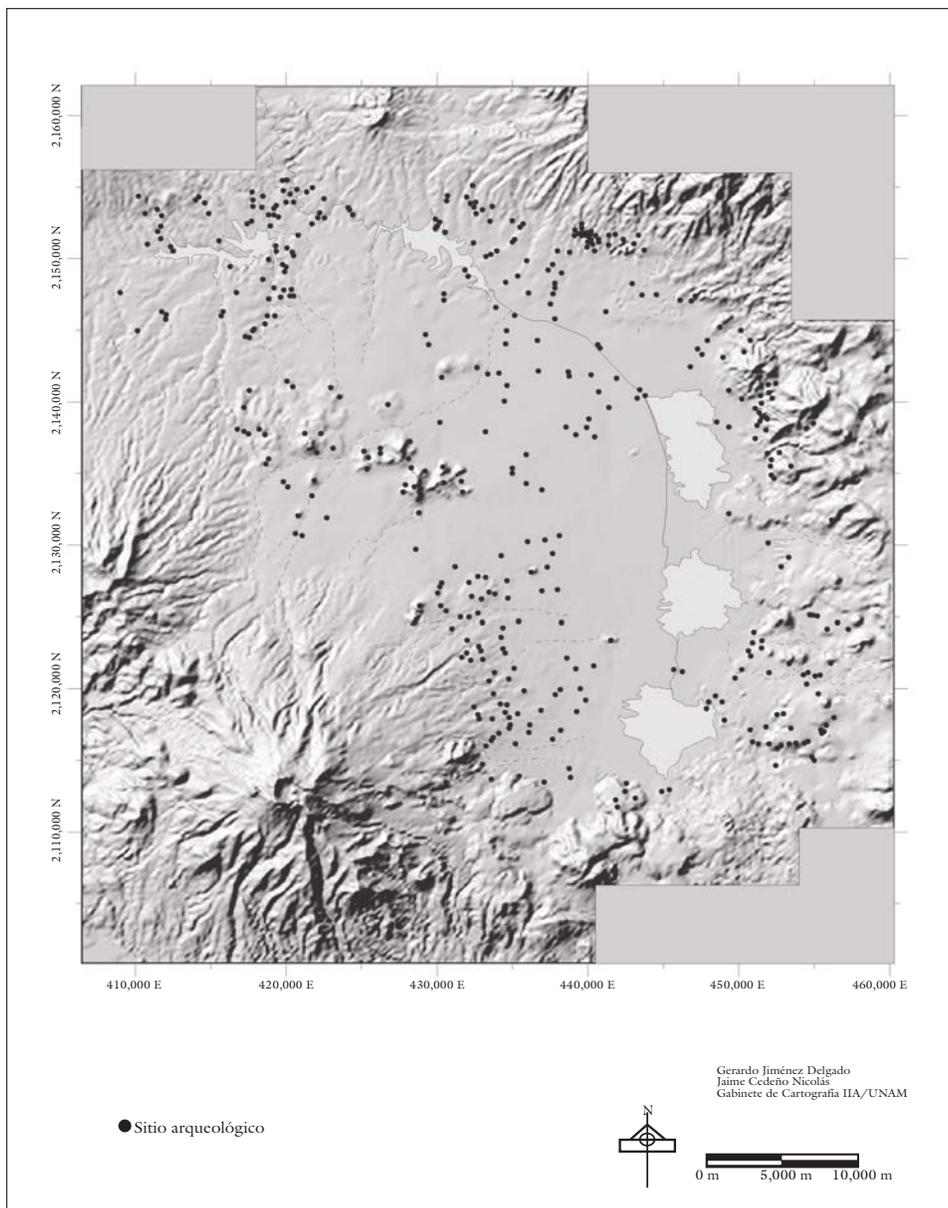


Figura 12. Distribución de sitios del Posclásico, complejo cerámico del valle de México (Azteca III, Azteca III-IV, rojo, negro sobre rojo, policromo).

debe analizarse no sólo por factores sincrónicos, sino también desde una perspectiva diacrónica.

Se ha señalado que, si las relaciones entre los grupos humanos de una región determinada se desarrollan en condiciones estables y, en mayor o menor grado, equilibradas, no se propician los factores que obligan a fortalecer la idiosincrasia del

grupo y elevar el sentido de identidad. No obstante, la historia apunta también que existen pocos casos cuya relación es simétrica, pues cuando coexisten diversos grupos en una región o en un territorio determinado, se van gestando diferencias, mismas que se regulan mediante algún mecanismo de ajustes en sus formas de interacción (Gluckman 1973). De esta manera, conforme se acelera dicho estado de tensión y, por ende, las relaciones desiguales, y se va acrecentando la amenaza de no sobrevivir como grupos independientes, se va agravando también la necesidad de fortalecer la identidad y, consecuentemente, la cohesión en el interior de cada grupo. En este contexto suele realizarse el significado propio y particular de algunos símbolos o elementos iconográficos que sirven para señalar la pertenencia a un grupo.

En el caso de la región bajo estudio, el surgimiento del regionalismo y de la multiétnicidad que caracteriza el escenario demográfico del Posclásico parecieran haberse desarrollado en forma repentina; no obstante, en realidad dicho proceso debe haber sido paulatino y complejo, y su etapa de gestación ya había detonado en el interior de la región durante el Epiclásico.

Visto regionalmente, dicho proceso no parece estar directamente relacionado con la inmigración de diversos grupos étnico-lingüísticos, sino más bien con el crecimiento demográfico interno de la región durante el Epiclásico y el Posclásico, con la distribución desigual de recursos biofísicos vitales y con otros factores ambientales que afectan el óptimo desarrollo de un grupo humano específico, así como con el acomodo poblacional como consecuencia de lo anterior. Así pues, todo ello puede haber propiciado relaciones asimétricas y cierta tendencia de conflicto entre los grupos que habitaban zonas de diferentes calidades ambientales.

Naturalmente, el crecimiento demográfico y las condiciones ambientales desiguales están íntimamente relacionados con el proceso de gestación de relaciones asimétricas entre los habitantes del valle de Toluca. El primero, como resultado lógico del crecimiento poblacional interno de la región, aunado al aporte de agentes inmigrantes exógenos, se manifiesta en el ritmo sostenido del incremento del número de sitios que inicia a partir de la fase Tilapa, Clásico medio, y que continúa hasta el Posclásico, sin registrar contracciones. Las regiones ecológicamente desiguales que caracterizan el valle de Toluca, a su vez reaccionan y responden de manera heterogénea ante este panorama demográfico, dependiendo de la capacidad ambiental de cada una para absorber las nuevas poblaciones. En este proceso, suele suceder que las regiones con condiciones óptimas para la supervivencia humana se van saturando primero, obligando a las poblaciones nuevas o subsiguientes a colonizar las zonas de menor calidad ambiental y, en casos extremos, de condiciones no deseables.

En el proceso de expansión-difusión de las poblaciones locales en condiciones ambientales disímiles, las pugnas por el control de los recursos bióticos básicos para la vida humana, pero de distribución limitada, actúan como una de las causas motoras que propician el debilitamiento de relaciones simétricas entre diversos grupos coexistentes en el valle de Toluca y, al mismo tiempo, la preponderancia de algún grupo en detrimento de los otros. En este caso concreto, y por las razones mencionadas anteriormente, es posible proponer, a manera de hipótesis, que los habitantes de

la zona suroccidental de la región son responsables de provocar dicho proceso, estableciendo sus fronteras frente a otros grupos humanos que comparten la región con el fin de mantener su posición privilegiada.

El resquebrajamiento del equilibrio en las relaciones entre los grupos, así como las condiciones que propician tensiones y conflictos, hacen que se acentúe el uso de los símbolos de identidad no sólo entre los miembros del grupo dominante, sino también entre los desfavorecidos y confinados a las regiones de bajo potencial ecológico. En ambos casos se manipulan las variables cuyo significado simbólico sirve para resaltar el sentido de pertenencia o adhesión a un grupo humano determinado (Sugiura 1991).

Para el Posclásico del valle de Toluca, en concordancia con García Payón (1936), se plantea que, una vez obtenida la posición preeminente, el grupo, en este caso concreto el que habita la región suroccidental del valle y que con el paso de tiempo se consolidó como el matlatzinca, pudo haber empujado o confinado a otros grupos a zonas de menor calidad ambiental, como es el caso del grupo que se distribuía en la zona oriental y marginal, comprendida por las estribaciones de la serranía de Las Cruces.

Para comprender la conformación multiétnica que tuvo lugar en el valle de Toluca durante el Posclásico, es imprescindible abordar el proceso de consolidación de la identidad de los grupos coexistentes dentro la región mencionada, el cual se ha analizado como una evolución endógena, tomando como base los cuatro complejos cerámicos cuya aparición marca el inicio del Posclásico, su distribución espacial, el patrón de asentamiento que caracteriza cada uno de dichos complejos cerámicos y, en algunos casos, los elementos arquitectónicos, además de la información extraída de las fuentes escritas del siglo XVI, la cual se ha utilizado sólo como apoyo secundario. En el presente escrito se enfatiza la importancia de la variable cerámica, sobre todo la relativa a la vida cotidiana, por ende, a las prácticas culinarias, por formar parte de la cultura material que denota la identidad de cualquier grupo social y que, al mismo tiempo, expresa las necesidades subyacentes a las relaciones sociales con el fin de resaltar dicha identidad (Hodder 1979; Bate 1984: 62, citados por Sugiura 1991: 255).

CONCLUSIÓN

A manera de conclusión, se puede terminar diciendo que a lo largo del presente escrito, y con base en la cultura material arqueológica, fundamentalmente del material cerámico, el patrón de asentamiento y el aspecto demográfico, así como las condiciones ambientales, apoyados, a su vez, en forma secundaria, en los datos e información del siglo XVI, se ha tratado de esclarecer el proceso de gestación y conformación de grupos multiétnicos durante el Posclásico temprano como un proceso endógeno y local del valle de Toluca. Si, por un lado, se considerara correcto dicho planteamiento y, por el otro, se toma en consideración el hecho de que los tres grupos autóctonos de la región pertenecen al grupo otomiano, compartiendo su base común,

y que de acuerdo con el estudio de glotocronología (Schumann, comunicación personal), la lengua matlatzinca se forma alrededor de 800 o 900 dC, entonces se podría conjeturar que el *substratum* común de estos grupos en los tiempos del Epiclásico era otomiano o, por lo menos, tenía un vínculo social y cultural muy estrecho con lo otomiano.

Finalmente, siguiendo a Kirchhoff (1963: 258), García Rocha apunta que:

... los diversos grupos étnicos no se localizaban en un lugar específico sino que tenían la flexibilidad de ocupar nuevos lugares, o bien, de ir a sitios donde ya hubiese población de su misma filiación étnica y pudiesen entablar, con muchas posibilidades, una interacción funcional en la que a cada grupo le correspondiera no sólo el cuidado de un dios diferente, sino también una actividad básica distinta (1982: 28).

El proceso de conformación multiétnica en la región del Alto Lerma debe concebirse, por un lado, dentro del contexto similar mencionado por García Rocha; por otro, la distribución de tres complejos cerámicos, cada uno con su propio espacio dentro del valle de Toluca, parecería implicar que ésta se debe, en gran medida, al surgimiento de un nuevo orden político orquestado por el grupo hegemónico emergente, el matlatzinca. Éste establece una nueva estructura y jerarquía espacial en la cuenca del Alto Lerma. En su proceso, y aprovechando la relación asimétrica, el matlatzinca confina a otros grupos como el otomí y el mazahua, a las zonas de menor calidad ambiental. Es posible imaginar, como todo proceso dual lo manifiesta, que éstos, a su vez, consolidaron su identidad como grupo, reflejándola en la cultura material, en las características arquitectónicas, en la configuración espacial dentro del sitio y en el patrón de asentamiento, entre algunos indicadores arqueológicos. En otras palabras, el proceso de conformación multiétnica de la región del Alto Lerma se debe explicar como resultado de un proceso interno de dicha región, cuya etapa de gestación se remonta posiblemente hasta finales del Epiclásico.

BIBLIOGRAFÍA

ARNOLD, PHILIP J.

1999 *Tecomate*. Residential Mobility and Early Formative Occupation in Coastal Lowland Mesoamerica, Skibo, J. M. y G. M. Feinman (eds) *Pottery and People: a Dynamic Interaction*. University of Utah Press: 159-170.

BATE, L. FELIPE

1984 *Cultura, clases y cuestión étnico nacional*. Colección Principios, Juan Pablos, México.

BOSERUP, ESTHER

1965 *The Conditions of Agricultural Growth: The Economics of Agrarian Change under Population Pressure*. Aldine, Chicago.

- CARRASCO PIZANA, PEDRO
 1950 *Los otomíes: cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana*. Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, México.
- COWGILL, GEORGE
 1975 On Causes and Consequences of Ancient and Modern Population Changes, *American Anthropologist* Vol. 77: 505-525.
- GARCÍA PAYÓN, JOSÉ
 1936 *La zona de Tecaxic-Calixtlahuaca*. Talleres Gráficos de la Nación, México.
 1979 *La zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca y los matlatzincas (II parte)*. Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, México.
- GARCÍA ROCHA, EMMA
 1982 *La tierra y el hombre en la Villa de Tacuba durante la época colonial*. Colección científica 115, (Etnohistoria), INAH, México.
- GLUCKMAN, M.
 1973 *Custom and Conflict in Africa*. A Blackwell Paperback, Blackwell, Oxford.
- GONZÁLEZ DE LA VARA, FERNÁN
 1999 *El valle de Toluca hasta la caída de Teotihuacan 1200 AC-750 DC. Análisis de dos procesos de desarrollo locacional*. Colección Científica 389, serie Arqueología, INAH, México.
- HODDER, IAN
 1979 Economic and social stress and material culture patterning, *American Antiquity* 44 (1): 446-454.
- KIRCHHOFF, PAUL
 1963 Dos tipos de relaciones entre los pueblos en el México Antiguo, *Pedro Bosch-Gimper en el septuagésimo aniversario*. INAH, México: 255-259.
- NICKLIN, K.
 1971 Stability and innovation in pottery manufacture, *World Archaeology* 3: 13-48.
- QUEZADA, NOEMÍ
 1972 *Los matlatzincas: época prehispánica y época colonial hasta 1650*. Investigaciones 2, INAH, México.
- RICE, PRUDENCE
 1984 Change and conservatism in pottery-producing systems, S. E van der Leeuw y A. C. Pritchard (ed.) *The Many Dimensions of Pottery: Ceramics in Anchaeology and Antropology*. University of Amsterdam, Amsterdam: 231-288.
- REINA, RUBÉN E. Y ROBERT M. HILL, II
 1978 *The Traditional Pottery of Guatemala*. Texas Pan American Series, University of Texas Press, Austin.

- SANDERS, WILLIAM T. Y BARBARA J. PRICE
 1968 ***Mesoamerica: The evolution of a civilization.*** Random House Studies in Anthropology, Random House, New York.
- SPOONER, BRIAN (ED.)
 1972 ***Population Growth: Anthropological Implications.*** The MIT Press, Cambridge.
- SUGIURA YAMAMOTO, YOKO
 1991 En torno a los problemas étnicos en la arqueología regional: la cuenca del Alto Lerma en el Posclásico (Parte 1: consideraciones teóricas), ***Anales de Antropología***, vol. 28: 241-270.
 1996 El Epiclásico y el problema del Coyotlatelco vistos desde el valle de Toluca, A. G. Mastache, J. R. Parsons, R. S. Santley y M. C. Serra P. (coords) ***Arqueología mesoamericana: Homenaje a W. T. Sanders*** Tomo I, INAH-Arqueología Mexicana, México: 233-256.
 1998a Desarrollo histórico del valle de Toluca antes de la conquista española: proceso de conformación pluriétnica, ***Estudios de cultura otopame*** 1, UNAM: 99-122.
 1998b El valle de Toluca después del ocaso del estado teotihuacano: el Epiclásico y el Posclásico, Y. Sugiura (coord.) ***Historia general del Estado de México, tomo I: Geografía y Arqueología.*** El Colegio Mexiquense, Toluca: 199-259.
 En prensa Después de Teotihuacan, el Epiclásico del valle de Toluca: Caos y orden, dos caras de una misma moneda, ***Coloquio Román Piña Chan.*** INAH, México.
- SUGIURA Y., YOKO Y MARI CARMEN SERRA P.
 1990 Significado del espacio: el caso de la producción alfarera del valle de Toluca, Y. Sugiura y M. C. Serra P.(eds.) ***Etnoarqueología: primer coloquio Bosch-Gimpera.*** UNAM, México: 201-218.
- TOMMASI DE MAGRELLI, WANDA
 1978 ***La cerámica funeraria de Teotenango.*** Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, México.
- VAILLANT, SUZANNAH B. Y GEORGE C. VAILLANT
 1934 ***Excavations at Gualupita.*** Anthropological Papers of The American Museum of Natural History XXXV (Part 1), The American Museum of Natural History, New York City.
- VARGAS PACHECO, ERNESTO
 1975 La cerámica, ***Teotenango: el antiguo lugar de la muralla.*** Gobierno del Estado de México, t. 1, México: 191-265.
- ZUBROW, E. B. W. (ED.)
 1976 ***Demographic Anthropology: A School of American Research Book,*** University of New Mexico Press, Albuquerque.

ANÁLISIS DE FLUJOS MIGRATORIOS Y COMPOSICIÓN MULTIÉTNICA DE LA POBLACIÓN DE TULA , HGO.

Blanca Paredes Gudiño*

INTRODUCCIÓN

Resulta bastante complejo pretender analizar poblaciones “extintas” a las que no se puede tener acceso directo para entrevistarlas, de manera que tuviéramos mejor constancia de sus flujos migratorios, es decir, salidas, llegadas y retornos, el porqué de sus movimientos y los criterios de selección de los sitios para sus nuevos asentamientos. Tampoco podemos cuestionar sobre las formas de organización que les permitieron readaptarse a los diferentes entornos que ocuparon. Sin embargo, a pesar de lo anteriormente expuesto, se ha tratado de dar explicación a los procesos migratorios en la época prehispánica, aunque en general, dentro del ámbito mesoamericano, son pocos los casos de migraciones explícitas detectadas por los arqueólogos, probablemente por la naturaleza de las fuentes en las que debemos basar nuestras hipótesis. Por ejemplo, en ocasiones la presencia de cierto tipo de material ajeno al área de estudio, no necesariamente implica un proceso migratorio, lo que nos sugiere que debemos tener un cuidado especial para nuestras posibles interpretaciones.

En cuanto a los estudios realizados en Tula, Hidalgo, se ha planteado con base en ellos que esta área tuvo diferentes tipos de relación con otras de Mesoamérica, sin que éstas hayan sido explícitamente estudiadas. Algunos investigadores destacados, como Kirchhoff (1940) y Jiménez Moreno (1941, 1959), se ocuparon del estudio de los grandes movimientos poblacionales, así como del reconocimiento de las distintas etnias prehispánicas con el apoyo de fuentes del siglo XVI; ambos aportaron gran cantidad de datos muy valiosos para Tula, basándose en un minucioso y riguroso análisis de los documentos.

Estos trabajos permitieron desde la identificación de la antigua Tollan Xicotitlan, el reconocimiento de grupos étnicos distintos como son los tolteca-chichimecas y los nonoalca-chichimecas, conviviendo en la ciudad en el momento de su esplendor; la identificación de probables rutas migratorias, de las cuales existen

* Instituto Nacional de Antropología e Historia

planos específicos con la reconstrucción de la dirección y el reconocimiento de topónimos de los lugares de paso hasta su confluencia en Tula e incluso su salida (figuras 1 y 2). A pesar de este arduo trabajo, continúan existiendo grandes lagunas de conocimiento acerca de la tan referida composición multiétnica de su población, de las distintas migraciones que dirigieron a grupos probablemente diferentes –quizá de procedencia igualmente diversa–, del orden cronológico de su llegada, de sus características y tradiciones, y finalmente, del lugar de su establecimiento en la ciudad.

Si bien es cierto que en el escenario de Tula se reconoce la existencia del fenómeno migratorio, nos gustaría insistir en que, a nivel arqueológico, la inferencia de migraciones, entendiéndolas como grandes movimientos poblacionales, puede resultar muy ambigua; por ello preferimos utilizar en principio el término de flujos migratorios, o quizá en algunos casos, sólo podamos hacer referencia a cierto nivel de interacción que implica algún tipo de contacto bidireccional.

Por tanto, consideramos necesario analizar cuidadosamente ese tipo de contacto que pudo haberse establecido entre el área de estudio, llamémosle la “sociedad receptora”, y un grupo o grupos de extranjeros, a los cuales reconoceremos como “sociedad emisora”, pretendiendo definir la relación entre ambas; ésta puede ser de varios tipos: influencia, interacción, relación social, relación comercial, contacto cultural, alianza política, migración, flujo migratorio, etcétera. Al estudiar estos procesos reconocemos que pueden guiarnos al pleno reconocimiento del pluralismo étnico y cultural que tanto se ha argumentado.

EL CONTEXTO

Analizando las probables causas del fenómeno migratorio queremos enmarcar el momento en que emerge la antigua Tollan. Recordemos que el área tiene ocupación desde el periodo Clásico; sin embargo, para fines prácticos de la investigación del desarrollo de la ciudad y gracias a la obtención de fechamientos por carbono 14, partiremos desde el Epiclásico hasta el Postclásico tardío, es decir, desde el año 650 a 1521 dC, aproximadamente (figura 3).

Después de la caída de Teotihuacan como centro hegemónico, se reconoce una época de grandes movimientos poblacionales, de reacomodo de los mismos en el Altiplano Central, situación que facilita la entrada de nuevos grupos procedentes del norte de México, bajo la égida de teotihuacanos en varias direcciones, circunstancias que se cree repercutieron en forma contundente en Tula. Conviene señalar que siempre se manejó como causa-efecto; sin embargo, este tema en particular no se ha estudiado convenientemente.¹

¹ El tipo de relación entre ambos sitios se manejaba por la presencia de algunas figurillas con rasgos teotihuacanos; luego por la presencia de algunos elementos arquitectónicos, como muros en talud; pero de cualquier forma, nunca con un análisis completo de algún contexto en particular, como es el sector de Tula Chico.

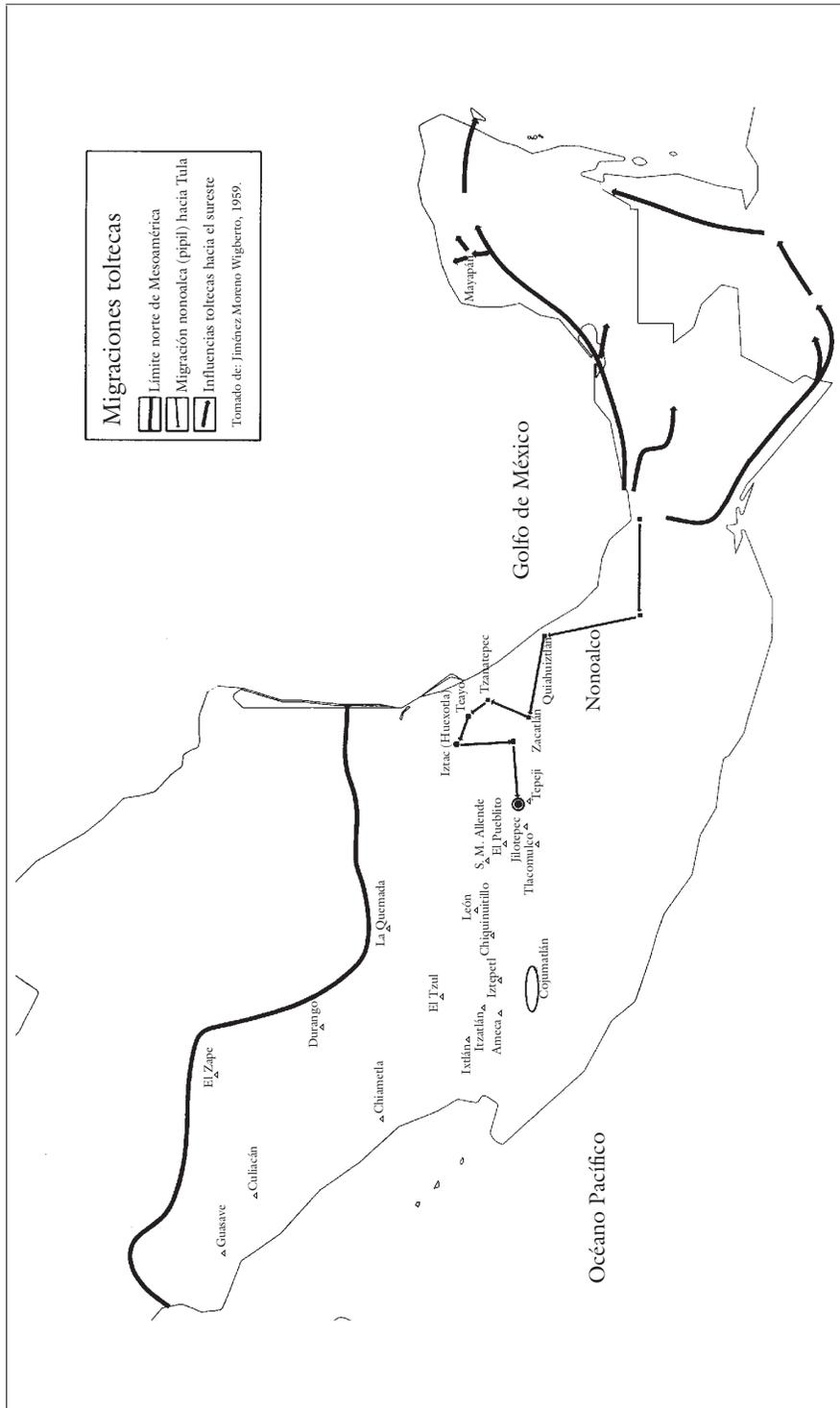


Figura 1. Migraciones toltecas y extensión del imperio tolteca (900-1200 dC) según las fuentes históricas y los datos arqueológicos (tomado de Jiménez Moreno 1977).

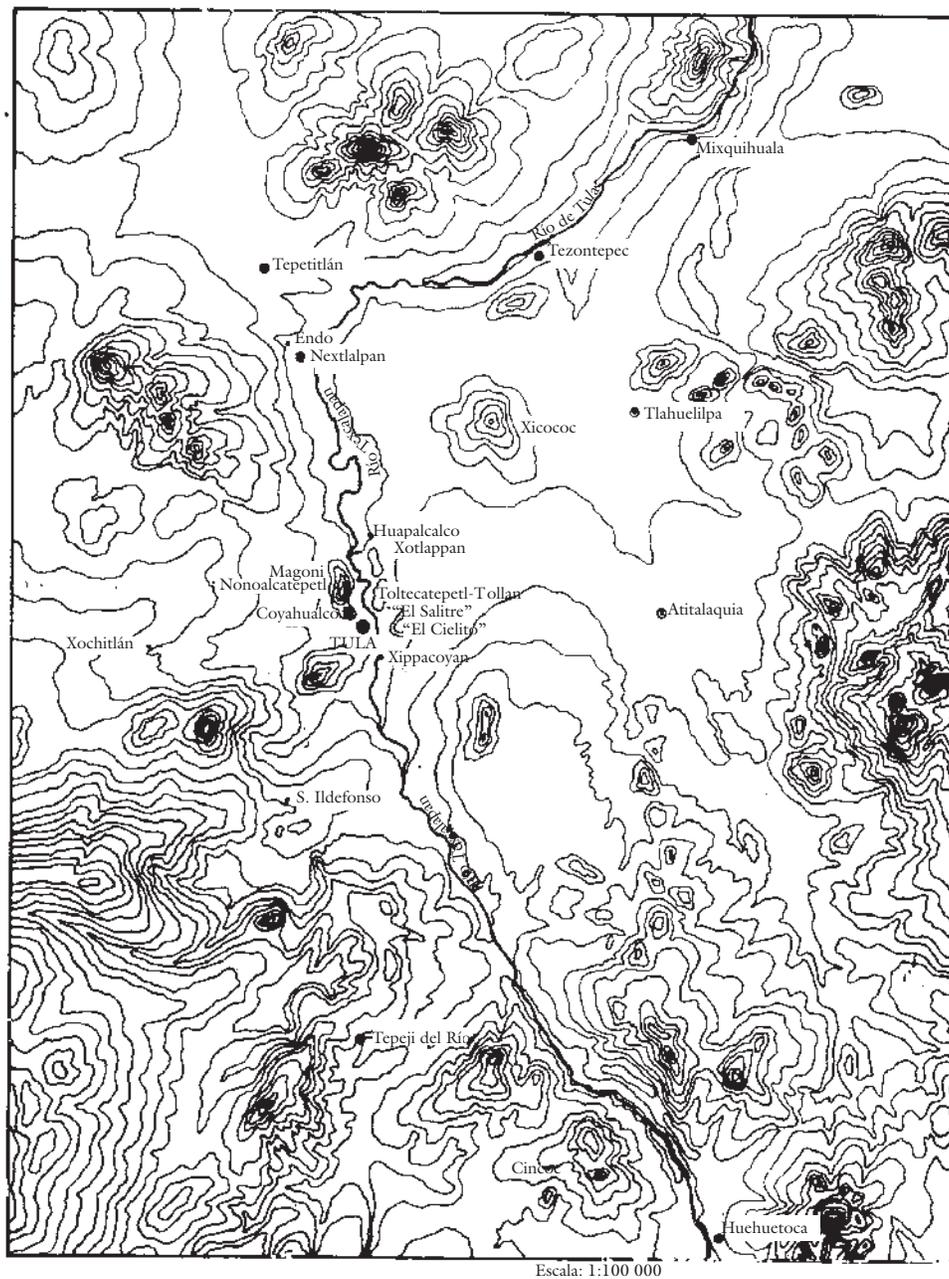


Figura 2. Valle de Tula, Hidalgo. Localización geográfica de lugares históricos (basada en Jiménez Moreno).

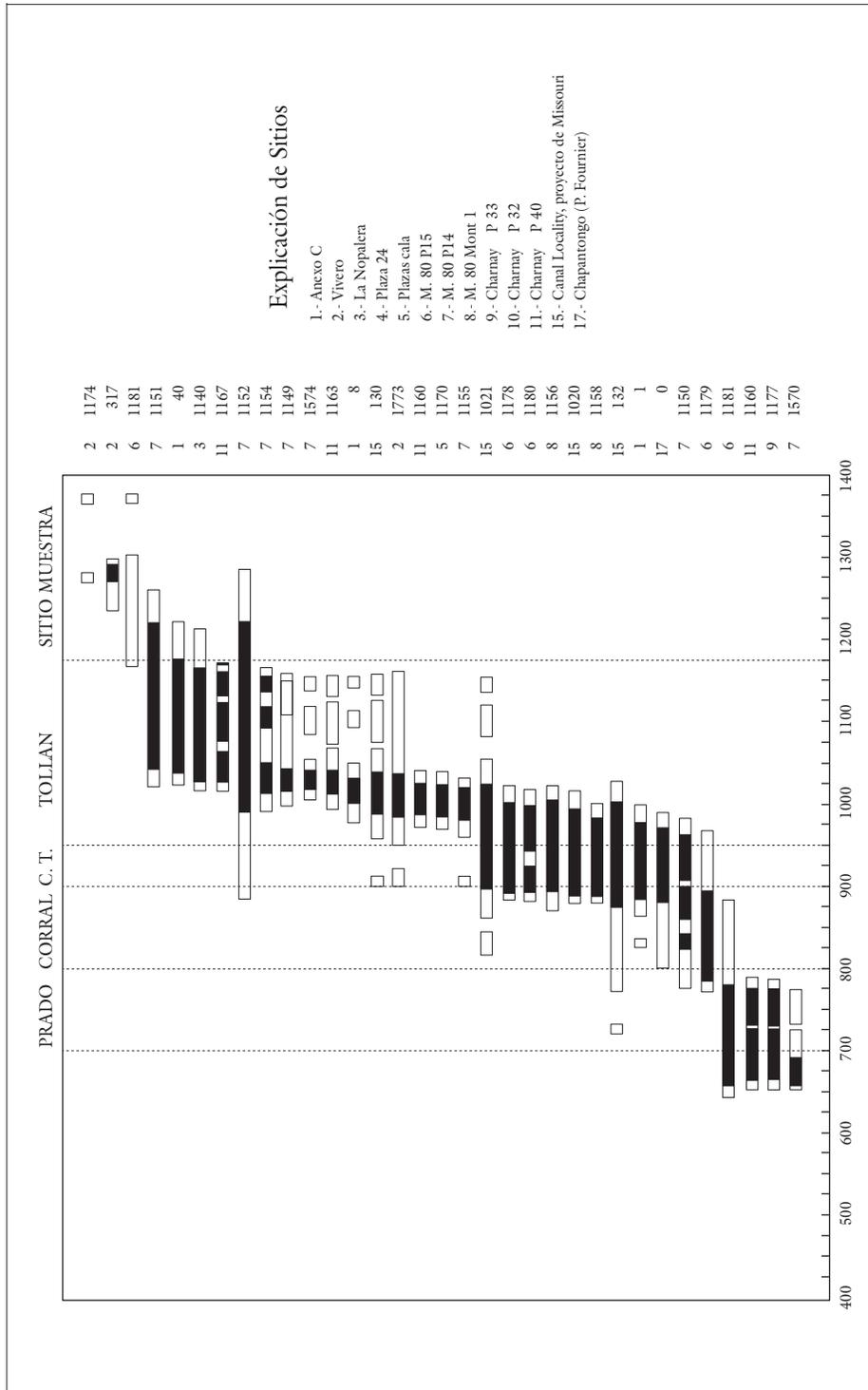


Figura 3. Fechas calibradas dC.

Como punto de partida hemos revisado algunos aspectos teóricos que nos servirán de base para formular ciertos planteamientos en el momento de explicar el resultado de los análisis de más de 480 entierros reunidos, los cuales pertenecen a todas las etapas del desarrollo de Tula; tienen asociadas ofrendas, entre las que hay cerámica, en la que podemos observar conexiones estilísticas y tecnológicas, además de su contexto en general. Todo este material se localizó en diversos puntos de la ciudad (figura 4), y se ha sometido a estudios antropométricos, patológicos y de ADN, para observar la continuidad o discontinuidad en el ámbito genético, y en otros niveles, la posible definición de un patrón migratorio, incluidas las probables relaciones de parentesco.

Además de lo anterior, las herramientas históricas disponibles nos han permitido lograr algunos avances en el conocimiento de los grupos establecidos en la urbe de Tula y sus alrededores; incluso, se han empezado a hacer comparaciones genéticas de este banco de datos ya formado, y se han obtenido resultados de muestras revisadas y contrastadas por la doctora Rocío Vargas del IIA-UNAM, para las áreas de Teotihuacan, Estado de México y Chapantongo, Hidalgo, procedentes de los proyectos de investigación de las doctoras Manzanilla y Fournier, respectivamente.

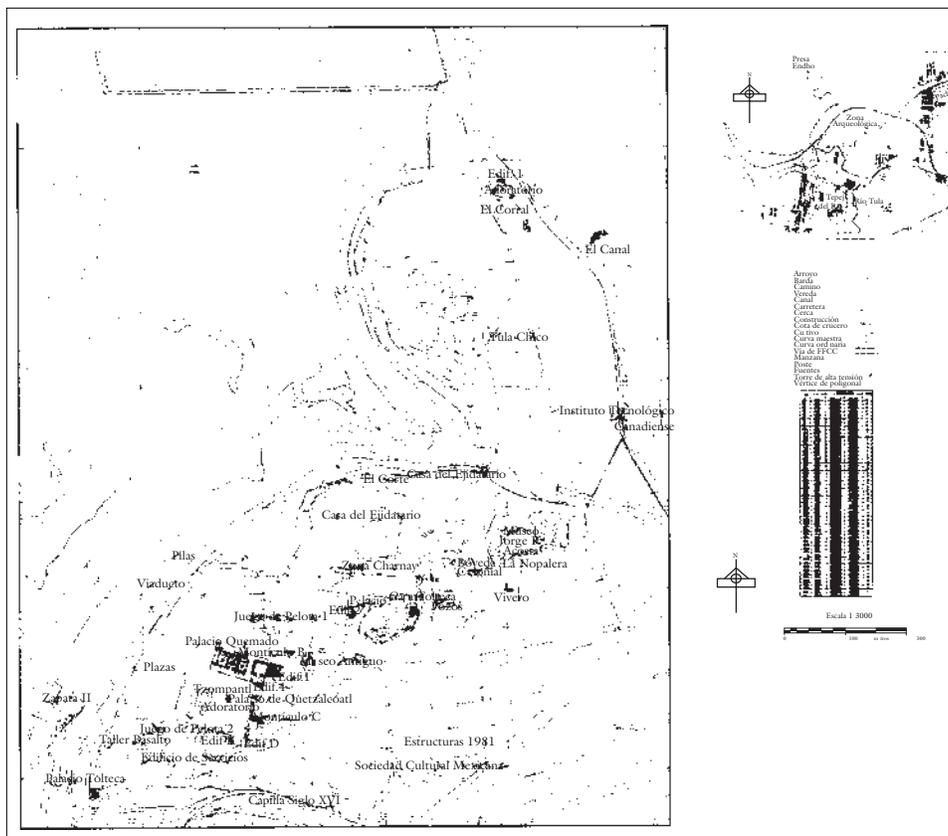


Figura 4. Plano del área de Tula.

ANÁLISIS DE LA MUESTRA

Periodo Epiclásico

Jiménez Moreno (1941) considera que antes de la llegada de los distintos flujos migratorios que se manifiestan más fuertemente a partir de este periodo, existió en las inmediaciones de la ciudad de Tula población otomí; esta propuesta se basa en los documentos históricos, así como en el reconocimiento de lugares cercanos a la ciudad, que incluso a la fecha mantienen nombres otomíes. Como ejemplo de ello podemos señalar a Dainí, ubicado a 1.5 km al noroeste de Tula Grande, o la misma Tula, reconocida también como Mamenhi, entre muchos otros.²

Los estudios de Feldman (1974) y López Aguilar (1998) apoyan lo anterior, pues reiteran que Tula estaba dentro de la llamada Teotlalpan, así como la mayor parte del valle del Mezquital, y ésta ha sido ocupada históricamente por otomíes. Investigaciones más recientes de Fournier, Iwaniszewski y Torres (1998) señalan, con base en interpretaciones simbólicas y analogías etnolingüísticas, que posiblemente desde el periodo Clásico (200-650 dC) la región estuvo habitada por hablantes de lenguas proto-otomangues, es decir, poblaciones otomianas; por otra parte, Edwards y Stocker (2001), y Stocker (2000) hablan de una población multiétnica, pero con un sector otomí mayoritario.

Otro componente distinto que se arguye para estos momentos sería la recepción de población teotihuacana, aproximadamente 75 000 personas, sin saber claramente las causas de ese desplazamiento; sin embargo, la región de Tula no parece haber sido receptora de un número significativo de esos migrantes, en el periodo directamente asociado con el colapso teotihuacano. Según los datos de superficie, aun cuando las evidencias más tempranas que relacionan a la región de Tula con Teotihuacan datan del Formativo Terminal (1-200 dC), es durante el Clásico cuando es suficientemente clara la explotación de calizas al sur de Tula para el abastecimiento de Teotihuacan.

Evidencia arqueológica

Los fechamientos obtenidos por Carbono 14 en los asentamientos más tempranos dentro de la urbe tolteca nos remiten al año 650 dC, y están asociados con contextos habitacionales comunes del sitio denominado como área norte de Plaza Charnay (Paredes 2000), lo cual considero recorre 50 años la cronología reconocida para Tula; pero también se localizaron en este mismo lugar entierros pertenecientes a grupos que constituyeron un flujo migratorio procedente de noroccidente de

² A través de varios documentos del siglo XVI se ha podido considerar esta afirmación del componente otomí en los orígenes de la antigua Tollan, argumento manejado muchas veces, no sólo por los nombres de localidades que permanecen, sino también por tradiciones que aparentemente subsisten; sin embargo, a nivel arqueológico, en cuanto a prácticas funerarias, no hemos podido definirlos (véase Paredes 1988).

nuestro país. La cerámica del tipo rojo/bayo asociada con estos entierros, tiene formas y decoración distintas a las atribuidas por Cobean, en sus estudios sobre Tula (1990), al Coyotlatelco (véase figuras 5 y 6), y fue obtenida a partir de la exploración de pozos estratigráficos en Tula Chico; es diferente a aquella identificada en la cuenca de México, por lo que hemos supuesto que estos individuos son originarios de lugares más distantes.

Además se identificaron especies y razas de cánidos colocados en sus ofrendas, los cuales de acuerdo con estudios de Valadez y Paredes (1999), proceden del occidente. Otro material obtenido del mismo sitio y que puede apoyar tal propuesta es el hallazgo de concha trabajada y en proceso de trabajo, del género *Spondylus*, procedente principalmente del Pacífico.

Además, en los entierros analizados correspondientes a este periodo y sitio, se ha detectado la patología conocida como exostosis auditiva, una excrecencia ósea provocada por la inmersión en aguas muy profundas; esto nos hace considerar la explotación de estos recursos y su transformación en objetos ornamentales y suntuarios (figura 7).

Estamos completamente de acuerdo en que la zona central de México durante el Epiclásico fue propicia para la entrada de oleadas migratorias, tal como lo señalan las fuentes etnohistóricas, motivadas muy probablemente, como lo menciona Armillas (1991), por los cambios climáticos, aunque hay otros que argumentan que habría que considerar también factores de tipo sociopolítico (Wright 1999). En este sentido, suponemos que en forma gradual fueron llegando a Tula distintos flujos migratorios desde estos tiempos. Además de un componente otomí, consi-



Figura 5. Material rojo/bayo asociado con entierros y con ofrenda de perros.



Figura 6. Piezas originarias del noroeste de Tula, localizadas en Plaza Charnay.

deraríamos a gente que llegó desde la costa del Pacífico a establecerse en Tula y mantuvo relaciones comerciales que permitieron la entrada de material diverso, enseguida se sumó el componente de la gente del Bajío (que relacionaríamos con el sitio de Tula Chico), y que además es muy probable que haya tenido relación previa con reductos de población teotihuacana, explicando así el hallazgo de algún material (figurillas, restos cerámicos, una lápida y restos de muros en talud).

Desde nuestro particular punto de vista, una evidencia significativa para diferenciar los cambios en la población es su densidad, la cual revisamos a través del número de entierros, el patrón mortuario y sus características, y llegamos a las siguientes conclusiones:

a) La muestra de entierros más temprana está asociada con tipos cerámicos rojo/bayo, pero notamos diferencias estilísticas entre ellos; algunos se relacionan con el hallazgo de perros como parte de la ofrenda y en el área norte de plaza Charnay muestran la particularidad de ser múltiples; otros, en uno de los sectores explorados (pozos 15 y 16) en el sitio cerro de la Malinche, son similares en forma y diseño a los que se presentan en Tula Chico; aún en otro sector del mismo sitio (pozo 14), las conexiones estilísticas pueden ser con Jalisco, quizá con sitios cercanos a la cuenca de Sayula, ya que específicamente hemos observado la presencia de la Xicalcolihqui estilizada sobre materiales rojo/bayo muy semejantes en ambos lugares, y que no están definidos dentro de la fase Prado por Cobean (1990) (Figuras 8, 9, 10 y 11).

Sitio	Sector	Entierro	Sexo	Edad	Tipo	Posición	Orientación	Ofrenda	
Área norte de plaza Charamay	Pozo 27	18	M	30-34	Sec.	No disc.	Ne-Sw	(Vasijas rojo/bayo y otras, caracol marino con 3 perforaciones) ligero aplan. en región lámbdica. (650-750).	
	AA Pozo 27	3	F	30-34 (56-75)	Prim.	D.L. izquierdo flexionado	E-W	No ofrenda pero asentamiento más temprano	
	AB Pozo 31	28 F	F	(36-55)	Sec.	Flexionado		Abombamiento parietal/tabular erecta ent. múltiple 4 puntas.	
			28 H	M	(56-70)	Sec.	Sec.	Flexionado	De proyectil obsidiana gris, 4 navajillas gris, 1 sello, 1 pendiente en cerámica.
			28 I	M	(36-55)	Sec.	Flexionado		3 vasijas rojo/bayo
	AB Asoc.?	21 C	M	40-44 (36-55)	Sec.			Tolteca?	
	AB CEPA W14	23	M	30-34 (36-55)	Prim.	Decúbito lat. derecho flexionado	Ne-Sw	1 Vasija crema con bandas rojas (650-750)	
	AB Área B Cepa Perimetal	17	F	40-44 (36-55)	Prim.	Decúbito dorsal	W-E	Deformación tabular recta típica tolteca? (variedad occipito-frontal)	
	Pozo 9	Entierro 2	M	36-55	Sec.	Flexionada	E-W	Sobre iztapalatec, 2 pzas. cerámica al negatívo y líneas rojas/bayo (750-800) asoc. estruct. circ.	
	Pozo 14	Entierro 4	M	36-55	Prim.	Decúbito lat. derecho, flexionado	N-S	Cerámica rojo/bayo, lífca y concha (750-800)	
Cerro La Malinche		Entierro 5	M	21-35	Prim.	Decúbito lat. izquierdo flexionado	N-S	1 cajete rojo/bayo, 1 objeto de piedra pómez (750-800)	
		Entierro 6	M	Adulto	Prim.	Decúbito ventral flex	N-S		
		2A	M	Adulto	Sec.	No discernible	N-E	Patol. exostosis en cráneo-mex.?	
El Salitre									

Figura 7. Presencia del padecimiento de exostosis auditiva, un tipo de excrecencia ósea en el oído, la cual se asocia con zambullidores.



Figura 8. Material rojo/bayo asociado con entierro del cerro de la Malinche.



Figura 9. Material que muestra decoración interior con la *xicalcolihqui* estilizada.



Figura 10. Pieza asociada con el mismo entierro.

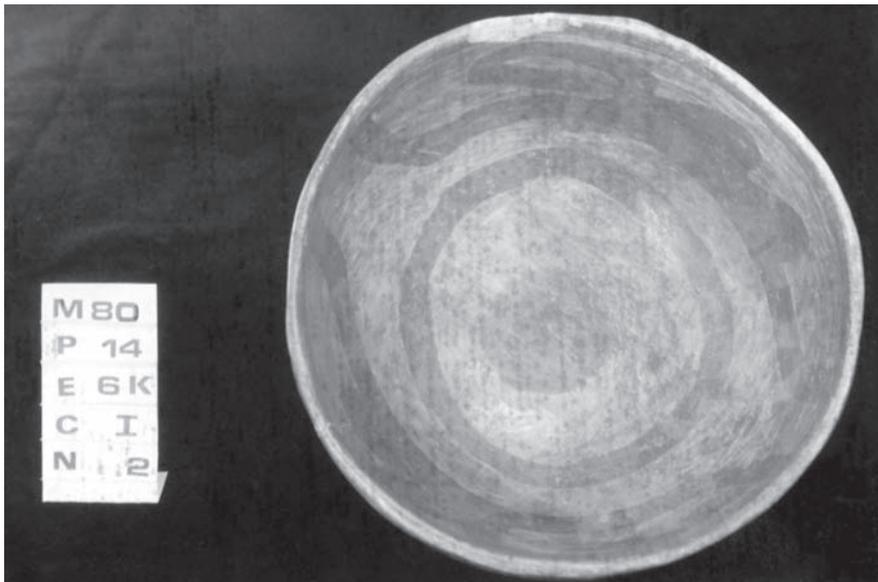


Figura 11. Material similar al reportado en la cuenca de Sayula.

b) No hemos podido definir el componente otomí en los entierros, o quizá no hemos podido observar alguna tradición que permita reconocerlo; quizá pueda atribuirse a que los distintos grupos que poblaron Tula se hayan establecido en diferentes sectores y en las inmediaciones de Tula hasta ahora desconocemos la presencia de contextos funerarios relacionados con ese componente poblacional.

c) Los estudios de ADN han ofrecido evidencias muy significativas. Se han hecho comparaciones con los datos genéticos de entierros que están asociados con material de la tradición Coyotlatelco, procedente de la Cueva de las Varillas en Teotihuacan (Manzanilla, López y Freter 1996); el resultado es que se trata de poblaciones distintas (Vargas, Manzanilla y Paredes 1998); sin embargo, cabe aclarar que la contrastación se hizo con entierros del área norte de Plaza Charnay. Pero otro grupo de entierros perteneciente al cerro de la Malinche presenta, en algunos casos, características genéticas similares a una muestra del sitio Chapantongo, lugar que parece mostrar muchos elementos relacionados con tradiciones otomianas, como lo señala Fournier; esto nos demuestra cuán cuidadosos debemos ser con la comparación de resultados.

d) Aunque no es claro aún el papel que desempeñaron las diferentes corrientes migratorias en este momento, sí podemos aseverar que la composición étnica desde los orígenes de Tula es múltiple, se le asocia con la tradición cerámica Coyotlatelco, pero a la que preferimos dar el nombre genérico de los rojo/bayo, dadas las diferencias que hemos detectado. Incluso coincidimos con Cobean cuando señala que los tipos Coyotlatelco de Tula Chico tienen características distintas a los localizados en la cuenca de México; en el complejo Prado, si bien hay similitudes con el complejo Coyotlatelco localizado en el valle de México, también están presentes rasgos relacionados con la cerámica del periodo Clásico del Bajío; esto se ha atribuido a la presencia “de un grupo de elite procedente de El Bajío o alguna otra parte de la periferia norte de Mesoamérica” (Wright 1999).³

Posclásico temprano

Los flujos migratorios son continuos y muy probablemente provienen de los mismos puntos, pero se incorporan otros, como los de la periferia norte (probablemente en tiempos posteriores) y los provenientes del Bajío, Querétaro y Guanajuato; consideramos que es hasta este momento cuando podremos relacionar una evolución de la esfera Coyotlatelco, en cuanto a la cerámica de la tradición rojo/bayo en

³ Conviene recordar aquí que en el Seminario sobre el Epiclásico, encabezado por la doctora Manzanilla del IIA/UNAM, se tuvo la oportunidad de organizar un taller de revisión de materiales Coyotlatelco, en el estado de Morelos, en el cual se detectó que el material rojo/bayo procedente de área norte de plaza Charnay de Tula muestra diferencias con aquel del resto de la ciudad; además también se aprecian diferencias con respecto a la cuenca de México, el valle de Toluca y alrededores.

Tula, con formas, decoración y diseños propios del lugar, dando paso después a la tradición de los Mazapa; y por otra parte, se van definiendo plenamente los grupos reconocidos como toltecas, en un ambiente donde la densidad poblacional tiene un aumento considerable; asimismo, la actividad constructiva y el patrón mortuario cambian totalmente.

El hallazgo de grandes cantidades del tipo cerámico blanco levantado en el área norte de Plaza Charnay y su asociación con fechas tempranas, pone de manifiesto una relación con el Bajío mucho más temprana de lo que se pensaba. Al respecto, cabe recordar que en las exploraciones de mantenimiento del Palacio Quemado y la explanada en Tula Grande, Osvaldo Sterpone menciona haber hallado este material en asociación con contextos muy tempranos, fechados por C14 (comunicación personal).

Los documentos históricos nos dan pormenores de la llegada a Tula de grupos tolteca-chichimecas y nonoalca-chichimecas; en el Epiclásico la llegada de flujos de población es continua, y se refleja en el incremento en cantidad y complejidad de las construcciones, así como en la penetración de rasgos estilísticos en la cerámica y la arquitectura de Tula; así podemos observar desde restos de pequeñas columnas formadas a partir de rajuelas de piedra, semejantes a las del Palacio Quemado, pero en contexto habitacional, el mismo material utilizado en la construcción de pequeños altares y muros; la subestructura con muro en talud por debajo de este mismo edificio descrito (Sterpone 2000), o bien observar la peculiaridad del edificio El Corral.

Evidencia arqueológica

a) No tenemos evidencia en el Epiclásico de entierros múltiples; la práctica desaparece; las ofrendas muestran variaciones en cuanto a los tipos cerámicos y líticos pues mientras en etapas anteriores se encuentra material de obsidiana gris procedente de Zinapécuaro, según los estudios de Healan (1998), para estos momentos encontramos material de obsidiana verde procedente de la Sierra de las Navajas.

b) La asociación de los entierros con fauna disminuye, además de que no detectamos a los cánidos en la misma forma; sin embargo las relaciones comerciales van notoriamente en aumento, ya que se registran nuevamente especies procedentes del norte del país, como borregos cimarrones y de dos tipos de aves: el *Ara finschi* y *Ara militaris* (Paredes y Valadez 1986), las cuales tienen una distribución más amplia, pero igualmente relacionada desde el norte hacia el sur, junto a la costa del Pacífico (figuras 12 y 13). Lo anterior nos sugiere rutas perfectamente establecidas desde los orígenes de Tula, heredadas incluso de los teotihuacanos y que se mantuvieron, incluso con un incremento notorio hacia el apogeo de la ciudad. Conviene señalar como ejemplos contundentes el manejo de la concha para ornamentos, tanto de la costa oeste como de la del Golfo, además de la introducción de otro tipo de materia prima, como la turquesa (Weigand 1997).

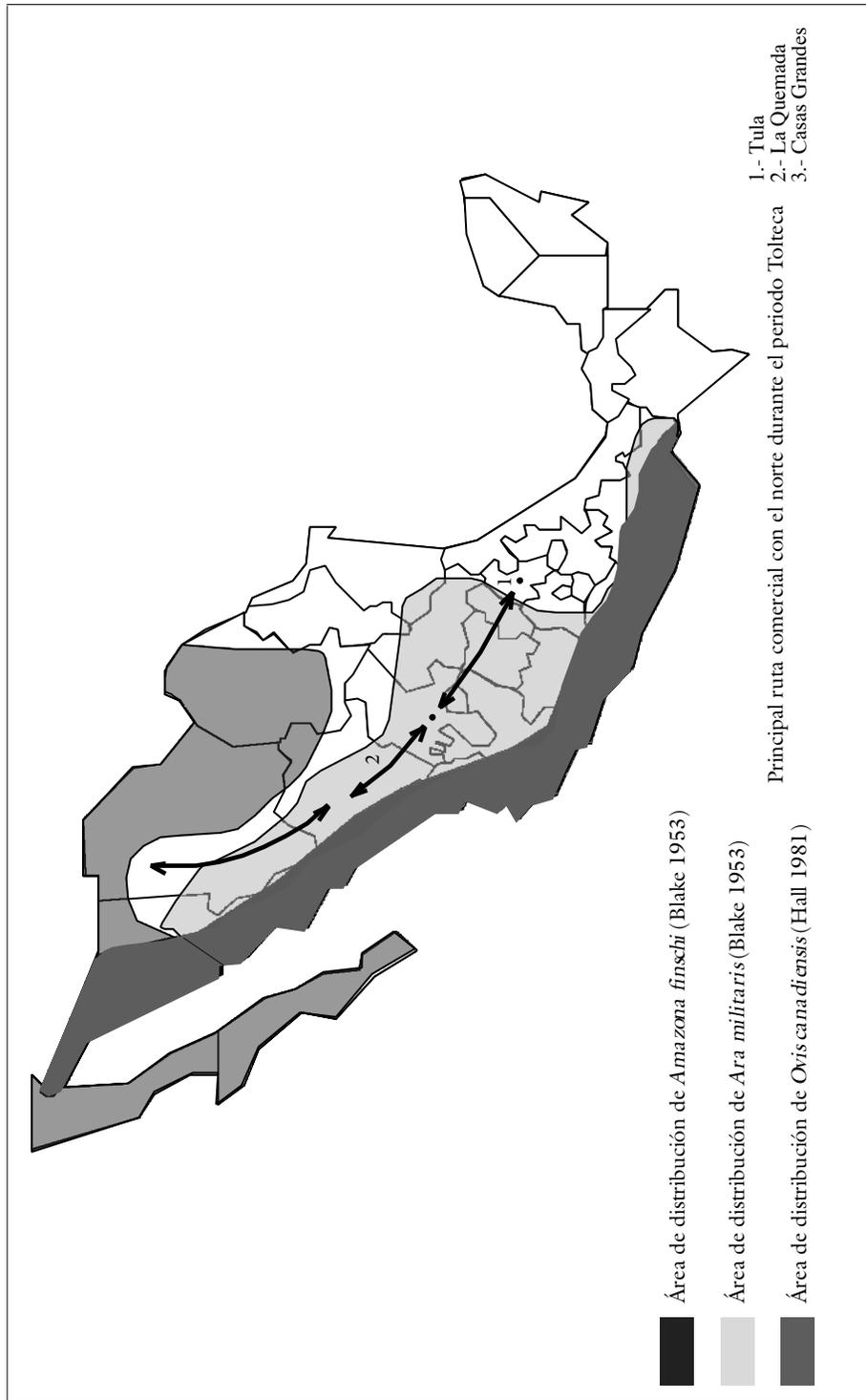


Figura 12. Distribución de las especies de perico y borrego cimarrón encontrado en Tula y rutas comerciales entre esta ciudad y los pueblos del norte.

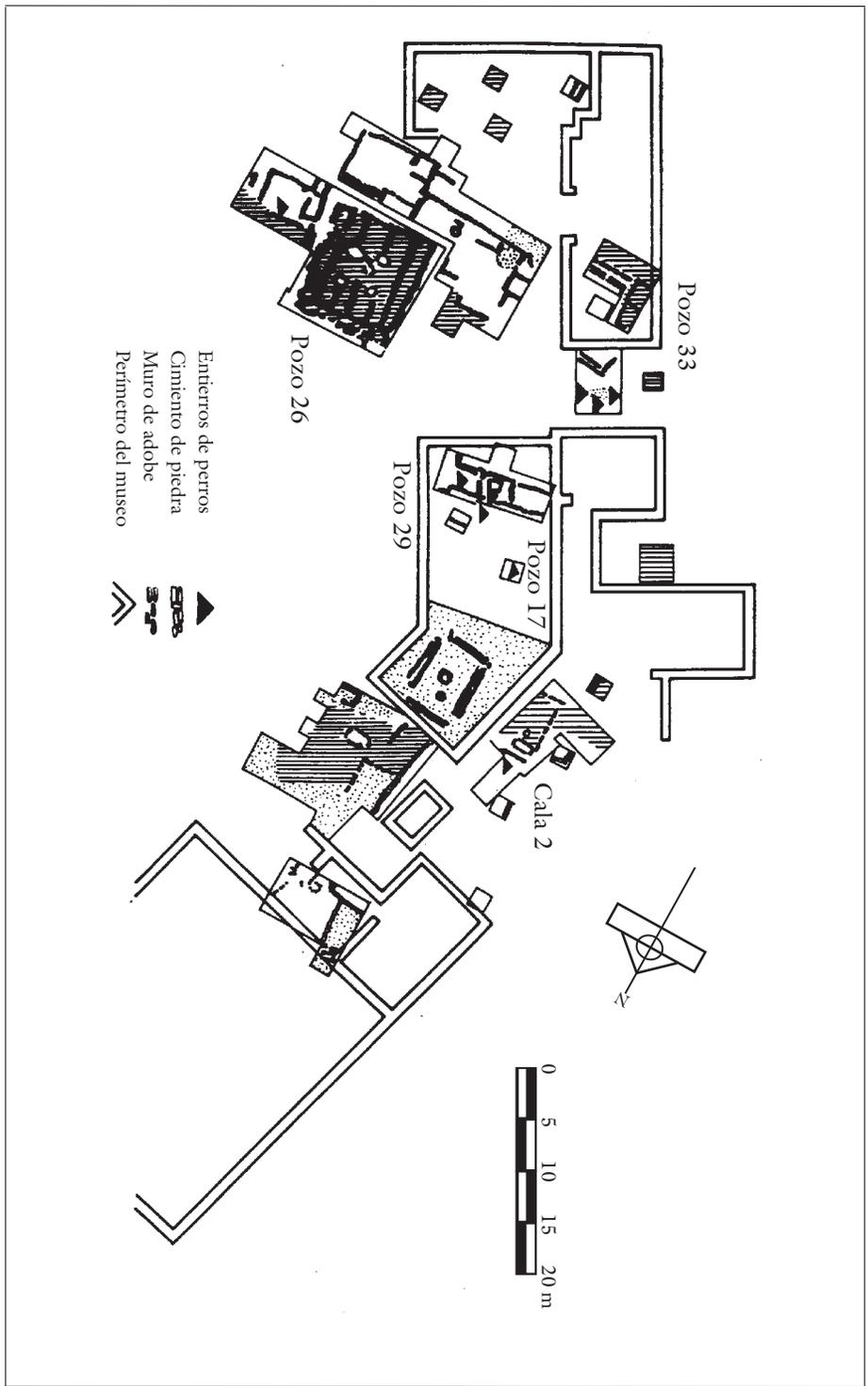


Figura 13. Localización de entierros de perros en la Plaza Charnay.

c) Es hacia el apogeo de Tula cuando se detecta el mayor aumento de la población y la construcción, cuando la evidencia de la arquitectura desempeña un papel preponderante: la técnica conocida como *Toltec Small Stone* refleja algunas variaciones, tiende a desaparecer el uso de pequeñas lajillas en los grandes muros, a excepción de los pequeños altares, así como algunos indicios de la existencia de pequeños paramentos en talud. La saturación de espacios, tal como se aprecia en el plano elaborado por quien esto suscribe, es mucho mayor, conteniendo todas las exploraciones hasta ahora efectuadas en Tula (Paredes 1999) (Figura 4).

d) Se introducen nuevos cambios en el patrón mortuorio, ya que ahora se detectan por primera vez individuos extendidos, en el sitio área norte de Plaza Charnay, con ofrenda cerámica muy variada, como el Plumbate tipo Tohil, además de la diagnóstica de la fase Tollan, y con restos de fauna muy peculiar, como el armadillo. También sobresale en este momento, dentro del patrón de enterramiento, el depósito de infantes dentro de vasijas tipo naranja a brochazos, colocados frente a un altar central del mismo sitio al que nos hemos referido (figuras 14 y 15).

e) En otro sector denominado Zapata II, encontramos un entierro ubicado en los escalones de una de las estructuras, con la particularidad de tener una ofrenda cerámica del tipo *Fine Orange*, al parecer Silhó; además de muchos restos de cerámica *Plumbate*, cabe señalar que se halló en los alrededores de las estructuras, material del tipo Papagayo Nicoya, similar al que reporta Healan (1989) para el sitio el Canal.

f) Resulta muy peculiar que el número de hallazgos de entierros relacionados con el apogeo de Tula se reduce, no así las concentraciones de material asociado con



Figura 14. Entierro en cista.



Figura 15. Entierros infantiles en el interior de vasijas naranja a brochazos.

las construcciones; sin embargo, los análisis de ADN practicados a la muestra reflejan una variabilidad genética en la composición, es decir, se perciben cambios en la población y muy probablemente se incorporan nuevos flujos migratorios. Por ejemplo, en el sitio Cerro de la Malinche se halló material muy interesante: el caso de un entierro doble, en el cual uno de los individuos se depositó sobre una laja de piedra a manera de un *ixtapaltete*, que nos recuerda la base del talud teotihuacano; además, las formas de su ofrenda cerámica rojo/bayo suponen ciertos rasgos estilísticos relacionados con Teotihuacan, y la fecha radiocarbónica asociada oscila entre los años 800-850 dC. Otro caso peculiar es otro entierro con una cuantiosa ofrenda de 59 elementos, entre los que destacan bellas vasijas de la zona huasteca, relacionadas con el principio del Posclásico tardío; en ambos casos los rasgos genéticos los aislan (figura 16).

Posclásico tardío

Tula se transforma aún más en punto central de migraciones y contactos o relaciones comerciales, en el eje de enlace entre ciudades del norte y del sur. Incluso a pesar de la muy probable salida de grupos, como lo señalan las fuentes, no creemos que Tula haya quedado en algún momento deshabitada; salen los nonoalcas primero, ya que se registra el cese del culto a Quetzalcóatl (Paredes 1999), y después los toltecas. Esta disminución, y las condiciones de un gobierno debilitado, seguramente facilitan todavía más la penetración de nuevos flujos migratorios, pero ahora reconocidos genéricamente como mexicas, con los que consideramos llegan a coexistir los toltecas, por la asociación de material que observamos en los entierros.



Figura 16. Entierro asociado con material de la Huasteca.

De hecho, en la cronología general se maneja el año 1200 dC como punto de llegada de los mexicas al valle de Tula; sin embargo, para nosotros la cronología debiera ser recorrida en términos generales unos cincuenta años, dado que las fechas de C14 obtenidas en contextos de esta etapa, así lo indican.

Evidencia arqueológica

a) En el interior de estos nuevos grupos se perciben diferencias muy marcadas, tanto en el lugar donde colocan a sus muertos, como en su disposición, primero porque lejos de arrasar con las construcciones toltecas, más bien reutilizan sus espacios para desplantar sus nuevas habitaciones, las cuales son muy sencillas, “de paso”, o bien se les ubica en las esquinas de estructuras cívico-ceremoniales, con cierto “cuidado” de no destruir totalmente lo anterior. En general el patrón de enterramiento es individual, con ofrendas de cerámica de la tradición negro/naranja, en sitios como Zapata II, cerro de la Malinche, Tula Grande (en este último se registra un caso múltiple).

b) Observamos además otro patrón de enterramiento que consiste en la colocación de individuos dentro de grandes ollas, presente en los sitios Dainí y área norte de Plaza Charnay, asociados con la cerámica reconocida como Azteca III. Después se nota un cambio más, dado que hallamos nuevamente individuos colocados en forma directa, pero asociados con cerámica azteca, muy probablemente en una transición de los tipos III/IV y la conocida como negro/guinda, además de que es difícil reconocer aún la transición de Azteca II/III.

c) La aplicación de análisis de ADN marca diferencias en estos grupos; los individuos localizados en el cerro de la Malinche, en donde no hay ningún entierro dentro de olla para este momento, se separan de los encontrados en el sector Zapata II, pero tanto en estos casos, como en todos los planteados anteriormente, estamos en la etapa de contrastación de toda la información que hemos recuperado.

COMENTARIOS FINALES

La detección de “apotipos”, es decir, de grupos poblacionales diferentes a través de la aplicación del análisis de ADN, ha resultado muy valiosa como base para contrastar con el dato arqueológico y el etnohistórico, y plantear hasta ese momento las características de la población en general, así como los niveles de relación o de contacto con otras áreas. Más aún, hemos incorporado otro tipo de referentes a nuestros estudios sobre la población: uno de ellos consiste en los indicadores de estrés y desgaste para sitios como el área norte de Plaza Charnay, lugar en el que se encontraron individuos que desarrollaron labores pesadas. Este sector se comparó con el cerro de la Malinche, en donde se registran diferencias muy significativas, las cuales nos indican mayor tensión, pero no desgaste físico. Es probable que las diferentes etnias se dispusieran por sectores; quizás el cerro de la Malinche fue la morada de determinada elite, debido a las características físicas y al material asociado, que marcan un rango desigual y una asociación muy directa con la veneración de Quetzalcóatl.

Por otra parte, la obtención de varias muestras de fechamiento analizadas en el laboratorio del INAH, pero trabajadas en un programa de cómputo especial por el doctor Healan, servirán de apoyo, sobre todo porque muchas de ellas están asociadas directamente con los entierros, y así podremos distinguir con más precisión las etapas que cubren el largo desarrollo de Tula.

En cuanto al problema fundamental que nos ocupa, el del fenómeno migratorio en arqueología, y en específico en Tula, no debe entenderse al margen de su propia estructura y dinámica, por lo que su análisis requiere de la observación del conjunto de resultados obtenidos hasta ahora, e incluso dividir la interpretación en fases, dado que la magnitud y características de los movimientos poblacionales se pueden deber a distintas causas. Por ejemplo:

a) En los orígenes de la ciudad, podemos sugerir que existían movimientos masivos, dado el antecedente de reacomodos poblacionales durante el Epiclásico, mismos que en Tula se reflejan en las características genéticas asociadas con el contexto arqueológico de los entierros, su patrón y su respectiva ofrenda, además de los rasgos físicos bajo estudio.

b) Consideramos que los flujos migratorios son constantes durante el desarrollo de la ciudad, pero pueden tomarse como desplazamientos de baja intensidad que indican cierta permanencia; genéticamente se observan cambios y nuevos componentes. En otros aspectos, podríamos señalar sólo cierto nivel de interacción.

c) En el apogeo de Tula se registra gran cantidad y variedad de material arqueológico procedente de distintos puntos de Mesoamérica; esto puede dar otra interpretación a ese material de origen lejano como producto del comercio; pero éste no viene solo. Por lo tanto, existe o debiera existir la presencia física de gente de otros lugares, lo cual estamos ahora en posibilidad de reafirmar, puesto que a nivel genético se observan individuos que se separan de la muestra, además de que su ofrenda también los distingue.

d) En general, después de la salida de grupos de Tula, en la segunda mitad del siglo XII, podemos señalar nuevas oleadas migratorias que pueden clasificarse como masivas, pero al mismo tiempo diferenciadas, es decir, a través de las fuentes del siglo XVI conocemos el paso por Tula de los chichimecas de Xólotl, luego de los tepanecas y por último, los mexicas o aztecas. Las ofrendas de cerámica, el patrón de enterramiento y finalmente los rasgos genéticos marcan diferencias sustanciales, incluso el sector donde se establecen dentro de la gran Tollan.

El presente trabajo ofrece las evidencias que hemos podido compilar y que estamos contrastando para encontrar las diferencias y similitudes de la población que se estableció en Tula, Hidalgo. Al mismo tiempo, pretendemos precisar las probables relaciones que se establecieron con otras áreas; de lo que estamos seguros es de que la movilización social en la ciudad desde el Epiclásico es intensa y constante, con rutas perfectamente establecidas y fungiendo como centro de conexión entre norte y sur, y entre las costas.

Muy probablemente en esto radique una de sus principales características, y entendamos el papel que desempeñó Tula en el ámbito mesoamericano. Varios investigadores han manifestado que la arquitectura de la ciudad tolteca es muy pobre, desde luego comparada con Teotihuacan; pero detectamos que la construcción de sus viviendas muestra constantes resanes y modificaciones, lo que implica que su interés se centraba en otros aspectos, como el constante desplazamientos de sus habitantes. De sobra sabemos que la presencia tolteca llega a lugares tan lejanos como la península de Nicoya, o simplemente a Chichén Itzá.

Finalmente podemos confirmar esa multiétnicidad de la población, pero todavía falta por definir quiénes, cuántos y cuándo se incluyen en ese mosaico tan amplio que se deja entrever a partir del material arqueológico. Por lo pronto, nuestra tarea principal es cotejar los datos en su conjunto, para estar en posibilidad de dar propuestas aún más concretas y con cifras específicas de los entierros para cada etapa.

BIBLIOGRAFÍA

- COBEAN, ROBERT
1990 *La cerámica de Tula, Hidalgo*. Colección Científica 215, INAH, México.

- EDWARDS, DAN Y TERRY STOCKER
 2001 Covariance of Postclassic Figurine Styles, Settlement Patterns and Political Boundaries in the Basin of Mexico, T. Stocker y C. L. O. Charlton (eds.) *The New World Figurine Project*. V. 2, Research Press, Brigham Young University, Provo: 55-87.
- FELDMAN, LAWRENCE
 1974 Tollan in Hidalgo, Native Accounts of the Central Mexican Toltec, R. Diehl (ed.) *Studies of Ancient Tollan*. University of Missouri, Columbia: 130-149.
- FOURNIER, PATRICIA, S. IWANISZEWSKI Y ALFONSO TORRES
 1998 La luna del pie podrido: simbolismo otomiano del siglo VII en la región de Tula. Ponencia presentada en el II Coloquio Estatal sobre Ottopames, Pachuca, México.
- HEALAN, DAN M.
 1998 La cerámica coyotlatelco y la explotación del yacimiento de obsidiana de Ucareo Zinapécuaro, *Génesis, cultura y espacios en Michoacán*. CEMCA, México: 101-111.
- JIMÉNEZ MORENO, WIGBERTO
 1941 Tula y los toltecas según las fuentes históricas, *Revista mexicana de estudios antropológicos* V (2-3): 79-83.
 1959 Síntesis de la historia pretolteca, Carmen Cook de Leonard (coord.) *Esplendor del México antiguo* II. Centro de Investigaciones Antropológicas de México, México: 1009-1108.
- KIRCHHOFF, PAUL
 1940 Los pueblos de la Historia Tolteca-Chichimeca: sus migraciones y parentesco, *Revista mexicana de estudios antropológicos* IV (1 y 12): 77-104.
- LÓPEZ AGUILAR, FERNANDO
 1998 El valle del Mezquital. Encrucijada en la historia de los asentamiento humanos en un espacio discontinuo, *Arqueología* 20, INAH: 21-37.
- MICHELET, DOMINIQUE
 1988 Apuntes para el análisis de las migraciones en el México prehispánico, T. Calvo y G. López (coords.) *Movimiento de población en el occidente de México*. CEMCA, Colegio de Michoacán, México: 13-23.
- NALDA, ENRIQUE
 1981 Algunas consideraciones sobre las migraciones del Posclásico, *Boletín de Antropología Americana* 3. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México: 137-143.
- PAREDES GUDIÑO, BLANCA
 1998 Evidencias de ocupación del periodo Coyotlatelco en Tula, Hgo., *Revista mexicana de estudios antropológicos* III: 1637-1651.
 1999 The Transformation of a Cult: The Feathered Serpent to Tlahuizcalpantecuhtli in Tula. Ponencia presentada en el 64th Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Chicago.

- en prensa Representación iconográfica de Venus y sus asociaciones en Tula, Hgo. Ponencia presentada en la III Jornada Académica del Seminario Permanente de Iconografía del área del México antiguo, DEAS-INAH, septiembre 1998.
- en prensa Reflexiones en torno al desarrollo cultural de la antigua Tollan, a la luz de nuevos fechamientos por carbono 14. Ponencia presentada en el V Coloquio Pedro Bosch Gimpera, IIA-UNAM, 2001.

PAREDES GUDIÑO, BLANCA Y RAÚL VALADEZ

- 1988 Uso y aprovechamiento de la fauna en las zonas habitacionales exploradas en la antigua ciudad de Tula, Hgo., *Revista mexicana de estudios antropológicos* XXXIV (1): 169-194.

PAREDES GUDIÑO, BLANCA, JOSÉ FLORES Y ERNESTO VALENTÍN

- 1988 Osteología de la colección del Proyecto Tula (1980-1982), *Revista mexicana de estudios antropológicos* XXXIV (2): 459-489.

STERPONE, OSVALDO

- 2000 El Palacio Quemado de Tula: una evaluación estratigráfica, *Dimensión Antropológica* Año 7, 18, INAH: 7-28.

VALADEZ, RAÚL Y BLANCA PAREDES

- 1999 Entierros de perros descubiertos en la antigua ciudad de Tula, *Latin American Antiquity* 10 (2): 180-200.

VARGAS, ROCÍO, LINDA MANZANILLA Y BLANCA PAREDES

- 1998 Genetic assessment of Epiclassic and Early Postclassic populations in the Valley of Teotihuacan. Ponencia presentada en el 63th Annual Meeting for the Society for American Archaeology, Seattle.

WEIGAND, PHIL

- 1997 La turquesa, México, *Arqueología Mexicana* 4/5 (27): 26-33.

WRIGHT CARR, DAVID

- 1999 El Bajío oriental durante la época prehispánica, E. Williams y P. C. Weigand (eds.) *Arqueología y etnohistoria. La región de Lerma*. El Colegio de Michoacán, México: 75-108.

CULTURA Y CONTEXTO: EL COMPORTAMIENTO DE UN SITIO DEL EPICLÁSICO EN LA REGIÓN DE TULA

Alicia Bonfil Olivera*

INTRODUCCIÓN

El Epiclásico en el Altiplano Central de México está marcado por la desaparición de los grandes centros del Clásico y el surgimiento de numerosos asentamientos menores, cuya filiación cultural es difícil de definir, muy probablemente debido a la gran movilidad étnica característica de la época. Cronológicamente podemos ubicarlo, de acuerdo con Sanders (1989), entre el 600/700 y el 1100, fechas que abarcan desde la desaparición del estilo teotihuacano del horizonte Medio (o Clásico) hasta el surgimiento del Estado Tolteca.

Podemos decir que, en general, todos los estudios al respecto convienen en distinguirlo como una época crítica para toda Mesoamérica, en la cual predominaron las situaciones de desintegración de los grandes sistemas políticos y la movilidad poblacional, seguidas por una serie de drásticos cambios en cuanto al tamaño y conformación de las poblaciones, así como en la ubicación y distribución de los asentamientos.

La investigación histórica, y en particular la arqueológica, que desde la primera mitad del siglo xx se ha venido llevando a cabo en torno a Mesoamérica durante el periodo Epiclásico, ha tomado diferentes caminos conforme se profundiza en él. Para tratar este problema en el caso de la región del Altiplano Central es necesario adentrarse en cuestiones relativas a la caída de Teotihuacan, el surgimiento de Tula y la dinámica espacio-temporal del complejo cerámico Coyotlatelco.

Para el caso de este trabajo, resulta especialmente interesante la presencia del complejo cerámico Coyotlatelco en las primeras fases de la ciudad de Tula y en zonas aledañas, dado que constituye uno de los principales indicadores para la identificación de los grupos fundadores de esta ciudad. De hecho, son ejemplares Coyotlatelco los de la cerámica presente en los sitios de la época de Tula Chico, es decir, correspondientes a la primera mitad de la fase Prado.

* Instituto Nacional de Antropología e Historia

Algunos tipos cerámicos relacionados con dicho complejo se registraron también en el sitio conocido como La Mesa y sus contemporáneos en el valle de Tula, todos ellos correspondientes, de acuerdo con Mastache y Cobean, a la primera mitad de la fase Prado. Sin embargo, en este último caso, los tipos muestran algunas variantes que los hacen diferentes a los que habitualmente identifican a la mencionada tradición, sin que por esto dejen de ser reconocibles como pertenecientes a la tradición Coyotlatelco (Mastache y Cobean 1990: 17).

Autores como Jiménez Moreno (1959), Kelly y Braniff (1966), Davies (1977b), Chadwick (1966) y Rattray (1996), coinciden en pensar que esta tradición surge como resultado de la integración de grupos foráneos, portadores de tradiciones diferentes a las del centro, con aquellos que permanecieron ahí después de la caída de Teotihuacan. De este modo, explican la integración de los rasgos estilísticos locales con los foráneos, que dieron origen a la tradición cerámica “proto-Coyotlatelco”, la cual deriva, posteriormente, en el tan discutido y aún no del todo definido complejo Coyotlatelco (Davies 1977b: 76-83). No obstante que el origen de los grupos migrantes ha sido muy discutido, es un hecho que los habitantes de Tula y de regiones aledañas no tuvieron un solo origen común, sino que conformaron una sociedad multiétnica, cuestión que se hace evidente en todos los ámbitos de las sociedades ahí establecidas.

EL EPICLÁSICO EN EL ÁREA DE TULA

En lo que respecta a la región de Tula, estudios como los de Mastache y Cobean (1985, 1989 y 1990) han revelado que, a partir del Clásico tardío (fases Prado y Corral), aparecen sitios de aparente filiación cultural Coyotlatelco, con características notablemente distintas a las de los sitios de épocas anteriores. Mencionan la existencia de dos tipos diferentes de sitios para esta época, a saber:

El primero, y relativamente más temprano, que corresponde temporalmente más o menos a la segunda mitad del Clásico (600-700/750 dC), está representado en la región por sitios como Magoni, El Aguila y La Mesa. Este periodo se caracteriza por la ubicación general de los sitios sobre cerros o mesas elevadas localizados en los alrededores del área de Tula y asociados con terrenos sin posibilidades de riego, con posiciones claramente defensivas, y que presentan, al parecer, ocupaciones únicas y no muy duraderas (Mastache y Cobean 1990: 12). Según estos autores, los complejos cerámicos característicos de los sitios de esta primera época parecen estar relacionados con otros de la periferia norte de Mesoamérica y del Bajío (como los reportados por Braniff 1972), aunque estilísticamente bien podrían ser antecesores, menos elaborados, de un complejo Coyotlatelco que aún no estaba consolidado, como el que posteriormente aparecería en los sitios del segundo grupo.

El segundo grupo de sitios referido incluye sitios que podríamos considerar representados por Tula Chico, los cuales surgen desde el 700-750 dC, y se abandonan durante la época del florecimiento de Tula Grande, es decir, alrededor del 900 dC. Estos sitios están, por lo general, asentados en elevaciones bajas o planicies y

muestran evidencia de ocupaciones prolongadas. Los complejos cerámicos de los sitios de esta época se han identificado como Coyotlatelco, y son similares a los que se han registrado para épocas posteriores en la cuenca de México (*i.e.* Rattray 1996).

Varios autores han sugerido que el primer grupo de sitios, constituido por centros locales que aparecieron junto con los tipos cerámicos “proto-Coyotlatelco” dentro de la región de Tula (*i.e.* La Mesa y Magoni), son posiblemente indicadores “... de la presencia de nuevos grupos étnicos o de cambios radicales en algunas de las tradiciones locales precedentes” (Mastache y Cobean 1989: 277). Se plantean la posibilidad de la llegada de grupos provenientes del Bajío o de regiones en el norte de Mesoamérica, los cuales en un primer momento pudieron haberse establecido en posiciones defensivas y aisladas de la región dominada por Teotihuacan, misma que comenzaron a poblar conforme se reducía la ocupación anterior.

Todo lo dicho hace suponer que los sitios del segundo grupo, es decir, los identificados como “sitios Coyotlatelco”, son una consecuencia del abandono de los sitios de filiación teotihuacana que durante el Clásico temprano dominaron las tierras bajas y más productivas de la región (Mastache y Cobean 1989).

En concordancia con esta hipótesis, cabe mencionar que algunos autores, como Nigel Davies (1977b) y Jiménez Moreno (1959) afirman, en relación con el surgimiento de la ciudad de Tula, que ésta estuvo desde un principio conformada multiétnicamente, tanto por grupos provenientes del norte (tolteca-chichimecas), como por grupos otomíes y minorías teotihuacanas (con orígenes diversos) que aún permanecían dentro de la región.

LAS ÁREAS DE ACTIVIDAD COMO UN MEDIO PARA EL ESTUDIO DE LAS SOCIEDADES EXTINTAS

La relación que desde hace décadas se ha establecido entre la etnografía y la arqueología se basa en el principio que reconoce la existencia de ciertos patrones en el comportamiento humano, así como en el fundamento de que las asociaciones que se obtienen de contextos geológicos no alterados están directamente relacionadas con las actividades humanas en un lugar determinado (Binford y Binford 1966: 29).

Las investigaciones etnoarqueológicas¹ ponen de manifiesto que los lugares en los que la gente trabaja con determinadas herramientas no son siempre los mismos en los que las encontrarán en un futuro contexto arqueológico; que la posibilidad de reutilización de las mismas es un factor que incide directamente en el lugar que ocuparán cuando dejen de funcionar; que por lo general, y sobre todo en ocupaciones duraderas, la basura tiene espacios específicos de depósito; que frecuentemente se da el caso de que una misma área sea utilizada en diferentes momentos o simultáneamente para actividades diferentes; que lo que evidencia el desempeño de una u otra actividad no es la presencia, en el contexto, de un elemento mueble

¹ Entre éstas cabe mencionar estudios como el de Galinier (1979); Kent (1984); Parsons y Parsons (1985 y 1990); Hayden y Cannon (1983) y Wilk y Ashmore (1988).

o inmueble determinado, sino una combinación precisa de éstos; en fin, deducciones de esta clase son las que dan un carácter más o menos homogéneo a los trabajos de este género.

Dado lo anterior, es factible utilizar de manera confiable los patrones actuales como una línea base para interpretar las distribuciones registradas en un sitio arqueológico, pues a pesar de que existen obvias y significativas diferencias entre los asentamientos prehispánicos y los actuales, las situaciones contemporáneas pueden proporcionar indicios para poder evaluar las implicaciones de las diferentes asociaciones presentes en contextos arqueológicos.

Son los estudios etnoarqueológicos los que han hecho posible entender que las actividades humanas se encuentran distribuidas con base en un patrón, el cual depende de la manera en que se dan los procesos de producción y de consumo del grupo que habita en un sitio determinado.

Además, contamos con otra clase de información, como la conformada por investigaciones en las que se analizan e interpretan áreas de actividad a partir de los contextos arqueológicos. Como sobresalientes dentro de este campo podemos citar la obra coordinada por Linda Manzanilla (1993) en Oztoyahualco, además de otros trabajos como el de Widmer y Storey (1993) en Tlajinga; el de Dan Healan en Tula (1989 y 1993), y el de Kenneth Hirth en Xochicalco (1993).

Partiendo de los conceptos aportados por los principales representantes de la Nueva Arqueología,² podemos definir un área de actividad arqueológica como aquel contexto conformado por el espacio y el o los conjuntos de artefactos y elementos que tomaron parte de cualquier actividad humana. Por medio del análisis de estos contextos podemos inferir procesos de trabajo, ya sea especializado o generalizado, dentro de un sitio.

Las distintas áreas de actividad se pueden agrupar según el tipo de actividad que se realiza en cada una; existe una relación entre esta división y los distintos procesos que componen el ciclo de vida de los artefactos (por ejemplo: áreas de procuramiento, de manufactura o preparación, de uso o consumo, de almacenamiento, de desecho, etcétera) (Schiffer 1978).

Si asumimos un área de actividad como el lugar en el que ocurre cualquier evento humano, se entiende que el uso de ésta es un fenómeno cultural, "...determinado por la clase socioeconómica y la cultura a la que pertenece el grupo, lugar de residencia, tipo y tamaño de la casa, etc." (Kent 1984: 185).

Para el estudio de las áreas de actividad, Linda Manzanilla (siguiendo a Struever) ha propuesto una división de las distintas unidades de análisis a partir de las que se pueden inferir los siguientes componentes sociales específicos (Manzanilla 1986):

² Como Binford y Binford, Schiffer, Winter y otros más que los han reinterpretado posteriormente (como por ejemplo Kent, López Aguilar, Manzanilla, Paredes, Sarmiento, Wilk y Ashmore).

1er. nivel analítico: La unidad mínima propuesta son las **áreas de actividad**. Las asociaciones presentes dentro de ellas están conformadas por artefactos, elementos, pisos de ocupación y unidad de deposición o yacimiento.³

2o. nivel analítico: Representado por la **unidad habitacional o residencial** (vivienda) y la **unidad doméstica** (unidad social).

3er. nivel analítico: Comprende el **conjunto de casas**.

4o. nivel analítico: Lo constituye el **sitio arqueológico** en su totalidad.

5o. nivel analítico: Lo conforman los **diversos sitios de una región**.

A través de las categorías propuestas es posible establecer una relación entre las formas materiales y el comportamiento subyacente que les dio origen; dicha relación corresponde a lo que Binford (1977) ha designado como **teoría de rango medio**, la cual sirve como enlace entre las observaciones del registro arqueológico presente y las inferencias referentes a la actividad o actividades que lo produjeron.

Con base en esta división y en la información que es posible obtener a partir de las áreas de actividad y las demás categorías relacionadas con éstas, en 1998 desarrollamos un trabajo en el cual propusimos que es posible reconocer, a partir de la observación de los contextos primarios excavados en el sitio arqueológico de La Mesa, en el municipio de Mixquiahuala, Hidalgo (trabajado dentro del proyecto “Tula y su área directa de interacción” del Instituto Nacional de Antropología e Historia, dirigido por Robert H. Cobean y Guadalupe Mastache), indicios de cuáles eran los recursos de los que sus habitantes dependían, así como de la manera en que los trabajaban, y de este modo identificar rasgos culturales a partir de los cuales fuera posible inferir la filiación del grupo que allí vivió, caracterizando, hasta donde fue posible, las actividades por ellos desarrolladas y la manera particular en la que las realizaban (Bonfil 1998).

En esta ocasión, presentamos un resumen de las conclusiones a las que entonces pudimos llegar, las cuales resultan congruentes con el tema que trata este volumen.

La Mesa y sus áreas de actividad⁴

La zona arqueológica de La Mesa ocupa la sección occidental en la parte alta de una meseta de origen volcánico que lleva por nombre cerro La Mina, la cual está aproximadamente a 99° 11' W de longitud y a 20° 8' N de latitud, a una altura de 2260 msnm, y elevada 160 m. sobre el nivel del Valle del Mezquital. Está ubicada aproximadamente a 2.5 km al noreste de Tlahuelilpan y a unos 16 km al noreste de la actual ciudad de Tula.

³ Para conocer las definiciones de estos términos, véase López Aguilar 1990.

⁴ Cabe resaltar que la información de campo utilizada tanto para la elaboración de la tesis como para este trabajo es la del proyecto “Tula y su área directa de interacción”, dirigido por los doctores Mastache y Cobean (DICPA/INAH).

Por su ubicación, desde el punto de vista de la topografía, podemos deducir que el asentamiento de La Mesa ocupa una posición militarmente estratégica, en el sentido de que domina visualmente el valle que la rodea, además de que el acceso a la cima de la meseta sobre la que se encuentra no es sencillo (figura 1).

El sitio corresponde al grupo de asentamientos que Mastache y Cobean (1985, 1989) caracterizan como pertenecientes a la entonces incipiente tradición cerámica Coyotlatelco, llamada frecuentemente proto-Coyotlatelco.

La superficie que ocupa es de aproximadamente 1 km², y cuenta con tres plazas y numerosas estructuras dispuestas todas de modo que guardan, a simple vista, una traza general uniforme norte-sur.

En la planta del sitio son reconocibles básicamente dos tipos distintos de estructuras espacialmente asociadas: las rectangulares, que miden entre 10 y 20 m por lado y las circulares, de dimensiones variables. La distribución de dichas estructuras no guarda un patrón regular dentro del área habitacional del sitio; más bien se trata de elementos aislados que no se agrupan alrededor de patios, como en Tula y Teotihuacan.

Al analizar el plano del sitio (elaborado por Jackson),⁵ que ocupa la parte occidental de la elevación (véase figura 1), se pueden distinguir claramente tres sectores bien definidos dentro de él: al poniente (área que presenta evidencias de contener la ocupación más densa en el sitio) sobresale un sistema de terrazas sobre las que desplantan estructuras de dimensiones variables, tanto circulares como rectangulares. En el centro, no muy lejos de este primer sector, se aprecia un gran espacio abierto, bien delimitado por una terraza poliédrica, sobre la cual es notoria la escasez de estructuras. A los lados de este espacio (sobre todo hacia el poniente) y sin un orden determinado, se encuentran, rodeándolo, varias estructuras circulares y cuadrangulares de diferentes tamaños. El tercer sector (oriente) se encuentra separado de los anteriores por un amplio espacio vacío, y consta de varios conjuntos de plataformas, plazas y montículos, entre los cuales sobresale lo que podría ser un juego de pelota al norte, mismo que se desvía un poco hacia el oeste en relación con el patrón regular de orientación del resto del sitio.

Por sus características arquitectónicas y sus dimensiones, así como por su distribución espacial, podemos hablar, de manera general, de dos funciones diferentes para los tres sectores antes descritos: residencial y ceremonial. La primera correspondería al sector poniente y la segunda a los otros dos, pensando en que la mayor concentración de cimientos y terrazas se encuentra en el primero, que el gran espacio abierto del sector central representa un amplio espacio de reunión y, por último, que el sector oriente consta de plataformas dispuestas de manera más regular, más altas y fáciles de definir desde la superficie que en los dos casos anteriores, lo que nos lleva a considerarlas como basamentos de templos, todo lo anterior aunado a la evidente función ritual del juego de pelota presente dentro de él.

⁵ Mastache y Cobean 1990: mapa 2.

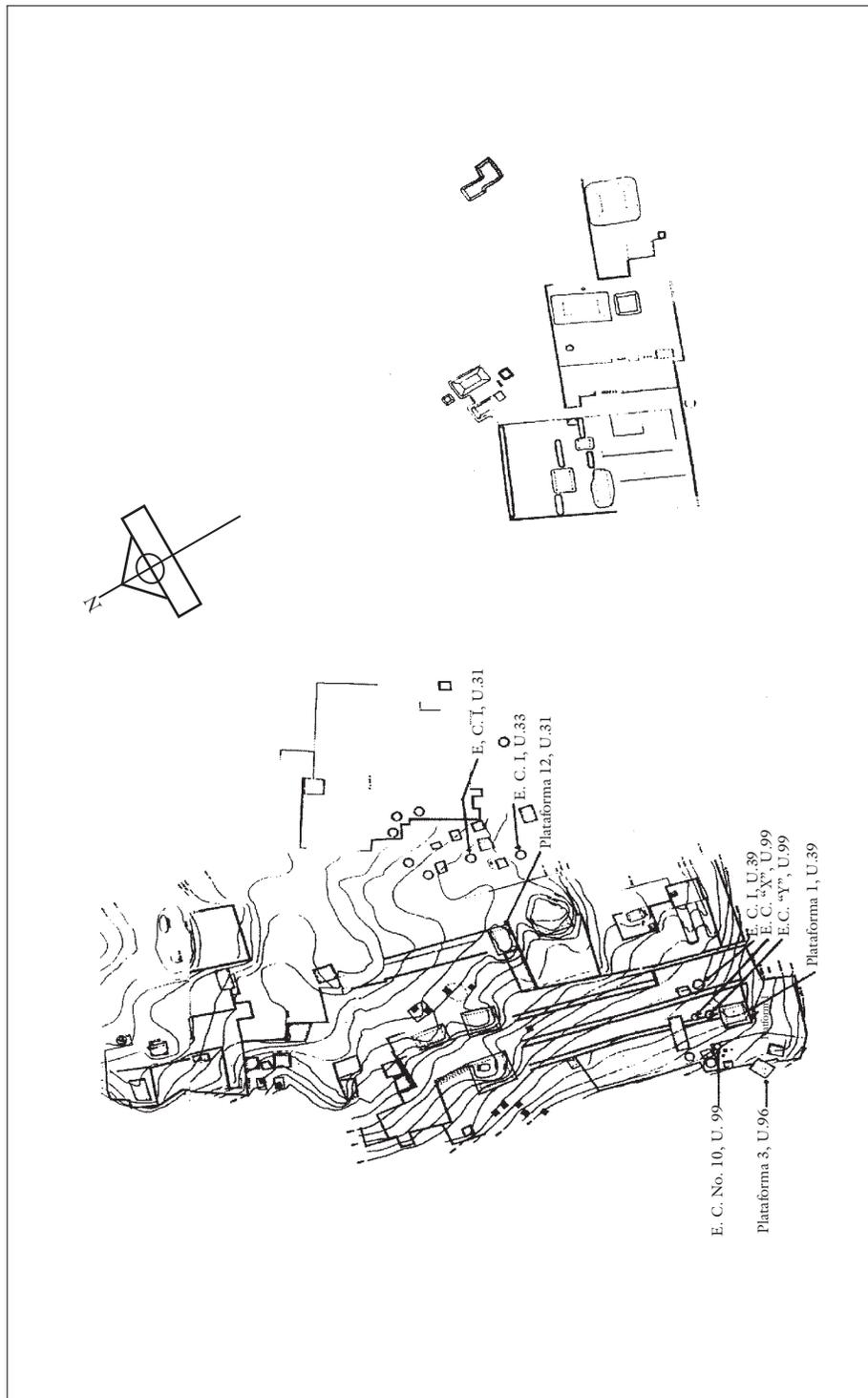


Figura 1. Planta general de La Mesa, Hgo. (tomado de Mastache y Cobean 1989, figura 2).

Todas las unidades excavadas por el proyecto “Tula y su área directa de interacción” se localizan dentro del área poniente del asentamiento, y la mayoría de ellas son estructuras de tipo doméstico, pero relacionadas espacial y funcionalmente con las primeras.

El material proveniente de las excavaciones en el sitio se compone de utensilios tallados sobre obsidiana así como sobre rocas calizas y volcánicas varias. También abunda la lítica pulida en basalto y en otras rocas ígneas, en forma de morteros, metates, metlapiles y tejolotes. Son característicos los artefactos fabricados en hueso como agujas y punzones (figuras 2 y 3). En cuanto a la cerámica, hablando de manera general es de tradición Coyotlatelco; sin embargo, presenta tipos que conjugan características decorativas semejantes a las norteñas y del Bajío, con formas y acabados que remiten a los tipos Coyotlatelco de la cuenca de México, haciéndola más bien semejante a la de algunos complejos norteños que a estos últimos (Mastache y Cobean 1990). Se encontraron también conchas trabajadas y sin trabajar, enteras y fragmentadas (al parecer de río), así como huesos humanos y de animales, completos y fragmentados, en abundancia.

LA CONDICIÓN IDEAL: EL CONTEXTO PRIMARIO

Para poder caracterizar las actividades que esta gente desarrollaba en el ámbito de su vida cotidiana, es importante conocer la ubicación espacial de los artefactos y elementos implicados en éstas, para lo cual las condiciones particulares de los depósitos del sitio, en algunos casos, resultaron muy favorables.

Los contextos primarios constituyen más bien la excepción en arqueología, debido a factores que suelen contribuir a la alteración de los depósitos, como el saqueo y la reutilización de las estructuras, ya sea como habitaciones o como basureros.

La mayor ventaja que observamos en La Mesa es el hecho de que cuando menos en tres de las diez estructuras trabajadas, se identificó una buena cantidad de artefactos y elementos en asociación primaria, es decir, libres de alteración posterior a su depósito. En los casos en que esto no sucedió (básicamente en las estructuras de planta circular) fue posible inferir, con cierto grado de certeza, cuál pudo ser la función para la que fueron originalmente construidas, y cuál fue la que se le dio posteriormente a cada una de ellas, gracias a la estratificación que mostró el material en el depósito.

De hecho, el concepto de área de actividad asume de manera implícita el hecho de que los restos bajo análisis constituyen *contextos primarios*, es decir, aquéllos cuya disposición no ha sido alterada desde el momento en que dejaron de ser utilizados, por lo que las actividades implicadas en el uso o en la manufactura de los artefactos, lo estarían también en el depósito.

Es desde esta perspectiva como hemos podido darnos una idea de la manera en que los habitantes de La Mesa llevaban a cabo algunas de las diferentes actividades implicadas en cada uno de los aspectos de su vida, de lo cual hablaremos a continuación.

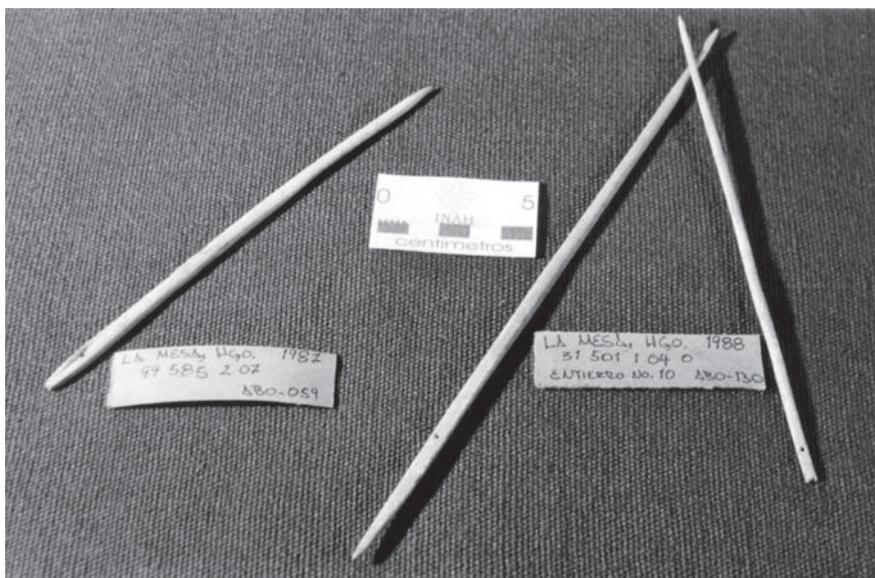


Figura 2. Agujas de hueso provenientes de las excavaciones en La Mesa (Proyecto “Tula y su área directa de interacción”, tomada de Bonfil 1998, figura 16).



Figura 3. Punzones de hueso provenientes de las excavaciones en La Mesa (Proyecto “Tula y su área directa de interacción”, tomada de Bonfil 1998, figura 17).

LOS CONTEXTOS EN EL SITIO

La asociación de elementos y artefactos dentro de los espacios excavados en La Mesa fue, en la mayor parte de los casos, lo suficientemente clara como para inferir tareas de tipo productivo así como de subsistencia, y en otro nivel, de tipo ritual.

Los diferentes materiales y elementos que sirvieron como indicadores para inferir cada clase de actividad se encontraban asociados de tal manera que el proceso deductivo que nos llevó a reconocer las posibles tareas que se desarrollaban en los espacios dentro de cada una de las estructuras, fue relativamente sencillo.

Los artefactos pueden ser agrupados como se observa en el cuadro 1, de acuerdo con la función que presumiblemente desempeñaban en las diferentes actividades.

Del mismo modo, los elementos, caracterizados por su participación más bien inmóvil dentro de las tareas en las que intervienen, pueden ser clasificados por el tipo de función que tienen, más aún cuando –como en este caso– se encuentran en asociación con determinados artefactos, como se muestra en el cuadro 2.

Cabe reiterar que esta división funcional de elementos y artefactos se basa en las asociaciones establecidas por éstos como parte de un contexto, por lo que la función o funciones atribuidas a cada uno son susceptibles de cambios en contextos diferentes a los registrados en este caso.

Dichas asociaciones han sido analizadas, además, tomando en cuenta los elementos arquitectónicos que los contienen, ya que, como bien observa Susan Kent (1990: 1-8), la clara división de los espacios determina también una división de actividades dentro del perímetro doméstico.

Cuadro 1

<i>Función</i>	<i>Artefactos</i>
Culto o ritual	Figurillas, pipas, instrumentos musicales, punzones de obsidiana, vasijas ofrendadas
Alimentación	Diferentes tipos de cuencos, platos trípodes y cucharas de cerámica
Contención (de alimentos, de materias primas, de líquidos, etc.)	Cajetes, tecomates, ollas, cántaros y vasijas en general
Corte	Navajillas simples y retocadas y bifaciales
Perforación	Punzones de hueso
Molienda	Piedras para moler, metates, metlapiles, morteros y tejolotes
Raspado del <i>meyólotl</i> de maguey	Raspadores de obsidiana (convexos)
Procesamiento de fibras	Raspadores tipo tortuga o “cepillos”, desfibradores, piedras de “aporrear”
Trabajo de fibras	Malacates y agujas
Cacería / guerra	Proyectiles
Manufactura de instrumentos	Núcleos de basalto y de obsidiana y percutores
Ornato	Cuentas y orejeras

Cuadro 2

<i>Función</i>	<i>Elementos</i>
Trabajo de fibras	Piedra empotrada en el piso
Calentamiento de habitaciones	Fogones
Cocción de alimentos	<i>Tenamaxtle</i>

DISTRIBUCIÓN ESPACIAL Y ARQUITECTURA DENTRO DEL SITIO

Conviene hacer mención de algunos aspectos arquitectónicos, así como de la conformación general del sitio, ya que consideramos que ambos son aspectos significativos para poder caracterizarlo.

En primer lugar, resulta a simple vista evidente el hecho, ya mencionado anteriormente, de que la disposición de las estructuras en el asentamiento no está planeada de manera que las áreas habitacionales se encuentren rodeando a otras de tipo ceremonial, y ni siquiera se encuentran agrupadas entre sí, como en otros casos del Clásico y del Posclásico, sino que su disposición es más bien aleatoria y probablemente responde a la conformación de la superficie, así como a la de las áreas artificialmente niveladas. Es notoria la ausencia de patios comunes y de estructuras de tipo religioso –concretamente de altares–, compartidos por grupos de casas.

Aunque sus dimensiones varían, las características constructivas tanto de las estructuras rectangulares como de las circulares son más o menos regulares:

Las primeras se asientan sobre plataformas niveladas, limitadas por taludes inclinados contruidos con bloques basálticos y cuentan con un pórtico que, a manera de vestíbulo, precede el acceso a las habitaciones. Por lo que se observó durante la excavación, estos espacios estaban destinados a la realización de actividades productivas en un nivel familiar. El techo, construido con materiales orgánicos y barro, era sostenido por columnas de piedra y por los propios muros, algunos de los cuales, así como los pisos, se encontraban estucados.

La técnica constructiva de los muros, en algunos casos es la que Healan ha llamado ***Toltec small stone*** (Healan 1989: 128) y Piña Chan, “lajas cuatrapeadas” (comunicación personal), y en otros los muros se componen de bloques de piedra careada y cuentan en su cara interior con una especie de soclo hecho con grandes lajas encajadas parcialmente en el suelo. Dentro de estas estructuras se registró una gran variedad de artefactos, elementos y, en algunos casos, fogones, los cuales muestran clara asociación y frecuentemente integran contextos primarios sobre los pisos de la última ocupación, hecho que nos habla de la presencia de áreas de actividad presumiblemente contemporáneas.

En dos de estas estructuras se hallaron ejemplares de piedra esculpida. El primero de ellos es un “clavo” de construcción tallado en toba; muestra en su extremo exterior una cabeza que puede ser de algún animal con bigotera (posiblemente de un chapulín) o la representación de un cráneo humano con aplicaciones en los

ojos y bigotera. La otra piedra es una loza de forma rectangular en cuya cara exterior se observa la representación de un personaje que ha sido identificado como Centéotl, deidad del maíz (figura 4) (Mastache y Cobean 1989: 60).

Ambas esculturas se encontraron dentro del pórtico de las respectivas estructuras, lo cual nos lleva a pensar que formaban parte de la decoración exterior del muro que, en ambos casos, dividía el área del pórtico de la de las habitaciones interiores.

Esta clase de elementos no son sólo decorativos, sino que tienen un significado simbólico que hace referencia –de acuerdo con el tipo de estructura a la cual se asocian y con la posición que ésta ocupa dentro del sitio– a vínculos de linaje o a determinada función ritual de la estructura en la que servían como decoración.

En cuanto a las construcciones circulares, podemos decir que posiblemente sus paredes fueron de bajareque, las cuales se apoyaban en cimientos formados por lajas semi-enterradas, como las mencionadas anteriormente, pero dispuestas en forma de circunferencia. Dentro de una de ellas se encontró la evidencia de un *tlecuil*, además de algún material que parece estar relacionado con actividades domésticas.

En los niveles más bajos de la mayoría de estas estructuras y en contacto, e inclusive intruyendo en el tepetate, se encontraron numerosos entierros, algunos con ofrendas asociadas consistentes en utensilios relacionados con las actividades que, seguramente, los individuos inhumados practicaban en vida; además de estos instrumentos, las ofrendas cuentan con vasijas relacionadas con funciones más bien de tipo ritual, cuyas características las distinguen de las registradas sobre los pisos de las estructuras rectangulares.

Este tipo de estructuras sólo en algunos casos comparte el espacio del sitio con las anteriores, ocupando la misma terraza o una contigua; no obstante, tienden a concentrarse más hacia el sector central, al suroeste de la gran plaza o espacio abierto en donde éstas predominan en número con respecto a las rectangulares.

SUBSISTENCIA, PRODUCCIÓN Y ORGANIZACIÓN SOCIAL A PARTIR DEL CONTEXTO ARQUEOLÓGICO DE LA MESA

A partir de la disposición espacial y las características generales de las estructuras dentro del sitio, es posible distinguir dos funciones diferentes para los tres sectores antes descritos en los que éste se encuentra dividido: residencial y ceremonial.

La primera correspondería al sector poniente y la segunda a los otros dos, vistos desde la perspectiva de que la mayor concentración de cimientos y terrazas se encuentra en el primero, que el gran espacio abierto del sector central representa una amplia área de reunión, y por último, que el sector oriente consta de plataformas dispuestas de manera más regular, más altas y sobresalientes que en los dos casos anteriores, lo que nos lleva a considerarlas como basamentos de templos, todo lo anterior aunado a la evidente función ritual del juego de pelota presente dentro de él (véase figura 1).



Figura 4. Lápida grabada con posible representación de Centéotl, hallada en el pórtico de la plataforma 1, unidad 99 de La Mesa (tomada de Mastache y Cobean 1998, figura 8).

Las unidades bajo estudio están ubicadas dentro del área poniente del asentamiento y, conforme a la clasificación de funciones expuesta en el párrafo anterior, constituyen estructuras que en algunos casos corresponden al nivel doméstico, y en otros, a un nivel religioso interfamiliar del grupo social de La Mesa.

De acuerdo con las asociaciones funcionales de los elementos y artefactos presentes en cada una de las estructuras excavadas, nos ha sido posible definir las probables funciones que éstas cubrían, así como algunas de las tareas particulares que se llevaban a cabo dentro de ellas.

Como ya se dijo en el apartado anterior, las estructuras circulares muestran ciertas constantes que son, de hecho, más regulares que las observadas en las de planta rectangular.

Dadas las condiciones de mayor alteración que presentaron estas estructuras con respecto a las rectangulares, primero describiremos de manera más general los contextos correspondientes a las circulares, para proceder de manera más detallada con las segundas.

Cinco de las seis estructuras circulares excavadas son, desde el punto de vista arquitectónico, de un mismo tipo: se trata de circunferencias (en ocasiones delimitadas por una sola ringlera de piedras y en otras por dos) formadas por lajas semienterradas cuyo diámetro va de los 5 a los 7 m.

En cuanto a sus funciones, estas construcciones sirvieron como espacios para inhumar cadáveres; una constante muy particular es que están confinados dentro

de la mitad oriental de los círculos⁶ de manera notoriamente regular (figura 5). En muchos casos los entierros carecían de los huesos correspondientes a una o a ambas manos, o a los pies.⁷

Otra posible función de algunos de estos espacios, parece haber sido su uso también como almacenes de productos de consumo (definidos por la presencia de grandes fragmentos de ollas, zonas bien delimitadas en donde la tierra estaba más compactada, etcétera), áreas de manufactura de objetos de obsidiana (concentraciones de lascas), cocinas (*tenamaxtle*, piedras de molienda), y aparentemente, en épocas posteriores, como tiraderos.

En algunos casos, es posible pensar en la realización de rituales u ofrecimientos de tipo funerario, evidenciados por la presencia de ofrendas asociadas con algunos de los entierros.

Por otra parte, las tres estructuras rectangulares excavadas, aunque semejantes en su estructura, estaban destinadas a diferentes actividades, como se explica a continuación:

PLATAFORMA NO. 12 (FIGURA 6)

Este recinto no estaba destinado a funciones domésticas, pues tanto el hecho de contar con un solo cuarto más o menos amplio (5.5 por 11.7 m), como el clavo labrado hallado en el pórtico, no representan lo más común en la arquitectura del sitio. Por otra parte, la cercanía de esta estructura con la plaza abierta y con el área de estructuras circulares que, como se verá más adelante, son de carácter básicamente funerario, apoyan también esta hipótesis.

Originalmente se había propuesto que la plataforma 12 había funcionado como un lugar de reunión destinado a actividades rituales privativas del grupo en el poder (Bonfil 1998); sin embargo, analizando nuevamente el contexto, es más probable que ahí se hayan realizado tareas relacionadas con el trabajo especializado de las fibras del maguey. Pensamos que se trata de un espacio dedicado a funciones específicas que, posiblemente, no se realizaban dentro del ámbito doméstico, ya que la estructura no parece constituir una unidad residencial familiar.

La función, no muy clara, de una piedra clavada en el piso a un lado del fogón es, al parecer, la de apoyar para golpear o machacar algún material, de manera análoga a la “piedra de aporrear” mencionada por Parsons y Parsons (1990: 152) dentro del proceso de trabajo de las fibras de maguey, la cual sirve para suavizar sobre ella las pencas después de haberlas asado, con el fin de facilitar su raspado. Es posible también que un cajete que se encontraba en asociación con dicho hogar haya tenido la función de contener alguna materia prima relacionada con este proceso o con

⁶ La mayoría de los entierros estaban acompañados por alguna ofrenda, consistente en vasijas y/o instrumentos de trabajo, y algunos de los individuos estaban ataviados con adornos del tipo de las orejeras.

⁷ Cabe aclarar que no en todos los casos se encontró evidencia clara de huellas de corte en los huesos.



Figura 5. Estructura circular “Y” de La Mesa, con seis entierros depositados en su mitad oriente (tomada de Bonfil 1998, figura 22; fotografía de Robert H. Cobean).

algún otro proceso análogo, o simplemente haya servido para la ingestión de pulque, bebida que, como es sabido, era consumida en las sociedades prehispánicas de manera selectiva, sólo por ciertos sectores.

La ausencia de artefactos *in situ* dentro de esta estructura limita los alcances de nuestra hipótesis; sin embargo, podemos decir que la construcción se distingue de las otras, y que el contexto, definido por la asociación de elementos, nos habla de la práctica de una actividad que era realizada por un grupo seguramente especializado en el trabajo del maguey, y que esta especialización otorga a este grupo un lugar distinguido y tal vez hasta cierto tipo de control económico y/o ideológico dentro de la sociedad a la que pertenece.

PLATAFORMA NO. 3 (FIGURA 7)

Arquitectónicamente es muy similar a la plataforma 12, sólo que es un poco más pequeña y no se registró en ella ningún elemento decorativo.

Dado el tipo de estructura y el material hallado dentro de ella, hemos sugerido que fue una casa en la que se desarrollaban labores cotidianas, tanto de tipo doméstico (evidenciadas por la presencia de piedras de molienda, fragmentos cerámicos y de hueso, principalmente) como de tipo productivo (inferidas a partir de la presencia de pulidores, raspadores y fragmentos de cal, por ejemplo).

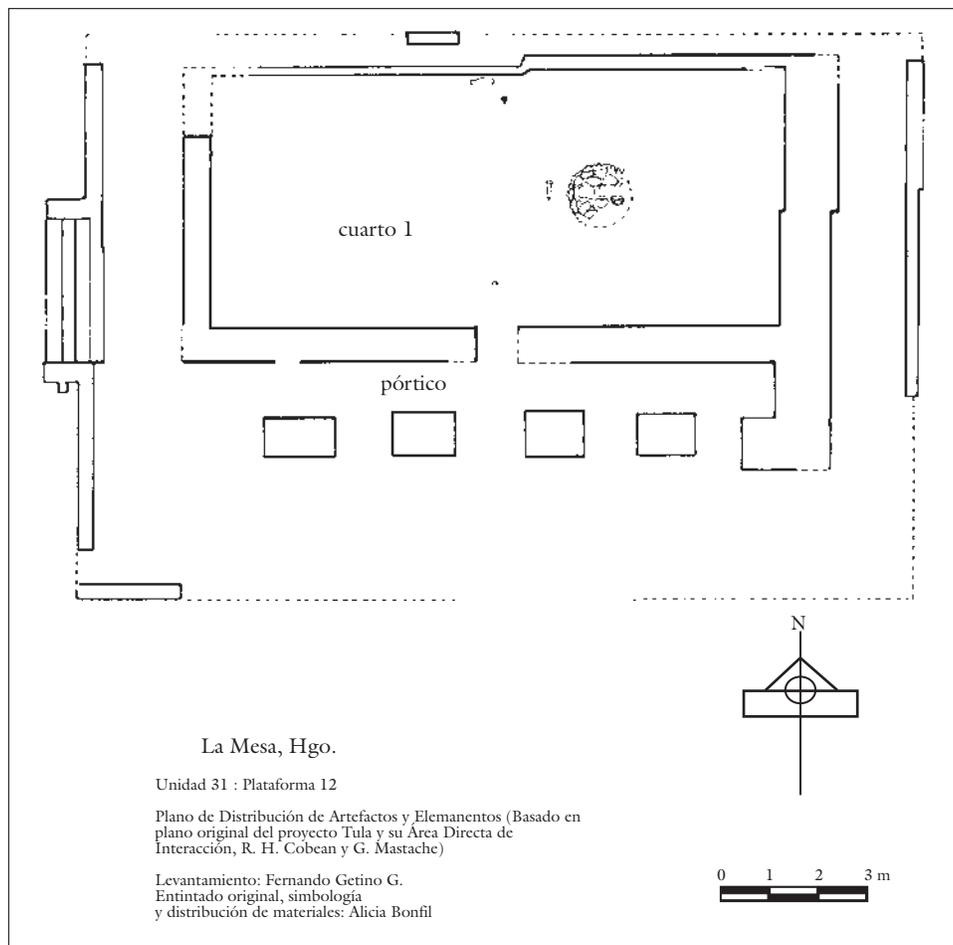


Figura 6. Unidad 31, plataforma 12 de La Mesa, Hgo. Plano de distribución de artefactos y elementos (basado en el plano original del Proyecto Tula y su Área Directa de Interacción de R. H. Cobean y G. Mastache; levantamiento de Fernando Getino).

De manera general, podemos afirmar que las actividades que se realizaban dentro del pórtico eran la clase de actividades que realizarían los miembros de un grupo familiar, suposición que se ve apoyada por el tipo y tamaño de la estructura.

La presencia de los pulidores, la cal y tal vez el mortero, puede ser resultado de tareas vinculadas con la producción cerámica o con algún otro tipo de actividad artesanal no especializada; los fragmentos de metate y la cuchara de cerámica sugieren procesos relacionados con la alimentación (es decir, preparación y consumo de alimentos).

Un raspador de basalto del tipo “tortuga”, igual al mencionado por Hester y Heizer (1972) (*apud* Parsons y Parsons, 1990: 305) y al “cepillo” mencionado por Jackson (1990), se relaciona posiblemente con el trabajo de las pieles, cuya función

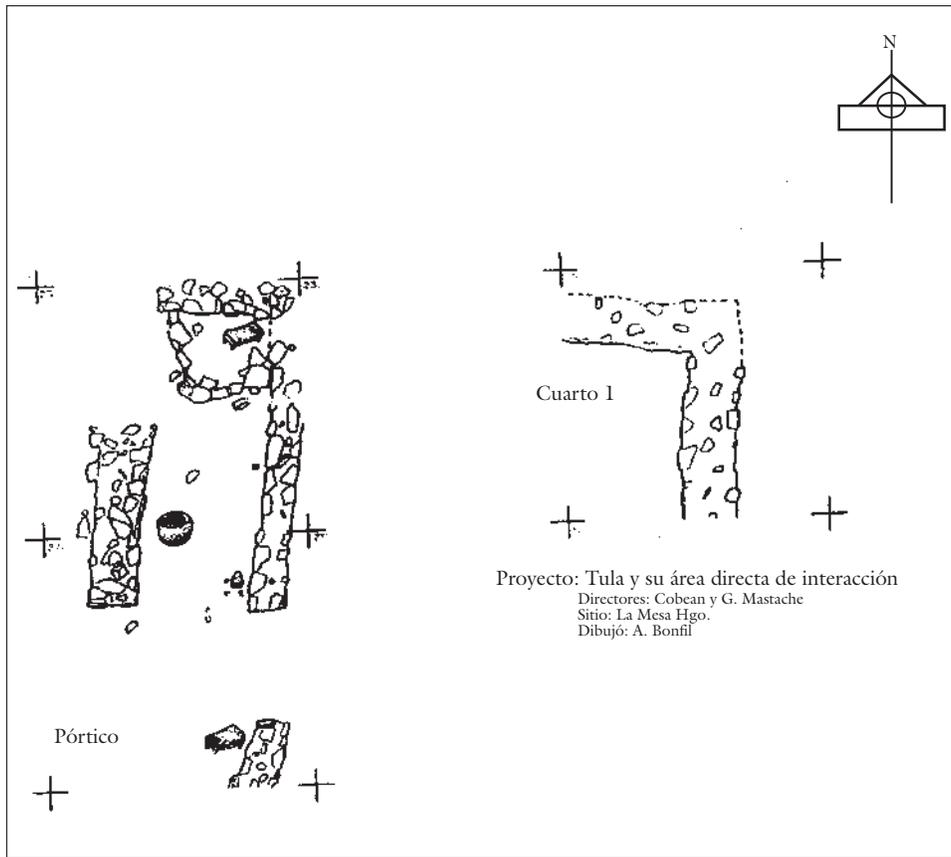


Figura 7. Unidad 98, plataforma 3 de La Mesa, Hgo. Ubicación de hallazgos especiales (tomado de Bonfil 1998, plano 5).

sería la de suavizar a base de golpeo y presión, como un proceso que antecede al de raspado o limpieza.

Resumiendo, se trata de una estructura que pudo haber sido una casa en cuyo pórtico, igual que en el interior, se desarrollaban labores productivas de tipo doméstico.

PLATAFORMA NO. 1 (FIGURA 8)

Esta estructura está seccionada en dos partes, una más alta que la otra, separadas por un muro que corre en dirección norte-sur. Las diferencias arquitectónicas entre ambos sectores, así como la posición del sector poniente (justo frente a la fachada de la estructura denominada *sector oriente*) hacen que no podamos desechar la posibilidad de que se trate de una ulterior reutilización del espacio; no obstante, es posible determinar de manera más o menos confiable el tipo de actividades que se llevaban a cabo dentro de cada uno de estos cuartos.

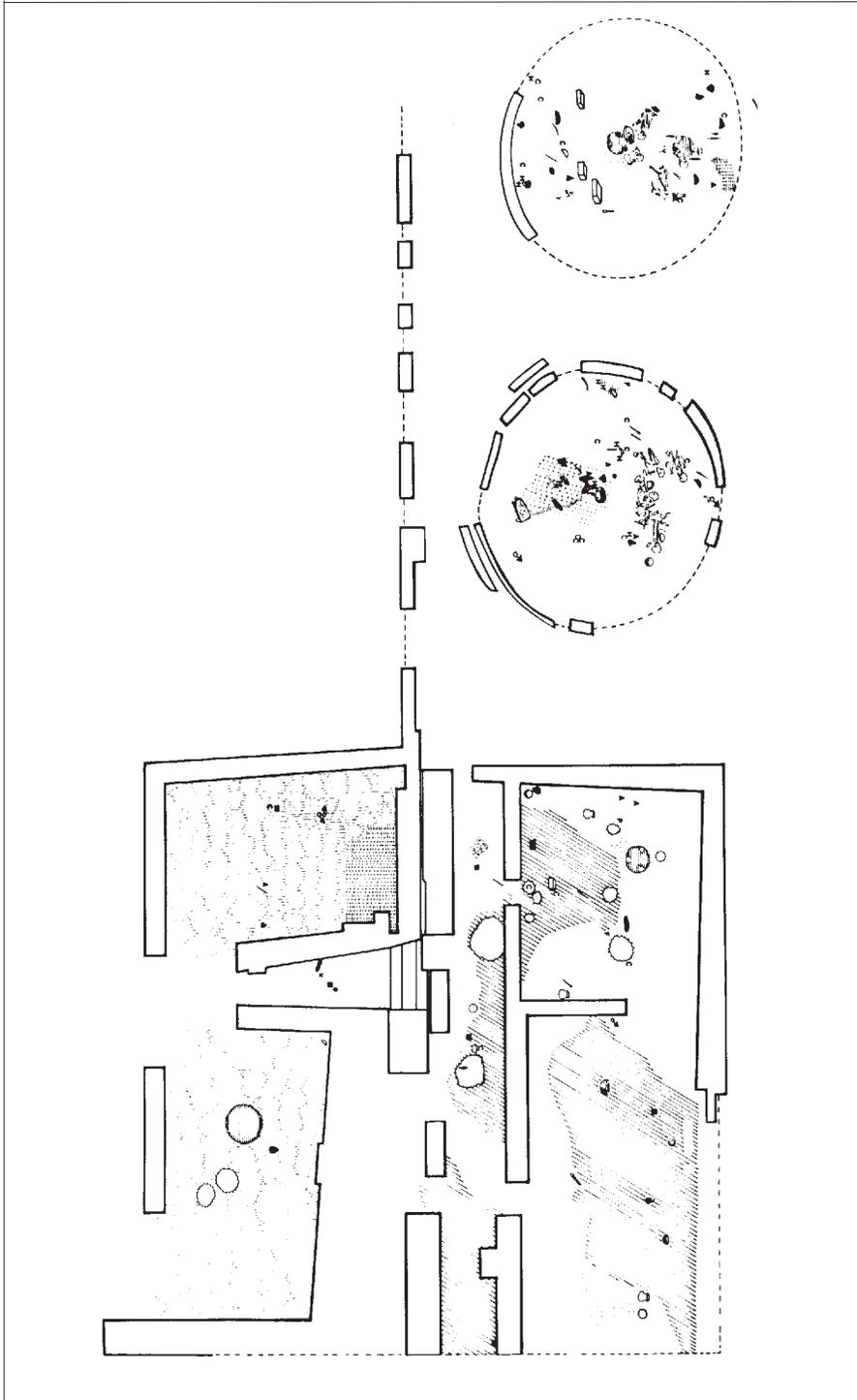


Figura 8. Unidad 99, plataforma 1 y estructuras circulares X y Y. Plano de distribución de artefactos y elementos (basado en el plano original del Proyecto Tula y su Área Directa de Interacción de R. H. Cobean y G. Mastache; levantamiento de Fernando Getino).

La sección oriente servía como habitación o como un lugar de estar, dadas sus características estructurales (cuartos cerrados con muros firmes y techumbre, pórtico y hogar), y la estructura poniente, que queda en un nivel inferior y cuya estabilidad arquitectónica al parecer es menor, funcionaría como un área doméstica de trabajo.

El sector oriente, definido por Patiño (1994) como casa, está compuesto por dos cuartos comunicados entre sí (cuartos 1 y 2) y a la vez, por el poniente, con un vestíbulo muy semejante al de la plataforma 12 de la unidad 31. Más allá de este pórtico, pero ocupando solamente la mitad sur de este sector, se encuentra lo que Patiño identifica como una terraza. Una escalera angosta comunica ambas secciones.

Tanto las dimensiones como la distribución espacial en el interior de esta unidad arquitectónica conducen a pensar que se trata de una unidad residencial, no obstante la semejanza formal que guarda con el salón de la plataforma 12.

La observación cuidadosa de la distribución de elementos y artefactos dentro de este sector nos lleva a inferir lo siguiente:

SECTOR ORIENTE

La presencia del *tlecuil* en el cuarto 1 (norte) respalda la idea de que el sector en el que se encuentra pudo haber sido un lugar de permanencia. Si además se toma en cuenta que cerca de la mitad de los hallazgos especiales encontrados sobre el piso son utensilios de uso doméstico (dos ollas, una vasija y un metlapil), no queda duda de ello. Dicho *tlecuil* está delimitado por tres piedras dispuestas a manera de soporte (*tenamaxtle*), lo que indica que, aparte de cumplir con la función de mantener el área a una temperatura confortable, debe haber servido para calentar líquidos o preparar cierto tipo de alimentos, seguramente en recipientes de fondo curvo, como las ollas, dada la disposición inclinada de las tres piedras que lo circundan. Un dato más que ampara esta suposición es la concentración de tiestos hallada junto a él y los restos de cuando menos dos ollas completas en el interior de esta habitación.

Con respecto a dos agujas y un punzón de hueso con forma y tamaño semejantes, pensamos que se relacionan con la hechura de ciertas prendas (textiles o de piel) o instrumentos de carga (como mecapales, ayates o costales de algún tipo) (Figuras 2 y 3). También, posiblemente relacionados con el trabajo de la piel y/o de la cerámica a nivel doméstico, cabe mencionar aquí el raspador y el pulidor encontrados en la esquina noroeste del cuarto.

Por otra parte, y como lo hemos mencionado arriba, no se descarta la realización de actividades tales como la preparación y el consumo de alimentos, dada la presencia de algunos fragmentos de huesos de animal.

En el cuarto 2 (sur) predominan también los artefactos relacionados con actividades domésticas, entre ellos un fragmento de mortero, un tejolote, una olla con asa, un cuenco y otra vasija fragmentada. Además, aparece algún material de carácter aparentemente suntuario o relacionado con actividades de esparcimiento, como un fragmento de flauta, uno de figurilla y un tejo de barro, un fragmento de hueso y una concentración cerámica.

Lo anterior hace suponer que las actividades llevadas a cabo dentro del espacio referido se relacionaban de alguna manera con las que el grupo doméstico realizaba en el cuarto con el que éste se comunica al norte, sólo que posiblemente esta área estaba dedicada más al consumo que al procesamiento de materias primas, de ahí la ausencia de artefactos como agujas, raspadores, pulidores y, evidentemente, del fogón.

Esta habitación es un lugar adecuado para permanecer e inclusive para el descanso nocturno, sin que esto quiera decir que no sirviera también como un área en donde se consumían alimentos y posiblemente se realizaban algunas tareas, tales como el triturado de algunas materias primas para la obtención de pigmentos o desgrasantes, o la confección de algunos alimentos que no requerían del fuego.

El área que complementa la estructura del sector oriente es el pórtico, que como ya se mencionó, es muy semejante al de la plataforma 12. Las actividades aquí realizadas, dado el material que se halló sobre el piso, debieron ser complementarias de las tareas que se realizaban en el interior, además de que, de alguna manera, este espacio semiabierto debió haber sido también un área de reposo, que contaba con suficiente ventilación y permitía tener contacto con lo que sucedía en el exterior de la vivienda.

Aquí se registró una aguja, cuya presencia tiene que ver con la fase de terminación de prendas textiles o de piel que ya fueron anteriormente mencionados para el cuarto uno. Un hueso de animal y dos fragmentos más, dispersos sobre el piso de este espacio, son un resultado lógico del consumo de alimentos que se llevaba a cabo en el interior de los cuartos adyacentes, y por otra parte, los restos de la vasija encontrados cerca del centro de este vestíbulo remiten una vez más a actividades relacionadas con la alimentación.

La lápida grabada con la representación de un personaje que se asemeja a la deidad del maíz (*Centéotl*), se encontró sobre el piso en la parte norte del pórtico y seguramente proviene del muro o banqueta que lo separa del cuarto 1. Probablemente su finalidad era parecida a la de un escudo heráldico, es decir, establecía lazos entre el linaje al que el grupo doméstico pertenecía y dicho dios, y otorgaba a los que habitaban esta unidad una identidad.

Después de observar una gran semejanza entre los hallazgos especiales de ambos sectores –tanto en lo que se refiere a sus funciones probables como a lo estilístico y a la materia prima con la que están hechos–, determinamos considerarlos como parte de la misma unidad residencial. La marcada división de los espacios dentro de la misma unidad habitacional hace referencia a una diferenciación en cuanto al uso al que está destinado cada uno de ellos.

SECTOR PONIENTE

Existe, dentro del cuarto 4 (sur), un fogón que, en este caso, no cuenta con piedras o con algún tipo de sostén sobre el cual pudieran asentarse recipientes, dado lo cual sería difícil utilizarlo para cocinar, ya fuese en ollas o en vasijas de fondo plano, por lo que es probable que estuviera más bien destinado a iluminar y calentar el sector correspondiente de la unidad residencial.

En lo referente al cuarto 3 (norte), algunos de los objetos encontrados sobre su piso (aguja y hueso sin trabajar) pueden relacionarse con las actividades deducidas para el sector oriente; no obstante, dos fragmentos de figurillas encontrados en esta misma unidad, pudieron haber sido guardadas o expuestas en esta habitación, ya fuese en un hueco a manera de nicho en el muro o en una especie de altar.

Un artefacto que, en estrecha relación con algunos fragmentos de hueso, puede estar asociado con tareas como el destazamiento de carne, es un fragmento de navajilla retocada que pudo haber servido, enmangada, como instrumento de corte.

El cuarto 4 pudo pertenecer a una unidad doméstica distinta, aunque relacionada con la que ocupaba la casa del sector oriente. Estamos hablando de que, cuando menos éste –si no es que también el no. 3–, pudieron haber sido construidos en una época posterior que los cuartos 1 y 2, a manera de una estructura contigua a la casa principal y destinada a albergar a un grupo familiar secundario, derivado del grupo principal que habitaba la casa del sector oriente.

Inclusive, cabe la posibilidad de que el “pasillo”, que se encontró parcialmente destruido, haya cruzado de este a oeste todo el sector poniente, para permitir el acceso a la casa del oriente por el mismo lado.

A partir de las condiciones que cada estructura presenta de manera individual y en relación con las demás, así como con el resto del asentamiento, podemos detenernos a considerar algunos aspectos que nos han parecido relevantes para adentrarnos un poco en el conocimiento de los principales aspectos que regían la vida del grupo que construyó y habitó La Mesa.

CONSIDERACIONES FINALES

¿Cómo vivían los habitantes de La Mesa?

En suma, podemos decir que a través del análisis de los contextos habitacionales de un sitio arqueológico es posible tener acceso a lo que fueron sus unidades domésticas, las cuales pueden ser consideradas más que como unidades de parentesco, como unidades sociales elementales en la organización de las múltiples actividades realizadas dentro de una sociedad.

Ashmore y Wilk, en el artículo intitulado “Household and Community in the Mesoamerican Past” (1990), explican acertadamente el significado que, para quien intenta reconstruir la dinámica de las sociedades del pasado, tiene la unidad doméstica: “...las unidades domésticas encarnan y sustentan la organización de una sociedad en su nivel más básico y por lo tanto pueden servir como indicadores susceptibles al cambio progresivo de la evolución social” (Ashmore y Wilk 1990:1).

De acuerdo con esto, hemos de entender a las unidades residenciales como expresión de las relaciones sociales vigentes en la época las cuales determinan ciertos patrones de residencia y uso de espacios, mismos que se pueden observar a nivel arqueológico si se cuenta con una muestra apropiada.

Es así como, partiendo de la información proporcionada por las constantes observadas en artefactos, elementos, estructuras residenciales y sitio arqueológico, es posible lograr una aproximación hacia las características particulares del modo de vida de quienes construyeron y habitaron un asentamiento arqueológico.

En el caso concreto de La Mesa, hemos llegado a discernir, aunque sea de manera general, algunas cuestiones básicas sobre algunos aspectos de la formación económico-social de la comunidad que allí vivió.

En cuanto al aspecto económico-social, es evidente que se trata de un grupo que aprovechaba de manera eficaz los recursos que tenía a la mano. Casi no se encontraron objetos elaborados con materias primas de origen foráneo y es notoria la manera en que, con base en un universo no muy variado de ellas, la sociedad fue capaz de satisfacer todas sus necesidades.

Sin embargo, no podemos afirmar definitivamente que se trate de un asentamiento autosuficiente ya que, debido posiblemente a factores tales como la planificación y la ubicación de las excavaciones efectuadas en el sitio, no se cuenta con información relativa a contextos tales como basureros y talleres, con la cual sería posible resolver cuestiones fundamentales en este sentido, como por ejemplo, la posibilidad, aunque lejana, de que la población haya elaborado sus propias herramientas de obsidiana y basalto, o acaso el hecho de que hayan sido productores de cerámica.

En este sentido, no sabemos si dependía económica o políticamente de algún otro sitio, o si había otros que dependieran de él. Sin embargo, con base en lo que es posible deducir a partir del instrumental lítico presente, podemos decir que, en vista de que no se dispone de indicadores relativos a la explotación de yacimientos de obsidiana, y tomando en cuenta que inclusive los instrumentos de este material eran reciclados y aprovechados al máximo (Jackson 1990: 198), es probable que el grupo en cuestión haya tenido que intercambiar algunos productos, o incluso que hasta dependiera de otro grupo, para así poder obtener algunas de las herramientas especializadas de trabajo que requería para explotar adecuadamente los recursos a su disposición.

Los artículos manufacturados en materias primas ajenas a la región, como la concha, eran de carácter suntuario, pero su sola presencia confirma el hecho de que, o mantenían algún tipo de contacto comercial con sociedades asentadas en lugares distantes, o lo mantenían con grupos que servían de intermediarios, es decir, de ninguna manera se trata de una población al margen del contacto con el resto de Mesoamérica.

En el ámbito productivo, un análisis como el que hemos presentado permite saber que en la sociedad bajo estudio sí existía cierta división de funciones, e inclusive cabe la posibilidad de que existiera cierto tipo de especialización controlada por un grupo determinado, dado que, entre las estructuras de planta rectangular, nos fue posible identificar dos diferentes clases de acuerdo con su función: lugar de reunión o de producción especializada (como la Plataforma 12, U. 31), y propiamente habitacional (como las plataformas 3, U.96 y 1, U.99), claramente diferenciables a partir de los correspondientes contextos.

Un hecho evidente es que la sociedad que habitó La Mesa contaba con un aparato ideológico, y muy posiblemente con uno militar, lo cual se pone de manifiesto en las representaciones plásticas y en la distribución de los espacios dentro del sitio, pero principalmente, en la conformación, disposición y el uso tan particular que se dio a las estructuras circulares, así como en las señales de mutilación que muestran los individuos ahí enterrados. De hecho, las características de estas estructuras, vistas como áreas de enterramiento, denotan la existencia de tradiciones basadas en una esfera ideológica ciertamente compleja.

En este sentido es muy probable el hecho de que los representantes de aquellos organismos religiosos y/o gubernamentales hicieran uso de espacios no domésticos del tipo del “salón” (plataforma 12), descrito en apartados anteriores.

En cuanto a las actividades que se realizaban dentro y fuera de las estructuras habitacionales del sitio, sobresalen, como se asentó anteriormente, las relacionadas con la explotación del maguey, mismas que constituyen una tradición en las regiones semidesérticas de Mesoamérica, y que pueden ser determinantes en el sentido de otorgar una identidad cultural al grupo poblador de La Mesa ante los ojos del investigador.

En otro asunto, el análisis de los contextos arqueológicos que hemos identificado en el sitio nos permite suponer que su abandono, presumiblemente efectuado durante las postrimerías del Epiclásico, debe haber sido, si no del todo súbito, sí de cierto modo apresurado, ya que los contextos observados en las estructuras de planta rectangular son por lo regular de tipo primario, conformados no únicamente por elementos inmuebles u objetos semiportátiles, sino también por artefactos y utensilios completos y en buenas condiciones, de manufactura laboriosa o de materiales no muy comunes y, por lo general, de uso cotidiano (por ejemplo las agujas, las navajillas y los raspadores).

EL EPICLÁSICO VISTO DESDE LA MESA

Tocante a la situación que en esa época vivió la región y a la compleja dinámica de desplazamientos poblacionales e integración multicultural que debió vivirse, no sólo en Mesoamérica sino más allá de sus fronteras durante el Epiclásico, podemos partir de este ejemplo para hablar de lo que sucedía, en general, en el valle de Tula y su región circundante.

Volviendo a lo propuesto por quienes se han ocupado de estudiar la dinámica regional de Tula durante el Epiclásico, es de presumir que la ciudad surgió a partir de una fusión de grupos portadores de diferentes culturas y originarios de distintas áreas de Mesoamérica y Mesoamérica septentrional.

Por un lado tenemos a los grupos teotihuacanos que permanecieron en la región del sur del Valle del Mezquital y que fungieron como centros de control local durante el dominio y la posterior desintegración del imperio teotihuacano, a los que emigraban continuamente como consecuencia de los desajustes políticos y económicos desencadenados por esta caída (cf. Diehl y Berlo [eds.] 1989), y que en algunos casos se establecieron en asentamientos dispersos, pero en otros, seguramente se integraron a los que ya existían en la región.

Por otro lado estaba el sector conformado por grupos de inmigrantes procedentes de los límites con el noroeste de Mesoamérica, que posiblemente se concentraron en asentamientos en los alrededores de la región de Tula desde antes del ocaso de Teotihuacan, y a cuyos centros poblacionales pudieron haberse integrado algunos de los grupos que abandonaban Teotihuacan. Es precisamente a este sector al que pertenecería la población de los asentamientos del tipo de La Mesa.

Es decir, contemplamos como una posibilidad factible el hecho de que la población de dicho sitio haya estado conformada por facciones de diferente procedencia geográfica y cultura, integradas en un mismo asentamiento como resultado de los desórdenes migratorios propios de la época, a su vez producto del caos mesoamericano que implicó la caída de los grandes centros cívicos del Clásico.

Es necesario mencionar que las estructuras de planta circular, tanto por su composición arquitectónica como por su peculiar utilidad, no son para nada comunes en la región. Al buscar referencias acerca del posible origen de este tipo de estructuras nos encontramos con datos hasta cierto grado discordantes, ya que, en épocas anteriores al Posclásico se han reportado tanto en Occidente (por ejemplo en el sitio de San Antonio, Jal., reportado por Mountjoy 1994) como en el Altiplano (en el Barrio de los Comerciantes, Teotihuacan, reportado por Rattray 1988, 1989), aunque en este último caso se trata de un sector de gente procedente de la costa del Golfo, en donde, según la autora, abundan las estructuras habitacionales y ceremoniales de planta circular.

En ambos casos las estructuras han presentado entierros bajo el piso, lo cual parece ser una tradición difundida en toda Mesoamérica; sin embargo, contamos con elementos que nos llevan a relacionar las estructuras de La Mesa más con el occidente que con el Golfo. Éstos elementos son los siguientes:

El tipo de construcción que en Occidente –al igual que en La Mesa– está hecho de lajas de basalto o de caliza, en el Barrio de los Comerciantes es de adobe y presenta una rampa de acceso con la cual no cuentan las excavadas en La Mesa.

En segunda instancia sobresale por su singularidad el hecho de que en una de las estructuras circulares reportadas por Mountjoy (1994) los individuos enterrados carecen de falanges, lo cual, con las reservas pertinentes y aunado a la disposición lateral flexionada del cuerpo, recuerda a los entierros de las estructuras circulares de nuestro sitio en cuestión.

Las tradiciones mortuorias constituyen, desde el punto de vista de la arqueología, uno de los aspectos culturales que más información aportan en cuanto a identidad cultural, ya que además de encerrar información concerniente a las particularidades físicas de los grupos humanos, proporcionan cantidad de datos relativos a aspectos culturales y de su esfera ideológica, a través de la cosmovisión que rige su comportamiento.

En otro ámbito, hemos observado –aspecto corroborado también por Jackson (1990)– que no hay evidencia de producción de artefactos en obsidiana y que la mayor parte del instrumental lítico producido y utilizado en el sitio es de basalto, riolita y otras rocas de origen volcánico. Esta tradición, además de ser consecuencia

directa de lo restringido que estaba en aquella época el acceso a la obsidiana, es también un rasgo que define a las culturas de tradición septentrional.

En resumen podemos pensar que La Mesa, por sus características materiales, resulta ser lo suficientemente afín a las culturas del Clásico del norte-occidente como para que, cuando menos una parte importante de sus habitantes, haya sido heredera de dicho origen. No obstante, sería un error dejar de lado algunos rasgos culturales que se salen de este patrón y que podrían ser resultado de influencias culturales de otras regiones.

Por ejemplo, las estructuras de planta rectangular con pisos de estuco y firmes de gravilla son una característica que vincula a nuestro sitio con Teotihuacan, con la única diferencia de que en este caso, la capa de estuco tiene por lo general un mayor grosor que en La Mesa. No obstante, la disposición de espacios dentro de las estructuras de La Mesa y el patrón con el que se distribuyen dentro del sitio es muy diferente al de las unidades habitacionales teotihuacanas.

Por otro lado, no podemos dejar de mencionar aquí que algunos de los cuchillos o puntas de lanza asociados con los entierros recuerdan mucho a ejemplares teotihuacanos de este mismo tipo, e inclusive a los que forman parte de las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan.

Como una cuestión aparte, la alteración observada en los niveles superiores de las estructuras circulares de La Mesa es, precisamente, la verificación de algún evento violento, como un ataque o una invasión efectuada por otro grupo, lo cual no sería extraño en esa época, caracterizada por las migraciones, la anarquía a nivel regional y los conflictos intergrupales en torno al control de los recursos.

Aunque, como se ha manifestado con anterioridad, no existe evidencia de una reocupación del sitio, la teoría arriba expuesta es factible ya que el motivo de la expulsión de un grupo del lugar que ocupa no necesariamente es la invasión, sino que puede ser la exclusión de dicho grupo de un área considerada estratégica, ya sea por los recursos con los que cuenta o por su particular situación geográfica.

No obstante nuestras deducciones, consideramos necesario llamar la atención sobre el aspecto logístico de las excavaciones arqueológicas en nuestro país ya que, en el caso al que nos enfrentamos, hubiera resultado muy enriquecedor el poder contar al mismo tiempo con información proveniente de otros contextos diferentes a los excavados, como terrazas de cultivo, espacios abiertos entre las estructuras, etcétera. Es indudable que los basureros, tiraderos, talleres, patios y zonas de tránsito proveen al investigador de una variedad más amplia de información con la cual complementar la obtenida exclusivamente de las estructuras, en el sentido de que posibilitan la conformación de complejos situacionales.⁸

Con lo expuesto en este trabajo he pretendido mostrar, de manera muy somera, uno de los alcances que puede tener un estudio de áreas de actividad, si se le mira como una expresión de la vida diaria de una sociedad.

⁸ Entendidos como los lugares en donde se interrelacionan las distintas actividades realizadas dentro de los límites de un área de residencia, lo cual da lugar a una estrategia global.

BIBLIOGRAFÍA

ASHMORE, WENDY Y RICHARD WILK

- 1990 Household and Community in the Mesoamerican Past, R. Wilk y W. Ashmore (eds.) *Household and Community in the Mesoamerican Past*. University of New Mexico Press, Albuquerque: 1-27.

BERLO, J. CATHERINE

- 1989 The Concept of the Epiclassic: A Critique, R. A. Diehl y C. Berlo (eds.) *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan AD 700-900*. Dumbarton Oaks Research and Collection, Washington D.C.: 209, 210.

BINFORD, LEWIS R.

- 1978 *Nunamiut Ethnoarchaeology*. Academic Press, New York.
1988 *En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico*. Editorial Crítica, Grijalbo, Barcelona.

BINFORD, SALLY R. Y LEWIS R. BINFORD

- 1966 A Preliminary Analysis of Functional Variability in the Mousterian of Le Vallois Facies, *American Anthropologist* 68 (2): 238-295.
1968 Archeological Theory and Method, S. Binford y L. R. Binford (eds.) *New Perspectives in Archeology*. Aldine, Chicago.

BONFIL OLIVERA, ALICIA

- 1998 Áreas de actividad en La Mesa, Hidalgo. Ejemplo de una sociedad del Epiclásico en la región de Tula. Tesis de licenciatura en arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

BRANIFF, BEATRIZ

- 1972 Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la cuenca de México: intento de correlación, *Teotihuacan. Onceava Mesa Redonda*. Sociedad Mexicana de Antropología, México: 273-324.
1975 Arqueología del norte de México, *Los pueblos y señoríos teocráticos. El periodo de las ciudades urbanas*. (Primera parte), México, Panorama histórico y cultural VII, Departamento de Investigaciones Históricas, INAH-SEP, México: 217-272.
1994 La frontera septentrional de Mesoamérica, L. Manzanilla y L. López Luján (coords.) *Historia antigua de México* I. INAH-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, México: 113-143.

BRYANT, DOUGLAS DONNE

- 1988 Excavations at House 1, Yerba Buena, Chiapas Central Highlands, México, D. Bryant, E. Calnek, *et al.*, *Archaeology, Ethnohistory, and Ethnoarchaeology in the Maya Highlands of Chiapas, Mexico*. Papers of the New World Archaeological Foundation 54, Brigham Young University, Provo: 1-113.

CHADWICK, ROBERT E.

- 1966 The Olmeca-Xicallanca of Teotihuacan: A Preliminary Study, E. Rattray (ed.) *Mesoamerican Notes* 7-8. University of the Americas: 2-14.

- CHARLTON, CYNTHIA O., THOMAS H. CHARLTON Y DEBORAH L. NICHOLS
 1993 Aztec Household-Based Craft Production: Archaeological Evidence from the City-State of Otumba, Mexico, R. Santley and K. Hirth (eds.) *Prehispanic Domestic Units in Western Mesoamerica. Studies of the Household, Compound and Residence*. CRC Press, Florida: 147-171.
- CHILDE, GORDON V.
 1958 *Reconstruyendo el pasado*. UNAM, México.
- CLARKE, DAVID L.
 1984 *Arqueología analítica*. Ediciones Bellaterra S.A., Barcelona.
- COBEAN, ROBERT H.
 1990 *La cerámica de Tula, Hidalgo*. Colección científica 215, INAH, México.
- COBEAN, ROBERT H. Y A. G. MASTACHE
 1989 The Late Classic and Early Postclassic Chronology of the Tula Region, D. M. Healan (ed.) *Tula of the Toltecs. Excavations and Survey*. University of Iowa Press: 34-46.
- COHODAS, MARVIN
 1989 The Epiclassic Problem: A Review and Alternative Model, R. A. Diehl y C. Berlo (eds.) *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan AD 700-900*. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D.C.: 219-240.
- DAVIES, NIGEL
 1977a *The Toltecs until the Fall of Tula*. University of Oklahoma Press, Norman.
 1977b The Last Days of Teotihuacan, *The Toltecs until the Fall of Tula*. University of Oklahoma Press, Norman: 76-84.
- DÍAZ OYARZÁBAL, CLARA LUZ
 1980 *Chingú. Un sitio clásico del área de Tula, Hgo.* Colección científica, Arqueología, núm. 90, INAH, México.
- DIEHL, RICHARD A.
 1987 Tollan y la caída de Teotihuacan, J. B. Mountjoy y D. L. Brockington (eds.) *El auge y la caída del Clásico en el México central*. Serie Antropológica 89, IIA-UNAM, México: 129-143.
- DIEHL, RICHARD A. Y CATHERINE BERLO
 1989 Introduction, R. A. Diehl y C. Berlo (eds.) *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan. AD 700-900*. Dumbarton Oaks Research and Collection, Washington D.C.: 1-7.
- DIEHL, RICHARD A. Y CATHERINE BERLO (EDS.)
 1989 *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan AD 700-900*. Dumbarton Oaks Research and Collection, Washington D.C.
- FLANNERY, KENT V. Y MARCUS C. WINTER
 1976 Analyzing Household Activities, K. V. Flannery (ed.) *The Early Mesoamerican Village*. Academic Press, New York: 34-45.

- FOURNIER, PATRICIA Y ANDREA K. L. FREEMAN
 1991 El razonamiento analógico en etnoarqueología. El caso de la tradición alfarera de Mata Ortiz, Chihuahua, México, *Boletín de Antropología Americana* 23: 109-118.
- GALINIER, JACQUES
 1979 *N'Yühû. Les indiens otomis*. Estudios mesoamericanos, Serie II, 2, Misión Arqueológica y Etnológica Francesa en México.
- HAYDEN, BRIAN Y AUBREY CANNON
 1983 Where the Garbage Goes: Refuse Disposal in the Maya Highlands, *Journal of Anthropological Archaeology* 2: 117-163.
- HEALAN, DAN M.
 1982 Patrones residenciales en la antigua ciudad de Tula, A. G. Mastache, R. H. Cobean, A. M. Crespo y D. M. Healan (eds.) *Estudios sobre la antigua ciudad de Tula*. Colección científica, Arqueología 121, INAH, México: 123-148.
 1993 Urbanism at Tula from the Perspective of Residential Archaeology, R. Santley R. y K. Hirth (eds.) *Prehispanic Domestic Units in Western Mesoamerica. Studies of the Household, Compound and Residence*, CRC Press, Florida: 105-119.
- HEALAN, DAN M. (ED.)
 1989 *Tula of the Toltecs. Excavations and Survey*. University of Iowa Press, Iowa.
- HERS, MARIE-ARETI
 1989 *Los toltecas en tierras chichimecas*. Cuadernos de Historia del Arte 35, UNAM, México.
- HIDALGO MONROY-WOHLGEMUTH, NEUSA
 1989 Uso de la flora y la fauna en una unidad habitacional de Teotihuacan. Tesis de licenciatura, ENAH, México.
- HIRTH, KENNETH G.
 1993a Identifying Rank and Socioeconomic Status in Domestic Contexts: An Example from Central Mexico, R. Santley y K. Hirth (eds.) *Prehispanic Domestic Units in Western Mesoamerica. Studies of the Household, Compound and Residence*, CRC Press, Florida: 121-146.
 1993b The Household as an Analytical Unit: Problems in Method and Theory, R. Santley y K. Hirth (eds.) *Prehispanic Domestic Units in Western Mesoamerica. Studies of the Household, Compound, and Residence*, CRC Press, Florida: 21-36.
 1995 Urbanism, Militarism, and Architectural Design. An Analysis of Epiclassic Sociopolitical Structure at Xochicalco, *Ancient Mesoamerica* 6(2): 237-250.
- ISIDRO MORALES, GLORIA
 1995 *Los otomíes del Estado de México. Etnografía contemporánea de los pueblos indígenas de México, región centro*. INI, México: 141-177.

JACKSON, DONALD

- 1990 Análisis sobre la producción y el uso de la litica en el sitio La Mesa, A. G. Mastache *et al.*, *Las industrias líticas Coyotlatelco en el área de Tula*. Colección científica 221, INAH, México: 145-215.

JIMÉNEZ MORENO, WIGBERTO

- 1959 Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica, C. Cook de Leonard (ed.) *Esplendor del México antiguo* II. Centro de Investigaciones Antropológicas de México: 1052-1095.

KEELLEY, LAWRENCE H.

- 1991 Tool Use and Spatial Patterning. Complications and Solution, E. M. Kroll y T. D. Price (eds.) *The Interpretation of Archaeological Spatial Patterning*. Plenum Press, New York: 257-268.

KELLEY, J. CHARLES

- 1971 Archaeology of the Northern Frontier: Zacatecas and Durango, *Handbook of Middle American Indians* 11(2). University of Texas Press, Austin: 768-801.

KELLEY, J. CHARLES Y ELLEN ABBOT KELLEY

- 1987 Florecimiento y decadencia del Clásico desde la perspectiva de la frontera noroccidental de Mesoamérica, J. B. Mountjoy y D. L. Brockington (eds.) *El auge y la caída del Clásico en el México central*, Serie Antropológica 89, IIA-UNAM, México: 145-197.

KELLY, ISABEL Y BEATRIZ BRANIFF

- 1966 Una relación cerámica entre Occidente y la mesa central, *Boletín INAH* 23: 26-27.

KENT, SUSAN

- 1984 *Analyzing Activity Areas. An Ethnoarchaeological Study of the Use of Space*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- 1987 Understanding the Use of Space: An Ethnoarchaeological Approach, S. Kent (ed.) *Method and Theory for Activity Area Research: An Ethnoarchaeological Approach*. Columbia University Press, New York: 1-59.
- 1990a Activity Areas and Architecture: An Interdisciplinary View of the Relationship Between Use of Space and Domestic Built Environments, S. Kent (ed.) *Domestic Architecture and the Use of Space. An Interdisciplinary Cross-Cultural Study*. Cambridge University Press, New York: 1-8.
- 1990b A Cross-Cultural Study of Segmentation, Architecture, and the Use of Space, S. Kent (ed.) *Domestic Architecture and the Use of Space. An Interdisciplinary Cross-Cultural Study*. Cambridge University Press, New York: 127-152.
- 1991 The Relationship Between Mobility Strategies and Site Structure, E. M. Kroll. y T. D. Price (eds.) *The Interpretation of Archaeological Spatial Patterning*. Plenum Press, New York: 33-59.

LÓPEZ AGUILAR, FERNANDO

- 1990 *Elementos para una construcción teórica en Arqueología*. Colección científica 191, INAH, México.

LÓPEZ LUJÁN, LEONARDO

- 1995 El Epiclásico: El caso del valle de Morelos, L. Manzanilla y L. López Luján (coords.) *Historia antigua de México* II. INAH-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, México: 261-293.

MANZANILLA, LINDA (ED.)

- 1986 *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*. Serie Antropológica 76, Arqueología, IIA-UNAM, México.
- 1987 *Cobá, Quintana Roo. Análisis de dos unidades habitacionales mayas del Clásico*. Serie Antropológica 82, Arqueología, IIA-UNAM, México.

MANZANILLA, LINDA (COORD.)

- 1993 *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyalco*. Tomos I y II. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.

MANZANILLA, LINDA, AGUSTÍN ORTIZ, CYNTHIA HERNÁNDEZ *ET AL.*

- 1990 Nuevos procedimientos para el análisis de áreas de actividad en arqueología, *Antropológicas* 5: 13-27.

MASTACHE, A. GUADALUPE

- 1996 El amaranto y el maguey en la dieta tolteca, *Arqueología mesoamericana. Homenaje a William T. Sanders* I. Arqueología Mexicana, INAH, México: 355-373.

MASTACHE, A. GUADALUPE Y ROBERT H. COBEAN

- 1985 Tula, J. Monjarás-Ruiz, R. Brambila y Emma Pérez Rocha (comps.) *Mesoamérica y el centro de México*. Colección Biblioteca del INAH, Serie Antropología, INAH, México: 273-307.
- 1989 The Coyotlatelco Culture and the Origins of the Toltec State, R. A. Diehl y C. Berlo (eds.) *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan AD 700-900*. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D.C.: 49-67.
- 1990 La cultura Coyotlatelco en el área de Tula, A. G. Mastache *et al.*, *Las industrias líticas Coyotlatelco en el área de Tula*. Colección científica 221, INAH, México: 9-22.

MONZÓN, MARTHA

- 1989 *Casas prehispánicas en Teotihuacan*. Universidad Autónoma del Estado de México/ Instituto Mexiquense de Cultura, Toluca.

MOUNTJOY, JOSEPH B.

- 1989 Proyecto arqueológico Valle de Banderas, segunda temporada. Informe mecanoscrito del archivo técnico de la Dirección de Arqueología, INAH, México.
- 1994 Proyecto arqueológico Valle de Banderas, quinta temporada. Informe mecanoscrito del archivo técnico de la Dirección de Arqueología, INAH, México.

MOUNTJOY, JOSEPH B. Y D. L. BROCKINGTON (EDS.)

- 1987 *El auge y la caída del Clásico en el México central*. IIA-UNAM, México.

NELSON, BEN A.

- 1992 El maguey y el nopal en la economía de subsistencia de La Quemada, Zacatecas, B. Boehm de Lameiras y P. C. Weigand (coords.) *Origen y desarrollo de la civilización en el occidente de México*. Homenaje a Pedro Armillas y Ángel Palerm, El Colegio de Michoacán, México: 359-382.

NELSON, BEN A. ET AL.

- 1995 Informe parcial del Proyecto valle de Malpaso-La Quemada. Temporada 1993, Informe mecanoscrito del archivo técnico de la Dirección de Arqueología, INAH, México.

O'NEIL, CRISTÓBAL ET AL.

- 1990 Análisis osteológico preliminar. Proyecto La Quemada: 1987-1989, Informe mecanoscrito del archivo técnico de la Dirección de Arqueología, INAH, México.

ORTIZ BUTRÓN, AGUSTÍN

- 1990 Ozttoyahualco: estudio químico de los pisos estucados de un conjunto residencial teotihuacano para determinar áreas de actividad. Tesis de licenciatura, ENAH, México.

PAREDES G., BLANCA

- 1989 Unidades habitacionales en Tula, Hgo. Tesis de licenciatura, ENAH, México.

PARSONS, JEFFREY R. Y MARY H. PARSONS

- 1985 *Otomi Maguey Utilization. An Ethnoarchaeological Perspective*. Preliminary report to the National Geographic Society, Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.
- 1990 *Maguey Utilization in Highland Central Mexico. An Archaeological Ethnography*. Anthropological Papers 82, Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.

PATIÑO RODRÍGUEZ MALPICA, HÉCTOR

- 1994 Arquitectura Coyotlatelco. Un análisis en la región de Tula. Tesis de licenciatura, ENAH, México.

PIJOAN, CARMEN MA. Y JOSEFINA MANSILLA

- 1990 Evidencias rituales en restos humanos del norte de Mesoamérica, F. Sodi (coord.) *Mesoamérica y el norte de México. Siglos IX-XII*, INAH, México: 467-478.

RAMOS DE LA VEGA, JORGE Y AMALIA RAMÍREZ G.

- 1992 Estudio de unidades habitacionales prehispánicas en el sitio de Alfaro, Guanajuato, B. Boehm de Lameiras y P. C. Weigand (coords.) *Origen y desarrollo de la civilización en el occidente de México*. Homenaje a Pedro Armillas y Ángel Palerm, El Colegio de Michoacán, México: 251-293.

RATTRAY, EVELYN C.

- 1966 An Archaeological and Stylistic Study of Coyotlatelco Pottery, *Mesoamerican Notes* 7-8: 87-121.

- 1988 Nuevas interpretaciones en torno al Barrio de los Comerciantes, *Anales de Antropología* XXV, UNAM: 165-180.
- 1996 A Regional Perspective on the Epiclassic Period in Central Mexico, *Arqueología mesoamericana. Homenaje a William T. Sanders* I. Arqueología Mexicana-INAH, México: 213-231.
- ROCHA SEGURA, FERNANDO G.
- 1991 Estudio de áreas de actividad en tres conjuntos departamentales de Teotihuacan. Tesis de licenciatura, ENAH, México.
- SANDERS, DONALD
- 1990 Behavioral Conventions and Archaeology: Methods for the Analysis of Ancient Architecture, S. Kent (ed.) *Domestic Architecture and the Use of Space. An Interdisciplinary Cross-Cultural Study*. Cambridge University Press: 43-72.
- SANDERS, WILLIAM T.
- 1989 The Epiclassic as a Stage in Mesoamerican Prehistory: An Evaluation, R. A. Diehl y C. Berlo (eds.) *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan AD 700-900*. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D.C.: 211-218.
- SANTLEY, ROBERT S. Y RONALD R. KNEEBONE
- 1993 Craft Specialization, Refuse Disposal, and the Creation of Spatial Archaeological Records in Prehispanic Mesoamerica, R. Santley y K. Hirth (eds.) *Prehispanic Domestic Units in Western Mesoamerica. Studies of the Household, Compound and Residence*. CRC Press, Florida: 37-63.
- SARMIENTO F., GRISELDA
- 1986 Las sociedades cacicales: propuesta teórica e indicadores arqueológicos. Tesis de licenciatura en arqueología, ENAH, México.
- SCHIFFER, MICHAEL B.
- 1978 *Behavioral Archaeology*. Academic Press, London.
- 1990 Contexto arqueológico y contexto sistémico, *Boletín de Antropología Americana* 22: 81-93.
- SCHÖNDUBE B., OTTO
- s/f Jalisco. Los horizontes Clásico y Posclásico. Informe mecanoescrito del archivo técnico de la Dirección de Arqueología, INAH, México.
- SERRA PUCHE, MARI CARMEN
- 1980 La unidad habitacional en Terremote-Tlaltenco, D.F. Un análisis de distribución espacial para definir áreas de actividad. Primera parte, *Anales de Antropología* XVII (1): 167-185.
- SMITH, MICHAEL E.
- 1993 Houses and the Settlement Hierarchy in Late Postclassic Morelos: A Comparison of Archaeology and Ethnohistory, R. Santley y K. Hirth (eds.) *Prehispanic Domestic*

Units in Western Mesoamerica. Studies of Household, Compound and Residence, CRC Press, Florida: 191-206.

STAHL, PETER W Y JAMES A. ZEIDDER

- 1988 The Spatial Correspondence of Selected Bone Properties and Inferred Activity Areas in an Early Formative Dwelling Structure (S 20) at Real Alto, Ecuador, N. J. Sanders y O. de Montmollin (eds.) *Recent Studies in Precolumbian Archaeology*. BAR International Series 421 (I), Oxford: 275-298.

STEVENSON, MARC G.

- 1991 Beyond the Formation of Hearth-Associated Artifact Assemblages, E. M. Kroll y T. Douglas Price (eds.) *The Interpretation of Archaeological Spatial Patterning* Plenum Press, New York: 269-299.

TOZZER, ALFRED

- 1921 Excavations of a Site at Santiago Ahuizotla, D.F., Mexico, *Bureau of American Ethnology Bulletin* 74, Washington D.C.: 13-55.

WIDMER, RANDOLPH Y REBECA STOREY

- 1993 Social Organization and Household Structure of a Teotihuacan Apartment Compound: S3W1:33 of the Tlajinga Barrio, R. Santley y K. Hirth (eds.) *Prehispanic Domestic Units in Western Mesoamerica. Studies of the Household, Compound and Residence*. CRC Press, Florida: 87-104.

WILK, RICHARD R.

- 1990 The Built Environment and Consumer Decisions, S. Kent (ed.) *Domestic Architecture and the Use of Space. An Interdisciplinary Cross-Cultural Study*. Cambridge University Press: 34-42.

WILK, RICHARD R. Y WENDY ASHMORE

- 1988 *Household and Community in the Mesoamerican Past*. University of New Mexico Press, Albuquerque.

WINTER, MARCUS C.

- 1976 The Archaeological Household Cluster in the Valley of Oaxaca, K. V. Flannery (ed.) *The Early Mesoamerican Village*. Academic Press, New York: 25-31.

MIGRANTES EPICLÁSICOS EN TEOTIHUACAN. PROPUESTA METODOLÓGICA PARA EL ANÁLISIS DE MIGRACIONES DEL CLÁSICO AL POSCLÁSICO

Linda Manzanilla*

INTRODUCCIÓN

El propósito de este capítulo es abordar las diversas estrategias para individuar migrantes en los periodos Clásico y Posclásico. Como Teotihuacan fue un centro urbano pujante, con una pléyade de artesanos que producían variados bienes para muchas regiones de Mesoamérica, diversos grupos étnicos aprovecharon esta situación para canalizar hacia él materias primas y productos terminados.

En Teotihuacan tenemos evidencias claras de tres sectores con moradores foráneos: el Barrio de los Comerciantes, con estructuras circulares de adobe, elementos de la costa del Golfo y tumbas con cerámica maya policroma que albergaban a migrantes continuos de Veracruz (Rattray 1988); el Barrio Oaxaqueño, con tumbas con nichos y urnas funerarias (Spence 1992; Rattray 1993); y un posible enclave michoacano, cercano al Barrio Oaxaqueño, con vasijas y figurillas michoacanas, además de enterramientos en tumbas similares a las de tiro (Gómez Chávez 1998).

Hay también indicios de presencia maya recientemente destacados por Karl Taube, particularmente en Tetitla (Taube 2003), que harían de este conjunto un lugar de residencia y entrenamiento para diplomáticos relacionados con los asuntos mayas.

Sin embargo, hemos podido constatar, por medio de la metodología que enunciaremos más adelante, que varios conjuntos habitacionales que eran residencias para los teotihuacanos comunes, contenían un porcentaje pequeño de migrantes de otros lados de Mesoamérica. Sin duda, el problema es cómo explicar la integración de estos viajeros si no es por una relación de afinidad y quizá parentesco de los teotihuacanos con gente de otras regiones.

Las redes de intercambio a larga distancia en Mesoamérica se conformaron por una compleja dinámica que, dependiendo del periodo en cuestión, determinó

* Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM

rutas y formas de intercambio, así como relaciones entre las entidades políticas del Formativo en adelante. Durante el horizonte Clásico, es notoria la estrategia teotihuacana de buscar zonas ricas en recursos en donde establecer posibles enclaves o asentamientos completos para asegurar el flujo de materias primas particularmente de tipo suntuario, además de albergar a extranjeros de otras regiones en el mismo ámbito urbano de la gran ciudad. Sin embargo, es probable que los teotihuacanos hayan enviado emisarios a las regiones en las que no se habían consolidado estados mesoamericanos para entrar en contacto con las poblaciones locales cercanas a yacimientos de cinabrio, malaquita y otras materias primas, o probablemente hayan traído a algunos miembros de dichas comunidades como artesanos especializados o mercenarios; o bien hayan aprovechado a intermediarios para el aprovisionamiento de materias primas suntuarias.

Braniff (2000: 164) ha señalado que durante el horizonte Clásico existía una región cultural que comprendía Zacatecas, Durango, el sur de Querétaro y Guanajuato, con fuertes relaciones con el occidente de Mesoamérica. Es probable, entonces, que a través de los contactos que el Estado teotihuacano tenía con Michoacán, los grupos del Bajío e incluso de Zacatecas pudiesen entrar en las esferas de interacción, e incluso conocer directamente la ciudad de Teotihuacan.

El uso de la malaquita como pigmento verde en la pintura mural comienza desde lo que Magaloni Kerpel (1998: 235) denomina como fase técnica I, en los primeros siglos de la era cristiana, y se emplea hasta el final de la historia teotihuacana. Aunque no lo sabemos con precisión, es probable que este mineral se obtuviera de minas en Zacatecas. Una primera pregunta sería entonces: ¿cómo aseguraron su abasto?

En relación con el cinabrio, Gazzola (2000) establece que su uso fue predominantemente en el ámbito funerario, ritual y de adorno personal de grupos de elite teotihuacanos tanto locales como foráneos de épocas Tlamimilolpa y Xolalpan. Gazzola (2000) también establece que son múltiples los yacimientos de cinabrio en México, particularmente en el Eje Neovolcánico, así como en algunas regiones del norte y suroeste. Aunque comúnmente se menciona que los teotihuacanos probablemente explotaron las minas de la Sierra Gorda de Querétaro, no hay evidencias concluyentes al respecto.

Podríamos mencionar la posibilidad de que el sitio Cerrito de la Campana (Folan *et al.* 1982), en la zona de Temazcalcingo, Estado de México, fuera uno de los sitios de aprovisionamiento de cinabrio. El sitio cuenta con cruces punteadas, como Teotihuacan y Altavista, cerámica de estilo teotihuacano, navajillas prismáticas de obsidiana verde, y arquitectura de basalto, tezontle y tepetate, como Teotihuacan. Cerca yace San José Ixtapa (Barba 1990), un sitio de procesamiento de cinabrio.

Por otro lado, Gazzola sugiere que los zapotecos podrían haber llevado consigo no sólo mica de Monte Albán, sino cinabrio. Hay que recordar que también proveían de moluscos marinos del Pacífico, y probablemente de la tecnología de elaboración del estuco para enlucir paredes y pisos (Barba 1995).

No descartamos, sin embargo, que algo del cinabrio usado en Teotihuacan pudiese provenir de la Sierra Gorda de Querétaro, como lo han sugerido varios

autores. Incluso los vínculos con Michoacán pudieron haber propiciado la importación de cinabrio de dichas fuentes (Gómez Chávez y Gazzola 2001).

Antes de la caída de Teotihuacan, se puede entrever la presencia de grupos que posteriormente estuvieron vinculados con la cerámica Coyotlatelco en la periferia de la ciudad. A menudo se observa cerámica rojo sobre bayo coexistiendo con la cerámica Xolalpan tardía en la última ocupación de la ciudad, sobre los pisos del abandono. Sin embargo, podemos adelantar que dichas personas que quizá fueron migrantes ocasionales (como artesanos itinerantes) en el horizonte Clásico, confluyeron a Teotihuacan en el Epiclásico como unidades familiares mayores. En el sitio La Mesa, en Tula, Hidalgo, Bonfil (1998: 95) ha evidenciado unidades sociales de diferentes procedencias geográficas y culturales, integradas en un mismo asentamiento como resultado de los procesos migratorios. Este diverso origen de las unidades sociales es una de las hipótesis que parecen sugerir nuestros estudios.

El Epiclásico es un periodo de cambios demográficos, de transformaciones en los estilos de vida, en las estrategias de aprovechamiento de recursos, en el patrón de asentamiento, en la conformación de esferas socio-políticas con el surgimiento de nuevos centros multiétnicos de poder, de movimientos poblacionales, de inestabilidad social, de reestructuración de las redes de intercambio, y de énfasis en el culto a la Serpiente Emplumada (López Austin y López Luján 1999: 16-17; Solar Valverde 2002). En el escenario del Altiplano Central, el Epiclásico ha sido objeto de controversias respecto a la continuidad o discontinuidad entre el Clásico y el Epiclásico, o a la gestación local del proceso de cambio *versus* la llegada de nuevos contingentes demográficos del centro-norte de México (véase Rattray 1996).

López y yo (Manzanilla y López 1998; Manzanilla, López y Nicolás, en prensa) consideramos que existe una esfera cerámica epiclásica en el Altiplano Central, en la cual podemos insertar un complejo cerámico Coyotlatelco, además de otras vajillas, particularmente la que tiene decoración negativa y la sellada, que se articulan o no en determinados sitios. Hasta ahora, la investigación sobre la cerámica Coyotlatelco (*i.e.* Rattray 1966; Cobean 1990; Sanders 1986; García Chávez 1995) nos ha dado una variedad de tipos cerámicos que algunos autores convienen en señalar como nuevos en la cuenca de México. Probablemente estos tipos tienen precedente en las fases Xolalpan tardía y Metepec de Teotihuacan, en donde hemos encontrado platonos rojo-sobre-bayo en nuestros conjuntos residenciales, que preludian una nueva tradición cerámica.

García Chávez (1995: 153) ha propuesto que la variabilidad morfológica y decorativa de la cerámica Coyotlatelco en la cuenca de México podría sugerir tres entidades políticas. Como veremos más adelante, nuestra posición es que existen formas epiclásicas generales compartidas por todos los sitios, y variantes estilísticas decorativas locales para cada sitio.

Sin embargo, hay escaso progreso en resolver la cuestión sobre el origen local o foráneo de lo Coyotlatelco y las demás vajillas epiclásicas, si sólo nos quedamos en el análisis cerámico.

Asimismo podemos decir que durante la fase Mazapa del valle de Teotihuacan, continuaron los movimientos de grupos familiares, y en muchos casos la cerámica Mazapa iba acompañada con cerámica blanco levantado (Manzanilla, López y Freter 1996; Manzanilla, López y Nicolás, en prensa), que en sitios clásicos del Bajío constituye el 88% de la alfarería (Cárdenas García 1999: 80). Braniff Cornejo (1999: 115) ya había señalado que la cerámica blanco levantado está presente desde el Formativo del Bajío, y Crespo (1996: 82-88) la reporta para los valles de Querétaro, como posibles réplicas en cerámica de recipientes de fibra y lazos que tejían los grupos norteños para transportar líquidos; así es probable que una porción de los migrantes Mazapa que trajeron esta cerámica a Teotihuacan haya provenido o pasado por esta región.

Asimismo, es sugerente el parecido de algunos materiales epiclásicos de los túneles de Teotihuacan (Manzanilla, López y Freter 1996) con las escudillas y tazas blanco sobre rojo pulido y blanco-sobre-rojo y negativo que Manzanilla López (1996) encontró en Loma de Santa María, en Morelia, Michoacán.

METODOLOGÍA PARA EL ESTUDIO DEL EPICLÁSICO

La siguiente estrategia que proponemos para analizar las migraciones del Clásico al Posclásico toma en cuenta el análisis de diversos indicadores en los migrantes mismos (su genética, su dieta, etcétera) y en los objetos que trajeron consigo.

1) En primer lugar, la arqueología del siglo XXI cuenta con recursos metodológicos y técnicos para determinar rasgos genéticos de poblaciones particulares. Los estudios de ADN fósil que Rocío Vargas y otros investigadores han llevado a cabo en restos óseos antiguos prometen el esclarecimiento de cuestiones como ésta. En particular, desde hace algunos años intentamos hacer un estudio genético de ADN nuclear de restos óseos teotihuacanos provenientes de los sectores habitacionales de la gran ciudad, particularmente Oztoyahualco, La Ventilla y Teopancazco; restos óseos Coyotlatelco y Mazapa procedentes de nuestras excavaciones en los túneles, al este de la Pirámide del Sol, así como la comparación con el estudio demográfico que Blanca Paredes ha llevado a cabo en Tula, Hidalgo (Vargas, Manzanilla, Paredes y Salazar 1998). Se compararon cinco genes: LDLR, GYPA, HBGG, D7S8 y GC. De estos estudios se desprendió la posibilidad de una impronta genética más o menos clara de la población teotihuacana local, que podría traducirse en la fórmula: AA-AB-BB-AA-AC. Esta fórmula se encontró predominantemente en Oztoyahualco (sector noroeste de Teotihuacan) y Teopancazco (sector sureste), pero también en el Templo de Quetzalcóatl. La población de La Ventilla muestra algunas variantes respecto a esta fórmula.

La población del Barrio de los Comerciantes de Teotihuacan, con migrantes de la costa del Golfo, tuvo otra fórmula: BB-AB-AA-AB-BB con variantes. La población Coyotlatelco del túnel de El Pirul en Teotihuacan mostró más bien la fórmula: AA-AB-BB-BB-BB o BC o CC, es decir, una fórmula diversa a las anteriores poblaciones

típicamente teotihuacanas del Clásico. Asimismo, la población Mazapa del túnel de Las Varillas de Teotihuacan muestra la fórmula AA-AB-AB-AB-BC, que se asemeja algo a la Coyotlatelco, pero también tiene diferencias (Vargas, comunicación verbal, 2001).

Las frecuencias genéticas de un mismo grupo cultural epiclásico en Tula y Teotihuacan fueron diferentes; mostraron quizá que los grupos procedían de diversas regiones y con la llegada de los Mazapa, el patrón genético también se modificó.

Esta propuesta tentativa deberá ser ratificada o rectificada con estudios de ADN mitocondrial.

2) En segundo lugar está el estudio de los isótopos de estroncio 86 y 87 para determinar migración. Siguiendo la metodología planteada por Douglas Price (Price, Grupe y Schroter 1994; Price, Johnson, Ezzo, Burton y Ericson 1994), de los entierros epiclásicos que excavamos al este de la Pirámide del Sol hemos tomado muestras del primer molar y de la cresta ilíaca o de la epífisis del fémur para hacer estudios isotópicos (Price, Manzanilla y Middleton 2000).

Cuando las cifras isotópicas de estroncio procedentes del molar coinciden con las del hueso, podemos plantear una residencia de largo tiempo en un mismo lugar; la diferencia entre las dos cifras, es signo de migración reciente.

Del horizonte Clásico y de la ciudad de Teotihuacan analizamos cinco entierros del Barrio de los Comerciantes (proporcionados gentilmente por la Dra. Evelyn C. Rattray, de los cuales sólo tres aportaron las dos medidas: molar y hueso); seis del conjunto habitacional teotihuacano periférico de Oztoyahualco 15B:N6W3 perteneciente a la fase Xolalpan del Clásico (entierros 8, 10, 11a, 11b, 13 y 14; entre los cuales sólo del 13 y 14 contamos con las dos medidas: molar y hueso; Manzanilla 1993); 10 entierros del Barrio Oaxaqueño (proporcionados por el doctor Michael Spence). Además tuvimos acceso a 5 entierros del sitio de Monte Albán en Oaxaca, del doctor Marcus Winter, y algunos entierros coyotlatelco de Chapantongo, Hidalgo, proporcionados por la doctora Patricia Fournier, de los cuales tenemos resultados parciales de dos. En relación con la época Mazapa del valle de Teotihuacan, contamos con cuatro entierros (2, 3, 5, 7) con las dos medidas, y otros cinco más con sólo una medida (4.1, 8, 9 y 10), procedentes del túnel de las Varillas, inmediatamente al este de la Pirámide del Sol (Manzanilla *et al.* 1996). Asimismo, tenemos datos de los entierros 18, 20, 21, 22, 23, 24, 25 y 27 del túnel del Pirul, también al este de la Pirámide del Sol, algunos Coyotlatelco, otros transicionales a la época Mazapa y el entierro 22 de época Mazapa (Manzanilla *et al.* 1996).

De estos datos (véase figura 1) podemos concluir que la mayoría de los entierros del conjunto habitacional Clásico de Oztoyahualco 15B:N6W3 (Manzanilla 1993), son de residentes de largo tiempo en Teotihuacan, mientras que el entierro 13 parece ser de un migrante. Se trató de un entierro adulto, sedente, acompañado con profusas ofrendas de cuencos, miniaturas, platos, cajetes anaranjado delgado con

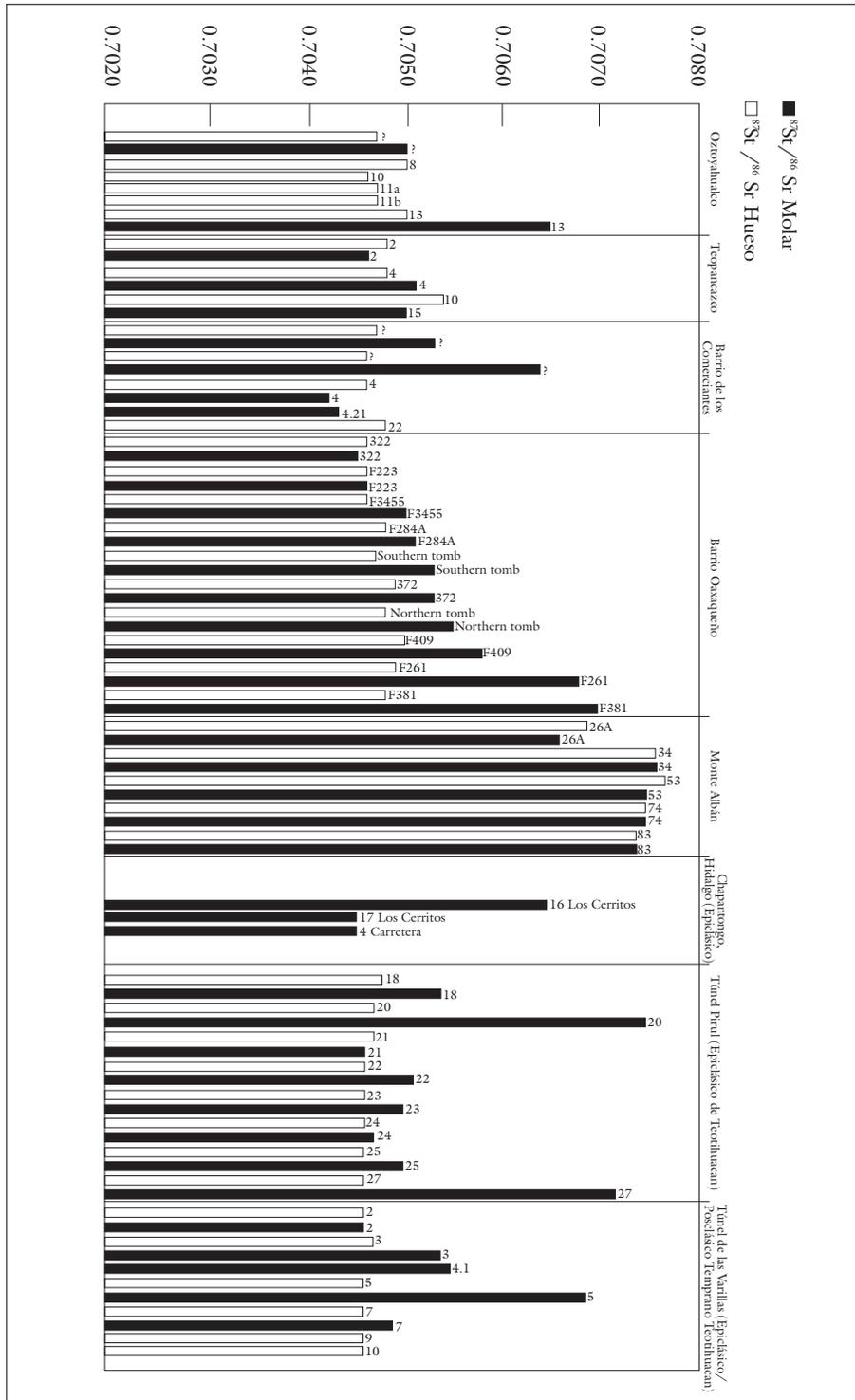


Figura 1. Gráfica de estudios de migración en Teotihuacan en comparación con Monte Albán, Oax. y Chapantongo, Hgo.

soporte anular, una figurilla, un bifacial, un fragmento de incensario, una navajilla, una cuenta de jadeíta, un molar tallado de mamífero, huesos de ave y un cotiledón de tejocote, además de una manopla de jugador de pelota, hecha en arenisca, con forma de calavera y con hematita en un extremo. Esta última pieza nos hizo suponer una relación con la costa del Golfo (Manzanilla 1993; Manzanilla, Millones y Civera 1999). Sus lecturas isotópicas se asemejan a las del Barrio de los Comerciantes.

Los individuos del Barrio de los Comerciantes de Teotihuacan son migrantes continuos, probablemente de dos puntos de la costa del Golfo. Algunos individuos del Barrio Oaxaqueño (quizás los más antiguos) son migrantes de Monte Albán, mientras otros ya nacieron en el valle de Teotihuacan y son residentes locales.

Algunos individuos Coyotlatelco del túnel del Pirul (como los del Entierro 20 y el 27) al este de la Pirámide del Sol, son migrantes, mientras otros son locales; esto evidencia que ya había una generación residente en Teotihuacan y, por lo tanto, con dieta totalmente local.

Los individuos Mazapa del túnel de las Varillas, también al este de la Pirámide del Sol, muestran variación ya que el entierro 2 (un adulto femenino) es local, mientras que los entierros 3 (infante de unos 2 años) y 5 (individuo adulto, masculino, mayor de 50 años perteneciente a tiempos Mazapa) son migrantes, especialmente el entierro 5 (Price *et al.* 2000: 910).

3) En tercer lugar están algunos experimentos de paleodieta con trazas de bario, estroncio y calcio. A este respecto podemos sugerir la hipótesis de que la dieta de los grupos epiclásicos y Mazapa del valle de Teotihuacan contrasta claramente con la dieta de grupos Xolalpan teotihuacanos, como los de Ozttoyahualco 15B:N6W3 (Manzanilla *et al.* 2000), hecho que podría tener dos interpretaciones: o el sistema de abasto epiclásico implicaba una estrategia de subsistencia diversa, donde predominaban los elementos florísticos sobre los faunísticos, o bien el ambiente cambió y ofrecía recursos distintos a los grupos del valle de Teotihuacan. Esta propuesta está siendo contrastada recientemente con mediciones de zinc, por lo que las propuestas anteriores podrían variar (Valadez, comunicación personal, 2004).

4) En cuarto lugar están los estudios de patrón de asentamiento que podrían iluminar sobre transformaciones en la manera de aprovechar recursos y de relacionarse regionalmente. A este respecto, es notorio el saqueo que los grupos Coyotlatelco hicieron de la ciudad de Teotihuacan, ya que hemos hallado evidencias concretas de que las estructuras principales del sitio muestran patrones de saqueo con material coyotlatelco (véase, por ejemplo, el sitio de Xalla, cuyas estructuras principales fueron partidas en dos por calas de saqueo de los Coyotlatelco, quienes después las rellenaron e incluso enterraron a algunos muertos en ellas) (Manzanilla y López Luján, 2001; Manzanilla 2003).

En el valle de Tula, Mastache y Cobean (1990) señalan que los grupos Coyotlatelco se asientan en un primer momento, en las cimas de los cerros, como Magoni, El Águila y La Mesa, y portan complejos cerámicos relacionados con la periferia

norte de Mesoamérica y con el Bajío. Posteriormente se asientan en sitios como Tula Chico y las planicies. En La Mesa, Bonfil (1998: 93-97) pudo determinar la presencia de estructuras de planta circular, hechas de lajas de basalto o caliza, con entierros múltiples a menudo desmembrados o mutilados; evidencias de explotación del maguey; un instrumental lítico sobre basalto o riolita; el reuso de instrumentos y desechos de obsidiana de ocupaciones previas y un complejo cerámico semejante al de Guanajuato.

Para el valle de Teotihuacan podemos agregar la repetida reocupación de estructuras teotihuacanas, incluida la Plataforma de la Pirámide del Sol, por grupos epiclásicos, con la construcción de muretes divisorios en unidades arquitectónicas pequeñas; el saqueo de montículos piramidales y altares (Manzanilla 2003); la existencia de talleres de producción de puntas tipo Marcos por ejemplo en Hacienda Metepec. Gamboa Cabezas (1998: 268) plantea la existencia de cinco núcleos principales de ocupación Coyotlatelco encima de la ciudad de Teotihuacan: uno inmediatamente al este de la Pirámide del Sol; otro inmediatamente al oeste del Gran Conjunto; uno en Oztoyahualco y los túneles del noroeste; y dos aún más al oeste, sobre San Juan Teotihuacan, Purificación y Maquixco.

5) En quinto lugar estaría el análisis de las variaciones en las esferas tecnológicas. Así por ejemplo vemos que en un estudio de componentes de la cerámica epiclásica del valle de Teotihuacan por las técnicas PIXE y RBS (Ontalba *et al.* 2000), pudimos observar que en general los alfareros que hicieron la cerámica Coyotlatelco (Epiclásico) y Mazapa (Epiclásico/Posclásico temprano) de Teotihuacan utilizaron fuentes muy parecidas entre las que predominaban albita, hornblenda y cuarzo, mientras que los teotihuacanos del periodo Xolalpan (Clásico) y los aztecas del Posclásico tardío utilizaron otras fuentes con albita, cuarzo y cristobalita. En este estudio, algunos ejemplares de cerámica blanco levantado de los túneles de Teotihuacan se separan claramente como foráneos, mientras otros ejemplares que yacen en el grupo principal de cerámicas epiclásicas, son los únicos con cuprita. Así, el blanco levantado que acompaña la cerámica Mazapa líneas ondulantes es foráneo, y probablemente provenga del Bajío. Asimismo, tenemos un tipo foráneo naranja fino, que se separa de los demás, pues tiene halloisita. Existe otro con decoración al negativo que se asimila levemente a la cerámica de la región del Bajío, que tiene cuarzo, albita, anortita y biotita.

CONCLUSIONES

Jiménez Betts (1995: 58) propone un modelo en el que la interacción entre los grupos teotihuacanos, michoacanos y zacatecanos durante el Clásico pudo haber constituido un complejo de relaciones de diversa índole y que, cuando cayó Teotihuacan, la población migró no sólo hacia el valle de Toluca, el valle de Puebla-Tlaxcala, la costa del Golfo, el Istmo de Tehuantepec y finalmente Centroamérica, sino también hacia la frontera norte de Mesoamérica, en una fase de “difusión

dura” en el siglo VII. Posteriormente, el reflujo de la población septentrional hacia el área de Tula marcaría el retorno de generaciones posteriores de grupos nahuas.

Podemos proponer que nuestros migrantes Coyotlatelco probablemente provenían del Bajío o de un poco más al norte, y que gracias a las esferas de interacción de Teotihuacan con Michoacán, conocieron la ciudad y sus ventajas. Vinieron probablemente antes del colapso, quizás como alfareros especializados o incluso como mercenarios (sugerencia, esta última, de Jorge Angulo). Cuando la ciudad cayó, vinieron más grupos familiares y se quedaron a saquear la ciudad. Eran grupos de diversas procedencias, hecho que se refleja en su genética.

Dentro de una ciudad tan estructurada en torno al ritual y a las relaciones económicas controladas por los linajes principales, la llegada de grupos estructurados sobre otras bases seguramente provocó tensiones.

Las migraciones continuaron en épocas Mazapa, pero ya había una relación con los grupos locales de la escasa población teotihuacana que siguió viviendo en el sitio. Estos grupos Mazapa traían cerámica del Bajío, como el blanco levantado, y probablemente preludiaban nuevas esferas de interacción que el Estado tolteca propició hacia los cuatro rumbos, como lo describió Kirchhoff (1985).

BIBLIOGRAFÍA

BARBA PINGARRÓN, LUIS ALBERTO

- 1990 *Radiografía de un sitio arqueológico*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.
- 1995 El impacto humano en la paleogeografía de Teotihuacan. Tesis de doctorado en antropología, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México.

BONFIL OLVERA, ALICIA

- 1998 Áreas de actividad en La Mesa, Hidalgo. Ejemplo de una sociedad del Epiclásico en la región de Tula. Tesis de licenciatura en arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

BRANIFF CORNEJO, BEATRIZ

- 1999 *Morales, Guanajuato, y la tradición tolteca*. Colección Científica 395, INAH, México.
- 2000 La frontera septentrional de Mesoamérica, L. Manzanilla y L. López Luján (eds.) *Historia antigua de México* I. INAH-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, México: 159-190.

CÁRDENAS GARCÍA, EFRAÍN

- 1999 *El Bajío en el Clásico*. El Colegio de Michoacán, Zamora.

COBEAN, ROBERT H.

- 1990 *La cerámica de Tula, Hidalgo*. Colección científica 215, Serie Arqueología, Estudios sobre Tula 2, INAH, México.

CRESPO, ANA MARÍA

- 1996 La tradición cerámica del blanco levantado, A. M. Crespo y C. Viramontes (coords.) *Tiempo y territorio en arqueología. El centro-norte de México*. Colección Científica 323, INAH, México: 77-91.

FOLAN, WILLIAM J., LYNDA M. FLOREY FOLAN Y ANTONIO RUIZ PÉREZ

- 1982 Cerrito de la Campana, *Mexicon* IV (2): 25-29.

GAMBOA CABEZAS, LUIS MANUEL

- 1998 La distribución de la cerámica de fase Coyotlatelco en el valle de Teotihuacan. Tesis de licenciatura en arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

GARCÍA CHÁVEZ, RAÚL ERNESTO

- 1995 Variabilidad cerámica en la cuenca de México durante el Epiclásico. Tesis de maestría en arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

GAZZOLA, JULIE

- 2000 Investigaciones e interpretación sobre el uso del cinabrio en Teotihuacan. Ponencia para la Segunda Mesa Redonda de Teotihuacan, Centro de Estudios Teotihuacanos, 11 de noviembre del 2000.

GÓMEZ CHÁVEZ, SERGIO

- 1998 Nuevos datos sobre la relación de Teotihuacan y el occidente de México, R. Brambila Paz (ed.) *Antropología e Historia del Occidente de México III, XXIV Mesa Redonda*. Sociedad Mexicana de Antropología, UNAM, México: 1461-1493.

GÓMEZ CHÁVEZ, SERGIO Y JULIE GAZZOLA

- 2001 Interacción cultural entre Teotihuacan y el occidente de México, ponencia presentada en el Taller de Arqueología: Dinámicas culturales entre el occidente, el centro-norte y la cuenca de México, del Preclásico al Epiclásico: trabajos recientes. CEMCA, México, 29-30 de marzo del 2001.

JIMÉNEZ BETTS, PETER

- 1992 Una red de interacción del noroeste de Mesoamérica: una interpretación, B. Boehm de Lameiras y P. C. Weigand (coords.) *Origen y desarrollo en el occidente de México*, Homenaje a Pedro Armillas y Ángel Palerm. El Colegio de Michoacán, Zamora: 177-204.
- 1995 Algunas observaciones sobre la dinámica cultural de la arqueología de Zacatecas, B. Dahlgren y M. D. Soto de Arechavaleta (eds.) *Arqueología del norte y del occidente de México. Homenaje al Doctor J. Charles Kelley*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México: 35-66.

KIRCHHOFF, PAUL

- 1985 El imperio tolteca y su caída, J. Monjarás-Ruiz, R. Brambila y E. Pérez Rocha (coords.) *Mesoamérica y el centro de México*. Biblioteca del INAH, México: 249-272.

- LÓPEZ AUSTIN, ALFREDO Y LEONARDO LÓPEZ LUJÁN
 1999 ***Mito y realidad de Zuyuá. Serpiente Emplumada y las transformaciones mesoamericanas del Clásico al Posclásico.*** El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica, México.
- MAGALONI KERPEL, DIANA
 1998 Metodología para la seriación de la pintura mural teotihuacana: técnica y lenguaje visual, R. Brambila y R. Cabrera (coords.) ***Los ritmos de cambio en Teotihuacan: reflexiones y discusiones de su cronología.*** Colección científica 366, INAH, México: 223-241.
- MANZANILLA, LINDA (ED.)
 1993 ***Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyahualco.*** Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.
- MANZANILLA, LINDA
 2003 El proceso de abandono de Teotihuacan y su reocupación por grupos epiclásicos, ***Trace***, 43, junio, CEMCA: 70-76.
- MANZANILLA, LINDA Y LUIS BARBA
 1994 ***La arqueología: Una visión científica del pasado del hombre.*** La ciencia para todos, Fondo de Cultura Económica, SEP, CONACYT, México.
- MANZANILLA, LINDA, CLAUDIA LÓPEZ Y ANN CORINNE FRETER
 1996 Dating Results from Excavations in Quarry Tunnels behind the Pyramid of the Sun at Teotihuacan, ***Ancient Mesoamerica*** 7. Fall, Cambridge University Press: 245-266.
- MANZANILLA, LINDA Y CLAUDIA LÓPEZ
 1998 Ocupación coyotlatelco de túneles al este de la Pirámide del Sol en Teotihuacan, ***Antropología e Historia del Occidente de México*** III, XXIV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología. SMA, UNAM, México: 1611-1627.
- MANZANILLA, LINDA, MARIO MILLONES Y MAGALI CIVERA
 1999 Los entierros de Oztoyahualco 15B:N6W3, Linda Manzanilla y Carlos Serrano (eds.) ***Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan.*** Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México: 247-283.
- MANZANILLA, LINDA Y ROCÍO ARRELLÍN
 1999 Los entierros de los túneles al este de la Pirámide del Sol: Proyecto UNAM 1987-1996, Linda Manzanilla y Carlos Serrano (eds.) ***Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan.*** Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México: 427-458.
- MANZANILLA, L., S. TEJEDA Y J. C. MARTÍNEZ
 2000 Implicaciones del análisis de calcio, estroncio y zinc en el conocimiento de la dieta y la migración en Teotihuacan, México, ***Anales de Antropología*** 32, UNAM: 13-28.

- MANZANILLA, LINDA Y LEONARDO LÓPEZ LUJÁN
 2001 Exploraciones en un posible palacio de Teotihuacan: el Proyecto Xalla (2000-2001), *Mexicon* XIII, 3. Junio: 58-61.
- MANZANILLA, LINDA, CLAUDIA LÓPEZ Y CLAUDIA NICOLÁS
 en prensa La cerámica de la cuenca de México durante el Epiclásico/Transición al Posclásico temprano (650-900 dC), Leonor Merino Carrión y Ángel García Cook (coords.) *La producción alfarera en el México antiguo*. INAH, México.
- MANZANILLA LÓPEZ, RUBÉN
 1996 La cerámica arqueológica de Loma de Santa María I, Morelia, Ana María Crespo y Carlos Viramontes (coords.) *Tiempo y territorio en arqueología. El centro-norte de México*. Colección científica 323, INAH, México: 179-190.
- MASTACHE, ALBA GUADALUPE Y ROBERT H. COBEAN
 1990 La cultura Coyotlatelco en el área de Tula, A. G. Mastache *et al.*, *Industrias líticas coyotlatelco en el área de Tula*. INAH, México: 9-22.
- ONTALBA SALAMANCA, M. A., J.L. RUVALCABA-SIL, L. BUCIO, L. MANZANILLA Y J. MIRANDA
 2000 Ion beam análisis of pottery from Teotihuacan, México, *Nuclear Instruments and Methods in Physics Research B* 161-163. Elsevier Science: 762-768.
- PAREDES GUDIÑO, BLANCA LUZ
 1990 *Unidades habitacionales en Tula, Hidalgo*. Colección científica 210, Serie Arqueología, INAH, México.
- PRICE, T. D., G. GRUPE Y P. SCHRÖRTER
 1994 Reconstruction of migration patterns in the Bell Beaker period by stable strontium isotope analysis, *Applied Geochemistry* 9: 413-417.
- PRICE, T.D., C. M. JOHNSON, J. A. EZZO, J. H. BURTON Y J. A. ERICSON
 1994 Residential mobility in the Prehistoric Southwest United States. A preliminary study using strontium isotope analysis, *Journal of Archaeological Science* 24: 315-330.
- PRICE, T. DOUGLAS, LINDA MANZANILLA Y WILLIAM D. MIDDLETON
 2000 Immigration and the Ancient City of Teotihuacan in Mexico: a Study Using Strontium Isotope Ratios in Human Bone and Teeth, *Journal of Archaeological Science* 27. Academic Press: 903-913.
- RATTRAY, EVELYN C.
 1966 An Archeological and Stylistic Study of Coyotlatelco Pottery, *Mesoamerican Notes* 7-8. Department of Anthropology, University of the Americas, México D.F.
 1988 Nuevas interpretaciones en torno al Barrio de los Comerciantes, *Anales de Antropología* 25: 165-182.
 1993 *The Oaxaca Barrio at Teotihuacan*. Monografías Mesoamericanas 1, Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de las Américas-Puebla, Cholula.

- 1996 A Regional Perspective on the Epiclassic Period in Central Mexico, A. G. Mastache, J. R. Parsons, R. S. Santley y M. C. Serra Puche (coords.) *Arqueología Mesoamericana. Homenaje a William T. Sanders I*, INAH, Arqueología Mexicana, México: 213-231.
- SANDERS, WILLIAM T. (ED.)
 1986 *The Toltec Period Occupation of the Valley. Part I. Excavations and Ceramics*. The Teotihuacan Valley Project Final Report 4, Occasional Papers in Anthropology 13, Department of Anthropology, The Pennsylvania State University, University Park.
- SOLAR VALVERDE, LAURA
 2002 Interacción interregional en Mesoamérica. Una aproximación a la dinámica del Epiclásico. Tesis de licenciatura en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- SPENCE, MICHAEL W.
 1992 Tlailotlacan, a Zapotec Enclave in Teotihuacan, Janet Berlo (ed.) *Art, Ideology, and the City of Teotihuacan*. Dumbarton Oaks, Washington D.C.: 59-88.
- TAUBE, KARL
 2003 Tetitla and the Maya Presence at Teotihuacan, Geoffrey E. Braswell (ed.) *The Maya and Teotihuacan. Reinterpreting Early Classic Interaction*. University of Texas Press, Austin.
- VARGAS, R., L. MANZANILLA, B. PAREDES Y Z. SALAZAR
 1998 Genetic Assessment of Epiclassic and Early Postclassic Populations in the Valley of Teotihuacan. Ponencia para el symposio The Epiclassic, 63rd Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Seattle, 27 de marzo, 1998.

LA CERÁMICA DE TRADICIÓN NORTEÑA EN EL VALLE DE TEOTIHUACAN DURANTE EL EPICLÁSICO Y EL POSCLÁSICO TEMPRANO

Claudia M. López P.*
Claudia Nicolás Careta**

INTRODUCCIÓN

Los movimientos poblacionales han estado presentes a lo largo de la historia del hombre; éstos se originaron en la búsqueda constante de sitios nuevos que poblar o lugares míticos. Muchos de estos movimientos están relacionados con el surgimiento o caída de ciudades prehispánicas de importancia, como es el caso de Teotihuacan y Tula.

El legado y la herencia que estos grupos traían consigo incidió de manera determinante en el desarrollo del lugar donde llegaron a establecerse, al aportar nuevos elementos como: estilos arquitectónicos, cerámicos y líticos, así como modos de vida.

Como urbe controladora de tal importancia que sus influencias llegaron hasta sitios tan remotos como Kaminaljuyú, Guatemala, Teotihuacan fue un lugar en el cual siempre estuvieron presentes grupos de diferentes regiones de Mesoamérica, como Oaxaca, Michoacán y el área maya. Este gran centro controlador de numerosos productos y regiones, se caracterizó por ser un área con constante movimiento; lo imponente de su traza urbana y lo monumental de sus edificios, además del manejo de sus recursos, era motivo suficiente para la llegada constante de gente, la cual lo consideraba un sitio sagrado. En consecuencia se convirtió en el centro más importante de Mesoamérica en su tiempo. Su caída originó desequilibrio no sólo en el Altiplano Central, sino en lugares del norte y centro del México prehispánico.

Varias son las hipótesis que se manejan sobre los factores que influyeron en dicha caída, las cuales resume Manzanilla (2001: 226-227) en:

1. Incursiones de grupos bárbaros

* Zona Arqueológica de Teotihuacán.

** Posgrado UNAM.

2. Causas agrícolas y deforestación
3. Grupos de agricultores marginales
4. Cierre de la red de abastecimiento
5. Sequía prolongada.

Esto provocó un abandono parcial de la ciudad, ya que fueron pocos los que permanecieron en la gran urbe, y otros más llegaron a su caída.

ASPECTOS GENERALES EN EL BAJÍO DURANTE EL CLÁSICO-EPICLÁSICO

El Bajío tuvo una compleja organización política y económica; ha servido como puente de intercambio cultural entre vastas regiones del norte y la cuenca de México, especialmente con Teotihuacan, ya que en algunos sitios a lo largo del río Lerma se ha encontrado material que confirma algún tipo de relación con la gran ciudad (West 1964, en Braniff, 1999: 248); además en esta región se creó la tradición cerámica Chupícuaro.

El Bajío alcanzó su máximo desarrollo durante el Clásico; prueba de esto es el número de sitios que comprenden terrazas, plataformas, plazas, calzadas y construcciones dominantes que contienen un típico patio hundido, con una pirámide principal en su costado oriental, y en los otros lados, plataformas con edificios para posibles residencias de los mandatarios (Braniff 1999: 248).

Con base principalmente en material proveniente de varios sitios de Guanajuato, Braniff (1999) elaboró la siguiente serie de fases para esta área: la fase Morales, que abarca principalmente el Formativo; la fase San Miguel, que incluye el Formativo terminal y el Clásico temprano; y la fase Tierra Blanca, que comprende del Clásico tardío al Posclásico temprano.

FASE SAN MIGUEL

Ésta se correlaciona con las primeras fases de Teotihuacan a partir de 100 aC hasta 300 dC (Braniff 1999: 126); está representada principalmente por el tipo San Miguel blanco levantado, el cual se encuentra en Guanajuato desde el Formativo tardío en ollas y cántaros. Este tipo se localiza posteriormente en Tula dentro de la fase Tollan (Cobean 1990: 449).

Otro tipo es el San Miguel rojo sobre bayo, el cual aparece a partir del Clásico tardío y asociado generalmente con el blanco levantado; las formas que presenta son escudillas de base anular y platos extendidos. Se caracteriza por la decoración rojo sobre café que consiste en líneas paralelas, líneas gruesas y delgadas, líneas que aparecen en zig zag (Braniff 1999: 47).

El tipo San Miguel gris esgrafiado aparece un poco más tardío, pero se le asocia con la tradición blanco levantado y San Miguel rojo sobre bayo; las formas presentes son escudillas y ollitas trípodes. Se caracteriza por la decoración incisa, en forma de paneles anchos alrededor de la escudilla, acanaladuras en forma de

“V” o de “U”; líneas rectas paralelas, verticales, horizontales, diagonales; franjas escalonadas, triángulos, ganchos, espirales, semicírculos. Existe una similitud entre los diseños de San Miguel gris esgrafiado y el tipo Clara Luz *black incised* que reporta Cobean (1990) para Tula (Braniff 2000: 58).

Otro tipo importante es el San Miguel negativo, el cual tiene formas como las ollas y cazuelas; la decoración se presenta en el exterior e interior y los diseños son líneas paralelas, volutas y ganchos que recuerdan a los diseños de San Miguel rojo sobre Bayo (Braniff 1999: 66).

Los demás tipos que incluye esta fase son: San Miguel Nopalera rojo y Nopalera rojo levantado, San Miguel Nopalera esgrafiado, San Miguel Delia rojo sobre bayo y San Miguel orlado.

FASE TIERRA BLANCA

Esta fase se correlaciona con la última etapa de Teotihuacan, lo que sería el Epiclásico para la cuenca de México y el inicio del Posclásico temprano; abarca una temporalidad aproximada de 300 hasta 900/950 dC.

Los tipos que representan esta fase son: el blanco levantado con las mismas características que la fase anterior; la única variación es la forma del borde, especialmente en aquellos que llevan una aplicación o cordel externo (Braniff 1999: 101). Otro tipo es el rojo sobre bayo, cuyos diseños son también similares, lo único que cambia es la disposición, además de que se agregan diseños como ganchos, gruesas rayas o manchones (Braniff 1999: 101). No aparecieron escudillas de base anular; se encontraron solamente platos.

El gris esgrafiado continúa con la mayoría de los diseños, aparecen otras variantes y algunas desaparecen; existen formas nuevas como el tazón, la escudilla con soportes rectangulares y el caldero trípode (Braniff 1999: 103). También continúa el negativo, en el cual hay una gran variedad de formas (Braniff 1999: 103).

Existe también una variedad de formas nuevas, como escudillas de base anular; ollitas con decoración diferente: esgrafiada, pintada rojo y negro sobre fondo bayo y blanco, rojo y café oscuro; pipas, ollas con cuerpo acanalado, ollas trípodes y urnas antropomorfas (Braniff 2000: 105).

EL EPICLÁSICO EN TEOTIHUACAN

A raíz de la caída de la gran urbe, alrededor de 600-650 dC (Manzanilla 2001), diversos grupos subsistieron reocupando espacios que antes habían estado restringidos y en la mayoría de los casos reutilizando el material anterior y saqueando constantemente el lugar.

Este periodo de inestabilidad se dio en toda la cuenca de México, incluso en otras regiones como el valle de Toluca, la región de Tula, así como varios lugares del centro-norte de México que tuvieron relación con Teotihuacan; abarca aproximadamente del 600 al 900 dC.

En esta época ya existía en Teotihuacan un grupo con una forma y estilo de vida definidos, llamado Coyotlatelco, el cual estaba presente mucho antes del ocaso de la ciudad. Existen dos teorías principales para explicar su origen (Sugiura 1996: 239):

1. Braniff (1972), Cobean (1990), Cobean y Mastache (1989) afirman que el Coyotlatelco proviene de una tradición cerámica del norte de México y la región del Bajío.

2. Sanders (1989), Parsons (1982), Piña Chan (1967) y Sugiura (1991) no descartan cierta influencia de la tradición cerámica del norte, pero enfatizan que este complejo cerámico se desarrolló en la cuenca de México y muy probablemente en Teotihuacan.

Este grupo presenta un complejo cerámico definido, el cual introduce formas nuevas y estilos de decoración diferentes a toda la tradición teotihuacana. Aparece el comal de paredes levantadas; predominan los cajetes de base anular, al igual que los hemisféricos; son característicos de este complejo los cajetes de silueta compuesta y de paredes curvo divergentes; ollas de cuellos largos y cortos, cucharas, jarras de diferentes formas, y cazuelas. Las principales formas que presentan decoración son ollas, cajetes hemisféricos, cajetes de silueta compuesta y curvo divergentes, vasos, platos trípodes. La decoración se caracteriza por ser roja sobre un fondo bayo, en ocasiones sobre un fondo blanco o crema; también hay decoración al negativo, incisa y sellada. La forma típica de decoración es en forma de “S”, “Z”, ya sea en forma vertical u horizontal, líneas rectas, paralelas y ondulantes, triángulos, en forma de ajedrez y círculos rojos.

Se cuenta también con sahumerios tetrápodos, algunos de los cuales están sellados en el exterior, y con incensarios bicónicos con aplicaciones en forma de conos de barro.

RASGOS DEL BAJÍO SIMILARES A LOS DEL COMPLEJO COYOTLATELCO

El complejo Coyotlatelco (figura 1) muestra rasgos que nos hacen pensar en una influencia proveniente del norte; se pueden comparar con tipos que presenta Braniff (1999) para lo que sería la fase San Miguel, en los que propone formas y estilos de decoración que llegaron a los valles centrales de México y contribuyeron al surgimiento del complejo Coyotlatelco.

Estos tipos son: el San Miguel rojo sobre bayo, cuya forma característica es el cajete de base anular, además del tipo de decoración en “S” en forma horizontal, el diseño en forma de red, y quizás un poco su técnica de elaboración. Elementos similares se encuentran en la cerámica Coyotlatelco, cuya forma característica es el cajete, mientras que en la decoración se presentan las líneas “S”, rectas y onduladas. Braniff opina que “existen similitudes específicas entre la decoración de algunos tiestos del tipo San Miguel rojo sobre bayo y la del complejo Coyotlatelco del Cerro Tenayo, Estado de México” (Braniff 1999: 47).

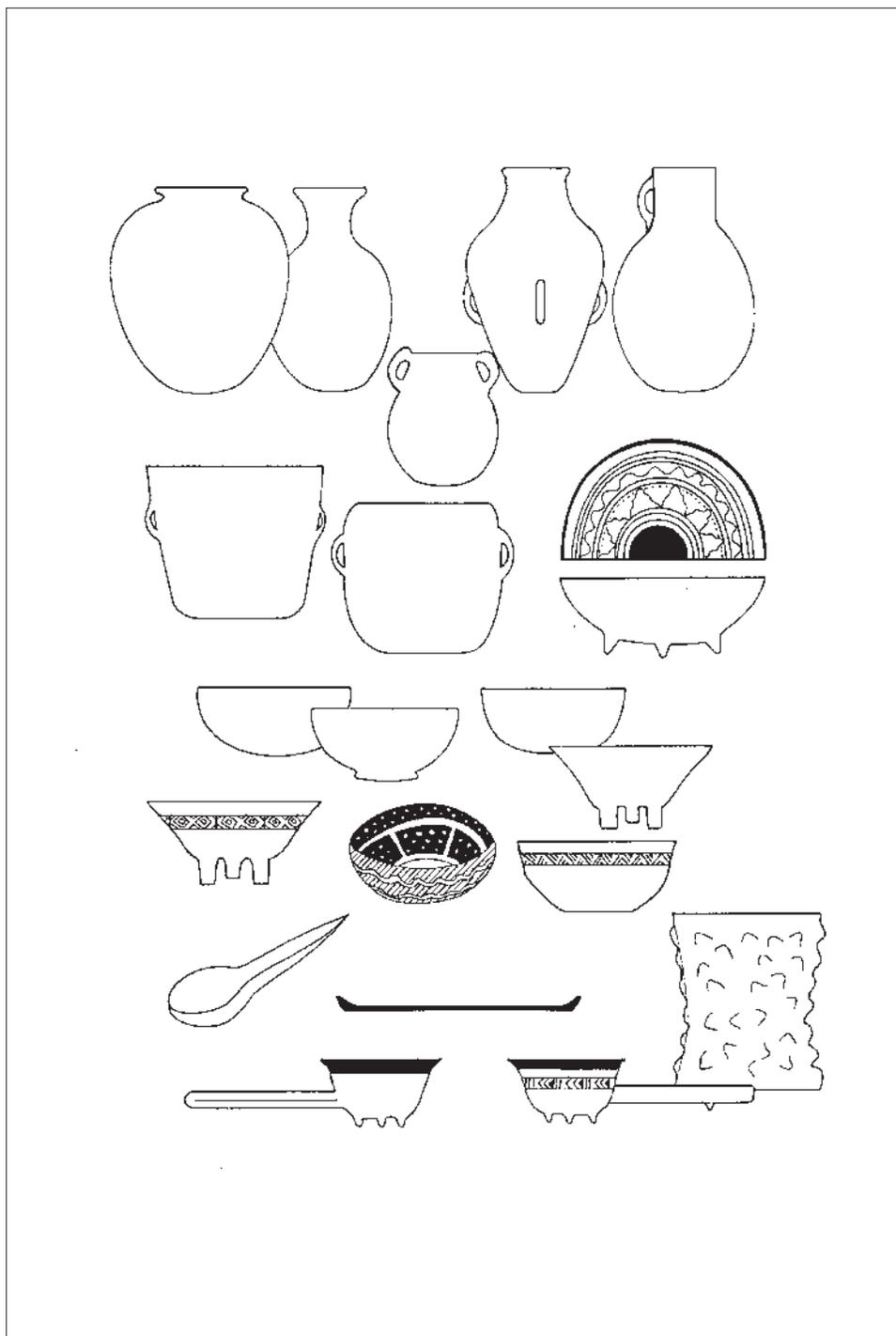


Figura 1. Complejo cerámico Coyotlatelco.

Otro tipo es el San Miguel gris esgrafiado cuya forma característica es la escudilla, pero lo importante es el tipo de decoración que presenta en el exterior, en forma de líneas rectas, horizontales y verticales, combinadas con espirales, ganchos, triángulos, así como acanaladuras en forma de “U” y “V”.

Para el complejo Coyotlatelco (figura 2) existe una variedad de diseños geométricos, líneas onduladas, líneas rectas, zig-zag, triángulos, curvas en “S”, decoración punzonada, en formas de cajetes hemisféricos y de paredes rectas.

El San Miguel negativo se caracteriza por la decoración a base de volutas y ganchos; en ocasiones lleva una mancha roja. Las formas encontradas son cazuelas y ollas. En Teotihuacan el negativo ha estado presente desde las primeras fases; sin embargo, para la ocupación Coyotlatelco se incrementa su uso notablemente con una variedad de diseños y formas que no se han documentado en fases anteriores; sobre todo los diseños en forma de volutas, ganchos, círculos rojos y espirales son característicos de este tipo de formas.

En cierta forma estamos de acuerdo en que esta influencia proviene del norte, lo interesante sería saber desde cuándo, por lo menos para el valle de Teotihuacan; lamentablemente son pocas las áreas en las cuales se ha estudiado a fondo la cerámica teotihuacana. Esto nos ayudaría a resolver el problema del contacto inicial con este grupo de personas que son ajenas al área.

Lo que sí es claro es que antes de la caída de la ciudad, el grupo Coyotlatelco ya estaba presente en el lugar y coexistía con los teotihuacanos, ya que la fecha más temprana con la que se cuenta para la ocupación Coyotlatelco en Teotihuacan es de 646 dC en la Cueva de las Varillas, al este de la Pirámide del Sol (Manzanilla, López y Freter 1996); esto sugiere que este grupo ya estaba en el área desde antes de la caída y conviviendo con gente del área como grupo foráneo.

BLANCO LEVANTADO: EVIDENCIA DE GENTE NORTEÑA EN TEOTIHUACAN

La cerámica blanco levantado, al igual que la tradición rojo sobre bayo, se encuentra en el norte y centro de México desde el Formativo tardío. Dicha cerámica consiste en ollas y cántaros principalmente para almacenamiento; una de sus características es la forma del borde divergente y su decoración con líneas blancas entrelazadas “levantadas” sobre un fondo oscuro, que da la apariencia de un cesto (Crespo 1996: 77).

En el valle de Querétaro, Velasco y Brambila trabajaron en el sitio La Negreta, en el que encontraron asociadas ollas del tipo blanco levantado y material teotihuacano de la fase Xolalpan (Crespo 1996: 82). Para el Altiplano Central la referencia más temprana está en el área de Tula. Cobean (1990) ubica el auge de ésta durante la fase Tollan (950 a 1200 dC); lo asocia con material tolteca y está consciente de su origen en el Bajío (Cobean 1990: 455).

Las escasas referencias que existen sobre este tipo en el área del valle de Teotihuacan generalmente se relacionan con material diagnóstico de Tula de la fase Xometla-Mazapan (Sanders 1986).

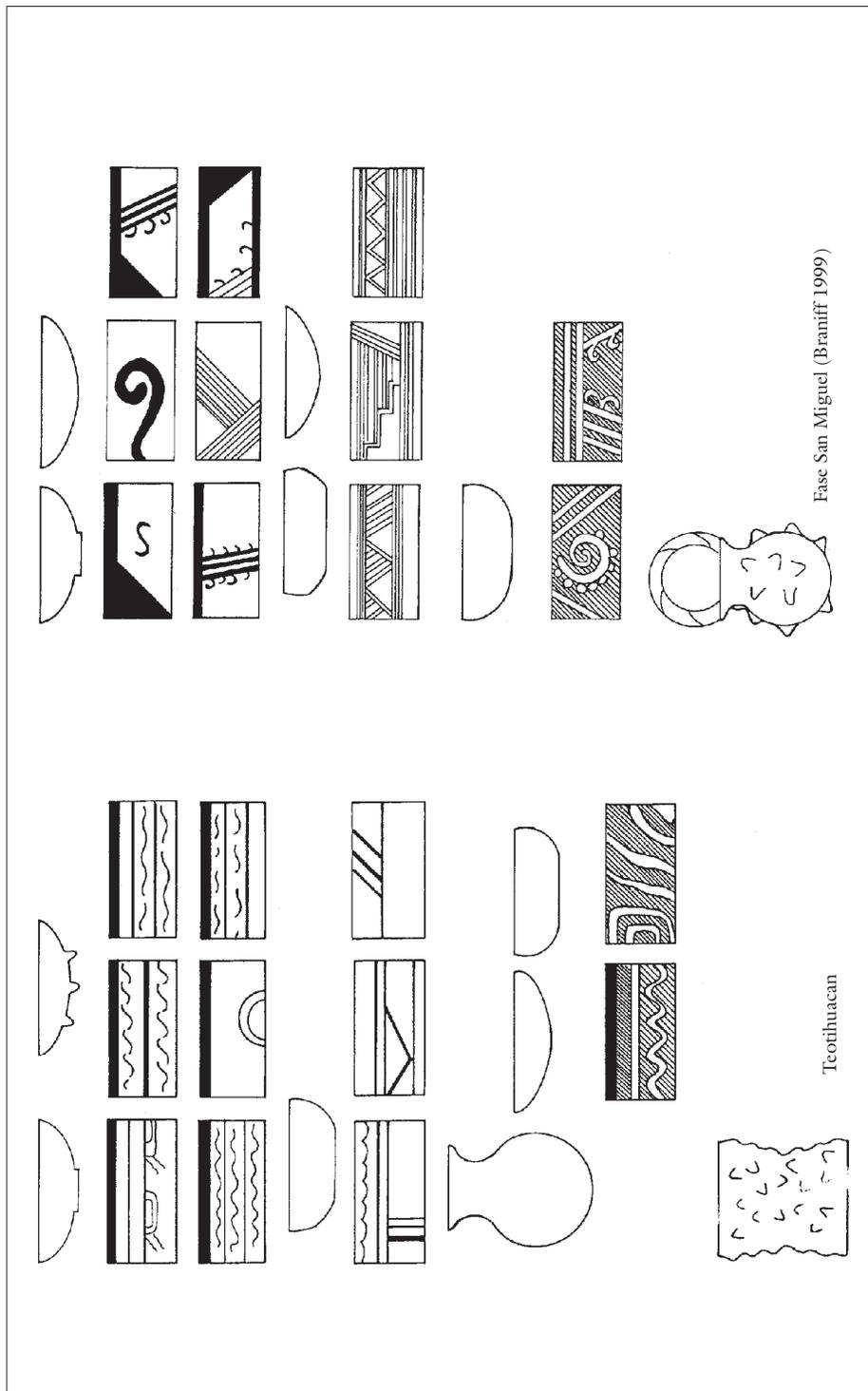


Figura 2. Rasgos similares del Bajío y el complejo Coyotlatelco.

Como parte del proyecto “Estudio de túneles y cuevas en Teotihuacan. Arqueología e hidrología” a cargo de la doctora Linda Manzanilla, se excavaron cuatro túneles de manera extensiva, los cuales han arrojado resultados que muestran tipos cerámicos más tempranos. En la Cueva del Pirul se encontró el blanco levantado asociado con material Coyotlatelco y Mazapa líneas ondulantes. La fecha más temprana que arrojó el radiocarbono para el blanco levantado es de 695 dC (Manzanilla 2001). Esto indica que la presencia de este tipo cerámico es mucho más temprana en Teotihuacan que en el área de Tula y la gente que trajo este tipo llegó a la región con formas y estilos de una tradición rojo sobre bayo.

No se descarta la posibilidad de que este tipo cerámico haya estado presente durante la ocupación Coyotlatelco (si no es que ellos lo trajeron); lo que posiblemente ha pasado es que se encuentra generalmente asociado con material tolteca.

RASGOS DEL BAJÍO SIMILARES AL COMPLEJO MAZAPA

Desde que lo descubrió Linné en Teotihuacan en 1934, este complejo ha sido poco estudiado.

Sanders (1986), a través del análisis del material de varios sitios del valle de Teotihuacan, propone que es el antecedente de lo que sería Tula, y logra definir varios tipos, entre ellos ollas y cajetes del Mazapa líneas ondulantes (figura 3). Cobean (1990) menciona que el tipo Mazapa líneas ondulantes pertenece a la fase Corral, y que el origen de este tipo es posiblemente Teotihuacan (Cobean 1990: 275).

En Teotihuacan ya contamos con un complejo definido, el cual consiste en ollas de borde evertido y, en ocasiones, con franjas rojas desde el borde que cubren todo el cuerpo, cajetes curvo-convergentes monocromos, cajetes trípodes con soportes zoomorfos y cucharas; el material decorado es el típico con líneas ondulantes que se encuentra en formas como platos de paredes levantadas, vasos, cajetes de silueta compuesta, platonos; además de cajetes trípodes con decoración en espiral, círculo rojo y banda roja ancha en el borde; el fondo en ocasiones está reticulado como si fuera molcajete; en ocasiones los soportes son zoomorfos (cabeza de pato) o con decoración roja sobre naranja. La forma podría ser el antecedente del tipo Macana de Tula.

También contamos con platos de paredes levantadas y platonos con decoración en espiral, con puntos rodeando el espiral, círculos rojos e incluso círculos con picos que parecen medios soles. Encontramos esta decoración en rojo sobre bayo y, en ocasiones, en rojo sobre naranja. Existe otro tipo de decoración en cajetes monocromos, a base del pulido diferencial, es decir, sólo la decoración está hecha a base del pulido y los diseños generalmente son líneas ondulantes.

Contamos también con incensarios, algunos de ellos con decoración rojo sobre negro en forma de líneas ondulantes; en este complejo ubicaríamos al blanco levantado.

La comparación de estos tipos con los que presenta Braniff (1999) para el Bajío en la fase Tierra Blanca, nos hace pensar que la influencia de esta área se refleja en el material del complejo Mazapa (figura 4).

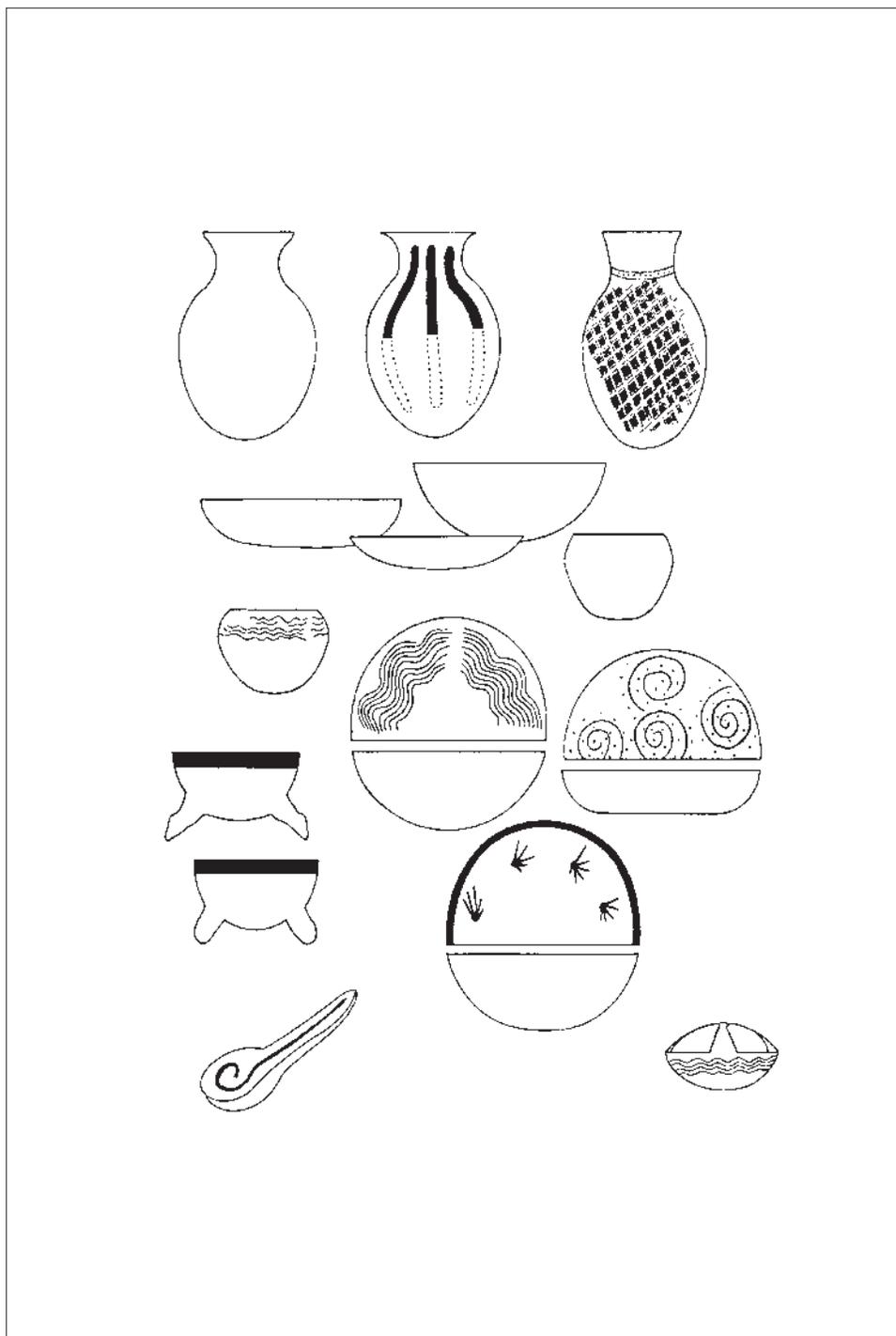


Figura 3. Complejo cerámico Mazapa.

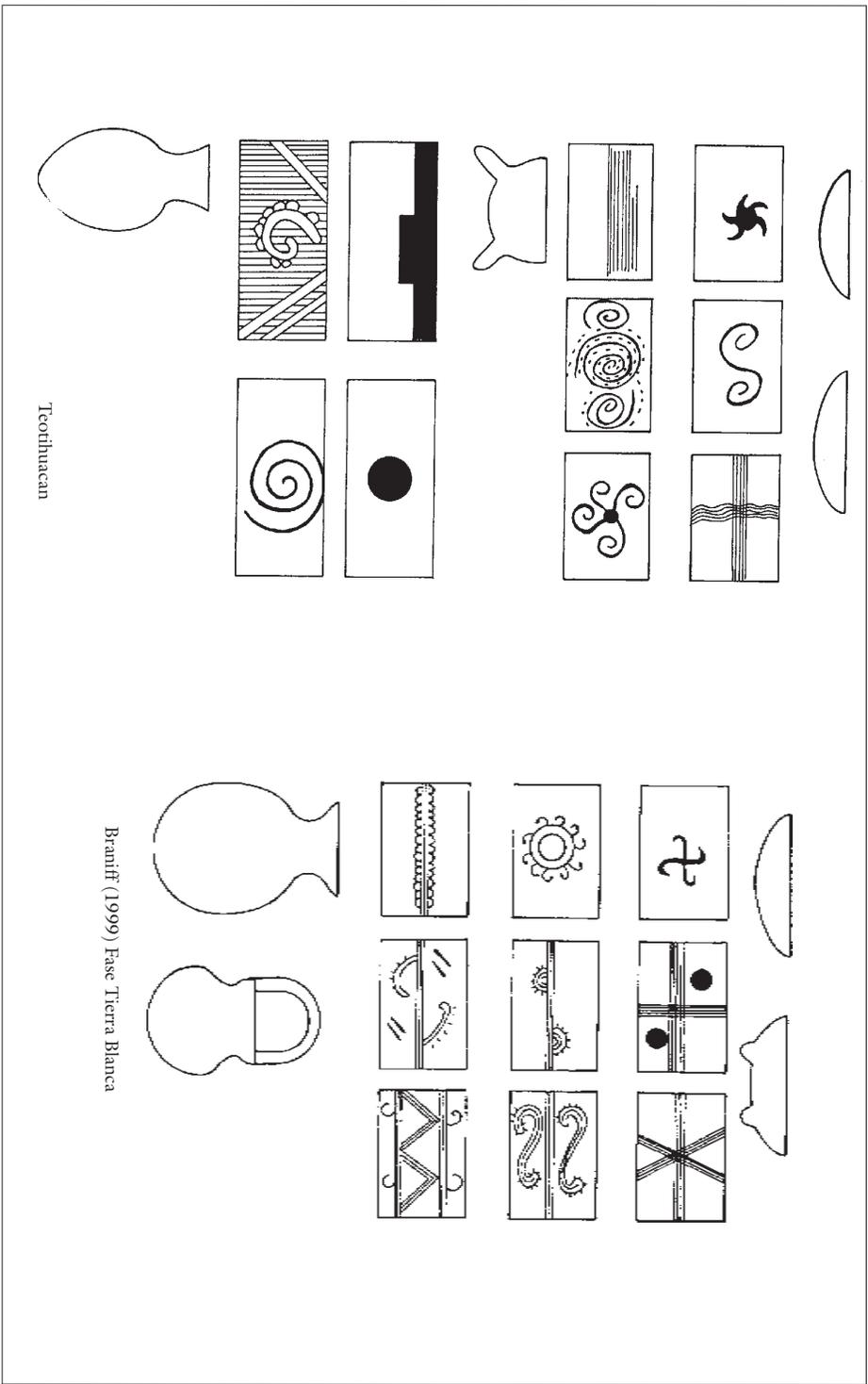


Figura 4. Rasgos similares del Bajío y el complejo Mazapa.

El tipo rojo sobre bayo se caracteriza por la decoración en forma de líneas ondulantes, círculos rojos, líneas rectas y ganchos; el tipo de decoración del complejo Mazapa es a base de líneas ondulantes, además de círculos rojos y la forma de los platos es similar a la forma de la Fase Tierra Blanca.

Otro tipo que indudablemente es característico de este periodo y ya mencionamos su importancia, es el blanco levantado.

Definitivamente el Mazapa líneas ondulantes es un tipo que se originó en el valle de Teotihuacan con influencia del Bajío; la fecha más temprana con la que contamos es de 770 dC (radiocarbono, Cueva del Pirul); esto nos indica que se trata de un complejo totalmente definido en el valle mucho antes de su presencia en Tula y no tiene nada que ver con el Complejo Coyotlatelco que apareció mucho antes en el valle de Teotihuacan, lo que implica que estos dos grupos estuvieron conviviendo en un momento determinado.

Definitivamente, estos dos grupos muestran la importancia de los movimientos de poblaciones que se dieron en el pasado, los cuales modificaron el modo de vida de los que ya estaban establecidos en un lugar o crearon otros diferentes.

BIBLIOGRAFÍA

BRANIFF, BEATRIZ

- 1972 Secuencias arqueológicas en Guanajuato y cuenca de México: intento de correlación, *Teotihuacan. XI Mesa Redonda*. Sociedad Mexicana de Antropología, México: 273-323.
- 1994 La frontera septentrional de Mesoamérica, L. Manzanilla y L. López Luján (eds.) *Historia antigua de México I*. INAH-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, México: 113-143.
- 1998 *Morales, Guanajuato y la tradición Chupicuaro*. Colección científica 373, Serie Arqueología, INAH, México.
- 1999 *Morales, Guanajuato y la tradición tolteca*. Colección científica 395, Serie Arqueología, INAH, México.

BRANIFF, BEATRIZ Y MARIE-ARETI HERS

- 1998 Herencias chichimecas, *Arqueología* 19. INAH, México: 55-80.

COBEAN, ROBERT

- 1990 *La cerámica de Tula, Hidalgo*. Colección científica 215, INAH, México.

CRESPO, ANA MARÍA

- 1996 La tradición del Blanco Levantado, A. M. Crespo y C. Viramontes (coords.) *Tiempo y territorio en Arqueología. El centro norte de México*. Colección científica, Serie Arqueología 323, INAH, México: 77-92.

MANZANILLA, LINDA

- 2001 El horizonte Clásico, L. Manzanilla y L. López Luján (eds.) *Historia antigua de México* II. INAH-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, México: 203-239.
- en prensa Nuevos datos sobre la cronología de Teotihuacan. Correlación de técnicas de fechamiento, *V Coloquio Pedro Bosch Gimpera. Cronología y periodización de Mesoamérica y el norte de México*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.

MANZANILLA, LINDA, CLAUDIA LÓPEZ Y ANN CORINNE FRETER

- 1996 Dating Results form Excavations in Quarry Tunnels Behind the Pyramid of the Sun at Teotihuacan, *Ancient Mesoamerica* 7. Cambridge University Press: 245-266.

MASTACHE, ALBA GUADALUPE, ANA MARÍA CRESPO Y ROBERT H. COBEAN

- 1982 *Estudios sobre la antigua ciudad de Tula*. Colección Científica 121, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, México.

MASTACHE, ALBA GUADALUPE Y ROBERT COBEAN

- 1990 La cultura Coyotaltelco en el área de Tula, G. Mastache y R. Cobean (coords.) *Las industrias líticas Coyotlatelco en el área de Tula*. Colección científica 221, INAH, México: 4-12.

RATTRAY, EVELYN

- 1966 Archaeological and Stylistic Study of Coyotlatelco Pottery, *Mesoamerica Notes* 7-8: 87-121.

SANDERS, WILLIAM T.

- 1986 *The Toltec Period Occupation of the Valley*, part. 1. Excavation and Ceramics. Occasional Papers in Anthropology 13, Department of Anthropology, Pennsylvania State University, University Park.

SUGIURA YAMAMOTO, YOKO

- 1994 El ocaso de las ciudades y los movimientos poblacionales en el altiplano central, *El poblamiento de México* 1. El México Prehispánico. CONAPO, México: 190-215.
- 1996 El Epiclásico y el problema del Coyotlatelco vistos desde el valle de Toluca, A. G. Mastache *et al.* (coords.) *Arqueología mesoamericana I. Homenaje a William T. Sanders* INAH, México: 233-256.

EL EPICLÁSICO EN EL VALLE PUEBLA-TLAXCALA Y LOS SITIOS DE CACAXTLA-XOCHITÉCATL-NATIVITAS

Mari Carmen Serra Puche*
Jesús Carlos Lazcano Arce**

INTRODUCCIÓN

En la historia de las sociedades mesoamericanas existe una dinámica de estabilidad y equilibrio social interrumpida por transformaciones y cambios, procesos que marcan claras divisiones temporales. En algunos casos los cambios generados fueron producto de procesos no sociales (como terremotos, erupciones volcánicas, etcétera). En otros casos, grupos y sociedades dominantes cuyas condiciones socio-económicas establecen condiciones de estabilidad en grandes regiones, se ven interrumpidas seguramente por las desigualdades sociales, generando las condiciones suficientes para la rebelión y el cambio social.

El Altiplano Central mesoamericano es un claro ejemplo de las condiciones anteriormente señaladas; en esta región se presenta el paso de lo teotihuacano al Epiclásico. Lo teotihuacano tuvo un largo momento de estabilidad con un dominio macro regional y el Epiclásico conlleva un proceso transicional que se caracteriza por un ordenamiento más bien de tipo local, ejemplificado por sitios como Teotenango, Xochitécatl-Cacaxtla, Xochicalco, Cantona, Xico, Santa Cruz Atizapán, Chapantongo en Hidalgo, los primeros momentos de Tula y posiblemente Cholula, entre otros.

Diversos autores consideran que el Epiclásico es un momento de cambios y reajustes de índole espacial y social; así algunos opinan que este periodo expresa el cambio de un sistema centralizado como fue el de Teotihuacan, a lo reconocido como ciudades-estado (Marcus 1989). Catherine Berlo (1989) considera que el cambio que se muestra es el de un sistema de control religioso y comercial, por un poder económico-militar. Jiménez Moreno es quien crea el término Epiclásico (1959), y lo define como la transición de una sociedad teocrática a una militarista. Sanders (1989) considera que en el Epiclásico existen claras evidencias de un cambio real con respecto a lo teotihuacano; sitios como Cacaxtla y Xochicalco responden a una nueva dinámica, el patrón de asentamiento es totalmente distinto, la urbani-

* Coordinación de Humanidades UNAM

** Posgrado UNAM

zación responde más bien a elementos de seguridad en correspondencia a las condiciones geográficas, el tamaño de los centros principales es menor, considerando una ocupación máxima de 15 mil personas a diferencia de las 100 o 200 mil de Teotihuacan. Establece que para el 750-950 dC este enorme sitio redujo en gran medida su población, aunque se mantiene como el mayor centro de asentamiento epiclásico.

Los especialistas de este periodo se han preocupado por esclarecer las particularidades de cada uno de los sitios pertenecientes a este periodo, es decir, dar cuenta de las características culturales y los procesos sociales internos que tuvo cada uno de los sitios. Sin embargo y a pesar de estos estudios, podemos señalar que aún no se tiene una clara idea con respecto a la dinámica social que tuvo el Altiplano Central durante el Epiclásico.

Desde nuestro punto de vista, el Epiclásico es un periodo en el que se muestran cambios sociales de índole cuantitativa, formal y material, donde sociedades clasticas-estatales ya formadas por lo menos en 200 aC, disputan y logran un lugar en el nuevo panorama económico y social que deja Teotihuacan. Así, estas sociedades se mantienen y manifiestan en diversas formas y espacios, fenómeno que se observa en todo el Altiplano y en algunas regiones vecinas. Los grupos dominantes de cada uno de estos sitios regionales establecen alianzas, y en algunos casos compiten para imponer nuevamente sus condiciones en un ámbito macro regional, condiciones que sólo se lograrán hasta la hegemonía de los mexica.

VALLE DE PUEBLA-TLAXCALA

Diversos trabajos de investigación se han realizado en esta región. Uno de los más importantes se dio en los años setenta bajo la dirección de Ángel García Cook. Los objetivos principales de sus investigaciones tuvieron como meta: conocer la evolución cultural prehispánica en el área poblano-tlaxcalteca y tratar de observar la influencia del hombre en el medio a través del tiempo; conocer la situación desde las primeras ocupaciones del área de estudio, hasta el estado de las últimas poblaciones existentes en el momento de la Conquista, analizando todo el proceso de desarrollo y relacionándolo con los datos existentes para las áreas vecinas y comparar su comportamiento con el de otras áreas y otras secuencias culturales establecidas para otras regiones (García Cook 1996).

Con base en estos estudios se han definido algunas interpretaciones con respecto al Epiclásico:

Por el año 600-650 dC Cholula desaparece como centro rector, y el corredor que cruzaba y partía en dos el área ocupada por la cultura Tenanyécac desaparece también y se vuelve a integrar a una sola cultura. Los grupos que habitaban en el Bloque Nativitas, al sur del estado de Tlaxcala, colocan su capital en Cacaxtla y desde ahí controlan toda la región sur del valle poblano. En el norte se sucede una serie de conflictos bélicos, nuevos grupos ingresan al área y muchos de los existentes

son desalojados; se dan una serie de luchas y movimientos para tener el control regional. Al oeste del actual estado de Tlaxcala, la región de Calpulalpan continúa después del siglo vii al ix compartiendo la cultura teotihuacana y poco después la Coyotlatelco. El centro de Tlaxcala, el Bloque Tlaxcala y la sierra de la Caldera, aunque compartiendo elementos culturales de sus vecinos del suroeste –los olmeca-xicalanca– sin embargo observa su propia cultura, misma que presenta un crecimiento cultural, facilitado por el cierre del ‘corredor teotihuacano’ y la llegada de nueva gente al área (García Cook 1997: 348).

El trabajo de la Fundación Alemana (García Cook 1997) generó diversos planos de localización para las diferentes etapas de ocupación. En el caso del Epiclásico se establece la existencia (según su propia clasificación de “villas”, “estancias”, “aldeas dispersas”, “aldeas dispersas chicas”, “pueblos”) de una enorme gama de sitios. Entre Cacaxtla-Xochitécatl y Cholula se reporta sólo una “aldea dispersa chica”; entre Cholula y Cantona se reportan únicamente tres sitios con las mismas características, y de Cantona a Cacaxtla-Xochitécatl aparecen más de 35 sitios, por lo que en términos generales tenemos más de 45 sitios en el valle Puebla-Tlaxcala.

La información generada hasta este momento establece tres puntos cruciales. El primero de ellos estaba en Cholula, que según Mountjoy (1987) es el centro que controlaba el intercambio interregional de materiales que entraban por la zona oriental del estado teotihuacano, así como las rutas que conectaban este centro con las diversas áreas mesoamericanas. Cholula concebida como Tollan, término reservado a los principales centros urbanos del altiplano, compartió la capacidad de congregar gente, además de que, por estar situada en un área de paso obligado, llegó a convertirse en un gran centro ceremonial. Desde 200 aC continuó creciendo para posteriormente compararse con sitios como Teotihuacan; se mantuvo durante el Epiclásico, y su ocupación terminó durante el Posclásico (Solanés Carraro 1985). Es importante hacer notar que los datos provenientes de la gran estructura de Cholula no muestran el rigor científico necesario, por lo que muchas de las hipótesis generadas en relación con el sitio son dudosas.

El segundo punto se encontraba hacia el extremo de la zona noroeste de la región Puebla-Tlaxcala donde existió otra gran ciudad; se trata de una urbe compleja, la más grande para aquel momento en todo el Altiplano Central, y que con seguridad controló todo el “comercio” del Altiplano con el Golfo central; por lo tanto desempeñó un papel muy importante en esta región: se trata de Cantona, ciudad que en su momento de apogeo cubrió alrededor de 13 km² y contó con unos 80 mil habitantes (García Cook 1995).

El tercer punto se refiere al llamado Bloque Xochitécatl-Nativitas-Nopalucan, espacio geográfico localizado en la región centro-norte del valle y ocupado por Cacaxtla-Xochitécatl-Nativitas. Los estudios realizados en esta región por el “Proyecto arqueológico Xochitécatl” y posteriormente por el intitulado: “El hombre y sus recursos en el sur del valle de Tlaxcala durante el Formativo y el Epiclásico”

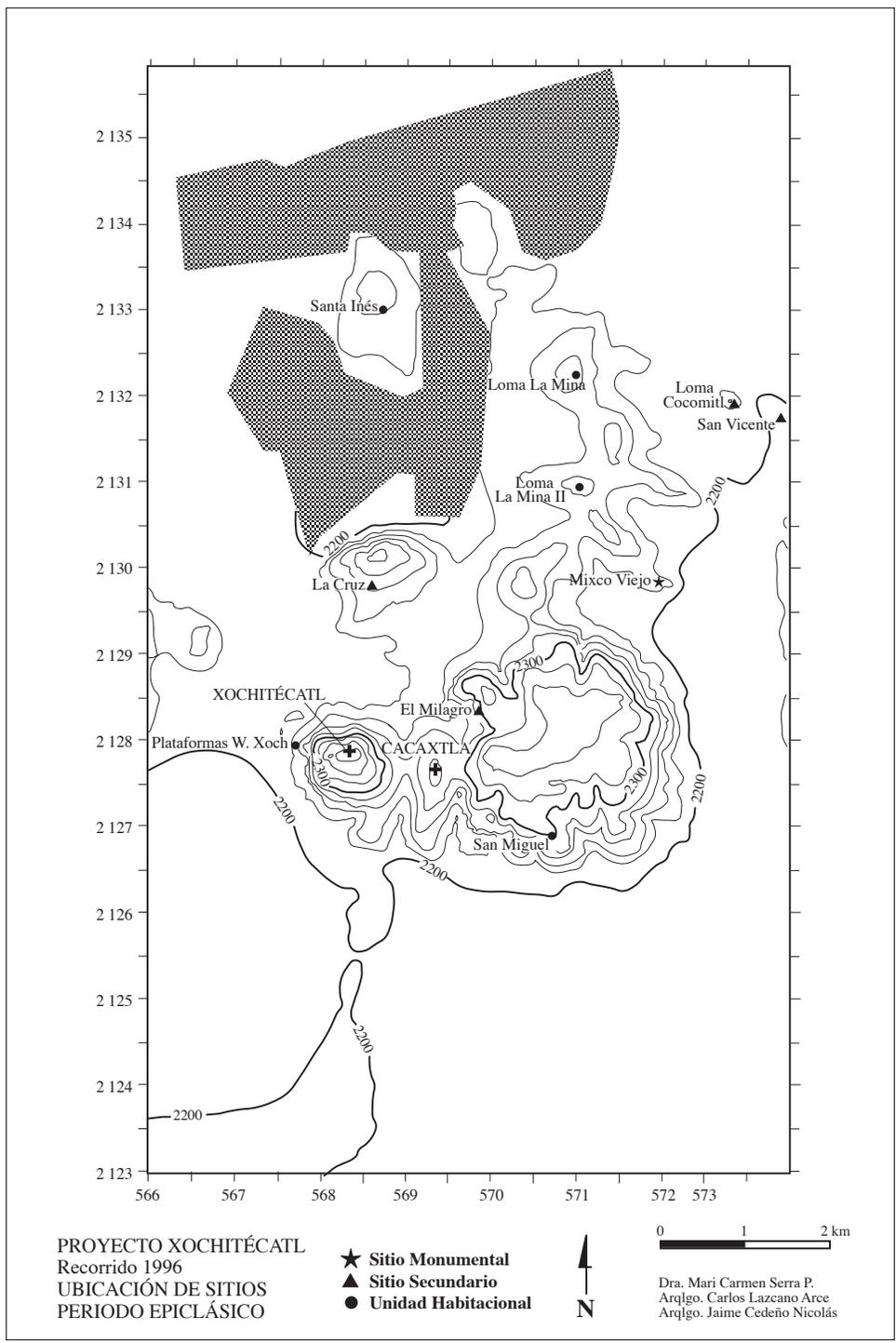


Figura 1. Localización del sitio de Cacaxtla-Xochitcatl.

han permitido afinar, clarificar y establecer varias de las características que tuvieron las sociedades asentadas en este lugar.

Los sitios que rodean Cacaxtla-Xochitécatl presentan un patrón de asentamiento muy claro. Se ubican en lugares elevados en estrecha relación con estos sitios principales. En este patrón de asentamiento hay dos tendencias poblacionales típicas del Epiclásico: centralización y ruralización. La primera está representada por los mismos sitios de Cacaxtla-Xochitécatl y Mixco Viejo. La segunda tendencia poblacional se muestra en los conjuntos de sitios de menor tamaño, con pequeñas edificaciones y agrupaciones de unidades residenciales, localizadas en las diferentes terrazas que rodean al Bloque Nativitas.

CACAXTLA-XOCHITÉCATL-NATIVITAS

El sitio arqueológico de Cacaxtla-Xochitécatl-Nativitas presenta dos etapas ocupacionales. La primera de ellas durante el periodo Formativo medio y tardío (750 aC-100 dC) en el asentamiento principal que se ubica en la ladera oeste y suroeste del Bloque. En estos lugares se construyeron las edificaciones que conforman propiamente el sitio de Xochitécatl y una serie de terrazas que se utilizaron para construir el área de habitación doméstica conocida como Nativitas. En ese momento se experimentó un crecimiento demográfico que se manifiesta tanto en una jerarquización compleja de los sitios a nivel regional, como en una actividad constructiva



Figura 2. Sitio de Xochitécatl, Edificio de las Flores.

constante que se ejemplifica con el complejo tina-escalinata, el cual conforma un área de actividad ceremonial en la que se realizaban rituales públicos, asociados con las esculturas antropomorfas y zoomorfas localizadas en su interior, así como con las cerámicas blanco espiral y café esgrafiado; aunque en la última etapa de esta ocupación, las formas y tipos cerámicos muestran importantes similitudes con sus contemporáneas de la cuenca de México como el rojo esgrafiado, blanco pintado sobre rojo pulido, blanco esgrafiado y una disminución notable de las cerámicas correspondientes a la región de Oaxaca.

El desarrollo del valle de Tlaxcala, como se puede apreciar en Xochitécatl y Nativitas, fue interrumpido. Las evidencias arqueológica y geológica nos muestran materiales que debieron ser abandonados con cierta premura. Durante este proceso no se evidencian huellas de violencia o destrucción que implicaran transformaciones producto de cambios sociales, ni tampoco procesos de desocupación debido al surgimiento de grandes poblaciones como Cholula o Teotihuacan que habrían atraído a la población del valle de Tlaxcala.

El abandono es provocado por un evento catastrófico natural producido por la actividad del Popocatepetl. La reconstrucción eruptiva de este volcán establece la existencia de una erupción pliniana sumamente destructiva entre los años 200 aC al 100 dC. Esta erupción produce grandes corrientes de lodo (lahares) formadas de productos piroclásticos arrojados por el volcán y arrastrados desde las partes altas de la Sierra Nevada por precipitaciones pluviales. El efecto de esta corriente fue devastador, pues el lodo modificó los cursos de los ríos, y cubrió los campos de cultivo y seguramente algunas poblaciones localizadas en las partes bajas del sur

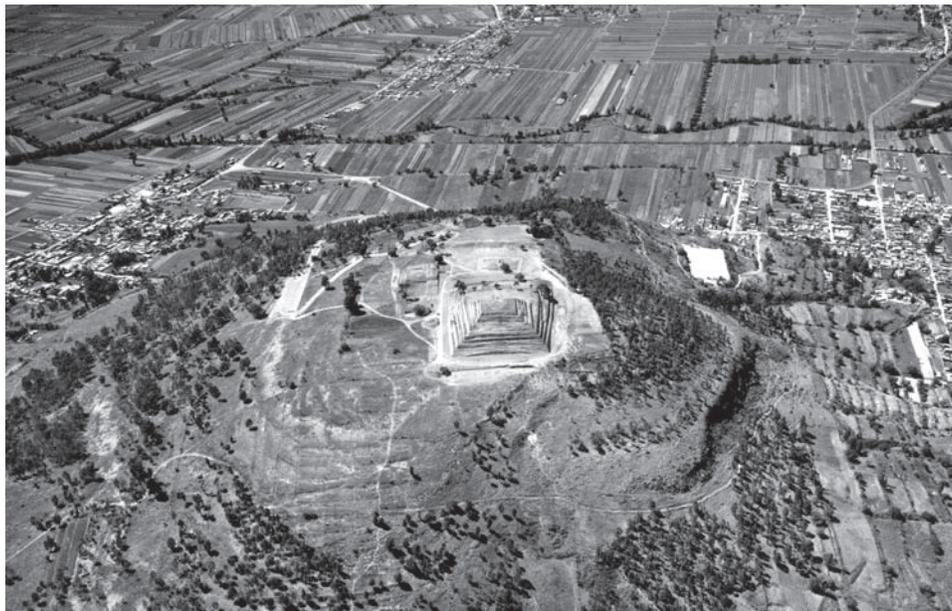


Figura 3. Sitio de Xochitécatl en el valle de Puebla-Tlaxcala.

del valle de Tlaxcala. Evidencias de estas acumulaciones de lodo y lahares se han encontrado en la base sur del Bloque geográfico Xochitécatl-Nativitas-Nopalucan, además de los estratos de ceniza volcánica localizados en las áreas habitacionales y monumentales de los sitios de Xochitécatl, Cacaxtla y Nativitas. La población seguramente se trasladó a las regiones no afectadas, como la zona de Tlaxco o Calpulalpan, al norte del valle de Puebla-Tlaxcala (Serra y Palavicini 1996).

Durante la exploración de Xochitécatl y Cacaxtla no se localizó material o elementos relevantes que pudieran demostrar la existencia de una ocupación correspondiente al periodo Clásico temprano. Este hecho, junto con los fechamientos realizados, permiten señalar que el área estuvo abandonada por cuatrocientos o quinientos años. Esta ausencia de lo Clásico también se manifiesta en cada uno de los sitios que localizamos en todo el Bloque geográfico. Los fechamientos de C^{14} realizados en el Gran Basamento, la Plaza de los Tres Cerritos en Cacaxtla y los edificios de Xochitécatl establecen una cronología que va del 650 al 950 dC. Este rango temporal reconocido como Epiclásico conforma la segunda y mayor ocupación del sitio de Xochitécatl-Cacaxtla y Nativitas (Serra y Lazcano 1996).

De esta forma la reocupación de esta región se inicia en el año 650 dC con la construcción en Xochitécatl del Basamento de los Volcanes, y las diversas ampliaciones y modificaciones en la fachada y cuerpos de la Pirámide de las Flores. En Cacaxtla se construyen por los menos los tres primeros cuerpos del Gran Basamento y las primeras etapas constructivas de la Plaza de los Tres Cerritos. El apogeo de esta ocupación, coincidiendo con lo señalado por los Molina (1977), ocurre entre



Figura 4. Sitio de Cacaxtla-Xochitécatl.

el 750 al 950 dC, momento en el que las edificaciones de Xochitécatl, Cacaxtla, Mixco Viejo y Nativitas se concluyeron.

Para esta época, todos estos lugares conformaban una unidad controlada por el mismo grupo que dominó gran parte de la zona norte y sur del valle de Tlaxcala. El Bloque Xochitécatl-Nativitas-Nopalucan sostiene, en el Epiclásico, el sitio más importante de la región, Cacaxtla, donde se ubicaba el área de residencia y el sector administrativo de la clase dominante. Las actividades religiosas y civiles públicas se desarrollaban preferentemente en Xochitécatl, y los asentamientos habitacionales domésticos, así como las áreas productivas, se localizaron en el sitio de Nativitas y las zonas medias y bajas del Bloque geográfico.

De esta ocupación se recuperó material arqueológico. En la cerámica se reconocen por lo menos nueve tipos principales. Éstos, con base en su posición estratigráfica y su relación y asociación con los fechamientos obtenidos (Xochitécatl: 1 sigma 648-706 dC, 748-762 dC, 2 sigma 632-774 dC; Cacaxtla: 2 sigma 688-732 dC) no muestran diferencias temporales sustanciales. Sin embargo, la comparación formal y estética de algunos de ellos, así como de las características de algunas figurillas, sugieren similitudes con las reportadas para la fase Oxtotípac y proto-Coyotlatelco del valle de Teotihuacan y de la cuenca de México (Serra y Lazcano 1997).

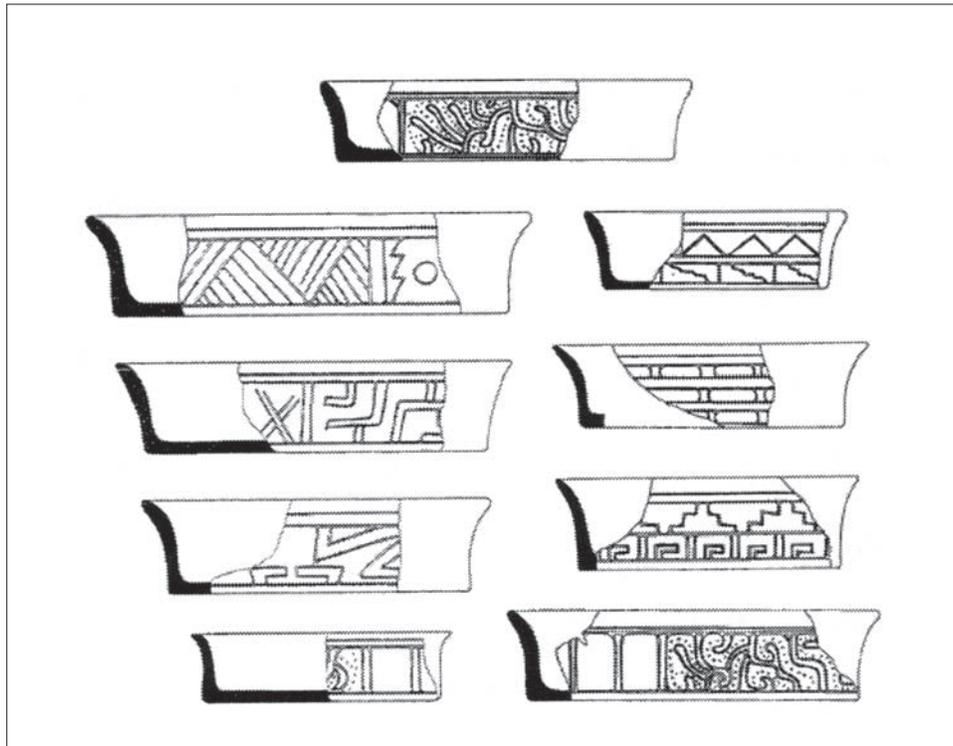


Figura 5. Tipo cerámico Tablero café esgrafiado.

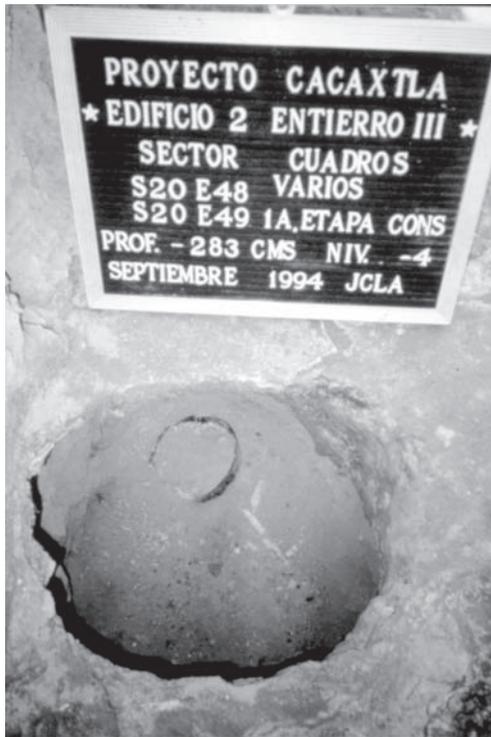


Figura 6. Vasija café esgrafiado asociada con entierro 3 en Cacaxtla.



Figura 7. Tipo cerámico Batalla café esgrafiado.

En la cerámica tenemos el caso del tipo Tablero café esgrafiado, representado únicamente por cajetes de fondo plano con paredes rectas divergentes y decoración a base de punzonado, raspado y esgrafiado, un pulimento en el interior “a palillos”, y diseños de grecas escalonadas, triángulos y cruces en paneles. Este material se localizó asociado con entierros, como el número III del Edificio 2 de la Plaza de los Tres Cerritos de Cacaxtla. Otros tipos con esta similitud son el Batalla café esgrafiado y el café pulido oscuro. El primero está representado por cajetes de paredes rectas divergentes y pequeños cuencos con una decoración esgrafiada y motivos geométricos en el exterior. El segundo está conformado por pequeños cuencos o cajetes hemisféricos color café oscuro sin decoración y con pulimento fino. Asociada y proveniente de los mismos contextos y niveles estatigráficos tenemos cerámica burda como el café y rojo pulido, tipos que se encuentran representados fundamentalmente por ollas de gran volumen y vasijas miniatura.

Toda esta cerámica presenta la misma pasta: textura compacta con muy poca porosidad color café, el desgrasante es de arena muy fina con una mala cocción y un núcleo de color gris oscuro.

En esta segunda ocupación tenemos las ofrendas de figurillas localizadas en Xochitécatl, provenientes principalmente de la fachada y escalinata de la Pirámide de las Flores junto con otros objetos (pequeñas vasijas e incensarios del tipo Cerritos burdo); las figurillas femeninas se agrupan, según sus características, en represen-



Figura 8. Tipo cerámico Cerritos burdo alisado (olla).



Figura 9. Figura femenina hallada en Xochitécatl, con mutilación dentaria tipo T.

taciones de mujeres orando, de pie o sentadas con los brazos levantados en actitud de rezo, con tocados de bandas o *quechquémitl*. Otro grupo es el de las mujeres ricamente ataviadas hechas en molde y con tocados de flores. Un grupo más es el de las mujeres embarazadas o recipientes que llevan una figurilla de niño en un agujero dentro del pecho. También están presentes las mujeres ancianas y las madres que cargan a sus niños en la espalda y el regazo.

De todo este conjunto de figurillas destacan las que presentan los dientes incisivos superiores con una mutilación en forma de T, una de las características consideradas por algunos autores (Obermeyer 1963; Millon 1967; Dumond 1979; Barbour 2000, etcétera) como perteneciente a la fase Oxtotípac.

También hay figurillas huecas policromas paradas tipo sonaja y con posición aparente de rezo, figurillas policromas huecas y sentadas, figurillas hechas con molde para colgar representando a niños; figurillas que tienen una vestimenta muy elegante sentadas en un palanquín que representan un nivel social alto; las que son huecas policromas, pero con las extremidades móviles; figurillas que están hechas con molde tipo galleta y fragmentos de cabeza de grandes proporciones que al parecer representan hombres (véanse figuras 9 a 12).

En los años sesenta comenta Spranz (quien excavó algunas calas y pozos en Xochitécatl) en relación con el análisis que realizó Dumond de la cerámica de este sitio: “La cerámica localizada en Xochitécatl presenta importantes vinculaciones con la Cholulteca I en Cholula, con Oxtotípac en Teotihuacan, y con la fase 2 de Cerro Portezuelo al sur de Texcoco”. Millon opinó que tanto la cerámica como las figurillas se relacionan con Teotihuacan tardío (Metepac), aunque no parecen haber sido hechas allí, porque el barro y los perfiles de las vasijas difieren de los teotihuacanos (Spranz 1997: 63).



Figura 10. Figura femenina hallada en Xochitécatl, con mutilación dentaria tipo T.



Figura 11. Figura femenina hallada en Xochitécatl, con mutilación dentaria tipo T.

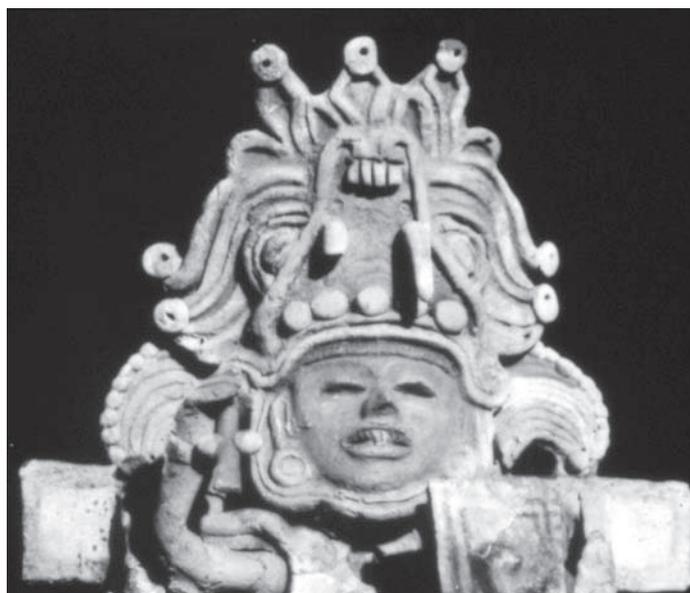


Figura 12. Figura femenina hallada en Xochitécatl, con mutilación dentaria tipo T.

Dumond sugiere que las vasijas de fondo plano y decoración exterior (Batalla café esgrafiado) manifiestan semejanza con cierta cerámica de estilo teotihuacano, específicamente con la fase Metepec (Teotihuacan IV). Las figurillas con dientes prominentes (mutilación dentaria en T), los platos de fondo redondeado con decoración pintada rojo sobre amarillo, los cuencos cerrados con soporte trípode, y el incensario en forma de sartén (sahumadores Cerritos burdo), no son rasgos de la fase Metepec del Clásico terminal; más bien apuntan a la siguiente fase Oxtotípac de Teotihuacan (Dumond 1996: 186-187).

De esta forma y a pesar de las características similares reconocidas en varias de las vasijas y figurillas el material de Xochitécatl-Cacaxtla, y con base en los niveles estatigráficos, contextos, áreas de actividad y asociaciones con fechamientos de este material, consideramos que todo, incluyendo el material semejante al de otras fases del valle de Teotihuacan y la cuenca de México que no hemos comentado (Coyotlatelco), pertenece a un periodo transicional que va del Clásico al Posclásico, y está representado por una sola manifestación cultural que duró solamente trescientos años, coincidiendo con lo señalado por Dumond y Spranz (1997).

Asimismo reconocemos que el sitio de Cacaxtla-Xochitécatl-Nativitas estuvo enmarcado en un ámbito de alianzas y, a su vez, competencia. Por un lado alianzas con los grupos de dominio y elite para conseguir intercambios de fuerza de trabajo y productos concretos, así como la posibilidad de acceso a regiones de explotación que no controlaban. Y competencia para imponer las condiciones sociales que favorecieran su desarrollo macro-regional, condición que solamente se generó durante el Posclásico.

		<i>Cuenca de México</i>	<i>Valle de Teotihuacan</i>	<i>Región de Tula</i>	<i>Xochitlácatl-Cacaxtla</i>
1500	Postclásico tardío	Azteca IV Azteca III Azteca II/I	Teacalco Chimalpa Zocango Atlatongo	Tesoro	Abandono
1400				Palacio	
1300				Fuego	
1200	Postclásico temprano	Mazapa	Mazapa	Tollan	
1100					
1000	Clásico	Coyotlatelco	Xometla Oxtotipac	Corral terminal	
900				Corral	
800		Prado			
700		Metepc	Metepc	(Chingu)	
600		Xolalpan	Xolalpan		
500	Formativo terminal	Tlamimilolpa	Tlamimilolpa	Formativo terminal	Abandono
400		Miccaotli	Miccaotli		
300					
200					
100					

Figura 13. Cuadro cronológico comparativo de Cacaxtla-Xochitlácatl y el Altiplano Central.

BIBLIOGRAFÍA

BERLO, CATHERINE

- 1989 The concept of the Epiclassic: A Critique, *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan AD 700-900*. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D.C.

DUMOND, DONALD E.

- 1996 Cerámica del relleno del Montículo 4, cerro Xochitlácatl, Tlaxcala, A. García Cook y L. Merino Carrión (comp.) *Antología de Tlaxcala III*. Serie Arqueología, Colección Antologías, INAH, México: 167-191.

GARCÍA COOK, ÁNGEL Y LEONOR MERINO (COMP).

- 1996 *Antología de Tlaxcala*. Colección Antologías I-II, INAH, Gobierno del Estado de Tlaxcala.
- 1997 El Epiclásico en la región poblano-tlaxcalteca, A. García Cook y L. Merino Carrión (comp.) *Antología de Tlaxcala IV*. Colección Antologías, INAH- Gobierno del Estado de Tlaxcala, México.

JIMÉNEZ MORENO, W.

- 1959 *Esplendor del México antiguo*. Centro de Investigaciones Antropológicas de México.

MARCUS, JOYCE

- 1989 From Centralized System to Cuty-State: Possible Model for the Epiclassic, R. Diehl y J. Berlo (eds.) *Mesoamerica after the decline of Teotihuacan AD 700-900*. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D.C.

- MILLON, RENÉ
 1967 Extensión y población de la ciudad de Teotihuacan en sus diferentes periodos: un cálculo provisional, *Teotihuacan, XI Mesa Redonda*. Sociedad Mexicana de Antropología, México.
- MOUNTJOY, JOSEPH Y DONALD L. BROCKINGTON (EDS.)
 1987 *El auge y la caída del Clásico en el México central*. UNAM, México.
- OBERMEYER, GERALD
 1963 A Stratigraphic Trench and Settlement Pattern Survey at Oxtotipac, Mexico. Tesis de maestría, Pennsylvania State University, University Park.
- SANDERS, WILLIAM T.
 1989 The Epiclassic as a stage in Mesoamerican prehistory: An evaluation, R. Diehl y J. Berlo (eds.) *Mesoamerica after the decline of Teotihuacan AD 700-900*. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D.C.
- SERRA PUCHE, MARI CARMEN Y BEATRIZ PALAVICINI
 1996 Xochitécatl, Tlaxcala, en el periodo Formativo (800 aC-100 dC), *Arqueología* 16, segunda época, INAH: 43-57.
- SERRA PUCHE, MARI CARMEN Y J. CARLOS LAZCANO ARCE
 1996 Proyecto Xochitécatl. Informe de Recorrido 1996-1997, mecanuscrito inédito en poder del Consejo de Arqueología, INAH.
 1997 Xochitécatl-Cacaxtla en el periodo Epiclásico (650-950 dC), *Arqueología* 18, segunda época 18: 85-102.
- SOLANÉS CARRARO, MARÍA DEL CARMEN
 1995 Cholula, *Arqueología Mexicana* 3 (13): 24-30.
- SPRANZ, BODO
 1997 Figurillas del Clásico tardío de Tlaxcala, México, y su posible relación con el Códice Borgia, A. García Cook y L. Merino Carrión (comp.) *Antología de Tlaxcala* II. Serie Arqueología, Colección Antologías, INAH, México: 161-169.
- SPRANZ, BODO
 1997 Investigaciones arqueológicas en el cerro de Xochitécatl, Tlaxcala, temporada 1969-1970, A. García Cook y L. Merino Carrión (comp.) *Antología de Tlaxcala* I. Serie Arqueología, Colección Antologías, INAH, México: 160-163.

LA TRANSICIÓN DEL CLÁSICO AL POSCLÁSICO: REFLEXIONES SOBRE EL VALLE DE PUEBLA-TLAXCALA

Gabriela Uruñuela Ladrón de Guevara*
Patricia Plunket Nagoda*

INTRODUCCIÓN

A diferencia de la época de contacto en la cual diversos señoríos de tamaño y fuerza relativamente equiparable controlaban sus áreas inmediatas, en buena parte de la época prehispánica, el valle de Puebla-Tlaxcala parece haberse caracterizado por la existencia de una jerarquización aún más marcada, en la que un centro mayor sobresalía contundentemente de sus vecinos. A partir por lo menos del primer siglo de nuestra era, y quizá favorecido su crecimiento por una erupción del Popocatepetl (Plunket y Uruñuela 1998a), durante el Clásico temprano y medio Cholula ocupó ese lugar. Acontecimientos posteriores trasladarían el centro de poder hacia Cacaxtla-Xochitécatl, pero a fines del Epiclásico, Cholula renació con nuevo esplendor recobrando y manteniendo por varios siglos su antiguo puesto como el asentamiento más prominente de la zona.

Así, al intentar sintetizar la conformación cultural del valle poblano-tlaxcalteca en cualquier momento de su historia prehispánica, es inevitable considerar como punto focal la situación particular de Cholula. En esta ocasión, nos interesa el cambio del Clásico al Posclásico, periodo de transición en el centro de México tras la caída teotihuacana, para el cual Wigberto Jiménez Moreno (1959) acuñó el término "Epiclásico", mismo que ha prevalecido no obstante la propuesta de John Paddock (1987: 25-26) de bautizarle como Urbano Medio para evitar connotaciones de epílogo a lo que al mismo tiempo constituye un prólogo para el Posclásico (Paddock 1987: 52). En cualquier caso, el Epiclásico abarca el lapso entre 600/700 y 900/1000 dC, el cual corresponde en las tierras altas centrales mesoamericanas a una época dinámica y balcánica en la que, ante la desarticulación del sistema estatal teotihuacano, el escenario se abre a la competencia de diversas culturas antes periféricas, atestiguan la llegada de grupos foráneos que toman ventaja del vacío de poder dejado por Teotihuacan, y colaboran con la creación de una fructífera

* Universidad de Las Américas-Puebla

inestabilidad hibridizante, que finalmente dio origen al nuevo orden del Posclásico (Ringle *et al.* 1998: 183-232; Serra Puche *et al.* 2001: 77; Sugiura 2001).

Intentar entender ese momento de caos y gestación en Puebla-Tlaxcala nos remite obligadamente a considerar la información previa al mismo. Para ello es necesario no sólo examinar el papel cambiante de Cholula, sino posicionarlo en un contexto regional que proporcione una visión más amplia. Aunque las investigaciones del área han sido en la zona menos abundantes de lo que sería deseable, los recorridos de Peter Tschohl (1968) en 1963-64 y 1966-67 y los de Dean Snow (1966, 1969) en 1964-65, el minucioso reanálisis de los datos de ambos hecho por Don E. Dumond (1972) en la siguiente década, y la síntesis de Ángel García Cook (1981) con base en los recorridos y excavaciones del Proyecto Arqueológico Puebla-Tlaxcala en los años 70, son claves para proporcionar un marco de referencia básico y útil para ubicar los datos procedentes de investigaciones de alcance más restringido (figura 1).

El otro punto imprescindible, para hablar de un momento particular, es la existencia de una cronología cerámica bien establecida que posibilite ubicar temporalmente los sitios y apreciar los cambios en su tamaño y localización a través de la historia. En esta área, tanto a nivel regional como en el caso específico de Cholula, ha habido encomiables esfuerzos en este sentido (*e.g.* García Cook y Merino 1988; Lind 1994; McCafferty 1996a; Müller 1978; Noguera 1954), a los que es indispensable recurrir para tratar de reconstruir el patrón de asentamiento de una época determinada, que a la vez nos proporcione indicios sobre las dinámicas demográficas y políticas.

Sin embargo, el rompecabezas constituido por la información existente no sólo no está exento de contradicciones y puntos de vista a veces diametralmente opuestos, sino que carece en ocasiones de las piezas fundamentales que permitan articular coherentemente los diversos resultados e interpretaciones. Como el valle de Puebla-Tlaxcala era el paso inmediatamente anterior a la cuenca de México en la ruta de la conquista española, se encuentra moderadamente documentado para esos tiempos (*e.g.* Cortés 1963; Díaz del Castillo 1960; Dyckerhoff 1988; Gibson 1967; Muñoz Camargo 1998), pero su historia previa aún consiste más en preguntas que en respuestas, más en opiniones que en información empírica. Por ello, este artículo pretende sintetizar los datos disponibles –contrastando la diversidad de interpretaciones a la vez que resaltando los puntos coincidentes–, pero también presentar una serie de consideraciones que intentan tanto señalar los problemas pendientes como añadir algunos datos que puedan servir para afinar las bases sentadas por otros autores.

EL CLÁSICO

El Clásico en el valle de Puebla-Tlaxcala abarca en Cholula y sus alrededores las fases Cholula II a IIIA (200-700 dC), mientras que en la secuencia de Tlaxcala está constituido básicamente por la fase Tenanyécac (100-650 dC) (Figura 2). A partir de los datos de Tschohl (1968) y Snow (1966, 1969), esta temporalidad parece haber atestiguado una creciente tendencia centrípeta en pocos asentamientos –situación análoga a la encontrada por Parsons (1968) en la región de Texcoco–, acom-

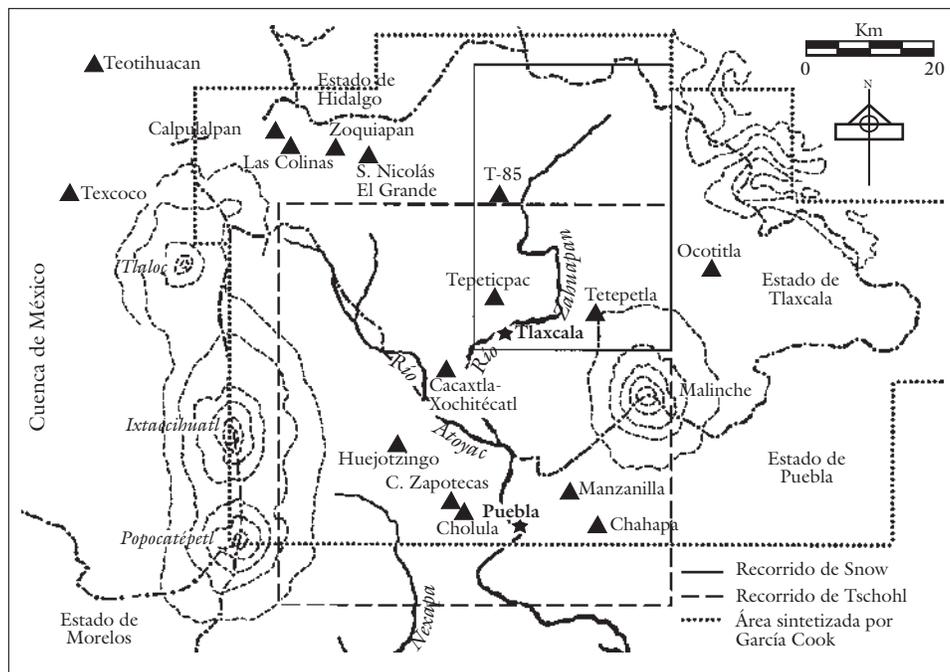


Figura 1. Región de Puebla-Tlaxcala. Comparación entre los recorridos de Snow y Tschohl y el área sintetizada por García Cook (Basado en Dumond 1972: 103 y García Cook 1981: 246), señalando los sitios citados en el texto.

pañada no sólo por el concomitante desdoblamiento rural sino, en palabras de Dumond (1972: 101), incluso de estancamiento o disminución poblacional generalizada. El trabajo de Tschohl señala apenas 10 sitios del Clásico (aunque comunica a Dumond [1972: 108] la presencia clara de material teotihuacano en unos 30 sitios y quizá otros 30 con presencia cuestionable), y de ellos sólo siete presentan estructuras (a los que habría que añadir el sitio de Chachapa, posteriormente reportado por Dumond [1972: 108]). Por su parte, Snow registra 31 sitios clásicos en su zona de recorrido, ninguno con estructuras, aunque Tschohl reporta un sitio en el área que se traslapa con la de Snow con una estructura del Clásico. Basándose en esa información, Tschohl señala que durante el Clásico la gente se encontraba agrupada en relativamente pocos asentamientos, altamente nucleados, y propone dos posibles explicaciones para ello: o las áreas rurales tenían en efecto muy poca población, o sus ocupantes continuaban con las tradiciones del Formativo. El reanálisis de Dumond (1972: 114-115) concluye que, al menos en el área recorrida por Snow, sólo la primera alternativa es viable: el Clásico fue un tiempo de encogimiento poblacional.

García Cook (1997: 72-75; 1981: 262-263) concuerda en términos generales con este último punto, al señalar que el decaimiento poblacional comienza a ser notorio desde quizá un siglo antes de la fase Tenanyécac (100 a 650 dC), circunstancia que atribuye a posibles movimientos migratorios hacia las emergentes urbes de Cholula y Teotihuacan, y nota una reducción de sitios de hasta 30% en comparación con la

	<i>Cholula</i> (Müller 1978)	<i>Ajuste con</i> <i>Teotihuacan</i>	<i>Teotihuacan</i> (Rattray 2001)	<i>Tlaxcala</i> (García Cook 1981)
1500				
1400	<i>Cholulteca III</i>	<i>Cholulteca III</i>	<i>Azteca</i>	<i>Tlaxcala</i>
1300				
1200				
1100	<i>Cholulteca II</i>	<i>Cholulteca II</i>	<i>Mazapan</i>	<i>Texcálcac</i> <i>tardío</i>
1000				
900	<i>Cholulteca I</i>	<i>Cholulteca I</i>	<i>Coyotlatelco</i>	<i>Texcálcac</i> <i>temprano</i>
800	<i>Cholula IV</i>			
700		(Cerro Zapotecus)	?	
600	<i>Cholula IIIA</i>	<i>Cholula IV</i>	<i>Metepec</i>	<i>Tenanyécac</i>
500	<i>Cholula III</i>	<i>Cholula IIIA</i>	<i>Xolalpan</i> <i>tardío</i>	
400	<i>Cholula IIA</i>	<i>Cholula III</i>	<i>Xolalpan</i> <i>temprano</i>	
300	<i>Cholula II</i>	<i>Cholula IIA</i>	<i>Tlamimilolpa</i>	
200		<i>Cholula II</i>	<i>Miccaotli</i>	
100	<i>Cholula I</i>	<i>Cholula I</i>	<i>Tzacualli</i>	<i>Tezoquipan</i> (400 aC 100 dC)
0				

Figura 2. Comparación de las secuencias cronológicas de Cholula (Müller 1978) y Tlaxcala (García Cook 1981) en relación con la nueva secuencia propuesta para Teotihuacan (Rattray 2001).

fase previa, Tezoquipan (400/300 aC a 100 dC); sin embargo, a diferencia del despoblamiento rural señalado por los otros recorridos, visualiza un proceso de ruralización en el que aparecen pequeños caseríos antes ausentes, apuntando que habría sólo unos 10 asentamientos principales –en contraste con más de 50 en la fase previa–, además de 24 pueblos, 60 aldeas, y un poco más de 100 caseríos. Es importante mencionar que en Tlaxcala se reportan más sitios con estructuras de los que Tschohl y Snow encontraron, pues García Cook y Merino (1997a: 345) registraron alrededor de 17.

Existe pues discrepancia en cuanto a la apreciación de la situación rural entre los diversos autores, pero todos coinciden en observar un descenso poblacional generalizado, una disminución en el número de sitios en comparación con tiempos previos y posteriores, y la existencia de crecimiento y planeación solamente en unos pocos. Según García Cook (1981: 263), los sitios tienden a encontrarse en agrupaciones, cada una con uno o dos asentamientos estratégicamente ubicados, por lo que supone que tales agrupaciones podrían representar diferentes cacicazgos; este patrón coincide con el que reporta Peter Schmidt (1975 y 1979) para los alrededores de Huejotzingo, donde encuentra que la población de la fase Mextla (100-650 dC) estaba concentrada en seis sitios, de los cuales sólo uno era un asentamiento mayor. En cuanto a localización, aunque en Huejotzingo todos los sitios están sobre el piso del valle (Schmidt 1975 y 1979), en Tlaxcala hay sitios en las laderas y algunos comenzaron a erigirse en posiciones defendibles; incluso varios de ellos como Ocotitla, Piedra del Padre y Tetepetla, estaban fortificados (García Cook 1997: 72-75; García Cook y Merino 1997a: 345-346), lo que aunado al incremento que se registra en puntas de proyectil podría indicar conflicto creciente entre los grupos del valle o contra grupos foráneos (García Cook 1981: 264), aunque los asentamientos más importantes se encuentran en la parte plana del valle, vecinos a recursos permanentes de agua. El más relevante de ellos fue sin duda Cholula, que había comenzado a destacar desde finales del Formativo (fase Cholula I, 0-200 dC, Müller 1978: 41) y que a partir de entonces y hasta por lo menos alrededor de 500 dC y quizá 600 dC (Millon 1988: 135; Müller 1973: 20) continuó ejerciendo el papel de centro rector regional. David Peterson (1987: 73), con base en un reconocimiento de superficie en el sitio, calcula que para alrededor de 500 dC Cholula abarcaba alrededor de 6 km², con una población de quizá entre 30 000 y 60 000 habitantes, si la densidad de habitación hubiera sido semejante a la de la llegada de los españoles.

Arquitectónicamente Cholula tuvo sus particularidades en el Clásico: el estilo de sus murales (tanto de Los Chapulines en los tableros agregados a la primera estructura del Tlachihualtépetl como de Los Bebedores contemporáneos a la segunda) y las fachadas escalonadas de la segunda estructura. Siguiendo a Paddock (1987: 30) estas características, entre otras, enfáticamente expresan ¡Aquí no es Teotihuacan! En contraste, la alfarería presenta una situación menos distintiva, pues la cerámica clásica es predominantemente una versión con leves variaciones de la tradición teotihuacana, aunque menos diversa que ésta, y la ausencia de ciertas formas o tipos teotihuacanos no se ve reemplazada con sustitutos locales (Dumond 1972: 105; Müller 1978: 222).

Si suponemos que el resto del valle compartía la moda cerámica expresada en Cholula, entonces el Clásico es identificable con certeza sólo por tipos teotihuacanos o variaciones menores de ellos (Dumond 1972: 104), y los asentamientos atribuibles a esta temporalidad aparecen tanto en los reconocimientos arqueológicos de Snow (1966, 1969) como de Tschohl (1968), e incluso en lo reportado por García Cook (1981: 262-263; 1997: 72), y son sorprendentemente pocos en relación tanto con el Formativo como con el Posclásico (Dumond 1972: 101). De ahí la inquietud de Tschohl sobre si las tradiciones del Formativo pudiesen haberse conservado en algunos lugares, olvidando la apreciación sobre la población del Clásico. Sin embargo, como ya mencionamos, el análisis de Dumond (1972) no apoya esa idea. Nos parece pertinente comentar que parte del problema pudiera radicar en que muchos de los elementos diagnósticos de Cholula, así como de Teotihuacan, son reflejo de una sociedad urbana, y quizá no debería esperarse necesariamente su presencia en los asentamientos rurales, pero por el momento no tenemos la información para saber qué debemos considerar como característico de contextos no urbanos.

No obstante la pérdida de población que se aprecia en la zona, García Cook (1981: 264, 266) propone que durante el Clásico llegan varios grupos foráneos a la región, incluyendo ñuiñes, posteriormente otomíes y pobladores procedentes del Tajín, chichimecas, y en la segunda parte de la fase Tenanyécac (100-650 dC), los olmeca-xicalanca, aunque desafortunadamente no nos señala los criterios arqueológicos utilizados para identificar a esos inmigrantes. Además, al noroeste del valle, fuera de las áreas abarcadas por Tschohl, Snow y García Cook, se localiza una serie de asentamientos con estructuras y materiales claramente teotihuacanos, como Las Colinas, excavado por Linné (1942), y San Nicolás el Grande, y entre ellos dos Zoquiapan –aunque este último con material más bien Metepec (Dumond 1972: 106)–, además del sitio T-85 (García Cook 1997: 74), que constituirían parte de lo que se ha dado en llamar el “corredor teotihuacano”. Este corredor cruzaría de noroeste a sureste el valle poblano-tlaxcalteca, pasaría al este de la Malinche, se dirigiría a la costa del Golfo por la cuenca de Oriental y la Sierra Blanca, y continuaría a la vez desde Cholula por Tehuacán o Atlixco hacia Oaxaca y quizá Morelos y Guerrero (García Cook 1981: 267). Es interesante, sin embargo, señalar que en los sitios de los alrededores de Huejotzingo, en la parte suroeste del valle que Schmidt (1975: 218) propone dependía fuertemente de Cholula en este tiempo, también se nota que el material clásico muestra fuertes vínculos con Teotihuacan, tanto que le permite plantear que esta región hubiese servido como “estación en el camino” entre Teotihuacan y Cholula.

Sin embargo, la influencia teotihuacana decrece al final del periodo. Las estimaciones de Florencia Müller (1973: 20) indican que para Cholula III (450-500 dC), el sitio de Cholula habría alcanzado su máxima extensión, pero en algún momento de Cholula IIIA (500-700 dC) sufre un grave decaimiento, disminuyendo considerablemente su territorio. Los cálculos de Peterson (1987: 74) coinciden con esa idea, proponiendo una extensión máxima de 1 km², con un rango de entre 5 000 y 10 000 habitantes para alrededor de 600 dC, en comparación con los 30 000 a 60 000

de la fase anterior. Müller atribuye este drástico cambio a posibles inundaciones (Dumond y Müller 1972: 1209-1210; Müller 1973: 20), pues registra en las excavaciones varias capas de arena fluvial de esta temporalidad, aunque Joseph Mountjoy sugiere que (1987: 130) el mal funcionamiento de los drenajes, resultado del deterioro de las estructuras, pudo haber causado esos depósitos. A la vez, Müller (1978: 222) nota que aunque persiste la tradición teotihuacana en la cerámica, empiezan a verse cambios debido a la entrada de elementos de otras procedencias.

En sondeos de la Universidad de las Américas tanto en el campus como en el Convento de San Gabriel –en el centro de la ciudad actual–, el Clásico regularmente se registra hasta un relleno que no va más allá de Cholula III o inicios de IIIA, y sobre él aparece directamente cerámica posclásica. En las exploraciones al costado del convento se encontró una gran plataforma con un *tlecuil* asociado que proporcionó una determinación radiométrica calibrada a un sigma de 59 a 235 dC, con el intercepto en 125 dC (I-17627, 1890 ± 80), que fue tapada durante el Clásico medio, y directamente sobre ese relleno hay pisos posclásicos (Plunket y Uruñuela 1998b: 111). Es también interesante hacer notar que las fases del Clásico con menos ejemplos cerámicos ilustrados en las dos obras tradicionales sobre cerámica de Cholula –la de Müller (1978) y la de Eduardo Noguera (1954)– corresponden a Cholula III, IIIA y IV, y en los mismos conteos generales que proporciona Müller para el material procedente de las calas de verificación de la pirámide, las cantidades de dichas fases resultan muy pobres en comparación con el material representativo de otros momentos; además, los rasgos cerámicos que se asocian con la interacción teotihuacana durante el Clásico medio, particularmente la última parte de la fase Xolalpan (incluidos los vasos cilíndricos, las figurillas semicónicas, los candeleros y los adornos hechos en molde), son muy escasos en Cholula (Plunket y Uruñuela 1998b: 111).

La arquitectura de Cholula también constituye una evidencia interesante. La segunda estructura de la pirámide, escalonada por todas sus caras, en vez de presentar sus fachadas en el sistema teotihuacano de talud-tablero, prelude una independencia estilística probablemente reflejo de un cambio en la estrechez de las relaciones entre las dos urbes más importantes del Clásico en las tierras altas mesoamericanas. Esta plataforma probablemente se erigió a fines de Cholula II o en Cholula IIA,¹ pues a la misma temporalidad parece corresponder el palacio donde se encuentra el famoso mural de Los Bebedores,² y las vasijas representadas en él –diferentes a

¹ Ringle y sus colegas (1998: 194) mencionan que Peterson (1987) sitúa esta estructura en el Epiclásico, pero esto parece ser una confusión de los autores, pues de hecho Peterson (1987: 82) propone su construcción para alrededor de 300 dC.

² McCafferty (1996b: 9) plantea que este palacio debería corresponder a la siguiente etapa constructiva, la tercera, citando a Salazar (1970: 68) para decir que la exploración de un túnel permitió ver que este edificio se encontraba adosado a la Estructura 3; sin embargo, es un error de traducción, pues no estaban aún terminadas esas exploraciones cuando Salazar escribió su artículo, lo que textualmente dice es: “Actualmente se continúa la exploración hacia el norte, por medio de un túnel y se prolongará hasta hacer contacto con los cuerpos del lado sur de la Gran Pirámide”.

las teotihuacanas– son muy semejantes a las encontradas en un basurero en el campus de la UDLA (Salomón *et al.* 2002). La prueba de radiocarbono proporcionó tres fechas con los siguientes resultados: Beta 146577 (1620 ± 70 aP), que calibrada a 1 sigma da 380 a 530 dC, con el intercepto en 420 dC; Beta 146576 (1760 ± 70 aP), que calibrada a 1 sigma da 220 a 380, con el intercepto en 250; y Beta 146578 (1810 ± 70 aP), que calibrada a 1 sigma da 120 a 260 y 290 a 320 dC, con el intercepto en 230 dC.

Parece pues que los lazos entre Teotihuacan y Cholula sólo fueron fuertes en los inicios de ambas, se diluyeron conforme avanzó el Clásico temprano y se enfriaron claramente durante el Clásico medio (Plunket y Uruñuela 1998b: 111), en tanto que otros sitios, como Los Teteles, adquirieron vínculos no sólo con Teotihuacan sino también con Monte Albán (Hirth y Swezey 1976: 13-15). En cualquier caso, no hay duda de que durante el Clásico, la conformación geopolítica del valle poblano-tlaxcalteca denota la existencia de Cholula como el centro más importante del área, sobresaliendo notoriamente en comparación con el resto de los sitios.

EL EPICLÁSICO

Para García Cook (1981: 269, 270; 1997: 75), durante la fase Texcálac (650-1100 dC) hay un incremento generalizado de población en la zona, desaparece el corredor teotihuacano (García Cook y Merino 1997b: 233) –o por lo menos enfrenta problemas (Millon 1988: 135)–, y los olmeca-xicalanca, que para él estaban presentes en el área desde alrededor de 300 dC, toman el control de Cholula y establecen su capital en Cacaxtla-Xochitécatl, uno de los sitios fortificados que se incrementan en esta fase. Entre 600 y 900, Cacaxtla-Xochitécatl –que había estado ocupado durante el Formativo, pero abandonado desde alrededor del año 100 dC–, tiene una importante reocupación, quizá como ciudad-estado y se vuelve a abandonar alrededor de 900 quizá por una nueva erupción del Popocatepetl (Serra Puche *et al.* 2001: 72-73). Los demás sitios, al menos en el área de Tlaxcala, se colocan más bien sobre las laderas altas y cimas de elevaciones, aunque normalmente abarcan también las partes bajas adyacentes a ellas (García Cook 1997: 75; Lazcano 1999: 45). Schmidt (1975: 218) reporta esta misma situación en los alrededores de Huejotzingo, donde nota que la mayoría –sólo 12– de los pocos sitios que pueden atribuirse a la fase Trinidad (650-1000 dC) se encuentran sobre las lomas, en tanto que apenas se registran tres pequeñas ocupaciones sobre el piso del valle.

Todo parece indicar un tiempo de conflicto y de entrada de grupos nuevos, incluidos quizá los chichimecas poyauhtecas, que García Cook (1997: 77) postula habrían establecido el sitio fortificado de Tepetícpac hacia el final de esta fase (aunque en otra de sus contribuciones atribuye esta fortificación a los tolteca-chichimecas [García Cook 1981: 270]). Entre 600 y 900 dC, García Cook y Merino (1997b: 235-237) visualizan al valle poblano-tlaxcalteca seccionado entre distintos grupos de poder: el suroeste controlado desde Cacaxtla-Xochitécatl por los olmeca-xicalancas, el centro ocupado por grupos de cultura Texcálac, el norcentro habitado al inicio por pobladores con tradición cultural del Tajín y posteriormente por grupos olmeca-xicalancas, y en el noroeste por grupos de filiación de la cuenca de México.

El papel de Cholula en esos momentos, tanto dentro del valle como en cuanto a regiones vecinas, es uno de los puntos más confusos en la literatura sobre arqueología del altiplano. Frecuentemente se menciona que Cholula pudo haber contribuido a la caída teotihuacana (Ringle *et al.* 1998: 183). Sin embargo, en contraste con William Sanders y sus colegas (1979: 134-136) que postulan una gran actividad constructiva en Cholula entre 750 y 950 dC, y que el impulso adquirido por este centro podría haber contribuido al colapso de Teotihuacan –incluso reemplazándolo como el centro más importante de las tierras altas mesoamericanas–, la visión de René Millon (1988: 135) de que Cholula comenzó a decaer alrededor de 600 dC, y que por tanto no podría haber participado en el proceso de destrucción de Teotihuacan, es más acorde con la propuesta de los investigadores que han trabajado en el sitio. La ruptura ya mencionada con Teotihuacan durante el Clásico medio no parece haber beneficiado a Cholula pues, como señalamos antes, desde Cholula IIIA la ciudad parece experimentar un periodo de decaimiento. Durante Cholula IV (700-800 dC), Müller (1973: 21) reporta una reducción del asentamiento aún más drástica que en Cholula IIIA; no hay construcciones monumentales y aparentemente se abandona la Gran Pirámide como centro ceremonial, pues sólo un piso en las excavaciones pertenece a esta fase (Dumond y Müller 1972: 1209-1210), y la cerámica que correspondería a tiempos Metepec está apenas representada (Dumond 1972: 105). Esa tendencia continúa en Cholulteca I (800-900 dC), el asentamiento queda reducido a su mínima expresión y cambia la tradición cerámica que para Müller (Dumond y Müller 1972: 1214) parece derivarse más de la cuenca de México que de Cholula IV. Cambian también las costumbres de enterramiento, e incluso hay gente físicamente diferente de la anterior (Dumond y Müller 1972: 1210), lo que para Müller (1973: 21) indica un cambio poblacional, posiblemente una conquista. Es interesante señalar que los estudios del material óseo humano apoyan la propuesta de una discontinuidad poblacional entre el Clásico y el Posclásico (*e.g.* López y Salas 1989).

Dos determinaciones radiométricas procedentes del campus de la UDLA, que fechan la parte superior de los depósitos del Clásico en la zona, sugieren que, en efecto, el fin de la acumulación de materiales del Clásico se ubica hacia la primera mitad del siglo VII dC, pues arriba del estrato donde se tomaron las muestras el siguiente material cultural es posclásico. La primera muestra (I-17253, 1410 ± 80) proporciona una determinación calibrada a un sigma de 600 a 676 dC, con el intercepto en 651 dC, mientras que la segunda (I-17256, 1400 ± 130), calibrada a un sigma da 547 a 728 dC, con el intercepto en 654 dC; aunque ciertamente el rango de la segunda es demasiado amplio para ser muy útil (Plunket y Uruñuela 1998b: 110), en general estas fechas concuerdan con las propuestas de Müller en el sentido de que Cholula IV no está representada.

A la vez, parece que algunos centros del Clásico, previamente subordinados a Cholula, comienzan a adquirir creciente importancia e independencia en este tiempo (Millon 1988: 135), como serían Manzanilla (Hirth y Swezey 1976: 12-13) y Cerro Zapotecas (Mountjoy y Peterson 1973: 136). Este último sitio es de particular interés por su cercanía con Cholula, pues se encuentra a apenas 3.2 km al noroeste

de la Gran Pirámide, sobre un antiguo cráter volcánico y el flujo de lava asociado con él, a unos 240 m de altura sobre el nivel del valle (Mountjoy 1987: 121). Aunque tiene ocupación desde el Formativo tardío, ésta no se encuentra durante el Clásico temprano pero, en contraste, el material del Clásico tardío y Posclásico temprano es abundante, y las únicas dos fechas de radiocarbono obtenidas (635 ± 100 dC y 605 ± 180 dC) coinciden con la fase Cholula IIIA (Mountjoy 1987: 127). Por tanto, Mountjoy (1987: 133) propone que tras el abandono de Cholula, parte de sus habitantes se refugia en Cerro Zapotecas. Calibrando a un sigma las fechas de Mountjoy para hacerlas comparables con las otras que se reportan en este artículo, la primera daría un rango de 536 a 894 dC, y la segunda de 640 a 782 dC; los rangos son amplios, pero en ambos casos cubren tiempos posteriores a los registrados para las evidencias en el campus de la UDLA, sugiriendo una continuidad de ocupación en Cerro Zapotecas que en cambio no se detecta en los alrededores de la pirámide.

En oposición a lo que parecen sugerir los datos de Müller o la propuesta de Mountjoy, Geoffrey McCafferty (1996b: 11-15) postula que la transición de Clásico a Posclásico en Cholula fue gradual, con base en tres líneas principales de evidencia: a) considerando como del Epiclásico una serie de estructuras en el área del Patio de los Altares de la Gran Pirámide; b) evidencia estratigráfica que cubría el Piso Enlajado primero con material del Clásico tardío y luego con un nivel de ceniza y carbón mezclados con material del Posclásico temprano; y c) el hallazgo de un entierro del Clásico tardío encontrado por Sergio Suárez (1985) con deformación craneal tabular oblicua e incrustación dental, y una serie de ofrendas que permiten a Suárez proponer que es un individuo de filiación maya (aunque la ofrenda indica según el propio Suárez [1985: 68-69] una temporalidad de inicios de Cholulteca IIIA, no propiamente Epiclásica).

De todas maneras, la propuesta de McCafferty es interesante, y quizá no tan irreconciliable con los otros puntos de vista como podría parecer. En realidad, Müller nunca planteó un abandono total de Cholula, y hasta en la fase Cholulteca I –para ella la de reducción más drástica del asentamiento–, menciona que sigue habiendo evidencias de ocupación en las parte oriental y sur del lugar (Müller 1973: 21). Aun cuando la llegada de los olmeca-xicalanca hubiese repercutido en un cambio del centro de poder del valle hacia Cacaxtla-Xochitécatl –sitio para el cual se tiene con base en fechas de radiocarbono un rango establecido entre 655 a 749 dC (Lazcano 1999: 44)–, esto no necesariamente implica un abandono absoluto de Cholula, que tal vez podría haber seguido funcionando si no propiamente como un centro urbano, sí como centro de culto, lo que daría sentido a que se siguiese utilizando la pirámide. De hecho, los taludes exageradamente altos de la tercera estructura, así como los monumentos del Patio de los Altares –en los que algunos aprecian reminiscencias de los estilos de la costa del Golfo (Dumond 1972: 106)–, estilísticamente no desentonarían en el Epiclásico.

Desafortunadamente, el fechamiento de la tercera estructura aún no queda claro, lo que plantea una pregunta crucial en la que vale la pena detenerse. Sanders (1989:

214-215) ha señalado que la asociación de esta tercera plataforma con escultura que algunos vinculan con el estilo totonaco posterior a 800 dC, y el hecho de que no parezca haber estado en ruinas cuando se construyó la estructura que se le superpuso, escriben una gran interrogante sobre el postulado abandono de Cholula. Sin embargo, aunque en efecto las excavaciones en la pirámide no dan pauta clara para pensar que el edificio estuviera en ruinas, sí documentan que los monumentos con él asociados habían sido objeto de destrucción (Acosta 1970b, 1970c, 1970d). Asimismo, la relación de esos elementos con el estilo totonaco del Epiclásico está en buena medida basada en el empleo de las volutas que enmarcan los altares y estelas de la pirámide, pero no hay que olvidar que Barbara Stark (1998) ha demostrado el uso de volutas en el altiplano, específicamente en Teotihuacan, especialmente entre 200 y 400 dC (Stark 1998: 227). Por otra parte, si tal abandono no hubiese tomado en efecto lugar, deberían encontrarse en el registro arqueológico –no sólo en ciertos sectores del sitio, sino en Cholula–, muestras de una ocupación continua, lo cual no sucede. Si Cholula hubiese estado funcionando ininterrumpidamente, incluso sólo como centro de culto, ¿dónde se encontraba toda la población –invisible en el registro arqueológico– que puso la mano de obra necesaria para construir esa tercera estructura? Evidentemente, el fechamiento de esta edificación representa un aspecto importante a resolver en el futuro, con base en investigaciones sistemáticas y no sólo con opiniones bien intencionadas. Si dicha estructura se construyó durante el Clásico medio, el cambio posterior de centro rector del valle hacia Cacaxtla parece mucho más factible; si por el contrario, se le fecha como una construcción epiclásica, esto indicaría más bien una polarización del valle con dos centros competitivos y contemporáneos: Cacaxtla y Cholula. La evidencia en excavaciones fuera de la pirámide nos hace pensar que la primera alternativa es la más visible en el registro arqueológico, pero todavía hay que fundamentarla más.

La fase Cholulteca II (900-1325), a fines del Epiclásico e inicios del Posclásico, vio el resurgimiento de Cholula (Dumond y Müller 1972: 1214; Millon 1988: 135; Müller 1973: 21), que comenzó a crecer radialmente y alcanzó su máxima extensión en Cholulteca III (1325 a 1500 dC). Posiblemente fue en esta fase de resurgimiento entre 900 y 1000 dC cuando se construyó la última estructura de la Gran Pirámide, un enorme monumento de alrededor de 400 m por lado y más de 60 m de altura (Peterson 1987: 83-85), del cual no existe la fachada quizás porque quedó inconclusa o porque fue desmantelada para edificar nuevas construcciones. Algunos atribuyen esta última construcción a los grupos olmeca-xicalanca: Paddock (1987) argumenta que regresaron a Cholula y abandonaron Cacaxtla, y McCafferty (1996b: 12-13) supone que en realidad nunca abandonaron Cholula. En cambio, García Cook y Merino (1997b: 239-240; García Cook 1981: 271-273) consideran que los grupos olmeca-xicalanca comienzan a perder fuerza desde la segunda mitad del siglo IX, y que quizás por presiones de grupos poyauhteca-chichimecas abandonaron finalmente el área hacia finales del siglo X; según ellos esos nuevos grupos, primero los poyauhteca-chichimecas, luego los teochichimecas o tolteca-chichimecas y luego grupos mixtecos, se asentaron en Cholula y la hicieron resurgir como capital

regional, aunque desde este punto de vista no queda claro qué grupo habría estado en Cholula durante la construcción de la última estructura del Tlachihualtépetl. De todas maneras, la entrada de los tolteca-chichimeca cambiaría el foco de culto y poder de la pirámide hacia lo que hoy es el centro de San Pedro Cholula para construir el Templo de Quetzalcóatl, y la destrucción de la última estructura de la pirámide podría corresponder a la derrota de los olmeca-xicalanca por la entrada de estos nuevos grupos (McCafferty 1996b: 12-13).

Ese renacimiento de Cholula tuvo repercusiones en el valle poblano-tlaxcalteca, pues para el resto de la época pre-Conquista (fase Tlaxcala, de 1100 a 1519 dC) en Tlaxcala –donde la cantidad de sitios disminuyó, pero aumentaron los que tenían población numerosa–, persistió la tendencia a ubicarse sobre elevaciones dejando vacíos los terrenos del valle; continuó habiendo sitios fortificados como Tepetícpac –y quizá también un reuso de Cacaxtla–, e incluso se estableció una franja de unos 10 km de ancho totalmente vacía entre los sitios habitados del lado del actual Estado de Puebla y el de Tlaxcala (García Cook 1997: 77-79), indicando quizá que la antigua hegemonía de Cholula sobre todo el valle no se recuperó en este tiempo, no obstante su importante resurgimiento como centro de culto. Los datos de Snow para el norte de Tlaxcala corroboran esta propuesta, pues encuentra en su recorrido que mientras los 31 sitios del Clásico por él localizados no tenían estructuras monumentales, los 43 sitios del posclásico las tienen (Dumond 1972: 109), lo que de nuevo sugiere una jerarquización menos marcada en relación con el resto del valle que en el periodo anterior.

CONSIDERACIONES SOBRE LA CERÁMICA DEL EPICLÁSICO

La revisión de la información para tratar de entender los cambios en este periodo permite apreciar que uno de los problemas fundamentales en el estudio del Epiclásico en el valle poblano-tlaxcalteca tiene que ver con la falta de una secuencia cerámica vinculada con una reconstrucción histórico-cultural basada en datos arqueológicos que nos permita considerar los cambios estructurales –tanto políticos como económicos, sociales y étnicos– que surgieron tras la desarticulación del sistema estatal teotihuacano. Con excepción del caso de Cholula, desde los primeros recorridos de superficie efectuados en el área (Dumond 1972; García Cook 1981; Mountjoy y Peterson 1973; Precourt 1983; Schmidt 1975 y 1979; Snow 1969) se han manejado divisiones temporales muy amplias, de 500 o más años, que sólo detectan cambios culturales de larga duración. El uso de estas fases tan largas ha provocado que la transición entre el Clásico –marcado por los diagnósticos teotihuacanos– y el Posclásico temprano no se haya aislado cerámicamente.

Considerando la información existente en la literatura, así como datos cerámicos y estratigráficos procedentes de nuestras propias investigaciones recientes en el campus de la UDLA, nos gustaría aprovechar esta oportunidad para proponer que en el valle de Puebla-Tlaxcala este periodo parece en realidad tener dos momentos levemente distintos que sería útil considerar por separado, pues si tomamos a

Cholula como punto de referencia para entender la conformación política del área, aparentemente este sitio no se encuentra en las mismas circunstancias en la primera que en la segunda parte del Epiclásico, sino que éste sería justamente un periodo que ve tanto el decaimiento como el renacer de este centro.

Como se mencionó antes, García Cook (1981) identificó en Tlaxcala la fase Texcácal (650 a 1100 dC) que abarca el Epiclásico en su definición más amplia, pero marca una subdivisión muy pertinente, ya que hacia 800 o 900 dC aparecieron tipos policromos que no son característicos de los primeros dos siglos de Texcácal (García Cook y Merino 1988: 310), y que constituyen el inicio de una tradición que continuó en el Posclásico. La parte temprana de esta fase tlaxcalteca más bien se expresa en cerámica rojo sobre café (López de Molina 1981), la cual, particularmente hacia el noroeste del estado, se vincula con la tradición Coyotlatelco (García Cook y Merino 1988: 320); sin embargo, a excepción de las colecciones de Cerro Zapotecas (Mountjoy 1987), la cerámica rojo-sobre-café no caracteriza el sur del valle poblano-tlaxcalteca en este tiempo. Aunque no está totalmente ausente (Noguera 1954: 210), la mayoría del material rojo sobre bayo ilustrado (*e.g.* Müller 1978: 181-182; Noguera 1954: 210) parece ser más tardío que el que Mountjoy reporta para Cerro Zapotecas, quizás tienen mayor similitud con el grupo Macana café de la fase Tollan (950-1150 dC) de Tula (Cobean 1990: 289-311), que la situaría hacia el fin del Epiclásico.

Aquí vale la pena detenernos un momento sobre el tan discutido estilo Coyotlatelco. A pesar de que Sanders y sus colegas (1979: 134) postulan que entre 750 y 950 el complejo cerámico en el occidente de Puebla y el norte de Tlaxcala era idéntico al Coyotlatelco, sugiriendo incluso a Cholula como su posible fuente de origen, la verdad es que, aunque en algunos sitios de Tlaxcala, García Cook (1997: 76; 1981: 270) reporta haber encontrado Coyotlatelco –en particular en la región de Calpulalpan en el noroccidente del valle (García Cook y Merino 1997b: 237)–, dicha cerámica no aparece en Cholula. La idea de que hay Coyotlatelco en Cholula se originó a partir de múltiples citas de la publicación original de Müller (1970) cuando estaba todavía trabajando con datos preliminares, ignorando frecuentemente las reconsideraciones de la autora en obras posteriores. Müller y Dumond (1972: 1211) opinan que el Coyotlatelco no se aprecia como una parte significativa y consistente de ninguna fase en Puebla-Tlaxcala y que más bien parece restringirse a la cuenca de México; Schmidt (1975: 128) señala esta misma ausencia de Coyotlatelco –y de cerámica Mazapa y plomiza– en los alrededores de Huejotzingo. La cerámica de Cholula, específicamente desde Cholulteca II, si no es que desde la fase anterior, continúa por un camino distinto al tomado por la gente de Tula y la cuenca de México (Müller y Dumond 1972: 1212-1213), y esto incluye la ausencia del Coyotlatelco, en vez del cual aparece en Cholulteca I un diseño zonal tripartita en rojo sobre bayo (Müller y Dumond 1972: 1214).

Regresando a Cerro Zapotecas, su cerámica incluye rasgos comparables con las fases Metepec (Ratray 2001) y Oxtotipac (Sanders 1986) de la cuenca de México –los diseños hechos con sellos en el exterior de los cajetes y la decoración rojo sobre bayo

con línea delgada-, pero es importante entender que el sitio tiene una ocupación que abarca desde el Formativo tardío hasta el Postclásico tardío, y la publicación parcial de los datos de excavación deja todavía muchas preguntas pendientes sobre el contenido del complejo cerámico que se asocia con la primera parte del Epiclásico.

Un punto a considerar aquí es que la reevaluación de la cronología de Teotihuacan, basada en fechas de radiocarbono calibradas (Rattray 2001: 435), impacta la secuencia cronológica de Cholula en el Clásico, dado que las fases creadas para Cholula se vincularon con las teotihuacanas a través de semejanzas estilísticas en la cerámica. Por ende, las reconstrucciones cronológicas hechas por los investigadores del Proyecto Cholula (Marquina 1970) deben ajustarse a la nueva secuencia teotihuacana, ya que el equipo de Marquina no obtuvo determinaciones radiométricas que pudieran servir para establecer una cronología independiente. En el presente trabajo empleamos textualmente la cronología de Müller (1978), pero si la ajustamos a la reevaluación cronológica de Teotihuacan (véase figura 2) se nota claramente cómo la ocupación aparentemente más fuerte de Cerro Zapotecas se sitúa en el hiato apreciable en Cholula entre Cholula IV y Cholulteca I.

El hecho de que los elementos cerámicos que Mountjoy encuentra semejantes a Metepec y Oxtotipac sean muy escasos en Cholula, apoya la tesis tradicional de los investigadores del Proyecto Cholula (Müller 1970) de severos problemas, tanto políticos como económicos, en la gran ciudad del Clásico durante el siglo séptimo y quizás el octavo de nuestra era.³

El complejo cerámico que debe corresponder a la parte final del Epiclásico (800-900/1000 dC) es igualmente difícil de precisar por ciertas confusiones en la literatura sobre la fase Cholulteca I (800-900 dC). Para Noguera (1954: 100-101), la cerámica diagnóstica de este siglo es la negra sobre color natural del barro (también conocida como negro sobre natural o negro sobre naranja), que él asocia con la Azteca I de Culhuacán. Müller (1970: 139 y 142), sin embargo, ubica esta cerámica en Cholulteca II (900 a 1325 dC), y la asocia con Coyotlatelco (aunque posteriores observaciones de la propia Müller indican que no se trata de Coyotlatelco sino de la cerámica rojo sobre bayo arriba mencionada [Müller y Dumond 1972: 1214]), Mazapa, cerámica plomiza, blanco levantado, y molcajetes con decoración rojo sobre café). Por otra parte, en su descripción de la Gran Cala –una excavación de 24 m este-oeste por 12 m norte-sur que bajó 5.60 m del lado oeste de la pirámide de Cholula–, Acosta (1970a: 128) anota la presencia de una capa que cubre material erosionado vinculado con la fase Metepec (Cholula IV) que carece de estructuras, pero que contiene Azteca I, Mazapa y Coyotlatelco (quizá

³ A diferencia de los investigadores que han excavado en Cholula, McCafferty (2001) sugiere la existencia de una continuidad entre Cholula IV y Cholulteca I. En su examen de cerámicas procedentes de excavaciones realizadas por Sergio Suárez en el área del Altar de los Cráneos Esculpidos, McCafferty (2001: 41) encuentra que el 30% del material corresponde al tipo Tepontla, que es más bien característico del Clásico, además del negro sobre natural descrito por Noguera (1937). Sin embargo, McCafferty revisó material de relleno poco apto para afinar secuencias cronológicas y, como él mismo señala, el tipo Tepontla aparece también en contextos posclásicos, no se limita al Clásico.

este “Coyotlatelco” corresponda al rojo sobre bayo identificado después por Müller [Müller y Dumond 1972: 1214]), diagnósticos de la época tolteca temprana (Cholulteca I); según este investigador es durante Cholulteca II cuando aparecen los policromos asociados con la tradición Mixteca-Puebla. La falta de congruencia en cuanto a los diagnósticos cerámicos nos advierte que las interpretaciones arqueológicas para la reocupación o revitalización de Cholula y su territorio son tan tenues como las que se asocian con su anterior decadencia.

La cronología de los tipos mencionados tanto para Cholulteca I como para Cholulteca II aún está en discusión. Recientemente, Parsons y sus colegas (1996) sugirieron que las distintas variedades de negro sobre naranja (Azteca I) que aparecen tanto en la cuenca de México como en la región de Puebla-Tlaxcala tienen una vida muy larga, y con base en 37 fechas de radiocarbono las ubican entre 800 y 1200 dC. Si esta situación es también vigente en Cholula, entonces la negro sobre natural correspondería tanto a Cholulteca I como a II. Esta es la cerámica asociada con el Altar de los Cráneos Esculpidos (Noguera 1937), la primera edificación posterior a la pausa constructiva provocada por los eventos del séptimo siglo de nuestra era.

Noguera (1954: 226) ofrece una valiosa observación sobre la antigüedad de esta cerámica cuando señala la separación estratigráfica entre negro sobre natural y la cerámica de fondo sellado, siendo la primera más antigua que la segunda. Los fondos sellados aparecen en tipos que Michael Lind (1994) coloca hacia la transición entre Epiclásico y Posclásico (de 950 a 1150 dC), de modo que el inicio de la tradición negro sobre natural parece anteceder a este tiempo aunque claramente su producción continúa para los siglos XI y XII. El complejo cerámico que Lind atribuye a esta época (equivalente a la primera parte de Cholulteca II) incluye policromos, y tanto Lind como Acosta consideran que la policromía es un rasgo que inicia alrededor de 900 dC en Cholula y marca la diferencia entre Cholulteca I y II. La cerámica negro sobre naranja probablemente sea, entonces, un buen marcador del resurgimiento de la ciudad sagrada en algún momento posterior a 800 dC, en la segunda parte del Epiclásico, y es interesante que sea escasa en Tlaxcala (García Cook y Merino 1988: 326), apuntando quizá de nuevo que el poder de Cholula en este tiempo no se igualó a la hegemonía que tuvo sobre el valle durante el Clásico.

En sondeos recientes del lado norte de la Gran Pirámide de Cholula se aprecia una capa con cerámica que incluye negro sobre natural, rojo sobre café (tardío, no Coyotlatelco), comales de borde levantado, molcajetes de fondo sellado y cierta cerámica policroma que Lind (1994) ubica entre 950 y 1150 dC, indicando que este relleno se colocó durante o a finales de Cholulteca II. La asociación constante de esta cerámica en el sitio se corrobora con el registro de ellas dentro de un pozo de agua excavado por Suárez (1995). Queda por ver si se pueden encontrar otras instancias, como el Altar de los Cráneos Esculpidos, con contextos primarios –y no rellenos– que permitan aislar un conjunto cerámico correspondiente al siglo noveno (Cholulteca I), que es cuando se inicia el resurgimiento de Cholula.

Las excavaciones en Cholula, Cerro Zapotecas y Cacaxtla-Xochitécatl, en conjunto con los diversos recorridos del valle poblano-tlaxcalteca, parecen indicar que a principios del séptimo siglo de nuestra era Cholula sufrió importantes cambios que resultaron en el cese de construcción monumental, y que estos eventos tuvieron consecuencias importantes para toda la región. Entre los acontecimientos –que pueden ser tanto causa como efecto de esta situación– podemos señalar el establecimiento de una nueva ideología política que incorpora elementos mayas en Cacaxtla y movimientos poblacionales ligados con el fin del estado teotihuacano. Otro evento que debe ser considerado para el Epiclásico es una violenta erupción del Popocatepetl; Siebe y sus colegas (1996) ubican este fenómeno hacia el año 830 dC, y es de esperar que esta erupción haya tenido consecuencias ambientales muy severas, particularmente en los asentamientos más próximos al volcán. Sin embargo, una revisión cuidadosa de la información permite apreciar que el fechamiento de ese desastre natural no ha sido bien precisado y sólo puede señalarse con certeza que sucedió en algún momento entre 600 y 1000 dC (Panfil 1996). En excavaciones en el campus de la Universidad de las Américas al oriente de la Gran Pirámide se nota que la capa de barro negro que contiene el material del Clásico consistentemente está cubierta con un estrato estéril de arena de origen volcánico, probablemente producto de dicha erupción; las capas superiores a esta arena siempre contienen cerámica posclásica del conjunto que Lind (1994) y Acosta (1970a) señalan para Cholulteca I y II. Si hubiese sucedido hacia la parte tardía del rango temporal propuesto, ese evento volcánico podría considerarse, como se mencionó antes, como una de las posibles causas vinculadas con el abandono de Cacaxtla (Serra Puche *et al.* 2001: 72-73), pero igualmente podría postularse como uno de los factores que provocaron el abandono de Cholula y el surgimiento de Cacaxtla si se le ubica hacia la parte temprana del mismo rango; es evidente que su fechamiento preciso es relevante para poder entender su impacto real en los reacomodos demográficos regionales.

Las investigaciones de Noguera en el Altar de los Cráneos Esculpidos indican que algún grupo vinculado con la tradición de la cerámica negro sobre naranja inició un reuso limitado de la Gran Pirámide entre 800 y 900 de nuestra era; sin embargo, el auge de la ciudad sagrada y el crecimiento poblacional del valle en general parecen empezar con la producción de la cerámica policroma durante el siglo x.

Para finalizar, consideramos que es importante señalar una serie de problemas cuya resolución es crucial para poder abordar en el futuro el estudio de los patrones demográficos en Puebla-Tlaxcala; algunos de estos problemas atienden a información del valle en general y otros enfocan dilemas particulares de Cholula, pero que repercuten necesariamente en el entendimiento del resto del área.

Un primer punto sería reevaluar las colecciones obtenidas en los recorridos (si es que todavía existen), para reconsiderar los cambios en el patrón de asentamiento regional sobre el Epiclásico; esta reevaluación debería considerar la posibilidad de identificar, por medio de la cerámica, marcadores étnicos para sostener la entrada al valle de los múltiples grupos de tan diversas procedencias que hasta ahora se han

propuesto regularmente con base en el uso de fuentes etnohistóricas. Otro aspecto ligado con el anterior es la necesidad de tener estimaciones precisas no sólo de la cantidad de sitios por periodo (dato que García Cook ofrece en varias de sus publicaciones), sino del tamaño específico de los mismos, cálculos poblacionales y densidad, aspectos difíciles de recuperar en la literatura existente. En cuanto a Cholula, mínimamente se requiere, como mencionamos antes, mayor exploración con miras a aislar el complejo cerámico correspondiente a Cholulteca I, y un estudio detallado de la información existente sobre la tercera estructura de la pirámide, pues su ubicación temporal precisa es fundamental para determinar el papel que Cholula desempeñó en la región a finales del Clásico.

Finalmente, nos parece que los dilemas y obstáculos evidentes en nuestra discusión de la historia demográfica del valle poblano-tlaxcalteca hacen patente un problema metodológico fundamental en la práctica arqueológica. Para el Formativo y el Clásico, sólo se tiene acceso a datos arqueológicos y ambientales para identificar patrones y los cambios sufridos por ellos a través del tiempo, pero al llegar al Epiclásico se introduce un nuevo recurso, la historia legendaria y mítica de las fuentes escritas en los siglos inmediatos a la conquista española. Aquí encontramos los nombres de grupos e individuos, relatos de largas y múltiples migraciones, la formación de alianzas políticas, conquistas y saqueos; es decir, una narrativa histórica con la cual nos podemos identificar, y generalmente se da un fuerte peso a estos textos, de tal manera que se descuida el dato arqueológico o se le considera como el primo pobre, de menor calidad y confiabilidad que su pariente “negro sobre blanco”. Sin embargo, es obvio que la información de los documentos fue generada de una manera distinta y con fines que la información arqueológica no perseguía, y que estos dos tipos de registro –el textual y el procedente de la cultura material– deben ser considerados como líneas de evidencia independientes, y no como fuentes homólogas (Leone y Crosby 1987: 399-409). El arqueólogo que utiliza fuentes etnohistóricas para complementar su estudio de la historia cultural debiera crear dos cuerpos de evidencia, el documental y el arqueológico, para buscar no sólo los puntos complementarios, sino también las ambigüedades, los aspectos discordantes, ya que el intento por resolver las incongruencias entre uno y otro registro presenta mayor oportunidad para generar reconstrucciones e interpretaciones histórico-culturales del pasado más objetivas y probablemente más apegadas a la realidad que pretendemos conocer.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, JORGE

- 1970a Sección 1, I. Marquina (coord.) *Proyecto Cholula*. Serie Investigaciones 19, SEP-INAH, México: 119-128.
- 1970b El Altar 1, I. Marquina (coord.) *Proyecto Cholula*. Serie Investigaciones 19, SEP-INAH, México: 93-102.
- 1970c El Altar 2, I. Marquina (coord.) *Proyecto Cholula*. Serie Investigaciones 19, SEP-INAH, México: 103-110.

- 1970d El Altar 3, I. Marquina (coord.) *Proyecto Cholula*. Serie Investigaciones 19, SEP-INAH, México: 111-117.
- COBEAN, ROBERT H.
1990 *La cerámica de Tula, Hidalgo*. Colección Científica 215, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- CORTÉS, HERNÁN
1963 *Cartas y documentos*. Editado con introducción de Mario Hernández Sánchez-Barba, Editorial Porrúa, México.
- DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL
1960 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. 2 vols., Editorial Joaquín Ramírez Cabañas, México.
- DUMOND, DON E.
1972 Demographic Aspects of the Classic Period in Puebla-Tlaxcala, *Southwestern Journal of Anthropology* 28 (2): 101-130.
- DUMOND, DON E. Y FLORENCIA MÜLLER
1972 Classic to Postclassic in Highland Central Mexico, *Science* 175: 1208-1215.
- DYCKERHOFF, URSULA
1988 La región del Alto Atoyac en la historia: La época prehispánica, H. J. Prem (ed.) *Milpa y hacienda: Tenencia de la tierra indígena y española en la cuenca del alto Atoyac (1520-1650)*. Fondo de Cultura Económica, México: 18-34.
- GARCÍA COOK, ÁNGEL
1981 The Historical Importance of Tlaxcala in the Cultural Development of the Central Highlands, J. A. Sabloff (ed.) *Archaeology, Handbook of Middle American Indians*. Supplement 1, editor general V. Reifler Bricker. University of Texas Press, Austin: 244-276.
1997 Una secuencia cultural para Tlaxcala, A. García Cook y L. Merino (compls.) *Antología de Tlaxcala*. II, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Gobierno del Estado de Tlaxcala, México: 57-89.
- GARCÍA COOK, ÁNGEL Y LEONOR MERINO
1997a El "Epiclásico" en la región poblano-tlaxcalteca, A. García Cook y L. Merino (eds.) *Antología de Tlaxcala*. VI, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Gobierno del Estado de Tlaxcala, México: 340-356.
1997b Integración y consolidación de los señoríos en Tlaxcala, siglos IX al XVI, A. García Cook y L. Merino (eds.) *Antología de Tlaxcala* VI. Instituto Nacional de Antropología e Historia-Gobierno del Estado de Tlaxcala, México: 231-247.
1988 Notas sobre la cerámica prehispánica en Tlaxcala, M. C. Serra Puche y Carlos Navarrete (eds.) *Ensayos de alfarería prehispánica e histórica de Mesoamérica. Homenaje a Eduardo Noguera*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 275-342.

- GIBSON, CHARLES
1967 *Tlaxcala in the Sixteenth Century*. Stanford University Press, Stanford.
- HIRTH, KENNETH G. Y WILLIAM SWEZEY
1976 The Changing Nature of the Teotihuacan Classic: A Regional Perspective from Manzanilla, Puebla, *Las Fronteras de Mesoamérica. XVI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología 2*. Sociedad Mexicana de Antropología, México: 11-23.
- JIMÉNEZ MORENO, WIGBERTO
1959 Síntesis de la historia pre-tolteca de Mesoamérica, C. Cook de Leonard (ed.) *Esplendor del México Antiguo 2*. Centro de Investigaciones Antropológicas de México, México: 1109-1196.
- LAZCANO, J. CARLOS
1999 Modo de vida y explotación de recursos naturales en Cacaxtla-Xochitécalt durante el Epiclásico, *Cuicuilco 5* (14): 27-51.
- LEONE, MARK Y CONSTANCE CROSBY
1987 Epilogue: Middle-Range Theory in Historical Archaeology, S. Spencer Wood (ed.) *Consumer Choice in Historical Archaeology*. Plenum Press, New York: 397-410.
- LIND, MICHAEL, D.
1994 Cholula and Mixteca polychromes: Two Mixteca-Puebla regional sub-styles, H. B. Nicholson y E. Quiñones Keber (eds.) *Mixteca-Puebla: Discoveries and Research in Mesoamerican Art and Archaeology*. Labyrinthos, Culver City: 79-99.
- LINNÉ, SIGVALD
1942 *Mexican Highland Cultures*. Publicación 7, The Ethnographical Museum of Sweden, Stockholm.
- LÓPEZ, SERGIO Y MARÍA ELENA SALAS
1989 Los antiguos habitantes de Cholula: algunos elementos del perfil físico, *Notas Mesoamericanas 11*: 5-18.
- LÓPEZ DE MOLINA, DIANA
1981 Un informe preliminar sobre la cronología de Cacaxtla, E. C. Rattray, J. Litvak King y C. Díaz (eds.) *Interacción cultural en México Central*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 169-173.
- MARQUINA, IGNACIO (COORDINADOR)
1970 *Proyecto Cholula*. Serie Investigaciones 19, SEP-INAH, México.
- MCCAFFERTY, GEOFFREY G.
1996a The ceramics and chronology of Cholula. Mexico, *Ancient Mesoamerica 7* (2):1-17.
1996b Reinterpreting the Great Pyramid of Cholula, Mexico, *Ancient Mesoamerica 7* (1): 1-17.

- 2001 *Ceramics of Postclassic Cholula, Mexico*. The Cotsen Institute of Archaeology, Monograph 43, University of California, Los Angeles.
- MILLON, RENÉ
 1988 The Last Years of Teotihuacan Dominance, N. Yoffee y G. L. Cowgill (eds.) *The Collapse of Ancient States and Civilizations*. The University of Arizona Press, Tucson: 102-164.
- MOUNTJOY, JOSEPH
 1987 The Collapse of the Classic at Cholula as Seen from Cerro Zapotecas, *Notas Mesoamericanas* 10: 119-151.
- MOUNTJOY, JOSEPH Y DAVID A. PETERSON
 1973 *Man and Land at Prehispanic Cholula*. Vanderbilt University Publications in Anthropology 4, Nashville.
- MÜLLER, FLORENCIA
 1970 La cerámica de Cholula I. Marquina (coord.) *Proyecto Cholula*. Serie Investigaciones 19, SEP-INAH, México: 129-142.
 1973 La extensión arqueológica de Cholula a través del tiempo, *Comunicaciones* 8: 19-22.
 1978 *La alfarería de Cholula*. SEP-INAH, México.
- MUÑOZ CAMARGO, DIEGO
 1998 *Historia de Tlaxcala*. (Ms. 210 de la Biblioteca Nacional de París. Paleografía, introducción, notas, apéndices e índices analíticos de Luis Reyes García, con la colaboración de Javier Lira Toledo, Gobierno del Estado de Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala y CIESAS, Tlaxcala.
- NOGUERA, EDUARDO
 1937 *El altar de los cráneos esculpidos de Cholula*. Talleres Gráficos de la Nación, México.
 1954 *La cerámica arqueológica de Cholula*. Editorial Guaranía, México.
- PADDOCK, JOHN
 1987 Cholula en Mesoamérica, *Notas Mesoamericanas* 10: 21-70.
- PANFIL, MARÍA
 1996 The Late Holocene Volcanic Stratigraphy of the Tetimpa Area, Northeast Flank of Popocatepetl Volcano, Central Mexico. Tesis de maestría inédita, Departamento de Geociencias, Pennsylvania State University, University Park.
- PARSONS, JEFFREY R.
 1968 Teotihuacan, Mexico, and Its Impact on Regional Demography, *Science* 162: 872-877.
- PARSONS, JEFFREY, ELIZABETH BRUMFIEL Y MARY HODGE
 1996 Developmental Implications of Earlier Dates for Early Aztec in the Basin of Mexico, *Ancient Mesoamerica* 7 (2): 217-230.

- PETERSON, DAVID A.
1987 The Real Cholula, *Notas mesoamericanas* 10: 71-117.
- PLUNKET, PATRICIA Y GABRIELA URUÑUELA
1998a Preclassic Household Patterns Preserved under Volcanic Ash at Tetimpa, Puebla, México, *Latin American Antiquity* 9 (4): 287-309.
1998b Cholula y Teotihuacan: Una consideración del occidente de Puebla durante el Clásico, E. C. Rattray (ed.) *Rutas de Intercambio en Mesoamérica, III Coloquio Pedro Bosch Gimpera*. UNAM, México: 101-114.
- PRECOURT, PRUDENCE
1983 Settlements, Systems and Patterns: An Ecological Systems Analysis of Settlement Systems near Amozoc de Mota, Puebla, Mexico. Tesis doctoral inédita, Departamento de Antropología, Universidad de Wisconsin-Milwaukee, University Microfilms, Ann Arbor.
- RATTRAY, EVELYN CHILDS
2001 *Teotihuacan: cerámica, cronología y tendencias culturales*. Instituto Nacional de Antropología e Historia-University of Pittsburgh, México.
- RINGLE, WILLIAM M., TOMÁS GALLARETA Y GEORGE J. BEY
1998 The Return of Quetzalcoatl: Evidence for the Spread of a World Religion During the Epiclassic Period, *Ancient Mesoamerica* 9: 183-232.
- SALAZAR, PONCIANO
1970 Lado oeste, I. Marquina (coord.) *Proyecto Cholula*. Serie Investigaciones 19, SEP-INAH, México: 67-70.
- SALOMÓN, TERESA, GABRIELA URUÑUELA Y PATRICIA PLUNKET
2002 The Material Evidence for the Bebedores Feasting: Ritual Drinking at Ancient Cholula. Simposio Cholula: A Look Back and a Step Forward, LXVII reunión anual de la Society for American Archaeology, Denver.
- SANDERS, WILLIAM T.
1986 Ceramic Chronology, W. T. Sanders (ed.) *The Toltec Occupation of the Valley*. Occasional Papers in Anthropology 13, Pennsylvania State University, University Park: 367-373.
1989 The Epiclassic as a Stage in Mesoamerican Prehistory: An Evaluation, R. Diehl y J. Berlo (eds.) *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacan, AD 700-900*. Dumbarton Oaks, Washington, D.C.: 211-218.
- SANDERS, WILLIAM T., JEFFREY R. PARSONS Y ROBERT S. SANTLEY
1979 *The Basin of Mexico: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*. Academic Press, New York.
- SCHMIDT, PETER J.
1975 Reconocimiento arqueológico en el área central del antiguo Huejotzingo: informe preliminar, *Balance y Perspectiva de la Antropología de Mesoamérica y del Centro de*

- México. XIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*. Xalapa: 213-221.
- 1979 Investigaciones arqueológicas en la región de Huejotzingo, Puebla: resumen de los trabajos del Proyecto Arqueológico Huejotzingo, *Comunicaciones* 16:169-173.
- SERRA PUCHE, MARI CARMEN, J. CARLOS LAZCANO Y LILIANA TORRES
 2001 Actividades rituales en Xochitécatl-Cacaxtla, Tlaxcala, *Arqueología* 25: 71-88.
- SIEBE, CLAUS, M. ABRAMS, J. MACÍAS Y J. OBENHOLZNER
 1996 Repeated volcanic disasters in Prehispanic time at Popocatepetl, central Mexico: Past key to the future?, *Geology* 24 (5): 11-37.
- SNOW, DEAN R.
 1966 A Seriation of Archaeological Collections from the Rio Zahuapan Drainage, Tlaxcala, Mexico. Tesis doctoral inédita, Universidad de Oregon, Eugene, Oregon.
 1969 Ceramic Sequence and Settlement Location in Pre-hispanic Tlaxcala, *American Antiquity* 34: 131-145.
- STARK, BARBARA L.
 1998 Estilos de volutas en el periodo Clásico, E. C. Rattray (ed.) *Rutas de Intercambio en Mesoamérica. III Coloquio Pedro Bosch Gimpera*. UNAM, México: 215-231.
- SUÁREZ, SERGIO
 1985 *Un entierro del Clásico superior en Cholula, Puebla*. Cuaderno de Trabajo 6, Centro Regional de Puebla, INAH, México.
 1995 La cerámica lisa cholulteca, *Arqueología* 13-14:109-120.
- SUGIURA, YOKO
 2001 La zona del Altiplano Central en el Epiclásico, L. Manzanilla y L. López Luján (eds.) *El horizonte Clásico. Historia Antigua de México II*. INAH-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, México: 347-390.
- TSCHOHL, PETER
 1968 Über die Aufgabe der Archäologie im Rahmen eines Interdisziplinären Arealprojekts und den Stand der Archäologische-Ethnohistorischen Landesaufnahme im Becken von Puebla-Tlaxcala, F. Tichy (ed.) *Berichte über Begonnene und Geplante Arbeiten*. Franz Steiner Verlag, Wiesbaden: 40-66.

Reacomodos demográficos

del Clásico al Posclásico
en el centro de México

Editado por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, se terminó de imprimir en marzo de 2005, en los talleres de Navegantes de la Comunicación Gráfica, S. A. de C. V., calle Pascual Ortiz Rubio N° 40, Col. San Simón Ticumac, México, D.F. Su composición se hizo en el IIA por Ada Ligia Torres y Martha González Serrano, en tipo Agaramond 9/11, 11/13 y 18/20 puntos; la corrección estuvo a cargo de Adriana Incháustegui. La edición consta de 500 ejemplares en papel bond de 105 g y estuvo al cuidado de Linda Manzanilla.

El libro presenta los indicadores Arqueológicos de transformaciones culturales y demográficas del Clásico al Posclásico en las regiones de Zacatecas, Michoacán, el Bajío, el valle de Toluca, el valle de Tula, la cuenca de México y el valle de Puebla-Tlaxcala. Se trata de contribuciones complementarias entre sí, y que en cierto modo proponen una muy antigua dinámica de flujos y reflujos.

Esperamos que este libro despeje algunas incógnitas y ofrezca al lector información novedosa sobre la compleja interacción del Epiclásico.

